

JAVIER ALANDES

# LOS GUARDIANES DEL PRADO

*En un mundo  
de sombras,  
ellos rescataron  
la luz*



Lectulandia

En 1936, el ambicioso general Gallardo, designado por Franco para negociar las contraprestaciones por el apoyo de Alemania en la Guerra Civil española, se reúne con el general nazi Jurgen Von Schimmer, representante del gobierno alemán, para tratar de llegar a un acuerdo. Pero lo que este le pide a cambio es casi un imposible: por la aviación alemana para bombardear puntos clave en España, la valiosísima colección de monedas de oro del Museo Arqueológico Nacional; por enviar las tropas terrestres nazi, que acabarán con la guerra de un plumazo, el Autorretrato de Durero que descansa en El Prado, y... Las Meninas.

Gallardo, preso de una ambición desmedida, acepta dicho trato por su cuenta y riesgo y, junto con un grupo de hombres sin escrúpulos, orquesta un plan para hacerse con todo ese Patrimonio Nacional y entregarlo a los nazis.

Un momento en el que todo estaba a punto de cambiar...

En 1980, Fernando Poveda, periodista en horas bajas, recibe el encargo de escribir un reportaje sobre Félix Santurce, empresario valenciano colaborador del Gobierno Republicano durante la Guerra Civil, que en 1937 fue ejecutado en Berlín por el general Jurgen Von Schimmer mientras solicitaba la neutralidad de Alemania en la guerra española. El Ayuntamiento de Valencia quiere rendir un homenaje póstumo al empresario en su condición de héroe y mártir de la República.

El periodista comenzará una investigación sobre la vida de Santurce, que le llevará a descubrir un complot organizado para el robo de Las Meninas, cuadro que estaba en Valencia en 1936. Un complejo entramado de traiciones y mentiras, donde funcionarios corruptos, contrabandistas y militares, fueron capaces de cualquier cosa por dinero y poder.

En su búsqueda, Fernando también se encontrará con la historia de Alejandro Santoro, un joven arquitecto designado por el Gobierno como custodio de los cuadros en Valencia. Con fuertes convicciones del deber y el honor, Alejandro conocerá el amor, y vivirá el horror de una guerra cruel, entrando de lleno en el conflicto debido al plan para robar los cuadros que él custodia. Y entrará en contacto con la figura de Mateo Aguirre, hombre designado para ejecutar el robo de Las Meninas en Valencia. ¿Conseguirá Alejandro detener el robo de arte más importante de la historia?

Y una ciudad a merced de un destino incierto...

*Los guardianes del Prado* es un viaje trepidante en el tiempo, donde el lector podrá ser partícipe de la evolución de la ciudad de Valencia en un momento en el que es invadida por la bruma y en su búsqueda constante por la luz.

Javier Alandes

# Los guardianes del Prado

ePub r1.0

Titivillus 18-11-2022

Título original: *Los guardianes del Prado*  
Javier Alandes, 2022  
Ilustración de la portada: Miriam Bauer

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

*A mis hijos.  
Alejandro, que quien camine contigo  
sienta siempre tu mano tendida.  
Aitana, que tu indómita fuerza te haga llegar  
hasta donde desees.*

Esta es una novela de ficción histórica. Muchos de los hechos que se narran son reales, otros no. Muchos de los personajes que aparecen son reales, otros no.

El autor se toma la libertad de ficción para dar explicación a algunos episodios que, a día de hoy, todavía no la tienen. Y a otros que, teniendo explicación histórica, podrían haber ocurrido de otra forma.

## PRÓLOGO

*Hendaya (frontera franco-española), julio de 1936*

Pese a ser verano, la mañana era fría en la estación. El general Gallardo se subió las solapas de su abrigo mientras trataba de vislumbrar si por el horizonte aparecía el tren que esperaba. Aún no había ni rastro.

Su convoy se había adelantado, ya llevaban allí más de cuarenta y cinco minutos y se había cansado de esperar en el vagón. Con cincuenta ya cumplidos, Gallardo sabía qué cosas le sosegaban cuando estaba intranquilo. Y esperar no era una de ellas.

Bajó del vagón y obligó al sargento a que desplegara el pequeño contingente de soldados que había traído consigo. Por dar una buena impresión, más que otra cosa. Hizo como que pasaba revista a la tropa para matar un poco el tiempo y volvió a mirar su reloj. Su cita se retrasaba. Y en los códigos de Gallardo, cuando alguien se retrasaba era porque se sentía superior.

Las autoridades francesas habían permitido el encuentro. Un tren proveniente de San Sebastián, que transportaba a Gallardo y su pequeño séquito, y otro tren que procedía de Berlín. El andén cerrado para ellos, para garantizar la discreción. Por eso había tenido que ser en sábado, y a las nueve de la mañana; así se interfería lo menos posible en la habitual actividad de la estación.

Sabía que era buena señal estar allí. El propio Franco se lo había pedido la primera vez, y las cosas salieron bien, aunque Gallardo hubiera tenido que improvisar sobre la marcha. Mientras el gran hombre no se enterara, todo iría según lo esperado. Pero esta segunda reunión le desconcertaba, y más habiendo sido solicitada desde Berlín.

Franco volvió a pedirle que fuera él, «A ver qué tripa se les ha roto ahora». Y Gallardo sentía que todo pendía de un hilo: ser la mano derecha del que iba a convertirse en Generalísimo, su puesto en un hipotético futuro



Gobierno y su carrera militar. Si ganaban la guerra que estaban a punto de empezar, claro.

Su exceso de iniciativa podía pasarle factura, lo tenía claro. Pero aliarse con los sublevados para derrocar al Gobierno republicano podía llevarle ante un pelotón de fusilamiento. Así que más le valía que salieran victoriosos de todo el embrollo que habían montado, y que nadie se enterara de lo que él había hecho. Y para eso necesitaba a la persona que estaba esperando.

Se desabrochó el abrigo, estiró su chaqueta del uniforme de general y metió la mano en el bolsillo interior. De una pitillera de plata sacó un cigarrillo, y el sargento acudió raudo a encender una cerilla y hacer cueva con las manos mientras Gallardo aspiraba. Expulsando el humo de aquella primera calada, se oyó el silbato del tren que llegaba. Gallardo miró al sargento y eso bastó para que este pusiera firme a la tropa. Y, sin necesidad de llamarle, el traductor que había traído consigo se colocó junto a él, apenas un paso por detrás.

El tren, imponente, fue reduciendo su marcha hasta detenerse a unos cien metros de Gallardo y su séquito. Tras unos segundos de incertidumbre, varias de las puertas correderas de los vagones se abrieron a la vez y de ellas comenzaron a descender soldados, formando un pasillo a lo largo del andén. Unos cien, calculó Gallardo; cuatro veces más de lo que él había llevado. En dos perfectas hileras, los soldados, de uniforme verde oscuro, con el cuello y los hombros negros, el águila en su pecho y el redondeado casco, daban un aspecto que impresionaba.

El sargento que los comandaba se dirigió a uno de los vagones cuando se aseguró de la correcta formación y llamó a la puerta con los nudillos. El silbido metálico del sistema corredero puso alerta a Gallardo, que había olvidado el cigarrillo que llevaba entre sus dedos.

El uniforme ajustado, gris oscuro, se veía salpicado de las insignias que pendían de su pecho. Y contrastaban en él las botas altas y el cinturón, de color negro. La elegante gorra de plato y el abrigo, también negro, que llevaba puesto sobre los hombros, daban al general Jürgen von Schimmer el aspecto de alguien que era un alto rango en la organización del Führer. Lo que era corroborado por el brazalete rojo en el que estaba bordada una esvástica en negro sobre fondo blanco.

Von Schimmer caminaba despacio hacia el encuentro con Gallardo. El general español advirtió que se había consumido el cigarrillo que pretendía haber fumado y lanzó al suelo la colilla. Arrancó en dirección a su homólogo

alemán, seguido de su traductor, tratando de emular el paso lento y seguro de Von Schimmer.

Teniendo en todo momento presente el primer encuentro que ambos militares habían mantenido un par de meses atrás, Gallardo procuraba serenarse y sopesar los motivos por los que el general alemán podría haber solicitado esta segunda reunión. Pero no era capaz de acertar a imaginarlos.

—Hay que joderse... —masculló entre dientes—. Qué bien visten los muy hijos de puta.

## *Madrid*

La multitud iba creciendo frente al palacete del marqués de Jaca. Noble, pero de bajo rango, la elegante casa apenas estaba rodeada de una pequeña parcela de jardín. El murete, con una trabajada cancela de forja en el centro, remataba el conjunto.

El mayordomo, aterrorizado por los gritos y la violencia contenida que se respiraba en la calle, se afanaba en cerrar ventanas y postigos, apremiando al resto del servicio para que aseguraran todas las entradas a la casa. Y rezaba porque la cancela aguantara las embestidas de los manifestantes más lanzados. Incluso juraría que había visto alguna escopeta al hombro entre la multitud, pero no estaba seguro. El miedo le hacía sentir el latido del corazón en su cuello, pero no quería transmitir esa inquietud a la gente que estaba a su cargo.

Una piedra atravesó el cristal de una de las ventanas que aún no le había dado tiempo a cubrir, provocando un sobresalto en todo el personal de servicio, incluido él. Y generando un rugido de rabia y sed de sangre entre aquella multitud que se hacía más grande por momentos. Se asomó y, a través del vidrio hecho añicos, vio a un muchacho que celebraba su buena puntería. Y a la vez observó cómo la muchedumbre se iba abriendo para dar paso a un hombre, vestido con camisa roja y tocado con una boina militar, que se dirigía hacia la cancela del jardín. Iba seguido de un grupo armado con escopetas, una especie de patrulla que él comandaba. Cuando el hombre llegó a la altura del muchacho que había lanzado la piedra, se detuvo y le estudió de arriba a abajo unos segundos.

—¿Has roto tú el cristal? —le preguntó con mirada seria.

El muchacho solo respondió con una sonrisa y un movimiento afirmativo con la cabeza, seguro que de que el grupo estaría orgulloso de que la primera

acción violenta hubiera sido la suya.

—Lleváoslo —dijo el de la gorra—. ¡Aquí no se mueve nadie hasta que lo diga yo! ¡¿Estamos?! —ordenó mientras miraba al resto de gente allí concentrada y dos hombres se llevaban a golpes en el codo al muchacho.

A las palabras de su jefe, el resto de la patrulla levantó las escopetas, sin apuntar de manera directa, pero en una actitud hostil. El silencio cayó de golpe sobre la turba; nadie deseaba, aunque aquella fuera una causa que consideraban justa, correr la misma suerte que el muchacho de la piedra.

El hombre que había asumido el mando de la concentración se acercó hasta la cancela del palacete. Los manifestantes de primera fila se apartaron para dejar paso y recularon un par de metros.

—¡Los de la casa! —alzó la voz—. ¡Que salga alguien a parlamentar!

Dentro, todas las cabezas se giraron hacia el mayordomo. No era un servicio muy amplio, pero el ama de llaves, las dos muchachas y el mozo de mantenimiento tenían al viejo como su jefe. Así que ahí se las viera él con esa gente.

Tras unos instantes de espera, la puerta de madera de la casa se abrió, y el mayordomo quedó únicamente separado de los alborotadores por la cancela de hierro y unos metros de jardín.

—Los señores no están en la casa —acertó a decir, tratando de que no le temblara la voz.

—Mejor para ellos, pues —respondió el cabecilla—. Nobleza y clero han apoyado el golpe de Estado de parte del ejército. Es hora de que paguen.

—En esta casa no tenemos nada que ver con el golpe militar, señor.

—Quiero pensar que tú y el resto de las personas que estáis ahí adentro sois trabajadores que solo tratáis de buscaros la vida, como todos los que estamos aquí. Pero tus patrones son los que quieren dividir España, y eso no lo vamos a consentir.

—¿Desea que deje algún mensaje a los señores? —El mayordomo se esforzaba por mantener la compostura midiendo sus palabras, para no decir nada que encendiera a aquella gente.

—No te preocupes... —sonrió el de la boina militar—, el mensaje se lo vamos a dejar nosotros. —Y girándose hacia la multitud, mientras otros dos hombres con escopetas se ponían a su lado, añadió—: ¡A quien toque un solo pelo a alguna de las personas de la casa, le ejecuto aquí mismo!

La multitud, para quienes aquellas palabras eran la carta blanca para dar por finalizado el asedio y abrir paso al saqueo, comenzó a saltar el murete y a

empujar la cancela hasta que cedió por la presión. La caída de aquellas defensas fue seguida por un ensordecedor grito de victoria.

El mayordomo se metió dentro de la casa y acudió donde se había agrupado el personal a su cargo, que temblaban de terror.

—Tranquilos, tranquilos..., salgamos a la calle. No os separéis —dijo mientras intentaba abarcar al pequeño grupo con sus brazos y los movía hacia el exterior.

La horda irrumpió en el salón principal, rompiendo cristales, volcando los muebles, arrancando las cortinas y descolgando cuadros y tapices. El olor a sudor y la visión de aquel odio en los ojos de los asaltantes paralizaban a los empleados de servicio del palacete. Esquivando a esa masa enfurecida, el mayordomo quiso sacar a su pequeño grupo de aquel infierno, mientras veía cómo los asaltantes amontonaban en la calle esculturas, antigüedades y demás obras de arte que llevaban generaciones en la familia de sus señores.

En el jardín esperaba el hombre de la boina militar junto con sus dos secuaces armados.

—¿Veis? Nadie os ha tocado —dijo al aterrorizado grupo.

El mayordomo vio con tristeza cómo las obras de arte amontonadas en el suelo de la calle eran cubiertas con las cortinas y los tapices, y se les prendía fuego, ardiendo con rapidez. La multitud, incontrolada, arrojaba con rabia piezas de cerámica y de cristalería contra el suelo, sembrando de añicos brillantes la entrada de la casa y parte de la calle.

—Señor —el mayordomo alzó la voz para ser escuchado, en un intento de mantener su dignidad—, como comprenderá, tengo que avisar a la guardia urbana de este intolerable saqueo.

—¿La guardia urbana? —Sonrió el cabecilla mientras golpeaba de manera amistosa el hombro del custodio de la casa—. No creo que vengan. Están muy ocupados tratando de que otros camaradas no entren en el palacio del duque de Alba. Y aquel —dijo señalando el palacete— es más importante que este.

## *Valencia*

El sacristán hizo su repaso habitual tras las misas de la mañana. En una iglesia tan concurrida como la del Patriarca, en pleno casco antiguo de la ciudad, era normal que la gente olvidara objetos y pertenencias personales. Chaquetas, sombreros, algún monedero. Había quien volvía días después a preguntar por

sus cosas, probando suerte. Pero la mayoría de los objetos nunca eran reclamados, y acababan en el baúl de donaciones a la beneficencia.

En semanas como aquella, de lluvia incesante con pequeñas treguas, el sacristán no dejaba de recoger paraguas. Muchos paraguas. Incluso el que él mismo utilizaba para salir a la calle en esos días era de los abandonados en uno de los bancos durante el pasado invierno. Resistente, con un buen puño para poder utilizarlo como bastón, decidió, no sin cierto reparo, que aquel no acabaría en el baúl.

Ya con un par de ellos bajo el brazo recorría cada fila de bancos, asegurándose de que nada escapara a su vista, cuando lo oyó. Era leve, una especie de repiqueteo metálico, pero que parecía reverberar bajo aquel techo abovedado.

El sacristán detuvo su búsqueda para detectar de dónde provenía ese sonido. Incluso dejó de respirar para que el murmullo de su inspiración no le impidiera escuchar de manera nítida. Y volvió a oírlo. Varias veces. Sin apenas levantar sus pies, para evitar el sonido de sus pisadas, su sentido del oído le llevó hacia la nave lateral izquierda, escuchando el repiqueteo más limpio a medida que se acercaba.

En uno de esos pasos ligeros, la sensación fue distinta: su pie había pisado un reguero de agua que corría por dentro de la iglesia. Y la pista de ese pequeño río llevaba hasta una de las capillas, escondiéndose en la oscuridad de la misma. El sacristán tomó un candil que había en la pared e iluminó el suelo de la pequeña capilla con él. El reguero de agua se convertía en un charco en la oscuridad del pequeño espacio, y el repiqueteo no era otra cosa que un goteo sobre ese charco, que provenía del propio techo.

El sacristán acercó el candil a la pared y la pequeña llama arrancó unos inconfundibles reflejos de agua. La lluvia estaba goteando por el techo y filtrando por la pared, empapando el fresco que presidía esa capilla. Al subir el candil a la mayor altura que pudo, la luz reflejó una gran hilera de desconchado en el revoque, creando incluso peligro de desprendimiento. Aquello era un desastre de una dimensión considerable.

Lo único que se le ocurrió fue salir corriendo en busca de su superior.

## PRIMERA PARTE

La paradoja era que, mientras se combatía a Inglaterra, a Francia, a Dinamarca, al Turco y a las provincias rebeldes, se les compraba al mismo tiempo, mediante terceros, mercaderías, jarcia, alquitrán, velas y otros géneros necesarios tanto en la Península como al otro lado del Atlántico. El oro de las Indias escapaba así para financiar ejércitos y naves que nos combatían. Era un secreto a voces, pero nadie cortaba aquel tráfico porque todos se beneficiaban. Incluso el rey.

—El resultado salta a la vista: España se va al diablo. Todos roban, trampean, mienten y ninguno paga lo que debe.

—Y además se jactan de ello —apuntó Quevedo.

—Además.

ARTURO PÉREZ-REVERTE, *El oro del rey*

# 1

*Valencia, julio de 1936*

—Este trabajo no pienso pagártelo, Santoro —dijo con tranquilidad el marqués de Casariego.

—¿No le gusta cómo ha quedado?

—Me encanta, es maravilloso. Pero no son los materiales que habías presupuestado, y mi bolsillo no va a responder por tu exceso de iniciativa.

José María Allendesalazar y Travesedo, quinto marqués de Casariego, había encargado a César Santoro la reforma de la primera planta del palacio de los condes de Alpuente, inmueble de su propiedad situado en el número 28 de la calle Caballeros, en pleno corazón del barrio del Carmen. Aunque ese palacio no era la residencia habitual del marqués, presumía de mantenerlo siempre en un estado impecable, y provisto de personal de servicio, para el alojamiento de invitados que visitaran la ciudad o la celebración de determinadas fiestas y recepciones.

La calle Caballeros, rebautizada como calle Metalurgia por los cambios del callejero que había hecho el ayuntamiento siguiendo la tendencia republicana —aunque todo el mundo seguía utilizando su antigua denominación—, se extendía desde la plaza de la Virgen a la plaza del Tossal y, además de ser una de las calles más antiguas de la ciudad, era la arteria principal de la Ciutat Vella, el casco antiguo de Valencia. Aquella calle estrecha e irregular, de solo un carril, se veía abigarrada por la gran cantidad de palacios y casas solariegas de ese estilo gótico valenciano que había predominado durante el siglo xv. Fuentehermosa, Castellfort, el de los condes de Oliva, los Centelles, los Fernández de Córdoba o el de los Queixal, eran algunos de los nombres de aquellos majestuosos edificios propiedad de la nobleza valenciana. Y aquel túnel que era la calle, rematada por la silueta de la cúpula de la basílica de la Virgen de los Desamparados, se veía salpicada en sus plantas bajas por tabernas de buen vino, maestros artesanos de telas y paños, y selectos comercios de ultramarinos, donde las doncellas que servían en aquellos palacetes aprovisionaban las despensas de sus señores. El teatro Talía, la iglesia de San Nicolás o el palau de la Generalitat eran importantes puntos de reunión que hacían de la calle Caballeros un continuo ir y venir de gente cualquier día de la semana.

Pero toda aquella concentración de edificios e inmuebles históricos también hacía necesarias continuas labores de reforma y conservación, y raro era el mes donde no había trabajos de albañilería en uno u otro punto de la calle. El marqués de Casariego había decidido, meses atrás, que era hora de remodelar la primera planta del palacio de los condes de Alpuente. Siguiendo las indicaciones de su arquitecto, y atendiendo a la composición estética de la fachada, se había decantado por dejar diáfana toda aquella planta, para poder utilizarla en reuniones sociales y celebraciones familiares. Los cuatro grandes balcones adintelados, con los destacados frontones partidos en cada uno de ellos, rematados por el marco de piedra tallada, quedaban sobre la remachada puerta de doble hoja de entrada a la casa, coronada por el escudo de armas de los Alpuente. El arquitecto del marqués estaba convencido que esa gran sala diáfana, con la singularidad de los cuatro balcones a la calle, daría un exquisito aire a aquella estancia, además de proveerla de frescor y entrada de luz natural. Y fue el propio arquitecto quien propuso al marqués que ejecutara aquella reforma un maestro de obras de su confianza: César Santoro.

—Debo suponer —dijo César— que el desacuerdo del señor marqués reside en las vigas de madera que hemos colocado en el techo.

—Supones bien —respondió aquel—. No son las que presupuestaste.

—Son más robustas, de un diámetro superior.

—Y más caras.

—Estas estaban ya fabricadas, señor. Si hubiéramos tenido que esperar a que fabricaran las que estaban presupuestadas, le habríamos entregado la obra con retraso —siguió argumentando el corpulento maestro de obras, sin la menor muestra de arrepentimiento.

—Y ese habría sido tu problema. —El aristócrata hablaba con cierto desprecio—. No tendría dinero si pagara de más por todo lo que contrato.

—¿No estará insinuando...? —César respiró hondo, realzando toda su envergadura, y se puso serio; consideraba que era un trabajador honrado, y no iba a permitir que nadie pusiera en duda su profesionalidad. El marqués se estiró la chaqueta del traje de tres piezas, consciente de que quizá había ido un poco más allá de lo que debía.

—Padre... —César Santoro se giró al oír la voz a su espalda—, ¿me permites explicarle al señor marqués la procedencia de las vigas?

Santoro, además de su cuadrilla habitual de trabajadores, llevaba con él a todas partes a su único hijo, Alejandro, un joven despierto que, a sus veintitrés años, trataba de aprender el oficio de su padre. Y ese oficio no solo incluía las jornadas de duro trabajo; había que dominar también la elaboración



de presupuestos, las reuniones con personas de clase alta y el momento de la entrega de las obras, para comprobar que todo fuera del gusto de los clientes.

César se quedó mirando a su hijo durante unos segundos. Estaba decidiendo qué contestar a esa pregunta. Uno tiene sus secretos profesionales, y César no era uno de esos hombres a los que les gustaba revelarlos. Pero, por un lado, no quería que su reputación quedara en entredicho y, por otro, tampoco deseaba que aquella obra le hiciera perder dinero. Asintió secamente, esperando que Alejandro supiera explicar todo aquello.

—Como ve, señor marqués, hemos recuperado el color del suelo de mosaico de la planta. —Un precioso pavimento cerámico que, en pequeñas baldosas, dibujaba volutas y cenefas típicas valencianas—. Al decapar y rehabilitar la madera de los cuatro ventanales también ha salido su verdadero color. —Alejandro señaló la oscura madera, recién barnizada, de las puertas de salida a los balcones—. Y nos encontramos con tres problemas a la hora de tirar los tabiques para hacer la estancia diáfana.

—¿Qué problemas? —preguntó el marqués con un cierto aire de superioridad, del que César ya se estaba cansando.

—Al tirar los tabiques —explicó Alejandro de forma aséptica y profesional—, nos hemos encontrado con que no había pavimento en el lugar que estos ocupaban. Ese ha sido el primer problema, por eso puede ver que, en el lugar que ocupaban las paredes, hemos colocado estos listones de madera, del mismo color que la de los ventanales. —El marqués de Casariego asintió, pisando sobre uno de aquellos listones. Quedó satisfecho con lo asentado y firme que parecía, dando a la estancia un aspecto mucho más elegante que si se hubieran buscado baldosas lo más parecidas posible al suelo original—. Ahí surgió el segundo problema —continuó el joven—, y es que las nuevas vigas de madera tenían que mantener el color de los ventanales y los listones del suelo. Nada que una buena pintura no pudiera solucionar. Pero —y, en ese momento, Alejandro hizo un pequeño énfasis en su voz—, antes de derribar los tabiques, observamos que un par de ellos eran de carga. Es decir, ayudaban a sostener el peso del techo. Y ese era el tercer problema.

—¿Qué me quieres decir con eso, chico? —El marqués, con los pulgares metidos en los bolsillos de su chaleco, escuchaba a aquel muchacho espigado al que el flequillo llegaba casi a los ojos, esperando a ver adónde quería llegar.

—Que el techo podría venirse abajo. —Alejandro hizo una pausa y miró a los ojos al marqués—. Las vigas que se le habían presupuestado se quedaban cortas como refuerzo estructural. Lo hablé con su arquitecto y estuvo de

acuerdo. Fabricarlas con el diámetro que requerían sí que hubiera disparado el presupuesto.

—¿Todavía más? —El marqués blandía en la mano la factura que le había entregado César.

—Ni se lo imagina —contestó Alejandro—. Pero aquí, mi padre es un hombre de recursos. ¿Conocía usted el palacio de los condes de Loriguilla?

—Claro, fue derribado el mes pasado.

—Veo que está bien informado. —Sonrió—. Ahí estaban las vigas que necesitábamos. —Y, sin mirar, señaló al techo.

—*Tinc unes bigues de segona mà?* —La sorpresa de aquella información hizo que el marqués pasara a hablar en valenciano.

—Sí, señor. —Alejandro asintió con la cabeza—. Unas maravillosas vigas que soportaban un peso mayor que el que hay aquí, que el tiempo ha dado el color que necesitábamos, y bajo las que han dormido Fernando VII, Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII. —Las referencias a la monarquía parecieron agrandar al marqués—. Y por las que también pujaba Claudio Broch.

—¿Broch? —se sorprendió el marqués—. ¿El maestro de obras del duque de Porta-Coeli?

—El mismo. Las quería para la casa que se está construyendo junto al palacio de la Exposición. Se las quitamos en sus narices, ¿verdad, padre?

César asintió.

—¿Por qué no me habías hablado de todo esto, César? —Una batalla ganada a otro aristócrata siempre era una buena anécdota para contar en las reuniones.

—No quería aburrirle con detalles, señor. Pensaba que solo viendo el resultado —César abarcó la estancia con las manos—, daría por buena la pequeña subida del presupuesto.

—No es pequeña —rectificó el aristócrata.

—Pero lo vale, señor —añadió Alejandro—. Imagínese el día de la Festa Grossa. —Así se conocía al día de la procesión del Corpus Christi, que tenía su paso más multitudinario en la propia calle Caballeros—. Los cuatro ventanales abiertos, los mantos con el Cristo bordado colgando de sus balcones y, desde la calle, cuando todo el mundo mire hacia arriba, la imponente visión de estas vigas en su techo. Todo el mundo ya sabe que son las del palacio de los condes de Loriguilla; va a causar expectación.

El marqués de Casariego se quedó en silencio. Dándoles la espalda se acercó a uno de los ventanales y perdió la vista a través de él.

Y, en ese momento, César se dio cuenta de todo lo que su hijo estaba aprendiendo, y del hombre en que se convertía. Le había dejado al marqués la duda de que, si todo el mundo sabía de dónde provenían esas majestuosas vigas, también correría la voz de que el marqués no había querido pagarlas. El chico había acorralado al aristócrata, y el propio marqués de Casariego aceptó que se había quedado sin opciones.

Tomó su maletín y de él sacó un abultado sobre.

—Chico..., ¿cómo sabes tanto sobre estructuras, refuerzos y muros de carga?

—Aprendo al lado de mi padre, señor —contestó Alejandro.

—Señor marqués —intervino César—, le ruego disculpe la modestia de mi hijo. Lleva años trabajando en la obra, es cierto; pero el año pasado se sacó el título de arquitecto.

—*Collons...* —Aquello no lo esperaba el marqués—. *Aixina arribaràs lluny, xiquet.*

—¿Fernando VII durmió allí? —preguntó César a su hijo mientras, ya en la calle, caminaban hacia la plaza del Tossal, para enfilar hacia las Torres de Quart.

—Pues no lo sé, pero podría ser —dijo Alejandro, levantando los hombros.

César no pudo sino reír ante aquella ocurrencia de su hijo, mientras palpaba en el bolsillo de su camisa el fajo de billetes que el marqués de Casariego le acababa de pagar. Pese a haber comenzado el mes de julio, con el sol castigando sin clemencia la ciudad, la estrechez de las calles del barrio del Carmen propiciaba que la sombra fuera constante, y que el aire se canalizara en una fresca brisa que hacía de aquel un lugar ideal para el aperitivo. Las terrazas de las tabernas estaban llenas de gente que mataba el tiempo hasta la hora de comer con una cerveza bien fría o un vino, y deliciosos platos de *clòtxines* al vapor.

Padre e hijo, y el resto de los peatones que a esa hora llenaban la calle, tuvieron que apartarse a un lado al escuchar un claxon a sus espaldas. Eran calles poco recomendables para circular, pero los repartidores, taxistas y proveedores de las tabernas tenían que seguir trabajando, y se armaban de paciencia para transitar muy despacio por el barrio.

Aquel claxon sonaba de manera insistente, aunque toda la gente ya se había apartado a los lados. La camioneta que estaba armando todo aquel jaleo

se detuvo al lado de César y Alejandro, y estos se sorprendieron al ver que era el vehículo de su empresa de obras, conducido por Pere, su operario de confianza.

—Os estaba buscando —dijo aquel a través de la ventanilla.

—¿Pasa algo, Pere? —preguntó César con preocupación.

—*Pujeu...* —Pere hizo un gesto con la cabeza—. El *retor* del Patriarca quiere veros de inmediato.

## 2

*Hendaya, julio de 1936*

El general Gallardo tendió su mano hacia la de Von Schimmer, que este apretó con su derecha mientras la envolvía con su izquierda, ambas enguantadas, en un gesto de cercanía y confianza. Además, su franca sonrisa realizaba esa sensación de satisfacción por volver a ver a Gallardo, después de que su primera reunión, un par de meses atrás, hubiera sido tan fructífera. La envergadura del germano, junto con su perfecta dentadura y aquel uniforme tan elegante, hacía empequeñecer a Gallardo, quien se cuidaba mucho de no mostrar ningún signo de ello.

Pero lo que más inquietaba a Gallardo eran los ojos del germano. Azules como un cielo de verano, irradiaban una cálida inocencia que resultaba seductora. Pero esa calidez podía pasar, sin previo aviso, a una amenazante frialdad que escrutaba el alma, como ya había comprobado el general español.

—Creo que puede prescindir de su traductor, general —dijo Von Schimmer con acento gutural y un arrastre importante de las erres—. Me gustaría practicar mi español. He estado tratando de mejorarlo en su honor.

—Me abruma, general. —En ese momento, Gallardo también envolvió con su zurda las manos del alemán—. Pero en ningún caso deseo que pueda sentirse incómodo. Mi traductor está a su disposición.

—¿«A-bru-ma»? —preguntó Von Schimmer tras el cordial saludo—. ¿Qué es «abruma»?

—*Überwältigen*, Herr General —intervino el traductor con una inclinación de cabeza.

—Ah... *überwältigen*... entiendo. —Sonrió el general alemán—. Eso ya no se me olvida. Gracias por su amabilidad.

Gallardo hizo un gesto con la mano al traductor para que se marchara y les dejara a solas; por su encuentro pasado, ya sabía en qué terrenos se movía el alemán cuando prescindía de intérprete. Los azules ojos de Von Schimmer observaron el despliegue que el general español había traído consigo.

—Permítame decirle que su español es excelente.

—Ustedes son amigos del Reich, y para nosotros es importante conocer su idioma. Paseemos. —Y Von Schimmer comenzó a caminar hacia donde estaban las tropas españolas.

Gallardo tardó unas décimas de segundo en reaccionar al movimiento de Von Schimmer, e hizo una seña al sargento para que las tropas lucieran lustrosas al paso de su colega alemán.

—¡Firmes! —voceó el sargento—. ¡Presenten... armas! —Y el pequeño pelotón español honró a los dos generales que pasaban por el pasillo que formaban, sin que el alemán ni siquiera les mirara.

Caminando en silencio, Gallardo calculó que Von Schimmer sería unos diez años más joven que él y, sin necesidad de calcular, una cabeza más alto. Toda aquella puesta en escena, con ese ritmo pausado, era la forma en que el general alemán hacía ver que era él quien marcaba los tiempos. Gallardo ya sabía que toda aquella liturgia no era más que la preparación del terreno, la trampa que podía acabar atrapándole. Y tenía que medir cada uno de los pasos que daba.

—Gallardo, le agradezco mucho que haya accedido a esta reunión —rompió el hielo por fin Von Schimmer, mientras se quitaba los guantes y los colocaba en el bolsillo de su abrigo.

—He de reconocerle que estoy ansioso por saber qué desean nuestros amigos alemanes.

—«Amigos». Esa es la palabra. —Sonrió el alemán, acomodando su abrigo en los hombros—. «Amigos» es confianza, lealtad, comprender... —dijo en un muy rudimentario español—. El Führer les considera amigos.

—Es un honor, general. —No encontró Gallardo otras palabras más adecuadas. Sentía cómo el fuego se acercaba y trataba de tantear para no quemarse.

—Y como eso vengo, como un amigo. Un amigo que pide su comprensión y necesita su ayuda.

—Por favor, general. Quisiera ayudarle en todo lo que esté en mi mano.

—He venido a... ¿re-de-fi-nir...? ¿Se dice así? ¿Redefinir? —Hizo una pausa como para cerciorarse de que estaba empleando la palabra correcta—. Redefinir las condiciones de nuestro acuerdo —disparó el alemán sin paños calientes.

El guion que Gallardo ya sospechaba se iba cumpliendo. Von Schimmer no venía a pedir ayuda; venía a exigir, sabiendo que la sublevación del ejército en España iba a necesitar de los servicios alemanes para salir victoriosa. Esa reunión era para sacar partido, sabiendo con cruda certeza que Franco no ganaría la guerra sin la ayuda de Hitler. Y el alemán quería exprimir a esos militares, como Gallardo, que se habían metido en el lío de iniciar una guerra sin saber si les quedaba demasiado grande.

—Sentémonos. —Von Schimmer se dirigió al último banco del andén, casi ordenando a Gallardo que le siguiera. El español conocía su papel en ese juego y, hasta que no supiera qué demonios quería su colega, no podía hacer otra cosa más que seguir a su homólogo como un perrillo.

Von Schimmer se sentó y puso una pierna sobre otra. Observando su bota izquierda, en silencio, el alemán sacó un pañuelo de su bolsillo y limpió una pequeña mota que había en ella. Gallardo se acomodó a su lado, esperando que aquel volviera a abrir la boca.

—Quiero que sepa, Gallardo, que Alemania está deseando brindar su ayuda al ejército español para que puedan vencer a su Gobierno republicano.

—Así es como quedamos la última vez, general. Y parecía estar todo bien atado.

—Una orden de su general Franco, y nuestros aviones bombardearán las zonas que ustedes nos indiquen. El glorioso ejército del aire del Reich les ayudará a ganar su pequeña guerra. Pero...

—¿Pero? —Ahí viene con su artillería, pensó Gallardo.

—Se nos... olvidó... incluir un pequeño detalle en las contraprestaciones que pactamos por nuestra colaboración.

Ese *olvido* al que se refería Von Schimmer no era más que un eufemismo. La estrategia estaba perfectamente calculada, y *las contraprestaciones* eran el punto clave que tenía en vilo a Gallardo. Sabía que Von Schimmer venía a subir la apuesta, pero aún no sabía cómo.

Gallardo supo que aquella partida, que había dado por cerrada, todavía se estaba jugando. Y todo aquello había comenzado en la primera reunión que mantuvieron ambos generales.

### *Dos meses atrás*

Los generales del ejército español que iban a poner en marcha el levantamiento contra el Gobierno republicano sabían que aquello iba a desembocar en una guerra. Dentro del bando nacional había voces que no le hacían ascos al conflicto armado: una buena guerra sacude el árbol para que caigan las manzanas podridas, decían. Pero necesitaban asegurarse de que esa contienda cayera de su lado, y que fuera lo más corta posible. Y, para ello, eran conscientes de que necesitaban ayuda externa.

Alemania era el candidato adecuado: un régimen militar que estaba purgando elementos «subversivos» dentro de sus fronteras y que,

ideológicamente, se alineaba con los principios de los generales españoles que promovían el conflicto. Además, Franco, con buen olfato, sabía que tarde o temprano aquel desequilibrado del bigotito iba a liar una buena en el centro de Europa y necesitaría aliados o, al menos, países que se mantuvieran neutrales. Con lo que a Alemania le podría interesar tener a España en su órbita.

Así que se produjo aquella primera reunión secreta, un par de meses atrás. Hitler, que no iba a ensuciarse las manos con un tema así ni a perder un segundo de su tiempo, designó a Von Schimmer como representante. Franco, si no iba el Führer, tampoco se iba a presentar en la reunión, que se acordó celebrar en Hamburgo. Así que tenía que pensar muy bien a quién mandaba.

Gallardo fue el elegido, lo que recibió como un gran honor y signo de confianza del que iba a ser el futuro jefe del Estado. Si ganaban la pequeña guerra, claro. La realidad era que Franco eligió a Gallardo porque pensaba que era alguien que no se salía del guion: adulador, pero sin caer en la sumisión, diplomático y buen controlador de su propio ego. Era España quien pedía ayuda a Alemania, así que necesitaba a un hombre que supiera arrodillarse antes de pedir nada. Y lo que iba a pedir no era poco: el apoyo aéreo de la Luftwaffe y tropas del ejército de tierra alemán para tomar cuanto antes todo el país. Si había un aspecto que era clave para el bando sublevado, era que el conflicto fuera lo más corto posible: tampoco era cuestión de heredar un país hecho trizas.

¿Qué podía ofrecer el ejército sublevado al Führer para que accediera a ayudarles? Pues muy poco, reconocieron los generales cuando se reunieron para preparar la reunión de Hamburgo. Contaban con una buena suma de dinero reunida por empresarios y nobles que apoyaban el golpe; pero ese dinero tenía que servir para financiar el conflicto armado si este se alargaba. Podían destinar varios millones de pesetas como pago a Alemania; sería una suma ridícula para el Reich, pero Franco esperaba que lo interpretaran como un gesto de buena voluntad. Aunque las verdaderas contraprestaciones a ofrecer se podrían abonar una vez el bando nacional ganara la guerra: explotación de recursos naturales del territorio español —sobre todo wolframio—, utilización de puertos en el Mediterráneo y disposición de la industria siderúrgica para la fabricación de infraestructuras y armamento pesado. Además de ese compromiso de alineación o neutralidad cuando el del bigotito la liara. Que lo haría.

Y con esas cartas fue Gallardo a Hamburgo, sabiendo que era una mano muy pobre. «No vuelvas sin un acuerdo», le pidió Franco, sintiendo que, más que una petición, era una advertencia. Gallardo sabía que en aquella reunión



se jugaba su futuro: ser alguien en la nueva España que pronto nacería, o decepcionar al gran hombre y que lo excluyera de su círculo. No podía fallar, tenía que regresar triunfante.

Aunque la reunión era secreta, Gallardo fue recibido con calidez por el Gobierno alemán. Von Schimmer fue un estupendo anfitrión, que dispuso que al general español y sus acompañantes no les faltara de nada durante su estancia. Y que permitió que disfrutaran unos días de Hamburgo y sus encantos antes de tener la decisiva reunión. Por un lado, aquello ponía de los nervios a Gallardo, quien quería resolver el tema cuanto antes. Pero, por otro, le permitió alejarse de la explosiva situación que vivía España, y encontrar momentos de relajación y entretenimiento. Decidió que la ópera no era para él, pero los clubes nocturnos sí. Una cosa por otra.

Von Schimmer, alto, rubio y de maneras exquisitas, aparentaba ser todo un caballero. Siempre vestido con su elegante uniforme, Gallardo le echaba unos cuarenta años. Y con ese exquisito trato que ofrecía, dispuso la reunión en un palacete en el centro de Hamburgo, donde, ante una gran mesa, se sentó la delegación española frente a Von Schimmer y sus consejeros.

El general alemán felicitó a Gallardo en público, por la valentía que estaban teniendo él y parte del ejército al estar poniendo en marcha una sublevación contra el Gobierno republicano. Hablaba en alemán, y su traductor comentaba, en un perfecto español, que Franco le recordaba mucho a su admirado Führer por su tenacidad, voluntad y espíritu de sacrificio por su país. Y que, por supuesto, si se daban las condiciones adecuadas, para Alemania sería un honor poder ayudar a establecer un orden en España que durara muchas décadas.

Para sorpresa de Gallardo, las contraprestaciones que ofreció a Alemania fueron del máximo agrado para Von Schimmer y sus consejeros, quienes incluso comentaban que era mucho más de lo que esperaban de una nación que se encontraba en un momento tan convulso. El general alemán, en nombre de Hitler, agradeció la generosidad de España con su país, y concluyó que iba a trasladar la oferta cuanto antes a las altas instancias para que la evaluaran y pudieran contestar lo más rápido posible.

Gallardo no entendía nada. Franco, él mismo y el resto de los generales que pretendían sublevarse pensaban que la oferta a Alemania era poco menos que ridícula, aunque fuera lo máximo que podían ofrecer. Y resultaba que los alemanes la tomaban como si les hubiera tocado la lotería. La política internacional tenía vericuetos por los que él aún no había transitado, pensó.

Con esto, Von Schimmer dio por concluida la reunión, ofreciendo a sus invitados que pasaran al comedor para asistir a una cena en su honor. Fue el traductor quien pidió a Gallardo que todavía no se fuera, ya que el general alemán quería estar a solas con él unos minutos. Y para mayor sorpresa de Gallardo, una vez se quedaron él y su homólogo sin compañía, Von Schimmer comenzó a hablarle en un más que correcto español.

—Estimado Gallardo —el alemán pronunciaba «*Jallardo*»—, ambos sabemos que la oferta que nos ha hecho es insuficiente. Y le... prometo... ¿se dice así?, ¿prometo? —Gallardo asintió en silencio—, le prometo que Alemania la agradece y la valora, porque sabemos que es lo máximo que pueden ofrecernos. Pero no basta para que les demos nuestra ayuda.

El castillo de Gallardo resultó ser de naipes y se desplomó con ese soplido. Ya se veía regresando a España con el acuerdo en sus manos y felicitado por sus compañeros. Incluso había fantaseado con ser Jefe del Estado Mayor, o algún ministerio, por qué no. Pero la realidad le había golpeado con dureza y Von Schimmer comenzaba a mostrar su verdadera cara.

—Alemania tiene grandes planes para el futuro —continuó el elegante general—, y no debemos poner en riesgo ni nuestras tropas ni nuestro armamento para que la ganancia que consigamos sea menor.

—Vaya, discúlpeme, general... —Gallardo eligió con cuidado las palabras—, por su reacción cuando les he trasladado nuestra oferta, y por la opinión de sus consejeros, parecían bastante satisfechos.

—¡Claro que estamos satisfechos! Y agradecidos, Gallardo. —Von Schimmer abarcó toda la sala con su mano derecha mientras sonreía—. Amigos que vienen a nuestra casa a pedir ayuda con respeto y generosidad. Somos muy afortunados. —Y, en ese momento, su sonrisa se borró, y sus congelados ojos azules se clavaron en los del general español—. Pero el Führer jamás aprobará estas contraprestaciones. Yo no puedo hacer nada.

—Le prometo que hemos llegado al máximo que podemos. Les ofrecemos lo mejor que poseemos.

—Cuando ganen su pequeña guerra. Si es que la ganan.

—Con ustedes lo haríamos.

—Sí, pero según sus palabras, Alemania apenas recibe nada por intervenir. Todo es para el final, cuando la ganen. Y si algo hemos aprendido de nuestra historia, es que el futuro siempre es incierto.

—Bueno... —Gallardo siguió tanteando—, les ofrecemos una suma de dinero inicial que hemos podido reunir.

—Gallardo, por favor... —sonrió el rubio alemán—, la organización de un discurso del Führer a las juventudes del partido cuesta más dinero. Es ridículo.

Gallardo tenía que reconocer que aquel hombre sabía manejar los tiempos. Podía haberlo despachado el primer día y, aun así, le había regalado unas vacaciones a gastos pagados antes de decirle que no. De ese modo, pensaría, la decepción sería más llevadera.

Hasta ahí llegaban las esperanzas de Gallardo en su futuro. Ni siquiera se había producido el alzamiento, y no había sido capaz de cumplir con la misión que tenía. Ni ministerio ni mano derecha de Franco. Sabía que no era culpa suya, las cosas eran como eran, pero ese fracaso se personalizaría en él. Y ya se vería el resultado de la guerra si Alemania no ayudaba. En su cabeza, que funcionaba rápido, ya se visualizaba siendo juzgado por alta traición y condenado a muerte en un paredón.

—Pero el caso es que... —ante esas palabras de Von Schimmer, que las pronunció despacio y en un tono muy bajo, Gallardo vio una luz. El alemán las pronunció con la mano en el mentón y la vista perdida en la sala, como si estuviera barajando posibilidades. Gallardo no dijo nada, esperando que Von Schimmer continuara— quizá haya algo que se pueda hacer.

—Soy todo oídos, general —dijo el español de la manera más tranquila que pudo, intentando no transmitir su impaciencia.

—El peso de nuestra nación se asienta sobre los hombros de otro gran hombre, la mano derecha del Führer: Herr Heinrich Himmler. Si Hitler es el ideólogo que nos lleva al futuro, Himmler es el guardián de nuestro espíritu como pueblo. Ambos van a convertir a Alemania en la nación más poderosa del mundo; una Alemania que guíe al mundo hacia la mayor época de prosperidad que jamás haya conocido, y una nación que sea el custodio de la historia de la humanidad. Que recoja todo lo que la raza humana ha sido desde el origen de los tiempos y la mejore para los siglos futuros. —Von Schimmer se enardecía al hablar de su nación y sus dos amados líderes—. ¿Me sigue, Gallardo?

—Dos hombres ejemplares, sí, señor —dijo Gallardo, sin tener ni idea de adónde quería ir a parar el otro.

—Dos hombres ejemplares, eso es. —El rostro de Von Schimmer hervía de orgullo patrio—. Y Herr Himmler ha confiado en mí para ayudarle en su cometido. Me ha pedido que le ayude a reunir piezas y colecciones... especiales.

—Creo que no alcanzo a comprenderle, general. —Gallardo no pudo evitar la cara de extrañeza.

—Objetos únicos, con un gran valor cultural, que nos muestren civilizaciones ya desaparecidas. Símbolos que nos ayuden a conocerlas mejor y preservar su memoria.

—Y, con todos los respetos, ¿tengo en mi mano algo que pueda satisfacer a Herr Himmler?

—Lo tiene, Gallardo. Lo tiene.

La pequeña chispa de esperanza había prendido. Ahora había que saber soplarle para que se convirtiera en llama.

—No se ande con rodeos, general Von Schimmer. Si está en mi mano, cuente con ello.

—Su colección de monedas del Museo Arqueológico Nacional —disparó el germano. Gallardo se quedó en silencio, tratando de digerir lo que acababa de escuchar—. No todas, desde luego —aclaró Von Schimmer—. A Herr Himmler le interesan sus piezas de oro y plata acuñadas en el imperio romano y la época visigoda. Alguna griega, musulmanas —enumeró como si fuera una lista de víveres para ir de excursión—. ¡Ah! Y las precolombinas que ustedes expoliaron en Sudamérica.

El general español se dio cuenta de que Von Schimmer debía conocer muy bien —no sabía cómo— las piezas más valiosas de la colección numismática del Museo Arqueológico Nacional, y quería ofrecer a Himmler un regalo digno de los dioses. Y Gallardo, que no había visitado aquel museo en toda su vida, comenzó a vislumbrar por dónde iba el germano.

—¿Me está pidiendo...?

—Eso es, lo ha entendido. Quiero esa colección de monedas.

—General, con todos los respetos... —Gallardo hizo una pausa—. Me temo que me pide un imposible.

—Puedo hacer que nuestra aviación coopere con ustedes; eso sí, olvídense de nuestras tropas de tierra. —Von Schimmer hizo un gesto con las manos, como si fuera algo obvio—. Pero si esa colección está entre las compensaciones, me encargaré de que Alemania les apoye para ganar su guerra.

Y, pensando en su propio futuro, con las palabras de Franco resonando en sus oídos —«No vuelvas sin un acuerdo»—, Gallardo supo en ese momento que debía convertir en posible lo imposible. Aquella colección de monedas debía tener un valor económico estratosférico. Y un valor histórico incalculable.

Franco jamás iba a aceptarlo, pensó Gallardo. No porque le importara mucho en aquellos momentos esa pequeña parte del patrimonio histórico, sino porque no sería la mejor manera de ganar adeptos al alzamiento del bando nacional. Pagar la intervención de un ejército extranjero en la guerra que se avecinaba con piezas del tesoro español pondría en su contra hasta a buena parte de sus adeptos. Y si Von Schimmer era un maestro manejando los tiempos, el pequeño general gallego lo era manejando las lealtades. Gallardo no podía trasladar esa propuesta, lo tildarían de idiota. Pero, por su futuro, también sabía que no podía volver sin un acuerdo.

—De acuerdo —respondió Gallardo, con la mayor sobriedad que fue capaz de reunir. Acababa de entrar en terreno inexplorado; a partir de aquel momento, estaba solo—. Será un honor para nuestro país ofrecer a Herr Himmler dicha colección de monedas. No existirá un mejor custodio para las mismas.

—Ah, Gallardo... —Von Schimmer sonrió satisfecho—. Es un placer que un país tenga representantes como usted, hombres que saben valorar las situaciones. Este va a ser el comienzo de cosas grandiosas. Y nuestros gloriosos líderes van a encabezar juntos un nuevo orden mundial.

Envueltos por la sobria elegancia de aquel salón del palacete, el general alemán sacó su pitillera y ofreció un cigarrillo a Gallardo, que lo aceptó. El germano tomó otro para él y le añadió una boquilla metálica. «Estos cabrones son elegantes hasta para fumar», pensó Gallardo. Ambos fumaban en silencio, tomando una pausa de ese envite en el que, aunque con elegantes maneras, acababan de batirse. Gallardo sabía que se había metido en un callejón que, en el mejor de los casos, tenía una salida muy estrecha. Y tendría que ser muy hábil para encontrarla.

—General... —rompió el hielo—, necesito ser muy claro con usted en un aspecto.

—Por supuesto —le animó el alemán de buen grado—. Ese es el significado de ser amigos, ¿no?

—Verá... —Gallardo tuvo que hacer un pequeño silencio porque se lo llevaban los demonios cada vez que Von Schimmer hacía referencia a aquella amistad—, nuestra colección del Museo Arqueológico no va a estar en mejores manos que en las de Herr Himmler. —El español carraspeó para digerir esa falsa diplomacia—. Pero me gustaría que comprendiera que esa contraprestación podría herir el orgullo nacional de muchos de mis compatriotas.

—Mentes pequeñas, Gallardo. —Von Schimmer hizo un gesto con la mano, como si espantara una mosca—. No pierda el sueño por ello.

—España es un país de mentes pequeñas. Y si lo que queremos es gobernarlo tras nuestro alzamiento, tendremos que ganarnos a sus gentes.

—¿Qué me está sugiriendo?

—Le ruego que el Reich no haga público que les hemos entregado esa colección de monedas.

—Le comprendo —contestó Von Schimmer tras una pequeña meditación—. Déjelo en mis manos.

—Nadie debe saber jamás que nosotros incluimos esa contraprestación por su participación en nuestra guerra —insistió Gallardo—. Y cuando digo nadie... significa que jamás se haga referencia a este acuerdo en futuras reuniones entre nuestros Gobiernos.

A Von Schimmer no le preocupaba esa petición. Pensaba llevarse todos los méritos ante Himmler, a quien no le importaría en absoluto de dónde habría salido ese tesoro. Y pagaría bien a gusto el precio de tirar unas cuantas bombas sobre ese país de analfabetos.

—No se preocupe, Gallardo. Usted está cubierto por mí. —Von Schimmer se levantó, dando por concluida la reunión—. Una última cosa... —el semblante del alemán se tornó serio en ese momento—, ¿cuándo me entregará la colección de monedas?

—Eso no va a ser inmediato, general. Hasta que no nos alcemos en armas y el país entre en estado de confusión, no voy a poder maniobrar para ello.

—Dígame cuánto tiempo. —La frase del general alemán sonó a orden.

—Cinco meses —dijo Gallardo sin titubear ni amilanarse.

Von Schimmer sonrió, dando por buena la respuesta. Gallardo supo que se había tirado un lobo a la espalda, que le estaría echando el aliento hasta que cumpliera. Y que le devoraría si no lo hacía. Pero volvía a España con un acuerdo.

De momento, el compromiso de ayuda de la aviación alemana se podía considerar un éxito. Lástima la guinda de las tropas.

\*  
\* \*

—Le quedan tres meses para entregarme la colección de monedas —disparó Von Schimmer, mirando al horizonte desde ese banco del andén de la estación de Hendaya.

—Tiempo de sobra para cumplir con mi palabra. —A Gallardo le agotaba el hecho de tratar de estar a la altura del alemán y mantener una pose de

igualdad con aquel.

—Confío en usted, no me fallará.

—Y yo en que usted tampoco.

El lobo tanteó y midió con la mirada. Gallardo estaba impaciente; no era necesario un viaje desde Berlín para recordarle que el reloj corría.

Respiró hondo y exhaló de manera silenciosa; sabía que el verdadero órdago todavía estaba al caer.

Y decidió resignarse a que Von Schimmer se lanzara a jugarlo.

### 3

*Madrid, julio de 1936*

Roberto Barroso caminaba lo más rápido que podía por los pasillos del ministerio. Correr le parecía indecoroso, pero la ocasión lo habría requerido. Sujetaba bajo el brazo derecho una carpeta con los papeles que había juntado en las últimas horas y a cada zancada tenía que volver a subir las gafas al puente de su nariz, ya que resbalaban con el sudor. La caminata por los largos pasillos del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes le estaba haciendo jadear. Barroso, funcionario de carrera desde hacía veinte años, no era un dechado de forma física y, en momentos como aquel, lo lamentaba.

Cuando llegó a su destino se detuvo unos segundos a recuperar el aliento. No quería jadear mientras hablaba, y menos ese día. Mientras su respiración se normalizaba, miró a la puerta a la que unos segundos después iba a golpear con los nudillos: «Ricardo de Orueta y Duarte. Director general de Bellas Artes».

—¡Pase! —se oyó la voz amortiguada cuando Barroso se decidió a llamar.

—Don Ricardo, con su permiso —dijo, asomando la cabeza por la puerta.

—Adelante, Barroso. —Orueta cerró una carpeta que consultaba para darle la máxima prioridad a su visita—. Siéntese, ¿es grave?

—Más de lo que imaginábamos, don Ricardo. —Barroso dejó caer su peso en la silla que le ofrecía el director, apretando la carpeta sobre su pecho.

—¿Qué datos tenemos?

—Hasta ahora, y que tengamos constancia, se han saqueado más de noventa ubicaciones. Noventa y tres, para ser exactos.

—Un desastre... —Apoyó el director los codos en la mesa y juntó las manos a la altura de su barbilla—. ¿Se prevé que continúe?

—Las autoridades intentan controlar a las milicias armadas y evitar disturbios, pero la situación se ha ido de las manos. El ejército... —Barroso hizo una pausa—, bueno, la parte que todavía es fiel a nuestro Gobierno, ya se está desplegando por las calles. Pero es imposible controlar todos los edificios.

—Hágame un resumen, Barroso.

—La mayoría de los sitios saqueados han sido iglesias. Pequeñas, casi todas, y sin nada de gran valor. Pero se han quemado las cruces y destruido



figuras. Donde sí se han producido pérdidas, me temo que irreparables, es en algunos palacios.

—¿Tiene el informe completo ahí? —El director señaló la carpeta que Barroso aún sujetaba contra su pecho.

—Son datos de hace unas horas. Pueden aumentar en cualquier momento —dijo el funcionario, entregando la carpeta a su superior.

Orueta se tomó unos segundos para leer la información, susurrando algunos de los nombres que leía.

—¿Daños personales?

—Según las noticias de la guardia urbana, hay algunos muertos. Son manifestantes que peleaban entre ellos por el saqueo. Más allá de algún golpe, no hay que lamentar, por el momento, ningún fallecido de clero o nobleza.

—Y esperemos que así siga.

—Las milicias armadas acusan a la Iglesia y a los nobles de apoyar el golpe. Sin entrar en si tienen razón o no, esas milicias están defendiendo al legítimo Gobierno.

—Sí, Barroso..., pero así no se hace. Hay que defender la República de otras formas, no destruyendo patrimonio artístico —se quejó el director—. ¿Qué lugares han salido peor parados?

—Pues parece que el palacio del marqués de Jaca ha quedado arrasado. El palacio del duque de Fernán-Núñez, el de los condes de Heredia Spínola... y el palacio de Liria.

—Ahí se habrán cebado, ¿verdad? —dijo Orueta con rostro de lamentación. La residencia del duque de Alba era famosa por la colección de obras de arte que poseía, y a saber qué se habría perdido ya para siempre.

—Todavía se está haciendo recuento de los daños, pero todo apunta a que hay pérdidas lamentables: Goya, Rubens, Tiziano...

—¿Algún museo?

—No —respondió Barroso, subiéndose las gafas—. O todavía no. —En sus respuestas siempre había un cierto deje fatalista indicando que todo era susceptible de ir a peor.

—Hay que actuar de inmediato. No sé si esos curas o esos marqueses han apoyado el golpe, pero las obras de arte no tienen culpa de nada. Tenemos que ponerlas a salvo.

—¿En qué piensa, señor director?

—Medidas extremas. —Orueta miró al funcionario—. Vamos a actuar con rapidez; prepare toda la documentación para promulgar un decreto de manera urgente. Hay que pedir la creación de un organismo de protección.

—¿Protección? —Barroso no comprendía el razonamiento del director.

—Incautación, Barroso. Una junta de incautación, que tenga acceso a lugares religiosos y casas de nobles para evaluar los bienes que allí haya y retirar los que tengan un valor significativo. Un organismo que pueda custodiar el tesoro artístico y salvarlo de todos estos desmanes.

—¿Cree que es lo mejor?

—Barroso... —el director puso una mano sobre el brazo del funcionario —, somos la Dirección General de Bellas Artes, el patrimonio artístico de este país depende de nosotros. Y este país va a vivir días muy jodidos. —Barroso asintió con la cabeza a las palabras del director—. Nuestros simpatizantes, que velan por el orden establecido y son fieles al Gobierno, también son muy... obtusos. —El director no quería excederse, desconocía exactamente las filiaciones de su subordinado—. Y van a pagar su enfado con las obras de arte. No podemos permitirlo, ¿entiende?

—Me pongo a ello enseguida, señor director. En un par de días presentamos la petición del decreto.

—Yo me encargo de que sea aprobado, y el Gobierno nombrará a los miembros de la junta. Serán intelectuales de recorrido y prestigio, no cabe duda. —No se podía poner en tela de juicio las decisiones del Gobierno, y menos en público—. Pero necesito que usted esté al tanto; que asesore a esa junta, que le aconseje, que vuele por encima de ellos y corrija alguna decisión que pueda ser cuestionable, si llega el caso.

El director retiró su mano del brazo de Barroso, como dando a entender que ya había terminado su confidencia.

—Gracias por su... confianza, señor —dijo el funcionario, volviendo a subirse las gafas.

—Barroso, es usted el mejor hombre que tengo aquí. No puedo confiarle esto a nadie más.

Y sin saber si todo ese asunto era bueno o malo para él, pero con una sensación de haber ascendido varios escalones, Barroso se retiró del despacho del director general de Bellas Artes. Todavía ni se imaginaba todo el poder que iba a tener en los siguientes meses.

Ni la capacidad que tiene el poder para resquebrajar los cimientos más sólidos.

*Valencia, julio de 1936*

César Santoro y su hijo Alejandro miraban los daños que les indicaba el sacerdote. Las filtraciones se concentraban en el techo de la capilla, afectando a la pared que albergaba el fresco. Un Cristo elevándose al cielo, con índice y corazón de la mano derecha levantados a la altura de su rostro.

—¿Tiene mucho valor? —señaló César la obra.

—Es del siglo xv —respondió el sacerdote, queriendo especificar en esas pocas palabras que sí, que la pintura tenía mucho valor.

—Pues esperemos que el agua no esté filtrando por detrás —respondió César, entornando los ojos mientras estudiaba la parte superior de la pared—. Si no, habrá que picar. —Otro eufemismo que entendió el cura: «Adiós fresco».

—No creo —indicó Alejandro dirigiéndose a César—. El agua está corriendo por la pintura, pero no se ven abombamientos ni manchas de humedad.

—Quizá tengas razón. Veremos. —César hablaba con la profesionalidad del albañil que ha encontrado tantas sorpresas que nunca da nada por sentado.

—No se preocupe, padre —esta vez se dirigió Alejandro al sacerdote—. Salvaremos su pintura. Eso sí, de una buena restauración no la libra nadie.

—Que sea ese el mayor de los males —rogó el padre Ambrosio.

La llamada iglesia del Patriarca no era más que la capilla principal del Real Colegio Seminario del Corpus Christi, inaugurado en 1615. Pero su gran tamaño, con sus propias pequeñas capillas a la vez, y el hecho de estar abierta al culto, hacía que tuviera entidad propia y fueran cientos los feligreses que acudían allí a escuchar misa semanalmente.

Padre e hijo intentaban salpicar lo menos posible el gran charco que había en el suelo de la capilla. Varios barreños trataban de contener las goteras para que el agua no se extendiera por el resto de la iglesia. Sin mucho éxito, eso sí.

—Tenemos que comenzar a picar aquí abajo y, a la vez, ver de dónde proviene el agua, que será de la cubierta. Habrá que impermeabilizar para que no filtre cuando vuelva a llover, y no nos estorbe la rehabilitación —diagnosticó César—. ¿Cuándo quiere que comencemos?

—Ya mismo —respondió el cura.

—¿Eso es que aprueba el presupuesto?

—Claro, César. Como siempre —se resignó el religioso, sabiendo, por el tiempo que se conocían y las anteriores ocasiones en las que había visto a César trabajar, que aquella obra estaría en las mejores manos.

—Alejandro —se dirigió a su hijo—, empezamos mañana. Reúnes a la cuadrilla y te los traes. Yo me quedaré aquí con dos hombres, saneando toda esta zona. —Señaló el techo de la capilla—. Y tú te subes arriba, con Pere, a encontrar de donde viene el agua e impermeabilizar.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando, César? —preguntó el padre Ambrosio.

—Padre..., que nos conocemos —sonrió el albañil, dando a entender que no iba a mojarse con una fecha, sino que su intención era que el trabajo quedara perfecto.

César Santoro había sido muchos años capataz de una cantera de áridos en Bunyol. Ir mordiendo una montaña para extraer sílices y minerales no es tarea sencilla, y requería de mucha más pericia de la que todo el mundo suponía. Cumplir con los requisitos de producción de la empresa, sí, pero estando atento a desprendimientos, derrumbes, voladuras controladas y corrimientos de tierras por las lluvias.

Desde bien pequeño, Alejandro se dio cuenta de que no había lugar en el que más le gustara estar que en aquella cantera, viendo trabajar a su padre. A apenas unos kilómetros del pueblo, pedaleaba en una vieja bicicleta cuando salía del colegio para comprobar cómo esa montaña tomaba nuevas formas. Cómo se iba erosionando de manera controlada para extraer todos sus recursos, modificando su contorno y su aspecto a diario. Le resultaba fascinante.

Pero igual de fascinante le resultaba a César que su hijo prefiriera ver a hombres trabajando duro, en vez de jugar a las canicas o las tabas como los otros niños del pueblo. Sentaba a su hijo a una distancia prudencial, le calaba un casco que le venía grande, y Alejandro estudiaba con atención el desarrollo de los trabajos en los que estaba enfrascado su padre y el resto de los operarios.

A aquel niño le embobaba observar la erosión progresiva de la montaña a varias alturas, por bancales, y cómo los mordiscos eran perfectamente rectos; como si la montaña fuera un pastel y un gran cuchillo se encargara de dividirlo en pedazos. La cinta transportadora se desplazaba de un lugar a otro

para sacar de esos bancales todo el árido que los operarios habían arrancado a la montaña. Y en el centro, a ras de tierra, el inmenso montón de arena que esperaba ser filtrado y tamizado para almacenarse en las grandes tolvas, donde estaría protegido a la espera de ser cargado en camiones para servirlo en su destino.

Pero el momento más mágico para Alejandro era cuando uno de los trabajadores gritaba: «¡Veta!», lo que significaba que había chocado con piedra. Y allí iba su padre a inspeccionar la gravedad del asunto. Alejandro rezaba porque fuera lo suficientemente grave como para tener que usar explosivos y deshacer la roca que no permitía continuar trabajando. La explosión hacía temblar el suelo, y salían despedidos miles de fragmentos de la veta de piedra para que se pudiera seguir adelante. No había nada más emocionante.

Su padre lo alejaba un par de cientos de metros para que, sin quitarse el casco, pudiera ver la explosión fuera de peligro. Y la propia montaña erosionada hacía de caja de resonancia para que esa explosión reverberara durante varios segundos en la cantera y se escuchara a kilómetros de distancia. Alejandro sentía cómo ese brutal sonido le atravesaba todo el cuerpo, haciéndole pequeño y vulnerable, pero maravillado ante ese control sobre la montaña que tenía su padre.

A medida que pasaron los años, la curiosidad de Alejandro se fue haciendo más grande. Ya no se conformaba con mirar a distancia, y pedía a su padre poder ver más de cerca los trabajos. Le llamaban la atención, en especial, los apuntalamientos de las paredes naturales que se iban formando, las operaciones de movimiento del árido con la cinta transportadora o las descargas de las tolvas en los camiones.

Y las explosiones.

Llegó un momento, cuando cumplió los catorce, que su padre le dejaba acercarse a ver la preparación de la carga explosiva y el resultado tras la detonación, comprobando los efectos que la dinamita había producido sobre la veta de roca para salvarla y continuar adelante.

César advirtió que el chico tenía un don natural. Preguntaba a su hijo qué tipo de cartucho emplearía él, dónde haría la perforación para introducirlo y qué diámetro tendría el cráter que se crearía con una carga explosiva en concreto. Al poco tiempo, Alejandro ya estaba ayudando a su padre; no trabajando de manera directa —un accidente de una persona que no estuviera en nómina podría ser fatal para la empresa—, pero sí dando su opinión o realizando cálculos.

El verano de sus quince años lo pasó trabajando con un albañil, amigo de César, que hacía arreglos y pequeñas reformas en las casas del pueblo. Para él no era trabajo, era un regalo. Disfrutaba y le pagaban, preguntándose si eso era posible. Aprendió a poner ladrillos para levantar tabiques, colocar tuberías para desagüe, rehabilitar techos sustituyendo las vigas que estaban carcomidas y muchos otros de los trabajos habituales del oficio.

Y cuando estaba en el último curso del colegio, les dijo a sus padres que quería estudiar arquitectura. César y Empar —versión valenciana de Amparo— jamás pensaron que su único hijo quisiera ir a la universidad. Querían para él lo que cualquier chico de provincias podía desear: un trabajo con el que poder comer, una mujer que le quisiera y le diera hijos y un techo que les cobijara. Pero a César tampoco le extrañó tanto aquella petición de Alejandro; al fin y al cabo, su hijo había sido diferente al resto desde que era bien pequeño. Sus intereses, su inteligencia y su suspicacia en la cantera le hacían alguien distinto. César y Empar podían apagar los sueños de Alejandro o podían alimentarlos. Y decidieron que era el momento de darles de comer.

A sus cuarenta y dos años, César todavía se sentía joven y fuerte. El trabajo en la cantera podría durarle toda la vida, pero quizá, pensó, los sueños de Alejandro eran una señal para un cambio de vida de toda la familia. Convenció a Empar de que en Valencia podrían abrirse paso; con lo aprendido en sus años de capataz, César intentaría hacerse un hueco como albañil, ofrecer sus servicios como trabajador independiente. La ciudad, muchas casas, más posibilidades de trabajo. Alejandro estaría cerca de la universidad y ellos, cerca de su hijo.

La plaza de Rojas Clemente, ubicada entre la gran vía Ramón y Cajal y la calle Guillem de Castro, rebosaba vida por su actividad comercial. El mercado atraía compradores a diario, en busca de la fruta y verdura de la huerta que allí se descargaba. Y en esa misma plaza encontró la familia un pequeño piso de dos dormitorios, muy humilde, pero suficiente para lo que necesitaban. Con lo ahorrado durante los años de trabajo de César, calcularon que tenían para el primer año de la matrícula de Alejandro en la universidad, y seis meses de alquiler y comida.

Para Empar fue un sinvivir, una línea roja que les separaba de un abismo. Para César fue un estímulo.

Y allí estaban, seis años después, reparando las filtraciones de agua de la iglesia del Patriarca. Seguían viviendo en el mismo piso de Rojas Clemente, que habían podido comprar y reformar a su gusto. César tenía tres trabajadores a su cargo, a quienes pagaba religiosamente. Y Alejandro, a sus

veintitrés años, tenía el título de arquitectura y se fogueaba en los trabajos que aceptaba su padre, sin tener ninguna prisa por entrar a trabajar con un arquitecto de renombre o abrir su propio estudio.

En una serie de circunstancias, tres años atrás, el destino había movido ficha para que César fuera contratado para unas obras en la iglesia de San Nicolás, en pleno barrio del Carmen. El patrimonio inmobiliario del arzobispado en Valencia era importante, pero estaba lejos de su mejor momento de forma. Los siglos pesaban en las iglesias de la ciudad de Valencia, los desperfectos se acumulaban, y la carambola del destino hizo que César estuviera en el lugar correcto y el momento adecuado para que le contrataran dichas obras en San Nicolás. Desde ese momento, la diócesis confiaba en él para cualquier asunto delicado en sus edificios. Y entre aquellos muros con siglos de historia, Alejandro estaba aprendiendo el verdadero significado de la palabra «arquitectura».

—Por bien que se construya... —dijo César mirando el techo de la iglesia.

—... el tiempo siempre acaba ganando —completó Alejandro con la vista perdida en los frescos de la cúpula.

—¿Cómo lo ves?

—Por mucho que trabajéis aquí abajo, hasta que Pere y yo no acabemos arriba, puede volver a entrar agua si llueve de nuevo.

—Pues andando —ordenó César—. Que eso no llegue a pasar.

Trabajar en la pequeña capilla era complicado. Una semana después de comenzar las obras, y pese a que el techo no tenía una gran altura, César y sus hombres habían tenido que montar un andamio para picar y sanear todo el revoque que se estaba desprendiendo del techo. Las filtraciones habían afectado al cemento que unía los bloques de piedra, y varios de ellos tenían tanta holgura que era posible moverlos con la mano. César decidió que había que retirarlos, limpiar la zona y volver a colocarlos con una buena pasta de agarre. Mientras tanto, Alejandro y Pere localizaban las zonas por donde entraba el agua en la cubierta, tratando de averiguar si filtraba en la parte de las tejas o en la terraza superior del edificio. El agua se abre camino por los lugares más insospechados y, con la paciencia que da la eternidad, busca su salida perforando hasta los más gruesos muros.

De pie en aquella cubierta, en un peligroso ejercicio de equilibrio sobre el tejado inclinado, Alejandro se detuvo unos segundos. Cerró los ojos, respiró hondo y comprobó que el sentimiento seguía intacto dentro de él.

—¿Qué define a una ciudad? —dijo al abrir los ojos.

Pere, que estaba limpiando la salida de agua de la cubierta, se incorporó al oír al muchacho. Alejandro se giró a mirarle.

—¿Lo sabes? —insistió con una sonrisa.

El operario no contestó. Se quedó mirando al chico, con un cigarrillo entre los labios, esperando la respuesta.

—«¿Sus gentes? ¿Sus políticos? ¿El escudo?», nos preguntaba Santesmases, mi profesor. —Alejandro trató de imitar la voz grave del viejo catedrático—. «No, señores. A una ciudad la define su arquitectura. Es aquello que la hace única, que la diferencia del resto de las ciudades del mundo. Conoced su arquitectura y comprenderéis a una ciudad».

—Me conformo con que la arquitectura nos siga dando de comer —respondió Pere, volviendo a agachar el lomo para seguir limpiando. Quería a ese muchacho, pero a veces tenía la cabeza en las nubes.

Desde esa altura, Alejandro podía ver cómo bajo sus pies corría la estrecha calle de la Nave. Ese pavimento adoquinado al que nunca llegaba la luz del sol, con sus comercios y tabernas, que acababa en los jardines del Parterre. Estudiantes cargados con sus libros y profesores se mezclaban con los visitantes de librerías y tiendas de antigüedades de la zona. Allí se respiraba el aroma de la Valencia erudita, de los siglos de cultura que llevaba la ciudad a sus espaldas. A la derecha, Alejandro tenía el edificio de la sede de la universidad, con el inmenso claustro central, que casi podía tocar con sus manos. Y, al darse la vuelta, sobre las pequeñas casas que formaban la plaza del Patriarca, emergía el palacio del marqués de Dos Aguas, la gran mansión solariega que, con sus trabajadas decoraciones de alabastro en portal y ventanas, era una muestra de la fusión gótica y modernista que caracterizaba a Valencia. Si la arquitectura define una ciudad, Valencia era la muestra perfecta de que se podía respetar el pasado para crear el futuro.

El temblor le trajo de vuelta. Lo pudo sentir allí, de pie en el tejado, y la escalera que subía a la cubierta del Patriarca condujo el eco de los desesperados gritos de un hombre.

—*Què collons ha sigut això?!* —Pere se incorporó, alarmado.

Alejandro tardó unos segundos en reaccionar, pero dentro de sí sabía que, fuera lo que fuera, había ocurrido donde estaba trabajando su padre. Se lanzó escaleras abajo, seguido de Pere, y en pocos segundos se plantó en el interior de la iglesia.

La visión le paralizó. Un derrumbe de bovedillas y sillares del techo de la capilla había caído sobre el andamio donde trabajaba su padre, volcándolo. Y



en el suelo, bajo una nube de polvo, uno de los trabajadores buscaba entre un amasijo de hierros, herramientas y bloques de piedra. Alejandro supo que su padre se encontraba bajo ese desastre porque, aunque no podía verlo, sus gritos eran espantosos.

Tosiendo por el polvo, Alejandro se abalanzó a levantar con rapidez las piezas del andamio, que se había desmontado, y a retirar escombros, guiado por la voz de su padre. César, una vez liberado de todo el peso que había caído sobre él, continuaba gritando. Era normal; su pierna derecha, partida a la altura de la tibia, dibujaba un ángulo inverosímil, tronchada como una caña. El hueso asomaba por la fractura abierta, sangrando de manera abundante.

—Pere, trae la camioneta a la puerta —ordenó Alejandro, lanzándole las llaves al operario, quien salió corriendo tras pillarlas al vuelo.

Mientras Alejandro y sus otros dos hombres levantaban con cuidado a César, que se retorció de dolor a cada movimiento, el padre Ambrosio llegó al lugar del desastre y comenzó a santiguarse varias veces a un ritmo vertiginoso, como si así pudiera conjurar lo que allí había ocurrido.

—Pero, *què ha passat?* —preguntó el sacerdote mientras César era levantado para sacarlo de allí.

—*Què ha passat?* —respondió el albañil entre jadeos y signos de dolor—. ¡Que su iglesia está podrida, *collons!*

Tratando de no acelerar demasiado para que los latigazos de dolor golpearan lo menos posible a César, Alejandro y sus dos compañeros llevaban en volandas a su jefe hasta la calle. La camioneta estaba en la puerta, y Pere ya había bajado la puertecilla de carga de la parte trasera.

—Con cuidado, sujetadle bien —dijo Alejandro mientras subía al vehículo de un salto y hacía una improvisada cama con unos sacos—. Sentadlo y yo lo cojo desde aquí.

Tumbaron a César en la parte trasera, quien estuvo a punto de perder la consciencia por el dolor. La visión del hueso, partido como una rama y asomando a través de la piel desgarrada, era horrorosa. Un corro de curiosos, compuesto en su mayoría por estudiantes que también habían oído el estruendo, se arremolinaban alrededor de la camioneta.

—¡Arranca, Pere! —ordenó Alejandro.

—¿Y qué pasa con este desastre? —El padre Ambrosio, que había seguido a la improvisada cuadrilla de evacuación hasta la calle, señalaba hacia la iglesia—. ¿Se va a quedar así?

—Alfredo, Marcos... —Alejandro hablaba a los otros dos hombres sin mirarlos mientras acomodaba a su padre—. Retirad los escombros y limpiadlo

todo, yo vengo en cuanto pueda.

—Pero ¿qué pasa con las obras? ¿Se van a parar hasta que César esté recuperado?

Alejandro no podía creer que esa fuera la preocupación del padre Ambrosio en aquellos momentos, aunque todos ya sabían que esperaba un largo proceso de recuperación al jefe del equipo.

—Tranquilo, padre. —César se incorporó dificultosamente sobre sus codos para mirar al sacerdote—. Aquí tiene a su nuevo jefe de obras —dijo, señalando a Alejandro.

*San Sebastián, julio de 1936*

Aunque la temperatura nocturna estaba siendo un poco más cálida de lo normal en el verano donostiarra, el río Urumea refrescaba y bañaba de humedad aquella parte de la ciudad tan cercana a la playa de la Concha. En su orilla izquierda se levantaba, imponente, el hotel María Cristina; enclavado en los jardines de Zurriola, se había convertido, desde su construcción, en lugar de encuentro de la burguesía de la ciudad.

Pero, en verano, San Sebastián era un lugar turístico de poderosos empresarios e industriales de toda España, y las habitaciones del hotel se convertían en un bien codiciado.

El general Gallardo había tenido que mover varios hilos para conseguir una de ellas. Y no una cualquiera; las veces que se había alojado en el hotel, siempre había exigido una habitación en la torre que se encontraba en el ángulo que dividía ambas alas del edificio en forma de L. Aquellas habitaciones tenían la peculiaridad de que, desde el balcón, se divisaba el curso del Urumea y la explanada del teatro Victoria Eugenia, situado frente al hotel.

Y aquella era la vista que Gallardo tenía mientras fumaba un cigarrillo en el balcón de su *suite*. Apoyado con los codos en la barandilla, los tirantes, bajados, colgaban alrededor de sus muslos. Vestido con un ligero pantalón de lino y camiseta interior, veía cómo el humo que exhalaba dibujaba curiosas formas al resplandor de la luz de las farolas. En la pequeña mesa del salón quedaban los restos de la cena que había encargado al servicio de habitaciones. Pero las *kokotxas*, aunque estaban deliciosas, no las había disfrutado; su estómago le estaba dando guerra, y su cabeza estaba en otro lugar.

La vuelta en tren desde Hendaya la había hecho a solas en su compartimento, en completo silencio. Sumido en sus pensamientos, meditaba cómo trazar sus movimientos, cómo poner en marcha la estrategia adecuada. Cualquier paso en falso, cualquier incongruencia en su historia, daría con sus huesos en el banquillo de un proceso militar. Eso, en el mejor de los casos. En el peor, si Franco se enteraba del nuevo giro que los acontecimientos habían dado, quizá no dudara en ejecutarle.

Decidió que, antes de volver a la realidad, necesitaba unos días de reflexión. Y no se le ocurría mejor lugar que el María Cristina; soledad, silencio, buena comida y pocas preguntas por parte de la dirección y el personal. Desde su habitación, recién instalado, realizó la llamada al Estado Mayor. Críptica, breve. «Tengo el honor de informar que Alemania acepta, tras el primer acuerdo sobre el envío de su aviación, la participación de sus tropas terrestres, en cuanto tengan disponibilidad para ello. No hay fecha definida, pero el compromiso está sellado».

Las tropas terrestres. El último caballo de batalla.

El mensaje ya habría llegado a Franco, y seguro que lo estaba celebrando. Gallardo volvía a dar un golpe encima de la mesa tras lo de Hamburgo, se convertía en el hombre fuerte del general en jefe. Pero si el precio por aquel primer envite era alto, el órdago que Von Schimmer le había lanzado esta vez superaba lo imaginable.

En aquel balcón del torreón central del hotel María Cristina seguía dando vueltas a cómo iba a ser capaz de conseguir todo a lo que se había comprometido.

Era su última noche en San Sebastián. Al día siguiente volvería a su acuartelamiento en Oviedo, a esperar instrucciones. Ya no tenía opción, no había marcha atrás. La boca del lobo estaba abierta y ya no le quedaba más remedio que entrar en ella.

### *Hendaya, una semana antes*

Sentados en aquel banco de la estación, Von Schimmer volvió a sonreír; le gustaba jugar con aquel veterano general español y mantenerlo en tensión. Sacó su pitillera, tomó un cigarrillo y ofreció otro a Gallardo, quien lo rechazó. Añadió la boquilla metálica y encendió una cerilla. Se tomó unos segundos para aspirar la primera calada y exhalar el humo.

—Quizá la expresión adecuada no sea «redefinir las contraprestaciones» —comenzó el germano—. Yo lo llamaría... una pequeña ampliación.

—Una pequeña ampliación... —asintió Gallardo. Evaluó la situación en unos segundos: el alemán tenía una nueva petición, y si no se cumplía, con toda probabilidad daría por roto su acuerdo. Pero si venía a pedir, era porque consideraba posible conseguir lo que deseaba. Además, había tenido el gesto de desplazarse hasta la frontera española.

Gallardo había vuelto victorioso de la reunión de Hamburgo, había demostrado su valía ante Franco y el resto de los generales. El éxito no era completo, pero con lo poco que el bando nacional estaba ofreciendo, Gallardo se había llevado las palmadas en el hombro con la noticia del apoyo de la Luftwaffe. Llevaba dos meses maquinando cómo se haría con las piezas del Museo Arqueológico sin levantar sospechas. Había ideado un plan que ya estaba en marcha; un plan que incluía muchos engranajes y en el que cualquier fallo sería fatal para sus propios intereses. Y ahora estaba de nuevo ante aquella víbora alemana, que iba a exigir más. Si el acuerdo quedara roto, volvería a España con el rabo entre las piernas y todo el descrédito sobre sus hombros. La estrecha salida de aquel callejón parecía que se iba haciendo cada vez más pequeña. Pero si Von Schimmer se había tomado la molestia de viajar hasta Hendaya, podía ser que Gallardo quizá aún tuviese un pequeño trozo del mango de la sartén en sus manos.

—¿Siguen interesados en que les enviemos un contingente de tropas terrestres?

—Un buen número, sí.

—Quiero que sepa que lo que le voy a decir es una petición especial del Führer. —La munición de Von Schimmer era pesada.

—Si podemos complacer al Führer, será un honor hacerlo. —La batalla diplomática se había puesto en marcha de nuevo.

—Adolf Hitler lleva sobre sus hombros el peso de nuestra gran nación. —El alemán hablaba a Gallardo como a sus cachorros de las juventudes del partido—. Y se ha marcado como objetivo prioritario levantar el orgullo del pueblo alemán. —El lobo daba vueltas alrededor de su presa, esperando el momento para atacar.

—Un gran hombre, desde luego. Un referente para nuestro general en jefe. —Gallardo no perdía de vista el recorrido de ese lobo.

—Nuestro país perdió la confianza tras la Gran Guerra. Ha sido una larga travesía hasta que nuestro líder llegó al poder y fue capaz de encontrar el camino para guiarnos. —Von Schimmer miró a los ojos de Gallardo, buscando su comprensión—. Y ha sido capaz de devolvernos una identidad nacional, unos símbolos bajo los que agrupar a todos los verdaderos alemanes —remarcó lo de «verdaderos alemanes»—, para conseguir nuestra unión como pueblo. El sentimiento nacionalista es la fuerza de nuestro país.

—No sé adónde quiere ir a parar, general. —Era la forma de Gallardo de decir «Dime lo que quieres de una maldita vez».

—Su general Franco es uno de esos grandes hombres, lo sé. —Los ojos azules, en su versión cálida, se clavaron en los de Gallardo—. Y va a tener que recurrir a ese sentimiento nacionalista una vez termine su guerra civil. Por eso también sé que usted va a comprender la petición de nuestro Führer.

—General... —Gallardo se giró a Von Schimmer con gesto de cansancio—. ¿Qué es lo que quiere?

—*Das Selbstporträt von Albretch Dürer.*

Aunque Gallardo apenas sabía unas frases en alemán, entendió a la perfección aquellas palabras. Von Schimmer le pedía el *Autorretrato* de Alberto Durero.

Recordaba ese cuadro de su última visita al Museo del Prado, un par de años atrás. Un pequeño óleo sobre tabla que representaba al artista alemán en su juventud. Sin ser ningún experto en pintura, a Gallardo le había parecido un petimetre que presumía de su riqueza en un cuadro en el que se representaba a sí mismo. Un narcisismo de libro. Pero ni más ni menos que el mismo que tenía Von Schimmer y toda aquella retahíla interminable de militares alemanes. Era normal que aquella panda de arrogantes lo considerara un símbolo nacional.

—Dürer es uno de los artistas más importantes de nuestra historia, y el Führer tiene el sueño de volver a reunir en Alemania toda su obra. —Von Schimmer acabó su cigarrillo y volvió a guardar la boquilla metálica—. Otro símbolo para el sentimiento nacionalista.

—Ese cuadro pertenece al Museo del Prado —le recordó Gallardo, recalcando lo peliagudo de esa petición.

—Y las monedas al Museo Arqueológico. Y no puso usted ninguna pega. —El alemán apeló al acuerdo que ya tenían.

La salida se estrechaba. Gallardo no tenía más remedio que aceptar. Y, al plan que ya tenía para extraer las monedas del museo, añadir otro para sacar un cuadro del Prado. Demasiado complicado.

—General... —Esta vez era Gallardo quien hablaba sin mirar a su homólogo—. ¿Recuerda lo que le pedí sobre la colección de monedas?

—No se preocupe. Nadie sabrá jamás que fue usted.

—Pues lo mismo con el cuadro.

—A eso me refería. —Y los blancos dientes de Von Schimmer brillaron en su rostro.

El alemán se levantó del banco, siempre daba él las reuniones por concluidas. Pero esta vez, mientras caminaban en dirección al pelotón de

soldados español, que seguían haciendo el pasillo en posición de firmes, Von Schimmer tomó del brazo a Gallardo en un gesto de confianza y gratitud.

—Usted y yo somos muy parecidos, Gallardo —dijo Von Schimmer mientras caminaban en ese gesto de fraternidad—. Hombres que damos la vida por nuestra patria. Sacrificando la familia, sin ver crecer a nuestros hijos, por servir a un ideal más grande que nosotros mismos. La llegada de la Wehrmacht a España les allanará el camino, ganarán la guerra en un suspiro. —Mientras Gallardo pensaba que Dios le librara de parecerse a aquel hombre, asintió por cortesía diplomática—. Pero nuestro sacrificio también merece recompensa, ¿no cree? —El alemán seguía con su perorata—. Un puesto importante, nuestra cuota de poder... Es lo mínimo. Y somos afortunados por tener grandes líderes que observan nuestros sacrificios. —Esa parte no la tenía tan clara Gallardo—. Cuando les ayudemos a ganar su guerra, y todos esos republicanos desaparezcan del mapa, su líder le dará a usted el puesto que se merece.

—Nuestro general en jefe hará, llegado el momento, lo que crea conveniente. Y yo aceptaré lo que considere para mí.

—¿Lo ve? Es usted ejemplar, Gallardo. España va a necesitar hombres así. —Von Schimmer y Gallardo ya habían pasado por el pasillo de tropas españolas sin prestar la mínima atención—. Por eso se está jugando usted su propia reputación con estos acuerdos. Porque sabe que España necesitará de sus servicios.

«Hijo de la gran puta», cayó Gallardo en la cuenta. Von Schimmer lo tenía cogido por los huevos. Sabía que la entrega de la colección de monedas, y ahora del Durero, era un trato que Gallardo había sellado por su cuenta y riesgo. Sin permiso alguno, extralimitándose de sus funciones. Y jugándose un pelotón de fusilamiento por ambos bandos. Todo por su ambición personal. Ahora el lobo ya no iba a soltar la presa.

—Le honra esa entrega a su país, Gallardo. Ahora sé que hará cualquier cosa por él. —Habían llegado a la altura del tren de Von Schimmer, y se detuvieron frente a la puerta del vagón del que había bajado el alemán.

—Cualquier cosa por España, desde luego.

—Bien... —Von Schimmer puso una mano en el hombro del español—. Porque me queda por comentarle la última de mis peticiones. —Gallardo no pudo evitar cerrar los ojos. Derrotado, a merced del elegante general, ya no tenía sentido mantener ninguna pose de dignidad o igualdad ante aquella maldita serpiente. Por la salida del callejón apenas entraba un resquicio de

luz. Y se estaba terminando el aire—. Para enviarles a nuestro ejército, el Führer también quiere *Las meninas*.

Y aquel fue el golpe definitivo.



*Las meninas.*

El símbolo de una España que fue un imperio.

Y no, no había marcha atrás si Gallardo quería ser alguien importante en la nueva nación que iban a construir tras la guerra. Porque, con la aviación y las tropas terrestres alemanas, esa guerra estaba ganada.

Solo faltaba entregar a Von Schimmer las contraprestaciones que había pedido. Solo quedaba poner en sus manos, entre otras cosas, la pieza más importante del patrimonio artístico español.

Gallardo, apoyado en la barandilla de aquel balcón del hotel María Cristina, tiró la colilla a la calle, que desprendió un resplandor de la brasa al chocar contra el suelo. Se restregó los ojos, sumido por el cansancio, aunque no estaba seguro de si iba a poder dormir esa noche.

Un héroe para los suyos, una marioneta en manos del alemán. Pero él, con ese perfil bajo que sabía mantener, con ese saber nadar entre aguas que le había llevado hasta donde estaba, iba a tomar lo que era suyo. Lo que le correspondía. Un papel protagonista en esa nueva España, un nombre en los libros de historia.

Al día siguiente, una vez llegara a su cuartel, iba a tener que hablar de nuevo con su hombre. El único que había sido capaz de urdir el plan para intentar hacerse con la colección de monedas del Museo Arqueológico. Y el único que iba a ser capaz de que los dos cuadros que pedía Von Schimmer salieran de España.

Su hombre. De él iba a depender el éxito del gran engaño.



## 6

*Valencia, agosto de 1936*

Doña Remedios movía el café con su cucharilla, produciendo un constante tintineo que a Elisa estaba poniendo de los nervios. La joven se abanicaba de manera discreta, tratando de que un poco de aire fresco llegara a su rostro. Una tarde de agosto en Valencia, a las seis, todavía hace mucho calor, y este se veía incrementado por la orientación oeste del piso de la familia Simón Baixauli.

El orden en aquel salón era una prueba más que evidente de la perfecta ama de casa que era doña Remedios Baixauli. No se veía una mota de polvo sobre los muebles, los tapetes de ganchillo relucían sobre los brazos de los sillones, y todo un ejército de antepasados, posando para la cámara, colgaba de las paredes. Un precioso carrillón antiguo hacía sonar su péndulo al paso de los segundos, y contrastaba con el moderno aparato de radio que presidía el salón.

Doña Remedios y su marido, Eugenio Simón, vivían en una finca de la calle Garrigues, en las inmediaciones de la plaza de Emilio Castelar, donde se encontraba el ayuntamiento. Unos edificios que antaño habían sido ocupados por industriales y empresarios valencianos que, a medida que su riqueza crecía, se iban desplazando hacia zonas más nobles de la ciudad. Y esos pisos, grandes y luminosos, bajaron de precio hasta hacerse asequibles a pequeños comerciantes que habían ahorrado durante toda su vida con la esperanza de jubilarse y disfrutar de una buena casa. Don Eugenio regentaba, desde hacía años, un comercio de sombreros junto a la iglesia de Santa Catalina, y tenía a la burguesía valenciana entre su clientela habitual.

El hijo mayor del matrimonio trabajaba en la sombrerería junto a su padre, y el hijo pequeño, Eugeni —así se debía haber llamado el mayor, pero doña Remedios, que era quien llevaba los pantalones en casa, decidió que se llamara Ignacio, como el abuelo materno—, estaba presente aquella tarde en que Elisa Aparisi y su padre fueron invitados a merendar por el matrimonio Simón. Aunque eran conocidos del barrio, por vivir toda la vida en él, ni Elisa ni Jaume Aparisi tenían la menor idea de a santo de qué venía aquella invitación. Pero Jaume pensó que no era cuestión de hacer un feo a aquellos vecinos de siempre.

—Jaume, ¿qué tal por la universidad? —preguntó el sombrerero—. ¿Mucho trabajo?

—Siempre, Eugenio. Ahora ya preparando el nuevo curso —respondió el padre de Elisa, al que le había tocado en suerte un sillón flojo de muelles que le hacía parecer estar recostado—. Los bedeles nunca nos aburrirnos.

—Supongo que sois los que engrasáis la maquinaria, para que todo funcione a la perfección.

—Es bonito pensar eso, gracias. Pero solo soy un simple bedel —sonrió Jaume Aparisi mientras sujetaba con la mano izquierda la taza y el platillo que llevaba en la derecha—. ¿Qué tal tú por la sombrerería?

—¡De categoría, ché! —Eugenio miró a su esposa, como asegurándose de que estuviera dando la respuesta correcta—. Hemos podido casar y comprar un piso a nuestro hijo mayor —dijo con el mayor de los orgullos.

—¿Y tú, Elisa? —intervino doña Remedios—, ¿qué edad tienes ya?

—Veinte, señora.

—Te has convertido en toda una mujercita. Aún recuerdo verte, hecha una renacuaja, cogida de la mano de tu madre por la calle. Y mírate ahora —añadió la anfitriona mientras hacía un gesto con la mano que abarcaba de pies a cabeza a la joven.

—Gracias, señora —dijo Elisa, agachando la cabeza. No se sentía cómoda con aquel tipo de cumplidos.

—¿Cuánto hace que falleció su esposa, don Jaume? —Doña Remedios, siguiendo sus códigos de respeto, hablaba de usted a los hombres.

—Cinco años, doña Remedios. —Jaume se mesó la barba mientras contestaba. Tampoco se sentía cómodo al hablar con otros de su difunta esposa.

—Qué tragedia, cómo pasa el tiempo. Debe haber sido duro criarse sin madre, ¿verdad, querida?

—Lo ha sido, doña Remedios. Pero he tenido al mejor padre. —Y Elisa tendió la mano a Jaume, que la acunó en la suya. El aire del abanico movía ligeramente unos mechones del rubio cabello de Elisa, quien, con un vestido de su madre, que hacía resaltar sus ojos verdes, lucía especialmente bella. La anfitriona creyó que había llegado el momento de soltar su artillería.

—Veinte años... —recapituló doña Remedios—. Tendrá que ir pensando en casarla, don Jaume.

—Pues verá, doña Remedios. —Jaume trató de escoger las palabras adecuadas—. Mi esposa ya se encargó, antes de fallecer, de meterme en la

cabeza que casar a la niña no era faena nuestra. Elisa es libre de decidir cuándo y con quién desea casarse.

—Qué forma de pensar tan... avanzada tenía su esposa.

—Así es.

—Pero veinte años, querida, ya es una buena edad para encontrar mozo. El tiempo pasa volando y hay que aprovechar los años de fertilidad.

El silencio se hizo en la sala, ya que ni Jaume ni Elisa supieron qué responder ante aquel envite de doña Remedios, quien, de manera inevitable, se fue acercando al asunto por el que había invitado a padre e hija.

—Pues al *nostre Eugeni* le han ascendido a ayudante de encargado del turno de mañanas en la fábrica de tejas —dijo la señora mirando a su hijo, quien, sin abrir la boca en todo el rato, seguía la conversación. El olor a tónico facial revelaba que el joven se había afeitado para la ocasión, se había repeinado con raya a un lado y vestía un traje que debía de ser de su padre, ya que le venía bastante grande.

—*La nostra enhorabona, Eugeni* —fue Jaume quien tomó el guante que había lanzado doña Remedios—. ¿Qué edad tienes ahora?

—Veintidós años, señor —dijo el chico de manera tímida.

—Una carrera prometedora. —Eugenio, el padre, cogió el relevo de su esposa—. En unos años se jubilará el encargado de mañanas y ahí estará Eugeni, para ocupar su puesto. Tengo mis contactos en la fábrica, y el chico tiene el puesto asegurado. —Con ciertas ínfulas, el padre del muchacho vendía sus bondades.

—Un puesto de trabajo fijo es todo un tesoro. —Jaume no sabía muy bien qué decir ante aquella avalancha de información. Información que, por otro lado, y siendo sincero, a él le importaba un pimiento.

—Y una garantía de futuro para poder mantener a una familia, ¿no crees, Elisa? —Doña Remedios iba ahora a por la joven.

—No cabe duda, señora. Enhorabuena, Eugeni —dijo Elisa con su mayor tacto y educación.

—Eugeni, *fill*, ¿por qué no sacas la *orxata i els fartons*? Ya es hora de algo fresco —le pidió su madre. A lo que el joven asintió con la cabeza y se levantó de la silla para ir hacia la cocina, dejando patente, con aquellas arrugas sobre los zapatos, que el pantalón no era de su talla.

—Bueno, ¿qué te parece? —se dirigió sonriendo doña Remedios a Elisa.

—No sé muy bien a qué se refiere, señora —contestó la joven, procurando no mirar a su padre.

—Eugeni, mi hijo... —La anfitriona lo dijo con la certeza de que era obvio a qué se refería.

—Pues que debe ser un excelente trabajador si le han ascendido a ese puesto de tanta responsabilidad —dijo con educación y una sonrisa. Elisa sabía por dónde iba aquella señora, pero trataba de quitarse el tema de encima.

—Claro que sí, mujer. ¿Y te parece buen mozo? Aquí en la calle ya le han echado el ojo un par de muchachas.

—No me extraña, señora. Se le ve un joven sano y fuerte.

—Al que le gustas tú. —Era la andanada definitiva de doña Remedios.

—Es un halago, doña Remedios. —Elisa parecía responder tranquila, pero sentía cómo se le iba acelerando el corazón. Hacía solo media hora ni siquiera imaginaba que podría encontrarse en una encerrona de ese tamaño—. Estoy segura de que alguna de esas muchachas del barrio que le han echado el ojo le hará muy feliz.

—Jaume, amigo... —intervino Eugenio, creyendo que era el momento de hablar de hombre a hombre—, nuestro hijo es una excelente ocasión para la niña. Al chico no le va a faltar el trabajo. Y si algún día le falta, ahí estaremos nosotros. —Al sombrerero le parecían unos argumentos poderosos.

—Eugenio, doña Remedios... —Jaume sabía que tenía que salir al rescate de su hija—, estamos agradecidos y orgullosos por la propuesta que nos están haciendo. Eugeni es un muchacho excepcional, pero Elisa tiene otros planes.

—¿Otros planes? —preguntó doña Remedios—. ¿Qué otros planes se pueden tener a los veinte años?

—Voy a estudiar en la universidad, señora —dijo al fin Elisa.

—¿En la universidad? —Fue como si a la dueña de la casa le acabaran de contar lo más extraño que había oído en su vida—. ¿Qué pinta una chica como tú en la universidad?

—Estudiar, doña Remedios. Estudiar para tener un trabajo y no depender de un hombre.

Eugenio miró a Jaume, interrogándolo con la mirada, como si no comprendiera cómo permitía que su hija tuviera esas ideas tan descabelladas. El padre de Elisa encogió los hombros y abrió las manos, dando a entender que él no podía hacer nada; era decisión de la joven.

—Una joven tan guapa y educada como tú... —Doña Remedios hizo una pausa, dejando en el aire esos halagos hacia Elisa—. Sería una esposa y madre excelente. Tienes todo para hacer feliz a un hombre.

—Esa es la cuestión, doña Remedios. —Elisa sabía que era el momento de dejar claras las cosas—. Antes de hacer feliz a nadie, quiero ser feliz yo. Mi madre no me trajo a este mundo para ser la esposa de nadie, para complacer a un hombre que... —A Elisa le cortó el sentir la presión de la mano de su padre en el hombro. Cuando su hija se embalaba, era la viva imagen de su madre, pensó Jaume.

La cara de ofendida de doña Remedios, y la de incompreensión de su marido, hicieron ver a Jaume que nada bueno iba a ocurrir allí si se quedaban. Era mejor guardar una buena relación con aquella familia que hacer volar todo por los aires si a Elisa se le soltaba la lengua.

—Hija, vámonos para casa, que estos señores tendrán muchas cosas que hacer. —Jaume se incorporó con dificultad del blando sillón—. Doña Remedios, Eugenio, gracias por la invitación. Ha sido un placer pasar la tarde con ustedes. —El bedel hizo una pequeña inclinación de cabeza mientras sonreía con franqueza—. Y enhorabuena de nuevo por el ascenso de su hijo.

Eugenio Simón se levantó para acompañar a sus invitados hasta la puerta, mientras que su esposa ni siquiera se puso de pie, sintiéndose herida en su orgullo y preguntándose cómo había podido salir mal su plan de convencer a Elisa para convertirla en su nuera.

A la vez que el dueño de la sombrerería, decepcionado, cerraba la puerta de la casa tras haberse ido sus invitados, Eugeni, con ciertas dificultades para andar porque se le escurrían los pantalones, salía de la cocina cargado con una bandeja en la que llevaba vasos, una jarra de *orxata* y un buen puñado de *fartons*.

*Madrid, agosto de 1936*

El flamante Hispano-Suiza K6 aparcó en la puerta del ministerio. El chófer, vestido con un discreto traje negro, bajó para abrir la puerta trasera. Félix Santurce echó pie a tierra y estiró la espalda apoyando las manos sobre los riñones. El coche ya podía ser cómodo, pero con aquellas carreteras no había cuerpo que aguantara viajes tan largos.

Allí de pie, Félix miró a un lado y a otro de la calle Alcalá. Tan frecuentada y llena de vida la última vez que estuvo allí, aquella arteria de Madrid tenía, en aquel momento, un semblante triste y melancólico. Los ecos de la guerra aún no habían llegado a la capital, pero era público que el objetivo del bando nacional era tomar la ciudad, y eso se palpaba en el ambiente. La incógnita sobre si el Gobierno republicano resistiría el envite de los generales sublevados pesaba en el ánimo de la gente, sobre todo en el de los funcionarios que siempre transitaban por aquella calle a esas horas del día.

Félix Santurce sacó su reloj del bolsillo del chaleco —las once y media, puntual como siempre—, y caminó hacia la entrada principal del ministerio sin cerrar la puerta del coche.

—Comprueba si la *suite* del Palace está lista, Rico —dijo a su chófer sin mirarle—. En una hora estoy fuera y quiero descansar antes de comer.

Aunque de manera oficial era su chófer, Rico no era solo eso. En el ritmo vertiginoso de su escalada, Félix no se había parado a pensar que, si el dinero llama al dinero, también llama a gente de toda calaña. Ladrones, estafadores, trileros o farsantes que, atraídos por el olor de su cartera, trataban de sacar tajada de los negocios de Santurce. Había entregado dos mil pesetas a un intermediario que decía tener contactos con la casa real británica, y que podía hacer llegar hasta allí las naranjas con las que Félix comerciaba. Tras dos meses sin noticias del intermediario, también de Valencia, y en un ejercicio de honestidad consigo mismo al aceptar que había sido estafado, contó la historia al camarero del Ateneo que se encargaba de la barra. Atento y educado, el barman escuchaba a todos sus clientes, sabiendo ejercer su oficio de guardián de los secretos que el alcohol destapaba. Cuando dos días más tarde volvió al Ateneo, el barman puso un sobre junto a su *whisky* de malta. Había dos mil pesetas y un dedo meñique. «Chico, tú te vienes a trabajar

conmigo», le dijo Santurce. Y esa misma noche, dos años atrás, Rico se despidió del Ateneo.

La vida sonreía a Félix Santurce. Valenciano nacido en Alzira, su familia poseía plantaciones de naranjos desde hacía varias generaciones. «*Jo no soc home de camp*», le decía a su padre desde bien pequeño; así que, cuando tuvo la edad, se fue a Valencia a estudiar comercio. En sus años de estudio aprendió todo lo necesario sobre los negocios, y cómo aplicarlo a la pequeña empresa familiar. Analizó cuál sería la mejor forma de hacer llegar las toneladas de naranjas de su familia a toda España, y convenció a su padre de que tenía que comprar al resto de los agricultores de la comarca de la Ribera las naranjas de sus campos, y controlar la cosecha de cítricos casi en exclusiva.

La mayor parte de toda aquella fruta se la llevaban comerciantes, para que fuera consumida en otros lugares, y la poca naranja que quedaba en la zona alcanzaba muy buenos precios. En aquellos años, Félix hizo ganar más dinero a su padre del que había visto en toda su vida.

Se compró el Hispano-Suiza, contrató a Rico y viajaba por todo el país cerrando acuerdos comerciales. En 1936, Félix era el intermediario que más toneladas de naranjas negociaba en toda España.

Y a sus cuarenta y cinco años, soltero, estaba en el mejor momento de su carrera. Llegó a pensar que el inicio de la guerra iba a repercutir en sus negocios. Y vaya si lo hizo, pero a mejor. La lucha por el control de las vías de comunicación por uno u otro bando hizo que la escasez de alimentos y suministros comenzara a hacerse patente. Y a los camiones con las mercancías de Félix se les daba la bienvenida allá donde llegaran.

Eso sí, tras un intenso juego de compra de voluntades y favores tanto al bando republicano como al nacional. Sabía cuidar a las personas que tomaban las decisiones y que permitían circular a sus camiones por toda España. Los regalos de Félix llegaban a ministerios y cuarteles, para el placer del selecto grupo de personas que se habían adueñado del país. Los salvoconductos para sus camiones bien valían ese esfuerzo.

Félix se estiró la chaqueta del traje, cruzado con raya diplomática, ajustó el nudo de su corbata y caminó hacia la puerta del ministerio. El ordenanza que hacía guardia junto a la placa —Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes— abrió la puerta a Félix para que este accediera.

Roberto Barroso tecleaba sobre su máquina de escribir, algo que odiaba. Como no tenía excesiva destreza, solo utilizaba los dedos índices, en una continua búsqueda de la tecla que iba a continuación. Era su secretaria quien redactaba los informes, pero, desde la puesta en marcha de la Junta de Incautación, había cierta información que solo quería manejar él. Tiempos en los que las paredes tenían oídos y no podías fiarte ni de tu sombra.

Félix Santurce entró sin llamar, sobresaltando al funcionario y provocando una errata en el informe.

—¿Tan poco respeto me tienes como para no llamar? —dijo Barroso, tras comprobar quién era y subiéndose las gafas.

—Vamos, querido. —Félix lució la sonrisa que todo lo conseguía y se acercó a estrechar la mano de Barroso—. Si mi casa es tu casa, me gusta saber que la tuya es la mía.

—Hay que joderse con el comerciante de naranjas. —El funcionario negó con la cabeza—. Anda, siéntate. Tengo mucho lío.

—Pues tómate un descanso, amigo. Velar por el país debe ser muy cansado. —Félix tomó asiento frente a Barroso. Vio que había cogido peso desde la última vez. Sacó un cigarrillo de su pitillera y lo encendió.

—Sabes que no me gusta que se fume aquí —recordó Barroso.

—Ya... —Félix sonrió y exhaló el humo. Una forma de decir que no le importaba lo que pensara el otro, en esa pequeña lucha de poder en la que siempre convertía sus reuniones.

Se conocían desde hacía años. Barroso había pasado su juventud en Valencia, desplazada la familia por el trabajo de su padre, y ambos coincidieron en la escuela de comercio. Uno, listo como un zorro y preparado para cualquier oportunidad que surgiera. El otro, metódico y reflexivo. Desde un primer momento se cayeron bien porque veían en el otro lo que le faltaba a cada uno. Barroso no llegó a terminar esos estudios, la familia volvió a Madrid. Pero permanecieron en contacto. Y cuando entró a trabajar en el ministerio, Félix supo que su amigo iba a escalar puestos allí. Quizá no con rapidez, pero sí con paso firme. Y que algún día volverían a necesitarse.

—¿Cómo te ha ido por el norte? —preguntó el funcionario mientras se reclinaba en su sillón.

—Mejor de lo esperado. Mi mayorista ha conseguido acuerdos para que mis naranjas se vendan en Francia. Un nuevo filón.

—Me refiero a lo otro.

Félix hizo una pausa acomodándose en su silla. Esos pequeños silencios eran lo que le hacían sentir que manejaba la situación, impacientando a quien



tenía delante.

—El Gobierno se va a ver acorralado, Roberto. Los partidarios del golpe cogen fuerza y ya no van a detenerse. Esto va para largo.

—¿Crees que peligra la República?

—La República ya se ha ido a la mierda, amigo. Sabes tan bien como yo que las escaramuzas se van a convertir en guerra. Y este país no va a aguantar. —Santurce gesticulaba como si dijera algo evidente—. O gobernar o luchar. Pero ambas cosas no.

—Putos militares... —Barroso respiró profundamente—. Cuando las cosas no son como ellos quieren, se creen en el derecho de tomar las armas para que lo sean. Y el pueblo parece que le tenga más confianza a un uniforme que a una Constitución.

—Bueno, no todo el pueblo. —Félix se refería a que el Gobierno continuaba teniendo muchos adeptos.

—Santurce... —Barroso se arrimó a la mesa, como para hacer una confidencia—. No nos engañemos; no hay término medio. Hoy en día, quienes están con el Gobierno, o son intelectuales, que todavía piensan que la palabra es más fuerte que una pistola, o son vándalos que se dedican a saquear, alegando que toman represalias con los enemigos de la República. Y ahora no nos valen ni los unos ni los otros.

—¿Cómo llevas lo tuyo? —Félix señaló el montón de papeles y carpetas que Barroso tenía en el despacho.

—Desbordado, ya ves. Tratando de arreglar los desmanes de los que se supone que son nuestros partidarios. Los que dicen defender al Gobierno quemando cuadros y saqueando iglesias. —Barroso negó con la cabeza—. Una locura.

—Son afortunados de tenerte aquí, Roberto.

—Pues yo hago lo que puedo, Félix. —Barroso levantó los hombros—. Hemos incautado, etiquetado y catalogado tantas obras de arte que el monasterio de las Descalzas se nos ha quedado pequeño. Estamos buscando nuevas ubicaciones.

—¿Y la aristocracia y la Iglesia acceden a la incautación?

—O eso o corren el riesgo de perderlo. El Gobierno está tratando de poner orden, pero no es fácil. Anarquistas, comunistas, sindicalistas, milicias... Es imposible.

—Es el caos. —Félix corroboraba las palabras de Barroso.

—Y a ti te encanta.

—Río revuelto, amigo Roberto. Todo a ganar.

—O todo a perder. Depende de los escrúpulos de cada cual.

Aquellos dos hombres se conocían demasiado como para no ser conscientes el uno de las debilidades del otro. O de sus miserias.

Santurce metió una mano en el bolsillo interior de su americana y sacó un pequeño estuche de terciopelo que entregó a Barroso. Cuando este lo abrió, tomó en su mano los pendientes de perlas que contenía.

—¿A quién quieres que le regale esto? Todavía no he dado con la mujer que quiera casarse conmigo.

—Eso no es para que se casen. —Guiñó Félix un ojo—. Es solo para que puedas triunfar una noche.

Barroso guardó el estuche en el cajón de su escritorio. Sabía que Félix ya había dado todos los rodeos que venía a dar, así que permaneció en silencio, esperando que su viejo compañero arrancara.

—Roberto, he venido a decirte algo. Quizá no sea nada, pero, si fuera cierto, te afectaría de manera directa.

—¿Qué te han soplado en este viaje? —Barroso se puso en guardia.

—Me llegan muchas cosas. Aprendes a separar el grano de la paja, lo que se sostiene de lo que no. —Félix apoyó sus brazos en la mesa de Barroso, acercando la distancia—. Pero esto me lo creo. Y quiero que estés alerta.

—¿Tan grave es?

—Yo me debo al Gobierno, Roberto. Me arriesgo recogiendo información para poder transmitirla a quien corresponda.

—Y bien recompensado eres, ¿no? Así lo dicen tus salvoconductos.

—Si los nacionales se enteran de que te estoy contando esto, poco cantaré ya. —Félix mostraba vulnerabilidad, nada habitual en él—. Me lo juego todo.

Barroso guardó silencio. Disimulaba su impaciencia, pero ardía por dentro.

—Franco va a bombardear Madrid —soltó el empresario.

—¿Esa es la novedad? —Barroso parecía decepcionado—. Solo es cuestión de tiempo, Félix.

—Esa no es la novedad, Roberto. Estaba cantado —se mostró de acuerdo Santurce—. Pero los objetivos ya están elegidos.

—Tampoco me vas a sorprender. —El gris funcionario parecía tener más aplomo desde que le habían dado galones—. ¿Los cuarteles fieles al Gobierno? ¿Los aeródromos? ¿Atocha?

—Eso dalo por seguro. —Félix volvió a sacar su pitillera—. Pero van a ir a la línea de flotación, a demostrar que el Gobierno no puede defender ni lo más valioso que posee el país.

—¿El Banco de España? —trató de adivinar Barroso mientras volvía a subirse las gafas.

—No, amigo. —Félix se encendió otro cigarrillo y elevó su barbilla para lanzar el humo hacia el techo—. Piensa en lo más valioso que pueda poseer España. Aquello por lo que todavía somos admirados. —Barroso no sabía adónde quería ir a parar su antiguo compañero—. Aquello que si el Gobierno no es capaz de defender —Santurce seguía haciendo grande la bola—, no solo lo perderá España, sino toda la humanidad. Aquello que, si el Gobierno no pudiera proteger, dejaría patente su inmensa debilidad ante la comunidad internacional.

El funcionario supo con esas palabras que todos los problemas que se acumulaban en su escritorio en forma de carpetas no iban a ser nada en comparación con la información que traía el confidente más valioso con el que esos momentos contaba el Gobierno.

—Franco va a bombardear el Museo del Prado.

*Valencia, diciembre de 1980*

Desde el radiocasete de un coche en la calle se oía *Santa Lucía*, de Miguel Ríos. Cuando sonó el despertador, a las siete en punto, Fernando ya estaba despierto. No de esa forma en la que el cuerpo, a fuerza de costumbre, se escapa del sueño unos minutos antes del zumbido. No. Fernando llevaba horas despierto.

Estiró el brazo sin mirar, para detener el estridente sonido, y continuó tumbado de lado, viendo cómo la luz comenzaba a filtrarse por las lamas de la persiana, que no estaba bajada del todo. Había cumplido un nuevo ciclo de veinticuatro horas. Trabajar con desgana, comer por obligación, beber con un poco más de motivación y apenas dormir. Y esa luz, que comenzaba a hacer visibles las formas del dormitorio, le daba la bienvenida a un nuevo y odioso día.

Todavía no se había hecho al piso. Sus cajas, llenas de libros y álbumes de fotos, se amontonaban en el pasillo. Y su ropa continuaba colgada de los dos percheros con ruedas que le había prestado su hermano. Algún día tendría que arreglar ese desastre, lo sabía. Pero el día que lo hiciera, sería el momento en el que se daría cuenta de que todo era definitivo. Que todo había acabado. Y se resistía a ello, no estaba preparado para afrontarlo.

Vivir de esa forma precaria le hacía mantener la esperanza de que todo fuera temporal, de que Marta reconsiderara su decisión y diera marcha atrás.

Ni siquiera había puesto sus cosas en el baño. Las guardaba en su neceser cada vez que se afeitaba y se lavaba los dientes para que, si tuviera que hacer la maleta y volver a casa, tardara el menor tiempo posible. Si tomaba posesión del lugar, significaría que había aceptado la situación, y se negaba a probar el sabor de esa derrota.

Aun así, había tenido suerte. Cuando Marta le puso delante los papeles del divorcio y le pidió que se marchara de casa, el mundo se derrumbó a su alrededor. Su hermano Pablo movió los hilos que pusieron en sus manos, en un par de días, las llaves de ese piso en la calle Alberique, junto al Mercado de Abastos.

—Tranquilo, es de un amigo —le dijo Pablo—. Está vacío desde que murió su madre y todavía no sabe qué hacer con él. Si estás cómodo, ya

hablaremos del contrato.

Y cómodo no estaba. El piso de una anciana que conservaba muebles viejos y miles de recuerdos. Donde las baldosas del suelo se movían al pisarlas y el frío de la noche se colaba por los ventanales carcomidos. Los grifos sacaban todo el aire de las cañerías cuando los abría, en un desanimado gorgoteo, hasta que comenzaba a salir agua, y el repartidor de butano no subía hasta ese quinto sin ascensor cuando se acababa la bombona. Pero, al menos, era un lugar al que agarrarse cuando tocó fondo de manera definitiva.

Eso sí, algo bueno de aquella ubicación era que podía ir caminando hasta el trabajo. Dos semanas atrás había aparcado su Seat 124 en la calle Buen Orden —una especie de premio de lotería—, y en apenas quince minutos andando se plantaba en su mesa.

Eligió los pantalones más limpios que le quedaban, pero tuvo que ponerse un jersey de pico para que no se vieran las arrugas de la camisa. Aunque había hecho algo de compra el día anterior, no tenía ánimos para deprimirse aún más en aquella cocina de imitación a madera y azulejos aguamarina mientras desayunaba. Al menos en el bar de Toni le echarían un poco de algo fuerte en el café.

Esos quince minutos fueron los que necesitó para llegar al número 48 de la avenida del Oeste, edificio donde, en el entresuelo, se encontraba la redacción. Y, contigua al portal, estaba la cafetería, parada obligada de todos los periodistas para acopiar las fuerzas necesarias, antes de subir a descubrir de qué humor se habría levantado esa mañana Guillermo Fonfría, director de *Tribuna Pública*, la revista en la que trabajaba Fernando.

El chirrido de la cafetera calentando el cacillo de leche, el olor a café y el sonido de la tele, que apagaba las conversaciones de los clientes, le recibieron al bajar el escalón que ejercía de frontera entre la acera y el bar de Toni. En la barra, Salva echaba el sobrecillo de azúcar en el café con leche, y Fernando, con esa confianza en la que no es necesario mediar palabra, se sentó a su lado.

—Hoy tienes pleno en el ayuntamiento, ¿recuerdas? —le dijo su amigo, removiendo el contenido de la taza con un rítmico tintineo.

Fernando le enseñó su acreditación, haciéndole ver que recordaba perfectamente su agenda del día. Toni puso delante de él otra taza de café con leche, pero estando Salva se abstuvo de pedir que le añadiera la dosis de Soberano.

Salva era el jefe de redacción. Y su amigo.

Coincidieron estudiando periodismo en Madrid, entre finales de los sesenta y principios de los setenta. Una época apasionante para estar en la

capital. Apasionante, claro, si eras una de esas personas que deseaban vivir en primera línea los cambios que se estaban produciendo. Papá dictador se hacía mayor y el país quería emanciparse. Compleja combinación. Años después, volvieron a encontrarse en la revista y, haciendo gala de la buena amistad que les unía desde su juventud, Salva asistió en primera fila a la espiral descendente en que se vio envuelta la vida de Fernando. Sin poder hacer nada por ayudarle, pero sin separarse de él.

Incluso sintiendo una sincera punzada de dolor cuando Fonfría decidió que ocupara el puesto de Fernando como jefe de redacción. No era un castigo, era una mera necesidad por el bien de la revista; Fernando no estaba en condiciones de coordinar al equipo. Y él lo sabía.

—Me gustaría que pudieras hacer una entrevista al concejal de urbanismo. —Salva le dio un sorbo a su taza mientras se giraba a mirar a su amigo.

—¿Cuál es el tema?

—Las obras del cauce del río —contestó el jefe de redacción—. Saber qué planes hay para convertirlo en esa zona de ocio que dicen que quieren hacer ahí abajo.

—Pues el primer plan será limpiar toda la mierda que hay allí, ¿no? Es un vertedero que cruza la ciudad. —Hizo un gesto estirando el brazo mientras serpenteaba con su mano—. Sin contar con que puedes comprar en cualquier rincón un chute de caballo que te deje seco en el sitio.

El río Turia ya no llevaba agua a su paso por la ciudad. Ese cauce vacío era un surco que partía Valencia en dos, y aquella brecha abierta era hogar de vagabundos, drogadictos y todo tipo de delincuentes que buscaban ocultarse de la policía. El alcalde quería reconvertir el cauce en una gran zona verde, que sirviera de pulmón a la ciudad y de lugar de deporte y paseo al aire libre.

—Fernando... —Salva le reprendió con suavidad—. ¿Solicitarás la entrevista?

—Dalo por hecho.

—Genial. —Salva se levantó del taburete y sacó del bolsillo varias monedas que dejó sobre la barra—. Por cierto... Fonfría quiere verte.

—¿A mí? —Fernando se señaló a sí mismo en el pecho—. ¿A qué se debe el honor?

—No lo sé, pero te espera en su despacho.

Guillermo Fonfría, segoviano, era toda una institución del periodismo no solo en Valencia, sino en toda España. Había trabajado toda su vida en los periódicos más importantes del país, y cuando años atrás fichó por *Cambio16*, aprendió los secretos de cómo gestionar una publicación semanal. Un diario

ofrecía inmediatez, mientras que una revista debía mostrar reflexión. Entrevistas, artículos extensos, buena documentación y una nómina de columnistas de primera fila.

Su gestión en *Cambio16* como subdirector le valió su entrada en la terna de candidatos a director de *Tribuna Pública*, un concepto novedoso de revista. Con sede en Valencia, más de la mitad de las páginas se dedicaban a la política y a noticias relevantes de la propia ciudad. Y, a la vez, guardaba una amplia sección para política nacional, para la cual tenía a dos periodistas desplazados en Madrid que cubrían Congreso de los Diputados y ministerios. La fórmula funcionaba, y los lectores valencianos optaban por *Tribuna Pública* en mayor número que por otras publicaciones. El director ya había decidido que los pocos años que le quedaban para su jubilación serían en esa revista, y que de Valencia ya no le movía nadie.

—Pase, Poveda..., siéntese —dijo el director en cuanto apareció Fernando por la puerta de su despacho; Fonfría siempre trataba a su gente con una diplomacia distante—. ¿Cómo lleva todos sus frentes?

—Bueno, ahí ando... intentando gestionarlos. —Fernando se sentó de forma tímida en la silla de las visitas.

—Hijo, a mi edad, esas cosas se gestionan. Pero a la suya... —Fonfría miraba a Fernando por encima de sus gafas—. ¿Cuántos tiene? ¿Treinta y ocho?

—Cuarenta, señor.

—A los cuarenta, esas cosas no se gestionan. Se tienen que llorar, uno se tiene que dejar atravesar. Porque si no, no le dejarán continuar adelante. Y a usted le queda mucha vida.

—Se hace lo que se puede, señor director. —Fernando no sabía muy bien qué contestar a todo aquello que le decía su jefe.

—Poveda... —Fonfría bajó las revoluciones con las que siempre se expresaba y habló con más calma—, un divorcio, aunque sea doloroso, es algo que está a la orden del día. De eso se sale. —El director hizo una pausa—. Pero la pérdida de un hijo puede trastornar a cualquiera.

—Estoy bien, señor.

—No le creo.

—Quizá no para ser jefe de redacción... —reconoció Fernando.

—Lo sé, por eso le relevamos. Sin culpas, sin presión. No es lo que usted necesita ahora.

—Pero me viene bien trabajar. Mantiene mi mente ocupada.

—Ahí quería llegar... —Fonfría volvió a acelerar—. ¿Cómo lleva su trabajo?

—Pues ahora tengo que irme al ayuntamiento. Hay pleno y...

—¿Pero usted se escucha? —le cortó el director—. Para un pleno puedo mandar a cualquiera de los becarios que circulan por la redacción sin nada que hacer. Eso es para principiantes.

—Bueno, es lo que el jefe de redacción me manda.

—No me joda, Poveda... —Fonfría soltó el boli encima de la mesa de malas maneras—. ¡Usted ha sido jefe de redacción! ¡Usted sabe que el trabajo que está haciendo ahora es una mierda!

—¿Es esta la conversación de mi despido? —Fernando lo dijo de una manera aséptica. A esas alturas ni sentía ni padecía.

—No, hombre, no... —El director pensó que podía haberse excedido si Fernando se había tomado aquella conversación como un punto final—. Esta es la conversación de su vuelta a ser periodista.

—Soy periodista. —Fernando no entendía nada.

—Periodista de verdad, ¡coño! —Fonfría sonrió para insuflar confianza a su empleado—. De los que investigan, preguntan, husmean y escriben un buen artículo. O un buen reportaje a cuatro páginas.

—Bueno, puedo intentarlo. —Eso era lo más prometedor que podía dar de sí Fernando en aquellos momentos.

—No, no va a intentarlo. Va a hacerlo. Porque usted cobra como periodista, no como becario. Y si no trabaja como periodista, entonces sí tendremos que tener la conversación de su despido.

—¿Y sobre qué quiere que escriba? —Fernando había visto asomar las orejas del lobo. No es que su trabajo le motivara en aquel momento de su vida, pero necesitaba el dinero. Y tener algo que hacer cuando se levantaba de la cama.

El director dio la vuelta en su sillón giratorio hacia la estantería que tenía detrás y tomó una carpeta. La abrió para asegurarse de que era la correcta y se la tendió a Fernando.

—Félix Santurce —le dijo mientras Fernando dejaba la carpeta encima de la mesa y la abría.

—¿Santurce? ¿El empresario?

—Eso es. Pronto se cumplirán cuarenta y cinco años de su muerte, y el ayuntamiento quiere hacer un homenaje y nombrarle hijo predilecto de la ciudad. —Fonfría le estaba contando información que todavía no era pública;



el viejo tenía sus contactos—. Nosotros vamos a darle vaselina a ese homenaje.

—¿Vaselina? —Fernando levantó una ceja.

—Vaselina, campaña a favor, poner en valor la figura de Santurce. *Donar-li corda*, como dicen ustedes... Llámelo como quiera. Quiero un artículo que ensalce la figura de ese hombre y justifique el homenaje a ese ilustre ciudadano.

—¿Cuatro páginas? —preguntó Fernando.

—Cuatro, seis..., las que hagan falta. Mientras sea bueno, claro. —Fonfría levantó un dedo en forma de advertencia—. Fotos, documentos, testimonios... Ese hombre fue un héroe.

—No conozco bien la historia de Félix Santurce.

—Para eso le he dado la carpeta. —El director se reclinó en su sillón, señal de que la reunión había terminado—. Confío en usted, Poveda. De este artículo depende que el ayuntamiento nos siga mirando con buenos ojos. ¿Se ve capaz de encargarse de esto?

—Se lo agradezco, de verdad. —Fernando recordó la alusión a la conversación sobre su despido que Fonfría había hecho unos minutos antes.

—No le veo a usted embargado por la emoción —dijo el director con ironía.

—Descuide, me pongo a ello de inmediato. —Fernando se levantó de la silla.

—No, Poveda, de inmediato no... —Fonfría le desafió con la mirada.

—¿Señor?

—Tiene usted un pleno que cubrir.

Fonfría, apoyado en el respaldo de su silla de trabajo, vio salir a Fernando por la puerta de su despacho. Por un lado, dar a todo el equipo la imagen de querer rehabilitar a su anterior jefe de redacción era importante para la revista. Confiaba en haber hecho la mejor elección para aquel reportaje. Y para lo que él, como director de la revista, necesitaba.

Fernando no recordaba haber dejado la mesa tan desordenada la tarde anterior. Cualquiera que la viera pensaría que el redactor que la ocupaba llevaba entre manos decenas de temas y artículos, cuando la realidad no era así. En un primer momento decidió repasar y ordenar todos aquellos papeles, pero se lo pensó mejor. Hizo un montón con ellos y los metió en el cajón, dejando la mesa vacía. Colocó sobre ella la carpeta que le había entregado Fonfría, y centró la placa metálica que identificaba su puesto de trabajo: «Fernando Poveda. Redactor Sección Local».

Félix Santurce. Una historia curiosa. Valenciano, empresario de éxito y ferviente colaborador del Gobierno republicano, fue ejecutado en Berlín, en octubre de 1937, por orden del general nazi Jürgen von Schimmer. La historia oficial contaba que Santurce, enviado por el Gobierno, en nombre de una República asediada por el alzamiento militar del general Franco, fue a Berlín a pedir a Alemania que no interviniese en la guerra. Que se mantuviera neutral y respetara al legítimo Gobierno español. Y volvió de Berlín en una caja de madera.

Alemania sí intervino —en forma de terribles bombardeos aéreos—, Franco ganó la guerra y el resto es historia. Pero Santurce fue considerado uno de los primeros mártires del bando republicano. Alguien que, sin tener necesidad de hacerlo, cargó en sus hombros la responsabilidad de representar al Gobierno de España en un lugar tan poco propicio, y tan hostil para un rojo, como la Alemania del Tercer Reich.

El ayuntamiento de Valencia, con alcalde socialista tras la Transición democrática, quería dar un paso al frente y reconocer la valía de uno de los caídos del bando perdedor.

Y al propio Fernando le habían encargado que diera lustre a esa iniciativa.

Mientras cogía su acreditación para acudir al pleno del ayuntamiento, Fernando cerró la carpeta con cierto fastidio. Necesitaba trabajar, sí. Pero investigar, husmear y tirar de algún hilo para entregar un reportaje digno le sacaba de la dejadez en la que se había instalado y en la que se sentía cómodo.

Volver a ser periodista de verdad no era lo que entraba en sus planes en aquel momento de su vida.

*Navalmoral de la Mata, agosto de 1936*

Todavía no despuntaba el alba, pero la oscuridad de esas últimas horas de la noche la rompían los haces de luz de los faros. El convoy de cuatro camiones había abandonado la carretera principal, y se adentraba dentro de la provincia de Cáceres a una velocidad menor de la esperada. Aquel camino secundario se encontraba en una situación lamentable; las últimas lluvias lo habían dejado plagado de socavones. Y la falta de mantenimiento era evidente. La guerra hacía que lo cotidiano pasara a ser extraordinario, y que algunas personas tuvieran cosas más importantes que defender que su propio puesto de trabajo. Los trabajadores de la brigada de mantenimiento de ese camino debían de ser de esas personas.

El movimiento de arriba a abajo de la linterna indicó el alto. El primer camión se detuvo al ver la señal, obligando a parar a los otros tres y reagrupando la fila. Descolgando su fusil del hombro, el soldado se acercó a la ventana del conductor, haciendo gestos para que la bajara.

Y se llevó un pequeño sobresalto al ver que al volante había un gigantón que llevaba un parche en el ojo izquierdo.

—Detenga el motor —ordenó al conductor, carraspeando para aclararse la voz. Al ver apagarse las luces del primer vehículo, los otros tres hicieron lo mismo—. Puesto de control del Gobierno, ¿hacia dónde se dirigen?

El conductor permaneció en silencio, mirando al soldado con su único ojo, pero fue el acompañante quien se inclinó hacia adelante para que el soldado pudiera ver su rostro iluminado con la linterna.

—Buenos días, cabo —dijo el hombre que se sentaba en el asiento del copiloto y vestía una cazadora de aviador—. Nos dirigimos a Cáceres.

—¿Qué transportan?

—Naranjas. Venimos desde Valencia.

—No puedo dejarles pasar. Cáceres es zona tomada por el ejército nacional —respondió el soldado.

—Entiendo... —dijo con tranquilidad el hombre que ocupaba el asiento del copiloto del primer camión.

Se tomó unos segundos para evaluar la situación. El ejército republicano debía haber puesto controles en todas las carreteras y caminos que llevaban a

territorio ocupado, con el objetivo de desabastecer las zonas tomadas por el enemigo. Ese puesto en concreto era una pequeña caseta, de las utilizadas por agricultores para guardar aperos y que, en aquel momento, estaba ocupada por seis jóvenes soldados que vigilaban el camino. Armados, sí. Pero somnolientos a esas horas.

—Disculpe, cabo. Comprendo su labor, y el duro trabajo que están realizando. Pero tenemos salvoconductos... —El hombre se llevó la mano al bolsillo interior de su cazadora de aviador, lo que alarmó al soldado, quien apuntó con su fusil.

—¡No se mueva! Saque la mano de ahí... muy despacio. —Al ver que el soldado apuntaba con el arma, sus cinco compañeros se acercaron al camión, descolgando también sus fusiles del hombro.

—No se alarme, por favor —respondió el hombre con tranquilidad—. Solo quería mostrarle los papeles. —Y vio que otro de los soldados se había acercado a la puerta del acompañante, mientras que los otros cuatro apuntaban al interior de la cabina.

—¡Bajen! —ordenó el cabo, dejando el fusil en el suelo y sacando una pistola de su cinto—. Que no salga ni Dios de los otros camiones —dijo a sus compañeros, quienes se desplegaron a los lados, apuntando a los otros tres vehículos.

La luz del amanecer ya permitía ver las formas, y los soldados preferían sostener sus armas a sus linternas. El copiloto bajó con tranquilidad del camión, con las manos ligeramente alzadas, para que los soldados comprobaran que no constituía un peligro.

—Llevamos muchos kilómetros en el cuerpo, estamos cansados, cabo.

—Pues van a tener que dar la vuelta, no podemos dejarles pasar.

—Solo son naranjas —sonrió el hombre de la cazadora—. Y tenemos salvoconductos del Gobierno. Su Gobierno.

—Y yo tengo órdenes de mi teniente —respondió el cabo, alegando sus motivos—. No se abastece Cáceres.

—¿No comen esas personas? Hay población civil, niños... —trató de convencer al soldado el jefe de la expedición.

—Documentación —ordenó el militar.

—Pues tendré que meter la mano en mi bolsillo. ¿Va a dispararme? —preguntó con ironía.

Llevó su mano de nuevo al bolsillo interior y sacó una cartera de piel. Mostrándola en todo momento al soldado, que no dejaba de apuntarle, sacó un carné y se lo tendió.

—Mateo Aguirre... —leyó el cabo—. De las vascongadas. Un poco lejos de casa, ¿no?

—Ya le he dicho, somos simples transportistas. Tratamos de ganarnos el pan donde sea. —Mateo echó un vistazo a la escena. El cabo estaba centrado en él, mientras los otros cinco soldados, desplegados, apuntaban a los camiones.

—Guárdese. —El cabo le devolvió el carné—. Último aviso, den la vuelta.

Mateo estiró la mano para recoger su carné y vio que el cabo daba por concluido el asunto, relajándose por un instante. Una milésima de segundo. En vez de coger la documentación, con un rápido movimiento tomó con fuerza la muñeca del soldado y le dio un brusco giro hacia él, a la vez que sacaba una pistola de la parte de atrás de su cintura. La espalda del soldado quedó pegada a su pecho y la pistola, clavada a su cuello.

—Tire la pistola al suelo —ordenó Mateo, quien ya dominaba la situación—. Dígales a sus hombres que suelten los fusiles.

Los otros cinco soldados, desconcertados, movían su punto de mira de los camiones a Mateo, quien se encontraba cubierto por el cuerpo del cabo.

—Soldados, no dejéis las armas. —El hilo de voz del cabo se iba apagando por la congoja. Y porque un cañón le apretaba la garganta, claro.

—Es usted cabezón, ¿eh? —Y Mateo hizo una señal con la cabeza mirando a los camiones.

De las ventanillas de los tres camiones restantes emergieron escopetas de doble cañón, que apuntaban al grupo de soldados. El conductor del vehículo en el que iba Mateo, con el aspecto amenazador que le daba el parche, puso pie a tierra, también armado. Su altura intimidó visiblemente a los jóvenes soldados. En pocos segundos, los dos grupos se apuntaban con sus armas, con Mateo y el cabo en el centro.

—¿Seguro que quiere esto? No vale la pena, cabo.

Fueron los propios soldados quienes bajaron los fusiles. No parecía una buena idea dejarse la vida a primera hora de la mañana en una carretera secundaria. A los hombres de Mateo no les temblaba el pulso al sostener un arma. Los soldados republicanos eran apenas unos mozalbetes que acababan de empezar a afeitarse, a los que habían mandado a cubrir ese puesto dejado de la mano de Dios. No les compensaba esa aventura matinal.

Mateo soltó al cabo, quien se llevó una mano a la garganta, dolorida por la presión del cañón de la pistola. Metió la mano en su chaqueta y sacó los salvoconductos, que entregó al cabo.

—¿Lo ve? Está todo en orden. Permisos del Gobierno.

El cabo se los devolvió sin leer, mientras se agachaba a recoger la pistola. El del parche le hizo un ligero silbido, a la vez que negaba con la cabeza. «Déjala donde está, y ya la recoges más tarde».

—Está bien, pueden continuar. —El jefe del pequeño destacamento de soldados trataba de mantener su dignidad.

—Gracias por su trabajo, cabo. Que pasen una buena mañana. —Mateo no iba a humillarle más. Sacó un pequeño puro del bolsillo delantero de su cazadora y se lo encendió con un chisquero—. Sastre, baja una caja de naranjas para los soldados —pidió al conductor de su camión—. En agradecimiento por defender nuestro país.

Ya en marcha de nuevo el convoy, Mateo y Sastre permanecieron en silencio. Una anécdota más.

—Algún día tendremos un disgusto —rompió el hielo el conductor pasados unos minutos.

—Algún día. Hoy no.

—Un trabajo jodido el nuestro —constató Sastre sin emoción, acomodando el parche en su ojo izquierdo.

—Por eso Santurce nos paga tan bien —replicó Mateo mientras alargaba el brazo y metía en el bolsillo de la camisa de Sastre uno de sus pequeños puros.

*Valencia, agosto de 1936*

Aunque ya eran cerca de las nueve de la noche, los largos días del verano hacían que a esa hora todavía hubiera luz. Alejandro había tomado la costumbre de dar un tranquilo paseo hasta casa una vez acabada la jornada. Eran las horas en las que el calor comenzaba a dar un poco de tregua, aunque, tenía que reconocerlo, trabajando dentro de la iglesia se le hacía mucho más soportable.

Los gruesos muros mantenían el frescor y era difícil sudar allí dentro, pese al duro trabajo que estaban realizando. Recordaba las penosas jornadas de otros veranos, rehabilitando tejados y colocando canales para cuando llegaran las lluvias, bajo el abrasante sol de Valencia. Y sin que corriera la más mínima brisa. Incluso su padre, tan terco como era, decidía que la jornada de trabajo de la tarde comenzara a las cinco en los meses de calor.

Pero la dificultosa rehabilitación de la iglesia del Patriarca, junto con la ausencia de César, hizo que Alejandro tomara la decisión de que él y su cuadrilla solo dejaran de trabajar para ir a comer a una cercana taberna de la calle San Vicente y así reenganchar el tajo cuanto antes. Las obras debían estar terminadas para el otoño, y habían descubierto nuevas zonas en el techo de la iglesia que también necesitaban reparación.

En ese paseo al terminar el día de trabajo, Alejandro repasaba detalles y pensaba en las tareas del día siguiente. El recuento de materiales que iban a necesitar, si tenían suficientes tramos de andamio para todos los tajos abiertos o cuántos días quedaban para que fraguaran los encofrados. En el bolsillo trasero llevaba una pequeña libreta y un lápiz y, al mínimo recordatorio, lo sacaba para apuntar mientras caminaba.

En unas semanas, su vida había dado un vuelco. Aunque los trabajos iban a buen ritmo, y se estaban cumpliendo los plazos que su padre había estimado, la ausencia de César en las obras le hacía asumir unas responsabilidades que no había conocido hasta aquel momento. Siempre era su padre quien tomaba decisiones, quien asumía los riesgos. Y él, con su carácter jovial y espontáneo, proponía alguna puntualización o modificación que solía ser aceptada. Pero, sin César como faro, algunos días sentía que tomar esas decisiones le venía grande, y lidiar con los trabajadores de su

padre, hombres hechos y derechos, también. Y otros días, en cambio, se crecía para comerse el mundo. «Hijo, esa es una dolencia que se llama juventud. Tranquilo, se cura», le decía César cuando Alejandro compartía esas dudas con él.

El trayecto hasta el hospital fue horrible. César tumbado en la parte trasera de la camioneta, sobre los sacos que había colocado Alejandro, bramando de dolor con cualquier pequeño bache que pisaba el vehículo. Pere quería conducir lo más rápido posible, llegar cuanto antes, pero las zonas adoquinadas o los surcos del precario pavimento provocaban latigazos de dolor en su jefe, por lo que reducía la marcha.

Alejandro cogía la mano de su padre, sin saber muy bien qué hacer. La primera vez que se ve llorar a un padre marca para siempre. Es la caída de un gigante, la constatación de que el escudo de protección que uno tiene también puede romperse y quedar expuesto a lo desconocido. Las lágrimas de un padre sobrecogen, asustan, porque es la forma que tiene el mundo de explicarnos que no todo tiene solución.

—*Com aneu per ahí darrere?* —gritaba Pere desde el volante.

—¡Písale, que se desmaya! —contestaba Alejandro sin quitarle ojo a su padre, que se retorció de dolor.

Cuando Pere frenó en la puerta principal del hospital, Alejandro bajó a pedir ayuda. Trayendo consigo una camilla con ruedas, y con Alejandro empujando desde arriba de la camioneta, dos celadores consiguieron arrastrar a César hasta tumbarlo y llevarlo a la zona de urgencias. Alejandro pidió a Pere que fuera a avisar a su madre, la casa de la familia estaba apenas a quinientos metros del hospital, y corrió hacia dentro para no dejar solo a su padre.

Sentado en una hilera de bancos en el pasillo de quirófanos, Alejandro comenzó a ser consciente de todo lo que había ocurrido; César podía haber muerto en el accidente. Si la piedra que partió su pierna le cae en la cabeza, estarían llorando en aquel momento la prematura partida de un esposo y padre. Aun así, las incógnitas se amontonaban en la cabeza de Alejandro. Solo, en aquel pasillo apenas transitado, se preguntaba si su padre podría volver a trabajar, pero, sobre todo, si podría volver a caminar. Sabía de casos similares que se habían complicado y habían tenido que acabar amputando la pierna del herido.

Abrumado por todos esos pensamientos, fue sacado de ellos por la llegada de su madre. Mientras ella no podía parar de llorar y trataba de asegurarse, sin dejar de abrazarle y tocarle, de que su único hijo se encontraba bien,



Alejandro fue consciente de lo sucio que iba tras haber tenido que sacar a su padre de aquella montaña de escombros y hierros. Y de la sed que tenía.

—Ha ido todo razonablemente bien —explicó el médico—. La fractura era bastante limpia y hemos podido reducirla. —Alejandro y Empar asentían sin comprender muy bien lo que les estaba explicando el doctor—. Hemos unido el hueso con clavos y una pequeña placa metálica. —El doctor hacía gestos con las manos para apoyar su relato—. Lo más complicado ha sido limpiar la piel y los tejidos que el hueso había atravesado.

Empar cerró los ojos ante lo gráfico de la explicación.

—Pero ¿cómo está mi marido?

—Está bien, todavía dormido. Ha hecho falta mucha sedación.

—¿Y cuándo podremos llevarlo a casa?

—Va a estar aquí unos días, señora. —El médico hizo un gesto, como pidiendo paciencia—. Tenemos que ver su evolución.

—¿Pero está fuera de peligro, doctor? —preguntó Alejandro.

—Él está bien, no se preocupen. —La sonrisa del doctor era tranquilizadora—. Pero hay que ver si rechaza la placa, si se infecta la herida... Pasen a verlo. —El médico sabía que no había mejor medicina para los familiares que ver en buen estado al paciente, y Empar entró veloz en la sala de reanimación.

—Doctor... —Alejandro miró si el médico llevaba alguna identificación en la bata.

—Arribas, Salvador Arribas.

—Doctor Arribas..., ¿volverá a caminar?

—Podrá caminar, ya veremos si necesitará alguna ayuda. Es pronto.

—¿Cree que podrá volver a trabajar?

—Hijo..., ¿por qué no acompañas a tu madre en estos momentos? —El doctor sonrió—. Has sido valiente hoy.

César estuvo una semana ingresado. Las primeras horas tras despertar de la anestesia fueron complicadas. Sentía fuertes dolores y apenas podía ejercer control sobre su pierna, que estaba entablillada. Con el paso de los días, el doctor comprobó que la lesión iría por buen camino, ya que no había infección interna ni externa. Al quinto día, César iba con una silla de ruedas por el hospital, incapaz de quedarse quieto en su cama. Le quedaba por delante un largo plazo de recuperación antes de intentar volver a ponerse de pie.

A Alejandro le gustaba alargar ese paseo que daba al final de la jornada desde la iglesia del Patriarca hasta su casa. No porque no quisiera llegar, ni mucho menos, sino porque cuando abría la puerta del pequeño piso de la familia era el momento en que su padre, sentado en la mecedora del pequeño comedor, con la pierna apoyada en un taburete, le pedía el informe del día. Y para afrontarlo, Alejandro necesitaba oxigenarse. El paseo, una vez repasaba esos detalles en su pequeño cuaderno de notas, era su respiro, su momento de relajación. Observaba los elegantes balcones de la calle de la Paz, lugar de residencia de algunas de las familias más adineradas de Valencia, hasta llegar a la plaza de la Región, que mucha gente tenía la costumbre de seguir llamando por su antiguo nombre: plaza de la Reina. Los vaivenes políticos siempre tenían consecuencias en los nombres de las calles: personajes y acontecimientos importantes para quien manda. Y cuando cambian los que mandan, también cambia su interpretación de la historia. Atravesaba Santa Catalina para callejear hasta el Mercado Central y, desde allí, enfilando Balmes, salir a Guillem de Castro, a unos metros de su casa.

Los ecos de la guerra todavía se sentían lejanos en Valencia aquel agosto de 1936. Por supuesto, los medios informaban del alzamiento militar y de las escaramuzas en Andalucía, Extremadura y Castilla. Pero todo parecía demasiado lejos a orillas del Mediterráneo. Y más lejos aún le parecía a Alejandro; con esa juventud que hace sentir eterno, con el peso de cargar con la responsabilidad del trabajo de su padre y con aquel desamparo que sentía, en ocasiones, al no tener siempre al lado la figura que le sostenía. Demasiados frentes en su cabeza.

Bien es cierto que se habían producido algunos incidentes en la ciudad, protagonizados por jóvenes falangistas; alguna pintada, la irrupción en una emisora de radio o altercados de taberna. Poca cosa para lo que se oía de otros lugares. Valencia continuaba siendo fiel a la República y, aunque mirando de reojo, la vida transitaba a su ritmo habitual.

Hasta aquella tarde de finales de agosto, en la que el conflicto tomó cuerpo a ojos de Alejandro. Hasta ese día que, en su paseo de vuelta a casa, vio al muchacho que vendía *La Hoja de la Tarde* recogiendo los ejemplares que habían sobrado para devolverlos a la redacción. Los puestos del mercado ya habían cerrado, y mientras los operarios de limpieza se empleaban a fondo y los mendigos rebuscaban en las sobras, el chico plegaba la pequeña silla en la que se sentaba para descansar a ratos, y se la ponía bajo el brazo con cuidado de no arrugar los periódicos. Alejandro se dio de bruces contra la

portada de ese día: «García Lorca, asesinado», rezaban las grandes letras del titular, junto a una fotografía del poeta granadino.

La existencia de una guerra civil, el conflicto de un bando contra otro, cobró vida en la cabeza de Alejandro a través de Lorca. Esos ecos lejanos ya no le parecieron tanto, sino que la sombra que proyectaban se alargó hasta oscurecer la visión del joven. Porque si una lucha política era capaz de alcanzar hasta el alma más sensible, de acabar con la vida de un poeta por unos ideales, ¿qué no podría hacer con el resto de los mortales?

Empar, la madre de Alejandro, no tenía muchas cosas materiales a las que guardara afecto. El ajuar de la casa, casi todo regalos de su boda con César, y las pocas joyas que heredó de su madre. Y poco más. Pero si guardaba especial aprecio a un objeto, era a un regalo que su padre le hizo antes de morir, diez años atrás.

Era un pequeño libro, de pocas páginas, donde, en la portada, un joven elegante y con el pelo ensortijado, apoyaba su mano en el rostro mientras miraba a cámara: «*Canciones, 1921-1924*. Federico García Lorca».

Alejandro volvía del colegio y, mientras merendaba antes de ir a la cantera de su padre, veía a su madre balancearse en la mecedora, leyendo el librito junto a la ventana, aprovechando la última luz del día. Y Empar, mirando a su niño, le leía en voz alta su poema favorito, que quedó grabado en la memoria de Alejandro. Ese poema que decía tantas cosas en tan pocas líneas.

*En la mañana verde quería ser corazón.  
Corazón.  
Y en la tarde madura quería ser ruiñeñor.  
Ruiñeñor.  
Alma,  
ponte color de naranja.  
Alma,  
ponte color de amor.  
En la mañana viva, yo quería ser yo.  
Corazón.*

Su madre le descubrió a Lorca, y aquel pequeño poema se le quedó grabado en el corazón. Y en ese momento sostenía un periódico que contaba que había sido asesinado. Con solo treinta y ocho años. Esa guerra, que parecía lejana, ya había tomado forma.

Un padre que llora y una guerra que asesina poetas. ¿Hace falta algo más para que un joven dude sobre ese mundo que creía inquebrantable?

Al día siguiente, con el peso de lo vivido la noche anterior al compartir con su madre la muerte del poeta, Alejandro coordinaba el trabajo de sus hombres en la iglesia. Siguiendo con precisión el calendario que César había establecido, la cubierta ya estaba impermeabilizada, para que las lluvias de otoño no volvieran a calar y arruinaran el trabajo que hacían en la parte de abajo.

El padre Ambrosio entró en la iglesia con dos hombres. Uno grueso, de andares torpes y frente sudada, y el otro más bajo y ligero, de caminar tranquilo y observador. Ambos, descubiertos en lugar sagrado, llevaban sus sombreros en las manos. De traje y corbata, rondando los cincuenta, los dos caballeros estaban fuera de contexto en aquella iglesia en obras un miércoles por la mañana. El sacerdote se quedó unos metros retrasado e hizo una señal a Alejandro para que dejaran de hacer ruido, mientras los otros inspeccionaban el lugar. El más bajo observaba el techo y se fijaba en el trabajo que estaban allí haciendo Alejandro y sus hombres.

—¿Quién dirige estas obras? —preguntó el sudoroso al padre Ambrosio.

—¡Alejandro, por favor! —ordenó el cura—. Es este joven, señor vicegobernador.

—¿Este joven? —se sorprendió el señor que había preguntado cuando Alejandro se acercó a ellos—. No parece adecuado para nuestro cometido, ¿no cree? —preguntó al otro hombre.

—No juzgue, Contreras —dijo el más bajo—. ¿Qué espesor tienen los muros de las capillas, muchacho? —preguntó a Alejandro.

—El muro de la iglesia tiene más de un metro, y los que separan capilla y capilla, unos cincuenta centímetros —respondió Alejandro, sin saber de qué iba todo aquello.

—¿Y la altura de las capillas?

—Cuatro metros.

—¿Cuándo estarán terminadas estas obras?

—La intervención más importante es la de la capilla central de la nave izquierda. En un mes remataremos —explicó Alejandro—. Luego repararemos las grietas que hemos detectado en otras zonas y aseguraremos algunos sillares. En diciembre estamos fuera.

—Dice el padre Ambrosio que es usted arquitecto, joven —le dijo a Alejandro, quien contestó con un somero «Sí, señor».

—Necesitamos a alguien con más experiencia —indicó el grueso a su compañero.

—Apuesto a que nos sirve —rebatíó el bajito al que se hacía llamar Contreras—. Soy José Lino Vaamonde, arquitecto enviado por el Gobierno. —Y, con una sonrisa, alargó la mano al joven jefe de obras.

Si la muerte de Lorca había dado forma a la guerra, la llegada de José Lino iba a meter a Alejandro de lleno en ella.

*Valencia, septiembre de 1936*

Elisa empujó la puerta de la carnicería. Las cuatro de la tarde, en septiembre, seguía siendo una hora inhumana para ir a comprar, pues la canícula todavía apretaba como en agosto. Pero la joven sabía que a esas horas no pillaba cola y, de ese modo, no tenía que esperar escuchando los chismorreos de las señoras del barrio, que lo mismo les daba estar veinte minutos que cuarenta aguardando su turno.

De la trastienda llegaba el rumor de la novela radiofónica que la señora Segrelles acostumbraba a escuchar después de comer, mientras su marido subía a echarse la siesta. A Elisa siempre le resultaba agradable el frescor que se respiraba allí dentro, para mantener la carne, y el aroma, mezcla de filetes recién cortados y productos de limpieza, que percibía su olfato.

En la cristalera estaban expuestas ristras de longanizas, piezas de solomillo y pollos enteros, con ese color rojizo que hacía contraste con la blancura del mostrador y las paredes, donde colgaban carteles con los despieces de una vaca y un cerdo, marcando con flechitas el nombre de cada una de las partes de los animales.

—*Bona vesprà, xiqueta...* —Aunque medio dormida, la señora Segrelles siempre se alegraba de verla.

—Buenas tardes, señora Segrelles. Lamento si le he interrumpido algo que estuviera haciendo.

—Quita, quita... Que si pego una cabezada, luego me cuesta coger el ritmo de la tarde. —Sonrió la carnicera—. ¿Qué va a ser?

—Pues quería medio kilo de muslos de pollo.

—¿Son para tu padre?

—Ya han llegado las primeras alcachofas. El hombre lleva meses esperando un *arròs caldós de carxofa i pollastre*.

—Pues no le hagamos esperar más —dijo la señora Segrelles, guiñando un ojo.

Con manos expertas, la carnicera cogió cuchillo y afilador, y friccionó ambos varias veces, emitiendo aquel sonido tan característico de frote de metal contra metal. Tomó varios cuartos traseros de pollo que tenía en el mostrador, y con la maestría de quien está acostumbrado a hacer algo durante

toda su vida, separó muslos y contramuslos con certeros golpes que resonaban secos en la desgastada tabla de madera.

—*Aixina va bé?* —La báscula marcaba casi seiscientos gramos.

—Así va perfecto —sonrió Elisa.

Y al paquete de papel de periódico, la carnicera añadió uno de aquellos contramuslos que había separado, regalo de la casa.

—¿Cómo te encuentras, reina?

—Pues muy bien, señora —contestó con educación.

—Me refiero a después de... ya sabes. —La carnicera la miró a los ojos.

—Perdone, pero creo que no le entiendo —dijo Elisa con cara de extrañada.

—No hagas caso a las habladurías, hija. Además, todos sabemos que, de lo que se cuenta, la mitad es mentira.

—Señora Segrelles —Elisa ya se puso alerta—, definitivamente, no sé de qué me habla.

—*Xica...* Eugeni, el de doña Remedios. Te saldrá otro mozo, ya verás. —La carnicera puso su mejor cara de circunstancias—. Ese no sabe lo que se ha perdido.

—Ya, Eugeni... —Una idea comenzó a formarse en la cabeza de Elisa—. ¿Me puede decir exactamente lo que doña Remedios va diciendo de mí?

—Bueno, ya sabes. Yo no quiero meterme en nada, pero eso de que no eres mujer para su hijo, que no tienes los pies en el suelo, que el chico te rechazó...

—¿Que el chico me rechazó? —La joven sintió que la sangre le hervía—. ¿Doña Remedios dice que el chico me rechazó? Pero si a ese le llega justo poner un pie delante del otro. —La indignación se abrió paso en la boca de Elisa—. Habrase visto...

—No hagas caso, reina. Tú a lo tuyo, ya saldrá otro.

—¡No es justo! —Elisa batallaba para que una lágrima de rabia no corriera por su mejilla—. Fui amable, de verdad. Quise ser educada, di las gracias..., pero el chico no me interesaba. Estábamos en su casa, fue una encerrona... —Las palabras se le amontonaban al querer dar explicación.

—Ya sabes cómo es doña Remedios, todo lo hace más grande.

—No, señora Segrelles, no es hacerlo grande. Es decir mentiras. —Elisa guardó el paquete envuelto con papel de periódico en la bolsa que traía consigo—. Y no, no quiero un novio. ¡Solo quiero que me dejen en paz! —Y dio media vuelta para volver a salir al asfixiante calor de la tarde.

Apenas había gente por la calle. Los comercios de la calle San Vicente estaban cerrados, y solo las tabernas servían a aquellos que se refugiaban para tomar un café con hielo y limón. El teatro Olympia anunciaba un espectáculo de variedades que se estrenaba aquella misma noche, que prometía diversión y buena música a partes iguales. Y Elisa, de vuelta a su casa, pensó en visitar a doña Remedios para decirle cuatro cosas bien dichas.

Pero cayó en la cuenta de que daba lo mismo; que la palabra de aquella señora tenía credibilidad en el barrio, que ella solo le daría más carnaza para que la nueva mentira fuera que se sentía tan despechada como para ir a su casa. Porque, al fin y al cabo, el problema estaba dentro de ella: no era lo que se esperaba de una señorita de veinte años, no aspiraba a lo mismo que el resto de las jóvenes, no actuaba como se suponía que debía hacerlo. Era ella la que iba en contra de las normas establecidas, de los usos sociales. Y presentarse en esa casa no iba a arreglar nada.

No valía la pena ni contárselo a su padre, porque lo único que conseguiría sería hacerle sufrir. Pero, desde luego, lo que no valía la pena era cambiar para ser aceptada por personas como doña Remedios.



*Madrid, septiembre de 1936*

—¿Le da credibilidad? —preguntó Ricardo de Orueta.

—Me cuesta creerlo, la verdad. —Barroso se subió las gafas—. Pero viene de Félix Santurce. Sabe separar grano y paja; si no pensara que puede ser cierto, no nos lo habría dicho.

—Ya veo... —Orueta se arrellanó en el sofá de su despacho—. Y su intuición, ¿qué dice?

—Pues que estos hijos de puta son capaces de cualquier cosa con tal de dejar en evidencia al Gobierno.

—Estamos hablando de volar el Prado, Barroso.

—Si no les va a importar bombardear a la población, ¿qué les importarán unos cuantos cuadros? —contestó el funcionario.

—¡Pero es que no son «unos cuantos cuadros»! —El director abrió los brazos, indignado—. Es un patrimonio de la humanidad.

Cuando Santurce se presentó en el despacho de Barroso para contarle los planes del ejército nacional, este estuvo unos días sopesando cómo contárselo a Orueta. El director general de Bellas Artes confiaba en él, pero antes de dar crédito a algo como aquello, de lo que no tenía prueba alguna, Barroso tenía que ir con una posible solución. Quien solo traslada problemas, sabía el funcionario, nunca llega a ser personal de confianza. No se llega hasta donde había llegado él siendo un necio.

—Mire, Barroso... —el director hizo una pausa, quería dejar muy claro lo que iba a decir a su subordinado—. El trabajo de la Junta de Incautación es muy importante, desde luego. Pero de nada servirá si uno solo de los cuadros del Prado se perdiera.

—Bueno, las obras que estamos sacando de iglesias y palacios tienen mucho valor. El esfuerzo...

—¡Propiedad privada, Roberto! —Orueta cortó al funcionario—. La historia no nos premiará por proteger los recuerdos de unos privilegiados. Pero sí nos juzgará por perder el patrimonio nacional. —Miró para ver si el otro comprendía lo que estaba diciendo—. Así de jodido es esto.

—Permítame entonces preparar un plan de protección para el museo.

—Prepare lo que quiera, pero si Franco ordena que todo salte por los aires, habrá sido tiempo perdido. —El director no podía ocultar su pesimismo—. Sabe lo que va a pasar aquí, ¿verdad?

Ricardo de Orueta poseía una amplia experiencia política. Persona de confianza del ministro, este le había designado director general de Bellas Artes. Era un premio: museos, restauración de obras, conservación del patrimonio artístico. Y era un premio porque Orueta ya había pasado su travesía del desierto alineando tendencias de izquierdas para formar Gobierno. Los derechos sociales no pertenecían a nadie, o pertenecían al pueblo, pero todos aquellos iluminados se sentían los elegidos para ser quienes mejor los defendían. Socialistas, comunistas, anarquistas, sindicalistas, marxistas y otros grupos que habían conseguido representación en Cortes. Para llegar a acuerdos con ellos y poder formar Gobierno, había mucho trabajo en la sombra que hacer. La Dirección General de Bellas Artes era el premio por aquel trabajo sordo, anónimo. Un hombre fiel a la República. Y en aquel momento resultaba que el lugar que debía ser un oasis se había convertido en un polvorín.

—Se lo voy a contar, Barroso —continuó el director—. En cuestión de semanas habrá un cambio de Gobierno y Largo Caballero será el nuevo presidente. La primera medida será sustituir a los cargos de confianza, incluido este. —Orueta se señaló a sí mismo.

—Pero, señor, con el trabajo de la Junta de Incautación en marcha, sería una irresponsabilidad cesarle.

—Ande, no sea pelota, Barroso. —El director se puso serio—. En cuanto traslade hacia arriba el soplo de Santurce, esto se va a convertir en una patata caliente. Ya tienen a Renau en la recámara como mi sustituto. Esto se va a llenar de artistas y bohemios que creen que pueden ser gestores. Así que... solo queda usted.

—¿Solo quedo yo? —preguntó extrañado Barroso mientras se subía las gafas de nuevo, con esa cara de acabar de llegar a un sitio y no saber qué está ocurriendo.

—Para proteger el arte. —El director le pasaba la pelota a él—. Para desarrollar el verdadero cometido de esta dirección general. El resto va a ser simple propaganda.

Ricardo de Orueta no se equivocó lo más mínimo en sus predicciones. Largo Caballero fue nombrado presidente del Gobierno, y se produjo una cascada de

ceses y sustituciones en ministerios y direcciones generales. Josep Renau, cartelista, ocupó su lugar, y destacados miembros intelectuales de izquierdas como Rafael Alberti, María Teresa León o Timoteo Pérez Rubio entraron a formar parte de la Junta de Incautación. Incluso Pablo Picasso sería nombrado director del Museo del Prado, lugar que ni siquiera pisó durante el tiempo que ocupó el cargo.

Barroso, desde ese puesto en el que podía contemplar y vigilar todos esos movimientos, pensaba en lo certero que había sido aquel diagnóstico de Orueta. Pura propaganda. Llamar la atención de la comunidad internacional ante la situación que se vivía en España y denunciar, con toda la razón del mundo, eso sí, que el bando nacional había llevado al país al borde del abismo. Para que la historia no juzgara a la Dirección General de Bellas Artes, Renau ya se encargó de hacer saber de quién era la culpa si algo ocurría con las obras del Museo del Prado. No dejaba de ser una hábil maniobra, reconocía Barroso.

—¿Bebiendo a estas horas? No me dejas otra opción que acompañarte. — Félix Santurce hizo una señal al camarero para que trajera otras dos copas de brandi.

—Si tuvieras el lío que llevo entre manos, ya desayunarías con esto. — Barroso señaló su copa, casi vacía—. Este país ha perdido el norte.

El camarero se acercó a la mesa y dejó las dos copas mientras Félix se sentaba frente al funcionario. Cruzó sus piernas, una sobre otra, y sacó su pitillera. Barroso miraba la tranquilidad con que se desenvolvía su antiguo compañero, y se sorprendía de cómo mantenía la calma mientras nadaba en aguas revueltas. Muchos favores le deberían, pensó. Unos y otros, por eso estaba cubierto.

Barroso había preferido que no se vieran en el ministerio. Todavía no conocía a fondo a los nuevos cargos, y no sabía de qué pie cojeaba Renau. Si quería continuar ejerciendo control en la distancia sobre la Junta de Incautación, mejor pasar desapercibido. Llevar a Félix al ministerio para reunirse con él sería como hacer señales luminosas sobre su despacho.

Santurce tomó su copa de brandi y comenzó a darle vueltas al licor mirando con media sonrisa al funcionario.

—Estás inquieto. —No era una pregunta.

—Joder, como para no estarlo. Cualquier día tenemos a estos cabrones a las puertas de Madrid.

—Tranquilo, se van para Toledo —dijo Santurce.

—¿A Toledo? —se extrañó Barroso—. Si tienen el camino despejado hasta aquí.

—Sí. —Extremadura ya era zona nacional—. Pero Franco ha decidido que antes de atacar Madrid va a liberar el alcázar.

—¿Para qué? —No encontraba explicación el funcionario a esa maniobra.

—¿Para qué se ha nombrado a Picasso director del Prado? —Barroso entendió a Félix y asintió. Pura propaganda—. Pues eso.

—Nos da un poco más de tiempo para que la junta se organice mejor —confesó Barroso mientras subía sus gafas.

—El tiempo siempre es un recurso útil... si se sabe para qué. —Félix, como de costumbre, hablaba dejando patente que tenía más información que su interlocutor. Cuestión de medir fuerzas.

—No te hagas el interesante, anda. Dispara.

—En cuanto Franco tome Toledo y esté a las puertas de Madrid, el Gobierno se irá.

A Roberto Barroso nunca dejaba de sorprenderle la información que Félix conseguía reunir. De unos y otros. Prefería no saberlo; a saber los secretos personales y las pruebas que guardaría en algún lugar para sentirse tan seguro. Pero tenía que reconocer que Santurce era un activo muy útil, y era una suerte que él fuera su confidente.

—¿Y adónde van a ir?

—¿Dónde está más lejos la guerra ahora mismo? —Cuando Félix respondía con una pregunta, hacía ver que la respuesta era tan evidente que si su interlocutor no la sabía, es que era tonto.

—Lejos de la guerra, una ciudad grande y bien comunicada... —Barroso pensaba en voz alta—. Valencia. —Tampoco fue una pregunta.

Una sonrisa asintiendo con la cabeza mientras sostenía el cigarrillo humeante fue la respuesta de Félix.

—¿Cuándo? —Viniendo de Félix, el funcionario lo daba como un hecho.

—Calcula... —Félix lo puso a prueba de nuevo—. Liberar Toledo y marchar hasta aquí.

—Finales de octubre o principios de noviembre.

—Ahí lo tienes.

—Joder... —Barroso se pasó la mano por la frente, llevándose con ella unas gotas de sudor—. ¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

—Que cada palo aguante su vela. Preocúpate de lo tuyo, que ya tienes bastante.

Barroso pensaba en las palabras de Orueta, apenas un par de semanas atrás. Todo lo que había predicho se había cumplido. El Gobierno, después de asegurar que todo el mundo sabría de quién era la culpa si se perdían los cuadros del Prado, huía a Valencia. Se lavaba las manos con ese tema, pero le dejaban el problema a él. Bueno, realmente se lo dejaban a la Junta de Incautación, pero Barroso pensaba que eso era como dejar que un niño dirigiera una fábrica.

—¿Qué es lo mío, Félix? Ya no lo sé.

—Sí lo sabes, amigo. Solo has de pensar por una vez en ti mismo. —Santurce lo dijo como si fuera algo evidente—. No dejes que algo te persiga para siempre.

—La junta que haga lo que quiera con todo lo incautado. Con preocuparme de los cuadros del Prado tengo bastante.

—¿Ves como sí lo sabes?

—Pero ya me puedo preocupar, que, si el museo se bombardea, como dijiste, habré fracasado.

—Pásale la mierda al Gobierno —dijo Félix.

—No te sigo. —Barroso miró a su amigo, sabiendo que iba a darle un plan.

—Todos esos políticos se irán, dejando atrás todos los problemas que van a tener en Madrid. Al menos, haz que esos cuadros sigan siendo su problema.

—¿Cómo?

—Piensa un poco.

—El Gobierno cambia de lugar, la capital de la República será otra ciudad. —El funcionario hacía constar lo evidente.

—Si se mueve un Gobierno, con todo el despliegue que pueda conllevar, cualquier cosa puede moverse, amigo.

—¿Incluso unos cuadros?

—Incluso unos cuadros. Seguirían siendo su problema, y eso es lo que necesitas.

—¿Incluso *esos* cuadros? —A Barroso parecía costarle imaginar esa posibilidad.

—Especialmente *esos* cuadros.

El funcionario perdió la vista por el salón. Mientras miraba al resto de las mesas, ajenas a su conversación, su cerebro trabajaba para encajar los engranajes.

—Puedo proponer que las obras más importantes del Prado viajen a Valencia —dijo Barroso tras un par de minutos. Se acercó a Félix y le habló

en voz baja—. Creo que es positivo que el presidente del Gobierno y los ministros sigan custodiando el tesoro nacional.

Santurce descruzó las piernas y asintió a su amigo. A Barroso le daba confianza la aprobación implícita que Santurce le daba. Además, tenía sentido. Si la propaganda era un arma, sacar los cuadros para que fueran a Valencia era una señal de socorro hacia los países que, hasta el momento, habían vuelto la cara a la guerra española. ¿Qué Gobierno se atrevería a hacer algo así si no existiera un peligro evidente? ¿Y qué clase de golpistas se atrevían a amenazar un patrimonio de la humanidad?

—Podría proponer sacar los cuadros del Prado... —Barroso hablaba para sí mismo.

—No te embales, Roberto. Solo los más importantes —reflexionó Félix—. Es imposible mover todas las obras de allí. Y tienes que vendérselo a Renau.

—Renau... —El funcionario se rascó la barbilla, en un gesto de reflexión—. Sería más fácil convencerle si hubiera una amenaza evidente, no solo una sospecha. Si hubiera un aviso, o un peligro cercano, la decisión sería más rápida.

—Ya te dije que está en los planes de los nacionales. ¿Qué más necesitas? ¿Un bombardeo en los alrededores del museo? —propuso Félix.

—Eso sería ideal. Pero no me veo convenciendo a los nacionales para que hagan un bombardeo de aviso cerca del Prado.

Félix Santurce se recostó en la silla y sonrió tras apurar su copa de brandi.

—¿Y para qué tienes a tu amigo Santurce? —dijo, señalándose a sí mismo y guiñando un ojo.

—El comerciante de naranjas —resopló Barroso con ironía.

—Una última cosa... —el empresario bajó la voz y se acercó al funcionario—, ¿no crees que te estás jugando mucho con todo esto sin que se te reconozca?

—Se me reconoce, soy la mano derecha del director general.

—Roberto... —Santurce sonrió—, me refiero a otro tipo de reconocimiento.

Josep Renau había hecho cambios en el despacho que había pertenecido a Orueta. «Demasiado elitista», dijo cuando entró por primera vez en él. Valenciano, de apenas treinta años, había ido escalando posiciones en el partido comunista, al que se afilió desde muy joven. Con formación artística

en la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, en Valencia, sus obras abarcaban desde la litografía a los murales. Pero si algo le había hecho ser reconocido era su faceta de cartelista para la propaganda del Gobierno republicano. Sus carteles circulaban por toda España, animando al pueblo a defender al legítimo Gobierno y resistir ante los golpistas. Varias copias de esos carteles sustituían en el despacho a los cuadros y esculturas que tenía su predecesor.

En reuniones anteriores, Barroso había descubierto en Renau a un verdadero amante del arte y un leal servidor de la República. Esos habían sido sus méritos para ocupar la dirección general. Un gestor inexperto. Pero esa inexperiencia no le hacía ser tonto, por lo que valoraba el plan que Barroso le estaba proponiendo.

—Picasso, como director, avalará lo que desde aquí se proponga —dijo Renau tras toda la explicación que le había dado Barroso de la idea que tenía para proteger las obras del museo.

—Es un punto a favor. Francia, por fin, empezará a mirar hacia aquí —apuntó Barroso.

—Pero hay dos puntos clave en toda su idea... —Renau pensaba mientras pasaba su mano por una incipiente barba—. El traslado y el almacenamiento en Valencia.

—Tenemos tiempo para trabajar en ello, pero poco. Permítame que hable con la Junta de Incautación para que planifiquen ese hipotético traslado...

—Claro —recalcó Renau—, todo supeditado a una eventual salida de Madrid del presidente del Gobierno.

—Por supuesto, si no se produjera, no sería necesaria la evacuación de los cuadros. —Barroso seguía la corriente al nuevo director. Gracias a Santurce, en ese tema llevaba la delantera.

—¿Y en cuanto al almacenamiento? —preguntó Renau—. Habría que buscar el museo adecuado en Valencia. O la propia Real Academia de Bellas Artes.

—Permítame decirle, señor director, que es un asunto delicado. —El funcionario carraspeó para aclarar su garganta—. Si sacamos los cuadros de Madrid porque peligran en el Prado, es porque pensamos que Franco no tiene ningún escrúpulo para bombardear un museo. Por ello, no almacenemos en otro museo.

—¿En qué piensa, Barroso?

—Lugares que el bando nacional se plantee dos veces bombardear. Déjeme que mande a alguien a Valencia y que busque posibles ubicaciones.

—Podríamos mandar a un técnico de conservación del Prado.

—Señor, tenemos que mandar a alguien que encuentre los lugares adecuados y diseñe las reformas necesarias para conservar las obras de arte que llegarían a Valencia. —Barroso llevaba a Renau a su terreno—. Un arquitecto.

—Tiene sentido —reconoció el director—. Pero no se me ocurre a nadie.

—Déjelo en mis manos. —Barroso ya dominaba aquella reunión. Parecía que iba aprendiendo de Félix—. Mandaremos a José Lino Vaamonde.



*Valencia, diciembre de 1980*

El piso que le habían prestado no se le antojaba el mejor lugar donde trabajar, y a Fernando tampoco le apetecía que en la redacción husmearan en qué tema andaba metido. Encontró un agradable café en Ángel Guimerá y entró en él para dar la primera leída a la carpeta que le había entregado Fonfría. Resultó que hacían un excelente capuchino, y que la joven que atendía era amable y discreta.

Félix Santurce. La carpeta comenzaba con la copia de una foto, hecha en estudio: «Peris Monzó, 1934». Eso rezaba el cuño que, apenas visible por la mala calidad de la copia, había en la parte inferior izquierda de la imagen. Por la fecha de nacimiento que encontró en otra hoja, el Félix de la fotografía tenía cuarenta y tres años. Apoyaba el pie derecho en el asiento de una silla, y descargaba su cuerpo sobre la rodilla que tenía levantada. Traje oscuro, camisa blanca, cabello engominado con raya al lado y un fino bigote. La sonrisa era de seguridad; la pose, de un hombre satisfecho de sí mismo. Sin saber que, apenas tres años después, estaría muerto.

Había una fotocopia de una carta, escrita a máquina, pero firmada a mano, con fecha de octubre de 1980, apenas un par de meses atrás.

*Estimado señor Fonfría,*

*Tras nuestra conversación telefónica, le remito los documentos que he podido reunir referentes a mi tío.*

*En el ayuntamiento de Alzira he dado con su partida de nacimiento, y en las viejas cajas de mi madre he encontrado algunas fotografías que también le adjunto.*

*También alguna factura de sus actividades empresariales. Pero poco más tengo en mi poder. Apenas recuerdo a mi tío, yo era un niño cuando murió. Pero le agradezco mucho su apoyo al homenaje que el ayuntamiento de Valencia quiere hacerle. Será un honor para mi familia acudir a los actos que se tenga previsto realizar.*

*No dude en contactar conmigo para cualquier cosa.*

*Enrique Santurce*

*Alzira, 24 de octubre de 1980*

*Alzira, a 21 de octubre de 1980*

En la carta venía también el teléfono del tal Enrique Santurce. Un familiar vivo. Decidió que sería el primer hilo del que tirar; por pocos datos que pudiera darle ese hombre, incluir en el texto alguna anécdota de familia ayudaría a humanizar a Félix Santurce.

Un clip sujetaba un folio con una pequeña biografía de Santurce y unas cuantas fotos. Fernando leyó por encima aquella descripción del empresario valenciano.

Nacido en Alzira, hizo carrera como comerciante de naranjas y extendió esas labores de intermediación a muchos otros productos. Parecía que Santurce no solo comerciaba con fruta. El texto daba a entender que, una vez creada una red comercial y de distribución, amplió su cartera a azulejos, textiles y calzado. Un importante hombre de negocios en los años treinta, quien, a juzgar por las fotos, debió de hacerse rico con su trabajo.

En una de las imágenes aparecía de pie junto a un elegante coche descapotable, con un chófer sentado al volante. En otra vestía de esmoquin junto a una bella mujer con traje de noche.

Pero lo que llamó la atención a Fernando fueron las fotografías en las que parecía estar con clientes o proveedores; en un campo de naranjas, rodeado por cientos de cajones donde guardar la fruta; en una cena de negocios o firmando lo que podría ser un contrato en el despacho de otro empresario. Pero, y eso era lo más curioso, en varias de esas fotos aparecía con hombres que vestían el uniforme del ejército español. Un capitán en una, un teniente coronel en otra, incluso un general. Las fotos no estaban fechadas, pero, por la apariencia de Félix, debían de ser de la época de la foto de estudio que tenía fecha de 1934.

Habiendo pasado a la historia como un mártir de la causa republicana, a Fernando le resultaron extrañas las fotos con militares. Aunque, volviendo a mirar esa foto de estudio, Félix Santurce tenía pinta de ser de esos hombres que hacen amigos hasta en el infierno.

Fernando miró el reloj. Las siete de la tarde. Decidió que era una hora donde ya no parecía demasiado indecoroso tomar una copa, y pidió a la camarera una ginebra con tónica. Si quería dormir unas horas, tenía que empezar a nublar sus sentidos para que la culpa no se apoderara de él durante la noche. Y le parecía menos triste beber mientras veía a otras personas que en la soledad del piso donde estaba instalado.

Un pequeño recorte de *ABC* informaba de la muerte de Santurce. 30 de octubre de 1937. Era breve; tan solo decía que Santurce había sido detenido

en Berlín, acusado por las autoridades alemanas de traición y conspiración. Y que, en un revuelo causado en esa detención, un tiroteo había acabado con su vida.

Ese recorte debía de ser muy prematuro, porque nuevas informaciones habían salido a la luz días después, publicadas por otros diarios. Otro recorte, de *El Heraldo Nacional*, diario afín a la Falange, con fecha de 14 de diciembre de 1937, reproducía un comunicado del bando nacional:

Tras solicitar información al Gobierno alemán sobre la muerte del señor Félix Santurce en Berlín el pasado octubre, nos ha sido remitido un informe en el que se señala que el señor Santurce pretendió introducir en Alemania un cargamento de mercancía que no tenía permiso para su comercio en el país germano. Fue detenido el 25 de octubre en Berlín con sus cómplices, empresarios judíos desleales al Gobierno de aquel país, acusado de traición y contrabando. En una refriega, tratando de escapar, resultó herido de muerte por un disparo de las autoridades alemanas.

Agradecemos las aclaraciones de nuestro país amigo y hemos ofrecido nuestras disculpas por los deleznable actos de un ciudadano español dentro de sus fronteras.

Firmado:

General Rafael Gallardo, ejército nacional.

Con la perspectiva que dan los más de cuarenta años que habían pasado desde aquel hecho, Fernando no se tragaba ni una palabra de ese comunicado. Flores a Alemania, referencias a judíos y ofrecimiento de disculpas. La maquinaria habitual de aquellos tiempos. Y de otros no tan lejanos, pensó. Le resultaba difícil imaginar al hombre que apoyaba su pierna en una silla y sonreía a la cámara, intentando escapar como un ratero al que han pillado con las manos en la masa.

Ese comunicado, firmado por el general Rafael Gallardo, era en sí mismo una prueba definitiva de que Santurce había sido un mártir de la República. El propio Gobierno republicano contestaba desde las páginas de *Ecos del Pueblo*, en otro recorte que había en la carpeta, con fecha de 21 de diciembre de 1937:

Comunicado oficial del legítimo Gobierno de España:

Ante los bulos difundidos por las fuerzas revolucionarias del general Franco y sus secuaces sobre la muerte en Berlín del ciudadano

español don Félix Santurce, el Gobierno de España quiere aclarar:

1. Que don Félix Santurce siempre fue un fiel y leal colaborador de España y su legítimo Gobierno elegido en urnas.

2. Que el señor Santurce se encontraba en Berlín en misión diplomática, enviado por el Gobierno, para negociar la neutralidad de Alemania en la penosa guerra que sufre nuestro país.

3. El propio representante del Gobierno alemán, el general Jürgen von Schimmer, fue quien dio la orden en persona, el día 25 de octubre, de ejecutar al señor Félix Santurce, sin que conozcamos los motivos exactos. La única razón que acertamos a imaginar es que el señor Santurce representaba a un Gobierno que es despreciado por Alemania, quien tiene interés en que los enemigos de la nación gobiernen España.

El Gobierno en pleno quiere dar el pésame a los familiares del difunto, y transmitirles el orgullo de que personas como él defiendan los intereses de España por encima de su propia vida.

Firmado:

Juan Negrín

Presidente del Gobierno de España

La historia oficial. Aquella que todo el mundo conocía, o al menos le sonaba, sobre la elevación a los altares de la santidad de Félix Santurce. También llena de palabrería y propaganda, lo propio de aquella época, pero con el peso de ser una declaración oficial de un Gobierno. En crisis, pero Gobierno al fin y al cabo. Fernando tiró de memoria: cuando Valencia fue capital de la República, el presidente era Largo Caballero. Y en mayo del treinta y siete dejó su cargo, dando paso a Juan Negrín. Unos meses después, el Gobierno dejó Valencia para ir a Barcelona. Y de allí, al exilio.

A Fernando le parecía mentira que todo aquello hubiera pasado apenas cuatro años antes de nacer él. Tan cerca y tan lejano a la vez. Sentía estar leyendo unas crónicas de otro tiempo, de otra vida, donde en España se fue capaz de matar a vecinos, y después tratar de continuar como si nada hubiera pasado. Hasta hacía cuatro días, como quien dice. Cuatro días que él había vivido en la primera línea del periodismo: muerte de Franco, nueva Constitución, elecciones democráticas y, en ese momento, un Suárez que había conseguido barrer un poco y esconder la suciedad bajo la alfombra, para que el país saliera adelante como pudiera.

Fernando se recostó en la silla cuando la camarera le trajo el segundo *gin-tonic*. Tenía delante de él aquel pequeño esbozo de la vida de Félix Santurce.

Las fotografías y el carisma que transmitía Santurce en ellas no le hacían parecer el clásico comerciante de naranjas valenciano. No era un hombre de campo, un hombre pegado a la tierra, como él imaginaba que debía ser un hombre con aquella profesión. Era un hombre de negocios. Chófer, un aparente alto tren de vida, el Gobierno, Berlín...

Demasiados interrogantes. Y, aunque en horas bajas, Fernando seguía siendo periodista. De esos de los que sienten el zumbido en la oreja cuando las cosas no encajan.

A la tercera copa —debía haber pensado en ello antes—, sus sentidos estaban lo suficientemente nublados como para tomar decisiones equivocadas. Rebuscó varias monedas en su bolsillo y, con la ginebra en su mano, se acercó al rincón donde estaba el teléfono público del local. Menos intimidad que en una cabina, pero tampoco había clientes demasiado cerca como para escucharle.

Marta detectó a la segunda frase que Fernando estaba bebido. Siempre que sonaba el teléfono en la casa que habían compartido, ella dudaba si cogerlo o no. Por si era él. Ya estaba todo dicho, todo hablado. Esa vida había terminado, y no se puede construir sobre las cenizas de un volcán. O sobre el agua y el barro que deja una riada.

—Marta, se acerca Navidad... Quizá sea un buen momento para hablar.

—No hay nada de que hablar, eso es lo que no entiendes.

—No, lo que no entiendo... —El propio Fernando se dio cuenta de que había elevado la voz y varios clientes se habían girado hacia el rincón—. Lo que no entiendo es por qué nos ha tenido que afectar así.

—Fernando, nada es igual cuando te pasa algo así. Yo no puedo continuar, no puedo verte ni estar cerca de ti. Es demasiado doloroso. —Ella se quebró al hablar, pero intentó mantener la compostura.

—¿Y para mí no lo es? ¿Crees que a mí no me duele? —Esta vez le dio igual que le miraran—. Yo me quiero morir cada día. Y tu decisión me hace sentir culpable de algo que no soy.

—Nadie es culpable, pero nada es lo mismo. Jamás voy a olvidar, pero este dolor que siento no se va a curar nunca si estoy al lado de tu propio dolor.

—Eres una hija de puta... —Las tres ginebras cobraban vida propia en boca de Fernando.

—No vuelvas a llamar, por favor. —Marta colgó el teléfono, dando por concluida la conversación. Y su vida en común.

A la mañana siguiente, camino del trabajo, tuvo que parar en la farmacia a comprar analgésicos. Tras la conversación con Marta todavía tomó otra copa en aquella cafetería y, al subir al piso de la anciana, acabó con lo que le quedaba en la nevera: tres cervezas y media botella de vino. Tenía una resaca importante, que quiso disimular en cuanto vio a Salva en la barra del bar de Toni, tomando café antes de subir a la redacción. Apenas había clientes, y el silencio del local solo lo rompía el chirrido de la cafetera y *La chica de ayer* sonando en la radio. Maldita canción.

—Mala noche, ¿no?

—No he dormido mucho —dijo Fernando, quitándose las gafas de sol.

—Vaya, esos ojos no son solo de falta de sueño.

—Pues eso... —refunfuñó mientras se sentaba al lado de su amigo.

—¿Estás con lo que te pasó Fonfría? —preguntó Salva.

—¿Lo sabes?

—Menuda mierda de jefe de redacción sería si no sé en qué está trabajando mi equipo. —Sonrió su amigo mientras daba un sorbo a su café con leche—. Me lo dijo el jefe ayer.

—Pues ahí ando.

—Hazlo como tú sabes, ya te dijo para lo que era.

—Sí, vaselina... —Fernando le hizo ver que estaba puesto al día.

—Un trabajo rápido y limpio. Y estarás rehabilitado a ojos del viejo —fue el consejo del jefe de redacción.

—El caso es que...

—No jodas, Fernando... —Salva vislumbró una de aquellas grietas por las que solía transitar su amigo—. A ver, ¿qué cojones pasa?

—La historia de Santurce. Es extraña, algo huele raro.

—No hay nada raro. Es un homenaje del ayuntamiento. —Salva no comprendía lo que quería decir Fernando—. Se le da un poco de lustre, lo normal. Lo has hecho otras veces.

—¿Qué hacía ese tipo en Berlín? —Fernando hablaba sin mirar a su amigo, no le apetecía que le dijera que la resaca nublaba su juicio.

—Ya lo sabes, lo sabemos todos. Negociar la retirada del apoyo de Alemania a Franco.

—¿Un empresario? —Esta vez, Fernando sí que se giró hacia Salva—. Vamos, no me jodas, Salva. Félix Santurce no era un santo.

—¿A qué te refieres?

—Somos periodistas, detectamos el olor de ese tipo de cosas. —Hizo un gesto de que era algo evidente—. Solo, sin nadie del Gobierno, sin un

representante oficial...

—A saber qué pasó en aquellos años. El Gobierno le envió a él, sus razones tendrían.

Fernando negó con la cabeza. No se tragaba todo aquello.

—¿Qué tal Marta? —Salva cambió de tercio.

—No quiere verme. Ni siquiera quiere hablar conmigo.

—Es muy duro todo lo que habéis pasado. —Salva puso la mano en el hombro de Fernando—. No quiero ni imaginarlo.

—Pero lo pasamos juntos. Podríamos superarlo juntos.

—Es que no sé si algo así se supera.

—Pues lo lloramos juntos —sentenció Fernando.

—¿Has pensado que quizá sea lo mejor? —Salva bajó el tono, para pronunciar esas palabras en un tono más confidencial—. A ella le va a costar mucho pasar página. Y a ti más. Quizá es revolcaros uno en el dolor del otro.

—Es como si ella fuera la más afectada, la que más jodida está.

—Fernando... —El jefe de redacción hizo un pequeño silencio, quería elegir las palabras adecuadas—. Es una madre que ha perdido un hijo. Te mira a ti y lo ve a él. Dale tiempo.

Fernando dejó un billete de cien pesetas en la barra, suficiente para los dos cafés, y se levantó del taburete. Había dado la conversación por terminada.

—Amigo... —Salva le cogió del brazo mientras se iba—. No la cagues con lo de Santurce, por favor. —Y Fernando vio preocupación en los ojos de su antiguo compañero de facultad.

Enrique Santurce resultó ser un tipo afable al teléfono. Satisfecho de que un periodista le hubiera llamado, mostraba predisposición a colaborar en todo lo referente al homenaje a su tío.

—Apenas lo recuerdo. En el treinta y siete yo tendría... tres, cuatro años. Todo lo que sé de él es por mi madre, que le ayudaba a temporadas en su oficina.

—¿A temporadas? —preguntó Fernando, que sujetaba el auricular entre la oreja y el hombro, con el cuello en un ángulo imposible, mientras tomaba notas. Se había tomado dos aspirinas, pero aquella resaca seguía pidiendo posición horizontal.

—Aquí en Alzira, en la nave que tenía mi abuelo. Mi madre era la administrativa y, a veces, el tío Félix necesitaba de ella.

—¿Qué veces?

—Sobre todo cuando se acercaba Navidad, decía mi madre. Se enviaba una cesta a los clientes más importantes, y ella se encargaba de esas cosas.

—Un regalo de Navidad... —afirmaba Fernando—. Para agradecerles la confianza en su trabajo.

—Sí, para tenerlos contentos, ya sabe. Recibir una cesta te hace sentir importante, ¿no?

—Y tanto. —Fernando quería seguir dando carrete a aquel hombre—. ¿Le dijo su madre a qué clientes se les enviaba?

—Yo no sé a quién se enviaban, pero ella siempre repetía que el tío Félix era el hombre más listo que había conocido. Sus regalos llegaban a ministerios y a cuarteles.

—¿Quiere decir que trabajaba con ambos bandos?

—Pues supongo. Los negocios son los negocios.

—Sí, pero él era colaborador de la República.

—No sé qué decirle, yo era muy pequeño.

—Pero resulta curioso que alguien se moviera con esa destreza en aquellas aguas.

—Las zonas ocupadas por los nacionales también pasarían hambre, digo yo. —Enrique lanzaba una suposición, captó Fernando—. Allí también había españoles que dependían del Gobierno. Mi tío solo hacía su trabajo.

—Pues también tiene razón. —Fernando le dio más carrete—. ¿Su madre recordaba algún cliente en especial?

—Nunca me habló de ello. Pero sí de que le decía al tío que algún día acabaría mal. Tratar de contentar a todos suele ser el mejor camino al desastre.

—¿Por qué cree que el Gobierno le envió a él para negociar en Berlín?

—Vaya usted a saber. Mi tío era un hombre de mundo, con idiomas. Quizá fue por eso.

—¿Pero no le parece curioso que se envíe a un civil a tratar un asunto de Estado?

—Pero es que, en aquel momento, no había Estado... —razonó Enrique Santurce—. Mi tío se movería bien entre fronteras y militares, y alguien decidió que era la persona adecuada. Alguien que no se atrevía a ir por su cuenta, claro.

—Su tío debió de ser una persona excepcional, un adelantado a su tiempo. —«Vaselina», había dicho Fonfría.

—Desde luego, un gran hombre.



—Esas fotografías que nos envió... ¿Tiene más?

—Las encontré en el altillo de la vieja casa de mi madre. Un par de cajas de papeles de mi tío sí que hay.

—¿Podría acercarme algún día a Alzira para verlas? —Fernando tenía la curiosidad disparada y había encontrado un posible filón.

—Claro, hombre. Pero llámeme el día anterior, para que las baje.

—Señor Santurce, ha sido un placer hablar con usted. Y enhorabuena por el merecido homenaje a su tío. —Así es como hay que dejar una puerta abierta, tal y como había aprendido en sus años de oficio.

Quizá Fernando estaba en el peor momento de su vida: su único hijo había fallecido, su mujer se divorciaba de él y vivía solo en un tenebroso piso. Pero no había perdido ni un gramo de su olfato periodístico: en la historia de Santurce había detalles que no cuadraban; nadie suele ser tan bueno y tan listo al mismo tiempo. Y él no solía equivocarse con esas cosas.

*Oviedo, septiembre de 1936*

Gallardo sentía el estómago pesado. Conocía bien las reacciones de su cuerpo, y procuraba hacer una cena muy ligera para poder descansar. Pero desde hacía un tiempo, sus digestiones se habían propuesto hacerle pasar malos ratos.

Disolvió dos cucharadas de bicarbonato en el vaso de agua y, mientras lo removía, se sentó a la mesa de su despacho. No encendió la lámpara que tenía en el techo; para lo que quería hacer le bastaba con la pequeña lámpara que alumbraba su escritorio.

Acuartelados en Oviedo, el general Gallardo y sus hombres esperaban instrucciones del alto mando. El alzamiento había tomado fuerza, y el sudoeste de la Península ya estaba bajo control nacional. Las tropas marchaban hacia Madrid, con el objetivo de una toma rápida de la capital. Si caía pronto en sus manos, el conflicto podría no alcanzar el norte de España y su unidad ni siquiera llegar a intervenir. Pero, ahí la paradoja, para él sería una horrible noticia. Su plan necesitaba que Madrid resistiera la embestida y el conflicto se enquistara. Esa resistencia de la República sería lo que alargaría la guerra y se hiciera necesaria la intervención de Alemania. Y cuando los aviones de la Legión Cóndor sobrevolaran suelo español, sería cuando su trabajo cobraría todo el brillo que se merecía.

En aquellos momentos, Gallardo era uno de los hombres fuertes del ejército sublevado, gracias al acuerdo alcanzado con Von Schimmer. Franco le consideraba una pieza clave en el engranaje nacional debido a ese éxito, pero sería fácil que cayera en el olvido si la guerra acababa pronto y no fuera necesaria la ayuda alemana.

Pero no solo eso era la causa de sus malas digestiones. El pago de las contraprestaciones que había prometido a Von Schimmer iba a ser una operación delicada. Apenas le quedaban dos meses para la entrega de la colección de monedas del Museo Arqueológico y, si no cumplía, todo saltaría por los aires. Era consciente del riesgo que estaba asumiendo por su extralimitación; si Franco descubría el pastel, acabaría en un paredón, convirtiendo su ambición en deshonor. Pero si su plan salía tal y como estaba diseñado, la recompensa podría ser enorme.

Quería que su nombre quedara grabado en la historia de España, que las generaciones venideras le recordaran como una de las figuras clave del resurgir de la nación. Esa nueva España que nacería tras la victoria, para volver a convertirse en ese país que una vez fue admirado en el mundo entero. Sí, los riesgos que estaba corriendo valían la pena.

Se bebió en dos tragos el agua con bicarbonato, deseando que hiciera efecto cuanto antes. Le esperaba una mala noche si no conseguía quitarse esa sensación de llevar un cargamento de piedras en el estómago. Tomó pluma y papel del cajón de su escritorio y se dispuso a escribir bajo la luz de la pequeña bombilla.

Le costó tiempo redactar las dos cartas. Eran tantos los detalles de la operación del Museo Arqueológico que quiso explicarlos en orden y con precisión. El momento, los actores, el protocolo a seguir y la gestión de la entrega. Cualquier fallo, por pequeño que fuera, daría al traste con todo.

Para el Durero y *Las meninas* tenía más tiempo, no se había comprometido a un plazo de entrega. No podía entrar al Prado a por los cuadros, sino que alguien tendría que sacarlos de allí de forma voluntaria. Von Schimmer lo encontró comprensible: un buen puchero lleva horas de cocción. Pero Gallardo sabía que, si el acuerdo con Alemania era su pasaporte a la entrada en el futuro Gobierno de España, la entrega de *Las meninas* y el Durero eran la ofrenda de Von Schimmer a Hitler para su acceso al Olimpo. Así que el elegante general alemán sería paciente con el trabajo de Gallardo. Más le valía.

Releyó ambas cartas varias veces, hasta que quedó satisfecho de sus órdenes. Y de que no cabía ningún lugar a la duda. No las firmó, ni utilizó los sobres con el membrete de su unidad que usaba en los comunicados oficiales.

—¡Cabo! —alzó la voz desde su escritorio. Oyó cómo aquel se levantaba de la mesa que había a escasos metros de su despacho.

—¿Señor? —El cabo de guardia se cuadró al entrar, frente a la mesa del general. El haz de la pequeña bombilla iluminaba a Gallardo, pero dejaba al soldado en una casi completa oscuridad.

—Necesito que dé curso a estas dos cartas.

El soldado recorrió los dos metros que le separaban de la mesa del general y su figura tomó forma bajo la pequeña luz. Cogió las misivas y miró ambos sobres durante unos segundos.

—Señor, una de las cartas sí lleva el destinatario. Será difícil, pero cuente con ello.

—Confío en usted —respondió Gallardo con tranquilidad.

—Pero, señor..., el otro sobre... —el soldado hizo una pequeña pausa, hablando casi con temor—, está en blanco.

Gallardo notaba cómo el bicarbonato iba haciendo su efecto. Sentía la acidez a lo largo de su tráquea y, con la palma de la mano, apagó un gas que salió por su boca.

—Esa otra carta, cabo... —el general miró a su soldado, para comprobar que entendía bien lo que iba a decirle—, quiero que la intercepte el enemigo.

*Valencia, octubre de 1936*

—¡Ese americano está loco! —decía a voces y risas José Lino—. Le han echado del hotel por disparar un arma en la habitación.

—¿Un arma? —se sorprendió Alejandro.

—¡Practicaba su puntería con los floreros! —Lino se reía a carcajadas, intentando no derramar la cerveza del vaso que sostenía—. ¿Qué te parece?

—Pues que ese Hemingway se pone el mundo por montera.

—Y tanto. Le han recibido con los brazos abiertos en el Reina Victoria.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el joven.

—Me he cruzado con él este mediodía. Un tipo peculiar. —Lino trataba de contenerse para dar un trago—. En el Metropol respiraron aliviados cuando le vieron salir por la puerta. En el nuevo hotel durará una semana, hasta que haga otra de las suyas.

El resto de la gente que acababa el día en aquella taberna miraba a esa mesa, donde un hombre reía a grandes carcajadas con un chico que podría ser su hijo. El hombre, con traje de tres piezas, asomándole la cadena de un reloj del bolsillo del chaleco, y el chico, con ropa de trabajo, todavía con restos de suciedad de la jornada. Una extraña combinación, sobre todo por la camaradería que se percibía entre ellos. Una complicidad surgida en el escaso mes que llevaban trabajando juntos, y que se había forjado por el inesperado regalo que para Lino había sido encontrar a Alejandro.

José Lino pidió otra jarra de cerveza, y Alejandro miró el reloj que había tras la barra del local.

—No sabes lo solo que llega a sentirse uno cuando está lejos de casa —dijo Lino al ver el gesto del muchacho. Solo llevaban un mes trabajando juntos, pero había cogido verdadero aprecio a aquel chico—. Sé que debes irte a casa.

—Mi madre estará preocupada.

—Y tu padre ya me tiene bastante ojeriza como para que, encima, te retenga en una taberna.

—No diga eso, señor Lino.

—Ya, ya... —sonrió el arquitecto—. ¿La última? Quiero contarte algo.

Y Alejandro asintió con la cabeza mientras la camarera dejaba la jarra encima de la mesa.

### *Un mes antes*

César no estaba contento con cómo habían transcurrido las cosas. De estar él al mando de las obras, jamás hubiera aceptado. O eso decía. Pero es que tampoco había tenido frente a él al vicegobernador civil dándole órdenes.

Cuando José Lino llegó a Valencia, se presentó en la sede del Gobierno Civil, en la plaza del Temple. Le sorprendió, para bien, que ese precioso palacio, con su iglesia anexa, fuera el lugar que representaba a la República en la ciudad. La gran plaza en la que se encontraba, frente al cauce del Turia, daba aún mayor singularidad al conjunto.

Desde el despacho del gobernador se podía contemplar una amplia vista panorámica, que abarcaba el Museo de Bellas Artes, ubicado en el antiguo seminario San Pío V, los extensos jardines de Viveros y alguno de los edificios construidos durante la Exposición Regional de 1909, con el estilo neogótico que caracterizó aquel evento. Valencia era una preciosa ciudad de la que, desde aquella cristalera, José Lino podía apreciar buena parte de su extensión más allá del cauce del río.

Las órdenes eran claras, y el gobernador puso a su segundo a disposición del arquitecto venido desde la capital. Tenían que visitar lugares que pudieran albergar determinados bienes que quizá el Gobierno de Madrid quisiera enviar a Valencia. El gobernador no preguntó; sabía que, si en algo le afectaba la visita de Lino, ya se enteraría a su debido tiempo. En aquellos momentos, tenía problemas más importantes que atender, referentes al presidente del Gobierno.

Contreras, el vicegobernador, era un hombre de maneras bruscas. Lino se dio cuenta al verle tratar con prepotencia al personal que estaba a su cargo. Grueso, y siempre con un pañuelo en la mano para secarse el sudor, tenía unos andares torpes y lentos. Si tenía que recorrer la ciudad con aquel hombre, le esperaba un largo día, pensó.

—Me ayudaría saber qué es lo que quiere guardar —le dijo Contreras cuando estuvieron a solas.

—Por el momento, es información confidencial.

—¿Y qué necesita?

—Puertas grandes, espacios amplios que admitan un refuerzo estructural, gruesas paredes...

—¿Cómo de amplios? —preguntó Contreras con desagrado, haciendo ver que desaprobaba no conocer aquella información confidencial.

—Que se pueda montar una portería y jugar al fútbol allí dentro. —Lino no se iba a dejar amedrentar por aquel funcionario.

—No lo comprendo.

—No tiene que comprenderlo —sonrió Lino para limar asperezas—. Solo propóngame algunos lugares que cumplan esas características e iremos a visitarlos.

—Este mismo.

—¿Cómo dice? —En ese momento, quien no comprendía era el arquitecto.

—Sí, este edificio, la sede del Gobierno. —Al siempre jadeante funcionario le parecía algo evidente.

—Querido Contreras... —Lino buscó paciencia para responder al vicegobernador—. Si el Gobierno trae algo a Valencia, es para salvarlo de las bombas. Y le aseguro que, si las cosas se ponen feas, este edificio será de los primeros que se vengán abajo.

Contrariado por las órdenes de su jefe, Contreras comenzó a hacer memoria de lugares que cumplieran lo que José Lino pedía. Palacios, museos, hospitales, cuarteles. Lino los descartó todos; unos, por no poder interrumpir la actividad que allí se realizaba con unas reformas del calibre que necesitaba, y otros, por ser un evidente y posible objetivo militar en caso de bombardeo.

Harto de la pobre actitud del hombre que tenía que ayudarle, Lino propuso ir a dar un paseo. Le maravillaba que, en Valencia, en pleno mes de septiembre, hiciera un día más veraniego que en el agosto de su tierra, Orense. La luz era diferente en aquella ciudad, bañando los edificios y las calles de una claridad que parecía irreal. El aire, cálido, llenaba los pulmones en una relajante sensación. Y el ligero sonido del tráfico quedaba apagado por ese cauce que partía en dos la ciudad. Si el Gobierno tenía que salir de Madrid, él también elegiría Valencia con los ojos cerrados.

Dejando a su izquierda el puente del Real, que desembocaba en los grandes jardines que había visto desde el despacho del gobernador, llegaron a la plaza de Tetuán, donde Contreras le señaló el convento de Santo Domingo. Desde luego, por dimensiones era más que adecuado para lo que Lino buscaba, pero contaba con la desventaja de ser una edificación demasiado

expuesta. Y que, además, era la sede de la Capitanía General del ejército. Lo descartó de inmediato.

En ese paseo, en el que Contreras apenas podía seguir el ritmo del arquitecto, llegaron a los jardines del Parterre, desde los que arrancaban varias calles estrechas que llevaban hacia el centro de la ciudad. Lino se detuvo, estudiando la ubicación.

—¿Dónde muere este callejón? —preguntó.

—En el edificio de la universidad —respondió Contreras.

—Veámoslo. —Y, sin saberlo, José Lino se adentró en la calle de la Nave.

La ubicación le gustaba. Callejones estrechos, edificios bajos que se apoyaban unos contra otros y una casi total ausencia de vehículos. Al final de la calle, tal y como había dicho Contreras, estaba la sede de la Universidad de Valencia. Con varias puertas, que daban acceso al claustro central, era un hervidero de estudiantes y profesores que circulaban por el edificio.

—Me gusta... —Lino hablaba para sí mismo.

—¿Quiere que entremos a hablar con el rector?

—Pero no podríamos trabajar con tanta gente...

—Si me explicara lo que quiere de verdad, no iríamos andando por ahí perdiendo el tiempo. —A Contreras se le iba acabando la paciencia.

Mientras valoraba si podía cerrar alguno de los accesos al claustro y ocupar parte de este para la adecuación que necesitaba, oyó el inconfundible sonido de un martillo golpeando un cincel. Se giró para ver de dónde provenía el sonido. Una iglesia. Gruesos muros, amplias puertas de madera de doble hoja y ventanas de recias rejas.

—¿Qué iglesia es esta?

—El Patriarca.

—¿Está en obras?

—No lo sé... —dijo Contreras, alzando los hombros.

Lino accedió por la pequeña portezuela que daba paso a una sala desde donde se podía ingresar al claustro y a la propia iglesia. Un sacerdote colocaba la hoja parroquial en el tablón de anuncios.

—Perdone, padre..., ¿está la iglesia en obras?

—Esperemos que por poco tiempo. —El cura parecía cansado de tener que dar la misma explicación—. En breve estaremos dando misas y confesión.

—¿Cuál es su nombre, padre? —El cura se quedó mirando a aquella extraña pareja que se había presentado en su iglesia, y supo que no venían ni a comulgar ni a confesar pecados.



—Ambrosio. Padre Ambrosio..., a su servicio.

—Cuadros.

—¿Cuadros? —No era la respuesta que esperaba Alejandro.

—Unos muy... especiales. Vendrían desde Madrid.

—¿Y quiere guardarlos aquí? Esto es una iglesia. —No comprendía nada de lo que le estaba contando aquel hombre.

Contreras había decidido que si aquel arquitecto había encontrado un lugar que le parecía adecuado, y si creía que un joven imberbe era la persona idónea para ayudarlo, él ya podía volver a su trabajo. Nadie le diría que no había cumplido.

Lino tuvo un pálpito con Alejandro. Uno de los buenos. Tras revisar todo el entramado de andamios que había en la iglesia y el saneamiento que estaban realizando en el techo, tuvo la impresión de que ese chico, delgado y decidido, sabía lo que llevaba entre manos. El lugar era ideal: tenía todo lo que Lino necesitaba y, además, ya estaba cerrado al público por obras. Tendría que contratar a más albañiles para comenzar a construir el proyecto que llevaba en la cabeza.

—Las capillas, ¿podrías cerrarlas? —preguntó el veterano arquitecto.

—Solo sería levantar un muro para el frontal. —A Alejandro le pareció una intervención sencilla.

—Estanco. —Eso no era tan sencillo—. Habría que revestir las paredes. Y el techo.

—¿Por qué motivo?

—No queremos que se puedan derrumbar los muros sobre nuestros cuadros.

—Entonces, de hormigón.

Viendo que el joven podía serle de mucha ayuda, y tras despedirse Contreras, Lino propuso salir de allí para tomar un café y charlar a solas. La iglesia del Patriarca era perfecta, ahora hacía falta visualizar lo que pretendía hacer en ella.

—¿Un encofrado? —Lino estudiaba la idea del joven.

—Sellamos las juntas y por ahí no entra ni una hormiga.

—Habrá que hacer una puerta para entrar a esas cámaras.

—¿De qué tamaño?

—Pues... —Lino trató de hacerse a la idea del tamaño de alguno de los cuadros más grandes—. Tres metros de alto por dos de ancho.

—Imposible. No hay puerta así que deje la cámara estanca. —Alejandro dio su opinión sin temor—. ¿Por qué dos metros de ancho?

—Los cuadros vendrán en cajas. Un tamaño considerable. —Lino simuló abarcar con sus manos el espesor de una de esas cajas.

—Un metro es suficiente. —Sacó el lápiz y el pequeño cuaderno de notas—. Una puerta de un metro de ancho, en el extremo del frontal de hormigón. —Dibujó su idea—. Los cuadros se introducen y se van deslizando hacia el final de la cámara. Los almacenamos como fichas de dominó, una caja pegada a la otra.

—Sin holgura para movimientos.

—Sujetos con cinchas a las paredes. Nada los moverá.

—¿Ni siquiera una explosión? —Lino levantó una ceja al preguntar. Estaba empezando a dar información de verdad a aquel chico al que acababa de conocer.

—Si hablamos de explosiones... —Alejandro acabó su café—, tendremos que tomar otras medidas. Créame, sé de qué hablo.

—¿Tienes experiencia en explosiones? —Aquel chico era una caja de sorpresas.

—Señor Lino... —Alejandro se recostó relajado en su silla—, si quiere que le ayude como Dios manda, va a tener que contarme qué vamos a guardar ahí.

César montó en cólera cuando, esa misma noche, Alejandro le contó las novedades. El Gobierno, cuadros, reformas en la iglesia. Eso le venía demasiado grande al antiguo capataz de la cantera. Ellos eran unos simples albañiles, que bastante hacían tratando de devolver la normalidad a una iglesia que se caía a pedazos.

Pero Alejandro sentía que era una oportunidad, un reto donde poder demostrar todo lo que había aprendido estudiando y ayudando a la sombra de su padre. Además, si no lo hacían ellos, José Lino se encargaría de que otra cuadrilla lo hiciera. Y se llevara el dinero, claro. Las ganancias por ese trabajo podían proporcionar a la familia tranquilidad durante varios años. Con esa guerra que tomaba cuerpo en la otra punta del país, la incertidumbre se iba a apoderar de todo el mundo. Mejor hacerlo con un buen fajo de billetes en el bolsillo.

—Alejandro... —Empar, su madre, quiso poner un poco de cordura—. Dices que vas a colaborar con el Gobierno, quizá tengas razón y sea una

buena oportunidad, pero... —Le miró a los ojos—... ¿Y si ganan los otros?

—Seguirán estando agradecidos de nuestro trabajo —contestó con seguridad.

—No lo entiendo... —César apaciguó un poco su ira—. ¿Agradecidos? ¿Por qué?

—Padre... —Alejandro puso la mano sobre la pierna sana de César—, porque vamos a salvar los cuadros del Museo del Prado.

\*  
\* \*

—¿Qué quiere contarme? —preguntó Alejandro mientras rellenaba los dos vasos con la jarra de cerveza que la camarera acababa de llevarles. La última.

Lino dio un trago, tomándose su tiempo antes de contestar.

—No caben.

—¿Los cuadros? Con las medidas que me dijo no debería haber problemas.

—No me he explicado bien, hijo... —Lino dejó el vaso sobre la mesa y miró a los ojos del chico—. No caben *todos* los cuadros.

—Vaya... —Alejandro alzó las cejas, sorprendido por lo que acababa de soltar Lino—. ¿Cuántos van a traer?

—Quién sabe... —El veterano arquitecto se apretó el puente de la nariz mientras cerraba los ojos, en un gesto cansado—. Cuatrocientos, quinientos... Necesitamos otro lugar.

—Esos son muchos cuadros —dijo tras dar un pequeño silbido.

—Muchos... —constató el arquitecto.

—Conozco el lugar perfecto. —La espontaneidad de Alejandro sorprendió a Lino—. Sobre todo, si usted tiene mano para que nos lo cedan.

—¿De qué lugar se trata?

—Deje unas cuantas monedas en la mesa y sígame.

Si el andar de Lino era enérgico, el de Alejandro era explosivo. Le costaba seguir el ritmo del muchacho. Por la calle de la Paz, llegaron hasta la catedral, y por el callejón lateral, a la plaza de la Virgen. Aquella ciudad no dejaba de sorprender al arquitecto: separadas apenas por unos metros, la basílica de la Virgen enfrentaba la puerta de los Apóstoles donde le habían contado que, los jueves por la mañana, el Tribunal de las Aguas deliberaba los litigios de los regantes de la huerta. Por la calle Navellos volvieron a salir al cauce del río, a

pocos metros de la sede del Gobierno Civil, donde Lino estuvo el día de su llegada a Valencia.

Alejandro se detuvo y señaló hacia su izquierda.

—Ahí tiene su otro almacén.

Los gruesos muros se levantaban imponentes en una estructura que estaba fuera de contexto. Un vestigio de la Valencia de otra época, el pórtico de entrada a la ciudad medieval que había existido siglos atrás. Las almenas, a dos alturas, preparadas para que los arqueros se protegieran ante un ataque. Y una estructura central desde la que un emisario podía asomarse a parlamentar con quien quisiera acceder a la ciudad. El foso, que en su día se salvaría con un portón levadizo, revelaba la función defensiva que tuvo la fortificación. Las dimensiones, las grandes puertas y la robustez que había mantenido en pie la edificación desde tiempos inmemoriales, convertían ese lugar en el adecuado para almacenar el preciado tesoro. Desde luego, no se había equivocado con aquel chico.

—¿Cómo se llama este lugar?

—Esto, señor Lino, son las Torres de Serranos.

La propuesta de Alejandro de utilizar las Torres de Serranos como segundo almacén era brillante. Amplias puertas, gruesa estructura de sillares de piedra y amplitud en el interior. Se mantuvo en silencio mientras contemplaba la antigua puerta de entrada a la ciudad. Al tiempo que hacía cálculos mentales, rodeó la edificación, seguido de Alejandro. Un soldado, sentado al pie de una escalera mientras fumaba, acababa de comenzar la guardia nocturna. Se quedó mirando a los dos visitantes que se plantaron frente a él.

—Construiremos otras cámaras de hormigón aquí —dijo Lino, una vez dentro.

—No hay problema en construirlas, eso ya lo sabe —contestó Alejandro.

—Algo te ronda... —El veterano arquitecto miró al joven. Ya sabía que debía tener en cuenta lo que pensara el chico.

—Mire la altura... —Desde dentro de las torres, el tamaño parecía mayor que desde fuera—. En caso de bombardeo, si parte de esta estructura se derrumbara, las cámaras de hormigón no soportarían el peso de estos sillares.

—Entiendo... —Lino pensó en lo que estaba diciendo Alejandro—. El peso de uno solo de estos bloques de piedra, y la altura de la caída, partirían el hormigón.

—Y destrozaría los cuadros.

—Construyamos las cámaras a mayor altura. Reduciríamos la distancia de la caída de los bloques sobre ellas.

—Elevar una cámara de hormigón... —Alejandro negó con la cabeza—. Mala cosa. Habría que construir una estructura que la soportara. Más tiempo, más material, más hombres...

—No me lo estarías diciendo si no tuvieras una idea.

—Nos vamos conociendo, señor Lino.

—Dispara.

—Construimos a esta altura —señaló el suelo—, y hacemos una prolongación del techo de la cámara.

—¿Para qué?

—Para cubrirlo con un material que pueda amortiguar la posible caída del techo de las torres.

—Revestimos el hormigón con una capa de un material que los proteja. Me parece bien.

—Tiene que ser un espesor grande, quizá tres o cuatro metros.

—¿Corcho?

—Más denso y de menor peso. —Alejandro guiaba a Lino hasta su terreno.

—Podemos proteger la parte superior de la cámara con arena. Eso reduciría el posible impacto.

—Señor Lino, la arena es piedra. Ponga un par de metros sobre la cámara y el hormigón se vendrá abajo.

—Dímelo entonces... —El arquitecto se rindió.

—¿Ha oído usted hablar de la paja del arroz? —Alejandro sonrió a Lino con esa seguridad que desprendía, y este volvió a pensar en la suerte que había tenido al encontrar al muchacho.

La noche ya había caído cuando abandonaron las torres y caminaban por la calle Caballeros. Pasaron por delante del palacio de Alpuente, y a Alejandro le vino a la cabeza el recuerdo de aquella conversación con el marqués de Casariego. Parecía que había pasado una eternidad desde aquello, y apenas habían sido un par de meses.

—¿Sabes? —Lino rompió el silencio—. Si no llega a ser por ti, aún estoy dando vueltas con el inútil de Contreras, buscando un lugar adecuado.

—Bueno, si no llega a ser por usted, no estaría viviendo esta aventura.

—Mañana voy a hablar con la Dirección General de Bellas Artes.

—¿Va a comentar el asunto de las torres?

—Voy a hablarles de ti. —Lino se detuvo.

—No entiendo... —Alejandro había avanzado un par de pasos, y tuvo que girarse a mirar al arquitecto.

—Quiero que se conozca tu papel en todo esto.

—Me honra, señor.

—Tú lo has dicho, esto es toda una aventura. —La voz de Lino tenía un deje melancólico—. No creo que se haya hecho jamás nada parecido en la historia.

—Hagamos historia, entonces. —Alejandro sonrió al hombre que le había dado aquella oportunidad.

—Hagamos historia, hijo —El veterano arquitecto mostró una sonrisa triste—. Pero bien sabe Dios que jamás hubiera deseado hacerla por culpa de una guerra.

*Segorbe (Castellón), octubre de 1936*

Al abrir la puerta de la taberna, le asaltó un olor a humo de tabaco y pollo asado. No eran muchos los clientes todavía, pero, en apenas media hora, los trabajadores de la cercana fábrica de tejas acudirían a reponer fuerzas para encarar la jornada de tarde. Los parroquianos eran ancianos del pueblo, que mataban la mañana conversando sobre lo que se conversara en un antro como aquel. En otra mesa, tres milicianos republicanos reían y fumaban alrededor de una frasca de vino.

Rico se acercó hasta la barra y pidió al cantinero un vaso de vino. Dejó sobre la barra un billete de cinco pesetas.

—¿Es suficiente como para invitar a los soldados a otra jarra? —preguntó mientras le servían su vaso.

—Y le sobra.

—Pues quédese las vueltas. Por las molestias.

El cantinero, poco acostumbrado a las propinas, llevó a la mesa de los milicianos la jarra de vino y les indicó que pagaba el hombre de la barra. Sorprendidos, los tres hombres aceptaron de buen grado.

—¿A qué se debe, señor? —preguntó el que estaba sentado en el centro.

Rico se giró con una sonrisa y levantó su vaso.

—Hombres leales al Gobierno que defienden este país. —Dio un pequeño trago—. Brindo por ustedes.

—Pues venga aquí a beber con nosotros, la buena compañía siempre se agradece.

Rico asintió con la cabeza y se dirigió hacia la mesa. Los tres milicianos seguían con la mirada su caminar pausado, aquel hombre no era de la zona. El pantalón gris y la cazadora de piel negra, bajo la que resaltaba un suéter de cuello alto, también negro, no le daban apariencias de ser un trabajador. Quizá un viajante, pensó el del centro, pero demasiado joven. Aun así, había tenido el gesto de invitarles a una ronda; qué menos que compartirla con él.

Rico tomó asiento en el lado de la mesa que los tres milicianos habían dejado libre, justo frente al que le había invitado a sentarse.

—¿Están acuartelados en la zona? —preguntó Rico para romper el hielo con los tres hombres.

—No somos militares —respondió el que llevaba la voz cantante. Debía de ser el jefe de los otros dos—. Milicia local. Damos apoyo al regimiento republicano que está acampado en Peñalba.

—Vaya..., encima, voluntarios. —Rico rellenó los vasos de los tres hombres—. Más mérito aún.

—Todavía queda buena gente como usted que reconoce el trabajo de los demás —dijo uno de los que había permanecido en silencio. Levantó el vaso y bebió a la salud de Rico.

—¿Y cuál es su cometido?

—Tenemos el encargo de revisar todas las provisiones que van hacia el campamento de Peñalba. Registramos los camiones, comprobamos que tengan los permisos, qué suministros llevan... —el jefe contaba a Rico su rutina—. No dejamos pasar nada que no tenga salvoconducto.

—Cuidan de la seguridad del regimiento —reconoció Rico.

—Eso es... —El que no había abierto la boca se decidió a hacerlo—. Ojalá todo el mundo pensara como usted.

—Somos como sus perros. Nos quieren para husmear y morder. —El del centro volvió a tomar el mando—. Pero eso lo hacemos como nadie, ¿verdad? —Y él mismo rio su gracia, haciendo que los otros dos le acompañaran en la chanza.

Rico vio clara la situación. Hombres que han pasado los cuarenta, a los que la guerra dejaba sin trabajo ni oportunidades, y colaborar con el regimiento republicano cercano les permitía unos ingresos para dar de comer a sus familias. Lo había visto otras veces; el gallito del pueblo reunía a unos cuantos secuaces que tampoco tenían nada que llevarse a la boca, y se convertía en un virrey de la zona. Era su forma de aprovechar las migajas del poder, y ser alguien importante para sus paisanos.

—¿Tienen mucho tráfico de camiones?

—No se imagina. Son más de mil hombres acampados. —Otro tópico, dar más importancia de la que realmente tenía su trabajo—. Comida, suministros, armas... Se están preparando por si los desplazan, o por si los tiros llegan hasta aquí.

—Vaya... —Rico apuró su vaso—. Celebro que hayan encontrado una forma tan digna de ganarse la vida.

—Brindemos por ello.

—Lleva usted un precioso reloj —cambió de tercio Rico—. Un Orfina, con cronógrafo.

—¿Entiende de relojes?



—Entiendo un poco de todo.

—¿De qué más entiende? —El jefe de los milicianos se puso alerta. No iba a dejar que nadie le tosiera en su casa.

—¿De dónde lo ha sacado? —Rico se incorporó un poco en la silla, haciendo caso omiso a la pregunta del otro.

—Es una herencia —dijo el del centro mientras se lo enseñaba mejor.

—Un reloj suizo, muy caro, y que se comenzó a fabricar el año pasado. — Se inclinó sobre la mesa y miró a los ojos al miliciano—. Si eso es una herencia, amigo, yo soy Marcial Lalanda. —El reto estaba lanzado.

—¿Me está llamando mentiroso? —El jefe trataba de hablar con calma, pero Rico detectó su crispación.

—Ese reloj estaba en un camión que llevaba carne al regimiento que ustedes dicen proteger. Era un regalo para el capitán Bierzo. —La mirada de Rico se clavó aún más en el otro—. Fue fácil quitárselo al chico que conducía, ¿verdad? —Dejó unos segundos para que el otro procesara—. No solo le estoy llamando mentiroso..., le estoy llamando ladrón.

—¡Si tiene huevos, repítalo! —El jefe se impulsó de su silla y se quedó de pie, a escasos centímetros de la cara de Rico, con las manos apoyadas sobre la mesa—. ¡Viene a mi pueblo a insult...!

Rico no dejó ni que acabara la frase. Como una serpiente, se puso de pie de un rápido movimiento, sacó con su mano izquierda un cuchillo que llevaba escondido en la cintura y ensartó la mano del hombre a la mesa. Con su derecha sacó un revólver de la sobaquera que quedaba oculta bajo la cazadora y apuntó a la cabeza del jefe de los milicianos.

El hombre tardó unos segundos en asimilar que su mano estaba atravesada y clavada a la mesa. La sangre comenzaba a correr y sus gritos llenaron la cantina. Los pocos parroquianos se giraron a ver qué ocurría. Y todos, en un silencioso consenso, decidieron que no era su problema. Uno de los milicianos hizo amago de tomar el fusil que tenía apoyado en la pared, y Rico dejó de apuntar al hombre que gritaba para dirigir el cañón hacia el otro. Negó con la cabeza y el hombre desistió de su intento.

Con la mano izquierda apoyada en el mango del cuchillo y la derecha apuntando de nuevo al herido, Rico hizo un siseo con sus labios, pidiendo silencio. El hombre no dejaba de gritar, con lo que Rico hundió el cuchillo un poco más y este, captando el mensaje, ahogó sus gritos, convirtiéndolos en lamentos.

—Un regalo es importante —dijo con calma—. Demuestra el respeto que tienes por un hombre que te compra mercancía para que ganes dinero. —Rico

seguía mirando al jefe, que se retorció de dolor, pero evitaba moverse para no agrandar la herida—. ¿Comprendes? —El hombre asintió con la cabeza—. Si no hay regalo, no hay respeto. Quítatelo.

Con la mano derecha desabrochó, a duras penas, el reloj de su muñeca izquierda y lo dejó sobre la mesa. La sangre había salpicado la esfera, y Rico lo limpió en la manga del brazo que el miliciano tenía inmovilizado.

—El estuche.

El hombre giró levemente el cuello, señalando el zurrón que colgaba del respaldo de su silla. Rico hizo una seña al miliciano de la derecha para que metiera la mano y buscara lo que había pedido. En unos segundos dejó sobre la mesa un estuche rectangular de madera, con la palabra Orfina grabado sobre él. Sin que hiciera falta pedirlo, el miliciano guardó el reloj en su caja y se lo entregó a Rico.

Soltó la mano del cuchillo, lo que supuso un alivio para el hombre, y cogió el estuche.

—Ni una más. —Miró a los tres. Los dos compañeros del herido asintieron, mientras el otro se agarraba al mango del cuchillo que atravesaba su mano.

—Pero oiga..., no son formas —protestó el cantinero con la boca pequeña desde detrás de la barra.

—Se lo dije. —Le miró Rico—. Por las molestias.

Con la cantina en silencio y todos los ojos puestos en él, Rico salió con la misma tranquilidad con la que había entrado. A pocos metros estaba aparcado el Hispano-Suiza, del que comenzó a bajar lentamente la ventanilla trasera.

Félix Santurce sacó la mano con la que sujetaba el cigarrillo y Rico puso el estuche sobre ella.

*Valencia, octubre de 1936*

—¿Estás segura, hija?

—Completamente.

—Quizá enfermería, secretariado..., pero ¿derecho?

—¿Qué crees que diría mamá? —dijo la joven, sabiendo que su padre conocía la respuesta. Jaume sonrió a su hija y le hizo una caricia en la mejilla, dando la batalla por perdida.

Elisa sabía cómo desarmar a su padre. Hacía cinco años que su madre les había dejado —tuberculosis—, pero su espíritu seguía presente cada día de sus vidas. Era el faro que siempre guio a Elisa, el pilar sobre el que construyó su forma de ver el mundo. Y aunque su padre se desvivía por ella, no podía evitar sentirse incompleta sin su madre.

«Tú brillas, Elisa. No dejes que este mundo apague tu resplandor», le decía cada vez que la joven se venía abajo porque sentía no encontrar su lugar. Si Elisa no era lo que se esperaba de una señorita de la época, se debía a que su madre jamás había querido que lo fuera. Aquella fuerza indomable, rebelde e inconformista le hizo ver, desde bien pequeña, que el papel de la mujer no tenía que ser el de encontrar marido y limitarse a ser buena esposa y madre. Que no dependiera de nadie, que amara y fuera amada siempre en igualdad de condiciones. Y, aunque las costumbres sociales se lo pusieran difícil, que no se rindiera mientras le quedaran fuerzas.

Su infancia y adolescencia fue un reguero de expedientes y expulsiones del colegio por no querer asistir a la clase de costura, negarse a estudiar el decálogo de la buena esposa o cerrarse en banda a las habituales tareas femeninas.

—¿Pero qué daño le va a hacer aprender a coser? —preguntaba Jaume a su mujer cuando Elisa llegaba con uno de aquellos partes disciplinarios.

—Ninguno —contestaba ella con tranquilidad.

—Entonces, ¿por qué le metes esas cosas en la cabeza a la niña?

—Tampoco les hará ningún daño a los chicos, pero ellos no lo hacen.

Y Jaume, enamorado hasta las trancas de aquel terremoto de mujer, tenía que reconocer que llevaba razón. Esa guerrera incansable le había revolucionado la vida cuando él ya pensaba que se quedaría para vestir santos.

Elisa volvía del colegio llorando, contando que hasta la profesora le decía que se iba a quedar soltera, y que ningún hombre de bien querría una mujer indisciplinada a su lado. Y allí volvía de nuevo, cogida de la mano de su madre, para oír cómo le decía a aquella profesora que su hija no había nacido para ser una «mujer disciplinada».

Todo aquello había provocado que Elisa creciera sin amigas y pensando que no encajaba en ningún lugar, que era menos válida que el resto de sus compañeras y que jamás se convertiría en esa mujer que el mundo suponía que debía ser. Pero, en los momentos de debilidad, ahí estaba su madre, para volver a subirla a los cielos. «Tú brillas, Elisa».

Su muerte dejó a Jaume destrozado, perdido en un mundo en el que no tenía la más mínima idea de cómo tenía que seguir educando a su hija. Bedel de la universidad, pensó desde su juventud que ese puesto de trabajo fijo y con ingresos decentes le ayudaría a encontrar a esa persona con quien compartir la vida. Pero no fue así, y los años fueron pasando. Resignado, con treinta y cinco años y una vida tranquila, todo cambió el día que una joven comenzó a protestar a voz en grito en el claustro del edificio porque no había sido admitida en medicina.

Delante de un gran corro de estudiantes y profesores, tuvo que bajar el rector a pedirle a la joven que desistiera de su actitud. Le explicó que no había entrado porque el cupo de mujeres en medicina ya estaba completo, a lo que ella respondió que tenía una puntuación más alta que muchos de los chicos que sí habían entrado. «Son las normas, tendrá que aceptarlas», le dijo el rector ante aquella multitud. «Pues si esas son las normas, y usted está de acuerdo con ellas, no es la persona adecuada para ser rector». Ante ese ataque directo, el rector ordenó que expulsaran a aquella insolente joven de allí. Y mientras ella pataleaba y se revolvía hasta ser arrastrada fuera del edificio de la universidad, Jaume sintió la sacudida que le hizo saber que aquella era la mujer con la que podría pasar el resto de su vida. Esa joven, reivindicativa y luchadora, le hizo el hombre más feliz de la tierra. Y Elisa vino a completar el mundo de los dos.

Si Jaume se encontraba perdido tras la muerte de su esposa, Elisa se debatió entre dejarse caer o seguir en esa lucha. Pero sin la persona que la guiaba. «No dejes que este mundo apague tu resplandor». Recordar aquellas palabras le hacía encontrar las fuerzas para pasar los años de colegio y tratar de entrar en la universidad.

—Pero, hija... ¿Derecho? Es muy dura.

—¿Crees que no soy capaz? —Y con esa sonrisa de ángel, devolvía la caricia a su padre, pidiéndole que confiara en ella.

Jaume sabía que era imposible hacerla desistir. Solo deseaba protegerla, y que ese mundo que él vivía en primera persona todos los días como bedel no se tragara de un bocado a su niña.

El comienzo de la guerra había hecho que muchos estudiantes no volvieran a las aulas, a la espera de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Con la incertidumbre que se respiraba, las familias más humildes decidían que, en aquellos momentos, dos manos eran más útiles tratando de llevar algo de dinero o comida a casa que estudiando. Y la mayoría de los universitarios que continuaban yendo a clase eran los hijos de familias adineradas, que sabían que aquello era un proceso de selección natural que haría que esos pocos estudiantes se posicionaran para tener un buen trabajo durante el resto de sus vidas.

De ese modo, la universidad que se encontró Elisa en aquel 1936 era un lugar, en cierto modo, elitista, selecto y donde ella se sentía inadaptada. Nada nuevo para ella, pensó. Había llegado hasta allí sorteando todos los obstáculos y aquel solo sería uno más. Quería llegar a ser abogada, poder defender los derechos de las mujeres y de los más desfavorecidos, y era el mejor homenaje que podía ofrecer a su madre.

—La comisión de un delito por parte un miembro del ejército será sometida al derecho militar y juzgada por una corte marcial —decía el estudiante, de pie en su lugar.

—Por tanto, ¿qué mecanismos utilizaremos?

—Derecho militar, profesor.

—Eso es, Martínez. Buen trabajo.

Elisa levantó la mano desde la última fila de aquella aula en forma de hemiciclo. El profesor, de soslayo, había visto ese brazo en alto, pero el tema estaba más que hablado y siguió con su explicación.

—Excepto en la comisión de un delito civil... —interrumpió Elisa, en un tono de voz más alto del que hubiera deseado.

Todos los estudiantes se giraron a mirar a la chica que se había atrevido a interrumpir al profesor, crujiendo la madera de asientos y mesas al movimiento sincronizado de todos ellos. La joven sintió cómo la sangre subía

a sus mejillas, enrojeciendo, y cómo el corazón golpeaba desbocado en su pecho.

—¿Cómo dice, señorita? —El profesor se sintió irritado ante el descaro de la estudiante.

—El derecho militar contempla delitos militares. —Elisa hablaba sabiéndose el centro de atención en aquel momento, y por ello se puso de pie—. Imaginemos que uno de nosotros sufre un asalto con violencia... ¿A qué instancia deberíamos acudir?

—Es una pregunta absurda, señorita Aparisi. Al juzgado ordinario, ya lo sabe.

—¿Y si nuestro asaltante es un militar? —prosiguió la joven.

—No sé dónde quiere ir a parar..., pero está haciéndonos perder el tiempo a todos nosotros. —El resto de los estudiantes se alineó con el profesor, perdiendo el interés en Elisa—. Sigamos... Los casos relativos a sucesiones se deben estructurar en torno a...

—¿Y si el asaltante es un militar vestido de paisano del cual desconocemos su condición castrense? —interrumpió de nuevo Elisa, esta vez en voz alta. La indignación hizo presencia en la voz del profesor, que se estaba hartando de ella.

—¿Cree usted que puede venir aquí a cambiar las normas jurídicas?

—Si desconocemos su condición, le denunciaremos como civil. Su delito ha sido civil, no militar.

—Pero está sujeto a derecho militar por su condición, una vez sea aclarada —respondió Martínez, el alumno que había sido alabado por el profesor.

—Por tanto, la *res iuris* del denunciante queda a juicio de un tribunal militar, cuando el hecho de derecho del propio denunciante corresponde a un tribunal ordinario.

—Que no tiene capacidad al tratarse de un militar. —Martínez habló en tono de burla, como si dijera la cosa más evidente del mundo.

—O... —Elisa prosiguió su argumentación— sí tiene capacidad al tirar de jurisprudencia. Caso Estrega, 1933: homicidio fuera de su horario y sin que los testigos conocieran su condición de soldado. Juzgado por tribunal civil.

—Asesorado por juez y fiscal castrense —puntualizó el profesor, a quien ya parecía interesarle el debate.

—Pero sentencia del juzgado de instrucción de Pamplona.

—Es cierto —reconoció el profesor—. He aquí un ejemplo donde la jurisprudencia puede sobreponerse a la norma. Y donde los fundamentos de

derecho han de saber ser flexibles ante determinados hechos. Señorita, prepare una exposición sobre el caso para la siguiente clase.

Elisa asintió y sonrió al sentarse mientras el profesor volvía a su explicación. Martínez se giró a mirarla, y ella supo de inmediato que iba a tener un problema.

—¿Te crees más lista que nosotros?

Elisa se giró al oír la voz. Cruzaba el claustro para salir del edificio e ir hacia casa cuando el problema, en forma de Martínez, le habló a su espalda.

—¿Por qué me dices eso? —respondió.

—Vienes aquí, suerte tienes de que te hayan admitido, y pretendes ridiculizarnos —dijo Martínez con otros estudiantes a su espalda, cuya mera presencia servía para secundar lo que decía su compañero.

—Jamás ha sido mi intención. Era solo un debate. —En un gesto instintivo, Elisa apretó contra su pecho la carpeta con los apuntes, como si pudiera esconderse tras ella.

—¿Por qué no nos haces un favor a todos y no vuelves más a clase?

—Tengo el mismo derecho que vosotros a estudiar. No veo por qué tendría que hacerlo.

—Porque eres una mujer. —La respuesta era tan evidente para Martínez que le añadió la mayor dosis de ironía que pudo. Comenzó a caminar hacia ella y Elisa retrocedió—. Porque estamos en guerra, y las mujeres tenéis cosas más importantes que hacer que estudiar derecho.

Otros estudiantes se arremolinaron, observando la escena, pero sin intervenir.

—Vete a un hospital a cuidar enfermos o a fregar suelos. Allí serás más útil.

—Lamento que te hayas sentido atacado. No pretendía...

—No pretendía, no pretendía... —Martínez se envalentonó ante la pequeña multitud que se había agrupado—. Jamás vas a ser abogada. Y si lo fueras, jamás trabajarías de ello.

Elisa se dio la vuelta para continuar su camino, no quería agravar las cosas. Salió del edificio a la calle de la Nave, dispuesta a ignorar los comentarios que Martínez seguía soltando. Comenzó a caminar, solo quería salir de allí, y volvía a sentir el retumbar de sus pulsaciones en el cuello. Nada bueno iba a sacar de esa situación.

Elisa se giró de nuevo. El grupo de alumnos había salido a la calle también, y se sentía enfrentada a todos ellos.

—Pero si tienes suerte, y eres buena, igual te dejo pasar conmigo una noche. —El estudiante se había crecido por completo.

Asqueada y a punto de ponerse a llorar por la humillación que estaba sufriendo, su cerebro envió, a la vez, señales de lucha y de huida. Como siempre en ella, ganaron las primeras, y se plantó para hacer frente a aquel grupo de aficionados matones. Pero la visión de todos aquellos chicos cara a ella, dándose valentía unos a otros, le hizo ver que aquella era una guerra perdida. Así que hizo que su cerebro transmitiera a su cuerpo las señales de huida. Tratando de alejarse del grupo y de las carcajadas por el último comentario, comenzó a caminar deprisa sin perderlos de vista, por si la seguían. En esa carrera, acelerada, sin mirar hacia adelante, chocó contra algo, y el golpe la lanzó al suelo, abriéndose la carpeta y desperdigando todos los folios.

—¿Estás bien? —preguntó el chico espigado contra el que había chocado, al que el flequillo casi tapaba los ojos.

Elisa no respondió. Las lágrimas le corrían por las mejillas y por su garganta apenas pasaba aire. Se levantó lo más rápido que pudo y emprendió la carrera para huir de allí, dejando todos sus papeles esparcidos por el suelo.



*Valencia, octubre de 1936*

José Lino estaba satisfecho. Trabajar para el Gobierno no solo suponía que se estaba formado y preparado para la misión encomendada, sino que se sabía manejar los tiempos para no quedarse con la espalda descubierta. El río sonaba y ya sabía lo que eso quería decir. Si le habían mandado a Valencia, le daban presupuesto y tenía que adecuar las ubicaciones para un eventual desplazamiento de los cuadros del Prado, mucho iban a tener que cambiar las cosas para que las obras de arte no recalasen allí.

Y si viajaban los cuadros, no vendrían solos. La actitud del gobernador civil, dejándole hacer, indicaba que se estaba preparando para la llegada del presidente del Gobierno y los ministros. Solo era cuestión de tiempo. Cuando se bucea en esas aguas profundas, y Lino llevaba mucho tiempo haciéndolo, se sabe cuando algo no huele bien.

Pero, al fin y al cabo, no era ese su problema. Su cometido estaba bien claro y definido, y no iba a fallar. En Valencia, una ciudad que no conocía en absoluto, si llega a tener que depender de Contreras, el inepto vicegobernador, todo se habría puesto muy cuesta arriba. Pero la suerte le había llegado en forma de un chico de veintitrés años que dirigía las obras de reforma de una iglesia. Alejandro Santoro había sido una bendición. Y César también.

La adecuación de la iglesia del Patriarca y de las Torres de Serranos para esa eventual acogida de los cuadros iba a buen ritmo. Alejandro mantuvo a los hombres de la cuadrilla de su padre en las labores de restauración del techo de la iglesia, mientras contrataba más albañiles para las nuevas intervenciones. Fue César quien se involucró en la creación de los dos equipos de trabajo, echando mano de gente de verdadera confianza en la ciudad de Valencia. Aunque seguía reticente a meterse en camisa de once varas, reconocía que el dinero iba a aportarles cierta tranquilidad en los tiempos que se avecinaban. Y sentía un silencioso orgullo de que su hijo estuviera participando en un proyecto de aquellas características. De una cantera de pueblo, a trabajar para el Gobierno.

Todavía convaleciente, César seleccionaba en su casa a los hombres a los que iba a contratar para las cámaras de hormigón. Hombres secos, recios, acostumbrados al trabajo duro. Que siempre le hacían la misma pregunta: «¿Y

qué se va a guardar allí?». A lo que César siempre daba la misma respuesta, sabiendo que no era necesario que aquellos hombres conocieran todavía la verdad: «¿Te pregunto yo en qué te vas a gastar el dinero que te pague?».

Lino encontró a Alejandro dirigiendo los trabajos en la iglesia. Y, sin mediar palabra, le entregó una carta. El chico ya iba conociendo los códigos del veterano arquitecto y ni siquiera preguntó. El sobre estaba abierto, Alejandro clavó sus ojos en los de Lino y este asintió. «Adelante».

El texto era corto, y Alejandro solo tardó unos segundos en leerlo y procesarlo.

—¿A esto se refería con hablar de mí a la Dirección General de Bellas Artes? —preguntó de manera aséptica.

—Es la mejor solución.

Lino había propuesto que el responsable de custodiar y controlar los cuadros en Valencia fuera Alejandro. Quería que el chico tuviera carta verde para poder acceder a ellos y comprobar su estado en todo momento. Una vez que los cuadros estuvieran en Valencia, si es que alguna vez llegaban, y se almacenaran en las cámaras, el trabajo de Lino habría terminado. Y se marcharía de allí. Pero alguien debía controlar a diario las instalaciones, y procurar que se mantuvieran en perfectas condiciones.

Aquella carta era la aprobación de su propuesta.

—¿Quién es Roberto Barroso? —preguntó Alejandro al ver la firma.

—Es un alto funcionario del ministerio. Mano derecha del director general de Bellas Artes. —Lino había hecho un aparte en el Patriarca con el joven—. Renau, Josep Renau.

—¿El cartelista?

—El mismo. Valenciano también.

—¿Pero ese hombre sabe de política?

—Ufff... —Lino se restregó los ojos en un gesto cansado—. En estos tiempos, ¿sabe alguien de algo?

—Señor Lino, si acepto ser el custodio de los cuadros...

—Si llegan —puntualizó.

—Si llegan, claro... —Alejandro asintió—, la guerra me habrá encontrado. A mí y a mi familia.

—Hijo... —Lino le puso una mano en el hombro—. La guerra nos va a encontrar a todos. Tarde o temprano.

Era vital el control de determinadas variables en la conservación de los cuadros. Lino tenía experiencia en ello, no en vano ya había dirigido varias reformas de museos en la capital, y había trabajado con los mejores

conservadores del país. La humedad, el control de la temperatura y las posibles condensaciones eran aspectos a tener en cuenta a la hora de almacenar pinturas. Unas malas condiciones de mantenimiento podían hacer que aparecieran manchas en los cuadros, cambios de tonalidades o incluso craqueladuras y desprendimientos de pintura. Tenía que enseñar a Alejandro todos los secretos de aquella tarea, todo lo necesario para que el chico pudiera cumplir con aquel cometido.

Y, si todo transcurría como Lino imaginaba, no había tiempo que perder.

Desde ese momento, Lino se dedicaría a enseñar a Alejandro cómo controlar las condiciones de los cuadros. Instalarían higrógrafos y termómetros, y le mostraría cómo tomar las lecturas. Varias veces al día, y dependiendo de las condiciones climatológicas. Le dijo que no se preocupara, el Prado enviaría conservadores a Valencia para cualquier eventualidad en las pinturas, pero él sería el responsable de las mediciones. Las cámaras de hormigón eran su territorio.

Ante posibles aumentos de temperatura por fuego, Lino le habló de un sistema de mangueras para poder actuar lo antes posible, y las cámaras se imprimirían con una pintura ignífuga traída desde Francia. Alejandro tomó buena nota de todas aquellas medidas de seguridad y los protocolos de actuación en caso de problemas. Aquel joven, que no tenía prisa en entrar a trabajar en un estudio de arquitectura, se veía, de repente, envuelto en una operación en la que quizá tendría que proteger algunas de las obras de arte más importantes de la humanidad. Parecía un asunto demasiado grande.

Aquel día, Alejandro prolongó más de lo habitual su paseo del final de la jornada. Necesitaba esos momentos para él, para apagar todo ese ruido que tenía en su cabeza. No solo tenía que tener bajo control la reforma del Patriarca, sino también las nuevas obras en la iglesia y las Torres de Serranos. Veinticinco hombres, ingentes cantidades de materiales de obra y proveedores a los que marcar para que cumplieran los plazos de entrega. Y ahora también se enfrentaba a la misión de conservar todas aquellas obras de arte, si finalmente llegaban.

Cada día percibía cómo aquella guerra lejana se iba acercando. Los periódicos contaban —algunos como una gesta, otros como una maldición— la toma del alcázar de Toledo, y que Madrid estaba casi sitiada por el ejército nacional. El conflicto se había extendido de Extremadura hasta Castilla y León, y ya se hablaba de la posible creación de un Gobierno paralelo, de signo nacional, en Burgos. Aunque el Mediterráneo todavía no era zona de

conflicto, la preocupación ya había hecho mella en la ciudad de Valencia y en el ánimo de las gentes.

Sumido en sus pensamientos, llegó a la plaza de Emilio Castelar, donde alzó la vista para contemplar, como tantas otras veces, el precioso y emblemático edificio del ayuntamiento, hasta llegar a la confluencia de la estación del Norte y la plaza de toros. Pese a los tiempos que corrían, como Valencia aún estaba lejos de los focos de la guerra, eran multitud los viajeros que llegaban a la ciudad a probar fortuna con sus productos. Y la puerta natural de entrada era la modernista estación de tren, que mostraba a los recién llegados el mismo centro de la capital del Turia. Le parecía increíble que en tan pocos metros pudiera estar recogido el espíritu de esa Valencia cosmopolita que se había mostrado al mundo en la Exposición Regional de 1909. La calle Játiva era el cuello de botella de todo el tráfico que venía de Ruzafa y Colón, para hacerlo desembocar en Guillem de Castro. Sin prisa, Alejandro caminó ajeno al mundo, procurando olvidar que los ecos de la guerra casi podían oírse en Valencia. Él solo era un arquitecto, y tenía unas obras que llevar a cabo.

La calle Quevedo terminaba en los puestos ambulantes de las calles del Hospital y Garrigues, donde los comerciantes, siempre atareados y bulliciosos, apenas tenían ahora clientes. La gente sabía que cualquier peseta iba a ser importante en caso de que la contienda llegara, y prefería ahorrar antes que renovar calcetines y ropa interior. Ese era el tipo de detalles que a Alejandro no se le escapaban, y que le hacían volver a la realidad que se vivía en España una vez salía de los muros de la iglesia.

Cuando Alejandro contó en casa el puesto para el que le habían nombrado, no hubo ni alegría ni decepción. Parecía que fuera el curso natural de las cosas y que, si en Valencia la cosa se ponía fea, Alejandro tendría que seguir cumpliendo con la responsabilidad para la que le habían propuesto. Y que él había aceptado. «Demasiado enrevesado como para pensar mucho en ello —sentenció César ante su mujer y su hijo, en un marchamo entre fatalista y resignado—. Que las cosas pasen como tengan que pasar».

—¿Estará acabado en el plazo que te ha dado el señor Lino? —preguntó César después de cenar.

—Sí, padre.

—Ya que nos hemos metido en este lío, al menos que ganemos algo de fama. —Era su forma de encontrar el mal menor.

—En dos semanas podrá almacenarse cualquier cosa allí.

—¿Y las obras de la iglesia?

—Van a buen ritmo —informó Alejandro—. Pero ahora ya no le corre tanta prisa al padre Ambrosio. Si los cuadros llegan, la iglesia va a estar cerrada.

—Estará que trina, ¿no?

—No crea, padre. —Alejandro sonrió—. Me da que es un cura con alma republicana. No ve con malos ojos ayudar al Gobierno.

—Alejandro... —La pausa de César puso en alerta a su hijo—. Sabes en lo que te estás metiendo, ¿verdad?

—En lo que me he metido, padre. En lo que he metido a la familia —contestó con cierto pesar.

—Trabajo es trabajo, hijo. Solo tratamos de salir adelante. Pero cuando acaben esas obras, el señor Lino se irá y te vas a quedar solo. Estoy orgulloso de ti, pero espero que sepas lo que te haces.

—¿Acaso alguien lo sabe? —fue su forma de decir que no tenía ni la más remota idea.

La mañana siguiente la comenzó Alejandro en las torres. El cargamento de paja de arroz había llegado puntual. Descargado en grandes sacos por la parte trasera, los hombres tenían que ponerse trapos en la nariz y en la boca para no respirar el polvo que soltaban. En cuanto fraguara el forjado del techo, comenzarían a verterlo para crear esa capa de amortiguación. Ojalá jamás hubiera que probar su efectividad.

Con el trabajo controlado en las torres, se fue hacia la iglesia. El barrio del Carmen ya estaba vivo, y la calle Caballeros soportaba el continuo trasiego de repartidores de tabernas y clientes que comían y bebían lo repartido. Valencia hacía gala de que era una ciudad en la que se vivía en la calle, aunque conversaciones de barra y periódicos solo hablaran de lo mismo.

Desde la plaza del Patriarca oyó los gritos del altercado. El eco de la iglesia los amplificaba, y corrió hacia dentro para ver qué pasaba. Pere, el capataz de confianza de su padre, soportaba, con un cigarrillo liado en la boca, las amenazas que le profería uno de los nuevos hombres contratados por César. Aquel agitaba una picoleta en la mano, jurando que se la clavaría a Pere.

—¿Qué está pasando aquí?! —La voz de Alejandro retumbó en la iglesia.

—A mí no me ordena ni mi padre —dijo el albañil.

—Tu padre me la trae al paio, pero aquí manda este chico. Y si no está él, mando yo —explicó Pere, impertérrito, apoyado en una columna—. *T’ha quedat clar?*

—*De clar, res.* Si estoy desencofrando, estoy desencofrando.

—Y si lo haces mal, te lo digo.

—Mal te voy a dejar la cabeza yo con esto. —Y volvió a blandir la herramienta.

—¡Basta! —ordenó Alejandro. Sabía que todos los ojos estaban puestos en él; un paso en falso y perdería el respeto de aquellos hombres—. ¿Qué pasa, Pere?

—Este *borinot*, que no sabe quitar unos puntales. Solo le he dicho cuáles debe quitar primero.

—¿Y qué problema hay en eso? —preguntó Alejandro al causante del altercado.

—Llevo en la obra toda mi vida —señaló a Pere—, como para que me digan cómo tengo que hacer mi trabajo.

—Aquí vamos rápido, no hay otra —le volvió a explicar Pere—. Si el hormigón no ha fraguado bien, no quiero que te caiga un pedazo de forjado y te abra la cabeza.

—En eso tiene razón Pere. No podemos permitirnos un accidente.

—Lo que no podemos permitirnos es que un niño dirija una obra y que tenga a su perro vigilando. —El hombre habló tan cerca de Alejandro que este pudo oler el alcohol en su aliento.

Pere se separó de la columna y comenzó a andar hacia el otro. Alejandro lo conocía lo suficiente como para saber que, cuando llegaba al límite de su paciencia, era para zanjar el asunto. Y no de buenas maneras. No había tiempo para aquella riña de colegio, pero tampoco iba a dejar que el hombre de confianza de su padre lesacara las castañas del fuego delante de todos. Cuando Pere pasó por su lado, mascullando un *em cague en la puta mare*, Alejandro le puso una mano en el pecho.

—Coge tus cosas y vete —le dijo el joven al de la picoleta.

Aquel negó con la cabeza mirando al suelo y mordió su lengua en un gesto de rabia. Volvió a levantar la herramienta y la descargó contra Alejandro. En un rápido movimiento, este pudo coger la muñeca del hombre en la caída de su brazo, deteniendo el ataque, y quedando cara a cara en un silencioso forcejeo.

—Te estoy dando la oportunidad de que te vayas por tu propio pie. —Alejandro habló muy despacio—. Si te quedas un minuto más, saldrás en

camilla.

La cuadrilla de César se puso tras Alejandro, a modo de escolta. El resto de los albañiles miraban la escena, sin ninguna gana de intervenir. Bastante era que tenían trabajo y unas pesetas que llevar a casa. Falto de apoyo, y sabiendo que su orgullo le había jugado una mala pasada, el hombre trató de recoger carrete.

—Se me ha ido un poco la mano —reconoció—. Perdone, jefe.

—Está pasando el minuto. —Alejandro no había soltado la muñeca del otro—. Coge tus cosas. —Sabía que el hombre ya estaba arrepentido, pero ahora era él quien no podía recular.

—Iré a hablar con tu padre.

—Aquí no manda mi padre.

Intentando mantener la compostura y la dignidad, el hombre soltó la picoleta, sabiéndose perdedor de ese envite. Y Alejandro, su muñeca. Recogió aquel su zurrón y salió por la puerta de la iglesia.

—¡Vamos! Todos al tajo. —Alejandro sonó más autoritario que nunca, y la gente retomó sus tareas.

Negó con la cabeza, con la vista perdida en el techo de la iglesia.

—Iba bebido. —Pere se acercó a hablar con él a solas—. *Menut fill de puta...*

—Lo sé.

—Solo quería que quitara bien...

—¡No me des explicaciones! —cortó Alejandro en seco—. Si no estoy yo, mandas tú. Pero manda bien, por favor. Acabo de despedir a un hombre que tiene que dar de comer a su familia.

El capataz asintió, sabiendo que también había tenido su parte de culpa. Alejandro necesitaba salir de allí, el corazón le golpeaba en el pecho, desbocado. Respiró hondo varias veces mientras se dirigía a la puerta, para que no se notara que le temblaban las piernas. Aquel golpe iba a su cuerpo, había tenido la fortuna de pararlo. Si no hubiera tenido la fuerza necesaria en el brazo, en ese momento estaría camino del hospital. O del depósito de cadáveres.

Distraído, salió de la iglesia a buscar el sol de la plaza, para tranquilizarse. Cerró los ojos y respiró hondo, dejando que el aire llenara sus pulmones y el corazón comenzara a calmarse.

Y, entonces, recibió el empujón por la espalda.

Pudo mantener el equilibrio, pero oyó la caída de quien había tropezado contra él. Al girarse, vio a una joven en el suelo, rodeada de los papeles que

habían salido despedidos de su carpeta abierta. No pudo evitar fijarse en el cabello de reflejos dorados y los hipnóticos ojos verdes de aquella criatura que, literalmente, se había cruzado en su camino.

—¿Estás bien? —preguntó mientras le tendía una mano para ayudarla a levantarse.

La chica lo miró por un instante, rechazó su mano para, con el pequeño resto de orgullo que le quedaba, levantarse por sí misma y echar a correr. Un grupo de estudiantes reía al verla huir, encabezados por un petimetre de buena familia. La chica dobló la esquina sin mirar atrás y Alejandroató cabos. Con aparente tranquilidad, se agachó y recogió los folios para volver a guardarlos en la carpeta. Miró al estudiante que continuaba riendo y comenzó a caminar con fuertes pasos hacia él. Ese imbécil era quien iba a pagar los platos rotos de lo que había pasado dentro de la iglesia.



*Madrid, noviembre de 1936*

Era cierto que Renau le había dado un vuelco al que había sido el despacho de Orueta. Barroso se preguntaba qué habría sido de los cuadros que, hasta apenas hacía unas semanas, colgaban de esas paredes. Había pasado de ser un despacho sobrio y elegante a ser un alegato a la República, representado por aquellos carteles, obra del propio Renau, que tan famosos se habían hecho en los últimos tiempos. «No pasarán», «Resistiremos» o «La soberanía reside en el pueblo».

Barroso, sentado frente al director general de Bellas Artes, esperaba a que este acabara de redactar en su máquina de escribir. El rítmico teclear indicaba que Renau tenía cierta soltura, cosa poco habitual en un político. Pero es que Renau no era un político; un revolucionario, un activista, quizá. Pero no un político. Y allí estaba, tratando de lidiar con ese toro que le habían soltado.

Sacó el folio del rollo de la máquina y encontró la pluma en el bolsillo interior de su chaqueta. Con su firma, dio por concluida esa tarea y miró a Barroso, indicando que ya estaba con él. Roberto Barroso permaneció en silencio, desconocía para qué le había llamado el director general.

—He de reconocer —Renau apoyó los codos en la mesa, acercándose a Barroso— que cuando entré aquí me pareció usted el típico funcionario gris. Silencioso, amante del papeleo, de esos que echan de menos a su antiguo jefe. —Barroso esperaba, sin saber hacia dónde quería ir Renau—. Pero ha resultado todo lo contrario; se mueve bien en estas situaciones. Y de una manera discreta, lo que resulta fundamental.

—Se lo agradezco, señor.

—Ha ido un paso por delante en toda esta locura que estamos viviendo.

—Solo trato de cumplir con mi trabajo. —Barroso mostró de nuevo esa eficacia y discreción que acababa de alabar Renau.

—Va a ser esta noche.

—Vaya... —El funcionario comprendió a qué se refería Renau—. Pensé que aguantaríamos más.

—No es cuestión de aguantar, Barroso. El Gobierno debe seguir siendo operativo; esperar a que esté asfixiado para desplazarse a Valencia sería prolongar esta agonía. Tenemos a los nacionales a las puertas de Madrid.

—Comprendo...

—Hay que poner en marcha todo lo que usted ha preparado. Los cuadros del Prado deben desplazarse a Valencia de inmediato.

—Defina «de inmediato», señor.

—¿Esta misma noche también? —fue la propuesta de Renau.

—Me temo que eso va a ser imposible.

—No me refiero a todos. —Renau abrió el cajón de su escritorio y sacó unos folios redactados a máquina—. La Junta de Incautación ha hecho una lista con los cuadros que deberían acompañar al Gobierno. Solo las piezas más valiosas. —Tendió la lista a Barroso, a la que este dio una lectura rápida.

—Son más de seiscientas —constató Barroso—. Eso son varias expediciones. Preparación, acopio de cajas y material de protección. Muchos camiones.

—Pues empiece ya. —A Renau le pareció evidente.

—Perdone, señor... —Siguió leyendo la lista—. ¿Esto no es trabajo de la Junta de Incautación?

—Barroso... —Renau se le quedó mirando con media sonrisa—. Que aquí nos conocemos todos. Si se trata de urgencia, confiar en la junta no es lo más... apropiado.

—Está bien, señor. Me pongo a ello.

—¿Cuándo saldrá el primer envío? —El director general estaba demandando certezas.

—Tres días. Cuatro a lo sumo.

—¿Y el total?

—Señor... —Barroso sabía que no era momento de pillarse los dedos—, para eso vamos a necesitar tres meses.

—Joder... —Renau se recostó en su asiento, con rostro de decepción. Pero sabía que su subordinado tenía razón—. ¿Cómo va la reforma de los lugares donde guardaremos las pinturas?

—El último informe de Lino indicaba que estaban preparados.

—¿Los dos?

—Sí, señor. La iglesia y las torres.

—¿Serán seguros?

—Es Lino. Confíe en él.

—Está bien. —Aquella conversación ya se estaba haciendo larga—. Manos a la obra. Quiero poder mostrar nuestra capacidad de reacción. Tres días.

—O cuatro.

—Como máximo —advirtió Renau con un dedo.

—Señor, hay otro tema. —Renau sabía que Barroso no daba puntada sin hilo. Su silencio indicaba que estaba esperando a que su subordinado comenzara a hablar—. El Museo Arqueológico Nacional.

—¿Qué pasa allí? —Renau no entendía—. ¿Quiere que protejamos unas momias y unos pocos fósiles?

—No, señor.

—¿Entonces?

—El gabinete numismático. La colección de monedas.

Renau cayó en la cuenta de a lo que Barroso se refería. La sección numismática del Museo Arqueológico guardaba una de las colecciones de monedas más importantes del mundo. Piezas romanas, visigodas, musulmanas, precolombinas. Muchas de ellas acuñadas en oro, de un valor incalculable. Si el bando sublevado necesitara fondos, esa colección de monedas sería convertible en dinero de una manera muy rápida. Y eso sería una pérdida de patrimonio histórico en la que Renau no había pensado. Todo aquel asunto tenía raíces tan profundas que era casi imposible desenmarañarlas para poder hacer un trabajo impecable. En esos pocos segundos llegó a la conclusión de que, tarde o temprano, algo se les escaparía. Recayendo toda la responsabilidad en él. Quién le mandaba haber aceptado el puesto, pensó.

—¿Qué propone, Barroso?

—Sacar las piezas de más valor. Oro y plata.

—¿Y el resto?

—Cobre, bronce..., gran valor histórico, pero nulo valor económico inmediato. Esas están protegidas. Deberíamos retirar lo que sí podría ser saqueado.

—Ya me dirá usted qué hacemos con ellas.

—Se marchan a Valencia también.

Tomar decisiones le estaba costando un mundo a Renau. Un traslado de obras de arte de aquel tamaño jamás había sido abordado por ningún país. Eran los primeros que iban a hacer aquello, y los riesgos eran desconocidos e ilimitados. Y, además de por la preservación de todo aquel patrimonio artístico, a Renau también le preocupaba su propia reputación. Todavía tenía la esperanza de que aquella guerra pudiera caer del lado de la República, y de tener un papel importante en esa nueva etapa que se abriría para el país. Pero, desde luego, si la jodía por algún lado, su cabeza caería con toda seguridad.

—Barroso... —El tono de voz de Renau pasó de autoritario a dubitativo —. ¿No nos estaremos precipitando? Por muy sublevados que sean aquellos, este también es su país.

Barroso notó las dudas en aquel hombre que había asumido toda aquella responsabilidad. Se ponía en su piel, tenía un papel difícil en aquella obra. Tomar decisiones sin certeza de acertar es complicado, se necesitan motivos de peso para dar pasos como aquellos. El funcionario metió la mano en la chaqueta y sacó una carta, que le tendió a Renau.

—El sobre está en blanco. Sin destinatario ni remitente —dijo el director general mientras sacaba el papel que contenía. Estaba abierta, y supo que Barroso ya la había leído. Mecanografiada, apenas eran unas pocas líneas.

*Al general Sanleón, III regimiento del glorioso ejército nacional*

*Estimado general Sanleón,*

*Desde Oviedo me llegan las noticias del inmenso esfuerzo que está realizando con sus tropas para tener un papel decisivo en la toma de Madrid. Quiera Dios acompañarle en la difícil misión que se le ha encomendado y para la que nuestro general Francisco Franco no podría haber encontrado un hombre de mayor valía que usted.*

*Apoyándole en la distancia, y deseándole que el destino le tenga preparada la mayor de las glorias, debo recurrir a usted para pedirle su colaboración en el cometido que me ha sido asignado.*

*Ante los desmanes de comunistas, socialistas, anarquistas y demás calaña que puebla la capital de nuestro país, el general Franco me ha ordenado que coordine la protección del inestimable patrimonio artístico de nuestra nación. Es por ello que, a la espera de mi llegada a Madrid, una vez sea tomada, le solicito que ocupe el Museo del Prado y el Museo Arqueológico Nacional con tal de protegerlos de posibles saqueos por parte de los enemigos de nuestra nación.*

*Si fuera necesario, y si así lo considera, utilice los servicios de nuestra aviación para efectuar barridas de bombardeos disuasorios en los alrededores de dichos museos.*

*Estando seguro de contar con su colaboración, reciba mi más afectuoso y cálido agradecimiento.*

*Firmado:  
General Rafael Gallardo*

—Por los clavos de Cristo, Barroso. —Renau se había quedado en *shock* —. ¿Es verdadera?

—Eso parece, señor. He podido corroborar la firma del general Gallardo.

—¿Y cómo la hemos conseguido?

—Un destacamento interceptó a un emisario del bando nacional a la altura de Salamanca. Venía a Madrid —explicó Barroso—. El hombre pudo escapar, pero el destacamento se quedó con el correo que transportaba. Félix Santurce la ha traído al ministerio.

—¿Confía en él?

—Es nuestro mejor espía.

—El comerciante de naranjas —resopló Renau—. Bajo esa tapadera, no me extraña.

Aquella carta, en caso de ser verdadera, daba a Renau la excusa y la fuerza necesarias para actuar de inmediato. Al menos existía un hecho objetivo que justificaba la salida de las piezas hacia Valencia.

—¿Qué ordena, señor? —Barroso apremió a Renau, que parecía paralizado.

—Saquen las monedas del Arqueológico —decidió por fin—. Llévenlas al Prado para que formen parte de la expedición a Valencia.

—Me pongo en marcha. Voy a comunicarlo a la Junta de Incautación.

—¿Cuándo cree que podría sacar la colección de monedas?

—Esta misma noche, señor.

—Dese prisa, Barroso. —Y Renau, sin mirarle, hizo un gesto con la mano para que Barroso saliera de su despacho. Tenía mucho en qué pensar—. Por cierto... —el funcionario se giró antes de salir por la puerta—, me alegra tenerle a mi lado. —Y Barroso esbozó una ligera sonrisa hacia su superior.

Francisco Álvarez-Osorio, director del Museo Arqueológico, había recibido aquella misma tarde un comunicado en el que se le ordenaba no salir del museo hasta la llegada de un representante del Gobierno. Preocupado por que el museo quedara en el olvido ante la previsible llegada del ejército nacional a Madrid, le pareció una buena noticia el que por fin alguien se acordara del espacio que dirigía. No le habían indicado la hora a la que se presentaría el enviado oficial, así que aprovechó la tarde para ordenar su despacho y que su lugar de trabajo apareciera presentable. Ya había anochecido, y los trabajadores, terminada su jornada laboral, se habían marchado a casa. Solo quedaba él, junto con el par de guardias que hacían las rondas nocturnas.

Fue uno de ellos quien se presentó en su despacho, pasadas las ocho de la tarde, para informarle de que tenía visita. Álvarez-Osorio, satisfecho, se estiró la chaqueta y se miró en el espejo que colgaba de una de las paredes, camino del vestíbulo del museo para dar la bienvenida a su ilustre visitante. Fuera quien fuera.

Lo que allí encontró no era lo que esperaba. Junto con los dos hombres de traje y corbata, un pequeño grupo de milicianos armados ejercían de escolta, cargados con cajas de madera y sacos de arpillera.

—¿Señores? —preguntó extrañado Álvarez-Osorio.

—Señor director —se adelantó uno de los visitantes—, soy Wenceslao Roces, subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública. Y me acompaña un técnico de la Junta de Incautación —dijo, señalando a su compañero.

—¿Y todo este despliegue? —El director del museo se refería al séquito que acompañaba a los dos hombres.

El subsecretario del ministerio le entregó una carta a Álvarez-Osorio, quien, impaciente, rompió el sobre para leerla cuanto antes.

*Señor director del Museo Arqueológico Nacional,  
En virtud de las circunstancias actuales, es absolutamente necesario que todas las piezas de oro y plata que forman parte de su colección numismática sean puestas a disposición de quien le entrega esta carta para su extracción del museo y su puesta en custodia por el Ministerio de Instrucción Pública.*

*Firmado:  
Josep Renau  
Director general de Bellas Artes*

—Pero... ¿esto?... —Álvarez-Osorio se había quedado sin palabras—... Esto es completamente irregular.

—Son las órdenes, ya lo ha leído. —Wenceslao Roces señaló la carta que Álvarez-Osorio aún sostenía en sus manos.

—Pero preparar todo esto nos va a llevar meses. Clasificación, identificación, embalado...

—Va a ser esta noche.

—¿Cómo esta noche?! —se sobresaltó el director—. Mis empleados ya se han marchado a casa.

—¿Y para qué cree que vienen estos hombres conmigo? —Y, abarcando con su brazo, Wenceslao Roces señaló al grupo de milicianos.

—Señores, va a ser imposible que se lleven hoy nada. Mañana acudiré en persona al ministerio a aclarar esta situación. —El director no podía permitir que, en plena noche, su museo fuera expoliado. Por muy representante del Gobierno que fuera quien se lo estaba pidiendo.

—Señor director, no nos lo ponga más difícil.

—Soy el custodio de esa colección. No puedo permitir que se la lleven sin un adecuado plan de evacuación.

—Son las órdenes... y voy a cumplirlas. —Wenceslao Roces hablaba como si no tuviera más remedio.

—Será por encima de mi cadáver. —El director se plantó delante de Roces, en un gesto de cerrarle el paso al museo.

Uno de los milicianos, alto, grueso y con un parche en el ojo izquierdo, se adelantó a sus compañeros y se puso al lado de Roces. Abrió su cazadora, mostrando el revólver que llevaba a la cintura. Álvarez-Osorio captó la velada amenaza y decidió que quería seguir viendo todos los días a sus hijos. La locura en la que se veía envuelto el país había llegado hasta a los que consideraba los suyos. Supo que debía dar por perdida aquella batalla, por mucho que le doliera.

El paso que dio hacia un lado fue la metáfora de su rendición.

El grupo accedió al gabinete numismático. Apenas iluminado, y con ayuda de unas velas, Wenceslao Roces instaló un improvisado escritorio con una báscula manual. Los hombres iban vaciando los expositores de monedas en los sacos, y Roces los pesaba antes de que fueran metidos en las cajas. El técnico de la Junta de Incautación indicaba en qué caja debía ir cada uno de los pequeños sacos, organizando el contenido según el criterio que creía conveniente. Álvarez-Osorio asistía incrédulo a aquel expolio en nombre del Gobierno. Y la poca fe que pudiera quedarle se evaporó a la luz de aquellas velas.

Por la puerta trasera del museo, el grupo de milicianos, con el del parche a la cabeza, comenzó a llevarse las pesadas cajas. Dos camiones esperaban a ser cargados, para sacar de allí la valiosa colección de monedas.

—¿Dónde van a custodiar las cajas? —preguntó el director del museo a Roces.

—No estoy autorizado a decírselo, pero tampoco quiero que se vaya con este mal sabor de boca a casa. El destino es el Museo del Prado.

—¿Hasta cuándo? —Aunque el frío de la noche era intenso en aquel patio trasero, Álvarez-Osorio se sentía acalorado por estar, de algún modo, participando en todo aquello.

—Quién sabe..., lo que dure esta maldita guerra.

Aquella respuesta fue lo único que obtuvo el frustrado director, mientras veía cómo las cajas eran acabadas de cargar y un par de milicianos subían a la cabina de cada uno de los camiones. Con la satisfacción del deber cumplido, Rocés se despidió de forma áspera, y la comitiva se fue tal y como llegó. Con varios cientos de kilos de oro y plata, eso sí.

La ruta entre el Museo Arqueológico y el Prado estaba despejada a aquellas horas de la noche. El toque de queda mantenía a la gente en sus casas, y los dos camiones circulaban a solas por la Castellana. A la altura del palacio del marqués de Salamanca, el segundo camión se quedó un poco rezagado y tomó la cuesta de Hermanos Bécquer, desviándose así de la ruta prevista. El hombre del parche condujo durante unos metros más, y se detuvo al lado de una pequeña furgoneta aparcada bajo una farola que no iluminaba. Una linterna le hizo una señal encendiéndose dos veces.

La puerta trasera de la furgoneta estaba abierta, y el del parche y su acompañante pasaron tres cajas de un vehículo a otro. En la furgoneta había tres cajas idénticas, que sustituyeron en su camión a las que habían traspasado.

—Pesan mucho, ¿no? —El del parche se esforzaba en sacar las cajas de la furgoneta.

—Rellenas de plomo. He puesto el peso a ojo —contestó el conductor de la furgoneta, oculto en las sombras.

—Creo que te has pasado. Las otras pesan menos —afirmó el del parche.

—¿Está todo, Sastre?

—Todo lo que ha señalado el de la Junta de Incautación. Estas tres cajas. —El cambiazó estaba hecho.

—Bueno, si él lo dice, será. —Aquel se encogió de hombros—. Vete, el otro camión se extrañará.

—Le diré que he parado a mear —rio el del parche.

—Anda, largo.

Mateo Aguirre salió de las sombras. Comprobó que las tres cajas estaban bien selladas y cerró la puerta trasera de la furgoneta. Se encendió un pequeño puro mientras veía al camión de Sastre girar de nuevo hacia la Castellana. Arrancó y abandonó el lugar con toda tranquilidad. Cargando con unas cajas de valor incalculable.

En la esquina, la ventanilla trasera de un coche aparcado bajó lentamente, y una bocanada de humo salió por ella. El general Gallardo, vestido de traje y corbata, sonrió satisfecho. Ya tenía en sus manos el regalo de Von Schimmer



para Himmler. Había cumplido a tiempo la primera parte del trato. La segunda iba a ser delicada, pero al menos, con esto, la aviación alemana ya actuaría. Esa guerra iba a ser ganada gracias a él.

Y todo, por un puñado de monedas.

Ordenó al chófer que le llevara al hotel. Estaba cansado. Ya tendría tiempo de empezar a pensar en el Durero y *Las meninas* a partir del día siguiente.

*Valencia, diciembre de 1980*

Fernando salió de su piso de anciana y bajó a la calle de mal humor. Aquel reportaje ya le estaba dando más guerra de la deseada; podían no encajarle las piezas de la historia de Santurce, pero, realmente, le daba igual. Lo que no le daba igual era que Fonfría le despidiera, así que no le quedaba otra más que escribir algo decente. Además, le fastidió tener que mover el coche de donde estaba aparcado, y pasar el suplicio de volver a buscar sitio libre una vez regresara.

Pero, a los pocos minutos, Fernando se dio cuenta de que necesitaba ese pequeño respiro. Ir a Alzira, apenas cuarenta kilómetros. Un paseo. En cuanto tomó el puente de la avenida de Giorgeta y el tráfico se hizo más fluido, tuvo una sensación de libertad que hacía tiempo que no recorría su cuerpo. Al arrancar y encender la radio, Iñaki Gabilondo desgranaba, en la Cadena Ser, la crisis de Gobierno que trataba de sujetar Adolfo Suárez. Desgastado tras las intensas negociaciones para restablecer una verdadera democracia, incluyendo a los partidos que hasta entonces eran ilegales, su puesto como presidente se tambaleaba.

Al dejar el puente bajo el que transcurrían las vías de tren que morían en la estación del Norte, y enfilarse por la avenida Ausiàs March para tomar la pista de Silla, decidió que ya estaba bien de noticias. Girando el dial dio con Los 40 Principales, donde estaba sonando *Woman in Love*, de Barbra Streisand. Le gustaba esa canción, pero en aquel momento le pareció la más triste del mundo.

Aun así, mientras salía a la autovía, subió el volumen y dejó que la música se mezclara con el estruendo del aire que entraba por las ventanillas bajadas.

*Life is a moment in space  
When the dream is gone  
It's a lonelier place.*

Y mientras Streisand cantaba que sería capaz de hacer cualquier cosa para que esa persona de la que estaba enamorada entrara en su mundo, Fernando no pudo evitar llorar, sintiéndose más solo de lo que jamás había estado. Su

vida había volado por los aires en apenas unos meses, y él no había podido hacer otra cosa que asistir a esa voladura descontrolada desde un asiento de primera fila. El diagnóstico, la hospitalización, el duelo. Unos padres que lloran en público delante de un pequeño ataúd, y todo el mundo es testigo de su dolor. Del dolor más íntimo y desgarrador que pueda existir; ese que se te queda clavado de por vida. Ese con el que hay que aprender a vivir, porque va a ser crónico y no tiene cura. Quizá pequeños momentos de olvido, donde el alcohol genera una bruma que lo cubre todo. La depresión de Marta, su propia caída a los infiernos, la petición de divorcio.

Su vida, una Pompeya en miniatura que queda arrasada por una explosión tan violenta que no hay lugar donde esconderse. «La vida sigue», oye Fernando a diario. No. La vida no sigue; los días pasan, que no es lo mismo.

Pero lo cierto era que, en esa hora de coche hasta Alzira, pudo llorar por primera vez lo que no había llorado en los últimos meses. Esas lágrimas que hacen compadecerse de uno mismo, lamentarse de la suerte corrida sabiendo que es innmerceda y sentirse la persona más desdichada del mundo. Y, aun sabiendo que la autocompasión no lleva a ningún lado, esas lágrimas que emborronaban su visión mientras conducía, con la música apagando los gemidos, tuvieron el efecto de un necesario exorcismo. Una descarga parcial del peso que arrastraba.

En cuanto vio los carteles que indicaban que quedaban pocos kilómetros para su destino, y comenzaron a aparecer las primeras fábricas y naves industriales, Fernando trató de recomponerse un poco. Se miró en el espejo retrovisor para peinarse con la mano, y dio un par de tragos a la botella de agua que llevaba al lado. Vale que aquello no le motivara, pero tampoco era cuestión de aparecer hecho un desastre y con el ánimo bajo mínimos.

Ya en Alzira, y preguntando un par de veces, llegó a la dirección que le había indicado Enrique Santurce. Una casa grande, típica de pueblo, encalada de blanco y con rejas de forja en las ventanas. La enorme puerta, de doble hoja, flanqueada por los remates de piedra que servían para encarar el carro cuando se volvía de una dura jornada de trabajo en el campo, destacaba en esa fachada sencilla pero cuidada. «Villa Santurce», rezaban unos azulejos blancos con letras azules en lo alto, en el pico donde se separaban las dos aguas del tejado.

—¿Poveda? —El hombre que salió a recibirle rondaba los cincuenta. Recio, fuerte, su piel estaba curtida por el sol abrasador de los días de trabajo entre naranjos. Le ofreció una mano grande que envolvió la del periodista en un duro apretón.

—Llámemme Fernando, señor Santurce. Gracias por recibirme.

—Pues entonces, llámeme usted Enrique. —El hombre, con un marcado acento valenciano de la comarca de la Ribera, parecía feliz. Fernando conocía de sobra la sensación de privilegio que alguien anónimo siente cuando un periodista se interesa por uno.

La casa, enorme, no aparentaba desde fuera la comodidad que se vivía dentro. Con un toque rústico y sobrio, las cristaleras que daban a lo que había sido el corral, ahora convertido en jardín, inundaban de luz hasta el último rincón. Las vigas de madera del techo y el fuego encendido en el hogar hacían del salón un lugar relajado y tranquilo.

—Mi mujer ha salido a la compra, dice que prefería que habláramos a solas.

Fernando se dio cuenta de que ya se había encargado de dejar preparada una bandeja con café y bizcocho.

—¿Tienen hijos, Enrique?

—Dos. El mayor trabaja en la cooperativa de fruta, ingeniero agrícola. La chica está en la universidad, estudiando económicas. *Bons xiquets*.

—Han salido aplicados —sonrió Fernando. Vaselina.

—En los tiempos que corren, o tienes carrera o es difícil salir adelante. Su madre y yo nos hemos sacrificado para que puedan estudiar —dijo Enrique Santurce con satisfacción.

—La mejor herencia que pueden dejarles —añadió Fernando, tirando de tópico.

—*Vols un café?*

—Solo, por favor. Y no me negaré a probar un pedazo de ese bizcocho.

—Lo ha preparado mi mujer para usted. En la ciudad no tienen la oportunidad de probar una buena *coca de llanda* casera. —La familia Santurce iba a deshacerse en atenciones con su ilustre visitante. Fernando sabía que había caído de pie.

El proceso siempre era el mismo. Lento, preciso. Un poco de conversación trivial, temas personales ligeros y alabar de forma discreta algún aspecto de la otra persona. Que un interlocutor se sienta cómodo era algo que Fernando dominaba como nadie, le salía solo cuando estaba buscando información.

Acomodados en dos antiguas butacas a juego, Enrique le contó que Villa Santurce había sido siempre la casa familiar. Construida por su abuelo en 1890, su madre, Ester, y su tío Félix habían nacido en ella. Aquel había sido el castillo desde el que la familia Santurce forjó su imperio, que se expandió

hasta límites ni siquiera imaginados cuando Félix tomó las riendas. La muerte de este en Berlín hundió a sus abuelos en vida, y Enrique pasó su niñez presenciando la decadencia imparable de aquellos. Al morir ambos, y aunque la casa estaba llena de fantasmas del pasado, Ester decidió que se quedarían a vivir allí. Y, con el paso del tiempo, Enrique forjó sus propios recuerdos en ella. Su madre y él no pasaron estrecheces económicas, el patrimonio familiar era amplio. Al casarse, Enrique y su esposa se quedaron en la casa con Ester hasta que, hacía diez años, esta falleció. En ese momento, con sus hijos todavía en edad adolescente, la reformaron entera. La misma de siempre por fuera, un nuevo comienzo por dentro. Aunque las viejas fotos familiares estaban presentes en el salón, Enrique se sentía orgulloso de que en su cabeza prevalecieran los buenos recuerdos.

—Hay algo que me produce curiosidad desde que hablamos por teléfono —dijo Fernando tras escuchar la historia familiar.

—Usted dirá.

—¿Por qué lleva el apellido Santurce si es hijo de Ester?

—Vaya... —sonrió Enrique—, hacía tiempo que no me lo preguntaban.

—Ha dado usted con un periodista. Preguntones por naturaleza.

—Fue un auténtico escándalo —relataba aquel—. Un tema tabú en vida de mis abuelos, que mi madre normalizó cuando nos quedamos solos en este mundo.

—¿Un embarazo no deseado?

—Bueno, no sé si deseado o no. Desde luego, mi madre jamás me dijo que se hubiera arrepentido. Su novio huyó en cuanto supo que estaba embarazada.

—Un escándalo en toda regla.

—Que se solucionó con una generosa donación a la Iglesia para que pudiera ser bautizado, recibiendo los apellidos de mi madre. —Hizo el universal gesto de frotar el pulgar contra el meñique y el corazón—. *Mai vaig conéixer a mon pare.*

Santurce se levantó, dando por zanjado aquel tema, y fue hacia la estantería de recuerdos familiares.

—Todo un caballero —dijo Fernando cuando Enrique le pasó una foto enmarcada de Félix Santurce—. Debió de ser un hombre muy especial.

—Todo el mundo pensaba que era un vividor. Pero siempre fue un hombre comprometido.

—Bueno, supongo que los negocios le hacían parecer una clase de persona que quizá no era. —Fernando recordaba a Santurce por la copia de la foto de estudio que había en la carpeta que le dio Fonfría.

—O quizá sí era. Y eso era la mejor parte de su tapadera.

—¿Cree que su tío Félix tenía una doble cara?

—Es una forma de decirlo, pero no en el mal sentido. Él fue un patriota, un hombre fiel al legítimo Gobierno. —Aunque era hombre de campo, Enrique hablaba con soltura—. Podía colaborar con la República gracias a que sabía moverse con todo tipo de gente. Se enteraba de chismes, rumores... Tenía la confianza de muchas personas.

—¿Por eso su madre le decía que algún día acabaría mal?

—Mi madre siempre decía que era el hombre más inteligente que había conocido. Pero ese era un juego peligroso. Y más, al estallar la guerra.

—Él siguió trabajando pese al alzamiento, ¿no?

—*Més que mai!* —dijo Enrique en esa forma de hablar que salpicaba con frases en valenciano—. Mi madre contaba que no daban abasto, que ella tenía que trabajar horas en la oficina para dar curso a los negocios que cerraba el tío Félix.

—¿Qué negocios hacía una vez comenzó la guerra?

—Seguía con la naranja, eso fue la base de esta familia. Pero la guerra hizo que mucha gente pasara necesidades. —Enrique Santurce hablaba con un inmenso afecto por la figura de su tío—. Hambre. Movía alimentos, materias primas, calzado..., de todo un poco.

—El Gobierno republicano no quería que hubiera zonas desabastecidas, claro.

—Ni los nacionales. —Hizo un gesto con las manos, como si diera un dato obvio—. Entre unos y otros se pisaban la manga, tratando de que los suministros no llegaran a la población. El descontento de la gente es un arma poderosa.

—¿Y cómo cree que las mercancías de su tío llegaban a uno y otro bando?

—Para eso necesitaba a mi madre. Mi tío sabía tener contentos a unos y otros. Un jamón por aquí, un reloj por allá... —Enrique hizo un gesto escondiendo el dorso de su mano derecha bajo la palma de la mano izquierda—. Una cosa era lo que planeaban los generales, y otra muy distinta lo que pensaban sargentos y capitanes que vivían pie a tierra. Aquellos pasaban las mismas penurias que el pueblo. Y un regalo les hacía sentirse importantes.

—Comprendo... —Fernando había sacado una libreta y tomaba notas a medida que hablaba—. El Gobierno le permitía abastecer a los nacionales a

cambio de información. Y los propios nacionales le consideraban uno de ellos. —Señaló la foto que Enrique le había entregado antes.

—Con esos trajes y un Hispano-Suiza con chófer..., ¿quién le iba a tachar de republicano?

Enrique Santurce sacó un sobre con fotografías. Eran similares a las que había en el informe, pero a Fernando le seguía pareciendo curiosa la familiaridad con que Félix posaba con todo tipo de gente. Generales, soldados rasos, trabajadores del campo. Le llamó la atención una imagen junto a un camión. Félix Santurce, de impecable traje de tres piezas y sombrero, flanqueado por dos hombres: uno con cazadora de aviador, que fumaba un pequeño puro y, el otro, un hombre corpulento con un parche en el ojo. Se la mostró a Enrique, como preguntando si sabía quiénes eran. Aquel solo encogió los hombros, dando a entender que no tenía ni idea.

El anfitrión siguió pasándole fotos a Fernando, quien se detenía unos segundos con cada una de ellas. Por cortesía, sobre todo; aquellas imágenes eran recuerdos de familia de aquel hombre. Una de todas volvió a llamarle la atención. El Hispano-Suiza que ya había visto en las fotos de la carpeta de Fonfría.

—¿Quién es? —preguntó Fernando señalando al conductor.

—Ese era Rico —dijo Enrique, echando la cabeza un poco hacia atrás para enfocar la vista.

—¿Rico? —Fernando tomó nota del nombre—. ¿Eso era nombre o apellido?

—No lo sé, así se hacía llamar. Acompañaba a mi tío a todas partes. Chófer, secretario...

—No tiene mucha pinta de secretario.

—Vaya usted a saber... —Enrique tomó la fotografía en su mano—. Mi madre dice que solo lo vio una vez; un joven callado, pero con pinta de astuto. No le gustó.

—Pero su tío lo contrató.

—Cuando eres el hombre que más toneladas de mercancía mueve en España, no puedes ir solo por ahí. —Enrique puso un poco más de café en las dos tazas—. Y si mi tío necesitaba ir acompañado, no creo que quisiera una hermanita de la caridad. *Temps fotuts*.

—Y tanto... ¿Puedo? —Fernando pedía permiso para llevarse algunas de aquellas viejas fotografías.

—Claro, coja lo que necesite para su artículo. Estamos tan orgullosos.

—Es para estarlo. La ciudad prepara un gran homenaje.

—Se dejó la vida por este país. Mi madre contaba cómo se enteraron. — Enrique hizo un silencio y Fernando levantó las cejas, animándole a que continuara—. Esta era una de las pocas casas que tenía teléfono. El tío Félix hizo instalar uno aquí y otro en la oficina, para estar en contacto con mi madre. Un amigo de mi tío llamó para decirnos lo que había ocurrido.

—¿Recuerda quién era?

—Un tal Barroso, del Gobierno. Mi madre dice que jamás había oído hablar de él.

Fernando tomó nota del nombre. No tenía mayor importancia para el artículo, pero su deformación profesional hacía que guardara cualquier dato. La información que le estaba dando Enrique era lo que necesitaba para el encargo de Fonfría: dibujaba el perfil de un hombre misterioso, enigmático, cuyo destino le esperaba en forma de esvástica. No estaba mal la historia.

—¿Qué hacía en Berlín?

—¿Eh? —Enrique se había quedado absorto, no había oído la pregunta de Fernando.

—Berlín, ¿por qué su tío estaba allí?

—Ya lo sabe, interceder para que Alemania no apoyara más al ejército nacional.

—Suenan un poco raro... —Era la forma suave en la que Fernando tiraba del hilo, tratando de que no se rompiera.

—El Gobierno republicano ya estaba deshecho. Tras los meses en Valencia, el presidente y los ministros tuvieron que huir hacia Barcelona, antes de que Franco cortara el paso.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con su tío?

—Imagino que sería difícil, en aquellos momentos, encontrar a alguien preparado para una reunión así. Juan Negrín delegó esa responsabilidad en mi tío.

—Demasiada responsabilidad.

—Y pocos huevos por parte de quienes tendrían que haber ido a hacer aquella petición. Pero a ver quién tenía narices de meterse en la boca del lobo.

—¿Sabe si su tío iba a ofrecer algo? ¿O tan solo era transmitir ese mensaje de parte del Gobierno?

—No lo sé. Nunca nos lo dijeron. Salió aquella mentira del cargamento de mercancías sin permiso y de sus socios judíos. Mi madre dice que eso era imposible, ella lo habría sabido.

—Y la versión de la detención y el intento de escapar.



—Eso jamás lo habría hecho mi tío —dijo Enrique con seguridad—. Eso es cosa de un vulgar ratero. La única verdad es que el general Von Schimmer mandó ejecutarle. Y me temo que nunca sabremos por qué. El 25 de octubre de 1937.

—En fin... —poco más quedaba por hablar—, lo importante es el homenaje.

—Cuarenta años silenciado. Uno de tantos héroes en mitad de aquella locura. —Enrique volvió a poner las tazas del café en la bandeja, para ir recogiendo—. Dele las gracias a su director, por interesarse en la figura de Félix Santurce.

—Es nuestro trabajo como periodistas sacar estas historias a la luz. —Qué poco se imaginaba aquel hombre que el reportaje era para contentar al ayuntamiento de Valencia, y que siguiera contratando buenas campañas de publicidad en la revista.

Enrique Santurce acompañó a Fernando hasta el coche. Mientras caminaban, el periodista se dio cuenta de que había pasado una agradable hora de charla, había sentido de nuevo que trabajaba de verdad después de mucho tiempo. Aunque tuviera que volver a aparcar en su nuevo barrio, cosa que preveía le iba a costar un buen rato, pensó que aquella visita había merecido la pena. Esta vez estuvo prevenido para el fuerte apretón de manos de Santurce.

—Enrique... —Fernando bajó la ventanilla. Una última cosa le había venido a la cabeza—. ¿Qué fue de Rico, el chófer?

—Nunca volvimos a saber nada de él.

—Quizá murió en Berlín con su tío.

—No, mi madre sacó el billete de tren: Marsella-Berlín. Solo uno.

—¿Entonces? —preguntó Fernando, extrañado.

—El tal Rico se esfumó de la faz de la Tierra —dijo Enrique mientras negaba con la cabeza—. *Desaparegut*.

A Fernando empezaba a gustarle la historia de Santurce. Alguien salido de la nada, cuyo destino era cosechar naranjas, que se convierte en uno de los mayores empresarios de España. Tan solo intermediando, sin producir ni fabricar nada. Tenía la impresión de que los negocios que pudo hacer en la época estuvieron cimentados en su encanto personal, en su manera de proveer a cualquiera de lo que necesitara. Coche, chófer, fiestas y trajes caros. No era lo que más casaba con ser el mártir de alguna causa. De colaborar con el

Gobierno a representar a este ante el Reich iba un trecho. Pero de ser un *gentleman* a tratar de escapar cuando lo detienen, también. Y esas eran las versiones oficiales que los dos bandos habían aireado. Ninguna de las dos olía bien.

Tuvo más suerte de la esperada para aparcar; en su segunda vuelta por la calle Navarra, un Fiesta dejaba un hueco. Por un lado, tenía ganas de ponerse a ordenar toda la información que había sacado de Enrique Santurce, comenzaba a estar enganchado a aquella historia. Pero, por otro, solo imaginarse en el salón del piso prestado le erizaba la piel.

La solución a aquel dilema tuvo la cara de Pablo. Su hermano estaba esperándole en el portal, preocupado porque no había podido contactar con él en toda la mañana, le explicó. La preocupación se fue esfumando a medida que Fernando le contó que había estado en Alzira, trabajando para un reportaje. Y casi desapareció del todo cuando le escuchó pedir un agua con gas en la taberna donde se sentaron. Pablo notó a su hermano mayor un poco más sereno y sosegado. No era capaz ni de imaginar el sufrimiento que estaría atravesando, pero no iba a dejar que se perdiera en las tinieblas de aquel momento de su vida. Al menos, haría todo lo que estuviera en su mano.

—¿Qué vas a hacer en Navidad? —le preguntó Pablo.

—¿Qué quieres que haga? —Para Fernando era evidente la respuesta—. Me imagino que echarán *¡Qué bello es vivir!* en la tele.

—He hablado con Paula, y nos gustaría que vinieras con nosotros a comer.

—Te lo agradezco, hermanito. Pero creo que no sería la mejor compañía.

—¿Y mamá? —Pablo sacó al fin el tema.

—Ufff... —Fernando resopló mientras se restregaba los ojos y negaba con la cabeza—. No tengo fuerzas.

—Pues algo habrá que hacer con ella.

—Sí. Nada.

El padre de Fernando y Pablo había muerto cuando ellos eran pequeños. Un accidente de tráfico en Salamanca, mientras visitaba a los clientes de la zona. Vida de viajante, muerte de viajante. Un camión se saltó un *stop*, y los bomberos, con radiales y cizallas, habían tenido que sacar el cadáver de su padre del amasijo de hierros en el que se convirtió el coche. Gracias a la indemnización pudieron salir adelante, pero su madre cayó en una profunda depresión. Psiquiatras, medicación y la falta de ganas de vivir derivaron con los años en una demencia senil precoz. Cuando Fernando y Pablo ya volaron del hogar familiar, se hizo evidente que su madre no podía vivir sola. Fueron

turnándose durante un tiempo para que su madre viviera en sus casas, pero no podían prestarle la atención que ella necesitaba. Trabajo, el nacimiento de Leo y síntomas de desgaste en la vida familiar de ambos hermanos les hicieron tomar la decisión de ingresarla en una residencia.

El sentimiento de culpabilidad menguó cuando vieron que su madre volvía a socializar, a alimentarse en condiciones y a tener una rutina de actividades que marcaba sus horarios. La visitaban todas las semanas, la sacaban algún domingo a comer y asistían al deterioro imparable de la mujer que les había dado la vida.

—Hace días que no veo a tu padre —comentó uno de esos domingos en los que se reunían.

—Mamá, el papá falleció hace veinticinco años —respondió Pablo, sin ser muy consciente de sus palabras.

—¿Cómo que tu padre ha muerto?! —se sobresaltó la mujer, a la que comenzaron a caerle las lágrimas por las mejillas—. ¿Y no me habéis avisado? ¿Ahora qué hago yo sin él?

Y en aquel momento fueron conscientes de que su madre ya no estaba. Había viajado a un lugar muy lejano, del que jamás regresaría. Cada vez que hablaban de algo del pasado, era como si su madre se acabara de enterar. Y revivía el dolor de enterarse de las desgracias. Una y otra vez. Por lo que decidieron que había que evitar determinados temas con ella y mantener ocultos otros.

—¿Y el niño? A ver cuándo me lo traes —le dijo a Fernando hacía poco más de un mes.

—Si vino la semana pasada, ¿no te acuerdas? Hoy tenía deberes del colegio. —Fernando apartó la mirada hacia el jardín de la residencia. Sus ojos brillaban y tuvo que sacar el pañuelo de su bolsillo.

—Pues podía haber venido tu mujer contigo. Así hablábamos de nuestras cosas.

—Alguien se tenía que quedar con el niño, mamá.

—Claro... —Y su madre agachó la cabeza con la pena de no ver a su nieto esa semana.

Y así cada vez que iba a verla. La misma conversación, la misma sensación de vacío en su madre por no ver a Leo, y un continuo revivir de todo aquel hundimiento para Fernando. Algunos días agradecía que su madre hubiera perdido la cordura y no hubiera tenido que experimentar todo aquello en primera persona. Pero también era cierto que, en la situación que estaba

viviendo, hubiera deseado tener a unos padres, presentarse en su casa con una maleta y decirles: «Vengo a que me cuidéis. No puedo más con la vida».

—No quiero que estés solo —retomó Pablo.

—Ni yo amargaros el día de Navidad.

—Comeremos en casa del hermano de Paula. Te pones chaqueta y corbata, traes un vino y pasas un buen rato —propuso Pablo.

—¿Me ves con cara de celebrar algo?

—¿Y a mí con intención de dejarte tirado? —Y, ante aquella respuesta de Pablo, Fernando supo que no iba a tener más remedio que acudir a esa comida.

*Madrid, noviembre de 1936*

El ritmo de trabajo era frenético en el Museo del Prado. La Junta de Incautación trabajaba en seleccionar y embalar el primer envío de cuadros a Valencia, para así poder cumplir con el plazo que Barroso había dado a Renau. Capacidad de reacción, le había dicho. El funcionario, mientras paseaba por las salas del museo, se dio cuenta de la barbaridad que era todo aquello. Se estaban descolgando algunas de las obras de arte más importantes de la historia, para trasladarlas a otra ciudad y almacenarlas en unas cámaras de hormigón. Sí, ya sabía que quizá peligrosaban en Madrid, pero ese traslado, para él, era más peligroso que la permanencia en el propio museo. Un intento desesperado del Gobierno de proteger el patrimonio y de generar una imagen que hiciera el suficiente ruido para que algunos países europeos pusieran los ojos ante lo que estaba sucediendo en España. Pero, por mucho que le pareciera una barbaridad, ¿quién era él para contradecir las órdenes del Gobierno? Ellos sabrían lo que estaban haciendo. Bastante tenía él con cumplir el compromiso que había adquirido.

La Junta de Incautación había designado a la escritora María Teresa León como responsable del traslado. Entre ese grupo de intelectuales, a quienes el tema les venía demasiado grande, María Teresa había sido la única a la que Barroso había podido convencer para que se hiciera cargo de aquello, deshaciéndose en elogios hacia su arrojo y voluntad cuando se reunió con ella. Y la escritora, sintiéndose necesaria para la tarea de proteger tan vasto patrimonio, había aceptado encantada. Menos mal, pensó Barroso. Mover hilos en la sombra era más cansado de lo que jamás hubiera imaginado.

La premura de aquel primer envío hizo imposible que se pudieran fabricar cajas a medida para los cuadros. Se estaban utilizando viejos embalajes de madera que el museo tenía guardados, pertenecientes a antiguas adquisiciones, algunos de ellos con signos de humedad y moho. Los cuadros se forraban con fundas de tela, se metían en la caja que pareciera más adecuada y esta se rellenaba con papel, rezando para que fuera suficiente sujeción para la pintura.

El Hispano-Suiza aparcó en el paseo del Prado, apenas a unos metros del museo. Rico bajó, abrió la puerta trasera y Félix Santurce sonrió mientras

respiraba profundo el aire de la capital. Como si lo hubiera echado de menos. Varios soldados custodiaban la puerta y le franquearon el paso cuando dijo que venía a ver a Roberto Barroso.

—¡Ah, menos mal! —dijo el funcionario, subiéndose las gafas cuando vio aparecer a Santurce.

—La que tienes liada aquí. —El empresario se sorprendió al ver la cantidad de personas que estaban trabajando en el interior. Y a la mujer que vociferaba las órdenes—. ¿Y esta quién es? —preguntó señalándola.

—La que manda. Una larga historia... —Barroso resopló cansado, mientras hacía un gesto con la mano que indicaba que ese tema no tenía importancia en aquel momento.

—¿Los tendréis preparados para sacarlos esta noche?

—Si llegan tus camiones, sí.

—Amigo... —Félix sacó el reloj del bolsillo de su chaleco y comprobó la hora—. ¿Te he fallado alguna vez?

Entre aquel caos de operarios, cajas y material de embalaje, Barroso miró a Santurce con un gesto que indicaba un infinito agotamiento. En esos momentos, el funcionario necesitaba seguridad, no alardeos del tipo más listo de la clase.

—Las cajas se han terminado, Barroso. —María Teresa lo sacó de la pausa mental que se había tomado—. Estos son los que saldrán, por el momento. —Señaló las cajas, ordenadas como fichas de dominó, que aguardaban en la rotonda central del museo.

—Falta *Las meninas* —dijo Barroso, tras inspeccionar los embalajes y hacer un corto viaje a la sala contigua—. Prepárelo también, María Teresa.

—No tenemos una caja tan grande. Estará en el próximo envío.

—Imposible, tiene que salir esta noche.

—Pues ya me dirá cómo. —El tono de María Teresa indicaba un cierto desafío al funcionario.

—¡Me da igual! —El propio Barroso se sorprendió de lo violentas que habían sonado sus palabras, pero aquel no era momento para flaquear—. Lo envuelve diez veces en plástico, le pone veinte cartones y, si hace falta, un señor irá todo el viaje cubriéndolo con un paraguas. Pero ese cuadro sale esta noche.

—Pues, entonces, será bajo su responsabilidad. Yo no voy a...

—Perdóneme, doña María Teresa —le cortó Santurce con aquella sonrisa suya que detenía el tiempo.

—¿Quién es usted? —preguntó aquella, sorprendida de que un civil estuviera allí y, además, le hubiera interrumpido.

—Mi nombre es Félix Santurce, y soy el responsable de la empresa que aporta los camiones para el traslado. Permítame decirle que soy un gran admirador de su obra como escritora, y de la de su marido.

—¿Y qué quiere? —El cumplido no había hecho efecto en la responsable del traslado.

—Fabricar unas cajas tan grandes va a llevar su tiempo. Un tiempo del que, si no me han informado mal, no disponen. —Félix hablaba pausado, dejando que sus palabras fueran calando—. Le aseguro que las obras estarán protegidas en mis camiones, y que designaré personalmente a mis mejores hombres para trasladar *Las meninas*.

—¿Qué importancia tiene que sus mejores hombres conduzcan un camión?

—Hay zonas de la carretera hasta Valencia en muy mal estado. Baches, socavones... Es necesaria mucha experiencia al mando de un camión para sortear esos obstáculos. Le voy a poner al mejor conductor de España.

—María Teresa... —intervino Barroso, más calmado—. El propio ministro ha sido quien ha pedido que *Las meninas* salga hoy mismo del museo. No deseo que tengamos un problema. —Utilizó el plural para que la otra se sintiera aludida.

Mientras ella sopesaba su decisión, Barroso le concedió tiempo. Prefería que tomara la decisión por sí misma que imponérsela. Cosa que haría sin problema si aquella mujer seguía poniendo pegas. Pero, por el bien de la operación y para que no quedara ningún cabo suelto, era preferible el consenso.

—Señor Barroso. —Uno de los soldados que custodiaban la puerta del museo había entrado hasta donde se almacenaban las cajas—. Hay dos hombres en la puerta que preguntan por el señor Santurce.

Barroso miró a Félix, quien le hizo una casi imperceptible afirmación con la cabeza.

—Hágalos pasar, soldado —ordenó el funcionario.

Escortados por varios de los militares, los dos recién llegados se pusieron detrás de Santurce. María Teresa se preguntó quiénes serían el hombre con cazadora de aviador y su compañero, que lucía un parche en el ojo.

—Doña María Teresa —Félix rompió el hielo—, le presento a Mateo Aguirre, que va a ser el jefe de la expedición hasta Valencia. Le confiaría la vida de mi propia madre.

Sastre, el del parche, no abrió la boca en ningún momento. Mateo ya le había explicado que su presencia era para aportar seguridad. Y Félix dejó hacer a su mejor hombre. Le contó el problema que ocurría con *Las meninas*, y Mateo Aguirre comenzó a explicar cómo había que embalar el cuadro y cómo iba él a sujetarlo en el camión, para evitar golpes y vibraciones. Aseguró que, si las cosas se hacían como él indicaba, el cuadro iba a llegar a Valencia sin el más mínimo rasguño. Félix asintió satisfecho; momentos como aquel le recordaban por qué valía la pena pagar un buen salario a Mateo Aguirre y sus hombres.

Sin desear contravenir las órdenes del ministro, María Teresa León escuchó los argumentos del transportista, que le parecieron certeros y confiables. Sin contar que también le pareció confiable que ese hombre llevara una pistola en la sobaquera, que pudo ver en un momento en el que se le abrió ligeramente la chaqueta. Si aquel era un transportista, ella era Santa Teresa de Jesús, pensó. Pero aquello le aportaba más seguridad si cabía.

—Está bien, firmaré la salida del cuadro —dijo por fin la responsable—. Siempre y cuando usted también firme. —Miró a Barroso.

María Teresa estaba dispuesta a cumplir los deseos del Gobierno, aunque contraviniesen toda medida de seguridad elemental que debía haber en el traslado de una obra de arte. Pero, si pasaba algo, no iba a dejar que todo el peso del desastre cayera sobre ella. Barroso se encontró en un callejón sin salida, no quería mojarse más de lo que ya lo estaba haciendo. Félix Santurce le dio un pequeño codazo en el costado, para animarle a responder.

—Yo firmo con usted. —Ya se estaba arrepintiendo de pronunciar aquellas palabras—. Pero también salen el *Conde-duque de Olivares* y el *Carlos V* de Tiziano. —Favor por favor. Si Barroso iba a salir a la tormenta, que fuera para ponerse una medalla bien grande si al final tenían éxito.

Los operarios siguieron las instrucciones de Mateo y Sastre para embalar los tres grandes cuadros, mientras Barroso rezaba por dentro para que todo saliera bien. Era mucho lo que se estaba jugando.

—Ha dicho que era admirador de mi obra... —dijo María Teresa León a Santurce en un aparte, cuando las cosas volvieron a su cauce—. ¿Qué le pareció *Estación: ida y vuelta*?

—Preciosa novela —afirmó Félix—. Felicite a Rosa Chacel de mi parte si tiene ocasión. Pero si tengo que elegir una de las que usted ha escrito, me quedo con *La bella del mal amor*. —Y Santurce guiñó un ojo, haciéndole ver que por ese lado no le iba a pillar.



—No pasan.

—¿Estás seguro? —insistió Mateo.

—Hazme caso. —Sastre hablaba tranquilo.

—Joder... —En el asiento del acompañante, Mateo se tapó la boca con la mano y resopló a través de sus dedos—. Para tener un solo ojo, tienes la vista muy fina.

Los camiones habían salido del museo antes de la hora prevista. A Mateo le pareció una buena noticia, ya que iban a poder afinar la sensibilidad de la conducción y comprobar si las sujeciones eran efectivas mientras todavía quedara luz. Pronto vieron que iban a tener que ir a una velocidad muy lenta durante todo el camino; en algunos puntos no podían superar los quince kilómetros por hora. Pero como el camión en el que iban Mateo y Sastre era el primero, ellos marcaban el ritmo de toda la expedición. Los otros cuatro camiones iban conducidos por hombres de confianza y, a modo de escolta, llevaban un vehículo militar por delante y otro por detrás.

Sastre se detuvo antes de cruzar el puente de Arganda del Rey. En un alarde de ingeniería, a la estructura metálica del puente le habían añadido una cubierta, lo que limitaba la altura. *Las meninas* y el *Carlos V*, que asomaban por arriba del camión debido a su tamaño, no pasaban por el puente.

Mateo, jefe de la expedición, procurando tener el mayor tacto posible, explicó la situación al capitán del pequeño pelotón que hacía de escolta. Los soldados tuvieron que descargar los dos cuadros y cruzar el puente andando con ellos en brazos, para volver a cargarlos en el camión una vez pudo cruzar el puente sin ese exceso de altura.

—Este país se va a la mierda —dijo Mateo mientras veía como *Las meninas*, con un embalaje horrible, era cruzado a mano entre varios soldados en mitad de la noche.

—Pero este trabajo nos lo pagan bien, ¿no? —fue la lacónica respuesta de Sastre a la apreciación de su jefe.

Alejandro apenas pudo dormir esa noche. Tras todas las semanas de trabajo con Lino, había llegado el momento de recibir los cuadros. Repasar mentalmente todos los detalles, y las medidas de seguridad para el almacenamiento, le fue robando horas de sueño hasta que, derrotado por él, sus ojos se cerraron sobre las tres de la mañana.

La primera parada iba a ser en las Torres de Serranos. Allí se iban a descargar la mayor parte de los cuadros que llegaban ese día. Lino le había

dicho que algunos de ellos viajaban en deficientes condiciones, y que esos irían al Patriarca, para que los técnicos que enviaría la Dirección General pudieran revisar si el viaje les había afectado.

Sin saber a qué hora iba a llegar la expedición, Alejandro ya estaba en las torres al poco de amanecer. Acompañado de los soldados que el gobernador civil había asignado para la protección del lugar, el joven arquitecto ordenó que se abrieran las grandes puertas y se barriera el interior, sucio del polvo que soltaba la paja del arroz. Comprobó una y otra vez que los termómetros y los medidores de humedad funcionaban de manera correcta, y que las puertas que habían instalado en las cámaras cerraran sin problema. Estaba todo listo; tenía que reconocer que habían hecho un gran trabajo en muy poco tiempo.

A eso de las diez, llegó José Lino a las torres. Acostumbrado a trances como aquel, sabía dominar su impaciencia y, aunque tampoco había conciliado bien el sueño, se tomó su tiempo en afeitarse y desayunar en el hotel. No hacía falta que comprobara nada; sabía que Alejandro ya lo habría hecho. Solo quedaba esperar.

Y esperar, que es otro arte, se lleva mejor sentado en la mesa de una taberna, con un plato de patatas asadas y una cerveza. Ambos estaban inquietos, aunque Alejandro lo demostrara más, y las palabras fueron escasas en el tiempo que estuvieron allí sentados.

Lino le explicó que, como eran Alejandro y sus hombres los que conocían bien las reformas y las interioridades de los dos edificios, lo suyo era que asumieran la tarea de introducir los cuadros en las cámaras. En teoría, los cuadros que permanecerían en las torres venían bien embalados en cajas de madera, por lo que no había que temer por su integridad.

Rondando el mediodía, cansados de esperar, vieron aparecer el vehículo militar que abría la expedición. Se había adelantado para comprobar si estaba todo listo para su llegada; los camiones con los cuadros llegarían en unos minutos. Los soldados bajaron del vehículo y, por orden de su capitán, comenzaron a desviar el tráfico que pasaba junto al cauce del río, dejando despejada la zona de entrada a las torres para que pudieran aparcar los camiones.

La aparición del primero sobrecogió a Alejandro. Los grandes cuadros que transportaba sobresalían de la parte trasera, a la que habían tenido que quitar la lona para que no estorbara. Embalados de una tosca manera, el viento había movido parte de las telas que los cubrían, quedando a la vista el plástico y el cartón que debían protegerlos. A aquellas alturas del viaje, tras tantas horas, se podía apreciar, por la transparencia de los plásticos que lo

envolvían, la silueta, boca abajo, del perro que estaba tumbado a los pies de la infanta Margarita. Tenía *Las meninas* frente a él y, en aquel momento, fue cuando se dio verdadera cuenta de que todo aquello iba en serio. Lino tenía razón —«La guerra nos va a alcanzar a todos»—, y Alejandro aceptó que le había llegado su turno. Pero de una manera tan hermosa que era imposible negarse a ello. Paradojas de los malditos tiempos que vivían.

La puerta del acompañante del primer camión se abrió, y de ella salió un hombre con cazadora de aviador, que hizo gestos a los otros camiones para que se detuvieran en una fila. Alejandro se adelantó para saludar al que debía ser el jefe de la expedición.

—Alejandro Santoro, señor. —Le tendió la mano—. ¿Es usted el responsable del transporte?

—¿Eres tú quien viene a recibirnos? —Mateo no le estrechó su mano, mientras Sastre se ponía a su lado—. Pensaba que aquí estaría al cargo alguien que ya se afeitara. —Y Sastre ahogó una risa ante la frase de su jefe.

—Soy el arquitecto de las obras de adecuación. Hemos fabricado las cámaras donde han de protegerse los cuadros. —Alejandro trató de mantener la compostura—. Si descargan, mis hombres los meterán dentro.

—Mira, chico... —Mateo habló con cierta condescendencia—, me parece perfecto que seas el arquitecto, pero esos cuadros los guardamos nosotros. No nos hemos pegado esta paliza de viaje para entregarlos a un niño.

—¿Cuál es el problema? —Lino, que se había quedado atrás para contar el número de camiones que llegaban, se acercó para aplacar la ira que crecía dentro de su joven pupilo.

—Soy Mateo Aguirre, jefe de la expedición. —El transportista ya se tuvo que cuadrar un poco más ante aquel hombre. Debía de ser el arquitecto enviado por el Gobierno del que Santurce le había hablado—. Aquí está la credencial. —Y le tendió un sobre que sacó del bolsillo interior de la cazadora.

Lino comprobó que todo era correcto. Estaba firmado por el director general de Bellas Artes, Josep Renau, y designaba al tal Mateo Aguirre como custodio de los cuadros hasta su almacenamiento.

—Usted dirá cómo quiere proceder —contestó Lino.

—Nosotros descargamos y guardamos los cuadros donde ustedes nos indiquen. Me firman aquí como que se los hemos entregado.

—Firmará el chico. Es el nombrado por el Gobierno para ello.

—Ustedes verán lo que hacen. —A Mateo le sorprendió que esa responsabilidad recayera sobre alguien tan joven. Pero tampoco se iba a meter

en ello.

—Pues descarguen, almacenen y ya se pueden ir. —Lino se apresuró a dar el tema por zanjado.

—No tan rápido, señor. —El transportista quiso dejar clara una última cosa—. Si los cuadros tienen que abandonar Valencia en algún momento, sigo siendo el responsable de su transporte.

—Me parece bien —contestó el arquitecto.

—Eso significa que, si Valencia cae y el Gobierno ha de salir de manera precipitada, necesito acceso inmediato a los cuadros.

—Lo tendrá.

—Eso significa... —recalcó, hablando más despacio— que no me voy a mover de Valencia, y necesito saber qué cuadros salen de sus cajas para restaurar y cuándo vuelven a entrar. Quiero acceso a ellos en todo momento. Así que, chico... —Mateo sacó un pequeño puro de su chaqueta y lo puso en el bolsillo de la camisa de Alejandro—, me parece que nos vamos a tener que ver mucho las caras.

El transportista dio una voz para que sus hombres comenzaran a descargar las pinturas. Alejandro se llevó la mano al bolsillo y sacó el puro que Mateo Aguirre le había dejado ahí. Cohiba Excelsior Mini, rezaba la vitola.

*Valencia, diciembre de 1980*

Asistir a los plenos que se celebraban en el ayuntamiento no era la cosa más emocionante del mundo. Pero en aquel momento sirvió para que Fernando pudiera llamar a Silvia Ospín. Ella era la jefa de prensa del ayuntamiento de Valencia, y gracias a que Fernando cubría aquellos plenos, habían podido conocerse. Silvia sabía hacer su trabajo, más allá de redactar las notas de prensa: estar a buenas con los periodistas, marcar límites y hacer correr, de vez en cuando, algún soplo interesante. Alguien que conocía su oficio.

Casa Balanzá era donde se habían citado, y no era, precisamente, un lugar discreto. Quien iba allí es porque quería dejarse ver; y eso era lo que parecía pretender Silvia. Situado en la plaza del Ayuntamiento, en la esquina que divide el paseo de Ruzafa con la calle Ribera, Casa Balanzá era uno de los puntos de encuentro más populares de la ciudad. En sus grandes cristaleras, escritos a mano, destacaban los rótulos con los selectos productos que ofrecían. Ostras, angulas, jamón ibérico. Era más fácil encontrar allí a concejales y altos funcionarios que en sus propios despachos.

Esa esquina era el comienzo del llamado «Broadway» valenciano; Balanzá, Lauria y Barrachina eran las cafeterías que se utilizaban como lugar de encuentro y reunión. Durante el día, pero sobre todo por la noche. Para antes o después de asistir al cine Serrano, al Lys o al ABC Park para ver los últimos estrenos de la cartelera. Y muy a mano también del teatro Olympia, el Rialto, el Ateneo o el Principal, por donde pasaban los mejores actores del país representando sus obras.

Si ese triángulo de apenas quinientos metros era el epicentro habitual de la vida social en Valencia, en Fallas se podía convertir en uno de los lugares de mayor densidad de población del mundo. Las *mascleaes* y los castillos de fuegos artificiales hacían que miles de personas se congregaran en la plaza del Ayuntamiento, y era fácil encontrarse con personalidades y famosos durante esos días.

Como era habitual, Silvia Ospín llegó tarde a la cita. Fernando no lo tuvo en cuenta, sabía jugar a ese juego. Él esperaba en una mesa y ella, una vez entraba por la puerta, todavía tardaba diez minutos en sentarse, ya que saludaba a todo el que allí se encontraba. Si ella tuviera que aguardar a solas,

esperando a la vista de todo el mundo, podría dar la impresión de que su cita era alguien más importante. Y ese juego no se ganaba así.

—No te he visto en el pleno —fue el saludo de la jefa de prensa cuando se sentó—. Era el último del año.

—Por el momento, me los he quitado de encima.

—Vaya, así que Fonfría va con todo a por lo de Santurce, ¿no?

—¿Con todo? —se extrañó Fernando.

—Ha puesto a su mejor periodista a tiempo completo.

—Vaya..., gracias. —Un ligero rubor subió a sus mejillas. Sentaba bien algún halago de vez en cuando—. ¿Lo sabías?

—Sabía que te lo habían encargado a ti. Pero no que estuvieras solo con ese tema. —Silvia encendió un cigarrillo cuando le trajeron el café—. Mejor, esto se te quedaba pequeño.

—Y quizá lo de Santurce demasiado grande.

—No lo creo. He hecho los deberes. —Silvia hizo una pausa para dar una calada a su cigarrillo—. ¿Que no pasas por tu mejor momento? Vale. Pero eres un periodista de raza.

—Te agradezco que hayas encontrado un hueco para mí.

—Dispara. —Silvia se metió en harina—. ¿Qué quieres?

—¿Por qué Félix Santurce?

—¿El homenaje? —Fernando asintió con la cabeza—. Fue un héroe, dio su vida por este país.

—Hubo muchos héroes en aquellos tiempos, Silvia.

—Bueno, Santurce era valenciano, presumía de esta ciudad allá donde fuera. Todo encaja, ¿no?

—Eso es lo que quiero saber.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—A por qué no encaja en mi cabeza.

—Periodista de raza, ya te lo dije. A ver... —Apagó el cigarrillo, que se había consumido hasta el filtro, y se tomó una pausa para ver cómo enfocaba aquello—. Llevamos unos años de Gobierno de izquierdas en Valencia después de la travesía por el desierto. —Hizo el signo de las comillas con los dedos—. Y alguien ha pensado que era hora de dar visibilidad a los perdedores.

—Hasta ahí lo entiendo —asintió Fernando, pero necesitaba más.

—Puestos a dar brillo a cosas que llevan tantos años bajo tierra, Santurce es un buen candidato.

—Un buen candidato... —repitió entre dientes—. Para levantar las menores ampollas posibles.

—Es una forma de decirlo. —Silvia sabía hablar entre líneas. «Sí».

—El republicano que más se parecía a un nacional, sin delitos de sangre y asesinado por los *malos perfectos* —enumeró Fernando con sus dedos, y dejó pulgar, índice y corazón en el aire.

—Mientras trataba de evitar que Hitler siguiera bombardeando España. — Y esta vez fue ella quien levantó cuatro dedos.

—Pues eso es lo que no encaja, Silvia. —Habían llegado donde él quería llegar—. ¿Qué narices hacía Félix Santurce en Berlín?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé. Me sé la historia oficial, la que todos sabemos. Un héroe que murió asesinado por un general nazi...

—¿Qué es lo que no te convence?

—Un hombre, solo, enviado del Gobierno republicano, pero siendo un civil. —Volvió a levantar dedos—. No tiene sentido.

—No creo que nada de lo de aquellos años tuviera sentido.

—Versiones contradictorias. ¿No hay nadie de la derecha que se oponga a este homenaje? —preguntó Fernando—. Dijeron que era un delincuente y que murió cuando quiso escapar.

—La derecha bastante tiene con recomponerse tras la muerte de papá. Ellos tienen sus propios mártires y la izquierda no se mete. —Era verdad que aquella mujer sabía en qué terrenos se movía—. *Quid pro quo*.

—Ni siquiera era un viaje oficial.

—No sé qué quieres decir.

—La propia hermana de Santurce fue quien sacó el billete de tren. Marsella-Berlín.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó sin querer mostrar sorpresa.

—Pecador o pecado. Ambos no.

Silvia perdió su mirada en las mesas que tenían alrededor. No miraba a nada en concreto, solo respiraba y dejaba correr un poco de tiempo. La decoración navideña ambientaba el local, sonando una tranquila música de villancicos tocados al piano. Tras la hora del tentempié de media mañana, Casa Balanzá se había quedado más vacío. Solo una pequeña tregua para cocineros y camareros, hasta la hora de la comida.

—¿Qué más da, Poveda? —Silvia, severa, había utilizado su apellido. Señal de que la cosa se ponía seria.

—Es mi trabajo.

—Pero te estás desgastando en algo insignificante. Lo importante es que Santurce va a ser homenajeado por el ayuntamiento. —Silvia abrió las dos manos—. Tu trabajo es darle brillo. No hay más.

—Quizá tengas razón. —Fernando sabía que había tensado la cuerda hasta el límite. Y no quería romperla; a saber cuándo iba a necesitar de nuevo a Silvia Ospín—. ¿Hay fecha?

—Dejaremos que pasen las Navidades. Principios de marzo, antes de Fallas.

Fernando ya tenía lo que había ido a buscar. Puestos a reivindicar, el ayuntamiento había escogido homenajear a alguien que no molestara demasiado a nadie. Desde 1979, Valencia tenía alcalde socialista: Ricard Pérez Casado representaba el cambio de los tiempos, aunque se mantenía el título de alcalde honorífico en la figura de Francisco Franco. Roma no se construyó en un día. Pero el hecho de homenajear a un caído de la República era un gesto hacia las militancias de todas las corrientes de izquierdas. Santurce representaba un perfil que, a aquellas alturas, ya no soliviantaba demasiado a nadie. Una elección inteligente.

—Feliz Navidad, Silvia. —Fernando se levantó y le ofreció su mano.

—Sé que tiene que ser una época jodida para ti. Lo siento. —La jefa de prensa se levantó y le dio dos besos—. Ánimo.

Si se presentó allí fue porque no quería aguantar la serenata de su hermano durante una buena temporada. Pero ganas, ninguna. El hermano de Paula y su esposa vivían en una de esas casas unifamiliares que había entre la calle Jaume Roig y Botánico Cavanilles. Una pequeña urbanización de chalés en plena ciudad, vestigio de otros tiempos. Un oasis en el caos del triángulo formado por la avenida Blasco Ibáñez, Primado Reig y los jardines de Viveros. Ese microbarrio era el de los llamados «chalés de los periodistas», que databa de antes de la Guerra Civil. La Asociación de Prensa levantó esas viviendas en régimen de cooperativa para sus miembros más destacados, cuando toda esa zona aún era huerta y había que cruzar el cauce del río para «llegar a Valencia». Desvirtuada y abandonada como un proyecto fallido, la zona se había quedado integrada en la ciudad a medida que esta creció. Y, con el tiempo, se convirtió un barrio lujoso para familias adineradas.

Llamó al timbre de la verja del pequeño jardín, y fue Pablo quien abrió la puerta, sonriendo satisfecho. Fernando le había hecho caso: chaqueta, corbata y una botella de Marqués de Cáceres.



Apenas conocía a la familia de Paula. El día de la boda y poco más. Pero Pablo se encargó de hacer saber a todos que su hermano había llegado. Y de ponerlos al corriente durante los días anteriores: nada de pésames ni miradas condescendientes. Marisa y Julio, cuñados de su hermano y poco mayores que el propio Fernando, le agradecieron que hubiera venido. Era un invitado inesperado y bienvenido, aunque él sabía que nada pintaba entre toda aquella ristra de primos, sobrinos y demás familiares. Fernando se sentía como la buena obra por Navidad de la familia política de su hermano. La abuela Isa, madre de Marisa, presidía la mesa como miembro de más edad y matriarca de aquella prole. Rondaría los ochenta años y, aunque apenas participaba en las conversaciones, había sacado sus joyas para lucirlas en la que era su casa, ya que vivía con los cuñados de Pablo.

Sopa de cocido con albóndigas, bandejas de embutido y algún langostino que había sobrevivido a la cena de Nochebuena. Sentado al lado de su hermano, Fernando asistía a las típicas conversaciones cruzadas de familia, de las que no entiendes nada si no formas parte de ella. Anécdotas del tío Ramón, de la prima Puri y del crucero que, hacía ya diez años, había sido la última vez que la abuela Isa salió de Valencia.

La cosa estaba propicia, pensó Fernando, para poder disculparse tras el café y volver a su deprimente piso. El día de Navidad estaba todo cerrado, pero optaría por la media botella de ginebra que aún tenía en el cuchitril que era su casa. Había estado tentado de llamar a Marta, pero no había una Navidad que felicitar.

—¿Cómo va por la revista, Fernando? —Julio, el cuñado de su hermano, le hacía caso por primera vez en toda la comida.

—Ahí andamos —respondió con la mayor elocuencia que encontró.

—Está cubriendo las noticias del ayuntamiento de Valencia —apostilló Pablo—. Mucho trabajo, ¿verdad, hermanito? —Fernando contestó con una leve sonrisa forzada.

—Tenemos algún ejemplar por ahí —intervino Marisa—. ¿Resulta interesante cubrir los plenos?

—Pues la verdad, Marisa..., no es lo más emocionante del mundo.

—¿Y por qué lo haces?

—He estado un poco desconectado últimamente. —Fernando suavizó que casi tira su carrera por la borda—. Pero me permite ocuparme de otros frentes que tengo abiertos.

—Bueno, seguro que en breve estás trabajando otros temas. —Marisa conocía por Pablo la caída a los infiernos de Fernando. Era su forma de dar

ánimos.

—Fernando se dedicaba a reportajes importantes. —Pablo obvió recordar que su hermano había sido el jefe de redacción—. ¿Quizá en un tiempo puedas volver a esa sección?

—De hecho, ahora estoy trabajando en un artículo. Un encargo del director. —Su ego se puso en pie para otorgarle algún mérito—. Por el momento, he dejado los plenos.

—Pero esa es una noticia estupenda, ¿no? —Paula, su cuñada, se unió a la cruzada de hacer que Fernando se sintiera bien ante aquella corte de extraños.

—Sí, me está permitiendo volver a investigar un poco. Nada serio.

—¿De qué se trata? —Julio volvió a la carga.

—El ayuntamiento va a hacer un homenaje a un republicano fallecido durante la guerra. Hijo predilecto de la ciudad y esas cosas. Estoy escribiendo una retrospectiva para que la gente pueda conocer un poco más al personaje.

—¿Podemos saber quién es?

—No sé si lo conoceréis. —Fernando era el centro de atención de la mesa en aquellos momentos, lo que le hacía sentir incómodo—. Un empresario valenciano, Félix Santurce.

—Claro, hombre... —Julio se dio por aludido—. El que murió en Alemania durante los años de la guerra. Recuerdo que mi padre hablaba de aquello. Un héroe.

—Eso dicen.

—¿No lo fue?

—Sí, supongo... —Fernando no quería pisar en falso—. Tan solo escribo su biografía, para que los lectores sepan más sobre él.

El ruido de los cubiertos al caer sobre un plato los sobresaltó a todos. La abuela Isa había soltado el tenedor y el cuchillo, y se limpiaba la boca con la servilleta. Que también arrojó de forma violenta sobre la mesa, ante la desconcertada mirada de todos los presentes. El silencio fue la única respuesta.

—Ese nombre no se pronuncia en esta mesa —dijo mientras se levantaba con esfuerzo, arrastrando la silla, tras haber pronunciado sus primeras palabras durante toda la comida.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó su hija.

—¡El mismísimo diablo! Félix Santurce no merece reconocimientos. —La abuela tomó el bastón para dejar la mesa caminando muy despacio—. Y si tú participas en todo eso de su homenaje —señaló a Fernando con el dedo, escupiendo las palabras—, no eres bienvenido en esta casa.

Marisa se levantó a acompañar a su anciana madre mientras balbuceaba una disculpa a Fernando, y todos se miraron en silencio sin saber qué acababa de ocurrir.

## SEGUNDA PARTE

—¿Tú me robas a mí?

Chirinos dio otro bote en el asiento y el color ceniza de su cara se ennegreció. Pestañeaba, azorado.

—¿Qué dice usted, jefe? Dios es testigo...

—Ya sé que no —lo tranquilizó Trujillo—. ¿Y por qué no robas, pese a tus poderes para hacer y deshacer? ¿Por lealtad? Tal vez. Pero, ante todo, por miedo. Sabes que, si me robas y lo descubro, te pondría en manos de Johnny Abes, que te llevaría a La Cuarenta, te sentaría en el Trono y te carbonizaría, antes de echarte a los tiburones.

MARIO VARGAS LLOSA, *La fiesta del chivo*

# 1

*Berlín, noviembre de 1936*

Recostado en el sillón de barbero que se había hecho instalar en el amplio baño, su asistente apuraba con la navaja, con cuidado de no cortarle. No era día para llevar un pedazo de esparadrapo en la cara. Cada varias rasuradas, el mayordomo limpiaba la espuma que había quedado en la hoja, tensaba la correa de cuero que llevaba al hombro y pasaba el filo por ella. Se acarició el rostro, asintiendo. El otro tomó el frasco de loción, aplicó un poco en sus manos y le hizo un suave masaje mientras se la extendía. Para terminar, cogió la toalla caliente y le envolvió el rostro con ella, dejándole a solas durante unos minutos.

Tras esos instantes de relajación, Jürgen von Schimmer salió del baño con el reluciente albornoz blanco. Su asistente había expuesto el uniforme sobre la cama. El negro, como le había pedido. Era un día que merecía celebrarse vestido de gala.

No le gustaba el abombamiento que los pantalones tenían a la altura del muslo. Sentía que desmerecían la altura que él tenía y le hacían parecer más gordo. Así que, el año anterior, había hecho llamar a la factoría de Metzingen para que el propio Hugo Ferdinand Boss le tomara medidas para sus trajes, con las perneras más ceñidas. Si de por sí esos uniformes ya eran elegantes, la modificación introducida por Von Schimmer daba un aspecto más esbelto, y sumó muchos adeptos entre sus colegas generales. Aunque aquellos que eran más bajitos prefirieron seguir utilizando el pantalón abombado, porque decían que les confería una imagen más robusta.

Su asistente le hizo el nudo de la negra corbata y le ayudó con la casaca, lastrada por el peso de las insignias a la altura del corazón. El cinturón — había elegido el gris— y la correa de piel, cruzada en el pecho. Se sentó en la cama, estirando una pierna cada vez para que el mayordomo le pusiera las botas negras de caña alta, siendo muy meticuloso con que las perneras estuvieran bien metidas dentro de ellas, y no quedaran arrugas.

Estiró el brazo izquierdo, para que su ayudante colocara el brazalete rojo, de modo que el círculo blanco con la esvástica en negro quedara bien visible.

El propio Von Schimmer se caló la gorra de gala, con el águila plateada del Reich en el centro y, mirándose al espejo, satisfecho del resultado, dejó

que su asistente colocara con delicadeza el largo abrigo, también negro, sobre sus hombros. Contemplando su imagen, veía natural que infundiera respeto y miedo a partes iguales. Se sentía imponente. Si su cargo ya era importante dentro de la Schutzstaffel, a partir de ese día iba a convertirse en intocable.

Le había costado mucho llegar hasta allí. Echaba la vista atrás y recordaba los tiempos en los que, encuadrado en los «camisas negras», formaba parte del equipo de guardaespaldas en los discursos que, tras la Gran Guerra, Adolf Hitler pronunciaba en las tabernas de todo el país. Las ideas del gran hombre generaban filias y fobias a partes iguales. Las filias eran bienvenidas, y Von Schimmer demostró ser un eficaz recurso contra las fobias. Sabía coordinar al equipo de jóvenes patriotas para expulsar a los grupos que trataban de reventar las intervenciones del hombre que estaba destinado a convertirse en el Führer de aquella nación sin rumbo.

Tras las elecciones, y ya con el partido nacionalsocialista en el Gobierno, los servicios de Von Schimmer habían sido reclamados por el otro gran hombre: el Reichführer Heinrich Himmler.

Himmler convirtió las SS en el cuerpo más admirado, y temido, de la nueva Alemania a la que habían dado a luz. El control de elementos subversivos en el país era el primer paso: judíos, masones, homosexuales y otros grupos indeseables tenían que rendir cuentas ante aquel selecto grupo de militares que decidían quien era válido, o no, para ayudar al Führer a levantar su amada nación. Y cuando la maquinaria del Reich, la Wehrmacht y las SS estuvo perfectamente engrasada, Von Schimmer fue uno de los elegidos para comandar el nuevo rumbo de la gran Alemania hacia su expansión.

El chófer esperaba en la calle, de pie junto a la puerta trasera del coche abierta, que cerró una vez Von Schimmer se hubo acomodado. El palacio de la Cancillería era su destino, que completaron en pocos minutos desde la residencia del general alemán. Von Schimmer estaba nervioso, no porque no hubiera cumplido con la misión que le habían encomendado, había sido todo un éxito, sino porque la reacción de Himmler a su trabajo marcaría su destino y su papel en la Alemania que iba a dominar el mundo.

El vehículo accedió al recinto del palacio de la Cancillería y se detuvo ante las grandes puertas. Von Schimmer no tuvo ni siquiera que identificarse para acceder por ellas, custodiadas por un oficial y un pequeño grupo de militares que hacían guardia. Fue directo a buscar al secretario del Reichführer y le pidió que avisara a Herr Himmler, una vez llegara a la Cancillería, para reunirse con él en la sala de cristal, el lugar donde se solía recibir a las visitas de Estado.

—¿Qué es tan importante como para alterar mi agenda de esta manera? —preguntó Himmler cuando llegó a las puertas de la sala de cristal, cerradas, y ante las que cuatro soldados seleccionados por Von Schimmer hacían guardia para que nadie entrara. El Reichführer venía acompañado de su guardia personal. No parecía enfadado, pero su mirada exigía que aquello valiera la pena.

Von Schimmer se cuadró ante la aparición de su superior. Bajito y con apariencia fofa, tras aquellas inocentes gafas redondas y la incipiente papada se escondía una de las mentes más brillantes de la nación. Y una ira que, cuando se desbordaba, convertía esa mente brillante en la más retorcida que Von Schimmer había visto jamás.

—Señor... —Von Schimmer seguía cuadrado, mirando al frente para evitar los ojos de Himmler—, traigo algo para usted.

—Se ha puesto el uniforme de gala —advirtió Himmler—, por lo que ha venido a impresionarme. Descanse. —Von Schimmer relajó su postura, mirando por primera vez a los ojos del segundo hombre más importante del país.

El propio Himmler ordenó a los soldados que se apartaran y abrió, a la vez, las dos hojas de la puerta que daba acceso a la sala, impaciente. Apenas dio dos pasos y se detuvo, casi boquiabierto, hubiera jurado Von Schimmer. El Reichführer se quedó en silencio ante lo que estaba contemplando.

Ordenadas en expositores forrados de terciopelo negro dispuestos a varias alturas y que ocupaban la totalidad de la gran mesa de reuniones, brillaban cientos de monedas de oro y plata. Ayudado el día anterior por un grupo de historiadores de la universidad, las piezas habían sido dispuestas por épocas, con pequeños carteles que señalaban las épocas de acuñación y su procedencia. Roma, Bizancio, el imperio musulmán o los reinos visigodos. Piezas de oro de Tenochtitlán, maravedíes de Felipe IV y joyas procedentes de la dinastía borbónica. Himmler no podía creer que todo aquello estuviera en sus manos.

—La colección del Museo Arqueológico español... —fue lo único que acertó a decir.

—Tal y como había pedido, señor. —Von Schimmer, sin alterar su rictus, disfrutaba de su éxito.

—¿Cómo lo ha logrado?

—No deseo aburrirle con detalles, señor. Lo importante es que está aquí y que Alemania es ahora su custodio.

—El Führer tiene que conocer esta hazaña. —Himmler podía sentir ya la mano del gran hombre acariciando su lomo.

—Con su permiso, señor, recordarle que esta entrega tiene contraprestaciones.

—Ya, ya... —Himmler ni siquiera miraba a su subordinado, su atención era plena a la colección de piezas que estaba frente a él—. Las contraprestaciones, sí. Bombardearemos lo que nos pidan, será un simple entrenamiento para la Luftwaffe. Coordínelo usted.

Y así, con aquella simple frase, Himmler había concedido galones a Von Schimmer para dirigir la fuerza aérea alemana. Sin mayor protocolo ni interés. El gran hombre ya tenía lo que quería, lo demás era secundario. Por muchas ciudades que arrasaran sus aviones, por muchas vidas que quitaran. El poder de la nueva Alemania estaba representado en aquellas monedas, en aquel patrimonio histórico que habían conseguido arrebatarse a otro país.

—Buen trabajo, general Von Schimmer. Sabía que no me equivocaba con usted. —Se giró por fin a hablarle—. Celebraremos esta noche una cena en su honor. Se sentará a mi lado. —Jürgen von Schimmer había accedido al Olimpo, a la mesa de los dioses.

—Gracias por ese honor, señor. —Por supuesto, a Von Schimmer ni se le pasaba por la cabeza mencionar que todo el trabajo había sido del general Gallardo. A ese paleta ya le darían palmaditas en la espalda los suyos cuando las bombas alemanas comenzaran a caer.

—No merece menos. Es usted uno de mis hombres y ha conseguido algo que hubiera jurado que era casi imposible.

—No hay nada imposible, Herr Himmler.

—Eso me recuerda... —Himmler volvió a tierra, hablando de esa manera suave, pero amenazadora, que le había llevado hasta donde estaba— que su misión no ha terminado.

—El plan sigue su curso.

—Soy el responsable ante el Führer. No me haga quedar mal. —Aquellas palabras, pronunciadas muy cerca del rostro del general, resumían que el destino de Von Schimmer podía ser muy diferente si no lograba la segunda parte de su acuerdo.

—No se preocupe, señor. Todo saldrá según lo previsto.

—General Von Schimmer... —no supo interpretar si era un intento de motivación o de infundir miedo—, el día que el *Autorretrato* de Durero y *Las meninas* cuelguen en las paredes de la residencia del Führer, será usted uno de los hombres más importantes de Alemania.



—Aceptaré el puesto que usted crea conveniente.

—Pero si esos cuadros nunca llegan... —sonrió Himmler de medio lado —, yo no querría estar en su piel, general. *Hail Hitler!* —Y el Reichführer salió por la puerta de doble hoja de la sala sin ni siquiera mirarle.

## 2

*Valencia, enero de 1980*

Las dos largas semanas de fiestas navideñas tienen sentido si hay niños. Fernando recordaba las de su infancia: la misa del gallo, las tardes de feria el 25 de diciembre, la noche de fin de año en casa de los abuelos o el regalo para compartir con Pablo que los Reyes Magos dejaban en el balcón. Antes de abrirlo, comprobaban que los tres de Oriente se hubieran comido las galletas y dado de beber el vaso de leche a los camellos. Era la señal de que habían aceptado la ofrenda, dejando un regalo a cambio.

Siempre le había resultado un día con sabor agri dulce. El más esperado del año, con los nervios de saber si se había portado bien como para merecer un regalo, pero con el peso de tener que volver al colegio al día siguiente. Y aquel primer día de escuela, en el que aún duraba la efervescencia de las vacaciones, pero que, con el paso de las horas perdía su poder, pareciendo que los felices días vividos ya fueran algo lejano. Esas dos caras que la vida tiene la habilidad de situar siempre tan cerca, como para recordar que nada es eterno. La felicidad casi tocando los dedos de la amargura.

La propia vida ya se había encargado de recordarle que esas dos caras siempre están más cerca de lo que uno piensa, como si pertenecieran a la misma moneda y hubiera que lanzarla al aire para ver qué sale. La muerte de su padre, la enfermedad de su madre, su éxito profesional, el aire fresco de Marta, el nacimiento de Leo. Su muerte. El divorcio.

Esas Navidades esperadas en su infancia se convirtieron en una simple época de vacaciones durante su adolescencia y juventud. Unos días de asueto para quedar con amigos, hacer alguna fiesta en la casa que estuviera libre e intentar robar algún beso a la chica que le gustara en ese momento. Ya con Marta, unos días para escaparse a algún pequeño lugar romántico, juntarse con los amigos a brindar por el año nuevo o volver a tener la ilusión por comprar el regalo perfecto para ella. Y sorprenderse con el suyo.

Pero la llegada de Leo y el privilegio de verle crecer volvieron a revolucionar la última semana del año y la primera del siguiente. Conseguir el catálogo de juguetes donde su hijo, con tan solo cinco años, ya marcaba cuáles eran sus preferidos. El ritual de escribir la carta para echarla en el buzón del cartero real. Los villancicos, las tardes de programa doble infantil

en el cine Rex y el paseo por las calles iluminadas con un cucurucho de castañas asadas. La cabalgata de Reyes. Los nervios de no poder dormir la noche del 5 al 6 de enero, y ser despertado por los saltos en la cama de un niño impaciente que no se atreve a ir solo al comedor.

Cuando la Navidad volvió a cobrar todo su sentido, la vida decidió lanzar de nuevo la moneda al aire. Y salió cruz. La felicidad de la anterior Navidad, donde Fernando sentía que tenía más de lo que hubiera imaginado, estaba tocando con los dedos la amargura de aquellas, encerrado en el piso de una anciana muerta y vaciando botellas para evitar pensar y recordar. Las dos caras de la moneda. El juego al que la vida siempre está jugando. Aunque ni siquiera lo sepamos.

Pablo le pidió disculpas, en nombre de toda la familia, por el comportamiento de la abuela Isa. Le comentó que Julio y Marisa se sentían avergonzados de que un invitado hubiera tenido que sufrir aquello, y le pedían comprensión, por boca de Pablo. «Ya se le va la cabeza», fue el argumento escogido. Pero en ningún momento de aquella comida a Fernando le dio la impresión de que a la abuela Isa le hubiera dejado de regar el cerebro. Elegante y sobria, su silencio y su actitud tranquila indicaban que, aunque estaba satisfecha de tener reunida a su familia, no estaba viviendo un momento especialmente feliz. Y la acusación, apuntándole con el dedo, había roto la calma de aquella mujer que, hasta ese momento, no había abierto la boca. Pronunciar el nombre de Félix Santurce había provocado un oleaje en el interior de la anciana. Un oleaje que no pudo contener y le hizo lanzar veneno por su boca. O dolor. Quizá las sospechas de Fernando de que el famoso mártir de la República no fuera trigo limpio no eran del todo infundadas.

Por supuesto que aceptó las disculpas de su hermano, pero no era lo que quería. Necesitaba volver a hablar con aquella mujer.

—Vaya..., Fernando. Qué sorpresa. —Una extrañada Marisa había abierto la puerta de su casa mientras cargaba una caja de la que asomaban varias tiras de espumillón.

Fernando había dejado pasar las Navidades. Si quería hablar con la anciana, mejor que transcurrieran un par de semanas para que las cosas se calmaran. Y que la rutina volviera a las vidas de todos tras las fiestas y reuniones familiares.

—Estaba por la zona, y me ha parecido una buena oportunidad para pasar a saludar. —Mentira. Fernando hablaba desde la verja del pequeño jardín del chalé urbano.

—Pues mira, me pillas recogiendo. Es muy bonito montar el árbol, y a eso todos ayudan —sonrió Marisa—. Pero guardarlo siempre le toca a la misma. —Marisa se acercó hasta la verja.

—Bueno, siempre debe haber alguien que se encargue de que todo vuelva a la normalidad.

—Oye... —la pequeña verja les separaba, Marisa no había hecho intención de abrirla—, te pido disculpas por lo del día de Navidad.

—Por favor, Marisa, no tiene ninguna importancia. Ya se lo comenté a Pablo, todo olvidado —dijo con una sonrisa.

—Muchas gracias, no sé qué pudo pasarle a mi madre. Está muy mayor.

—Mira, Marisa, si te soy sincero, he venido porque me gustaría hablar con ella.

—No creo que sea necesario, Fernando. A su edad, los disgustos... —Fernando advirtió que Marisa se había puesto un poco a la defensiva, tratando de proteger a su madre.

—No, no... No me he expresado bien. Félix Santurce... —El periodista apoyó una mano en la pequeña verja—. Tu madre saltó al oír su nombre, como si le conociera.

—Pues no tengo ni idea, no ha querido hablar del tema.

—Como os comenté, estoy escribiendo un artículo sobre ese hombre, y quizá tu madre tenga alguna historia que contar. Vengo en son de paz.

—Fernando, no es buen momento... —Marisa dejó la caja en el suelo—. Mi madre está enferma, insuficiencia respiratoria. Ha pasado unas buenas Navidades, pero lleva unos días en cama. No quiero que nada le altere.

—Serían solo unos minutos. Si pudiese aportar algún dato, me sería de mucha utilidad. —Fernando notó que Marisa pensaba en lo que le estaba pidiendo—. Por favor, dile que yo no participo ni promuevo ese homenaje. Solo hago mi trabajo. —Hizo una pequeña pausa—. Y dile que algo me huele mal con ese hombre.

—Mira, vamos a hacer una cosa... —dijo tras unos segundos—. Voy a hablar con ella estos días. Pásate la semana que viene y vemos a ver qué tal se encuentra, ¿te parece?

—Gracias por tu comprensión. —Fernando se dio cuenta de que Marisa sentía que le debían algo tras el incidente de la comida, y él no iba a desaprovechar eso—. Vuelvo la semana que viene.

—No te prometo nada.

—No es necesario que prometas. —Y con una sonrisa se despidió de la cuñada de su hermano, que ni le había dejado cruzar la verja de su jardín.

La Navidad era una época muy tranquila en la redacción de la revista. Momentos en los que, tras sacar el número resumen del año, la plantilla se tomaba los días de vacaciones que se les debía. Además, como la actividad política se paralizaba durante las fiestas, el primer número del año era un refrito de noticias y alguna entrevista que en su día no se había publicado por no tener hueco. Así que nadie le afeó que no hubiera aparecido en las dos últimas semanas.

Al entrar, aquel 7 de enero, la actividad volvía a ser frenética. Y aunque él, con el tema Santurce como único frente abierto, no tenía ninguna necesidad de trabajar en su mesa, pensó que no estaría mal dejarse caer por allí.

—Feliz año, amigo. —Salva se plantó en su escritorio nada más verle.

—Igualmente. ¿Todo bien?

—Necesitaba estos días de descanso. —Salva quería obviar que los niños no le habían dejado parar durante las vacaciones y que había podido disfrutarlos como hacía mucho tiempo.

—Me alegro de que hayas vuelto con las pilas cargadas.

—¿Y tú?

—Con ganas de que pasaran estos días, la verdad. Y volver al tema de Santurce.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, ya lo tengo casi esbozado. —Mentira, segunda del día—. Iba ahora a ponerme a redactar un borrador.

—Genial, que el viejo lo vea cuanto antes.

—Silvia Ospín me dijo que el homenaje sería antes de Fallas. Faltan dos meses, no hay prisa.

—Fernando... —Salva bajó la voz—, este es un reportaje importante para la revista, lo sabes. Fonfría va a querer mostrarlo al alcalde antes de que vaya a imprenta. Un mes.

—Vaya, estás generoso.

—En un mes te daría tiempo a hacer cuatro artículos como este. —Salva quiso recordarle lo capacitado que estaba su amigo para aquello—. No protestes y ponte a trabajar.

—Un mes. De acuerdo.

Lo cierto era que, pasada una semana desde esa conversación, Fernando solo había escrito el título. Y ni siquiera le convencía: «Félix Santurce, un héroe de la República». Un cliché impropio de él.

Fernando oyó cómo el timbre sonaba dentro del chalé. Una semana exacta desde la anterior visita, tal y como le había pedido Marisa. Mientras esperaba a que la cuñada de su hermano le abriera, reparó en lo tranquilo que era aquel barrio, incluso en días laborables. El tráfico apenas se oía en aquellas calles, apagado por la vegetación del jardín de cada una de las casas. Algunos estudiantes, de las cercanas facultades de medicina y farmacia, pasaban con sus libros y mochilas camino de clase, y tan solo un repartidor de comida congelada a domicilio circulaba a esas horas por allí.

—Fernando, me alegra verte. —Esta vez sí que abrió la pequeña verja, indicando que le permitía entrar.

—¿Qué tal se encuentra tu madre? —Que Marisa le abriera el paso era un buen presagio.

—Pues ha empeorado. Sigue en cama, con oxígeno.

—Vaya, lo lamento mucho.

—No vas a poder hablar con ella, lo siento.

—¿Entonces? —Fernando, ya dentro de la casa, no sabía para qué había entrado.

—Le comenté que querías verla —dijo Marisa mientras cerraba la puerta —, pero no se encuentra con fuerzas.

—Quizá otro día.

—Ha insistido en que te enseñe un álbum de fotos. —Y Marisa entró por el pasillo, hacia el salón donde habían comido el día de Navidad.

—¿Un álbum de fotos? —se extrañó Fernando.

—Chico, no lo sé. Yo te lo enseño y le echas un vistazo.

Marisa le indicó que pasara al salón, el mismo donde se había montado la gran mesa el día de Navidad, que había recuperado su composición habitual, mientras ella desaparecía hacia la cocina. Fernando tomó asiento en unos cómodos y amplios sofás, frente al televisor Thompson, cuyo diseño moderno contrastaba con algunos cuadros de motivos marineros, sin valor alguno, que decoraban aquel salón. Probablemente viejos recuerdos familiares de los que

Julio y Marisa no habían querido desprenderse. Un tocadiscos, sobre un mueble que encajaba en uno de los rincones, era otro de los toques modernos de aquella mezcla de estilos. En el compartimento inferior de aquel mueble, las caras de Julio Iglesias, Camilo Sesto o Pablo Abraira descubrían los gustos musicales de los propietarios del chalé urbano.

Al volver de la cocina, la cuñada de su hermano traía una bandeja con café y pastas, así como un pequeño álbum de fotos, de esos con tapas acolchadas que, no de forma muy lograda, tratan de imitar una oscura piel. Mientras Marisa le servía un café, Fernando pasaba las páginas de aquel álbum. No había nada llamativo en él. Fotografías de Isa y Marisa, en distintos momentos del tiempo. En un jardín, en la plaza Redonda, en la puerta de un teatro. Alguna celebración familiar.

—Perdona que te pregunte —se aclaró la voz Fernando—. ¿Tu padre? No aparece en ninguna foto.

—Murió cuando mi madre estaba embarazada. Me ha criado ella sola, jamás se volvió a casar.

—Vaya..., una historia dura. ¿Qué ocurrió?

—Un accidente de trabajo, durante la guerra. Mi padre trabajaba en una serrería; un descuido, y la radial le cortó a la altura de la femoral. Murió desangrado en minutos.

—Dios santo... Lo siento mucho. —Fernando no sabía qué decir.

—Martín se llamaba.

—¿En qué año naciste tú?

—En el treinta y ocho.

—Mi padre murió cuando yo tenía diez años. Al menos pude conocerlo.

—Lo sé, Pablo nos ha contado la historia. Otra desgracia. —Y Marisa se arrepintió al instante de aquellas palabras, sabiendo la situación que atravesaba Fernando.

—La vida no siempre es justa. Casi nunca lo es. —Seguía mirando las fotos del álbum—. No hay ninguna tuya de pequeña.

—No tengo. No se estilaría por aquel entonces —supuso la cuñada de su hermano—. Tras la muerte de mi padre, mi madre se fue a Francia y dio a luz allí. Imagino que huiría del dolor y los recuerdos. Volvimos cuando yo tenía cinco años.

—Pero en la fotografía en la que apareces más joven debías de tener unos quince años.

—Trece. —Señaló una de ellas—. La recuerdo porque fue el día de mi cumpleaños.

No comprendía por qué la abuela Isa quería que viera aquel álbum. No guardaba relación alguna con lo que él andaba buscando. Las últimas fotos eran de una época más reciente; ya aparecía Julio en ellas, del tiempo en el que eran novios, explicó Marisa.

Y ya. Fotografías insustanciales, costumbristas. Una vida resumida en unas pocas imágenes. Pero que no aportaban nada, más allá de que aquella mujer había tenido el valor de sacar adelante a una hija en momentos muy complicados.

La última foto del álbum era del sesenta cumpleaños de la abuela Isa. Sentada, soplaban las velas que indicaban el seis y el cero, con Marisa de pie a su lado. Con toda probabilidad era Julio quien la habría hecho.

—No sé por qué tu madre querría que yo viera esto.

—Yo tampoco. Pero es lo que pidió.

—En fin... Quizá, si ella me lo explicase, podríamos averiguar el porqué —insistió Fernando.

—Es lo que me ha pedido. Más no puedo hacer —se encogió Marisa de hombros mientras apuraba su café, el que Fernando ni siquiera había tocado.

Decepcionado, Fernando miraba aquella última foto. Parecía estar tomada en la casa donde se encontraban, en el mismo salón. Los muebles que aparecían ya no estaban, y la pintura blanca de la pared había sido sustituida por un empapelado de motivos abstractos.

Pasó la tapa trasera y cerró el álbum. Pero algo llamó su atención; el forro interior de cartulina de esa tapa trasera tenía unas marcas que formaban un rectángulo en relieve. Volvió a abrir el álbum y se fijó en aquella singularidad. Con la uña siguió aquellas finas líneas, marcando ese rectángulo en el forro.

—¿Me dejas un cuchillo? —preguntó Fernando.

—¿Para qué?

—Quizá para nada, ahora te lo digo. Pero quiero comprobar algo.

Marisa volvió de la cocina con un cuchillo de punta redonda, de los de extender la mantequilla en las tostadas. Con cuidado, Fernando buscó un lugar donde introducir la punta entre la tapa y el forro, hasta que dio con él. Despacio, con precisión de cirujano, fue deslizando la hoja por la parte superior, haciendo que el forro se fuera separando. Y pudo ver qué era aquello que producía aquellas líneas rectas en relieve: entre la tapa y el forro había una fotografía escondida.

No le fue fácil sacarla, el tiempo había hecho que se pegara y, cuando logró desprenderla, la imagen tenía algunos fragmentos que se habían



difuminado, y otros en los que se había rasgado la capa superior. Aun así, se podía apreciar bastante bien la imagen, y ambos se quedaron boquiabiertos.

—¿Sabías que estaba escondida esta foto? —preguntó Fernando.

—Primera noticia. Y eso que he visto cientos de veces este álbum. No me lo puedo creer.

Aquello a lo que ninguno de los dos daba crédito era una imagen donde dos hombres y dos mujeres posaban frente a *Las meninas*. El cuadro de Velázquez, apoyado en un bastidor, superaba la altura de las cuatro personas que estaban ante él, pareciendo que formaran parte de la obra, en un desgastado blanco y negro, que había amarilleado en forma de manchas distribuidas al azar.

—No comprendo... —A Marisa le costó pronunciar las palabras—. ¿Qué significa esto?

—Hay algo escrito a mano —advirtió Fernando—. Apenas se puede leer. ¿Tienes una lupa?

Marisa fue hasta un cajón y sacó unas gafas. Aunque se las puso y probó a enfocar la vista, no alcanzaba a leer la pequeña letra a la que le faltaban fragmentos de tinta.

—Déjamelas, por favor. —Fernando las utilizó a modo de lupa, acercándolas y alejándolas de la imagen—. Alejandro, Elisa, Mateo y... ¿Bela? No se lee bien. Valencia, 1937.

Marisa tomó las gafas y la fotografía, haciendo lo mismo que había hecho Fernando. Coincidió con él. «Alejandro, Elisa, Mateo y Bela. Valencia, 1937».

—¿Te dice algo alguno de esos nombres?

—Para nada —respondió Marisa.

—*Las meninas*, junto con otros cuadros del Prado, estuvieron en Valencia cuando la ciudad fue capital de la República. Acompañaron al Gobierno, que quería proteger el patrimonio artístico a toda costa —recordó Fernando.

—Pero no entiendo qué pinta esta foto aquí.

—¿Puedo llevármela? Quizá en el laboratorio de la revista puedan ayudarme a descifrar algo de ella.

—El cuadro está claro que es ese, pero las caras apenas se ven.

—Te la devolveré pronto. —Fernando arrancó un par de hojas de una libreta que había en la mesa e hizo un improvisado sobre para guardar la imagen—. Lo prometo.

Marisa no supo negarse, estaba demasiado impactada por el hallazgo. Una vez despidió a Fernando, volvió a dejar el álbum en su lugar y fue hasta la

habitación donde descansaba su madre. Al abrir la puerta, escuchó la respiración ahogada tras la mascarilla de oxígeno, un sonido cavernoso pero constante y pausado.

—¿Estás despierta, mamá?

—Sí, hija. —La abuela Isa abrió los ojos.

—No te vas a creer...

—La ha encontrado, ¿verdad? —le cortó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque parece que hayas visto un fantasma, hija —contestó la anciana.

—No me habías dicho nunca nada de esa foto.

—Si la ha encontrado, quizá es que ese periodista no sea tan idiota. —Se quitó la mascarilla para hablar, y las palabras le salían fatigadas.

—¿Quiénes son las personas que aparecen?

—Vamos a ver si ese hombre es capaz de descubrirlo. —Y la anciana se volvió a poner la mascarilla para respirar de nuevo profunda y sonoramente, sin poder esconder una pequeña sonrisa que a su hija no le pasó desapercibida.

### 3

*Valencia, noviembre de 1936*

«El Gobierno se desplaza a Valencia para organizar desde aquí la victoria definitiva», era el titular.

Durante la cena, *coca amb tonyina* y ensalada de tomate de la huerta, César leía el ejemplar de *El Mercantil Valenciano* que había traído Alejandro. Su recuperación iba por buen camino, parecía sentir más segura la pierna a medida que pasaban los días. Apoyado en un bastón, ya podía salir a dar pequeños paseos por el barrio, respirar un poco y sentir los rayos del sol sentado en uno de los bancos de la plaza. Y esperaba impaciente que cayera la noche y llegara la hora de la cena, para que Alejandro pudiera contarle las novedades respecto a las obras y comentar con él las noticias sobre la guerra que los diarios publicaban.

—Esta gente nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino —dijo César mientras pasaba la página.

—Ya sabes que no me gusta que se hable de estas cosas en la mesa. —Empar recogía los platos para sacar el postre.

—Pero es que el Gobierno huye de Madrid, se trae los cuadros del Prado y quieren que creamos que tienen la fuerza para ganar esta guerra. —Cerró el periódico—. La tienen más perdida que las Filipinas.

—¿Eso es lo que de verdad crees, padre?

—Hijo... —Miró a Alejandro—. Entre palabras y hechos, quédate siempre con lo segundo. Largo Caballero está en fuga, y Valencia es solo estación de paso.

—Pues miles de funcionarios han llegado a la ciudad. El gobernador ha cedido edificios para los ministerios y los hoteles están completos. —Alejandro palpaba el ambiente que se respiraba en las calles—. Será una huida, pero los dueños de las tabernas se están frotando las manos.

—Entonces, ¿Valencia es ahora la capital de España? —preguntó Empar.

—Así es, madre. ¿No es emocionante?

—Ya verás qué emocionante es cuando las bombas empiecen a caer aquí. —El deje fatalista de César nunca le abandonaba. Pero su instinto tampoco.

—No digas eso, anda... —Por boca de Empar hablaba el miedo, aunque la lógica le dijera otra cosa. César le puso su mano en el brazo, queriendo tranquilizarla.

La familia Santoro había hecho de aquel pequeño piso en la plaza Rojas Clemente su santuario particular. Para César y Empar, esos pocos metros cuadrados eran la prueba fehaciente de que todo lo trabajado había valido la pena. Para Alejandro, era el refugio en el que nada podía ocurrir, en el que se sentía protegido y unido a las dos personas que lo habían dado todo para sacarlo a él adelante. Una vez comprado, padre e hijo se encargaron de reformarlo. Derribaron un tabique para hacer el comedor más grande, a costa de una pequeña salita, y colocaron ventanales nuevos. La puerta de salida al pequeño balcón era de una preciosa madera trabajada por un carpintero, conocido de César, que se había esmerado con la celosía acristalada. La propia Empar había tejido todos los visillos y cortinas, que daban un aspecto hogareño a aquella estancia. En el baño, idea de Alejandro, habían conservado el mosaico de pequeñas baldosas del suelo, que hacía un dibujo de figuras geométricas, y habían alicatado las paredes con azulejos de cerámica de Manises, blancos y azules, que combinaban una cenefa de flores a lo largo de las cuatro paredes. Aquella vivienda era su mundo, el que habían construido juntos y el que, sin apenas darse cuenta, había unido a los tres miembros de la familia Santoro más de lo que podrían haber imaginado jamás.

—¿Dónde han metido a tus jefes? —preguntó César a Alejandro.

—¿Mis jefes? —El joven se sorprendió con la pregunta de su padre.

—Sí, quienes sean los que dirijan el traslado de los cuadros.

—La Dirección General de Bellas Artes se ha instalado en el edificio de la calle de la Paz que hay frente al Parterre.

—Anda que se van a una chabola, ¿eh?

—Es el Gobierno, padre. —Alejandro veía natural que se ocuparan dependencias importantes en la ciudad.

—Por eso mismo deberían dar ejemplo —replicó César contrariado—. Aquí tendremos que atarnos los machos. El Gobierno ha puesto Valencia en el punto de mira al venir aquí. Y en vez de gastar el dinero en desplazar y alojar funcionarios, ojalá lo hicieran en construir refugios y acumular provisiones.

—Visto así... —Alejandro volvió a darse cuenta de que su padre siempre iba un paso por delante. El ritmo de trabajo que había llevado las últimas semanas y el hecho de sentirse importante por participar en el proyecto de los

cuadros le habían hecho no ser del todo consciente de la verdadera situación a la que se enfrentaba el país—. Por cierto, mañana tenemos visita.

—¿Visita? —preguntó Empar, que ya había vuelto con la fruta.

—Renau, el director general. Quiere ver en qué condiciones están guardados los cuadros.

—Nadie te va a poner la cara roja, ¿verdad? —preguntó César.

—Espero que no. Hemos hecho un buen trabajo.

—Mañana voy contigo.

—No es necesario, estará Lino.

—Quiero ver cómo han quedado las obras. Todavía soy el contratista de la iglesia.

—Padre, por favor... —Los ojos de Alejandro transmitían un ruego—. Déjame que pueda defender a solas mi trabajo.

—Lo harás. —César le sonrió—. Pero déjame a mí ejercer de padre que no quiere dejar solo a su hijo. —Y, en ese momento, fue Alejandro quien le devolvió la sonrisa.

La llegada, con nocturnidad, del Gobierno de Largo Caballero a Valencia había revolucionado la ciudad en muchos más aspectos de los que nadie podría haber imaginado. El gobernador civil llevaba meses trabajando en las posibles ubicaciones de las dependencias ministeriales. Edificios públicos y otros cedidos por miembros de la nobleza valenciana debían estar preparados para acoger a los funcionarios que se desplazarían a Valencia en caso de que se convirtiera en la capital. De ese modo, en pocos días desde la llegada del Gobierno, todas aquellas dependencias pudieron ser ocupadas para intentar que la maquinaria burocrática del país no se detuviera.

La presidencia de la República ocupó el palacio de Benicarló, en la calle Navellos; la presidencia del Gobierno y el Ministerio de Guerra fueron alojados en el palacio de los Pescara, en la calle del Pintor Sorolla, y el Ministerio de Comunicaciones, vital para seguir el transcurso de la guerra, se ubicó en el majestuoso edificio de Correos, en la misma plaza donde se encontraba el ayuntamiento. El edificio de la Caja de Previsión Social, el de la Caja de Ahorros, la casa de los Montenegro de la calle Sorní o los palacios de Trénor y del marqués de Campo fueron algunas otras de las muchas localizaciones que Valencia preparó para aquel despliegue de ministerios, direcciones generales y comités de partidos políticos.

El ritmo de la ciudad había cambiado casi de la noche a la mañana. No era solo que cientos de funcionarios y trabajadores públicos, junto con sus familias, hubieran arribado a la ciudad, sino que los intelectuales afines al Gobierno, y que salían de Madrid por las mismas razones que este, revolucionaron cafés, *halls* de hoteles, teatros y clubes nocturnos. Los mejores artistas de España, que perdieron en Madrid a sus espectadores habituales, recalaron en Valencia para seguir entreteniendo a aquellos que todavía podían permitirse pagar el precio de las entradas.

Todo aquel desembarco fue muy bien recibido por comerciantes, cafés, restaurantes y hoteles. Y por personas que buscaban trabajo como personal de servicio doméstico para altos funcionarios y sus familias. Aquello era consecuencia de esa guerra en la que todavía no se había disparado un tiro en Valencia, pero que se seguía por los periódicos y que, aunque estaba presente en todas las conversaciones, parecía algo irreal, difuminado. A mucha gente le estaba yendo mejor que nunca, por lo que, lamentándose de aquel conflicto con la boca pequeña, contaban, con una sonrisa en sus labios, los billetes de sus cajas registradoras.

A escasos metros de las dependencias donde se había instalado la Dirección General de Bellas Artes, el hotel Palace era un lujoso edificio modernista, levantado por encargo del empresario Enrique Trénor en 1906. Su característica marquesina en la entrada, y el mirador de madera en la esquina con la calle Bonaire, lo convirtieron en el más lujoso alojamiento de la Valencia de principios del siglo xx, la que se preparaba para asombrar al mundo en la exposición que se organizaría en 1909. Y, aunque se habían construido otros hoteles, el Palace mantenía, en aquel 1936, el sello de ser uno de los lugares de reunión más elegantes de la ciudad.

—¿Han llegado los restauradores? —Josep Renau trató de hacerse oír en el abarrotado salón de la planta baja del hotel Palace, donde se hospedaba.

—Sí, esta mañana —confirmó Barroso—. Se han puesto a trabajar de inmediato.

—¿Muchos daños?

—Aún no lo saben con certeza. Se han cerciorado de que están todas las piezas que iban a la iglesia del Patriarca, y mañana empezarán con los cuadros que no vinieron en cajas.

—Eso quiere decir que todavía no han ido a las Torres de Serranos, ¿no?

—Han llegado hoy —recordó Barroso, dando a entender que no habían tenido tiempo y que quedaban muchas jornadas de trabajo por delante.

Renau había elegido aquel hotel como alojamiento oficial. Quería tomar el pulso a su ciudad, y participar de primera mano en la intensa vida social e intelectual que había surgido tras la llegada del Gobierno. Barroso, llamado por su jefe a Valencia para comprobar que los cuadros del Prado estaban en buenas condiciones, y que su almacenamiento ofrecía garantías, se daba cuenta de que las dudas que habían atenazado a Renau desaparecieron por completo al llegar a su tierra.

En los periódicos afines a la República, se tildaba a Renau de héroe por haber tomado la decisión de sacar las obras de arte de Madrid. Decisión que se demostró acertada cuando, el 16 de noviembre, aviones del bando nacional lanzaron bombas sobre la Castellana y el paseo del Prado, cuya onda expansiva llegó a afectar a varios de los ventanales del museo. Aunque los daños habían sido menores —varias rejas descolgadas, rotura de cristales y el desencajado de algunas puertas de servicio—, era la prueba fehaciente de que el edificio peligraba. Y con él, las obras de arte que formaban parte de su colección. Ese pequeño bombardeo tuvo una amplia cobertura en prensa, de la que se hicieron eco los medios internacionales que tenían corresponsales en la capital. Pero, revestida de dramatismo, la noticia tuvo dos efectos positivos para el propio Renau: por una parte, justificaba su decisión y, por otra, generaba un enorme ruido mediático para denunciar, ante los embajadores de países europeos, que el bando sublevado no iba a tener escrúpulos para conseguir la victoria a toda costa.

—¿Dónde se aloja, Barroso? —preguntó Renau, saboreando la copa de oporto que había pedido.

—Un amigo me ha dejado su casa. Estudié aquí un par de cursos de comercio y aún conservo viejas amistades.

—Qué generoso por parte de su amigo.

—Bueno, solo van a ser unos pocos días.

—¿Unos pocos días? —se sorprendió Renau.

—Señor, voy a volver a Madrid. —Barroso se revolvió, incómodo, en su sillón. Sabía que le estaba dando una noticia inesperada a su jefe.

—Vaya, pensaba que podría contar aquí con usted.

—Tenemos el convento de las Carmelitas Descalzas lleno de las piezas que ha requisado la Junta de Incautación. Y siguen llegando —explicó el funcionario—. Siendo requisadas por nosotros para su protección, quiero asegurarme de que están catalogadas y almacenadas de manera correcta.

—Tiene razón. —Renau agradeció de nuevo la suerte de contar con aquel hombre. La operación del Prado le hacía olvidar que seguían protegiendo el patrimonio de nobleza e Iglesia ante los desmanes de los manifestantes de la capital. Si algo ocurría con todo aquello, la responsabilidad recaería en él—. Haga lo que tenga que hacer.

—Mañana comprobaremos el trabajo de Lino, y en unos días me vuelvo a Madrid.

—¿Estará seguro allí?

—Señor Renau..., solo soy un humilde funcionario —contestó Barroso, dejando entrever que sí. Pero lo que su jefe no sabía era que le parecía milagroso que las obras del Prado hubieran llegado casi intactas a Valencia y que, una vez verificado que estaba todo en orden, prefería apartarse de aquel espinoso asunto que le había tenido demasiadas noches sin dormir. Apartarse, al menos, por el momento.

Pere había llegado de buena mañana a la plaza de Rojas Clemente con la camioneta. A César le costó encontrar la forma adecuada de subir al asiento del acompañante, y de colocar la pierna para no golpearse durante el corto trayecto. La última vez que estuvo en ese vehículo fue tumbado en la parte trasera, llorando como un niño por la fractura provocada por el accidente. Esta vez fue Alejandro quien subió atrás y, cuando golpeó con los nudillos la chapa metálica que separaba la cabina de la parte de carga, Pere arrancó con destino a la iglesia del Patriarca.

—*Com va, jefe?* —preguntó el operario mientras conducía.

—Ahí vamos. Podría estar mejor —respondió César, mirando a través de su ventanilla.

—*Mos ha fotut!* —rio Pere—. ¡Y podría estar peor!

—Pues también tienes razón —dijo César sonriendo a su operario, recordando que su accidente podría haber tenido fatales consecuencias, y tenía que agradecer que no hubiera sido así.

Era cierto que Valencia estaba cambiada. Desde Guillem de Castro giraron a la altura de las Torres de Quart, y César observó que el barrio del Carmen bullía de actividad. Las tiendas habían sacado el género a la calle, y las sirvientas hacían la compra del día para sus señores. Ordenanzas hacían guardia a la puerta de varios de los edificios y palacios que había antes de llegar a la plaza del Tossal, custodiados también por soldados que fumaban y charlaban durante sus labores de vigilancia. Las tabernas habían sacado mesas



y taburetes a las aceras, y los clientes leían el diario y tenían acaloradas conversaciones. Muchachos con corbata llevaban valijas bajo el brazo, y funcionarios caminaban deprisa para llegar a sus nuevos despachos. Valencia estaba más viva que nunca, gracias a una guerra que ya contaba muertos en otras partes del país.

Entrando por Canalejas, Pere aparcó en la plaza del Patriarca. Apoyado en el bastón y con ayuda de su hijo, César puso el pie en tierra con dificultad. Hacía frío. En pleno noviembre, el sol era un disco tibio que apenas calentaba. Pero que seguía regalando aquella luz que se reflejaba en el agua de la fuente de la plaza e iluminaba los muros de la iglesia. Aquella iglesia que había cambiado sus vidas. Una obra, tan solo unas goteras. Era la forma que el destino había encontrado para situar sus piezas, para dar un papel a cada uno de ellos y empezar a jugar la partida.

Alejandro se quedó detrás de su padre mientras entraba a la sala que separaba la iglesia del claustro. Cuando los ojos de César se acostumbraron a la tenue luz del interior y sus pupilas se dilataron lo suficiente para poder ver allí dentro, no dio crédito a la imagen que tenía ante él. Sus hombres desmontaban un entramado de andamios y pasarelas, una vez las obras de acondicionamiento del techo de la iglesia estaban terminadas. Lo que comenzó con unas gotas y un pequeño charco en una de las capillas, se había convertido en un minucioso trabajo de reparación de todas las grietas, desconchados y filtraciones que, durante siglos, habían resquebrajado el techo de aquel templo. La capilla donde todo había empezado y la que estaba al lado acogían unas voluminosas estructuras de hormigón, de una apariencia robusta, indestructible. Varios hombres con batas blancas, como si fueran doctores, trabajaban sacando una de las grandes cajas que se guardaban en esas cámaras de hormigón. Uno de ellos tomaba notas sobre lo que decían sus compañeros, quienes revisaban de manera minuciosa aquella gran caja de madera, en la que César ni siquiera podía imaginar qué obra maestra del arte guardaría en su interior.

Se giró hacia su hijo y puso una mano en su hombro. Fijó su seria mirada en los ojos del chico y no pudo hacer otra cosa más que asentir. No fue necesario que abriera la boca para que Alejandro supiera lo orgulloso que estaba su padre.

César había dejado claro muchas veces que él no habría aceptado el trabajo, que esa responsabilidad no debía corresponder a un hombre corriente. Pero tras asimilar lo que estaba viendo, y saber que Alejandro era quien había conseguido todo aquello, dio gracias por no haber traspasado sus propios

miedos a su hijo. Porque para el propio César, conocedor de antemano de todo aquello que podría haber salido mal, el miedo hubiera sido su consejero para no embarcarse en aquella locura. Pero Alejandro, sabedor también de todos los posibles problemas, había conseguido domar el temor; había combinado su experiencia desde niño con sus estudios de arquitectura, para llevar a cabo aquellas dos tareas titánicas: la reforma de la iglesia y la construcción de las cámaras.

El antiguo capataz de la cantera, el veterano albañil que casi pierde la vida entre aquellos muros, contemplaba el resultado de haber abandonado todo por darle unos estudios a su hijo. Las noches en vela de Empar, asfixiada por si no podían pagar el alquiler del pequeño piso, y las duras jornadas de trabajo de César, tratando de abrirse un hueco con su pequeña empresa, habían valido la pena. Porque el chico que disfrutaba con los miles de fragmentos de roca que salían despedidos tras las explosiones de la cantera había logrado una proeza que otros, con mucha más experiencia, ni se hubieran atrevido a intentar. La guerra les había alcanzado, sí. Pero de qué manera tan paradójicamente hermosa.

—Dejad de hacer ruido —ordenó Alejandro a los operarios que desmontaban los andamios cuando José Lino entró en la iglesia acompañado de otros hombres.

El grupo de bata blanca también dejó sus tareas cuando vieron que el propio director general de Bellas Artes entraba en la iglesia.

—Alejandro, me alegro de que ya estés aquí. Señor Santoro... —se dirigió Lino a César—, espero que su recuperación vaya por buen camino.

—Ahí vamos, don José —respondió de manera seca el padre de Alejandro, quien aprovechó para apartarse a un lado; no olvidaba lo que le había prometido a su hijo.

—Señores, este es Alejandro Santoro, el joven arquitecto de quien llevo tiempo hablándoles, y la persona que va a velar por las cámaras de conservación mientras los cuadros estén en Valencia.

—¿Cuántos años tienes, chico? —preguntó uno de los visitantes.

—Veintitrés.

—Válgame Dios... —Sonrió—. Pero si José Lino dice que eres nuestro hombre, no seré yo quien le lleve la contraria. Josep Renau, director general de Bellas Artes —se presentó mientras le tendía la mano.

—Roberto Barroso, funcionario —le saludó el otro.

—Mi mano derecha —añadió Renau, señalando a Barroso—. Un hombre modesto.

—Un honor, señores —acertó a decir Alejandro, reconociendo el apellido del funcionario que había firmado la carta donde se le nombraba a él como custodio de las obras en Valencia.

—¿Aguantarán un bombardeo? —preguntó Renau, haciendo un gesto hacia las cámaras.

—Puede apostar que sí —respondió Alejandro, de manera informal—. Y lo que guardan dentro no se moverá ni un milímetro.

—Un fantástico trabajo, Lino —comentó Barroso.

—Gracias al joven ayudante que la fortuna me puso delante.

—¿Algún problema hasta ahora? —preguntó Barroso a los restauradores.

—Por el momento, todo correcto. Las cajas han aguantado bien el viaje, y los cuadros que estaban más expuestos no tienen daños considerables —contestó el que debía ser el responsable de aquel equipo.

—Señores, quiero que trabajen juntos —tomó la palabra Renau—. Nuestro joven arquitecto es el responsable del almacenamiento, de que los cuadros estén protegidos. Ustedes —señaló a los de la bata— hagan su labor de conservación de las pinturas, pero quiero que informen a Santoro —en ese momento apuntó a Alejandro— de en qué obra van a trabajar. Quiero que todos ustedes se aseguren de que este patrimonio de la humanidad no corre ningún riesgo. Tienen en sus manos el mayor tesoro del país. —Renau quiso dejar claro el papel de cada uno en aquel asunto.

—Señor... —Barroso habló cuando advirtió que ya no iba a interrumpir a su superior—. Hay un asunto que es importante.

—¿De qué se trata?

—Es posible que, en algún momento, los cuadros deban abandonar Valencia. —El funcionario procuró no sonar derrotista—. Y quizá, llegado ese momento, la salida de los cuadros deba ser inmediata.

—No cabe duda de que así debería ser —apuntó Renau.

—Me he tomado la libertad de disponer que el equipo de transportistas esté preparado para actuar con la mayor rapidez, si fuera necesario.

—Bien pensado, Barroso.

En ese momento, César observó a los dos hombres que accedían al interior de la iglesia. El primero, unos cuarenta años, bien parecido, vestía una cazadora de aviador. Tras él iba el que, sin duda, era su segundo. Un hombretón con un parche en el ojo izquierdo y andares toscos.

—Señor director, le presento a Mateo Aguirre, jefe de la expedición de camiones que ha traído los cuadros hasta aquí.

—Y quien deberá sacarlos cuando llegue el momento. —Renau miró a los recién llegados. Si esos hombres eran transportistas, él era el papa de Roma, pensó. Pero también se dio cuenta de que esa labor debía estar en manos de hombres resueltos y, sin duda, aquellos lo parecían.

—Señor director. —Mateo Aguirre hizo un leve gesto, como si se cuadrara ante Renau—. Gracias por su confianza.

—Señor Aguirre, esto es cosa de Barroso. Confío en el trabajo de mi colaborador. Y en que usted no nos falle cuando sus servicios sean requeridos. —Renau mantuvo las distancias con el de la cazadora de aviador.

—Descuide, vamos a permanecer en Valencia para actuar con la máxima rapidez si se da el caso.

—¿Se conocen? —Barroso miró a Alejandro y a Mateo.

—Sí, tuvimos la ocasión de presentarnos —dijo con amabilidad el transportista.

—Bien, porque han de trabajar juntos —continuó el funcionario—. El señor Aguirre ha de tener acceso a la iglesia en todo momento. ¿Se ocupará de ello, señor Santoro?

—Descuide —aseguró Alejandro, pero sin tanta amabilidad. El episodio en la puerta de las Torres de Serranos aún le escocía.

—Señores... —Renau habló para todos—, son ustedes el equipo que ha de proteger nuestro mayor patrimonio artístico. Se les ha confiado este deber porque son capaces para ello. Si es necesario, han de defender con sus propias vidas estos cuadros. No podemos permitirnos perderlos, ni que caigan en manos de los enemigos de la nación. —Hizo una pausa dramática, para concluir—: Esta misión está por encima de todos nosotros.

Alejandro ayudó a César a subir de nuevo en la camioneta. Apoyando una mano en el hombro de su hijo y la otra en la puerta, pudo por fin sentarse junto a Pere, que ya estaba al volante.

—Venga, vamos para casa, padre.

—Aún no.

—¿Y eso?

—Ya que estamos, me gustaría ver el trabajo en las torres.

—¿Estás seguro? —preguntó Alejandro.

—Déjame que disfrute de lo que has hecho. —Le guiñó un ojo.

Alejandro cerró la puerta para volver a montarse en la parte trasera cuando, por la puerta del edificio de la universidad, vio salir a la chica con la que había chocado días atrás. Los mechones rubios que bailaban al son de la ligera brisa la hacían inconfundible.

—Pere, id yendo. —Miró el camino que tomaba la joven—. Se me ha olvidado decirle algo al señor Lino.

—¿A Lino? —César levantó una ceja porque no pudo evitar darse cuenta de la dirección que tomaban los ojos de su hijo. Bendita juventud—. Ve, te esperamos.

—No, no... —negó Alejandro sin mirar a su padre—. Los soldados os abrirán al verte. —Y esta vez miró a Pere. Se le estaba escapando la oportunidad.

—¡Alejandro! —César lo llamó cuando ya se había puesto a caminar hacia ella. Sabía que su hijo no iba a acudir a las torres.

—Dime, padre —dijo el chico, volviendo con prisa a la ventanilla.

—Aguirre. —Sabía que no era el momento, pero no pudo evitarlo—. En algún momento te la va a jugar. —Lo dijo sin emoción alguna, con un tono neutro. Como quien está soltando la mayor obviedad del mundo, fiel a su estilo.

César sentía que ya no podía proteger de todo a su hijo. Que era él quien tenía que saber defenderse, estar preparado para que la cornada no le pillara desprevenido. Su hijo ya era un hombre. Para lo bueno y para lo malo. Como una revelación, aquella visita a la iglesia le sirvió para darse cuenta. En esa mañana en la que se había asombrado, y sentido orgulloso, del trabajo de su hijo. Y había visto aquella sombra, en forma de cazadora de aviador, que sobrevolaba como un ave carroñera, esperando el menor signo de debilidad de su presa.

Lo malo fue que Alejandro, mientras caminaba sin perder de vista el rumbo que tomaba la chica a la que deseaba conocer, sabía que su padre tenía razón.

*Valencia, noviembre de 1936*

Aunque en el sótano tenía la tina para lavar, la entrada de los nuevos huéspedes le obligó a recurrir a los servicios de una lavandería. Incluso había tenido que comprar juegos nuevos de sábanas, toallas y manteles, para tener repuesto durante el par de días que a la lavandería le costaba devolver limpia toda aquella colada.

Era curioso. El negocio llevaba dos años languideciendo, desde la muerte de su padre. Bela Silvero, fuera de toda lógica, se negó a deshacerse de la pequeña pensión; era lo último que le quedaba del hombre que más la había querido en el mundo. Y cuando ya se había hecho a la idea de salir de allí, con la abrumadora sensación de traición que le provocaba dejar el negocio que había heredado de su padre, fue cuando el Gobierno decidió desplazarse a Valencia y no hubo suficientes hoteles para toda la demanda de alojamiento que se produjo.

El hostel Milán era humilde, pero limpio y cómodo. Ubicado en la calle del Reloj Viejo, el retranqueo de aquel callejón le hacía ser un lugar discreto, en pleno centro de la ciudad. Apenas a unos metros de la plaza de la Virgen y la catedral, había sido asiduo de viajeros que, con una pequeña maleta de ropa y otra con sus productos, probaban fortuna en la ciudad del Turia. «Quien se aloja aquí siempre repite», era la frase de su padre. El secreto era que, al contrario que en muchos de los hostales de la ciudad, en el Milán sí se servían comidas para los huéspedes. Giuseppe, italiano, había puesto el nombre del establecimiento en honor a su ciudad, y lo lucía en el pecho, en un pequeño bordado de las camisas blancas a finas rayas rojas que había encargado. Y, por un módico precio, sus clientes dormían tras haber cenado un delicioso plato de pasta con tomate, verduras o carne picada, cocinado por el propio dueño.

Con solo siete habitaciones, el encanto de Giuseppe, y su buen humor, era suficiente para mantenerlo siempre al completo. La planta baja tenía el mostrador de recepción y el salón donde se daban la comida y la cena. Ese mismo salón, con cinco desgastadas mesas de tosca madera y sillas de enea, y decorado con cestas de esparto, fabricadas por artesanos que trabajaban ese material en Valencia, y azulejos en los que se leían refranes en valenciano

—«*A la taula i al llit al primer crit*» o «*Plou poc, però per a lo poc que plou, plou prou*»—, era usado como sala de lectura o de improvisada reunión por los huéspedes, donde nunca faltaba el anís, la ginebra o un buen café. En la primera planta se distribuían cuatro habitaciones, y en la segunda, otros tres dormitorios, estos abuhardillados. Los días que aquellos viajeros permanecían en el hostel se sentían como en casa gracias a las atenciones de Giuseppe y su hija Bela.

Dos años atrás, un constipado mal curado derivó en pulmonía, y el doctor recomendó al italiano que permaneciera en su habitación, bien tapado y con cataplasmas calientes en el pecho. Pero entre que este no sabía estar quieto y que Bela no daba abasto con todo, decidió que el médico exageraba con aquella tos y el pequeño ruido que se oía en su pecho al auscultarle. Un mes más tarde y apenas rodeada por un puñado de personas del barrio, Bela Silvero enterraba a su padre en el cementerio general, quedando sola en este mundo. Y con un humilde hostel como única herencia.

Huérfana de madre desde su nacimiento, a sus treinta y tres años perdió a su padre, de quien no recordaba haberse separado día alguno durante toda su vida. La vida y el trabajo en el hostel no le habían permitido encontrar novio para casarse. Y allí estaba ella, resignada a vestir santos. Miquel Sanchís, propietario de una pensión en la calle Avellanas, al otro lado de la catedral, le hizo una oferta, no del todo mala, para comprarle el negocio. Bela llegó a la conclusión de que, con muchos años por delante todavía y sin saber hacer otra cosa más que atender a los huéspedes, aquella oferta era pan para hoy y hambre para mañana. Continuó insistiendo el hombre, pero las continuas negativas de ella le hicieron desistir.

Al poco ya era evidente que el hostel no era lo mismo sin Giuseppe. Tuvo que contratar a una muchacha para echarle una mano, pero el signo distintivo de la casa, la famosa cocina italiana de su padre, había desaparecido. Ya no era más que otra de las muchas pensiones que había en Valencia, y los clientes habituales comenzaron a probar suerte en otros establecimientos. Tras un continuo declive durante aquellos dos años, en los que algunos meses no sacaba ni para los gastos, decidió que iría a hablar con Sanchís, para ver si seguía interesado.

Y, de repente, la guerra.

El muchacho de la lavandería paró el pequeño camión en la puerta del hostel. En la ruta de reparto de ropa limpia, Bela esperaba con impaciencia su turno,

con la remesa de sábanas por lavar para que el chico se las llevara. Había sido una buena decisión; la ropa de los huéspedes ya le daba demasiado trabajo, como para también ocuparse de aquel montón de piezas blancas.

Dos semanas atrás, un funcionario de Bellas Artes se presentó para alquilar todas sus habitaciones. Tras un tira y afloja con el precio y el plazo de pago, habían llegado a un acuerdo, y cinco hombres, en nombre del ministerio, serían sus nuevos huéspedes. Aunque no iban a ocupar todas las habitaciones, las tenían reservadas porque no deseaban compartir el hostel con otros clientes, y pagaban bien por ello. El funcionario le aseguró mínimo seis meses de alojamiento, ampliable *sine die*. Se le fueron las ganas de volver a hablar con Sanchís; ya le daba igual la oferta.

Aun así, sabía que aquel golpe de fortuna era un arma de doble filo: por un lado, el alivio de sentir que no traicionaba a su padre, pero, por otro, permanecer atada a aquel lugar donde se le estaba pasando la vida entre comidas, escobas y ropa sucia. En ocasiones hay que matar a la vaca. La que te sigue dando leche todos los días, pero que te proporciona la comodidad para no verte con la obligación de cambiar de vida. Quizá, con aquella guerra, Bela había encontrado la excusa para no deshacerse de lo único que permanecía uniéndola a su padre.

Y ese pensamiento se confirmó cuando aquella mañana aparecieron los cinco huéspedes enviados por el ministerio. Desde luego, no eran lo que Bela esperaba. Encabezados por el tipo de la cazadora de aviador, se presentaron como operarios de mantenimiento a los que habían destinado a Valencia. Ella no se creyó ni una palabra. La ciudad se estaba convirtiendo en un nido de víboras.

—Bueno, pues parece que mi humilde hostel es todo suyo —fue su bienvenida—. Aquí tienen las cinco llaves, distribúyanse como crean conveniente. Comida a las dos, cena a las nueve. Fuera de esas horas no hay cocina. El baño, al fondo del pasillo; y la ropa que quieran tener limpia, al cesto de cada dormitorio.

—Parece un lugar acogedor. Y usted lo hace brillar más. —El jefe del grupo le sonrió de medio lado—. Mateo Aguirre. Y estos, mis hombres: Campos, Cortázar, Menéndez y Sastre, mi segundo.

—Bela Silvero. No recojo ropa del suelo. —Su intuición le alertó para trazar una línea con aquellos hombres.

—¿Y el señor de la casa? —preguntó el gigantón del parche.

—Yo —respondió ella de manera seca—. ¿Algún problema?

—No. Mientras tengamos comida y calzoncillos limpios.



—Sastre..., esa boca —advirtió Mateo—. La... ¿señora?

—Señorita.

—La señorita es nuestra anfitriona. Tratémosla con respeto, ¿estamos? —Mateo miró a sus cuatro hombres—. Ni se enterará de que estamos aquí, señorita Silvero.

—Bela —dijo mientras seguía manteniendo aquellas distancias. Desconfiaba de la falsa cortesía.

—Ni se enterará de que estamos aquí, Bela. Se lo prometo.

—Mientras ustedes se comporten y el ministerio me pague, no habrá ningún problema. Siéntense en el salón. Quedan un par de horas para la cena, les serviré un café.

—Con mucho gusto —sonrió Mateo, quien no esperaba la grata sorpresa de que el hostel tuviera una dueña y que, además, fuera tan atractiva.

Sentados a una de las mesas del salón, tomando ese café, Mateo seguía con la mirada los movimientos de Bela. En un determinado momento, vio que salía a la calle. Y volvió con dos alguaciles que cargaban su escopeta al hombro.

—Pasen, señores, acabo de hacer café —les dijo la dueña del hostel—. Será un placer servirles una taza. Patrullar el barrio debe ser cansado.

—Pues no le vamos a decir que no, Bela —respondió uno de ellos—. Una parada siempre se agradece. Vaya... —se sorprendió el alguacil al encontrarse con los cinco hombres que ya estaban en el salón—, ¿nuevos huéspedes?

—El señor Mateo Aguirre y sus hombres —les presentó Bela—. Operarios del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Se quedarán una buena temporada en el hostel. —Y ella leyó en la veterana mirada del alguacil que aquel tampoco se tragaba esa milonga.

—Señores —saludó serio el vigilante del barrio—, han caído en buena casa. Espero que siga siendo así cuando se marchen.

—Así sea, alguacil —dijo Mateo con amabilidad.

—Es para que se queden con sus caras —sonrió Bela a los dos hombres armados—. Los van a ver mucho por estas calles, para que no desconfíen de ellos.

Mateo no pudo sino admirar la jugada de la posadera. Acababan de poner los pies en su casa y ya tenían a los dos alguaciles allí, para ser informados de que eran los nuevos huéspedes y para que les ficharan las caras. Aquella chica no se andaba con tonterías. Y eso aún le gustó más al transportista vasco.

Cuando esperaba que los hombres que le enviaba el ministerio fueran burócratas del tres al cuarto necesitados de cama y baño, Bela se encontró con aquel equipo con pinta de mercenarios. Estaría satisfecha si sus problemas, que los iban a tener, los resolvían bien lejos de su hostal. Pero, a aquellas alturas, ya estaba más que convencida de que tenía que haber matado a la vaca y empezado de cero en otro lugar. Por el momento, ya era tarde.

Aunque tenía que reconocer, con cierto fastidio, que el tal Aguirre le había llamado un poco la atención.

*Provincia de Salamanca, noviembre de 1936*

El Hispano-Suiza ronroneaba por la carretera que llevaba a Salamanca, donde apenas se habían cruzado con un par de coches durante la mañana. El frío, que era intenso, y la ocupación nacional de la zona hacían que la gente no quisiera dejarse ver demasiado por las carreteras, a la espera de que las cosas se calmaran un poco. En cualquier lugar podrían encontrar una patrulla de vigilancia y, en los primeros días en los que se ocupaba una zona tras la batalla previa, los hombres tenían el gatillo fácil. Mera cuestión de adrenalina acumulada.

Aunque el camino estaba despejado, Rico sabía que a Santurce no le gustaba que pasara de ochenta. «No estamos huyendo de nadie, Rico», le decía su jefe en cuanto notaba una velocidad excesiva. Para Santurce solo había una cosa que llamara más la atención que un Hispano-Suiza por aquellas carreteras: un Hispano-Suiza que pareciera estar haciendo una carrera.

Conocía la mentalidad de las gentes de provincia, que se acentuaba en aquella época de incertidumbre y necesidad. Un coche de lujo a velocidad excesiva era el blanco perfecto de todas las frustraciones acumuladas por unos y otros. Y aunque su fama le precedía y abría muchas puertas, de nada serviría ante una horda de campesinos a los que, bien unos u otros, les hubieran confiscado su cosecha para dar de comer a los soldados que participaban en aquella absurda guerra.

En aquella carretera desierta, en mitad de un páramo de la meseta, donde nada crecía, el lujoso coche de Félix Santurce era una nota fuera de contexto.

—¿Qué sabemos de Mateo y su grupo?

—Barroso les ha alojado en una pensión —contestó Rico, mirando por el retrovisor a su jefe.

—¿Discreta?

—Eso parece. —Volvió los ojos a la carretera—. Tiene pleno acceso a los cuadros, para cuando haya que salir pitando.

—Que será pronto —vaticinó Santurce—. Quizá en breve les hagamos una visita. —Rico asintió mirando de nuevo a su jefe por el espejo.

Santurce se concentró en sus papeles. La guerra estaba multiplicando las oportunidades de negocio, y eso significaba controlar muchos frentes abiertos. Habían hecho noche en Burgos, donde el ejército nacional se estaba haciendo fuerte; incluso se rumoreaba que esa ciudad iba a ser el centro de operaciones del general Franco, desde donde dirigiría toda la ofensiva. Ese Gobierno paralelo necesitaba de infraestructura y aprovisionamientos, y Santurce había negociado la llegada de esos suministros a los cuarteles y campamentos de los sublevados. Aquella misma mañana había llamado a casa para hablar con su hermana y que esta pusiera todo en marcha: muchas toneladas que contratar, muchos camiones que hacer circular y mucho dinero a ganar.

—Rico... —Santurce cerró la carpeta que estaba leyendo, y miró al espejo para encontrarse con los ojos de su chófer—. ¿A qué le tienes miedo?

Rico apartó la vista del espejo, mientras reflexionaba en silencio.

—Señor Santurce, creo que a nada —dijo tras unos segundos.

—No te he preguntado si le tienes miedo a algo; te he preguntado a qué le tienes miedo. Todos tenemos algún temor, aunque esté oculto en nuestro interior.

—No sé... —Rico rebuscó en su memoria—. Las ratas.

—¿Ratas?

—Una noche, cuando era pequeño, entró una en casa, grande como un conejo. De pelo gris, largo y grasoso. Una cola enroscada y fuerte, que se oía golpear con los cacharos de cocina de mi madre. Mi padre la pilló arrastrando la barra de pan que teníamos para comer al día siguiente, y cogió el atizador del fuego para matarla. —El chófer se quedó en silencio unos segundos—. Aquel animal daba unos chillidos que se te metían en los oídos. Se puso a dos patas para defender su comida y saltaba para morder a mi padre.

—¿Y qué pasó?

—Ganó la rata.

—Una superviviente.

—Era la primera vez que veía una. Tan de cerca, tan agresiva. Desde entonces me dan asco.

—Pero eso no es un miedo, Rico. —Santurce encendió un cigarrillo y bajó un poco la ventanilla para que saliera el humo—. Una fobia, una pesadilla infantil, quizá. Me refiero a ese miedo de que ocurra algo que tiene posibilidades de ocurrir. Algo que te marque para siempre. Que el hecho de pensar que pueda hacerse realidad, te paraliza.

—Bueno, no sé... ¿Qué es lo peor que podría ocurrirme? ¿Morir? No tengo miedo a morir. —Félix Santurce daba fe de ello.

—Para ahí, quiero ir al baño.

El Hispano-Suiza se detuvo ante una venta de carretera, una finca labriega en la que, a la entrada del patio de piedra, colgaba un cartel pintado a mano: «Casa de comidas». Rico bajó y miró a uno y otro lado antes de abrir la puerta trasera. Unas bicicletas y un carro, del que tiraba un asno, esperaban en la puerta. Rico era de los que creían que se puede averiguar mucho de un lugar por los vehículos que hay aparcados en la puerta. Y allí dentro solo parecía haber unos pocos campesinos que estarían echándose un vino al gaznate para combatir el frío. Sus instintos se relajaron un poco.

El chófer entró primero, dándose unos segundos para estudiar la estancia antes de dejar entrar a su jefe. Los pocos parroquianos se quedaron en silencio, mirando al joven de negro que acababa de entrar. Y quedándose de piedra al ver cómo este se apartaba y daba paso al elegante hombre que desabrochaba su largo abrigo y se quitaba los guantes de piel.

—¿El servicio, señor? —preguntó Santurce al posadero.

—Por esa puerta —señaló el hombre, que estaba tan sorprendido como sus clientes de ver a aquellos tipos de ciudad.

Rico se apoyó en la barra, quedando entre los clientes y la puerta que acababa de atravesar su jefe. Conocía bien su oficio.

—¿Tomamos algo? —preguntó el de detrás de la barra.

—Ahora cuando salga, veremos —respondió Rico, señalando con la cabeza hacia donde había ido Santurce.

El dueño se las apañaba bien para atender al poco personal que había a esas horas en aquella venta. Los seis clientes debían de ser campesinos a los que la taberna les pillaba cerca de sus tierras, y tenían pinta de alargar la parada más de la cuenta. Tres de ellos masticaban un bocadillo en la mesa del fondo, mientras charlaban en voz baja. Otros dos compartían una jarra de vino en silencio, atentos a los recién llegados. Y el último, sentado a solas en la barra, liaba un cigarrillo ante un pequeño vaso de aguardiente que aún no había tocado. Hombres rudos, de manos callosas y piel cuarteada por el sol y el frío.

—Disculpen, señores —volvió Santurce del baño—. Ni siquiera les he dado los buenos días.

—¿Qué va a ser, señor?

—¿Tiene un buen café?

—Tengo café, que ya es algo —respondió el dueño de la venta.

—Lo probaremos, pues. Póngale uno a mi compañero también. —Y Santurce se dirigió a sentarse a una de las mesas que estaban libres.

Rico se quedó mirando qué iban a servirles en aquel antro de mala muerte. El café, de puchero y colado con manga, llevaría horas preparado. El tabernero preparó un cacillo, que puso al fuego de la cocina. Antes de que comenzara a hervir, lo retiró para dividirlo en dos tazas. Rico llevó una de las tazas a Santurce y se quedó de pie, junto a la barra, soplando en la suya para que se enfriara.

—¿Nacional o republicano?

Félix Santurce centró la vista tras haber dado un sorbo a su taza. Era un café horrible. El hombre que tenía el vaso de aguardiente se lo había bebido de un trago y, con los codos apoyados en la barra, se había girado para hablar al empresario.

—¿Cómo dice? —Santurce dudó de si incluso se estaban dirigiendo a él.

—Sí, hombre —dijo el de la barra con cierta chulería, lo que hizo a Rico ponerse alerta—. Si es usted nacional o republicano.

—Pues solo soy un pequeño hombre de negocios —respondió con una sonrisa.

—Pequeño, pequeño... tampoco. —El campesino señaló al Hispano-Suiza, que se veía desde la ventana de la venta.

—Muchos kilómetros, intento viajar cómodo.

—No me ha contestado. ¿Es usted nacional o republicano?

El tabernero y el resto de los clientes seguían la escena con atención, atentos a lo que contestara el hombre del traje. De manera discreta, Rico se cerró la chaqueta de piel con una mano, mientras escondía la otra bajo el sobaco izquierdo, a la espera de acontecimientos.

—No veo qué interés puede tener mi filiación política.

—Bueno, sin duda a usted le va mejor que a nosotros.

—Señor... —Santurce apuró su café, procurando mantener la calma—. ¿Qué le parece si me dice de una maldita vez qué quiere?

—Solo quiero saber si usted defiende al Gobierno o a los que creen que debe haber un cambio. —El hombre se acercó hasta la mesa de Félix Santurce y apoyó sus manos en el respaldo de una de las sillas.

Rico decidió que aquel ya se había acercado demasiado. Fue hasta la mesa y tocó el hombro del otro.

—Mi jefe no tiene por qué responder sus preguntas.

—¿Tu jefe? —preguntó el hombre—. Ya lo tenemos claro. Coche, chófer, traje... —Alterándose por momentos, el hombre hablaba al resto de los

clientes—. Aquí tenemos a un partidario de los que se han levantado contra el Gobierno. —Se separó de la mesa de Santurce, volvió a la barra y señaló el pequeño vaso vacío. El tabernero se giró a por la botella de aguardiente y se lo llenó de nuevo. Lo despachó de un trago—. Quizá... —continuó un poco más alto para que todos le escucharan—, ya que están aquí y son de esas personas que están de acuerdo con esta guerra que nos está ahogando, podrían ayudarnos —acabó la frase, mirando a Félix Santurce.

La mirada del empresario hacía ver que no entendía a qué se refería el otro. Guardó silencio, dando carrete. Sabía que, en situaciones como esa, de nada valía preguntar ni tratar de calmar los ánimos con buenas maneras. Aquel tipo le veía como a alguien que se sentía superior, como a un privilegiado.

—¿Qué le parece si comparte con nosotros algo de lo que le sobre? —continuó el parroquiano, quien había alentado al resto de los clientes, que pensaban lo mismo, pero no se habían atrevido a abrir la boca.

—Usted dirá lo que cree que me sobra.

—De primeras... —Y sacó de su cintura un cuchillo—. ¿Por qué no saca todo el dinero que lleve encima?

Félix Santurce hundió la cara en sus manos, en un gesto de cansancio. A eso se reducía todo, como siempre. A que cualquiera se sintiera con el derecho de tomar lo que era suyo. Por rabia, por envidia o, simplemente, por hacer pagar a alguien los platos rotos por todo lo que estaba sucediendo. Él siempre era el blanco perfecto.

Rico tomó la empuñadura del revólver que llevaba en la sobaquera mientras con la mano izquierda abría su chaqueta. No hacía falta matarlos a todos; con dar pasaporte al de la voz cantante sería suficiente.

—Quieto. —La orden de Santurce fue tranquila y precisa. Su voz hizo el silencio en la cantina, paralizando a su propio guardaespaldas. El que le estaba amenazando se quedó de piedra al ver que el joven iba armado, y volvió a guardar el cuchillo. Como si nada hubiera pasado. Tenía que reconocer que había medido mal.

—Está bien. Olvídelo y sigan su camino —dijo el despechado cliente, asintiendo y caminando hacia atrás, de vuelta a la barra.

Santurce se levantó con calma, se recolocó la corbata y comenzó a caminar hacia el parroquiano, que ya sabía que se había equivocado de pleno.

—Nacional, republicano... ¿qué más da? —Félix miraba al otro, pero se dirigía a todos los que allí estaban—. Yo me busco la vida, igual que haces tú. —Pasó a tutearle. A aquella gente no se la intimidaba hablándoles de usted—.

Y si crees que soy un privilegiado, quizá tendrías que sentir en tu piel los riesgos a los que me expongo todos los días. Entrar en lugares como este y ser el blanco de las iras de tipos como tú. A que nos paren en todos los controles, y rezar para que a un soldado con fusil no se le gire un tornillo y me pegue un tiro. ¿Te gustaría esa vida? ¿O acaso prefieres venir aquí a beber y a quejarte de la mierda que te ha tocado en suerte? Si tienes cojones para intimidarme, tenlos también para venir a por lo que crees que te corresponde.

Rico amartilló el revólver dentro de su funda y todos identificaron aquel chasquido metálico.

—Pero te aseguro que no saldrás bien parado —sentenció Santurce.

Félix Santurce subió la ventanilla. Había necesitado varios minutos de aire fresco para volver a recuperar la calma. El frío había anestesiado sus sienes, calmándole un poco el dolor de cabeza que le había producido el episodio vivido en la venta.

Así era su vida. Pero es que así la había creado él. Una indefinición, un gris en la escala de colores, que daba la imagen de quedarse en el centro exacto, a la misma distancia de ambos extremos. Ni una cosa ni la otra, o ambas a la vez, según quien le juzgara. Y era juzgado todo el tiempo, en cualquier lugar. Un seguidor, un facilitador que era capaz de satisfacer las demandas de quien tuviera dinero para pagarlas. Un republicano con pretensiones, para unos. Un nacional que no se mojaba, para otros. Porque es más fácil juzgar que actuar. Porque es más sencillo echar la culpa de todo a tipos como él que ir de cara a por los hombres que habían provocado todo aquello. Y si él actuaba en interés propio, en busca de sus ambiciones, los políticos, militares, intelectuales y demás calaña también buscaban las suyas. Aquella no era una guerra para mejorar la situación del país. Aquella era una guerra en la que todos los que la habían puesto en marcha buscaban su cuota de gloria y eternidad. Hatajo de hijos de puta. Unos y otros.

Lo tenía claro, cada día más. Unos meses y lo dejaba, se retiraba. Si la operación que tenía en marcha salía bien, Félix Santurce desaparecería del mapa, y se iba a reír, desde bien lejos, de todos aquellos salvapatrias.

—A esto —dijo Santurce en voz baja.

—¿Cómo dice? —respondió Rico, mirando el espejo.

—A esto es a lo que le tengo miedo.

—¿A ese tipo?



—A que cualquier día nos cosan a balazos en una carretera de mala muerte. A que llegue el momento en que alguien sea más rápido que tú y ahí acabe todo. —Félix seguía hablando en voz baja, como para sí mismo.

—Señor Santurce..., haga como yo. —Rico también utilizó un tono de confianza. Nunca había visto a su jefe así de afectado—. No tema a la muerte, no sirve de nada. Tenemos nuestro destino escrito, nos encontrará hagamos lo que hagamos.

—Rico... —Santurce miró al espejo—. Tú no temes a la muerte porque no tienes a nadie. Mis padres, mi hermana, mi sobrino Enrique... —Jamás se había sincerado así con su chófer—. Ellos estarán protegidos mientras yo siga vivo. Pero si caigo en una maldita venta de carretera...

Y allí, camino de Salamanca, Félix Santurce se sintió más vulnerable de lo que se había sentido en la vida. Todas aquellas ambiciones no valían nada si, cualquier día, un campesino enfadado con el mundo le quitaba la vida.

La última operación. Si lo que llevaba entre manos salía como tenía que salir, sería rico para toda su vida. Cogería a su familia y se irían a América, a empezar de nuevo. Argentina, México, Estados Unidos. Qué más daba.

Una más. Solo una más.

*León, noviembre de 1936*

El coche llegó a las puertas del aeródromo militar de La Virgen del Camino. Apenas a seis kilómetros de la capital leonesa, el bando nacional sabía desde un primer momento que era un emplazamiento clave. Hacerse con él había sido más sencillo de lo previsto y, junto al de Sevilla y al de Villa del Prado, los sublevados tenían a su disposición las instalaciones adecuadas para tratar de dominar el espacio aéreo de casi todo el país.

La garita de guardia mantenía bajada la barrera mientras los soldados inspeccionaban los papeles que el conductor les había entregado. Tras las comprobaciones necesarias, uno de los soldados devolvió los papeles y, mientras hacía el saludo militar, otro levantó la barrera para que el coche accediera.

Quedaba un buen trecho hasta su destino, el hangar número tres. Llegaba el último, en vista de los coches que ya estaban aparcados. No estaba mal; su presencia era importante aquel día, y prefería ser esperado a tener que esperar. Pero también era consciente de que se lo jugaba todo; de allí podía salir coronado o defenestrado. Él había cumplido, y esperaba la contrapartida. Todas sus esperanzas estaban basadas en lo que llegara del cielo.

El chófer bajó a abrir la puerta trasera y el general Gallardo se santiguó, acabando con un ligero contacto de sus labios con la uña del pulgar, antes de poner pie a tierra. El viento soplaba en el aeródromo, y se subió las solapas de su abrigo mientras caminaba hacia el hangar, donde varios grupos de soldados conversaban frente a la gran puerta corredera. Todos ellos se pusieron firmes ante el paso de Gallardo, quien ni siquiera les miró.

Allí dentro estaban los cuatro. Protegidos del frío compartiendo una botella de *whisky*. Compañeros, sí. Pero también los mayores rivales que Gallardo tenía para convertirse en la mano derecha del gran hombre. Porto, Sanleón y Cutillas reían sin estridencias, como si fuera por educación. Gallardo conocía el protocolo, mera diplomacia. Porque, aunque todos tenían el mismo rango, era el general Queipo de Llano quien llevaba la voz cantante en aquella reunión. En todas las reuniones donde estuviera. Su amistad personal con el Generalísimo le confería un estatus que el resto respetaba.

—¡Por fin! —Queipo levantó el vaso cuando vio aparecer a Gallardo—. El hombre del día.

—Ya estamos todos... —agregó Cutillas.

Los cuatro generales se levantaron para saludar a Gallardo. Todos conocían las cartas que había que llevar en aquel falso juego. Ninguno de ellos sabía quién sería el elegido para sentarse a la derecha del padre en cuanto la guerra acabara —si la ganaban, claro—, por lo que había que nadar entre aguas para estar cerca del poder, aunque la batalla interna se perdiera. Todos preferirían ver muertos a los otros y despejarse el camino, pero, por supuesto, nadie lo demostraba. Aquella mentirosa cordialidad era parte de la estrategia. Y, además, todos eran conscientes de que al propio Franco le encantaba ver cómo sus generales hacían méritos para estar cerca de él.

Queipo de Llano llevaba la delantera. No solo era amigo personal de Franco, sino que había demostrado su valor al ser capaz de tomar Sevilla, plaza de larga tradición republicana, con poco más que un puñado de hombres. Se había jugado la vida, o un consejo de guerra como mínimo, apoyando un golpe que no estaba consolidado. Pero le había echado arrestos al asunto y la moneda salió cara. La conquista de la ciudad del Guadalquivir fue una de las mechas que prendió el alzamiento, e hizo que otros generales se sumaran a él. Buenos méritos, poco más que demostrar.

Pero todos aquellos méritos que cada uno de los generales reunidos en el hangar había conseguido se diluían a medida que la guerra avanzaba, y se hacían necesarios nuevos logros. Sabían que, si a Gallardo le salían buenas cartas, les tomaría la delantera.

El propio Queipo llenó el vaso de Gallardo y se levantó para brindar con él, imitado por los otros tres. Deseando que aquel fuera un glorioso día, en palabras de Queipo, los cinco bebieron a la salud de España y del hombre que tenía que guiarla por el buen camino. Aunque Gallardo sabía que todos ellos se alegrarían si el día fuera menos glorioso de lo esperado. Para quitárselo del medio, más que nada.

Tomó asiento en la mesa y Queipo siguió relatando la toma de Sevilla, desde el punto en el que se había quedado. A Gallardo le daba igual aquella historia; miró su reloj y vio que la hora se acercaba. El estómago le volvía a dar guerra, centrifugando el desayuno que hacía ya un par de horas que había tomado, y que sus jugos gástricos eran incapaces de deshacer. Lo que hubiera dado por un vaso de agua con bicarbonato. Sabía que aquel *whisky* no le iba a sentar bien, pero no quería demostrar flaqueza ante sus iguales.

—¡Señor! —Asomó la cabeza un capitán por la rendija abierta en la puerta corredera del hangar.

—Vamos allá. —Queipo de Llano se levantó, dirigiéndose a sus compañeros.

Los cuatro que ya estaban se pusieron sus abrigo. Gallardo ni siquiera se lo había quitado. Y calándose las gorras, caminaron hacia el exterior. El destacamento de la base aérea comenzó a formar ante las instrucciones del capitán, y todos los soldados se pusieron firmes cuando los cinco generales se situaron en el centro.

Dos camiones militares, uno delante y el otro detrás, escoltaban al Rolls Royce negro. A paso lento recorrían el tramo entre la garita de guardia y el hangar número tres, hasta que llegaron a la altura de aquella formación militar, y el Rolls se detuvo frente a los cinco generales. Los soldados que ocupaban la parte trasera de los camiones acudieron raudos a formar un pasillo frente al lujoso automóvil. Del asiento del acompañante bajó un teniente quien, sin ni siquiera saludar, abrió la puerta trasera y se cuadró.

La bota, con un tacón ligeramente más alto de lo normal, se posó en el suelo. El silencio se hizo en la base, y los cinco generales se unieron al saludo militar que el resto de la compañía ya estaba haciendo. Mirada al frente, sin clavar los ojos en el recién llegado, quien se colocó la capa rematada en el cuello por piel de armiño y comenzó a caminar con paso lento y tranquilo.

—Descansen, señores —dijo la fina voz.

Francisco Franco pasó revista a la pequeña tropa y se dirigió al centro, donde sus generales le esperaban. Tras otro rápido saludo militar, Franco estrechó la mano de cada uno de ellos, en señal de confianza y agradecimiento por unirse a él en aquel incierto camino. Muy pocos hombres en el mundo pueden afirmar que han comenzado una guerra, y aquellos seis generales formaban parte de ese selecto grupo. Dudoso honor.

—¿Tenemos noticias, Gallardo? —Franco se dirigió a él.

—Todavía no, mi general. —No se esperaba aquella pregunta tan directa —. Torre de control nos dará el aviso en cuanto detecte movimiento.

—Camine conmigo, quiero estirar un poco las piernas. —Aquella proposición no era opcional, por supuesto.

—A la orden, mi general. —Y Gallardo acompasó su paso al del Generalísimo mientras se alejaban un poco del grupo. Von Schimmer le sacaba una cabeza, y él se la sacaba a Franco; pero ante los dos se sentía igual de inferior. Los complejos, a menudo, no tienen cura.

—Sigo sin creer que Hitler aceptara nuestras contraprestaciones — confesó Franco—. Se diría que eran poca cosa.

—Quizá las subestimamos. —Gallardo notó cómo la sangre le bajaba. Aquel hombre no daba puntada sin hilo y, en ese momento, temió que al Generalísimo le hubiera llegado la información sobre las monedas del Arqueológico. O del Durero y *Las meninas*, lo que sería un desastre para él.

—O quizá le subestimaron a usted —sonrió Franco—. Tan importante es lo que se ofrece como el hombre que se envía a negociar. Veremos qué es lo que ha conseguido.

—Deseo que sea satisfactorio para la causa, mi general —dijo Gallardo, aliviado por los cumplidos recibidos.

Aquellas contraprestaciones secretas, las que había ofrecido por su cuenta y riesgo, podían ser su fosa en cualquier momento. Una filtración o una pieza que no encajara en su plan podían hacer saltar por los aires todo lo que estaba orquestando. Lo hacía por España, claro. El destino del país debía estar lo antes posible en las manos del hombre junto al que caminaba. Pero también lo hacía por él, había llegado la hora de demostrar quién era. Y si para hacerlo había que perder unas monedas y un par de cuadros, a él le parecía un precio aceptable. Que su nombre apareciera en los libros de historia bien merecía arriesgar la vida. Porque la estaba arriesgando a cada minuto de aquella guerra. Si Franco se enteraba de lo que había entregado y prometido a los alemanes, le fusilaría sin miramiento. Pero si lo que enviaba Von Schimmer no era lo esperado, Gallardo quedaría relegado como si fuera el último mono de aquel circo. En unos minutos lo sabrían.

Caminar le estaba viniendo bien para el estómago. Aunque el frío era incómodo, dar aquellos pasos estaba ayudándole a digerir, y se sentía un poco más ligero y aliviado. Sus malas digestiones eran fruto de la edad, sí. De sus malos hábitos, también. Pero, sobre todo, del estado de nervios y crispación que sentía desde que dio su palabra a aquel diablo vestido de general nazi.

—¡Mi general! —El grito del teniente llegó hasta donde estaban—. ¡Avistamiento de la torre de control!

Franco y Gallardo volvieron a paso más ligero hacia la puerta del hangar. Todos los hombres miraban al horizonte, tratando de otear algo entre aquellas nubes bajas del invierno castellano.

Lo primero que pudo percibirse fue el ronroneo. Un ligero zumbido que llegó hasta sus oídos sin que todavía pudiera adivinarse qué lo producía. El sonido fue en aumento, elevando el volumen a medida que pasaban los segundos, y el zumbido pasó a convertirse en un rugido, continuo y

ascendente, que hacía vibrar los tímpanos de todos los hombres reunidos en la puerta del hangar número tres.

—¡Allí! —Señaló el teniente al cielo cuando unas hélices emergieron del mar de nubes.

Tras el primer avión, otro. Y otro. Y otro más.

Ante los ojos de Francisco Franco, sus generales de confianza y el destacamento militar de la base, comenzaron a materializarse decenas de aviones de combate alemán, cuyos motores rugían y zumbaban como una manada de leones.

Una bandada de Heinkel y Junkers, decorados con la cruz negra de la Luftwaffe y la esvástica como distintivo de cola, oscurecieron el cielo al cruzar sobre las cabezas de los principales hombres del ejército nacional. El sonido era ensordecedor, pero sonó a música celestial en los oídos de Gallardo. Von Schimmer había cumplido su palabra y nadie se había enterado de a cambio de qué. Tomó aire y lo soltó lentamente, aliviado de que su plan hubiera funcionado.

En aquel juego de sombras que corrían sobre el asfalto de la base aérea como fantasmas de la muerte, Francisco Franco se acercó a Gallardo y le puso la mano en el brazo.

—El hombre que se envía a negociar. Esta guerra la vamos a ganar gracias a usted.

—A sus órdenes, mi general. —Gallardo se cuadró ante Franco.

—Ya tenemos a la aviación. —El Generalísimo seguía mirando al cielo—. ¿Cuándo tendremos las tropas?

—El general Von Schimmer las está preparando, no es fácil un movimiento así. —Gallardo midió sus palabras—. Que un destacamento militar alemán cruce Europa tiene sus complicaciones.

—Téngame al tanto.

—Lo haré, señor. Pero hágase a la idea de que no es algo inmediato.

—Bueno... —Franco abarcó el aire con uno de sus brazos—. Esto ya es un signo de que la Providencia está de nuestra parte.

Olvidando por unos segundos el enjambre de aparatos alemanes que pasaba sobre sus cabezas, los otros cuatro generales vieron cómo Franco felicitaba a Gallardo. Y procurando demostrar satisfacción por la ayuda que Hitler les enviaba, los cuatro sentían el sabor de la bilis en sus bocas. El general Gallardo les había tomado la delantera, y había conseguido algo que sería difícil de superar por mucho que se alargara aquella guerra. No se explicaban cómo aquel hombre de apariencia triste había convencido al Reich

para que mandara todos aquellos escuadrones aéreos y así poder estar más cerca de la victoria. Y menos aún que asegurara que la maquinaria burocrática nazi estaba en marcha para enviar tropas.

Ese despliegue de aparatos voladores no iba a ser nada comparado con la llegada de cuarenta o cincuenta mil soldados alemanes cuando pudiera entregar los cuadros. Sabía que se lo estaba jugando todo, que caminaba por un desfiladero muy estrecho. Pero no se había sentido más satisfecho en toda su vida.

Gallardo ya podía sentir que su nombre iba a ser uno de los destacados en la historia de la nueva España que pronto nacería.

*Valencia, noviembre de 1936*

—¡Perdona...! —La joven ya casi había alcanzado Poeta Querol cuando Alejandro llegó a su altura.

Se giró y, con una mezcla de sorpresa y vergüenza, vio que era el chico contra el que había chocado aquel día en la puerta de la universidad.

—No tuve ocasión de pedirte disculpas —dijo Alejandro mientras recuperaba el resuello.

—No tienes que pedir las —acertó a decir ella, con cierta indiferencia fingida—. Fue un accidente.

—Espero que no te hicieras daño.

—Nada importante, una rozadura en el codo.

—Sí que lo siento. ¿Ha vuelto a molestarte?

—No sé por qué dices que alguien me estaba molestando —respondió la chica.

Alejandro la miró con una cara que expresaba que era más que evidente lo que había ocurrido aquel día.

—Vale... —Se dio por vencida—. Nadie ha vuelto a decirme nada, ¿contento? —Y Alejandro se alegró de oír aquellas palabras—. ¿Tuviste algo que ver con el ojo morado de Martínez?

—No sé quién es Martínez.

—El estudiante que... —Ella se lo pensó dos veces—. Nada, déjalo. ¿Eres albañil en la iglesia?

—Algo así.

—Pues no vas vestido de albañil. —Hizo un gesto con los ojos señalando la camisa que llevaba Alejandro.

—Hemos tenido visita a las obras. Había que estar presentable.

Alejandro sonrió y Elisa supo que aquel chico era diferente. No sabía en qué, no sabía por qué, pero era distinto. Era delgado, pero se le veía fuerte por su trabajo en la obra, y el flequillo, que se apartaba de la frente peinándolo con las manos, le daba aire de parecer un poco despistado. Aire que se esfumaba en cuanto ella miraba sus ojos: vivos, decididos y con una sabiduría impropia para su edad. En cambio, él no podía evitar sentirse nervioso hablando por fin con aquella chica. Quizá la forma en la que se habían



encontrado distaba mucho de ser romántica, pero no había dejado de pensar en ella desde aquel día. Y, ahora que la tenía delante y podía observarla con más detenimiento, se preguntó dónde habría estado escondida aquella chica durante toda su vida. No solo era preciosa —«Eso no tiene mérito —le decía su padre—, la naturaleza reparte y es caprichosa»—, sino que tenía un porte de dignidad y una mirada indescifrable que la hacían irresistible.

—Ha habido mucho movimiento en el Patriarca estas últimas semanas. Camiones, hombres, grandes cajas, soldados... —Aquella chica era lista—. ¿Qué escondéis allí?

—Si me dejas acompañarte a casa, te lo cuento.

—La calle es de todos. Puedes caminar por donde quieras. —Lo que significaba, en términos de decencia, que sí, que podía acompañarla.

—Me llamo Alejandro. Alejandro Santoro.

—Elisa... —la chica sonrió, y el joven arquitecto se quedó prendado en ese instante—... Aparisi.

Mientras caminaban, ella le contó que estudiaba derecho y que su padre era bedel en el edificio de la universidad. Que era huérfana de madre, y su ilusión era llegar a ser abogada, para defender los derechos de la gente más necesitada. Alejandro se dejaba llevar; no preguntó a Elisa dónde vivía, pero esperaba que fuera muy lejos, para alargar aquel momento todo lo que fuera posible. Entraron por Santa Catalina y callejearon hasta llegar a la parte trasera de la Lonja. Desde el siglo xv, aquel edificio dominaba el centro de la ciudad, y era el símbolo de que Valencia lideró el comercio de seda en toda Europa durante los siglos xvi y xvii. Era el lugar favorito en Valencia de Alejandro.

—¿Alguna vez has mirado hacia arriba cuando pasas por aquí? —preguntó mientras señalaba.

—Esas gárgolas me han dado miedo desde pequeña.

—Es un error muy común.

—¿Cuál? —se sorprendió Elisa.

—Llamar gárgolas a esas estatuas. La gárgola decora un caño de evacuación del agua de lluvia. Lo que dices que te da miedo desde pequeña son las quimeras.

—Mucho sabes tú para ser albañil.

—Bueno, una ciudad se conoce por su arquitectura. Esas estatuas tienen finalidad estética, decorativa. —Alejandro apuntó a una en concreto—. ¿Ves

esa que representa un animal con alas? —Era justo la de la esquina del edificio con la calle Pere Compte.

—Especialmente horrible —dijo Elisa con cara de desagrado.

—Es un demonio alado —explicó Alejandro—. Se colocaban para ahuyentar a los espíritus del mal, para proteger el edificio. Supersticiones medievales.

Fueron rodeando el edificio mientras Alejandro explicó a Elisa las quimeras que iban encontrando. El monstruo que devora a un hombre, el águila que sujeta un demonio entre sus garras, la criatura con cabeza de perro y garras de dragón. Incluso aquellas que representaban escenas escatológicas o pornográficas.

Al igual que la propia Lonja, cruzando la calle encontraron la iglesia de los Santos Juanes, otra muestra del gótico valenciano del siglo XIV. Había sufrido un pavoroso incendio unos meses atrás, se creía que intencionado, y estaba cerrada al culto.

Pero sí cruzaron el Mercado Central, muestra del modernismo de principio del siglo XX. Proliferaban los puestos de pescado, fruta y verduras, donde los comerciantes vociferaban el precio de sus productos, y mujeres con cestas comparaban antes de decidir lo que se llevaban a casa.

—Este edificio me recuerda a otro —dijo Elisa mirando las vigas y la estructura metálica del techo que le señalaba Alejandro.

—¿A cuál?

—No lo sé... —La joven estaba descubriendo detalles en los que jamás se había fijado—. Pero esto lo he visto en otro lugar. Al menos, algo muy similar.

—Muchos edificios del primer cuarto de siglo se tuvieron que construir en muy poco tiempo. La estructura de la cubierta es metálica porque las piezas se fabricaban y se traían ya listas para montar. Influencia de Eiffel.

—¿Y dónde he podido ver algo parecido?

—El Mercado de Colón, la estación del Norte...

—¡Eso! ¡El Mercado de Colón! —La sonrisa de ella detenía el tiempo, pensó Alejandro.

—Ese modernismo es una especie de neogótico, aderezado con elementos típicos valencianos. Mira allí. —Tomó la mano de ella, en un exceso de atrevimiento, y apuntó hacia un lateral—: *Trencadís*, cristaleras, ladrillo visto...

Elisa estaba viendo su ciudad con otra mirada. Jamás se habría fijado en todo aquello si no fuera porque Alejandro se lo estaba mostrando. Y él le

hablaba con una pasión contagiosa, como si le trasladara secretos revelados solo a iniciados. «El carácter de una ciudad lo define su arquitectura».

Por Na Robella salieron a la calle Hospital. Cada vez que Alejandro pasaba por allí, venía a su cabeza el recuerdo más reciente: su padre llorando de dolor en la parte trasera del pequeño camión, con la tibia partida asomando por la carne rasgada. Pero aquel paseo estaba teniendo un efecto distinto; caminando a su lado, con sus brazos rozándose de manera casual sin que a ella pareciera importarle, estaba creando nuevos recuerdos de aquellas calles. Recuerdos que sustituían a los anteriores.

Son curiosos los caminos que elige el destino para llevarnos adonde tenemos que estar, al lugar que tenemos que llegar. Alejandro no podía dejar de pensar en ello mientras caminaba al lado de Elisa, mientras sentía una descarga eléctrica cada vez que sus codos se rozaban sin querer. Caminos que se tarda años en recorrer, en los que cualquier decisión, por pequeña que sea, puede ser la que incline la balanza hacia un lado u otro. Un niño que ve trabajar a su padre en una cantera, y se queda boquiabierto con las explosiones y con el poder que el hombre ejerce sobre una montaña. Ese niño que crece y dice que quiere estudiar arquitectura, con lo que sus padres, decidiendo alimentar los sueños del chico, se trasladan a Valencia a iniciar una nueva vida. Duro trabajo de albañil para salir adelante, y el destino vuelve a conjurarse para estar en el lugar y momento adecuados. El arzobispado confía al hombre las obras en sus iglesias y en una de ellas, cuando el chico ya se ha sacado el título de arquitecto, aparecen filtraciones de agua. El asunto es más grave de lo que parecía, y la iglesia, en ese mal estado, se encarga de retirar de la circulación al albañil. El joven arquitecto ha de sacar adelante las obras mientras su padre está recuperándose, y es cuando unos hombres del Gobierno eligen la iglesia que está restaurando como el epicentro de una monumental misión. Y a él como responsable de llevarla a cabo. Más trabajo, más materiales, más hombres. Un arco de transformación, de niño a hombre. Cuando uno de esos trabajadores le pone entre la espada y la pared, el joven arquitecto tiene que fijar sus pies al suelo y actuar como lo habría hecho su padre. Tras ello, los nervios, la falta de aire, la ansiedad. Y es cuando sale a la calle y choca con la joven que huye del acoso de sus compañeros. La joven que, en ese preciso instante, camina a su lado. Alejandro sonríe satisfecho al comprobar que el origen de todo se encuentra en cada una de las pequeñas decisiones que tomamos, en cada una de las curvas que el destino nos pone delante y tratamos de sortear lo mejor que podemos. Desde que nacemos. Desde las decisiones que nuestros padres tomaron antes de que llegáramos a

este mundo. Desde el primer paso que el hombre dio sobre la Tierra. Porque todo está conectado. Todo está iluminado por el mismo sol desde el principio de los tiempos.

—Todavía no me lo has contado —dijo Elisa cuando entraron por la calle En Sanz.

—¿El qué? —La cuestión pilló a Alejandro a contrapié.

—Qué escondéis en la iglesia.

—Pensé que estarías cansada de escucharme —sonrió el joven.

—Cuando tengo curiosidad, jamás me canso.

—Cuadros.

—¿Cuadros? —Una mueca de desilusión apareció en su rostro.

—Así es.

—¿Y para eso tanto soldado, tanto camión y tanto movimiento?

—Bueno, al venir el Gobierno a Valencia, han llegado muchas pertenencias —explicó Alejandro.

—¿Así que eres el guardián de las posesiones de algún ricachón? —Ahora era ella quien reía.

—Pues... más o menos.

—Este país sigue siendo de unos pocos.

—Me gusta pensar que el arte, aunque sea propiedad de alguien, nos pertenece a todos.

—Y a mí no me gustaría pensar que, por norma, aquellos que tienen la propiedad del arte son los que juegan con el destino de todos.

Alejandro se quedó pensativo. Nunca lo había visto de aquella manera y, en el fondo, Elisa tenía razón. Siempre hay unos pocos que deciden por todos. Pueden haber sido votados, aclamados por elección popular y ocupado sus puestos de manera democrática. Pero decidían por todos. Y otros, los que estaban en desacuerdo, clamaban que se habían alzado contra los primeros en nombre de todos, en busca de la unidad nacional. Unos y otros en posesión de la razón. Y, en el medio, los millones de personas que no podían hacer otra cosa que esperar acontecimientos y salvar algún resto de aquel naufragio. Elisa daba muestras de un carácter rebelde, lejos de la sumisión que mostraban otras chicas de su edad cuyo principal objetivo era encontrar marido. No parecía fácilmente impresionable ni se mostraba delicada o frágil.

Doblaron por Gracia Peris y ella se detuvo en la esquina con la calle Padilla. Allí se formaba una plazoleta donde varios ancianos, sentados en

bancos y con bolsitas de pan duro triturado, se entretenían dando de comer a una bandada de palomas.

—Aquí vivo. —Señaló un humilde portal—. Me subo a hacer la comida, mi padre estará al caer.

—Vaya..., se me ha hecho corto. Quizá algún otro día podría acompañarte de nuevo.

—Quizá —fue la lacónica respuesta de ella. Alejandro hubiera preferido un poco más de entusiasmo, pero, al menos, era un paso. No iba a ser fácil conocer mejor a aquella chica.

—¿Elisa? —Se oyó una voz a sus espaldas.

—¡Padre! —dijo ella al girarse.

El hombre, con traje oscuro y camisa blanca, se acercó hasta donde estaban. Más mayor que el padre de Alejandro, la barba blanca y las arrugas que se formaban allá donde las gafas tocaban sus ojeras contrastaban con la energía que irradiaba. Se quedó mirando al muchacho que acompañaba a su hija y esbozó una leve sonrisa.

—Don Jaume. —Alejandro recordaba el nombre que le había dicho Elisa—. Un placer saludarle. Mi nombre es Alejandro Santoro. Su hija me ha permitido acompañarla. —Y alargó la mano hacia el padre de Elisa.

—Vaya... —dijo Jaume, ensanchando un poco la sonrisa y estrechando la mano que le ofrecía Alejandro—, el arquitecto del Patriarca.

—¿Nos conocíamos ya, señor? —Alejandro estaba seguro de que no, jamás olvidaba una cara.

—Hijo, son ya treinta años de bedel. Uno aprende a observar y a guardarlo todo aquí. —Se señaló la sien con el índice derecho.

—¿Arquitecto? —preguntó una confundida Elisa.

—¿No te lo ha dicho? —Jaume miró a su hija—. Este joven ha dirigido la rehabilitación de la iglesia, y está custodiando un envío del Gobierno, ¿me equivoco? —Y cambió la mirada hacia Alejandro.

—No se equivoca, señor. —El joven sintió cómo la sangre subía a sus mejillas.

—Es modesto —dijo a su hija—, me gusta. Cualquier otro estaría pavoneándose.

—No les molesto más. —Alejandro no quería marcharse, pero sabía que era el momento.

—Son los cuadros del Prado, ¿verdad?

—Señor, esa información, yo...

—Dos más dos, hijo —le cortó Jaume—. Información pública, no hay que ser un lince. El Gobierno viene a Valencia y, a la vez, camiones con grandes cajas salen del Prado. Y desde mi garita hay una panorámica perfecta de la puerta de la iglesia.

—Sí, don Jaume. —Alejandro, tras unos segundos de silencio, miró a uno y otro lado y bajó un poco la voz para que los alimentadores de palomas no pudieran escucharle—. Son esos.

—¡Lo sabía! —Jaume contuvo su gesto de triunfo, pero no pudo evitar una sincera sonrisa—. Elisa —se acercó a su hija como si le hiciera una confidencia—, a tan solo unos metros, tenemos una buena parte de la historia de España. Y aquí, al joven que la custodia.

—Sí, el albañil. —Elisa puso cara de que no le había gustado que Alejandro le mintiera. Aunque, a decir verdad, apreciaba la humildad que había mostrado y, técnicamente, no le había mentado. Solo había ocultado la verdad.

—Alejandro... —Jaume se acercó aún más y le miró por encima de las gafas—. ¿Está *Las meninas*?

Se sintió acorralado. No porque desconfiara de Jaume y Elisa, por supuesto, sino porque sabía que si Lino había confiado en él era, entre otras cosas, por su discreción. Y aquello era como si estuviera traspasando los límites que tenía marcados. Aunque fuera información que, tarde o temprano, todo el mundo acabaría sabiendo. Perdió su mirada en el comercio de cestas y productos de esparto que había unos metros más allá, donde el propietario ya bajaba la persiana para irse a comer. Y, manteniendo la vista sin mirar hacia ningún sitio en concreto, asintió con la cabeza.

—Una vez lo vi, cuando era pequeño. —Jaume miró a los dos jóvenes—. Un viaje a Madrid, a ver a la familia de tu abuela —dijo a su hija—. Mi padre me explicó el juego de espejos.

—Era Velázquez —confirmó Alejandro—. Muy pocos tienen la técnica, pero solo los elegidos poseen el don de romper con lo establecido.

Elisa jamás habría imaginado ver a su padre conversando con un chico que le acompañaba a casa. Sabía que algún día llegaría el momento, pero lo que no se le había pasado por la cabeza fue que se produciría con aquella naturalidad. A su padre le agradaba Alejandro. Ya se había fijado en él por los alrededores de la universidad y, aunque Jaume no solía meterse en los asuntos de su hija, si seguían allí charlando era porque estaba dando su implícita aprobación al muchacho. Luego, como siempre le decía, ya vería ella qué es lo que más convenía.

—¿Crees que podría verlo? Quisiera volver a estar ante ese cuadro.  
—Don Jaume, me aprieta usted.  
—No, por favor. Jamás querría ponerte en un compromiso —se disculpó Jaume por si había hecho sentir incómodo al chico.  
—Déjeme ver qué se puede hacer. No le prometo nada.  
—Nada tienes que prometer.  
—Elisa —Alejandro se giró hacia ella—. Gracias por este paseo.  
—Gracias a ti por acompañarme. —Y ella volvió a dedicarle aquella sonrisa que era capaz de abrir las nubes para que asomara el sol.  
—Don Jaume. —Alejandro volvió a ofrecer su mano para despedirse.  
—Elisa..., ¿hay comida para uno más?  
—Padre... —Elisa se quedó paralizada con la pregunta. Sentía el golpear de sus latidos en los oídos—, claro que sí. *Arròs en fessols i naps*.  
—Entonces, muchacho —Jaume rodeó con su brazo la espalda de Alejandro—, todavía no te marches.

*Valencia, enero de 1981*

Fernando no sabía muy bien qué hacer con la fotografía que había encontrado en el viejo álbum. Aunque la realidad era que sí sabía qué hacer; de hecho, tenía varias ideas. Lo que no sabía era para qué podían servir todas aquellas cosas que se le ocurrían. Él estaba centrado en el reportaje de Santurce, y bastante atrasado iba ya como para perder el tiempo investigando sobre una curiosidad de baúl de anciana.

Pero tenía que reconocer que esa fotografía le producía una curiosidad inmensa. Aquellas cuatro personas, que no sabía quiénes eran, posando junto a *Las meninas*. En Valencia.

Lo cierto era que había estado leyendo para indagar un poco sobre el tema. En noviembre de 1936, el Gobierno republicano de Largo Caballero, en su salida de Madrid ante la previsible caída de la ciudad, se instaló en Valencia. Se sacó de la capital parte del patrimonio artístico nacional, que incluía las obras más importantes del Museo del Prado y parte de la colección numismática del Museo Arqueológico Nacional. La explicación oficial a esa peculiar salida patrimonial era que peligraba en Madrid, por los posibles bombardeos que pudieran sufrir los museos, y como forma de protección ante un hipotético expolio si la capital caía.

Los historiadores no se ponían de acuerdo en su opinión sobre aquel episodio. Para unos, había sido una heroicidad del Gobierno y de las mujeres y hombres que llevaron a cabo aquella operación. Para otros, había sido una temeridad y un riesgo innecesario sacar aquellos cuadros del museo. Sea como fuere, lo cierto era que las pinturas habían llegado a Valencia y habían sido almacenadas en la iglesia del Patriarca y en las Torres de Serranos. Además, en aquella iglesia se instalaron los restauradores de arte que el Prado envió para comprobar si el viaje había dejado secuelas en las obras y para controlar la conservación durante los meses que los cuadros estuvieron en la capital del Turia.

Ya con Juan Negrín como sustituto de Largo Caballero, en octubre de 1937, y en previsión de que el ejército nacional podía controlar la zona del Ebro, cerrando el paso para una posible huida, el Gobierno salió de Valencia, recalando en Barcelona. Y los cuadros y la colección de monedas siguieron la



misma ruta. En Barcelona, el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes se encargó de que un convoy cruzara la frontera con Francia, y aquellas piezas del patrimonio nacional abandonaron España.

Cuadros y monedas siguieron un camino diferente. Con la ayuda de los directores de algunos de los museos más importantes de Europa, las cajas con los cuadros llegaron a Ginebra, quedando en custodia de la Sociedad de Naciones. Una vez acabada la guerra, en 1939, el recién formado Gobierno franquista pidió la devolución de las pinturas, que llegaron en perfecto estado a España y volvieron a ocupar su lugar en el Prado.

La historia de la colección de monedas del Museo Arqueológico Nacional fue radicalmente distinta. En vez de tomar rumbo a Ginebra, el todavía Gobierno republicano fletó un barco desde el puerto francés de Le Havre, el *Vita*, para que dicha colección viajara a Sudamérica. En México se había establecido una comunidad de republicanos exiliados, que habían logrado salir de España temiendo ser objetivo del bando nacional y huyendo de las seguras represalias que habría tras la guerra. Y como, además de republicanos, sobre todo eran españoles, aquellos exiliados no se pusieron de acuerdo ni siquiera en el exilio. Allí, en México, se crearon dos organizaciones: El SERE (Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles), entidad auspiciada por Juan Negrín, todavía presidente del Gobierno republicano; y la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles), dirigida por Indalecio Prieto, uno de los primeros exiliados y crítico acérrimo de las políticas de Juan Negrín. Prieto, amigo personal del entonces presidente de México, consiguió que la llegada del *Vita* y la gestión de su valioso contenido fuera asumida por la JARE.

El resultado de toda aquella disputa en el exilio fue que las piezas más importantes del Museo Arqueológico Nacional nunca aparecieron. Indalecio Prieto aseguró que jamás llegaron en el *Vita*, mientras que Juan Negrín, en los últimos días de la guerra, estaba seguro de que Prieto y su organización se las habían quedado para poder financiarse. Resultado: el mayor expolio de patrimonio histórico en la historia de España.

Sin resolver.

Todo aquel episodio, una parte reciente de la historia del país, había quedado borrado de la memoria colectiva de los españoles, oculto tras una guerra, una dura posguerra y una dictadura que todavía resonaba. Y Fernando se topaba con él gracias a una fotografía oculta en un álbum que pertenecía a una persona que calificaba a Santurce como «el mismísimo diablo». En su

oficio, las casualidades no existían; entre ambos hechos debía haber una conexión, por mínima que fuera.

¿Qué pintaba aquella fotografía en el álbum de la abuela Isa? ¿Qué tenía que ver con ella? Y, algo que espoleaba la curiosidad de Fernando, ¿quiénes eran los Alejandro, Elisa, Mateo y Bela de la foto?

—El viejo quiere verte —fue el saludo de Salva cuando Fernando se sentó en la barra del bar de Toni junto a él.

—Buenos días a ti también —sonrió irónico.

—Quiere que le enseñes lo que llevas escrito sobre Santurce.

—Me dijiste un mes, queda tiempo.

—Joder, Fernando..., eres la hostia. —Salva chistó y negó con la cabeza —. No has escrito ni una sola palabra. —No era una pregunta.

—Estoy en ello, Salva. Ya sabes que me gusta recopilar la información y escribir del tirón.

—Del tirón ni leches. —El jefe de redacción se giró en el taburete para hablar de frente a su amigo—. Te conseguí esta oportunidad, he dado la cara por ti. Y no voy a consentir que me jodas.

—No lo voy a hacer, tranquilo.

—Fonfría me pregunta, y ya no sé qué decirle. «Está en ello, jefe», es lo único que se me ocurre. Parezco gilipollas.

—¿Por qué dices eso?

—Por confiar en ti, por dejarte cancha libre.

—Puedes confiar en mí, Salva. De verdad.

—¡Pues demuéstramelo, coño! —No era una buena manera de empezar el día, pensó Fernando—. ¿Tienes algo o no?

—Poco.

—Pues apáñate con Fonfría. —Salva volvió a su café con leche—. Pero no me hagas quedar mal.

—Entendido —asintió Fernando.

—Mira... —Salva trató de recuperar la calma—, sé que estás muy jodido. Todo lo que estás pasando es para estarlo. Pero solo quiero que salgas adelante, que vuelvas a tener una vida. ¿Quieres seguir con el tema o no?

—Quiero. —Fernando se puso en la piel de su amigo.

—Pues a trabajar, anda. —El jefe de redacción apuró su taza, dejó cien pesetas sobre la barra y salió sin despedirse.

Fernando pasó de puntillas por la jaula de grillos que era la redacción y fue directo a ver a Echegarreta. La luz roja sobre la puerta indicaba que el jefe de fotografía estaba revelando, y ya había dejado bien claro, desde hacía años, que en esos momentos no se le podía molestar. Sus ataques de ira y los improprios que soltaba cuando se le interrumpía eran legendarios.

—¿Pero qué cojones...?! —Se oyó tras la puerta cuando Fernando tocó con los nudillos—. ¿Estamos ciegos o qué? ¡Luz roja!

—Urgencia máxima, Echegarreta.

—Urgencia, urgencia... —refunfuñó tras la puerta—. Tócate los huevos...

Fernando oyó movimiento dentro de la habitación de revelado y, a los pocos segundos, la luz roja se apagó.

—A ver tanta prisa... —La puerta se abrió y Echegarreta asomó la cabeza—. Coño, Fernando... —Y se le bajaron los humos al ver al antiguo jefe de redacción—. Dichosos los ojos.

—¿Qué pasa, Echega?

—De lío, como siempre. ¿Cómo andas tú?

—Ando, que no es poco. De nuevo en la brecha. —Siempre había tenido una buena relación con el jefe de fotografía. Seca, como le gustaba a aquel riojano, pero en la que ambos llevaban años respetándose.

—¿Qué necesitas?

Fernando respondió señalando hacia dentro del laboratorio de revelado.

Echegarreta abrió paso a Fernando y cerró la puerta. Cual ropa tendida al sol, varias fotografías estaban secándose en los hilos que había de pared a pared. Cubetas con productos químicos, negativos y carretes a la espera de ser revelados se amontonaban en la mesa central.

—Veo que estás a tope.

—Estos inútiles ya no saben ni enfocar. Una foto buena de cada veinte.

—Eso no pasaba en nuestros tiempos.

—Bueno, también pasaba, pero yo era más joven. —Echegarreta hizo un amago de sonrisa—. Tú dirás.

—Mira esto. —Fernando sacó de su carpeta la foto que encontró en el álbum de la abuela Isa.

—Hostia, *Las meninas*. —Echegarreta la estudió—. Aquí dice... ¿«Valencia, 1937»?

—Exacto.

—¿Esto es verdad?

—Sí, el cuadro estuvo aquí durante la Guerra Civil. Junto con otros del Prado.

—Ahí hay una historia. —Siguió observando.

—En ello estoy.

—¿Y qué quieres de mí?

—Trato de averiguar quiénes son las cuatro personas de la foto. Quizá puedas encontrar alguna pista.

—Pues jodido va a estar, la foto está hecha polvo. Déjamela, le echaré un vistazo cuando pueda.

—Gracias, Echega. Te debo una. —Fernando sabía que esa conversación ya había terminado.

—Quita, quita..., para alguien que me trae algo interesante. —El jefe de fotografía hizo un gesto, como restando importancia a lo que Fernando le pedía—. Estoy hasta el moño de todas estas fotos de políticos que no saben ni sonreír. —Y señaló las imágenes que colgaban de las cuerdas.

—Ya me dices algo, amigo. —Fernando abrió la puerta del cuarto para salir.

—Fernando... —dijo Echegarreta—. Siento mucho todo lo que te ha pasado.

—Yo también. —Fernando le guiñó un ojo. Sabía que aquella frase le había costado un mundo a aquel seco riojano—. Pero hay que seguir jugando con las cartas que tenemos.

Echó un vistazo a su reloj. Diez y media. Salva le había dicho que Fonfría quería verle, y no pensaba ir con las manos vacías. Aún tenía un par de horas. Se sentó en su escritorio, puso un folio en la máquina y comenzó a teclear: «Félix Santurce, un héroe de la República».

—No está mal, Poveda. —Fonfría leía el par de folios que Fernando, sentado frente a su mesa, le había entregado—. No es para tirar cohetes, eso ya lo sabe usted. Pero es un comienzo.

—Quiero darle mayor profundidad al personaje. —Fernando sabía muy bien tirar de tópico—. Ir más allá de la historia oficial.

—¿Cuándo cree que podré enseñarle algo más completo al alcalde?

—Quiero charlar de nuevo con el sobrino de Santurce. Deme un par de semanas. —Había que darle una patada hacia adelante al balón.

—¿El sobrino de Santurce? Ya estuvo con él, ¿no?

—Sí, pero quiero saber más cosas sobre la faceta familiar de ese hombre. Su cara de empresario la conocemos, pero me gustaría tratar su infancia, su juventud, la relación con sus padres y su hermana.

—¿Cree necesario todo eso? —Fonfría le miró por encima de las gafas.

—La vida de Santurce fue apasionante, pero también me gustaría demostrar que era un hombre corriente que decidió actuar en tiempos difíciles, pese a lo mucho que tenía que perder.

—Me gusta —admitió Fonfría, concentrado en un punto más allá de Fernando, pensando en lo que su periodista le contaba—. Un hombre con valores, con principios morales. Ese enfoque le encantará al alcalde. —Vaselina, ya se lo había dicho desde el principio.

—Pues entonces, sigo por ahí.

—Deme algo pronto, Poveda —le advirtió Fonfría con el dedo mientras Fernando se levantaba.

—Descuide, jefe.

Sabiendo que Salva quería verle trabajando, Fernando salió un rato a comer, con la intención de volver a su mesa y que le vieran ponerse a teclear. No tenía hambre, pero sí le apetecía caminar un poco y despejar la cabeza. El sol de enero calentaba en esas horas centrales y, aunque el día no era demasiado frío, la traicionera humedad de Valencia le aconsejó abrocharse el abrigo.

El cine Rex, a pocos metros de la redacción, mantenía *El resplandor* en cartelera. Había sido un éxito durante la Navidad, y la mayoría de la gente comentaba que, aunque no la habían entendido del todo, tenía unos cuantos buenos sustos. Seguro que era la típica película que le hubiera encantado a Marta: lenta, profunda, psicológica y con algún giro de guion inesperado. Alguna tarde, Fernando habría ido al kiosco del Cobijano, que tenía entradas para todos los cines de Valencia, y habría comprado dos. Cine, cena y una noche solos en casa. Leo se hubiera quedado con Pablo y Paula, y ellos habrían podido disfrutar de intimidad y confidencias. Desayuno en la cama y hacer el amor, recordando que, además de padres, seguían siendo pareja.

Todo eso se había volatilizado, la tormenta lo había arrasado y no había forma de reconstruirlo. Tener un hijo es un cambio en la escala de valores; existe una pequeña persona que es más importante que uno mismo, que está por delante de todo y por quien darías la vida. Si le hiciera falta un corazón, le preguntarías al médico por qué está tardando tanto en abrirte para sacártelo. Pero ¿qué haces cuando no puedes ayudar a un hijo? ¿Cuando la enfermedad es tan devastadora que solo puedes asistir a su partida? Jamás pensó que

viviría algo así en primera persona, eso es algo que les pasa a los demás. Había ocurrido, y golpeó en la línea de flotación de su matrimonio, donde ninguno de los dos tenía ya ganas de vivir.

Quizá Salva tenía razón, y la decisión de Marta era la más adecuada para ambos. Jamás olvidarían, pero, a lo mejor, un nuevo comienzo era la única manera soportable de continuar. Aunque Fernando se resistía a verlo así; sentía que había sido desterrado, que la persona a la que le entregó el corazón se lo había enviado de vuelta, que ya no lo quería. Y se lo devolvía herido, atravesado por un dolor insondable, sin posibilidad de ser sanado.

Bajo aquel tibio sol de enero, Fernando llegó hasta la iglesia de los Santos Juanes, al final de la avenida del Oeste, dejándola a su derecha. El barrio del Carmen, quizá el más histórico de Valencia, se deterioraba día a día. Tanto era así que, a esa zona en la que se internaba, le llamaban *barrio chino*. Y no era para menos: a plena luz del día, los yonkis entraban en casas abandonadas para pincharse, y varias mujeres ofrecían sus cuerpos en una esquina. Fuera de contexto, Fernando era el objetivo de todos los ojos con los que se cruzaba, a los que no hacía el más mínimo caso. Cuando no se tiene nada que perder, se puede pasear con calma hasta por el infierno.

Había aceptado el encargo del artículo de Santurce por mera inercia. Porque sentía que, si perdía también el trabajo, la cuesta abajo se convertiría en una pared vertical por la que caería sin remedio, aplastándose contra el suelo. Si no lo hacía, era por su hermano. Pablo también había sufrido la pérdida de Leo; era su ahijado, su único sobrino. Bastante hacía con tratar de sostenerle también a él, y Fernando no era tan egoísta como para dejar a su hermano con la sensación de que podría haber hecho algo más. Ya la tenía él con el asunto de Marta, y era horrible convivir con esa idea metida a la fuerza en su cabeza.

Félix Santurce. Se había agarrado a ese reportaje para mantener la cordura, un cierto orden en su vida, el punto desde el que quizá remontara. Pero se había dado cuenta de que no era así; ese reportaje no le interesaba lo más mínimo. Además de que las piezas no le encajaban, el encargo era dar lustre a ese hombre para que el homenaje tuviera suficiente entidad. No era un reportaje lo que le pedían, sino un publirreportaje. Y cuando un periodista llega a eso, significa que su carrera está más perdida que la guerra de Cuba.

En cambio, la fotografía que le había entregado a Echegarreta mantenía afilada su curiosidad. No había podido hablar con la abuela Isa; no sabía ni siquiera si iba a poder hacerlo. Seguía intrigado por la reacción del día de Navidad al escuchar el nombre de Santurce. Luego Marisa le pidió que viera

el álbum, donde no había nada de interés, hasta que dio con la foto escondida. Si su olfato le indicaba que el asunto de Félix Santurce tenía puntos ciegos, también le señalaba que tras aquella fotografía podía haber una historia. Una historia que no le interesara a nadie, tal vez. Pero una historia de esas que gustan a los periodistas.

Jóvenes con crestas, pendientes y pantalones ajustados con tachuelas bebían *briks* de vino y litronas en los parques donde debería haber niños jugando. Casi sin darse cuenta había llegado al convento del Carmen, que se erigía, orgulloso, en el centro de aquel barrio. Testigo de generaciones pasadas, de guerras y de grandes artistas, en aquel momento languidecía ante la dejadez del ayuntamiento por hacer que recuperara el esplendor de anteriores épocas. Aquello nada más tenía un aspecto positivo: solo podía ir a mejor. Y Fernando pensó que quizá su vida fuera como ese convento que mantenía sus puertas cerradas. Solo podía ir a mejor.

Por Roterros salió a la calle de Serranos, contemplando, a su izquierda, las torres del mismo nombre. Ese había sido el otro lugar que se utilizó para almacenar los tesoros del Prado. Un lugar que la historia, con mayúsculas, también había convertido en testigo del paso del tiempo y espectador de los avatares de la ciudad. Construidas a finales del siglo XIV, sus arcos habían sido atravesados por árabes, cristianos, ejércitos invasores franceses y tropas carlistas. Puerta de la muralla, prisión, almacén de cuadros y símbolo de la ciudad. Las Torres de Serranos habían sobrevivido a todos los avatares y desmanes que los hombres se habían empeñado en cometer. Y allí seguían.

Por la foto, era evidente que *Las meninas* había estado en el Patriarca. Sus motivos habría. Pero la verdad era que le gustaría indagar un poco más en aquel tema de los cuadros; un episodio que había quedado silenciado y del que nadie se acordaba ya. Y su instinto insistía en recordarle que había alguna conexión entre Santurce y la abuela Isa, una conexión que no tenía nada que ver con el homenaje del ayuntamiento, con el reportaje que tenía que escribir. Pero una conexión que quería averiguar.

Perdida la noción del tiempo, eran casi las seis de la tarde cuando volvió a la redacción. Salva todavía estaría por allí, y no estaba mal que le viera trabajando a aquellas horas. No le iba a pasar nada por escribir un buen rato y adelantar el artículo. Total, nadie le esperaba.

Lo vio en cuanto se sentó en su silla. Sobre el teclado de su máquina de escribir había un folio doblado y, al abrirlo, leyó las pocas palabras escritas a mano: «Tengo algo. Ven a verme mañana. Echegarreta».

*Valencia, diciembre de 1936*

«El Frente Popular Femenino saluda al Gobierno y promete luchar por el triunfo». La pancarta abría la manifestación, compuesta solo por mujeres. La gente, apelotonada a los lados, abría paso a la marcha que, agrupando activistas de muy distinto signo, solo de género femenino, en ese momento llevaban el puño en alto cantando *A las barricadas*.

Camino de la plaza de la Virgen, la estrechez de la calle Caballeros actuaba de embudo, y la concentración se había estirado hasta no ver dónde terminaba. Comerciantes y clientes de las tabernas salían a la calle a aplaudir el paso de todas aquellas mujeres que querían dejar patente su apoyo a la República.

La mañana era fría, aunque el tibio disco que era el sol estaba casi en lo alto, y Mateo Aguirre, apoyado en la esquina de la calle del Reloj Viejo, se subió el cuello de la cazadora de aviador. Apurando las últimas caladas de su pequeño Cohiba, contemplaba el fervor popular que había levantado aquella marcha. Las demostraciones de apoyo al Gobierno desplazado a Valencia se sucedían a diario, en todo tipo de ámbitos: intelectuales, artistas, asociaciones gremiales u organizaciones sindicales. Pero aquellas acciones llevadas a cabo por la sociedad civil, como el caso del Frente Popular Femenino, eran las que más levantaban el ánimo de la gente.

No conocía Valencia, solo había estado una vez, antes de todo aquello. Aprovechando que iba a por unos camiones de naranja que salían de Alzira, Félix Santurce le invitó a pasar un par de días en la ciudad. Pero de aquella visita no guardaba el mejor de los recuerdos: reuniones durante el día y cena y clubes nocturnos durante la noche. Y, borrachos ambos, Rico los llevaba a dormir. Esa vida no era para él. No había congeniado con el chófer de Santurce; callado, siempre alerta y amenazante, parecía que viera en Mateo a un competidor como mano derecha del empresario. Con el tiempo, habían coincidido un par de veces más, manteniendo la frialdad de aquella visita a Valencia. Profesionales cada uno en lo suyo. «Eso es tuyo y esto es mío; no cruces la línea».

Pero llevando ya unas semanas alojado en el hostel Milán, había podido ver Valencia con otros ojos. Luminosa, alegre y dinámica, el carácter de sus



gentes distaba de su seria forma de ser, como buen vasco que era. Le había sorprendido ese hablar a gritos y las risas en las tabernas, ese vocabulario, mezcla de valenciano y castellano que a veces se le hacía ininteligible, y la vida nocturna que tenía la ciudad. Le gustaba esa forma de vivir, podría acostumbrarse a ella.

Aunque, con todo lo que llevaba a sus espaldas, sentía cierta inocencia en todos aquellos ciudadanos que, de repente, habían visto su ciudad convertida en capital del país. No era que la gente no estuviera preocupada por el devenir de la guerra; seguían las noticias con interés y sabían que en otras provincias se estaba luchando a vida o muerte por cada palmo de tierra. Pero todavía no lo habían sufrido en sus carnes, todavía no sabían qué significaba de verdad aquella guerra. Él, que debido a su trabajo para Santurce, ya había visto cómo los proyectiles de mortero podían convertir las casas en escombros, que había asistido a la desesperación de las personas que lo perdían todo. Él, que había tenido que sacar su pistola y disparar para defenderse, que había vivido capítulos sin saber si eran el último. Y eso no lo sentía en Valencia, aún no había llegado ese miedo. Pero llegaría, vaya si llegaría. Mientras tanto, esa defensa de la República por parte de la sociedad se hacía en un ambiente casi festivo. Los valencianos estaban tan jodidos como el resto de España, pero aún no lo sabían.

—Veo que hoy no trabaja —oyó a sus espaldas.

Cargada con bolsas de verduras y patatas, Bela se abrió camino entre la multitud para llegar a su negocio. Podría haberse callado y pasado de largo, como si no le hubiera visto. Pero el caso es que no lo había hecho.

—Déjeme que le ayude, por favor. —Mateo se lanzó a coger las bolsas que Bela traía, a lo que ella no puso el menor impedimento.

—No me ha contestado —dijo ella mientras se metían en la calle del hostel, tras sortear a todos los transeúntes, que seguían aplaudiendo la marcha femenina desde los lados de la calle.

—¿A qué?

—No está trabajando hoy.

—Nuestro trabajo está hecho. Ahora nos toca esperar.

—¿Y le pagan por esperar? —preguntó ella con ironía mientras abría la puerta del hostel.

—No. —Él había captado las distancias que la dueña seguía manteniendo—. Me pagan por estar preparado.

—¿Preparado para qué? —Bela le señaló la cocina, para que Mateo dejara las bolsas allí.

—Trajimos material cuando el ministerio llegó aquí, y tendremos que sacarlo cuando se vaya.

—Que no se sabe cuándo será.

—Por eso me pagan. —Le sonrió, masajeándose las palmas de las manos por el peso de las bolsas—. Puede ser dentro de un año o puede ser mañana.

—¿Y qué material es ese que tendrán que llevarse?

—Para mí son solo cajas. No sé lo que llevan dentro.

—No se le da bien mentir.

—Vaya... —Mateo asintió con media sonrisa—. Ni a usted andarse con rodeos.

—Cuando se lleva un negocio como este, andarse con rodeos es perder el tiempo.

—Hablando de tiempo, ¿desde cuándo tiene el hostel? —Mateo se sentó en una de las sillas del salón mientras su vista se perdía en la estancia. Le gustaba leer los refranes de los azulejos decorativos que colgaban de las paredes, aunque algunos no los entendiera bien. «*Torna-li la trompa al xic*».

—Más del que debería. —Todavía quedaba café del desayuno, y Bela lo puso a calentar en el hornillo.

—¿No le gusta su trabajo?

—Demasiados recuerdos. Hace mucho que debería haber empezado una nueva vida.

—Siempre está a tiempo.

—¿Usted cree? —Ella le miró con cara de incredulidad—. Veremos si salimos vivos de esta.

—Eso es cierto. Celebro que sea usted más realista que toda esa gente que se manifestaba en la calle.

Bela le dejó una taza sobre la mesa, junto con un pedazo de torta de pasas y nueces, y volvió para sacar la verdura de las bolsas.

—Pensaba que se iba a sentar conmigo.

—Tengo trabajo.

—Es solo un café. —Y esta vez fue él quien se levantó y llenó otra taza del cacillo que ella había calentado. Aunque ella era una maestra en mantener distancias, él era paciente. Virtud de las vascongadas, también.

Con cara de disgusto y dejando patente que era para no hacer un feo a su cliente, Bela se sentó a la mesa.

—Dígame una cosa. —Bela se puso alerta ante las palabras de Mateo—. ¿Nunca se ha casado?

Ella negó con la cabeza mientras daba un sorbo a su taza.

—No será por falta de pretendientes.

—Eso es cierto.

—¿Entonces?

—Ninguno a la altura. —Bela dejó de nuevo la taza sobre la mesa—. No saldría de aquí para ir a peor.

—Entiendo. —Mateo se recostó en la silla—. Pero el amor no entiende de situaciones.

—Pues entonces será que no me ha llegado.

—¿El momento de casarse?

—No. El amor.

Mateo tenía que reconocer que aquella mujer era dura. Se había tenido que volver así a la fuerza, regentando un hostel en el que todos los clientes eran hombres, y donde más de uno se creería con el derecho a exigir. Con el paso de los años, ella habría aprendido a lidiar con esas situaciones, pensó Mateo. Habría formado un caparazón para protegerse y con el que marcar una línea de defensa. Aquella era su casa y no iba a permitir que nadie le tosiara. Pero eso era lo que le gustaba de Bela, esa seguridad en sí misma y su personalidad de mujer independiente. Y que le parecía irresistiblemente atractiva, claro.

—Me preguntaba si algún día me permitiría invitarla a dar un paseo y tomar un chocolate —se aventuró el transportista.

—Usted todavía no se ha enterado de que regento un hostel, ¿verdad?

—No sé qué quiere decir con eso.

—Que aquí hay trabajo las veinticuatro horas. —Bela se levantó, dando por terminada su pausa—. No tengo tiempo para paseos.

—Discúlpeme, no pretendía molestarla. —Mateo hizo como que comprendía los motivos de la negativa de ella.

—No me ha molestado. No tiene tanto poder. —Y nada más pronunciar aquellas palabras, Bela se arrepintió de ellas. Desapareció tras la puerta de la cocina sabiendo que había sido hostil con Mateo; y lo que más rabia le daba era que lo había sido porque sentía cosas que no quería sentir.

Mateo pretendía dejarse ver lo justo por la iglesia y las torres, por eso había mandado a Sastre y sus otros tres chicos aquel día. Había empezado con mal pie con el muchacho que era el responsable de custodiar los cuadros, pero es que le había dado mala espina. Demasiado joven y demasiado comprometido. Y el compromiso está lleno de ideales y muestras de valor. Lo sabía bien,

porque en su día él fue así. La vida ya se había encargado de cambiarlo. Menos mal, pensaba.

Ya de nuevo en la calle, sin rastro de la marcha del Frente Popular Femenino, paseó mientras esperaba a su segundo. Tras esa pausa, medio reivindicativa y medio festiva, que había supuesto aquella manifestación, el barrio había recuperado su pulso habitual. Funcionarios, buscavidas, sirvientas haciendo la compra y parroquianos habituales de taberna tomaban las calles de nuevo. Las órdenes que había dado a sus hombres eran claras: nada de quedarse en el hostel holgazaneando. Para no despertar sospechas, había que ir a trabajar. Campos, Cortázar y Menéndez se dedicaban a inspeccionar los camiones, comprobar si los cuadros estaban custodiados en todo momento, vigilar las inmediaciones de la iglesia. Cualquier cosa menos estar ociosos.

Apoyado en un gran barril a la puerta de una taberna, con dos vasos y una frasca de vino, vio aparecer la llamativa figura de aquel grandullón con el parche en el ojo. Llenó los dos vasos y dejó que Sastre saciara su sed. Una vez bebió, Mateo le hizo un gesto con las cejas. Ya podía ir hablando.

—El taller de restauración ya está a pleno funcionamiento —comenzó Sastre—. El chico y sus hombres sacan el cuadro que los técnicos piden. Solo ellos tienen acceso a las cámaras.

—¿Las torres?

—Las torres están cerradas a cal y canto, y custodiadas por soldados día y noche. Esos cuadros no se tocan.

—Bueno, cuando haya que abandonar esta ciudad, los cuadros de las torres se recogerán rápido. Me preocupan los de la iglesia.

—¿Por qué? —Sastre se rellenó el vaso.

—Por si están trabajando los conservadores y hay que embalar rápido. No sabemos para cuánto va esto, pero lo que es seguro es que algún día habrá que salir pitando.

—Y ese día no podemos fallar.

—Exacto.

—¿Esto se va a hacer muy largo, Mateo?

—Me da que no. —Mateo no sabía si esa corazonada era buena o no—. Esta ciudad no está preparada para defenderse. Si llegan los nacionales, aquí huye hasta el tato.

—¿Y si no llegan?

—Sastre, van a ir a por el Gobierno. Si no vienen directos aquí, intentarán cerrar las vías de escape. Y será lo mismo que si estuvieran aquí.

—Y el presidente no se iría hacia el sur, es otra forma de acorralarse.

—Joder, cuando quieres, sí sabes pensar —sonrió Mateo—. La única salida será hacia el norte.

—Barcelona.

—Pero si nos cierran las carreteras, nos quitarán los cuadros de las manos.

—¿En qué estás pensando? —Sastre sabía cuando su jefe rumiaba algo.

—Aún no lo tengo claro. Mañana intentaré hablar con Barroso.

—Haz lo que sea necesario, pero esto lo quiero cobrar.

—Lo cobraremos —le tranquilizó Mateo—. ¿Qué tal el arquitecto?

—El chico es listo, lo tiene todo bajo control.

—¿Te ha dado la relación de los cuadros, el número de cada caja y su ubicación en las cámaras?

—Aquí la tengo. —Y se golpeó en la chaqueta, a la altura del bolsillo interior.

—Si hubiera que salir rápido, necesitamos saber qué cuadros habría que sacar primero. Eso me lo dirá Barroso.

—¿Eso nos incumbe?

—Claro. —Mateo también volvió a echar vino en su vaso—. El almacenamiento tiene que atender al orden de salida. Cuando lo tenga claro, hablaremos con el chico.

—¿Estará de acuerdo?

—Órdenes del ministerio. No tendrá más remedio.

—Si tú lo dices. —Sastre levantó la jarra de vino llamando a gritos al tabernero. Quería seguir bebiendo.

—¿Ya han sacado *Las meninas*?

—Todavía no, pero es de los que están en la lista de restauración.

—Y sería de los primeros que habría que cargar cuando nos den la orden. Si están trabajando en él cuando tengamos que salir, nos encontraremos un problema —reconoció Mateo, más para sí mismo que para su compañero.

—Le diremos que tiene que pasar por los restauradores cuanto antes.

—Ya hablaré yo con él.

—¿Seguro? —se sorprendió, levantando la ceja de su único ojo—. Mira que el chaval te tiene ojeriza.

—Igual no estuve fino cuando me encontré con él al llegar —confesó Mateo—. Trataré de reconducir las cosas.

—Como veas —zanjó el tema Sastre. Ya estaba todo hablado—. Por cierto..., ¿por qué te has quedado esta mañana por aquí?

—Quería vigilar la zona. Saber si va gente al hostel cuando no estamos nosotros.

—¿Y? —Sastre quería saber la respuesta a ello.

—Todo en orden.

—¿No será que intentabas pillar a solas a la señorita Bela?

—De verdad, Sastre, que hay veces que odio que me conozcas tanto. —Y, sonriendo, Mateo chocó en un brindis su vaso con el de su compañero.

*Enero de 1937*

Las Navidades habían resultado ser una especie de tregua no pactada. Los frentes continuaban abiertos, y miles de soldados no habían podido regresar a sus casas. Pero un cese de las hostilidades, unido a raciones extra de comida, hizo recordar a todos, por unos días, que aquellas eran unas fechas especiales.

El general Gallardo decidió no regresar a casa. Su familia, en Segovia, se había tenido que conformar con una carta de felicitación. Su esposa no lo comprendía, hubiera deseado tenerle allí para la cena de Nochebuena. Pero su hijo, alumno de la escuela de cadetes y con el objetivo de seguir los pasos de su padre, se sentía orgulloso de que fuera uno de aquellos hombres que luchaban por España. Así se lo hizo saber en una carta que Gallardo tenía en la mesa de su despacho. Desde su acuartelamiento en Oviedo, no había querido dejar solos a sus hombres; el mensaje que les estaría lanzando no sería el adecuado.

Las cosas iban bien. Gracias a la entrega de la colección de monedas del Arqueológico Nacional, Von Schimmer había enviado aquellos escuadrones de la Luftwaffe que ya estaban preparados para intervenir desde León y Sevilla. Ya se lo había dicho Franco, aquella guerra la iban a ganar gracias a él. Y si ya era uno de los hombres fuertes del alzamiento antes de aquello, la llegada de los aviones alemanes le había situado en la punta de lanza del bando nacional. Era su momento y tenía que aprovecharlo.

Algunas noches, su conciencia hacía acto de presencia y se empeñaba en no dejarle conciliar el sueño. Su estómago también colaboraba. Aquella aviación podía sembrar el terror en el bando republicano, podía arrasarse ciudades en minutos, causando miles de víctimas civiles. Víctimas que se apuntarían a su saldo, al balance de las negociaciones de Gallardo con Alemania.

Y si lograba el Durero y *Las meninas*, el despliegue de tropas alemanas caería sobre España como un mazo. Esa sería la victoria final para los sublevados, pero, sobre todo, sería su gran victoria. El hombre que consiguió traer a la aviación y las fuerzas terrestres alemanas, para que la guerra se acabara en un santiamén. Para que el país dejara de desangrarse y las cosas volvieran a la normalidad. Una guerra ganada en pocos meses gracias a su

eficacia. Y a sus mentiras, claro. A sus maniobras en la sombra para hacer lo que aquel momento requería. Nadie habría tenido el valor de entregar una parte del patrimonio español a aquella banda de hijos de puta. Si saliera a la luz, le fusilarían. Pero era lo que había que hacer. Los cuadros ya estaban en Valencia y el plan seguía su curso. Todo estaba saliendo según lo previsto.

Las tropas alemanas serían implacables. Si el bando republicano no se rendía, los muertos se contarían por decenas de miles, pero eso ya no sería culpa suya. Esperaba que la República depusiera las armas ante tal demostración de fuerza. Si no, sería como cuando te metes con un chico mayor en el colegio; si te ibas con una ceja abierta a casa, era porque no habías sabido, o querido, huir.

Jürgen von Schimmer se había anotado un buen punto con la colección española del Museo Arqueológico. En las recepciones navideñas de Herr Himmler, el segundo hombre más importante del Reich no tuvo reparos en felicitar en público a Von Schimmer, presentándole a sus invitados como una de las figuras ascendentes de la nueva Alemania. Pero también se encargó de recordarle, en privado, que su misión no había terminado. Himmler le dio una muestra a Von Schimmer de todo lo que podría llegar a conseguir, y que jamás alcanzaría si no llegaban los cuadros. Los aviones de la Luftwaffe ya habían sido enviados a España como contraprestación por la colección de monedas; ahora faltaba tener las piezas preparadas para mandar a las tropas terrestres en cuanto tuviera los cuadros en su poder. Himmler había cumplido con la aviación, pero a Von Schimmer le preocupaba que también lo hiciera con las tropas terrestres.

Pero aquella preocupación se le fue de un plumazo. En la nueva confianza que había forjado con Heinrich Himmler, este le había confesado que España iba a ser su campo de pruebas. Por tanto, tenía vía libre para el envío de tropas cuando su contacto español cumpliera sus promesas. Alemania se iba a expandir, iba a salir en busca del destino que tenía reservado, como la gran nación que era. Y muchos países de su entorno no lo iban a entender; preferirían seguir con sus insignificantes existencias antes que formar parte del que iba a ser el país más poderoso del mundo. Así que, de manera inevitable, comenzaría una guerra, «qué le vamos a hacer». Pero si, cuando comenzara aquella guerra en el centro de Europa, ellos ya tenían tropas en España, podrían hacer pinza desde el sur, con lo que Francia, por ejemplo, sería pan comido.



España sería una zona de entrenamiento para la Wehrmacht: el lugar donde probar nuevas tácticas de bombardeo aéreo, de asedio por tierra, de ocupación. Y con esa experiencia en sus tropas, dar un paseo por Polonia. Además, tenían que engrasar los procesos de purga de elementos subversivos. España y su pequeña guerra iban a ser un filón. Pero, recalcó Himmler, el Führer no iba a dar su permiso hasta tener los cuadros en su poder. Que un contingente tan grande de tropas como las que pedía Franco cruzara Europa iba a soliviantar a Francia e Inglaterra, y eso podía ser un contratiempo para sus planes. Claro que Baldwin, Primer Ministro inglés, y Lebrun, su homólogo francés, iban a poner el grito en el cielo, pero a Hitler no le interesaba que lo hicieran antes de tiempo. Así que, si se arriesgaba a ello, le advirtió Himmler a Von Schimmer, que fuera por una razón tan buena como los cuadros que habían exigido.

Según le había comunicado Gallardo en su telegrama, los cuadros habían abandonado Madrid y se encontraban en Valencia; el guion se estaba cumpliendo. Si ya le había conseguido las monedas, confiaba en que el general español pudiera ser capaz de hacerse con las pinturas. Pero si le estaba costando dormir, era porque le jodía que su destino estuviera en manos de aquel paleta.

Barroso se arrellanó en el sillón de Renau. Siendo la persona con mayor cargo en la sede del ministerio en Madrid, pensó que podía tomarse la licencia de ocupar el despacho del director general. Era un gesto inusual en él, no iba con su forma de ser. Pero es que todo lo que estaba ocurriendo era inusual. Apenas había personal en el edificio; unos cuantos ordenanzas, los soldados que custodiaban la puerta y una secretaria para el teléfono. El resto, todos en Valencia. Viviendo bien tranquilos, al menos hasta el momento.

Había decidido que su puesto estaba en Madrid. La Junta de Incautación seguía almacenando y catalogando obras de arte de palacios e iglesias. Tres conventos ejercían de improvisados almacenes para las piezas, y había que seguir controlando lo que guardaban los museos. También era el responsable de monumentos y estatuas repartidas por la vía pública; habían comenzado los trabajos de protección con sacos de arena y tableros de madera. Demasiada responsabilidad sobre sus hombros como para dirigirla a más de trescientos kilómetros.

Sonrió al encontrar una botella de *whisky* en el cajón del escritorio. Renau no la echaría en falta cuando volviera, si es que volvía a ocupar aquel

despacho. Pero a él le iba a dar un buen servicio en aquellos momentos. Lástima no tener un poco de soda.

Había ratos en los que se arrepentía de haber entrado en todo aquello. No es que lo hubiera hecho de manera voluntaria; su anterior jefe ya le había dicho que nadie mejor que él para proteger el arte que estaba siendo saqueado. Pero de ahí a sacar cuadros del Prado iba un trecho. Y en ese trecho sí que se había metido él solito. Quizá por reconocimiento, por ambición personal. Quizá por dejar de ser ese funcionario gris que siempre había sido, y que pudieran ver toda la capacidad que llevaba dentro. Pero, sobre todo, por Félix Santurce.

Santurce le había facilitado las cosas. Le había dado los argumentos necesarios para que la salida de los cuadros fuera lo aconsejable. Le había puesto en las manos a su equipo de transportistas, para que él se apuntara el mérito. Degustando el *whisky*, admitió que, de no ser por Félix Santurce, él no se habría metido en aquel lío. Y cuando Santurce tenía interés, por algo sería. Siempre era por algo. Su viejo compañero de la escuela de comercio era listo y, si se pegaba a su rueda, seguro que caían migajas que él podría recoger.

Aquella guerra no la ganaban ni por asomo. Ya se vería cuánto tardaba el Gobierno en caer y cuándo el ejército nacional desfilaría por Madrid proclamando su victoria. Barroso no temía por su vida, solo era un funcionario. Pero un funcionario que se quedaría sin trabajo cuando la guerra acabara. Un funcionario que estaría señalado como colaborador republicano, y al que le iba a ser muy difícil encontrar un empleo. Por eso necesitaba a Santurce. Por eso quería participar de sus planes, fueran cuales fueran. Porque el empresario llevaba algo entre manos, algo grande. Si no, ¿por qué tantas molestias para participar en la operación de los cuadros del Prado? Mucho dinero en juego debía de haber, y la próxima vez que le viera le plantearía qué parte le tocaba a él.

Valencia iba a ser un polvorín. Con el Gobierno instalado en la ciudad y las piezas del Prado custodiadas por un muchacho, el día que hubiera que salir por patas de allí iba a reinar el caos. Y él no quería estar en esa primera línea, porque era donde más fácil sería cometer un error. Él había cumplido su trabajo, y era hora de reclamar su recompensa. La República tenía los días contados, y la botella de *whisky* de Renau, también.

Se sirvió otro trago y brindó porque su plan saliera bien.

Félix Santurce había olvidado la sensación de volver a estar en casa. De que su madre preparara el desayuno y, todos reunidos a la mesa, compartieran el café, las tostadas y el jamón pasado por la plancha. Su sobrino se hacía mayor y, tras el disgusto familiar que supuso el embarazo de su hermana, ahora todos se daban cuenta de la bendición que era ver crecer a ese crío. Santurce necesitaba aquel retiro, pasar los días de Navidad con su familia en la casa de Alzira.

Volver a sentirse protegido por su padre. Menuda ironía; el empresario que más mercancías movía en España, que tenía contactos en todas partes y formaba parte de la alta sociedad de la época, necesitado de protección. Más que de protección, necesitado de calor, del cariño que solo sabe dar la familia. Y con ellos había querido pasar aquellas Navidades.

Siempre deseando más, siempre buscando el mejor negocio, los mayores beneficios. Con la habilidad de prestar servicios a unos y otros, de conseguir lo que fuera necesario y, con la guerra en curso, quedándose en ese espacio gris que hay entre los dos extremos. Un lugar que era cómodo, que no le exigía posicionarse: «Solo soy un pequeño hombre de negocios». Pero ese lugar en el que todo el mundo venía a buscarle cuando necesitaba algo. Cuanto más difícil, más preguntaban por él.

Actuando como espía al servicio del Gobierno se lo jugaba todo. Ser amigo de altos cargos del bando nacional le proporcionaba información muy valiosa, información vital para la República. Para esa República que languidecía. Esa República que procuraba levantar el ánimo de los suyos, pero que estaba herida de muerte.

Cuando todo aquello pasara, ya se vería en cuánto tiempo, Félix Santurce ya no podría ocupar aquella zona gris. Se iba a tener que definir, hacer público el bando por el que se decantaba. La lógica le decía que siempre hay que estar del lado de los vencedores, y muy mal se tenían que poner las cosas para que Franco no fuera el próximo jefe del Estado. El problema era que él no creía en esos futuros vencedores, no creía en esa combinación de ejército, Iglesia y nobleza que iba a determinar el camino del país. Pero no era tan tonto como para declararse partidario de los perdedores y que le quitaran todo lo que tanto le había costado lograr. Y ahí sería cuando le tacharían de traidor, cual Judas que besa la mejilla de su maestro.

Por eso tenía que irse. Por eso tenía que plantear a su familia salir de España, irse juntos a América, a buscar una nueva vida. Por eso necesitaba esas Navidades con ellos, para sentir cerca de nuevo a aquellos que más

quería en el mundo. Él no era una mala persona, pero era una buena persona que estaba haciendo cosas malas.

Una más. La última operación. El golpe definitivo con el que llenar sus cuentas bancarias y huir. Porque después de aquello, el nombre de Félix Santurce estaría maldito, pasara lo que pasara. No había prisa, no quería preocupar a sus padres. Tiempo habría para explicarles su plan, para preparar ese viaje sin retorno. Para dejar aquella España que se desangraba por la codicia de unos y otros. Incluida la suya, para qué engañarse.

Era el negocio más difícil y complejo al que se había enfrentado, pero llevaba toda su vida preparándose para ello. Él era Félix Santurce e iba a lograr algo casi imposible.

Mateo Aguirre no tenía a nadie, y eso era una ventaja. Porque de nadie tenía que preocuparse. Bueno, estaba el grandullón de Sastre, pero entre ellos sabían cómo funcionaba el tema. Se apreciaban y cuidaban, aunque cualquier día alguno de los dos caería de un tiro en una cuneta y no habría tiempo para llorar. Tan solo para emborracharse brindando por el compañero caído. Así era la vida de un contrabandista.

Sin casa, no tenía un lugar donde descansar sus huesos. Se había acostumbrado a buscar su sitio allá donde Santurce le mandaba con sus camiones, para que llegaran a su destino sin problemas. Y si así llegaban era porque él los solucionaba, ni más ni menos.

Acostumbrado a cruzar la frontera con Francia desde bien joven, había desarrollado su instinto para evitar patrullas, ocultar camiones en caminos estrechos o sacar la pistola cuando no había más remedio. Su padre quería que hubiera entrado en la Academia del Aire, por eso le regaló la cazadora de aviador. Pero a él le atrajo más el dinero fácil del contrabando.

Sabiendo que cualquier día podía perder la vida, no se aferraba demasiado a ella. Por eso no se había comprado una casa, por eso no tenía sus ahorros invertidos en un caserío en su tierra. Ganaba mucho y gastaba poco, porque sabía que algún día quizá le hiciera falta el dinero. Venía siendo lo normal; con tantos años en el oficio, había muchas papeletas para acabar siendo buscado por la justicia. Y si ese momento llegaba, o tenías dinero ahorrado o no salías del país. Lo que era una incongruencia en sí mismo: ganar mucho para gastarlo el día que las cosas se torcieran. Así que solo había una conclusión, pensaba: Mateo Aguirre tenía adicción a la adrenalina que le generaba su trabajo.

Trataba de saber lo justo, de no preguntar demasiado. Porque si preguntas, es cuando te pueden entrar los escrúpulos, le decía a Sastre. Y si sabes que no está bien lo que haces, acabarás no haciéndolo si eres un hombre de verdad. Así que mejor tener poca información.

Pero esta vez era evidente que algo gordo había en marcha. Ya no eran naranjas, o vino, o azulejos: eran los malditos cuadros del Prado. Félix Santurce en persona se había presentado en el museo, y había convencido a todo el mundo de que Mateo era la persona adecuada para sacarlos de Madrid y llevarlos a Valencia. Y ahora le pagaban solo por esperar el momento en el que hubiera que sacarlos de nuevo.

Luego estaba el encargo especial. Aquel que solo sabía él, y no hacía falta contarlo a sus hombres. Aquellas cosas se esparcen rápido, y el vino suelta muchas lenguas. Valencia era un nido de espías, y las paredes tenían ojos y oídos. Aquel encargo era lo más difícil que le habían pedido, pero también lo mejor pagado en toda su vida.

Se hacía mayor, y aquella vida ya no era para él. Esa guerra terminaría algún día, y ya se vería en qué estado se encontraba el país cuando eso llegara. Un país en reconstrucción, donde glorias, victorias, derrotas y odio iban a convivir durante mucho tiempo. Y a él no le apetecía quedarse a verlo. Ese trabajo le iba a servir para hacer caja y esfumarse donde nadie pudiera encontrarle.

Iba a ser muy difícil, muy complicado. Pero es que, si no lo fuera, Félix Santurce no le habría necesitado a él. Mateo no fallaba, hacía todo lo necesario, incluso jugarse la vida, para que sus misiones fueran un éxito. Santurce lo sabía y por eso contaba con él. Pagándole como correspondía, claro.

Solo que, en esa misión, que iba a ser la última, había ocurrido algo sumamente inesperado: Mateo maldecía el momento en el que se había enamorado de Bela Silvero.

Hasta las trancas.

Alejandro Santoro no podía evitar sentirse culpable. El país en guerra y él, flotando en una nube, en el mejor momento de su vida. Era como si remara contracorriente, como si fuera el único que caminara en un sentido distinto al del resto del mundo. Y que, lejos de frenarle, le hacía encontrarse pletórico, preparado para lo que estuviera por venir.

Leía en los periódicos el avance de la contienda, las noticias sobre los muertos, las ciudades caídas, las personas que se quedaban sin hogar. Por supuesto que lo sentía, pero es que él estaba luchando su propia batalla, estaba participando de manera directa en la guerra. No con un fusil ni en una trinchera, sino con un título de arquitectura y desde una iglesia.

Había caído en sus manos uno de los patrimonios más importantes del país, e iba a defenderlo con su vida si era necesario. O, al menos, eso pensaba hasta hacía unos días. Por supuesto, su compromiso con su cometido seguía siendo el máximo, pero una nueva variable había entrado en la ecuación. No la conocía de nada y ya la echaba de menos.

Elisa había llegado para iluminar todo resquicio de su mundo, para enseñarle que asumir responsabilidades no sirve de nada si no tienes con quien compartir las alegrías y los problemas. Si no tienes a quien abrazar cuando vienen mal dadas o en quien pensar cuando todo sale bien. Esa persona que hace que una sonrisa brille en tu rostro cuando te viene a la cabeza. Solo quería estar con ella, que crearan un mundo nuevo, alejado de toda la maldad, el miedo y la incertidumbre que se vivía en aquellos días.

Y, sí, se sentía culpable. Pero no iba a hacer nada por detener esa dicha que le invadía, esa sensación de desear avanzar el reloj para volver a verla, y de parar el tiempo al estar con ella.

El país se iba al garete, y Alejandro no pensaba acompañarlo en ese viaje. Tenía una misión e iba a cumplirla. Pero antes se dejaría la vida protegiendo a Elisa Aparisi que aquellos cuadros que simbolizaban el rumbo perdido que había tomado España.

Se quedaba estudiando hasta tarde, a la luz de una pequeña lámpara que tenía en la mesa de su dormitorio. Y ya bien entrada la madrugada, en la que solo se oía el tintineo de las llaves del sereno y un suave silbar con el que se acompañaba, Elisa no podía dormirse de inmediato. Tenía que pensar en otra cosa para que los artículos de las leyes y el Código Civil fueran abandonando poco a poco su cabeza. Se tumbaba, cerraba los ojos y trataba de encontrar el ritmo de su respiración. A menudo, pensar en qué hacía falta comprar al día siguiente, los horarios de las clases o si tenía que remendar alguna camisa de su padre. Un padre del que escuchaba su ronquido en la habitación contigua, y ese sonido era el que le hacía sentirse, a la vez, segura y cuidadora.

Pero, desde hacía unos días, algo más se cruzaba por su cabeza en aquellos momentos que deseaba despejarla. Y no solo en esos momentos;

también le sorprendía acudiendo a su memoria durante una clase, mientras comía o mientras andaba por la calle en su camino de casa a la universidad. Ese algo era, más bien, alguien. Alejandro, con aquella sonrisa, su franqueza y su gesto de apartarse el flequillo de los ojos, se materializaba en su pensamiento en los momentos más inesperados.

Algunas veces sentía que tener al muchacho en su cabeza era algo altamente inoportuno; sus estudios eran lo primero, y tenía que atender la casa y a su padre. Pero por inoportuno que fuera, también le resultaba inevitable. Ese chico era distinto, diferente a todos los que la habían cortejado. No necesitaba pavonearse de nada, no llevaba a sus padres detrás para que ejercieran de representantes que vendían las bondades de su *producto*, y era capaz de mostrarle el mundo con otros ojos, como jamás ella lo había visto. Siendo poco más que un niño, como ella también lo era, estaba habituado a trabajar con hombres hechos y derechos, a liderarlos y a afrontar asuntos de tanta envergadura como el de los cuadros del Prado.

Su padre se había quedado encantado con Alejandro. Tenía la suficiente educación como para saber escuchar, y como para no hablar si no le pedían su opinión sobre algo. Y cuando hablaba era comedido, pero firme. No vendía ilusiones, no prometía nada que no estuviera en su mano. Y eso que, pensaba ella, su padre había rozado el agotamiento con el tema de intentar ver de nuevo *Las meninas*.

Elisa nunca había tenido novio, nunca se había enamorado de un chico. Y con Alejandro tenía la sensación de que jamás se impondría sobre ella, que podrían tratarse de igual a igual, donde lo que ella tuviera que decir o sus opiniones serían tan importantes como la voz de él. Eso era algo inusual, la mujer se adaptaba al papel que le había tocado vivir. El papel que quería darle doña Remedios, la madre de Eugeni. El papel que querían darle todos los jóvenes, y no tan jóvenes, que la habían cortejado y hecho propuestas. Donde lo primero que le mostraban para convencerla era desahogo económico y flores para tratarla como una princesa.

Y ese era el problema. Que ella no era una princesa. Si alguna vez se decidiera a pasar su vida junto a alguien, no deseaba un príncipe. Lo que ella quería era un compañero, un hombre que le hiciera vibrar. Una pareja, un amigo, un confidente, un amante. Alguien que deseara tomarla de la mano y besarla allá donde se encontraran. Alguien que quisiera compartir problemas, incertidumbres y lágrimas. Pero también noches de amor hasta el alba y cómplice pasión.

Por mucho que le pareciera inoportuno, y por mucho miedo que le diera, sentía que Alejandro Santoro podría ser ese compañero que su madre siempre le enseñó a exigir.

Desde que falleció su padre, Bela Silvero tenía una costumbre que no contaba a nadie. Cuando la noche caía sobre la ciudad, las conversaciones de su salón se apagaban porque los huéspedes subían a sus habitaciones, y ella acababa de limpiar y de recoger todo para retirarse a descansar también, revisaba la escopeta de cañones recortados que escondía bajo la barra que separaba la cocina del salón y que ejercía de mostrador de recepción.

Todas las noches, sin excepción. La abría, sacaba los dos cartuchos para comprobar que estuvieran en buen estado, limpiaba los cañones y accionaba el mecanismo del gatillo. A continuación, metía los dos cartuchos de nuevo —guardaba una caja de ellos en un armario de la cocina— y volvía a dejarla bajo la barra. No se veía a simple vista, estaba oculta en un compartimento con una pequeña puerta corredera.

Solo había tenido que sacarla una vez, una única ocasión, y, cuando todo pasó, le temblaban tanto las manos que tuvo que esperar un rato para guardarla de nuevo. Sería un año atrás, más o menos. Ya casi de madrugada, y a punto de subir a su habitación, sonó el aldabón de la puerta. Un comerciante que había perdido el último tren a Castellón por atender a un cliente, a quien le habían recomendado el hostel Milán para pasar la noche. Se lo habían recomendado porque servían comidas y quizá, aunque fuera tarde, quedara alguna sobra de la cena. Aunque a Bela no le gustaban esas situaciones que la sacaban de su rutina habitual, sintió lástima por el viajante y le permitió pasar para ocupar una habitación que tenía libre. En el silencio de la noche, en el que el frío de la calle se colaba por los ventanales del comedor, el comerciante tomó asiento y Bela comenzó a recalentar un poco de sopa de fideos con pollo que todavía quedaba.

El viajante, hablador, comenzó a darle conversación. Bela, agotada de todo el día, era lo que menos necesitaba en aquel momento, pero no quiso ser descortés. Y, poco a poco, las preguntas del hombre —unos cincuenta años y panzudo, un charlatán que intentaría ganarse a los clientes por su labia— fueron metiéndose en terreno personal. Dónde estaba su marido, si tenía novio o si lo había tenido. Hasta que, envalentonado por confundir la amabilidad de Bela con complacencia, le preguntó si, por una cantidad extra, en aquel hostel se podía pasar la noche acompañado de la dueña.



Con tranquilidad, y obviando la sopa que estaba al fuego, Bela se dirigió al mostrador. Abrió la pequeña puerta corredera y, con ambas manos, sacó la escopeta de cañones recortados. Con la misma tranquilidad, desde detrás de la barra, apuntó al hombre y le dijo que tenía quince segundos para salir de su hostel, si no quería un agujero en el estómago.

El hombre, asustado, tiró la silla al suelo al levantarse de manera atolondrada y, una mano sujetando la maleta y la otra el sombrero para que no le cayera, salió disparado por la puerta del hostel Milán. Bela aún podía sentir, si se concentraba, el temblor de manos que vino a continuación. Y eso que aquel era un pelagatos de tres al cuarto, acostumbrado a pagar por noches de amor.

Pero, en aquel momento, la situación era distinta. Tenía en su hostel a cinco hombres habituados a lidiar con problemas. Que no se asustarían fácilmente por mucho que ella les apuntara con aquella escopeta, porque sabrían, igual que ella lo sabía, que no es lo mismo apuntar que disparar.

Tenía que reconocer, a su pesar, que la única seguridad se la daba Mateo Aguirre. Su palabra era ley para sus hombres; no le rechistarían a la mínima y le acompañarían al infierno. Y, desde el día que llegaron al hostel, Mateo ya dejó claro que nadie iba a faltar al respeto a su dueña.

Pese a todo, en ningún momento se había sentido una presa para él, un futuro trofeo de caza. El vasco había tratado de acercarse a ella, de entablar conversación, de generar cierta complicidad. Y era ella quien se negaba, quien se cerraba a que un huésped se tomara aquellas confianzas. Dentro de Bela, lo que más rabia le daba era que tenía que reconocer que le agradaba un poco aquella búsqueda de complicidad de Mateo, esa atención que le dispensaba. Porque, aunque el vasco tuviera dentro de él todos los demonios del mundo, era atento, respetuoso y un hombre hecho a sí mismo. Alguien que sabía diferenciar el bien del mal y que dominaba ambos.

No, no era hombre para ella. Pero solo ella, y Dios, sabían cuánto le deseaba alguna de aquellas noches.

*Valencia, enero de 1981*

Estaba tan impaciente por conocer qué tenía Echegarreta que ni siquiera pasó por el bar de Toni. El jefe de fotografía llevaba veinte años llegando el primero al trabajo, bien temprano, y Fernando necesitaba saber qué había averiguado sobre la imagen oculta en el álbum de la abuela Isa.

—Sin el negativo no se puede hacer nada más que mirar con una lupa —le dijo Echegarreta—. Pero supongo que eso te sirve de poco.

—No tengo el negativo. A saber dónde andará. —Fernando enarcó las cejas.

—Y la foto está hecha una mierda. —La levantó para enseñársela, como si Fernando no la hubiera visto antes—. Sucia y arrancada en algunos puntos.

—Al grano, amigo. —Pensó que debía haber tenido más cuidado cuando la sacó del forro de la tapa trasera del álbum.

—Pero menos mal que tienes al tío Echega. —Y, cogido con unas pinzas, le mostró un negativo. Un pequeño fotograma que orientó hacia la bombilla del techo para que le diera la luz.

—¿Es el negativo de la foto?

—Algo así. Le he hecho una foto a la foto. —Sonrió. Truco de gato viejo—. Le puse los focos para disimular un poco las manchas, disparé y revelé. —De una carpeta sacó la nueva fotografía.

—Joder... —Las manchas habían perdido algo de intensidad y la imagen se veía un poco más clara. Los desconchados de la foto original aparecían como parches blancos en la nueva imagen—. Eres un figura.

—Uno que conoce su oficio.

—¿Y qué podemos hacer con esto? —Fernando agitó la foto en el aire.

—La hostia, Poveda, qué cortito eres de vez en cuando —se burló Echegarreta de manera amistosa—. Ahora ya podemos hacer lo que queramos. Tenemos negativo.

—Te conozco como si te hubiera parido —sonrió Fernando—. Lo que se pueda hacer ya lo habrás hecho. —Echegarreta sacó una carpeta del cajón y la puso encima de la mesa. Había un pequeño taco de fotografías y le enseñó una de ellas—. Son ampliaciones... —Fernando se quedó sin habla—. Es el suelo donde está apoyado *Las meninas*.

—Ya te lo he dicho. Tenemos negativo, podemos hacer lo que queramos.

—Estas baldosas, las conozco. —El periodista observaba la imagen de cerca, donde solo se veían los pies de las cuatro personas que salían en la imagen, y el tramo de suelo que aparecía en la foto original.

—El Patriarca, confirmado. Fui a verlo ayer por la tarde.

—Es donde estuvo el cuadro. Llegó en noviembre del treinta y seis, y no se movió hasta octubre del treinta y siete —le informó Fernando—. Destino Barcelona.

—Bueno, pues ya sabemos que la foto está hecha entre enero y octubre del treinta y siete. —Echegarreta le pasó el resto de las fotos—. Mira esto.

Fernando tomó el pequeño taco que le tendía el jefe de fotografía. Había hecho ampliaciones de los cuatro personajes. Suponiendo que el orden de los nombres escritos coincidiera con el orden en la fotografía, que era lo más lógico, tenía ante sí las caras de aquellas cuatro personas. Alejandro, Elisa, Mateo y Bela. Sacados de otros tiempos, devueltos a la vida por arte de Echegarreta y el conocimiento de su oficio.

Ninguno de los cuatro sonreía. Posaban frente al cuadro sin ningún contacto físico entre ellos, un poco separados unos de otros. Elisa y Alejandro parecían muy jóvenes, poco más de veinte años, pensó Fernando. Junto a la cara del chico, aparecía la de Velázquez, en el escorzo que hace para mirar a Felipe IV y Mariana de Austria. A los que se podía ver en la ampliación de la figura de Elisa, donde el espejo en el que se reflejaban los reyes quedaba a la altura de su rostro. Mateo tapaba, casi por completo, la figura del fondo del cuadro, quien, frente a una puerta abierta, posa con un pie en cada escalón de la escalerilla de entrada a la sala, donde se estaba desarrollando la escena. Junto a Bela, la enana que acompañaba a todas partes a la infanta Margarita. Un cuadro dentro de un cuadro, una espiral que creaba un doble anacronismo, como una anomalía en el tiempo. Una imagen del siglo XVII, frente a la que posan personas en 1937 y es observada por otras en 1981.

—Este tipo... —Fernando mostró a Echegarreta la foto de Mateo—. Me resulta familiar.

—Pues él no es el interesante.

—¿Quién entonces?

—Dime si ves algo aquí. —El jefe de fotografía tomó la foto de Bela y la puso de nuevo frente a los ojos de Fernando—. Ella es la interesante.

Fernando estudió la foto de aquella mujer. Algunos de los desconchados habían afectado a la zona de su cuello y algo de su rostro, pero se le podía apreciar bastante bien. Treinta y pico, mirada desafiante. Atractiva.

—Lleva una camisa de hombre.

—Sigue.

—Y pantalones. —Fernando volvió a la foto de Elisa—. Contrasta con la vestimenta más femenina de la otra chica.

—Parece ropa de trabajo, ¿no? —Echegarreta lanzó su teoría—. Fíjate bien en su camisa.

Sin saber muy bien en qué quería su amigo que se fijara, Fernando guardó silencio mientras estudiaba la imagen de Bela. La camisa, blanca, tenía unas finas rayas grises. A saber de qué color serían en su día. Por el cuello y las hechuras, era una camisa de trabajo, de esas que cualquier hombre se pondría en aquella época para sus quehaceres diarios. No veía nada extraño, nada que le llamara la atención. La posición de los brazos de la mujer, cruzados, en actitud casi defensiva, hacía pliegues en la prenda.

De pronto lo vio.

—Joder... —Fernando miró al jefe de fotografía—. En el pecho, pone algo. No se lee, pero parecen unas letras, en dos líneas.

Echegarreta sonrió y le pasó unas nuevas imágenes. Eran ampliaciones del pecho de la mujer, fotografías que iban de más lejos a más cerca de aquellas letras. La calidad se perdía a cada ampliación, era casi imposible leer lo que ponía. Además, comprobó Fernando, uno de los pliegues tapaba parte de aquellas dos líneas de letras. Escogió una de aquellas ampliaciones y tomó la lupa de la mesa de Echegarreta. Inclinado sobre la foto, acercando y alejando la lupa, buscaba descifrar qué mensaje había en aquellos caracteres en letras minúsculas.

—En la primera fila creo que pone «tal». Y en la segunda... —Fernando aguzó la vista—, diría que pone «lán».

—Eso mismo veo yo —confirmó Echegarreta—. El pliegue en la camisa impide leerlo del todo.

Fernando cogió papel y boli, y escribió aquellas dos palabras. Su olfato periodístico le había enseñado que, escrito con su letra, era capaz de memorizar y profundizar mucho mejor en los textos. No hay nada como la letra de uno; es lo que se está acostumbrado a leer, y lo que mejor procesa el propio cerebro. Se quedó mirando el mensaje y se lo enseñó a su amigo.

*tal*

*lán*

Echegarreta negó con la cabeza.

—El tamaño de letra es el mismo en las dos líneas —Fernando hablaba para sí mismo—, pero la «l» de la palabra de la primera línea está un poco

más desplazada a la derecha que la «n» de la segunda línea. Apenas un par de milímetros.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que la primera línea tiene más caracteres que la segunda. —Concentrado, Fernando había despertado su instinto. En aquel momento no existía nada más importante en el mundo que aquel mensaje, toda su atención y energía estaban puestas sobre ello—. Si yo tuviera que bordar sobre una camisa, justificaría el texto al centro.

—¿«Justificarías»?

—Lo alinearía al centro. —Hizo un gesto con las dos manos, poniendo una palma justo encima de la otra, separadas unos centímetros—. Para que quedara ordenado, pura estética.

—No sé adónde te lleva todo eso.

—A que la primera palabra tiene una letra más que la segunda.

—Puede haber más de una palabra en cada línea.

—La fotografía es tu terreno, amigo. —Fernando miró a su compañero—. Pero ahora estamos en mi campo. Tú lo has dicho antes: esta chica lleva ropa de trabajo. El mensaje oculta el lugar donde trabajaba.

—El lugar donde trabajaba. Una sola palabra... —Echegarreta seguía el razonamiento de Fernando.

—Años treinta, amigo. No debía de ser la cuna de la creatividad empresarial.

—¡Hospital!

—Hospital... Podría ser —pensó Fernando—. Pero no se me ocurre ningún hospital en Valencia que acabe en «lán».

—¿Quién te ha dicho que esa chica fuera de Valencia?

—Pues también es verdad. —Y Fernando se desanimó un poco pensando en que quizá tenía que buscar un nombre en toda España. Un nombre de 1937, «vete tú a saber»—. Me llevo todo esto, Echega.

—Todo tuyo. —Reunió todas las fotografías para entregárselas—. A cambio de que me informes.

—Dalo por hecho.

Fernando se fue directo a su mesa. Pensaba en cómo conseguir un listado de hospitales en España operativos en 1937. Complicado. Por un lado, la mayoría de ciudades ponían a los hospitales nombres como «Clínico», «Universitario», «General» o «Provincial». Demasiado genérico. Por otro lado, en los años de la guerra se abrirían multitud de hospitales temporales, o

improvisados, a los que también había que poner nombre. Y muchos de esos lugares debieron dejar de existir una vez acabada la contienda.

También era cierto que la tal Bela no iba vestida de enfermera, y nada en su vestimenta indicaba que estuviera relacionada con la medicina o la enfermería. Quizá trabajaba en el departamento de administración o en las oficinas. A Fernando le parecía que aquel razonamiento estaba muy cogido con pinzas.

Y allí estaba él, pensó, buscando pistas sobre un asunto que no sabía adónde le llevaba, en vez de estar centrado en la verdadera cuestión importante que tenía entre manos. Pero es que el misterio de la foto de la abuela Isa le intrigaba mucho más que el artículo de Félix Santurce y el brillo que había que sacar al homenaje del ayuntamiento. Y seguía sin ver la conexión entre ambos; aunque estaba seguro de que la había. Se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, un tema le había hecho olvidarse de todo, volver a centrarse en resolver un rompecabezas. Sentirse periodista de nuevo y recordar que, para él, aquella era la profesión más bonita del mundo.

«Catalán. Hospital Catalán».

Escribió aquellas dos palabras en el folio que tenía ante él, una sobre la otra, como aparecía en la imagen. Cuadraba; una letra más en la primera que en la segunda. No le sonaba que ningún hospital de Cataluña se llamara así, pero podría llamar a algún teléfono de la Generalitat de Catalunya para indagar. Algo era, un pequeño hilo del que tirar.

Pasó por el ultramarinos antes de llegar a casa. Todavía era la una del mediodía y pensó que podía ser un buen momento para volver a la sana rutina de comidas a las que había estado acostumbrado los últimos años. Desde que estaba en aquel piso prestado se había alimentado a base de comidas precocinadas, patatas y huevos fritos, salchichas y demasiado dulce. Marta era una buena cocinera, y en casa nunca había faltado el cocido, el potaje de garbanzos o unas buenas lentejas con chorizo. Él no tenía tanta maña a los fogones, pero se hizo con una buena bolsa de verduras y varias rodajas de merluza. Era un comienzo.

Mientras guardaba la compra en la nevera, puso una sartén al fuego. Lento, recordó, el pescado está más sabroso a fuego lento. Mientras la merluza se iba haciendo, decidió que era un buen momento para ordenar el armario que utilizaba como despensa. Poca cosa había allí, más allá de un paquete de macarrones y un par de botes de garbanzos en conserva. Pero bueno, si iba a empezar a llenarlo, mejor limpiar un poco los estantes.

Mateo.

Recordó que esa cara le era familiar. Le sonaba, había visto ese rostro, o uno muy similar, recientemente.

La carpeta.

Dejó de limpiar los estantes y se fue directo a la carpeta que tantas veces había visto en los últimos días.

Cogió la ampliación de la foto de Mateo que le había dado Echegarreta y abrió la carpeta con la documentación que le entregó Fonfría sobre Santurce. Revisó cada una de las fotos, fijándose en las facciones de los rostros que en ellas aparecían. La foto ampliada de Mateo estaba un poco borrosa y era la que más manchas blancas tenía, resultado de las partes donde el papel fotográfico se había desprendido al sacarla del álbum. Pero, aun así, se distinguía bastante bien la cara. Unos cuarenta, sombra de barba cerrada, rostro serio y una cazadora de aviador ceñida a su cuerpo.

Nada. En las fotos del expediente de Fonfría no encontró nada. Demasiada casualidad habría sido, pensó. Pero a su cabeza seguía llamando con insistencia la sensación de que esa cara la había visto antes, que aquel hombre que miraba a cámara, teniendo a su espalda una de las obras cumbres del arte universal, ya había pasado en algún momento por delante de sus ojos.

Las fotos de Enrique Santurce.

Buscó entre el montón de papeles que tenía sobre la mesa del comedor y encontró lo que buscaba. De casa del sobrino de Félix Santurce se había llevado unas cuantas fotos. Desde un primer momento le había llamado la atención la cantidad de personas diversas con las que se juntaba el empresario. De militares a políticos, pasando por sencillos trabajadores del campo. Siempre elegante, distinguido, el fino bigote de Santurce se arqueaba como consecuencia de su sonrisa. Una sonrisa posada, de cierta suficiencia, pero que debía abrirle todas las puertas, y seguro que muchas piernas. Una sonrisa que haría sentir especiales a las personas a las que se la regalara. Estuviera con quien estuviera.

Encontró aquella foto.

Un camión. Un grandullón con un parche en el ojo. La eterna sonrisa de Santurce.

Y al otro lado, Mateo.

Unos cuarenta, sombra de barba cerrada, rostro serio y una cazadora de aviador ceñida a su cuerpo.

El corazón se le aceleró al atar cabos. Su cerebro puso en marcha millones de conexiones neuronales para coger con fuerza ese hilo y llegar a la conclusión. El vértigo le hizo tener la necesidad de respirar hondo, de tomar

aire. Abrió con torpeza la puerta del pequeño balcón y salió al exterior. El tibio sol del mediodía de enero todavía daba en la terraza, y cerró los ojos esperando que le llegara un poco de calor.

Mateo y Félix Santurce se conocían.

La abuela Isa tenía una inverosímil fotografía, donde cuatro extraños posaban delante de *Las meninas*, en el Patriarca, durante los años de la guerra. Y más inverosímil resultaba la conexión de uno de aquellos extraños con la persona sobre la que le habían encargado el reportaje. Dos trenes que vienen de distintas direcciones y chocan porque circulan por la misma vía. ¿Qué relación tendrían aquellos dos hombres? ¿Qué es lo que les habría unido?

Apoyó los brazos en la barandilla y agachó la cabeza para respirar más despacio. Todavía sentía los latidos del corazón en los oídos, y se obligó a que el aire entrara despacio en sus pulmones. La calle estaba viva a esas horas del mediodía. La gente volvía a casa a comer, a coger fuerzas para la jornada de la tarde. Frente a él, el Mercado de Abastos tenía el movimiento de los comerciantes que habían terminado la jornada porque llevaban trabajando desde antes del amanecer. A su derecha podía ver el tráfico que venía de la avenida del Cid y bajaba hasta Obispo Amigó, para tomar la calle Cuenca o llegar hasta plaza de España.

Y en aquel balcón, procurando tranquilizarse, se fijó en el letrero que había en una de las fachadas de la esquina. Las letras, a mucha más altura que los carteles de los comercios, se leían de arriba a abajo. El reclamo publicitario vertical ocupaba varios pisos, en grandes caracteres, para que pudiera verse desde lejos. Por eso siempre veía a gente entrar y salir con maletas, por eso siempre llegaban taxis a la puerta. El lugar donde un viajante, un comercial o alguien que viene de visita se aloja durante unos días.

El estímulo eléctrico que había sufrido su cerebro al descubrir la relación entre Mateo y Santurce siguió su recorrido, disparado por la segregación de adrenalina y oxitocina por su torrente sanguíneo. Y fue lo suficientemente potente como para atar otro cabo.

La tal Bela no trabajaba en un hospital.

La tal Bela trabajaba en un hostel.

Su olfato seguía intacto. Tan intacto que fue el encargado de indicarle que las rodajas de merluza se habían quemado.



*Valencia, febrero de 1937*

—No me habías dicho que fuera tan guapa —le dijo César en voz baja cuando las mujeres se levantaron para quitar la mesa.

—¡Papá! —protestó Alejandro, también entre dientes, preocupado de que Elisa pudiera escuchar a su padre.

—Es la verdad, hijo. —César apuró su vaso de vino—. ¿Sois novios?

—Solo amigos. Nos estamos conociendo.

—¿Te gustaría que fuera tu novia? —preguntó César. A lo que Alejandro respondió asintiendo y subiendo las cejas. «Obvio»—. Pues pídeselo.

—No es tan fácil.

—¿Por qué?

—¿Y si me dice que no?

—¿Y si te dice que sí? —César miró a su hijo—. Esa chica es guapa, educada e inteligente. ¿Crees que estaría aquí si no estuviera a gusto contigo?

—Creo que no.

—Pues eso.

Tras saber que Alejandro había sido invitado a comer por el padre de aquella chica, Empar y César no quisieron ser menos. Gente humilde, pero de bien, mandaron a su hijo a pedir permiso a Jaume para que dejara a Elisa ir a cenar a su casa. Incluso César escribió una nota para el padre de la chica, solicitando su aprobación.

Jaume no puso la más mínima pega, se sentía halagado por la invitación de la familia Santoro hacia su hija. Pero dio su habitual respuesta: ella era quien decidía. Esa era otra de las cosas que a Alejandro le gustaban de Elisa, el padre que tenía. Culto y curioso, Jaume había sido un anfitrión estupendo el día que Alejandro estuvo en su casa. Era un piso humilde, acorde al salario de bedel de aquel hombre, pero repleto de libros y de pinturas que había hecho la madre de Elisa. Decía que no quería otra cosa en sus paredes, solo aquello que había salido de las manos de la mujer que había amado. La única que amaría.

Se había intentado preparar para ese momento, el día que un muchacho acompañara a su hija. Jaume no era un necio, sabía que su Elisa era preciosa. Pero también sabía que, heredado de su madre, tenía un carácter indomable. Y

si lo que un hombre buscaba en ella era una mujer sumisa y complaciente, no la iba a encontrar en esa fuerza de la naturaleza de tan solo veinte años. También se había intentado preparar para proteger a su hija, para ver en un hombre aquello que ella no viera; el amor, a veces, daña seriamente la vista.

Pero fue una grata sorpresa que, llegado el momento que tanto temía, el joven que acompañaba a su hija fuese el arquitecto. Ya se había fijado en él; los últimos meses andaba siempre por la iglesia, entrando y saliendo, organizando los trabajos y apuntando a saber qué en una pequeña libreta que sacaba del bolsillo trasero de su pantalón. Un joven formal, que hablaba con respeto, pero de tú a tú, a hombres hechos y derechos bregados en la obra. Gente dura. Le gustaba ese chico. Y aún le gustó más cuando se dio cuenta de que no había querido alardear de su trabajo delante de su hija. Había dejado que Elisa pensara que era un albañil.

—¿Tú qué harías? —Elisa no sabía qué responder a la invitación de la familia Santoro, así que decidió que la respuesta se la diera su padre—. ¿Debo ir?

—No, no debes. —Jaume se mordió la lengua para no decir que sí, que sería una descortesía no aceptar—. Solo tienes que ir si quieres.

—Me da la sensación de que, si acepto, parecerá que estoy interesada en Alejandro.

—¿Lo estás?

—¡Papá! —Elisa tuvo que apartar la vista de su padre, para que no viera que la sangre había subido a su rostro.

—Hija, tarde o temprano iba a pasar, ¿no? —Jaume le sonrió mirando por encima de sus gafas—. Si te soy sincero, temía que aparecieras con cualquier engreído de la universidad. Pero me vienes con ese chico; discreto, trabajador, con un buen futuro por delante.

—Parece que te guste más a ti que a mí.

—Es que a mí me gusta. Pero no soy yo el importante. —Y dejó a su hija para que reflexionara.

—¿Así que quieres ser abogada? —le preguntó César.

—Sí, señor —replicó Elisa con voz tímida—. Me gustaría defender los derechos de la mujer y los necesitados.

—Pues de necesitados vamos a ir sobrados en este país.

—¡César...! —le reprendió Empar con suavidad—. Di que sí, hija. Ya es hora de que las mujeres demos un paso al frente.

—Abogada y arquitecto, buena pareja, ¿no? —dijo César a su esposa con una sonrisa—. Nos saldrían nietos muy listos. —Y esta vez fueron los dos jóvenes, al unísono, quienes se sonrojaron, tratando de no cruzarse la mirada.

—Elisa, no hagas caso. Este hombre es un bromista.

—No, si me gusta —afirmó la joven con cierta tristeza—. Echo de menos este ambiente familiar. Mi madre se fue demasiado pronto.

—Aquí tienes tu casa. —César se sintió un poco culpable—. Estás invitada siempre que lo desees.

—No me gusta que mi padre esté solo.

—Pues el próximo día que se venga —propuso César—. Es agradable tener gente por aquí.

El sonido de las sirenas silenció la conversación. César, todavía cojeando, se levantó a apagar las luces. Las instrucciones que se habían dado a los ciudadanos, cuando sonaran las alarmas, eran cerrar balcones y persianas y apagar todas las luces. Las farolas ya no se encendían por las noches, y la lámpara de una vivienda podía ser un punto de orientación para la aviación nacional.

Habían comenzado a mitad de mes. Buques llegados desde una base en Mallorca se habían posicionado frente a la línea de costa y comenzaron a bombardear por las noches. Los poblados marítimos del Cabanyal y el Grao habían recibido toda la potencia de fuego, causando las primeras víctimas de la guerra en la ciudad de Valencia. El puerto era otro objetivo clave, y para eso ya se había utilizado aviación. El sonido de aquellos primeros bombardeos llegaba atenuado al centro de la ciudad, pero todo el mundo en Valencia ya sabía que aquella maldita guerra les había alcanzado. Había acabado por encontrarles.

César ya lo había anticipado: tener el Gobierno en la ciudad iba a convertirla en un objetivo prioritario. Alejandro dio la razón a su padre, pero también sabía que, si el Gobierno no hubiera llegado a Valencia, él no habría conocido a Elisa. Así que lo tomaba como el peso que equilibraba la balanza. Lo comido por lo servido.

La aviación nacional ya hacía incursiones esporádicas hacia barrios más céntricos de la ciudad. La primera noche que ocurrió, Alejandro no pudo dormir. Quiso salir, para ver si alguna bomba había caído sobre el Patriarca o las torres. Pero César se lo impidió; no era una acción inteligente. Le costó un par de días, pero el hecho de que en las inmediaciones de las cámaras que almacenaban las obras de arte no se hubieran registrado explosiones le hizo

ver que significaba dos cosas: una, que el bando nacional sabía dónde estaban los cuadros, y dos, que no querían dañarlos.

—Tengo que ir a casa. —Se levantó Elisa, alterada—. Mi padre estará preocupado.

—No puedes irte ahora, esta noche te quedas aquí —dijo Empar—. Tu padre lo entenderá.

—¡Debo irme! —La oscuridad y el sonido estridente de las sirenas hicieron que Elisa comenzara a ponerse nerviosa. La claustrofóbica sensación la estaba engullendo.

—Estate tranquila, vamos a ver qué ocurre. —Alejandro se acercó a la joven, no quería que se sintiera desprotegida.

Los motores zumbaron en el cielo, pero la noche ocultaba a los bombarderos. Las primeras explosiones sonaron lejanas, y un resplandor iluminaba el horizonte con cada impacto. No se oía un alma. Los cuatro permanecieron en silencio, con el corazón acelerado, temiendo que la siguiente fuera más cercana. O incluso sobre ellos.

Elisa cogió su abrigo y fue corriendo hacia la puerta. Deshecha en lágrimas, sin reconocer que era ella quien estaba preocupada por su padre, más que probablemente al contrario.

—Yo te acompaño —le dijo Alejandro.

—¡No podéis salir ahora! —César se negó a que los dos jóvenes se jugaran la vida.

—Padre... —Una sola palabra, acompañada del gesto, sirvió como ruego. César supo que no tenía nada que hacer—. Volveré enseguida.

—Elisa, ¿Alejandro puede dormir en tu casa? —Empar tomó las manos de la chica. El suyo también era un ruego—. Vale que se arriesgue una vez, pero dos no.

Elisa asintió con la cabeza y dio un abrazo a la madre de Alejandro. El suyo pilló por sorpresa a César, poco habituado a esas muestras de cariño. Aunque reconoció que se podría acostumbrar a ellas. Esa chica tenía algo especial.

Alejandro dio un beso a su madre y salieron de la casa.

La única luz de la calle era la que reflejaba la luna. Las pocas personas con las que se cruzaron iban hacia el refugio que había junto al mercado de Rojas Clemente. Familias con niños, que apenas cargaban con una manta y un pedazo de pan. Los más afortunados llevaban una olla, que acabarían compartiendo con los improvisados compañeros de noche con los que les

tocaría desayunar al día siguiente. Toda aquella gente era de los que no tenían techo, o tenían uno tan débil que, a la mínima, se vendría abajo.

Alejandro asomó la cabeza por la esquina con Guillem de Castro, y miró a uno y otro lado. Despejado. Cruzaron corriendo y se metieron por Guillem Sorolla, preparados para serpentear por aquellas estrechas callejuelas hasta salir, por Vinatea, a la calle En Sanz. El horizonte se iluminaba cada pocos minutos, y el sonido de la explosión llegaba unos segundos después. Los poblados marítimos estaban sufriendo otra noche de asedio.

Pegados a las fachadas de las casas, sin cruzarse ni un alma por aquellas calles que tan concurridas estaban de día, Alejandro guiaba a Elisa de la mano. Se detenían antes de girar cada esquina, y el muchacho echaba un vistazo al siguiente tramo que tendrían que recorrer. Nunca había visto la ciudad en ese estado fantasmal, presa de la oscuridad y el silencio. El manto de la noche traía una humedad que empapaba los adoquines, haciéndolos resbaladizos, y el sonido de sus zancadas producía un eco en las silenciosas y vacías calles. Un silencio que solo lo rompía el retumbar de su corazón en los oídos. Y los ecos lejanos de las bombas.

Ni siquiera oyeron el zumbido del aparato, tan solo un silbido que se hacía más agudo y audible. Alejandro creyó reconocerlo, y empujó a Elisa al recodo que hacía un portal, quedando la espalda de ella pegada a la pared. El joven la protegió con su cuerpo y, a los pocos instantes, retumbó el suelo. La explosión había sido apenas un par de calles más allá, calculó Alejandro. Un sonido de cascotes en derrumbe y, tratando ni siquiera de respirar para poder escuchar con nitidez, de nuevo el silencio.

Elisa comenzó a llorar de terror, intentando acallar sus gemidos, mientras una lágrima descendía por cada una de sus mejillas. Paralizada, de su boca solo salía el aire de una respiración acelerada y entrecortada, ahogando los gritos con los que su corazón quería rasgar la cortina de relente que se posaba sobre la calle.

Allí, escondidos en ese recodo, rodeados del horror y de los gritos que comenzaban a llegar y rompían la noche, Alejandro no pudo evitar acercar su rostro al de ella y decirle, con un beso, que jamás iba a dejar que algo le ocurriera. Y ese mensaje sin palabras, en forma de labios que buscan tranquilizar y reconfortar, abrió el torrente de emociones que en Elisa se agolpaban, respondiendo con una búsqueda acelerada de la boca de Alejandro, con las manos tomando su rostro y acercándolo al de ella, empapando sus mejillas con esas lágrimas que brotaban de sus ojos, como si quizá no volviera a haber otra ocasión en la que matarse a besos. Como si

pudiera ser que el cielo se hubiera abierto sobre ellos por primera y última vez.

—Así que vasco —dijo Bela.

—Fuenterrabía.

—¿Y por qué te fuiste?

—Aquello no tenía nada que ofrecerme —contestó Mateo—. No me veía cuidando vacas toda la vida.

De una manera distante, habían empezado a tutearse. No le gustaban aquellos hombres que eran sus únicos huéspedes, pero Bela tenía que reconocer que, gracias a ellos, tenía unos buenos ingresos. Y gracias a que Mateo era el que se encargaba de que todo estuviera en orden, no habían dado el más mínimo problema. El peor era el del parche, pero hacía sin rechistar lo que le decía su jefe. Los otros tres apenas levantaban la voz si Mateo o Sastre no se lo ordenaban. Por las noches, salían a emborracharse y a arrimarse a carnes cálidas, pero Mateo siempre se quedaba; no parecía interesarle lo que la noche de Valencia podía ofrecerle. Tras la cena, Bela le servía un café, y él leía en la mesa del salón o garabateaba con un lápiz hasta que le entraba el sueño.

—¿Por qué no sales con ellos?

—Soy el responsable del equipo. Alguien tiene que estar fresco por las mañanas —contestó. Obviando que, siendo colegas, tampoco quería confraternizar en exceso. Por ahí se empieza a perder el respeto—. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué? —Siempre a la defensiva.

—¿Vas a estar toda la vida encerrada aquí?

—Es mi negocio. Me da de comer.

—Pero no eres feliz.

—¿Tú qué sabrás si lo soy? —Había dejado de fregar los cacharros y lo miraba desde la puerta de la cocina.

—Tienes razón, no lo sé. —Mateo cerró el libro y lo dejó a un lado—. Lo que sí sé es que nunca sonrías.

—¿Hay motivos?

—Cada uno encuentra los motivos para lo que quiere. Tienes un buen techo, comida y trabajo. Ya es más que lo que tienen muchas personas.

—No me vas a hacer sentir culpable —respondió, seca.

—No lo pretendo. Pero sí que te sientas afortunada.

—Cuanto más se tiene, más se puede perder.

—O más se puede luchar.

—¿Tú que tienes? —La pregunta de Bela era un desafío.

—Lo que ves. —Mateo señaló con sus manos hacia su cuerpo—. Algún libro. Y un poco de dinero.

—Entonces, ¿por qué luchas tú?

—Por lo que venga más adelante. Por retirarme cuando acabe todo esto, e irme a un lugar bien lejos a comenzar de nuevo. Plantar viñedos, trabajar la tierra, ver atardecer.

—¿Solo?

—Espero que no.

Bela dejó el trapo en el banco de la cocina y, secándose las manos en el delantal, salió al salón. Apartó una de las sillas de la mesa donde estaba Mateo y se sentó.

—A esto —hizo un gesto con el pulgar y el índice de su mano derecha— estuve de venderlo.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Demasiados recuerdos.

—¿Buenos o malos?

—De los dos.

—¿Entonces?

—Entonces llegó el funcionario del Gobierno y alquiló el hostel para seis meses. Demasiado bueno para rechazarlo.

—Pues me alegro de que ese funcionario llegara en el momento adecuado —sonrió Mateo.

—¿Y eso?

—Porque si no, no te habría conocido.

A Bela le desarmó aquella respuesta, no supo qué decir a la andanada que había lanzado Mateo. Pero las sirenas llegaron en su ayuda. Otro bombardeo. Las noches anteriores le había pillado ya en la cama. Muerta de miedo, se ponía a temblar bajo las mantas, rezando porque pasara cuanto antes. Lo que tuviera que pasar. Si tenían que perdonarles la vida, que lo hicieran; y si tenía que caerle una bomba encima, que no tardara, para que todo aquello acabara de una vez.

Pero esta vez estaba levantada. Acompañada de aquel hombre que la removía por dentro, pero al que tenía que demostrar que había una línea que no podía cruzar.

Mateo se fijó en cómo Bela luchaba para no temblar, para no mostrar debilidad. Veía su mirada perdida y sus pequeños sobresaltos a las lejanas

explosiones. Se levantó y fue hasta la barra, para ver si había sobrado café. Tomó otra taza y la llenó, dejándola delante de sus manos. Por inercia, ella bebió un sorbo, por tener algo que hacer mientras aquella incertidumbre pasaba. O mientras llegaba el fin. Le jodía que aquel hombre la viera vulnerable.

Pero a él le sacudía el alma verla así. Porque aquella muestra de vulnerabilidad la humanizaba, hacía que pudiera apreciarse que, pese a la sombra que siempre llevaba con ella, ahí dentro todavía habitaba una persona. Una persona que sentía, que sufría y que deseaba que el futuro, si lo había, fuera un camino más llano y soleado que el que ahora transitaba.

—Yo también tengo miedo —le dijo mientras ponía una mano sobre la de ella—. Pero es un monstruo que se hace más pequeño si lo enfrentas en compañía.

Y la corriente eléctrica que sacudió su mano ante el contacto de él hizo que los temblores fueran amainando, volviendo a sentir parte de aquella seguridad que solo su padre sabía transmitirle.



*Madrid, 1656*

Ya estaba despierto cuando su mayordomo abrió la puerta y descorrió las cortinas. Atrás quedaron los tiempos en los que dormía a pierna suelta, y tenían que zarandearle varias veces para que se despertara. Sus obligaciones no eran menores y, dependiendo del humor con el que se hubiera levantado el rey, un retraso podía acarrear insospechadas consecuencias.

Desde hacía un tiempo se despertaba antes del alba. Vaciaba la vejiga en el orinal y se volvía a acostar, obligándose a reposar hasta que su fiel Alonso entrara a avisarle de que ya era hora. Diego Velázquez se hacía mayor y era plenamente consciente de ello. Los cincuenta y siete años ya le pesaban, y las tareas que antaño hacía con los ojos cerrados, ahora le costaban un mundo.

La ajofaina con agua caliente estaba preparada y, mientras él se aseaba, Alonso dejó sus ropas sobre la cama: el jubón negro, la camisa acuchillada en las mangas, la ropa interior y las calzas. Después ya le ayudaría a ponerse las botas.

Abajo ya le esperaba Ricardo de Triviño, su secretario, dispuesto a recitarle la agenda del día, como cada mañana. Sus cargos de ujier y aposentador real le obligaban a despachar con los decoradores y arquitectos del alcázar, pendiente de que se cumplieran las constantes demandas de su majestad el rey en cuanto a cambios en la organización de los cientos de estancias de palacio. Aunque sabía que aquellos caprichos eran de la reina, resultado de su ociosa vida y de la permisividad de su esposo.

Velázquez le dijo a su secretario que todas las citas quedaban anuladas. Mariana de Austria, la reina, se había empeñado en un nuevo cuadro. Quería dejar su impronta en el alcázar y que de las paredes colgaran sus retratos, como testigos del paso del tiempo. Del tiempo que había permanecido allí, siendo parte de la historia de España. Ya tenía ella que soportar todas las pinturas del bisabuelo, el abuelo y el padre de su esposo; los siguientes que se tragarán las suyas.

El paseo hasta palacio era corto; el rey ya se había encargado de buscarle un buen alojamiento, junto a la Casa del Tesoro. Un pequeño palacete que hacía años que ocupaba, en virtud de todos los cargos que la Corona había delegado en él. Demasiados, pero nunca supo negarse. Todas aquellas

ocupaciones le alejaban de lo que de verdad amaba, de aquello para lo que había nacido. Pero tantas horas de confidencias con el rey, posando para sus obras, habían forjado una inmensa confianza de este hacia la figura de Velázquez. Ahora no podía vivir sin tenerlo cerca. Y el pintor, arrepentido de haber cedido, se preguntaba a menudo por qué lo hizo.

Al principio se engañaba diciéndose que era una orden del monarca, un honor que no podía rechazar o una obligación como súbdito. Pero la consciencia que solo dan los años, y perder la vergüenza a decirse a uno mismo las verdades, le hizo ver que si había aceptado todos aquellos cargos, había sido por miedo. Y por vanidad. Miedo a perder la confianza de Felipe IV, a que llegara un pintor más joven y con más ínfulas, y sedujera al rey pasmado. Y la vanidad de haber llegado hasta ahí, hasta donde ni siquiera podía haber imaginado. Respetado por toda la corte, escuchado por rey y reina, participando de decisiones que afectaban a todo el imperio.

Pero sin pintar. O, al menos, sin pintar lo que deseaba y cuanto deseaba.

Descorrió las cortinas de la sala de recepciones. La luz del sol dejó ver los grandes cuadros que decoraban las paredes, y los primeros retazos del lienzo de los reyes. Ya podían apreciarse las líneas maestras de la figura de Felipe, de frente, y Mariana, en un escorzo de perfil, girada hacia su esposo. Una obra para cumplir con su cuota de pintor de la corte. Y a otra cosa.

Media hora más tarde de la prevista, la puerta de la sala se abrió, y una de las damas de compañía de la reina bajó los escalones de acceso. Felipe entró despotricando de su esposa, dejando patente a grandes voces, para que ella lo oyera, que siempre llegaba tarde por su culpa. Velázquez agachó la cabeza mientras el rey se colocaba en la misma posición que el día anterior. Para otra cosa no, pero aquel hombre tenía un talento innato como modelo de pintura. Seguida de varias damas, la reina se tomó su tiempo en llegar hasta la posición que se le había asignado.

Velázquez miró al rey, levantando una ceja. El monarca lo miró sin saber qué quería decir, hasta que cayó en la cuenta y echó a todo el mundo de allí. Era una de las condiciones que ponía el pintor; él no era una distracción de feria y no le gustaba que le vieran trabajar. La reina recordó a Felipe que ese día iba a bajar la hija de ambos, la infanta Margarita, que tenía ilusión por ver a sus padres posar para un cuadro. A sus cinco años ya tenía un gusto por el arte impropio de una criatura de esa edad. El rey miró a Velázquez. «No puedo hacer nada contra eso, qué le vamos a hacer».

Ya a solas, el pintor se acercó hasta los reyes, corrigiendo levemente sus posiciones. Volvió al lienzo y miró la escena. Felipe de frente, Mariana de

medio perfil y, junto a ellos, el espejo ornamental de la sala de visitas, con el marco de volutas de madera bañado en pan de oro. Tan grande que su reflejo parecía duplicar el tamaño de la sala. La idea de Velázquez era que el cuadro contuviera parte de aquel espejo, que devolvía la imagen de las pinturas de la pared de entrada a la sala. Cuadros dentro de un cuadro. Le parecía así que le aportaba algo de originalidad a una obra tan aburrida como innecesaria. Al menos sería un ejercicio de profundidad.

Metido de lleno en faena, la puerta de la sala volvió a abrirse para que, envueltos en risas, el grupo de acompañantes de la infanta Margarita entrara a hacer la visita que la reina ya había anunciado. Velázquez cerró los ojos y resopló. El séquito no era pequeño: dos de las damas de compañía de la infanta, su institutriz, los dos enanos que la entretenían y el caballero que el rey había asignado como protector de su hija. Por si fuera poco, hasta el viejo mastín de la familia les acompañaba. El que, sin mayor interés, se tumbó en el suelo a la altura donde el grupo se detuvo para contemplar a los reyes posando.

El rey ordenó a Velázquez que continuara, sabiendo lo que este odiaba trabajar con espectadores. Pero lo que menos le apetecía en aquellos instantes era otra discusión con la reina. El pintor sevillano, zorro viejo, sabía hacer como que trabajaba, hasta que el grupo de visitantes se marchara. Poca cosa tendrían que hacer aquella mañana, porque el grupo parecía no aburrirse en la sala.

Al borde de su paciencia, la puerta de la sala volvió a abrirse y José Nieto, aposentador de la reina, pidió disculpas desde la puerta por interrumpir la sesión. Venía a recoger a la infanta, ya que la modista la estaba esperando para tomarle medidas. José Nieto tuvo la decencia de no entrar en la sala y quedarse en la escalerilla de entrada, con un pie en cada escalón.

Si el arte son chispazos, momentos en los que un pintor detiene el tiempo en un instante para contar una historia, aquel fue uno de ellos para Velázquez. Mirando al gran espejo que había junto a los reyes, vislumbró la puerta abierta que, con la figura del aposentador de la reina, era un punto de fuga, una luz que iluminaba desde atrás la escena que se estaba produciendo. Una de las meninas de la infanta le recordaba la cita con la modista, el aburrido enano pisaba el lomo del viejo mastín, la institutriz cuchicheaba con el protector. Y los reyes, ajenos a todo aquello, seguían posando con disciplina. Reflejados, sin darse cuenta, en el pequeño espejo que había junto a la entrada.

Y él, Velázquez, el gran pintor de la corte, el muchacho de Sevilla que había llegado tan alto, el orgullo de las artes españolas, el maestro de los pinceles, se inclinaba desde su lienzo para mirar aquella escena a través del gran espejo. Viéndose a sí mismo, su jubón negro y la paleta multicolor en su mano.

El cuadro lo tenía delante. Y no eran los reyes. Era la imagen que devolvía aquel gran espejo con marco de madera bañado en pan de oro. Y jamás nadie en la historia del arte había reflejado en un lienzo tal artificio.

Allí mismo, en aquella gran sala, supo que su mente ya había grabado la imagen de un cuadro que quedaría para la historia.

*Valencia, marzo de 1937*

Los técnicos del Prado se habían empleado a fondo en la restauración del cuadro. Pese a las vicisitudes del viaje, no eran grandes los daños, por lo que el trabajo no había sido tan difícil como esperaban. La falta de una caja de ese tamaño había provocado que la humedad se condensara en los plásticos que lo protegían. Esa humedad creaba una pequeña película de neblina, que hacía que los colores se vieran más apagados, aunque nadie que no fuera un experto habría advertido nada.

Por fortuna, las vibraciones no habían afectado a la capa de pintura, que no había sufrido ningún desprendimiento, ni agrandado las craqueladuras que la obra ya tenía a causa de su antigüedad. Un milagro, decía Llopis, el responsable de restauración. Pero es que aquel cuadro en sí mismo era un milagro.

Se había tenido que construir un bastidor para que se aguantara en pie y poder trabajar en él. Los técnicos habían pedido que les montaran un andamio para llegar a las zonas más altas y trabajar sobre ellas.

Alejandro no podía dejar de mirarlo. No se pudo resistir, cuando se aseguró de que nadie lo veía, a acariciarlo suavemente. Sentir con sus dedos la tensión del lienzo, los relieves de las pinceladas, las capas superpuestas de color. Los ojos de Margarita, casi a la altura de los suyos, parecían mirarle de soslayo, como queriendo averiguar en qué estaba pensando.

—¿Sabes que Velázquez no pintó la cruz de Santiago? —oyó a su espalda.

—¿Cómo? —Se giró y vio a Llopis contemplando el cuadro varios metros por detrás.

—Sí, la cruz que lleva en el pecho.

—¿No la pintó él?

—No, en 1656 todavía no era caballero de la Orden de Santiago.

—¿Y qué hace en el cuadro?

—Parece ser que era uno de los anhelos que tuvo hacia el final de sus días, ser miembro de la orden. Lo consiguió en 1659, poco antes de morir.

—Vaya... —A Alejandro le resultó una curiosa historia—. ¿Quién la pintó?

—Al morir Velázquez, Felipe IV decidió que sería un bonito homenaje. Tenían una relación especial. —Llopis, el jefe de los restauradores, no dejaba de mirar la pintura mientras hablaba al joven—. Corrió el rumor de que fue el propio rey, aficionado a la pintura en sus ratos libres, quien la plasmó con sus propias manos.

Era fascinante. Mil historias en una imagen. En el propio cuadro y en las leyendas que lo envolvían. Velázquez, la infanta con sus dos meninas, la enana que mira fijamente, el joven, también enano, que pisa al impassible perro, los dos personajes que conversan tras ellos, la figura parada en la puerta. Y los reyes, reflejados en el espejo del fondo, contemplando la escena. Hipnótico. Podía pasarse horas examinándolo. Pero decidió que iba a hacer otra cosa. La infanta Margarita seguía mirándole, queriendo averiguar en qué estaba pensando.

Y lo que Alejandro estaba pensando era que, por una vez, iba a aprovecharse de su puesto en aquella misión para dar una alegría a alguien.

—¿Cómo vamos, don Jaume? —saludó Alejandro al asomarse a la ventana de la garita del bedel.

—Vaya, esto sí es una sorpresa. —Sonrió—. Elisa aún está en clase.

—No vengo a por Elisa.

—¿Entonces?

—Vengo a por usted. Vamos.

—¿A por mí? No puedo moverme de aquí, hijo.

—¿Ni para tomar un café?

—En un rato —dijo el bedel.

—Pues hoy se adelanta ese rato. Y no hay café. Ahora o nunca, don Jaume.

No las tenía todas consigo cuando Alejandro les dijo «Viene conmigo» a los soldados de la puerta. Pero los dos hombres armados con fusil se apartaron para dejarles acceso a la iglesia del Patriarca.

Alejandro le pidió que esperara un momento, quería asegurarse de que todo estaba en orden. Llopis y sus hombres habían dejado de trabajar en el cuadro, y esperaban que los productos con que lo habían tratado para recuperar el color se secaran antes de devolverlo a la cámara. Desde el momento en que llegó, un equipo de carpinteros se puso a fabricar una caja de las dimensiones adecuadas. El día que tuviera que salir de Valencia, no

volverían a subirlo en un camión tan solo envuelto con plásticos y cartones. Se iría en la caja 1179.

Jaume entró con timidez en cuanto Alejandro le hizo una señal. Al girar, tras cruzar la puerta, pudo ver la frenética actividad que allí se desarrollaba: los técnicos, de bata blanca, trabajaban con varios cuadros, soldados armados paseaban por allí dentro y los hombres que Alejandro dirigía se encargaban de meter y sacar de las cámaras las piezas que se les pedían.

Y, de repente, se hizo pequeño.

Pequeño por sobrecogido.

Pequeño por volver a ser un niño.

Un niño que, cogido de la mano de su padre, escucha cómo le explica que Velázquez estaba pintando a los reyes, que se reflejan en el espejo del fondo. A saber, le dice, qué pasaría por la cabeza del genio de Sevilla para darle la vuelta a la imagen, para inmortalizar esa otra escena que ocurría justo a su lado. Al otro lado del espejo.

—1890 —dijo Jaume tras un eterno rato en silencio.

—¿La última vez que lo vio?

—La única vez que lo vi.

—Es una obra maravillosa.

—No es solo un cuadro, hijo. Es una vida.

Con los ojos vidriosos, Jaume le explicó al joven arquitecto que ya llegaría a su edad. A esa edad donde las personas que te habían traído al mundo ya no estaban, y solo vivían dentro de los recuerdos. Esas personas que, con su sola presencia, te aportaban seguridad y hacían que sintieras que nada malo podría ocurrir jamás. Cuando dormías de un tirón, sin dar mil vueltas en la cama antes de sumergirte en el sueño, sin despertar en toda la noche. Esas personas que construían el castillo en el que estabas protegido, donde a la vez eran guardianes, cocodrilos en el foso y gruesos muros para que nada te alcanzara. Para mantenerte a salvo de la maldad, del hambre y del frío. Ese lugar donde, tras una derrota, podías volver y derrumbarte. Donde siempre eras recibido y cuidado. Donde recuperabas las fuerzas para la siguiente batalla.

Cuando eres joven, le explicó Jaume, sientes que debes tomar tu camino, el rumbo que el destino tiene escrito para ti. Y, con la fuerza de sentir que puedes comerte el mundo, sales a él. Unos días te lo comes, sí, y otros te come él a ti. Pero avanzas, resistes. Construyes una vida, incluso llegas a sentirte realizado. Tus logros, tus fracasos, tus metas, tus infiernos. Vas a por aquello que crees que es tuyo, aquello que mereces sin que nadie te regale

nada. Y, sin darte cuenta, siguiendo ese camino, saliste del castillo, tomaste la senda que se adentra en el bosque oscuro. Es natural, ley de vida. Pero ya no vuelves a sentir aquella protección, aquella seguridad. Los guardianes, los cocodrilos, los gruesos muros. Ya no existen.

Satisfecho de lo conseguido, pero temeroso de que se escape, necesitas mil vueltas para conciliar el sueño. Te despiertas en mitad de la noche sabiendo que, si atacan los dragones, ahora eres tú quien tendrá que hacerles frente. Que los días que lleguen las derrotas no hay lugar al que acudir a refugiarse. Donde te cuiden para recuperar las fuerzas y galopar a una nueva batalla. Y eres tú quien ha de construir el castillo para proteger a quienes has traído al mundo.

Cuando te detienes a tomar aliento, cuando los golpes son tan duros que necesitas dejarte caer, recuerdas a tus padres. Que ya no están, solo viven en tus recuerdos. Y esos recuerdos son momentos, objetos, huellas borradas del pasado. Los recuerdos de Jaume vivían en *Las meninas*. En aquel escudo protector que era la mano de su padre mientras le explicaba por qué los reyes se reflejaban en ese espejo.

—No es solo un cuadro, hijo. Es una vida. —Jaume se giró hacia Alejandro—. Jamás pensé que volvería a verlo.

—Me alegra que haya podido hacerlo.

—Yo... no lo sé.

—Vaya..., ¿por qué dice eso? —Alejandro se sorprendió con las palabras del padre de Elisa.

—Ha tenido que venir una guerra para estar de nuevo frente a él.

—Eso no es culpa suya.

—Hace que me sienta mal —se sinceró el bedel—. Es como si hubiera valido la pena.

Y, de golpe, Alejandro supo exactamente cómo se sentía aquel hombre. Porque él se sentía igual. Igual de culpable, igual de egoísta. Porque si no llega a ser por aquella guerra, quizá jamás habría conocido a Elisa. Sin duda, tal y como decía don Jaume, era como si valiera la pena. Como si el precio por todas las muertes, todo el sufrimiento y todo el miedo compensara el hecho de poder estar al lado de ella. Él solo quería ser su guardián, su cocodrilo en el foso, sus gruesos muros.

Pero ni él ni Jaume eran culpables de lo que estaba ocurriendo. Tan solo habían encontrado una luz en aquella oscuridad, un destello que les recordaba que, pese a todo, seguía habiendo esperanza. Seguían existiendo cosas por las que merecía la pena seguir. Avanzar. Resistir.



Frente a la mirada de Velázquez, hombre y muchacho pensaron que la desgracia de muchos había sido la suerte de ellos. Dolidos de que así fuera, pero felices de que así estuviera siendo. Frente a los ojos de la infanta Margarita, Jaume supo que habían sido afortunados de que Alejandro hubiera entrado en sus vidas.

El día había sido largo. Los restauradores habían trabajado hasta bien entrada la noche, y Alejandro y Pere habían esperado para volver a guardar los cuadros en las cámaras. *Las meninas* volvía a descansar en su caja después de los trabajos del equipo de conservadores.

—Márchate ya —le ordenó a Pere.

—¿Tú no te vas?

—Voy a revisar temperatura y humedad.

—*Em quede amb tu, pues.*

—No es necesario. —Alejandro hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta de la iglesia—. Están los soldados. —Dos, los del turno de noche, que fumaban en la puerta antes de resguardarse para hacer su guardia.

—No tardes, anda —le pidió Pere, caminando ya hacia la salida—. *Veste'n cap a casa.*

Preocupado por la humedad del final del invierno valenciano, Alejandro cogió su cuaderno para tomar las últimas anotaciones del día.

La visita a *Las meninas* había retrasado a Jaume todas las tareas del día. Elisa estaría preocupada, ya pasaba de la hora de la cena. Dio el rutinario paseo por pasillos y aulas, apagando luces y cerrando puertas. Dos días por semana era él el encargado de comprobar que todo estuviera en orden para el día siguiente y cerrar el edificio de la universidad. Jugando con el manojito de llaves, acompañaba el tintineo con un ligero silbido mientras hacía la ronda. Había sido un día inolvidable.

Dejó las llaves en su cajón, apagó la luz de la garita y se aseguró de que la puerta de su pequeño cuarto quedaba cerrada. Sin darle tiempo a girarse, sintió el frío del acero que le presionó la nuca.

—Quieto y callado —ordenó la voz.

Jaume levantó las manos. Sabía que tenía apoyado contra su cabeza el cañón de una pistola.

—Pues ustedes dirán —dijo con tranquilidad.

—A la azotea. Coja las llaves.

Y, al entrar en la garita de nuevo, pudo verlos; tres hombres que ocultaban su rostro con pasamontañas. El que llevaba la pistola seguía apuntándole, y le hizo un gesto con ella para que avanzara hacia las escaleras. Aunque era la primera vez que le apuntaban con un arma, Jaume se sintió extrañamente tranquilo. Eso sí, sin tener ni la más remota idea de por qué aquellos tipos querían subir a la azotea.

—Pórtese bien, viejo, y aún podrá dormir en casa.

*Valencia, enero de 1981*

Silvia Ospín se plantó delante del mostrador. La funcionaria, con cara de aburrida, aporreaba la máquina de escribir, sabiendo que tenía a alguien esperándola, pero decidida a no levantar la vista hasta haber terminado. Conocedora de cómo funcionaban las cosas, Silvia esperó con paciencia, sin hacer ningún aspaviento de tener prisa. Lo único que se permitió fue centrar en la mesa la placa que indicaba el departamento para el que trabajaba aquella mujer que manejaba los dedos con descomunal agilidad. «Registro de comercios».

—No la toques —dijo aquella sin parar de teclear.

—Estaba girada.

—Está como me gusta que esté.

—¿Una mala mañana?

—No, iba bien. Hasta que la jefa de prensa ha decidido bajar de la planta noble para visitar a los pobres mortales.

—Joder, Lola. Qué exagerada. —Silvia sonrió—. ¿Cómo sabías que era yo?

—Tu perfume. Es el que te regalamos por tu cumpleaños.

—Recuérdame que nunca subestime tus poderes.

—Anda, dame un minuto y estoy contigo.

Años atrás, Silvia entró al ayuntamiento como becaria. Ni siquiera había terminado la carrera, y la destinaron a echar una mano en la oficina que emitía las licencias de apertura a comercios. Lola, veterana de mil batallas, protestó por tener que hacer de niñera de aquella chica; ella no podía dedicar su tiempo a enseñar a alguien. Pero no solo resultó que no tuvo que hacer de niñera, sino que aquella chica que aprendía tan rápido le dio la vuelta a todo el departamento. Archivo, gestión, procesos e informes de resultados. Lola se dio cuenta de que poco iba a durar la chica allí. Y no porque no enajara, sino todo lo contrario. Silvia era un animal nacido para la función pública. A base de promociones internas fue ascendiendo en el ayuntamiento de Valencia, hasta que, quince años después de aquel día que entró como becaria, se convirtió en la jefa de prensa. Un puesto deseado por muchos, para el que ella había ganado la guerra por ocuparlo.

—Dime, ¿qué necesitas? —Lola levantó por fin la vista.

—Es algo un poco... inusual.

—¿Inusual? A dos años de jubilarme, no creo que a estas alturas me sorprenda con nada.

—Un amigo periodista está buscando información sobre un establecimiento. —Silvia trataba de sonar, al menos, creíble. Porque lo que iba a pedir le parecía increíble—. Un establecimiento que estuvo abierto en los años treinta.

—¿Qué tipo de establecimiento?

—Un hostel.

—Bueno, pues dime el nombre y miramos a ver.

—Ahí está el problema. —La jefa de prensa se mordió el labio inferior, pensando cómo decir aquello—. No sabe el nombre completo.

—Hay que ver qué favores tan extraños os hacéis en el mundo de la prensa. —Lola la miraba desde ese amasijo de arrugas que era su cara—. ¿Y qué demonios sabe tu amigo del nombre de ese hostel?

—Las últimas letras. El nombre acaba en «lán».

—Hay que joderse con los detectives. El día que yo tenga tiempo y ganas, ya me contarás de qué va todo esto.

—Lo siento, es un favor de mierda —se excusó Silvia por la petición que estaba haciendo a su primera jefa—. ¿Crees que podrías averiguar algo?

—Milán.

—¿Milán?

—Hostal Milán. Ahí se quedaba mi tío de Murcia cuando venía a vernos. Yo era pequeña, debía de ser por los años treinta.

—Vaya... —Silvia se quedó sin palabras al comprobar que a Lola no le había parecido tan extraña la pregunta. Y que la había resuelto a los pocos segundos; ventajas de estar a punto de jubilarse y tener el cerebro en buen estado—. ¿Podríamos averiguar algo sobre ese lugar?

Fernando esperaba paciente en la mesa de Casa Balanzá. Silvia Ospín llegaba tarde, sabía que iba a ser así. El juego de siempre. Pero esta vez se estaba pasando del tiempo que solía ser habitual; ya le había visto todo el mundo demasiado rato solo en aquella mesa. Algún asunto urgente de última hora, pensó. Esperaba que no le dejara plantado.

El artículo sobre Félix Santurce volvía a motivarle. Honrar la figura de aquel empresario fallecido en Berlín era sencillo; coger la historia oficial,

añadirle anécdotas familiares y alguna floritura literaria. Hecho. Pero la suerte o el destino habían puesto delante de él un hilo. Podía obviarlo o podía tirar de él. Y Fernando era periodista. De raza, además, según la propia Silvia Ospín. Un periodista de raza ve un hilo y se lanza como un perro a tratar de desenmarañarlo, para ver hasta dónde le lleva.

Salva estaba tranquilo. Desde que Fernando le enseñó a Fonfría un boceto del artículo y este había estado de acuerdo —nunca del todo, claro—, se había relajado con su amigo. Al menos nadie podría decirle que no había cumplido con su trabajo como jefe de redacción.

Fernando dudaba si compartir con Salva la información que estaba consiguiendo. Por un lado, estaba seguro de que, en un caso así, su amigo también se convertiría en el perro que tira del hilo. Pero sabiendo que el reportaje era importante para la revista, y que de él dependían los ingresos que el ayuntamiento proporcionaba en publicidad, quizá no viera con buenos ojos todo aquello. Así que prefirió ahorrárselo y recorrer a solas aquel camino.

Para quien más preguntas tenía era para la abuela Isa. Sabiendo que estaba delicada de salud, y que quizá no tendría muchas oportunidades de hablar con ella, quería recabar antes toda la información posible. No quería presentarse allí con las manos vacías, si es que algún día podía sentarse a preguntarle. En su oficio, si se pretende sacar información de alguien, hay que hacer sentir importante a esa persona. Y la mejor forma de hacerlo es habiendo trabajado y averiguado todo lo posible sobre lo que se le desea preguntar. De ese modo, no es un interrogatorio, sino que, con habilidad, se convierte en una charla de tú a tú donde se da la imagen de compartir información. La impresión de que no se va solo a sacar, ni a pegar un tiro al aire. «Doy y recibo».

El ritual. Silvia Ospín entra en Casa Balanzá. Saluda a unos y otros —«Tenemos que quedar», «Pásate a verme», «Lo tuyo para la semana que viene»—, y tarda diez minutos hasta sentarse a la mesa de Fernando. Un café con leche.

—Me he sentido como una gilipollas —dijo, exagerando—. Ir a buscar el nombre de un hostel del que solo sabemos la última sílaba. —Y dejó una carpeta sobre la mesa.

Fernando puso su mano sobre aquella carpeta, y Silvia plantó de golpe la suya sobre la de Fernando. «Quieto, aún no».

—Milán.

—Vaya... —Fernando sonrió. Silvia lo había conseguido—. Hostel Milán. Visto así, parece bastante obvio.

Recordó el razonamiento que había hecho a Echegarreta. La palabra de la parte de arriba contenía una letra más que la palabra de la parte de abajo. Sabiendo que la de arriba era «Hostal», ahora le encajaba todo. Incluso con un poco de imaginación podría haberlo deducido. Pero había preferido llamar a Silvia y tirar por el camino más rápido. Y había dado resultado.

—¿De qué coño va todo esto? —preguntó la jefa de prensa con gesto serio. Iba a decidir si aquello le gustaba o no.

—Estoy siguiendo la pista de un conocido de Santurce. —Fernando aceptó que tenía que compartir parte del hilo que había cogido con los dientes—. Puede ser que el tipo visitara ese hostel en 1937. Con un poco de suerte, puedo dar con él y que me cuente cosas interesantes para el artículo.

—Tú piensas que me chupo el dedo, joder. —El camarero dejó el café con leche sobre la mesa, y Silvia ni siquiera le miró—. Ahora dices que vas tras un conocido de Santurce, de hace cuarenta y cuatro años, para ver si está vivo. Eso no te lo crees ni tú.

—Un colaborador habitual suyo.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo una foto. —Odiaba dar información, pero favor con favor se paga—. Mira. —Y sacó la fotografía en la que Santurce, el del parche y Mateo estaban junto a un camión.

—¿Cuál de los dos?

—El de la chaqueta de aviador.

—Pero no comprendo cómo sabes que ese tipo visitó el hostel Milán.

—Por esto. —Y sacó su última baza. La foto de Alejandro, Elisa, Mateo y Bela delante de *Las meninas*.

—Joder, es el mismo tipo. ¿De dónde has sacado esto?

—Pecado o pecador.

—¿Y lo del hostel?

—Por esto. —Y sacó las ampliaciones de Bela, una a una, hasta que se veía el final de las dos palabras en el bordado de su camisa.

—Fernando... —Silvia le miró a los ojos—. ¿Estás seguro de que todo esto te aporta algo para el reportaje de Santurce?

—Siempre se puede sacar una buena anécdota que lo complete.

—Mira, no sé en qué andas metido. Pero quien remueve, encuentra. —La jefa de prensa sabía de qué hablaba—. Y para un artículo de mierda, no es necesario remover tanto. Algo tramas.

—¿Un artículo de mierda? —Fernando no se alteró, aquella mujer no era tonta—. Solo quiero hacer mi trabajo. Para escribir un artículo, aunque sea de

mierda, hay que descartar mucho material.

—No la jodas, por favor. —Silvia se relajó—. Por la familia de Santurce, por el ayuntamiento, por tu revista. En aquella época nadie era un santo. Pero ese tipo era un buen hombre.

Fernando detectó algo parecido al miedo en las palabras de su amiga. Si investigaba y encontraba trapos sucios, esa información podía ser peligrosa. Y si esa suciedad saliera algún día a la luz, el ayuntamiento quedaría vapuleado por haber hecho un homenaje al antiguo empresario. Silvia sabía que, si eso ocurría, le pedirían responsabilidades. Mal asunto.

—¿Crees que podrás encontrarlo? —La jefa de prensa señaló a Mateo.

—Pues primero tendría que encontrar al dueño del hostel —dijo, golpeando con la palma de su mano la carpeta.

—Dueña.

—¿Una mujer? Raro para la época.

—Léelo. —Y Silvia apartó su mano para que el periodista pudiera tomar la carpeta.

—¿Solo esto? —Apenas había un par de folios. Esa era toda la información que el ayuntamiento tenía sobre el hostel Milán.

—La comunicación de cese de actividad y el acta de cierre. No había más, a saber qué pasaría con documentos anteriores.

—30 de octubre de 1937 —leyó Fernando.

—Eso es.

—La comunicación de cese la firma un tal Alejandro Santoro Soucase.

—Un abogado o un representante. A saber —supuso Silvia—. Años de guerra, todo sería muy oscuro.

Silvia no había caído, pero a Fernando le saltó a la vista, procurando que no se notara su ansiedad. Firmaba un tal Alejandro Santoro. Alejandro. Como el de la fotografía. ¿Una coincidencia?

—En el acta de cierre pone que la dueña era una tal Isabel Silvero.

—Pues por ahí tendrás que empezar a buscar.

—No sé... —Fernando se rascó los ojos—. Quizá tengas razón y esto no sirva para nada. Ponerme a buscar a una mujer que cerró un negocio en 1937.

—Ya te lo había dicho.

—Periodista de raza, ya sabes. Rebuscando en cualquier callejón. —Se metió la mano al bolsillo y dejó sobre la mesa dos billetes de cien pesetas—. Lamento las molestias.

—Fernando... —Silvia se incorporó en su silla—. No me vas a joder, ¿verdad?

—Jamás sería mi intención.

—No quiero quedar como una imbécil. Me informas de cualquier cosa. —  
Sonó a orden, pero es lo que era.

—No te dejaría con el culo al aire.

—Me debes una. —La jefa de prensa parecía más relajada. Quizá el callejón sin salida detuviera a Fernando y las cosas se quedaran tranquilas, después de todo.

—Dalo por hecho. —Y se levantó de la mesa, dejando que Silvia apurara su café.

Al salir por la puerta de Casa Balanzá, tuvo que pararse a tomar aire. Era la hora de comer, y funcionarios y oficinistas acudían a buscar el pincho de tortilla o el menú del día para reponer fuerzas. En mitad de aquel trasiego de gente, respiró hondo para ordenar las piezas de aquel rompecabezas.

No se le había pasado que el hostel Milán cerró cinco días después de la muerte de Félix Santurce. Primer dato. El cierre lo comunicaba un tal Alejandro Santoro. Segundo dato. Y la dueña del hostel se llamaba Isabel Silvero. Tercero.

Fernando notaba esa sensación de tener que atrapar una serpiente. La ves, la tienes cerca, pero, si tratas de cogerla, resbala entre tus manos. Es escurridiza, flexible y capaz de enrollarse en tu brazo, apretando hasta cortar la circulación. Sin contar con que, en un descuido, puede morderte. Las piezas estaban ahí, solo había que ordenarlas antes de que desaparecieran, antes de que la lluvia del tiempo las borrara.

Se metió la mano en el bolsillo y contó las monedas que llevaba. Tuvo que esperar, mientras contemplaba el tráfico de coches que rodeaba la plaza del Ayuntamiento, a que una persona acabara de hablar para poder utilizar la cabina que había en la puerta del edificio de Correos. La impaciencia le comía por dentro.

—¿Diga?

—Pablo, soy yo.

—Qué sorpresa —se alegró su hermano.

—Necesito saber algo.

—¿Estás bien? Te noto alterado.

—Una cosa de trabajo urgente, nada importante.

—No te creo. —La segunda persona que le llamaba mentiroso en apenas unos minutos. Gajes de periodista—. Dispara.



—¿Cuál es el apellido de la abuela Isa?

—¿La abuela Isa? —Pablo se sorprendió con la pregunta—. ¿Qué tiene que ver con tu trabajo?

—Ahora no, Pablo. El apellido.

—Es por lo del día de Navidad. Algo te ronda.

—Algo me ronda, sí. Pero ahora no tengo tiempo.

—Pues no sé su apellido, espera. —Fernando escuchó como Pablo se separaba el teléfono de la oreja y levantaba la voz—. Cariño, ¿cuál es el apellido de la abuela Isa?

—Yo qué sé. —Fernando escuchó lejana la voz de Paula—. ¿Tengo que saber el apellido de la madre de mi cuñada?

—Me lo pregunta Fernando. —Las voces seguían lejanas—. No sé para qué es.

Fernando oía protestar a su cuñada, aunque no podía descifrar qué decía.

—Que no lo sabe —volvió Pablo.

—Los apellidos de Marisa. Dile a Paula que te diga los apellidos de su cuñada.

—Los apellidos de Marisa. —La voz lejana de Pablo volvió a interrogar a su mujer.

—Marisa... —Paula pensaba—, Aguirre. Marisa Aguirre.

—Marisa Aguirre, Fernando. —Pablo le confirmó lo que él ya había oído.

—Necesito el segundo apellido.

—Joder, ya me contarás de qué va todo esto. —Pablo estaba empezando a cansarse—. El segundo apellido, Paula —volvió a preguntar a su mujer.

—¿Y yo qué sé? —contestó aquella.

—No lo sabe.

—Vamos, Pablo. Un poquito de colaboración. —Fernando se desesperaba por momentos.

—Espera, el contrato de alquiler. El otro día me lo pidió el administrador —dijo la lejana voz de Paula.

—Va a buscar el contrato de alquiler. —Pablo le trasladó lo que Fernando ya había oído—. Este piso es de ellos.

—Gracias.

Aquellos minutos se hicieron eternos. Fernando tuvo que volver a poner otra moneda, tras oír el pitido de que la llamada iba a cortarse por falta de saldo.

—A ver... —dijo Pablo al otro lado—. Ya la tengo... Julio Robledo Martínez y... Marisa Aguirre Silvero.

—¿Silvero? —A Fernando se le salía el corazón por la boca—. ¿Seguro que pone Silvero?

—Segurísimo.

—Gracias, hermano. —Y colgó.

El engranaje hizo clic en su cerebro. Aquella pieza encajaba. La abuela Isa era Isabel Silvero, la dueña del hostel Milán. Ese hostel Milán que aparecía bordado en la camisa de la tal Bela, la que posaba junto a Mateo, el conocido de Félix Santurce. De algún modo, la abuela Isa estaba conectada con Santurce, aún no sabía cómo. Pero desde que se levantó de la mesa el día de Navidad, echando pestes sobre él por escribir aquel artículo, Fernando supo que algo olía mal en todo aquello. Se sentía cerca de algo, pero no sabía de qué.

Mascando esa horrible sensación de tener algo en la punta de la lengua y no recordarlo, decidió apurar sus últimas monedas.

—Oficinas del registro civil, ¿dígame?

—Con Miguel Arce, por favor.

—Voy a ver si está libre —respondió la mujer que atendía la centralita—. ¿De parte de quién?

—Fernando Poveda, amigo personal.

—Un momento.

Por el auricular podía oír un lejano sonido de teléfonos sonando y rumores de voces. Unos pasos se fueron acercando, hasta ser claramente audibles.

—Vaya, Fernando... —La voz masculina sonó amable—. Cuánto tiempo. Me enteré de lo tuyo, lo siento. ¿Qué tal...?

—Miguel, no tengo tiempo —le cortó Fernando—. Necesito tu ayuda.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito averiguar datos sobre una persona, es para un artículo.

—Fernando, yo... —La voz de Miguel sonaba a duda—. Sabes que no puedo..., va contra las normas...

—Miguel, con todos los respetos. —Fernando se puso serio—. No te pediría ayuda si no fuera algo vital.

—Me puedo meter en un lío.

—Yo también te he sacado de unos cuantos. —Era el momento de cosechar. Un buen periodista nunca olvida.

—Ya... —Miguel Arce permaneció unos segundos en silencio—. Dime el nombre.

Otro hilo. Demasiados frentes abiertos, quizá. Demasiadas pistas que juntar para saber si luego encajaban, o si era capaz de lograr encajarlas. Pero

era el momento. O aquel o nunca.

—Quiero saber todo lo que tengas sobre un tal Alejandro Santoro Soucase.

*Oviedo, marzo de 1937*

La noche era fría y húmeda. El relente mojaba el suelo como si hubiera llovido, y los cristales se empañaban por la diferencia de temperatura con el exterior. Eso sí, solo en los lugares donde un fuego o un brasero caldeaban el ambiente.

Por supuesto, los cristales del despacho del general Gallardo estaban empañados. Amigo de la sobriedad y de pasar las mismas penurias que sus hombres, llegó un momento en que sus huesos le avisaron de que ya estaba bien de soportar aquella humedad. Como hacía años que aquella chimenea no se encendía, hubo que deshollarla antes de prender los primeros troncos. El cabo de turno se encargaba de que ese fuego no se apagara durante las veinticuatro horas del día, y la espalda de Gallardo había dejado de crujir, agradecida por aquel calor continuo.

El estómago seguía ganándole la batalla, y cada vez sus cenas eran más ligeras. A aquellas horas de la noche, apenas llevaba en el cuerpo unas verduras asadas. Y, aun así, había tenido que tomarse el vaso de agua con bicarbonato. Hasta que aquel asunto con Von Schimmer no terminara, sabía que su cuerpo no empezaría a relajarse. Pero también era consciente de que el camino que había elegido podía ser un continuo sinvivir. Ganarían la guerra, claro. Gracias a él, además, como le había dicho Franco. Entraría en el Gobierno y les tocaría levantar el país, que no sería tarea fácil. Quizá esa relajación que esperaba su estómago no llegaría hasta que se retirara. O quizá no llegara nunca, y los ardores y las malas digestiones acabaran por matarle. Pero mientras su nombre no se olvidara, todo habría merecido la pena.

Su trato secreto con el general alemán era otro de sus desvelos. Se había pasado por el arco del triunfo toda norma militar y había actuado con una iniciativa propia que superaba los límites de lo permisible. Si algún día Franco se enteraba de las contraprestaciones ofrecidas y entregadas, le mandaría fusilar. Pero el plan iba según lo previsto, nadie tenía por qué enterarse. Como mucho, habría que eliminar algún cabo suelto cuando todo terminara, nada grave. Quizá había ido más allá de lo permisible, pero lo que había hecho era lo responsable. España valía más que unos cuadros y unas pocas monedas.

La única persona que realmente podía relacionar a Gallardo con las monedas y los cuadros era el propio Von Schimmer. Si a oídos del Gobierno, de Franco o de cualquier otra persona llegaba la noticia de que estaban en Alemania, Gallardo se encontraría en un problema. No le quedaba otra más que confiar en quienes sabían la verdad. Y al único que no controlaba era al general alemán. Nadie dijo que todo pudiera mantenerse bajo control, y aquella era la única incerteza a la que deseaba enfrentarse Gallardo. Y no era pequeña, pero era asumible por el premio que esperaba.

En la oscuridad de la noche, rota solo por la lámpara de su mesa de despacho, sirvió el *whisky* de malta en dos vasos y se acercó hasta el sillón, donde su invitado quedaba en penumbra. Tan solo su mano quedó iluminada por el haz de luz cuando tomó el vaso que Gallardo le ofrecía.

—Un buen *whisky* —dijo el invitado tras mojarse los labios.

—Para ocasiones especiales.

—Celebro que considere que esta es una de esas.

—Bueno, no siempre se tiene la oportunidad de construir un país nuevo. —Gallardo se sentó en su silla de trabajo y dejó caer el cuerpo contra el respaldo—. Y le recuerdo que usted tiene gran responsabilidad en que se consiga.

—Todo marcha según lo previsto. —Su interlocutor regateó el halago.

—Von Schimmer me escribió, felicitándome por el trabajo de la colección del Museo Arqueológico.

—Le volverá a escribir para felicitarle por los cuadros —dijo el invitado—. Ya lo verá.

—¿Están controlados?

—Absolutamente. Mis hombres no los pierden de vista.

—¿Qué hay del joven arquitecto?

—Me dicen que es poco más que un niño. No será problema —replicó con seguridad.

—¿Qué sabe de él? —Cualquier pieza, por pequeña que fuera, preocupaba a Gallardo.

—Dirigía una restauración en la iglesia, y a Lino le cayó en gracia.

—Ese Lino no es tonto. Si vio algo en él, por algo será.

—Un arquitecto, Gallardo. ¿Qué vamos a temer?

—En la situación adecuada, la fuerza de un hombre mueve una montaña.

—Es joven.

—Eso es lo que me preocupa, que sea un idealista. ¿No puede comprarlo también?

—No me paga tanto como para repartir más.

—Pues téngalo controlado —ordenó Gallardo—. Cabos sueltos, ya sabe.

—No me quita el sueño —contestó el visitante—. De todos modos, en unos días salgo para Valencia, a asegurarme personalmente.

Era la noticia que Gallardo esperaba. Si se encarga algo a alguien, lo menos que se espera es que supervise en persona que todo se cumple según lo previsto. Dio otro sorbo; el *whisky* le quemó al bajar y no le dejaría dormir en toda la noche, pero no iba a permitirse mostrar ninguna debilidad.

—Ahora, a esperar que los saquen de allí.

—Eso depende de usted. —El hombre oculto en las sombras se dio cuenta de que el licor no le sentaba bien al general—. Cuanto antes aprieten al Gobierno, antes tendrá que salir de Valencia.

—¿Y cómo se hará con los cuadros? —preguntó Gallardo.

—Un camión solo para el Durero y *Las meninas*. Y ese camión jamás llegará a su destino. Irá directo al tren que usted prepare hacia Berlín.

—Lo del tren está hecho. Pero tendrá que sortear a la Junta de Incautación y a los técnicos que preparen las piezas para el viaje.

—No me subestime, Gallardo, por favor.

—¿Por qué lo dice?

—El funcionario que controla la junta está con nosotros. Un viejo amigo. —El extraño se tomó su tiempo, dando otro pequeño sorbo—. El jefe de restauradores también.

—¿Y los hombres de los camiones?

Entre las sombras, Gallardo solo pudo ver el gesto con la mano que hizo su invitado. Era evidente que los hombres encargados del transporte de los cuadros también estaban en nómina.

—¿Cuándo cree que podrán cortar el paso hacia el norte? —preguntó el hombre que se ocultaba en la oscuridad.

—Si nuestras tropas avanzan según lo esperado, entre septiembre y octubre el Gobierno tendrá que abandonar Valencia. Si no quieren verse atrapados.

—¿Van a tomar Valencia?

—No, al menos por el momento. Aunque estamos bombardeando para meter presión.

—¿Entonces?

—Vamos a cortar por el Ebro.

—Ustedes sabrán. —El invitado tampoco quería saber más de lo que necesitaba—. Bastante tengo yo con lo mío.

—Exacto —corroboró Gallardo—. Usted preocúpese de que esos cuadros van en el mismo camión, y que toma la ruta adecuada.

—Descuide por eso.

Gallardo se levantó de su mesa y fue hacia el armario que había en la pared. Sacó un maletín de piel y se lo entregó a su visitante. Este lo puso sobre sus piernas y levantó los cierres. Los billetes estaban ordenados en hileras de fajos. El hombre levantó varios fajos hasta dar con el fondo del maletín. Sonrió satisfecho, no le estaban dando gato por liebre. Volvió a cerrarlo y a bajar los pequeños resortes.

—¿No va a contarlo?

—¿Cree que debo?

—Usted sabrá.

—Si uno no puede fiarse de un general, ya me dirá.

Gallardo dio por buena la respuesta y volvió a su mesa. En aquella primera reunión con Von Schimmer, supo que se había aventurado; entregar aquella colección de monedas no iba a ser nada fácil. Durante el viaje de vuelta a España, no hizo otra cosa que pensar cómo podría hacerse. Muy poco tiempo, y Madrid todavía republicana. Había que montar una operación desde dentro, y él tenía las manos atadas. Pensó en quién podría confiar. Quién podría tener la capacidad de orquestar una operación así.

Su hombre le dijo que se podía hacer, pero que no iba a resultar nada barato. La prueba de ello era el maletín que le acababa de entregar. El tipo ideó un plan y dispuso los peones para comenzar la partida. Sus tentáculos llegaban hasta donde los de Gallardo no habrían llegado jamás. El tiempo que le había dado Von Schimmer se acababa y estaba en manos de aquel hombre.

Pero cumplió a la perfección. Ese hombre había llegado hasta el corazón de la Dirección General de Bellas Artes, había conseguido que su contacto emitiera las órdenes firmadas por el director general para incautar la colección de monedas, y se las había apañado para dar un cambiazco en toda regla. Gallardo no las tenía todas consigo, por ello quiso ser testigo. Viajó de incógnito a Madrid y vio, con sus propios ojos, cómo las cajas pasaban de un camión a otro. Oro por plomo. Ya se darían cuenta y, para entonces, nadie sabría qué es lo que había pasado. A partir de ahí, estuvo seguro de que el tema de los cuadros estaba en buenas manos. Aquel hombre tenía tanta ambición como él: Gallardo quería gloria, y el otro se conformaba con dinero. Mucho dinero.

Supo que había sido difícil convencer a Renau de que diera la orden de sacar los cuadros del Prado. Pero también el plan que su hombre había

propuesto salió a pedir de boca: el funcionario asustando al director general, la carta interceptada por las tropas republicanas donde se avisaba del ataque aéreo al museo y unas cuantas bombas sobre el paseo del Prado habían hecho más fácil tomar la decisión a Renau.

Cuando Gallardo temió por el viaje, ahí estuvieron los transportistas, otros peones. Jamás un dinero como el que acababa de pagar había sido tan bien invertido.

—Ya tiene a la Luftwaffe, ¿verdad?

—Preparada para atacar en cuanto ordene el Generalísimo.

—Va a morir gente.

—Puede ser —contestó Gallardo impasible.

—Y más que morirá cuando lleguen las tropas nazis.

—Que se rindan. Si muere gente, será por culpa del presidente del Gobierno.

—¿Esa es su manera de limpiar su conciencia? —El extraño se permitió aquella insolencia. Sabía que era imprescindible y que Gallardo se tendría que tragar todo lo que le dijera.

—Mi conciencia no le incumbe.

—Lo sé. Pero quiero que piense en las consecuencias de lo que estamos haciendo.

—¿Las consecuencias? —Gallardo se incorporó en su silla—. Estamos haciendo algo que retumbará a lo largo de las décadas. Un eco incesable que dentro de cien años todavía podrá ser escuchado. —Las palabras eran espoleadas por su entusiasmo—. Las generaciones futuras tendrán que agradecernos que tomáramos el timón de este país que navegaba sin rumbo.

—Si usted lo dice... —El visitante pudo comprobar que el ambicioso general se disfrazaba de salvapatrias para justificar sus actos—. Pero me temo que no estaremos ahí para verlo.

—Usted cumpla su parte y yo cumpliré la mía. —Gallardo habría mandado detener a cualquiera que le hablara así, pero no podía hacer nada a aquel hombre. Dependía de él—. ¿Qué va a hacer con todo ese dinero? Va a ser rico.

—Primero tengo que hacer rica a la gente que he metido en esto. Y, con lo que sobre, me iré de aquí.

—¿De España?

—Claro.

—Nuestro país va a renacer de sus cenizas, va a ser una gloriosa nación, ¿y usted piensa perderselo?



—Es que ustedes, cuando ganen, que ganarán, van a hacer como sus amigos de la esvástica. —Dejó el vaso sobre la mesa.

—¿Gobernar con mano de hierro?

—Purgar. —Una pequeña risa salió de la boca del hombre oculto—. Y tarde o temprano, me tocaría a mí. No pensará que voy a quedarme a esperar.

—Usted no tendría nada que temer.

—Eso dice ahora.

El invitado supo desde el primer momento que estaba ante el negocio de su vida, el definitivo. Entre lo que sacara de ahí y el dinero que le pagaran por venderlo todo, él y su familia podrían comenzar una nueva vida lejos de España. Sabía que lo estaba arriesgando todo; no solo por sus contactos con el Gobierno, sino, en especial, por participar en aquella operación. Se había convertido en un agente doble, ya no tenía lealtades. Gallardo iba a querer bocas cerradas, y no se la jugaría sabiendo que alguien podía irse de la lengua. Había avisado a todos sus peones, y solo había podido convencerlos a cambio de dinero. Mucho dinero.

Él sabía muy bien que el dinero mueve conciencias, hace cambiar ideologías y tiene el poder para que un hombre traicione hasta sus creencias más profundas. Esos simples papelitos que descansaban en el maletín que tenía junto él eran capaces de todo aquello.

El hombre en las tinieblas no estaba convencido de estar haciendo lo correcto, desde luego. Pero una oportunidad como aquella solo se presentaba una vez en la vida, y tenía que aprovecharla. Ganar en una operación lo mismo que en diez años de trabajo. Sabía las consecuencias de todo aquello y que, si los hombres de la Wehrmacht llegaban a España, iban a campar a sus anchas. Incluso al propio ejército nacional iba a resultarle difícil parar los pies a los germanos si se plantaban en España para cometer sus atrocidades. Pero ese no era su problema. Si la ambición personal de alguien era tan desmedida como para poner en peligro la vida de miles de personas, seguramente debía sufrir un grave trastorno mental. Y si fuera así, la propia historia que pretendía escribir le juzgaría por ello. Él solo quería su dinero; los fusiles no matan, lo hacen los hombres que los disparan. Y los que lo ordenan, como aquel desequilibrado de Gallardo.

—Cuando Von Schimmer tenga los cuadros, recibirá el resto del dinero.

—¿Cómo sabré que los cuadros le llegan a su general alemán?

Gallardo se levantó de su mesa y fue hacia la puerta del despacho. Accionó el interruptor y la estancia se llenó de una luz que molestó en los ojos al invitado. El general, con una ligera sonrisa, sabía que, aunque

necesitaba a aquel hombre, este le había dado toda la información que necesitaba.

—Muy fácil, Santurce. Porque estará usted en Berlín esperando mi tren.

*Valencia, marzo de 1937*

—Pórtese bien, viejo, y aún podrá dormir en casa.

Mientras Jaume enfilaba hacia el claustro, en busca de las escaleras, pudo ver como uno de los tres hombres se quedaba atrás y cerraba las grandes puertas del edificio. No querían que nadie pudiera asomarse a curiosear, o que el sereno iniciara la ronda y le extrañara ver las puertas abiertas.

Junto al que le apuntaba con el arma caminaba otro encapuchado con una gran bolsa de tela colgada al hombro que debía de pesar bastante, a juzgar por lo tensa que estaba la correa. El tercero, que se había quedado rezagado, les alcanzó cuando entraron en el pasillo que llevaba a la escalera. Iluminada por unas escasas bombillas, aquella subida parecía un túnel que reflejaba sombras espectrales en las paredes.

Ya le costaba subir los tres pisos que había hasta la azotea. La rodilla derecha le pinchaba en cuanto llevaba varios escalones, y eso hacía que subiera más lento. El que le estaba apuntando parecía que se impacientaba por aquel ritmo, e iba empujándole por la espalda con el cañón de la pistola.

—Voy todo lo rápido que puedo.

—Pues es para hoy, abuelo.

Jaume estaba más curioso que asustado. Aquellos hombres no habían sido hostiles, y subir a la azotea le parecía una petición de lo más extraña. Cuando alcanzaron el tercer piso, rebuscó en el manojó de llaves. Conocía su oficio, sabía de sobra cuál era la llave, pero se permitió hacer un par de intentos fallidos para ver cómo reaccionaban los otros. No se pusieron especialmente nerviosos, y fueron pacientes con el tiempo que parecía necesitar el viejo bedel. Al fin abrió y accedieron al aire libre.

La noche, aunque la primavera estaba cerca, refrescaba. El viento despeinó el cabello de Jaume, quien trató de domarlo con la mano, sin conseguirlo. Iluminados solo por el reflejo de la luna, caminaron hasta la parte que daba a la calle de la Nave, y el de la pistola hizo una seña al que llevaba la bolsa, que se la sacó por el cuello y la dejó caer con cuidado, para que no hiciera ningún ruido. La abrió y sacó una cinta y un rollo de esparadrapo. El de la pistola miró a Jaume y le hizo la señal de silencio, poniendo el dedo índice en vertical delante de sus labios. Ese viento acallaba

también cualquier sonido que los asaltantes pudieran producir, aunque se cuidaban mucho de no hacerlos. Uno le cogió los brazos, mientras otro le metía un pañuelo en la boca y se la sellaba con un trozo de esparadrapo. La cinta era para atarle las manos a la espalda. Y entre los dos hombres le obligaron a sentarse en el suelo, apoyado en el murete que hacía de barandilla.

—No intente nada, por favor —le dijo el líder, apuntándole—. Sería una pena que su familia tuviera que llorarle por hacerse el héroe.

Era fácil hacer caso. No le pedían nada, y el que hablaba hasta parecía educado. Jaume se dedicó a acomodar su postura y a observar qué pretendían aquellos tres asaltantes.

El de la bolsa de tela sacó una cuerda con un garfio en el extremo. La hizo girar sobre su cabeza y la lanzó hacia la cubierta de la iglesia. La calle de la Nave, que a aquellas alturas era callejón, apenas dejaba cuatro metros de separación entre un edificio y otro. Oyó el sonido metálico cuando el gancho cayó sobre el tejado. El hombre fue recogiendo cuerda hasta que el garfio encontró apoyo en el que clavarse. Tiró con todas sus fuerzas, para comprobar si era seguro y, una vez estuvo convencido, ató la cuerda a uno de los remates de piedra del murete de la azotea. Apenas había desnivel, ya que ambos edificios eran de similar altura, y el jefe aprobó la tensión de la cuerda.

Los cuadros. Jaume cayó de pronto en el motivo por el que aquellos hombres querían subir a la azotea del edificio de la universidad. Era una forma discreta de entrar a la iglesia del Patriarca en mitad de la noche; nadie imaginaría que allí había una brecha de seguridad. Trató de gritar, pero el pañuelo y la cinta que sellaba su boca solo le permitían emitir unos sordos sonidos guturales. El del revólver abrió sus manos, como rogándole que se callara, pero Jaume hizo caso omiso de aquel gesto y siguió intentando dar aviso. A cambio, apoyado contra el muro, se llevó una patada en el estómago que le dejó sin aire. Trató de tranquilizarse, para intentar recuperar la respiración.

Con gesto contrariado por haber tenido que golpear al bedel, el cabecilla se metió la pistola en la cintura del pantalón, pasó el murete y alcanzó la cornisa. De espaldas a la calle tomó la cuerda con las dos manos e hizo fuerza con las piernas para engancharse a ella también. El viento le daba un ligero balanceo que no suponía mayor peligro. Con agilidad recorrió los cuatro metros en el vacío que separaban los dos edificios, hasta poner los pies en la cubierta de la iglesia. Una vez allí, comprobó que el gancho estaba bien anclado e hizo una seña para que pasara el siguiente de sus compañeros. Era

el de la bolsa, que sacó de ella otro revólver, se lo guardó en la chaqueta e hizo lo mismo que su primer compañero. Solo faltaba uno por cruzar.

Mientras el último pasaba la pierna por el murete, no vio los gestos que le hacían sus compañeros desde el otro edificio. Mirando para pisar en firme sobre la cornisa, no pudo ver cómo Jaime se levantaba a duras penas y se lanzaba corriendo hacia él. El segundo que había cruzado sacó la pistola de su chaqueta y apuntó al bedel, para dispararle antes de que alcanzara al que quedaba por cruzar. El líder le bajó el brazo de un manotazo; no se podían permitir que les descubrieran por el sonido de un disparo. Jaime chocó contra el hombre, y ambos cayeron al suelo de la azotea de la universidad. Encima del asaltante, lo único que podía hacer era lanzarle cabezazos y rodillazos, para ver si alguno le alcanzaba de lleno. El asaltante quiso quitarse a Jaime de encima, pero era más pesado que él. Uno de los cabezazos le golpeó en la nariz, arrancándole un ahogado grito de dolor.

Desde la cubierta del Patriarca, los dos asaltantes que ya habían cruzado no podían ver qué estaba ocurriendo. El murete y la oscuridad de la noche hacían imposible seguir la escena. Escuchaban a duras penas los jadeos y gemidos de los dos hombres que habían caído al suelo, y cómo forcejeaban entre ellos. El que había intentado disparar hizo amago de volver por la cuerda para ayudar a su compañero, pero el jefe lo paró. Prefería esperar un poco más.

Los cabezazos de Jaime ya golpeaban el pecho del asaltante, que no podía apartarlo ni quitárselo de encima. Aquel viejo, bien aferrado encima de él, le estaba dejando sin aire. En un último esfuerzo, aplastado contra el suelo, el encapuchado pudo doblar la pierna derecha hasta alcanzar a manotazos su bota.

Tras unos segundos eternos, los dos asaltantes que ya habían cruzado vieron levantarse a su compañero. Doliéndose en el rostro y buscando recomponer su ropa, pudieron apreciar que sujetaba un cuchillo en su mano.

—Joder... —se lamentó el líder en voz baja.

El tercero logró cruzar y necesitó unos segundos para recuperar el resuello, mientras limpiaba la sangre del cuchillo en la pernera de su pantalón.

Los tres hombres se acercaron a la puerta desde la que se accedía a la escalera de la iglesia. Estaba cerrada, pero el líder sacó una pequeña palanca de hierro de su chaqueta y la metió entre el marco y la puerta. La humedad y la carcoma hicieron que el cerrojo saltara sin mucho esfuerzo, y comenzaron a bajar a tientes por la estrecha y oscura escalera. Tras varios tramos, distinguieron el apagado resplandor de unas luces todavía lejanas. La escalera

los había llevado junto a la sacristía y, asomando la cabeza, el líder de los asaltantes estudió la situación.

Dos soldados, los que se iban a quedar de guardia durante la noche, conversaban bajo uno de los candiles que había junto a las cámaras de hormigón. Estaban las dos abiertas, lo que le extrañó. Pero la respuesta se la dio el joven arquitecto, que salía de una de ellas tomando notas en una libreta. Estaba terminando el trabajo del día, se había retrasado más de lo que en él era normal. No debería estar allí. Desde que llevaban estudiando sus movimientos, jamás habían visto a esas horas al chico. Tenía que ser ese día, precisamente.

El líder decidió que esperarían, escondidos en la oscuridad, a que el arquitecto se marchara y solo quedarán los dos soldados, relajados en el silencio de la noche. Pero como la vida hace lo que le viene en gana, sin que nadie pueda evitarlo, la pequeña palanca que había utilizado para forzar el cerrojo de acceso a la cubierta de la iglesia decidió que quería escapar de la chaqueta del hombre que la custodiaba. El sonido metálico al chocar contra las baldosas del suelo fue como un aldabonazo que puso en guardia a los soldados. El jefe de los asaltantes cerró los ojos, en un fatalista gesto que indicó que nada estaba saliendo según lo planeado.

Alejandro dejó de escribir en cuanto aquel sonido retumbó en sus oídos. Sin mediar palabra, miró a los soldados e hizo un gesto con la barbilla hacia donde había escuchado el ruido, para que echaran un vistazo. A paso lento, uno de los soldados fue descolgando el fusil de su hombro, a medida que se acercaba por la hilera de bancos de la derecha a la zona oscura de la sacristía. El otro soldado se dirigió hasta la puerta de la cámara, también fusil en mano, para cubrir el acceso a los cuadros.

Cuando el líder vio que el titubeante soldado se acercaba de manera inevitable hacia donde estaban escondidos, supo que había que actuar. Todo estaba saliendo mal, pero aún tenían una oportunidad. Dio unos pasos hacia su izquierda, para apartarse de la línea de fuego del soldado, ante la incredulidad de sus dos compañeros encapuchados.

—No salgáis todavía —les ordenó en un susurro.

El soldado daba pasos lentos, para que sus pisadas y el sonido de su propia respiración no le entorpecieran la audición. Al llegar a la altura del altar, se paró e hizo un barrido apuntando con el cañón. A mitad de recorrido, una voz le hizo frenar en seco.

—Te estoy apuntando, baja el fusil. —De las sombras emergió el jefe de los encapuchados, con una pistola que dirigía hacia el sorprendido soldado.

Este detuvo su recorrido, mientras Alejandro y el otro se agacharon junto a la fila de bancos más cercana a las cámaras con la esperanza de no ser vistos.

—Si estimas tu vida, ve donde están los otros dos —volvió a ordenar el asaltante, y Alejandro ya supo que aquel tipo sí sabía que estaban allí.

El soldado bajó el fusil y, poco a poco, fue retrocediendo mientras se metía entre dos bancos para alcanzar la otra hilera. Sin dejar de apuntar, el asaltante fue caminando por el pasillo derecho de la iglesia, hacia la puerta, para cerrar la huida si a alguno de aquellos tres le daba por escapar. Alejandro no sabía qué pretendía aquel hombre, pero no tenía nada que hacer contra los dos soldados armados.

El asaltante, que no había perdido de vista al soldado que retrocedía a la vez que recorría la iglesia hacia la entrada, se giró un instante para comprobar si la puerta estaba cerrada. Y ese preciso instante fue en el que el soldado, a mitad de camino entre los bancos, creyó tener una oportunidad. Volvió a levantar el fusil, apuntó y alineó su ojo con el cuerpo del encapuchado. Alejandro observó el rápido movimiento y giró la vista hacia el extraño, para ver si caía.

Pero el disparo, que retumbó en la bóveda de la iglesia, no alcanzó al asaltante. El sonido del cuerpo que cayó provenía de la hilera de bancos; un segundo intruso con pasamontañas había salido de la oscuridad y disparado al soldado, que yacía inerte en el suelo. Tras el humo de aquella detonación, un tercer encapuchado se hizo visible.

La limpia y rápida operación que había diseñado el jefe de los asaltantes ya se había ido al traste. Estudió la situación en décimas de segundo, y corrió hasta donde Alejandro y el otro soldado permanecían agachados, mientras hacía un gesto con la mano a sus compañeros para que fueran hasta donde él estaba. Alejandro y el soldado, en vista de que iban a por ellos, se metieron, a rastras, en la fila de bancos donde estaba el caído.

—No queremos más muertos —dijo la voz—. Quedaos escondidos y no hagáis ninguna tontería.

El soldado que estaba con Alejandro asomó la cabeza por encima del respaldo del banco, y un nuevo disparo levantó astillas a pocos centímetros de él. Mejor no salir. A ras de suelo, Alejandro distinguió cómo uno de los asaltantes entraba en la cámara que había quedado abierta y, tras unos segundos, salía con una de las cajas más pequeñas en sus brazos. Estaban robando uno de los cuadros.

—Lo tengo —dijo el tipo.

—¡No os mováis de ahí! —Y dos disparos más impactaron sobre el respaldo que ocultaba a Alejandro y al soldado, haciendo que se encogieran por el sonido de las balas que se encajaron en la madera—. Vámonos.

Desde el suelo, Alejandro vio cómo los tres hombres salían por la puerta de la iglesia, llevando uno de ellos la caja de madera en las manos. A pocos metros de él, el soldado al que habían disparado debía estar muerto. El charco de sangre del disparo en el pecho avanzaba en una mancha espesa y oscura por las baldosas y las patas del banco. Jamás había tenido un cadáver tan cerca; los ojos del soldado, apenas un muchacho, seguían abiertos, mirando a la nada.

Sin apenas pensarlo, Alejandro se acercó hasta el cadáver y cogió la pistola que llevaba en la cintura. Salió, caminando de lado, de la hilera de bancos y se lanzó en una carrera hacia la puerta. Los asaltantes habían dejado la puerta de la iglesia abierta y, en el frío de la noche, que ni siquiera sentía, Alejandro miró a ambos lados de la calle. Echó a correr cuando vio a los tres hombres que, cruzando la plaza del Patriarca, trataban de alcanzar Poeta Querol. En su carrera, lastrada por el viento en contra que retumbaba en sus oídos, el joven descubrió que los tres asaltantes se dirigían a un coche, que habrían aparcado previamente. Dando a gritos la voz de alarma, oyó pasos a su espalda; el segundo soldado había salido de la iglesia y corría tras él con el fusil en las manos.

Los asaltantes llegaron al vehículo y el jefe se puso al volante. Arrancó mientras el que llevaba la caja con el cuadro se metía en el asiento de atrás, y el tercero se disponía a rodear el coche para subir en el del acompañante. Pero antes de ello, se giró para ver a Alejandro corriendo tras ellos.

—¡Sube! —ordenó su jefe—. ¿A qué esperas?

El asaltante se detuvo y, con sangre fría, apuntó a Alejandro, que se acercaba a grandes zancadas. En un alarde de valentía, aunque más tarde reconociera que había sido una inconsciencia, Alejandro no se detuvo, sino que levantó la pistola que le había cogido al soldado muerto.

—¡No dispaes! —dijo el que estaba al volante. El coche estaba arrancado, preparado para salir en cuanto el tercer hombre subiera.

Pero ya era demasiado tarde. Apuntando a aquella figura que venía hacia él, el asaltante exhaló el aire que llenaba sus pulmones y, cuando estos se vaciaron del todo, disparó.

Alejandro escuchó el silbido de la bala al pasar junto a su cabeza y, sin dejar de correr, extendió el brazo en el que llevaba la pistola. El primer disparo dio en la ventanilla de atrás, haciendo saltar una lluvia de añicos de



cristal sobre los dos hombres que estaban dentro del vehículo. El segundo salpicó de sangre el rostro encapuchado del que estaba al volante. La bala había entrado por el pómulo del asaltante que le había disparado, que cayó muerto al suelo de Poeta Querol.

El que iba al volante supo que nada podía hacer por su compañero, así que pisó a fondo el acelerador, dirigiéndose, en la solitaria calle, hacia Pintor Sorolla. Alejandro, ya sin aliento, todavía hizo un par de disparos más para alcanzar las ruedas del vehículo. Pero solo pudo ver las chispas que las balas soltaron al rebotar contra el adoquín. El coche se perdió en la noche al girar hacia la derecha.

Tratando de recuperar el aliento, con el cadáver del asaltante a sus pies, Alejandro se apoyó en sus rodillas. Escuchó el silbato de los guardias urbanos, que se acercaban corriendo hasta el lugar de los hechos. El soldado que corría tras él llegó hasta su posición y, sin mediar palabra, le cogió el revólver de las manos.

Los balcones se llenaron de vecinos, alarmados por la trifulca, sin saber muy bien a qué se debía, y por los silbatos de la guardia urbana. De repente, se encontró rodeado de guardias y de soldados que hacían la ronda en los edificios cercanos que ocupaban los ministerios.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó el primer policía que llegó a la escena.

—Un asalto a la iglesia del Patriarca —contestó el soldado que estaba con Alejandro—. Tres individuos, encapuchados. He logrado abatir a este —dijo señalando el cadáver.

—¿Un asalto a una iglesia en plena noche? —se extrañó el policía, rodeado de sus compañeros, mientras iban llegando más coches al lugar.

—No es solo una iglesia. —Alejandro hablaba de forma entrecortada, todavía con la respiración agitada—. Dios... —Y salió corriendo hacia el recinto sagrado. Tenía que saber qué cuadro se habían llevado.

La puerta de la cámara seguía abierta. Tomó la lista donde estaba la numeración de las cajas y la repasó deprisa. Conocía ya los números por el tamaño de la caja, y aquella era de las más pequeñas que guardaban.

*El Autorretrato de Durero.*

Esa era la que faltaba. Los asaltantes se habían llevado una de las pocas cajas que podía transportarse a mano sin problemas. Igual ni siquiera sabían qué contenía. «Joder, me han robado un cuadro en mis propias narices», se lamentó. Aunque era consciente de que la seguridad no recaía completamente

en él, y que para eso estaban los soldados, lo sintió como una puñalada en su orgullo. Había fallado en la misión que le había encomendado Lino.

Con el ánimo por los suelos, salió de nuevo a la calle de la Nave. Resoplando por la decepción, y sin saber muy bien qué debía hacer, vio cómo se acercaban el soldado y varios de los agentes. Aquel soldado le había cubierto, quitándole la pistola de las manos y diciendo que había sido él quien había disparado. En el momento no había pensado en ello, pero era consciente de que la sangre fría de aquel soldado le había librado de un problema gordo. Acababa de matar a un hombre y, con cierto sentimiento de culpabilidad, reconoció que no era eso lo que más le afligía.

—¿Se han llevado algo? —preguntó uno de los guardias.

—No he echado nada en falta —respondió Alejandro sin mirarle.

—¿Entonces? ¿Para qué han entrado a una iglesia en plena noche?

—Tiempo habrá para averiguarlo, agente —intervino el soldado, que se dio cuenta de que Alejandro no quería que nada de aquello se supiera—. Vamos a calmarnos —dijo, obviando que allí dentro estaba el cuerpo de su compañero.

—Eso ya lo decidiré yo —dijo el guardia, que debía de ser el de mayor rango de todos los que habían llegado, y supuso que tenía obligación de tomar las riendas de la situación—. Vamos dentro de la iglesia, quiero echar un vistazo.

—Jurisdicción del ejército de la República, agente. —El soldado se colocó entre el hombre uniformado y la puerta de la iglesia. No quería que la policía husmeara sin haber informado a sus superiores.

—¿Del ejército? —El policía comprobó que el resto de los soldados que habían aparecido en la escena se pusieron del lado de su compañero, creando una barrera humana. El agente supo que no había nada que hacer, y casi mejor. Pero quería mantener intacta su dignidad, y que nadie pudiera decirle que su intención no había sido la de cumplir con su trabajo—. Ustedes sabrán. —Y desistió de acceder al recinto sagrado.

La puerta del edificio de la universidad se abrió unos centímetros y un hombre, a duras penas, alcanzó la calle, apoyándose en el muro del edificio y dejándose caer hasta quedar sentado en el suelo. Un reguero de sangre en la pared indicaba el camino de ese cambio de postura.

—¡Don Jaime! —A Alejandro le dio un vuelco el corazón cuando vio al bedel casi tumbado en el suelo—. No, por favor, no... —Y las lágrimas anegaron sus ojos mientras corría hacia el padre de Elisa.

El joven le quitó el esparadrapo de la boca y, acelerado, tardó más de lo que hubiese querido en desatarle las manos. La sangre empapaba su camisa, brotando de la brecha que tenía a la altura del abdomen. Alejandro puso su mano en la herida, queriendo taponarla, pero la sangre corría entre sus dedos, sin que pudiera hacer nada por detenerla.

—¡Un médico! —El grito se confundía con el llanto—. ¡Llamen a un médico!

El soldado se acercó hasta el lugar donde Jaume se desangraba y pudo comprobar cuál era la situación. Puso una mano sobre el hombro del chico, sabiendo que nada se podía hacer ya por aquel hombre.

—Un médico..., por favor... —Alejandro notó cómo las lágrimas caían de su barbilla a sus manos, mezclándose con la sangre que brotaba del estómago de aquel hombre con el que, apenas unas horas atrás, había contemplado en silencio *Las meninas*.

—Cuida... de... Elisa. —Apenas se escuchaban las palabras del moribundo—. Hazlo... por mí.

—¡Don Jaume! —Le zarandeó Alejandro—. ¡Don Jaume!

Y los ojos del bedel de la universidad se cerraron. Allí, en el frío suelo de la calle, tirado como un perro, quedó el cadáver del padre de la mujer a la que Alejandro amaba. Los guardias miraron hacia arriba e indicaron la cuerda que seguía uniendo los dos edificios. Por allí habían entrado los asaltantes a la iglesia. Y, para acceder, habían tenido que asesinar a un simple bedel, un hombre cuyo trabajo era abrir y cerrar puertas. Un hombre bueno.

La noche dejaba tres cadáveres. El robo de un cuadro se había llevado tres vidas en un instante, convirtiendo aquellos apenas cincuenta metros en un campo de batalla por el que corría la sangre, y donde la muerte se había dado un festín. El soldado ayudó a Alejandro a incorporarse, incapaz de moverse ante el inconsolable llanto que salía del fondo de su alma.

—¿Padre...?

Alejandro se giró al oír aquella voz.

—¡Padre! —Y el grito y el llanto también se confundieron en la boca de Elisa, la última persona que Alejandro esperaba encontrar allí.

Ella fue corriendo hasta donde reposaba el cadáver de Jaume, pero Alejandro la paró antes de que llegara a él. No era necesario que viera aquello.

—¡No venía a cenar! ¿Por qué no venía a cenar? —La joven pataleaba y trataba de sacarse de encima los brazos que la rodeaban.

—Elisa, no... —Alejandro, intentando contener su propio llanto, fue incapaz de sujetar a Elisa, quien se arrodilló frente a su padre.

—¡Padre! —gritó, dándole pequeñas bofetadas en el rostro—. Despierte, padre, que tenemos que ir a casa. —Y las lágrimas de ella se mezclaron con las que antes había derramado Alejandro sobre la sangre de Jaume.

Rota de dolor, con las manos manchadas de la sangre del hombre que más quería en el mundo, Elisa sintió que unos brazos la levantaban para que se pusiera de pie. Alejandro la abrazó todo lo fuerte que pudo, la apretó contra él para que llorara y se desahogara sobre su cuello. Tenía que sujetarla para que no se cayera, para que el dolor no la lanzara al suelo e ir con su padre.

—No venía. No venía a cenar... —Era lo único que, entre lágrimas y sollozos, acertaba a decir la joven—. La cena está preparada...

La ambulancia llegó hasta donde ellos estaban, y los guardias los apartaron para que los sanitarios pudieran acercarse al cuerpo. Solo fueron capaces de certificar la defunción, y abrieron el portón del vehículo para poder retirar el cadáver.

Alejandro supo que Elisa no debía estar un segundo más allí, y tampoco podía volver a su casa. Iba a ser duro contar a sus padres lo que había ocurrido y que vieran a Elisa en aquel estado, pero no había otro lugar donde la joven fuera a estar mejor que con ellos. Tenía que sacarla de allí.

Uno de los guardias le dijo a Alejandro que su jefe quería hablar con él. Estaban junto al cadáver del asaltante muerto, el que había abatido Alejandro, pero que aquel soldado había tenido la agilidad de no dejar que se supiera. A duras penas pudo arrastrar a Elisa hasta allí, hacer que se alejara de su padre. Deshecha en lágrimas, Elisa se dejó llevar por Alejandro, quien procuraba protegerla del frío viento, amontonándose en la cabeza de este los sucesos y las consecuencias que iba a tener lo que esa noche había ocurrido.

—¿Lo reconoce? —le preguntó el policía que había asumido el mando. El asaltante ya no llevaba el pasamontañas, y otro de los agentes vaciaba los bolsillos del cadáver.

—No —dijo Alejandro tras unos segundos—. No lo había visto nunca. La bala le había destrozado la parte derecha del rostro, haciéndolo casi irreconocible. Una pincelada de sangre atravesaba la pernera de su pantalón.

Y vio algo que le provocó un pequeño sobresalto que trató de apagar, sin mucho éxito.

—¿Está bien? ¿Le pasa algo? —preguntó el agente al mando—. Se ha quedado pálido.

—¿Podemos irnos? —Alejandro señaló con sus cejas hacia Elisa, haciendo ver al policía que tenía que llevarse a la joven.

—Pero esté localizable.

—En la iglesia puede encontrarme cuando quiera.

El policía asintió y se volvió a agachar para mirar el cadáver del asaltante. Y, en mitad de todo aquel dolor, Alejandro comenzó a caminar, arrastrando a Elisa junto a él, alejándose de aquella escena de pesadilla. El joven tuvo que dar la razón a su padre cuando le dijo que, algún día, ese transportista con chaqueta de aviador se la iba a jugar.

No le dio importancia, y cuánta razón tenía César Santoro.

Del bolsillo delantero de la camisa del muerto, el policía había sacado un Cohiba Excelsior Mini.

*Valencia, marzo de 1937*

—En señal de nuestra esperanza, en que Dios nos dará un cuerpo nuevo e inmortal, y para dar testimonio de nuestra fe en la resurrección, yo bendigo este cuerpo con el agua que le recibió la Iglesia el día de su bautismo. —El sacerdote roció el féretro con agua bendita—. Descansa en paz, hermano Jaume.

Los cinco operarios levantaron el féretro y, trabajosamente, consiguieron llevarlo hasta la tercera altura del muro de nichos, donde estaba el hueco en el que habían de introducirlo. Después comenzó la penosa tarea de mezclar la pasta de agarre para colocar la lápida provisional, de madera, que cerraría el nicho hasta que el marmolista fabricara la definitiva.

El sacerdote se despidió con cierta prisa de la familia. Había oficiado los tres entierros esa misma mañana, y aún tenía que llegar a la iglesia para las confesiones y la misa de la tarde. Es curiosa la vida, pensó Alejandro. Un funeral para un cuerpo sin identificar, sin nadie presente; otro para un joven soldado, abarrotado de familiares y amigos, y un último, con poca asistencia, pero muy sentida. El día que le llegara su hora, preferiría que el suyo fuera como el del pobre bedel de la universidad. Pocos le lloraban, pero había dejado un vacío que iba a ser difícil de llenar.

Cogidas del brazo, Elisa apoyaba su cabeza en Empar, la madre de Alejandro. Con los ojos hinchados por llevar dos días llorando, la joven sentía que estaba viviendo un mal sueño, una pesadilla de la que deseaba despertar. Pero había despertado, y la pesadilla seguía ahí.

Empar y César se quedaron de piedra cuando los vieron aparecer aquella fatídica noche. Elisa, derrumbada, no podía ni siquiera hablar. Alejandro les explicó lo ocurrido, y no hizo falta que les pidiera que la joven se quedara en su casa. Empar le preparó la habitación de su hijo y, desde entonces, Alejandro estaba durmiendo en el sofá. Preparó una tila y se la llevó a Elisa, para calmarla un poco e intentar que durmiera unas horas. César pidió a su hijo que le diera todos los detalles; sentado en su sillón, con la pierna estirada sobre el taburete, meditaba qué pasos debían dar al día siguiente.

—Lo primero es el funeral. Darle una despedida digna a ese hombre —dijo Alejandro.

—Pero tendrás que informar al ministerio. —Para César era obvio.

—Todavía no.

—Alejandro, que han robado uno de los malditos cuadros del Prado.

—Padre... —Alejandro miró a los ojos de César con determinación—. He dicho que todavía no.

—Sospechas quién ha sido, ¿verdad?

—No lo sospecho. Sé quién ha sido. —Y le contó lo que habían encontrado en el bolsillo de la camisa del asaltante muerto.

El antiguo capataz de la cantera, bregado en mil batallas, siempre poseído por una determinación indomable, supo en aquel momento que Alejandro ya no era el chico que aceptaba sus órdenes a pies juntillas. Un hombre ha de hacer lo que ha de hacer, y no iba a ser él quien se interpusiera. A él jamás le había fallado su olfato; solo esperaba que a su hijo tampoco.

—Has matado a un hombre.

—Lo sé... —Alejandro agachó la mirada.

—Que tu madre no se entere. —Y César dio por terminada aquella conversación, levantándose dolorido para ver si quedaba un poco de café en la cocina.

La noche, acurrucado en aquel viejo sofá, le había regalado a Alejandro el tiempo suficiente para repasar lo ocurrido. La ira por haber perdido uno de los cuadros quedaba eclipsada por la muerte del padre de Elisa. El viejo bedel había muerto entre sus brazos, sin que nada pudiera hacer él. No había vivido nada más horrible que presenciar cómo la vida escapa del cuerpo de alguien, cómo se consume hasta dejar de respirar. Ese hombre que le había aceptado, que había sido su principal defensor ante Elisa y había animado a esta a darle una oportunidad. Como regalo de agradecimiento, sin que fueran necesarias las palabras, le había llevado a ver *Las meninas*, pensando que iba a hacerle sentir feliz de nuevo. Y lo que había conseguido era retrasarle en sus tareas en la universidad, y que los asaltantes le pillaran todavía trabajando. Aunque no era cierto, lo sabía, en el fondo de su cerebro una voz le decía que Jaume había muerto por su culpa.

Rodrigo. Así se llamaba el soldado que había cubierto a Alejandro, y que no permitió que se supiera que era él quien había disparado al asaltante. Le había salvado de un buen lío. Por el momento, una noche de calabozo no se la hubiera quitado nadie. Y a esperar lo que decidiera el juez. Eran tiempos de guerra, y el soldado no tendría problema; tenía órdenes de disparar a matar si los cuadros se veían comprometidos. Y eso dijo que había hecho, nada que objetar.

A la mañana siguiente de los hechos, Alejandro llegó pronto a la iglesia. Sus padres todavía dormían y Elisa, aunque en un ligero duermevela, por fin descansaba un poco y no se enteró de que él había salido de la casa antes del amanecer.

—Tengo que informar —le dijo Rodrigo en cuanto llegó al Patriarca.

—Necesito un par de días.

—¿Para qué?

—Para enterrar al padre de Elisa, lo primero. Y para pensar, lo segundo.

—No hay nada que pensar —insistió Rodrigo—. Mi compañero ha muerto y uno de tus cuadros no está. Alguien tendrá que ponerse a investigar esto.

—Es lo que pienso hacer. —Alejandro le miró a los ojos.

—¿Tú? —La sonrisa del soldado era de incredulidad—. ¿Qué vas a hacer tú?

—Si informas, no volveremos a ver el cuadro. El Gobierno moverá cielo y tierra para dar con él, los asaltantes se asustarán y querrán quitarse esa patata caliente de las manos —le expuso su teoría—. Si lo que quieren es venderlo, ese cuadro estará señalado, ningún marchante o coleccionista lo querrá. Tiene que estar limpio.

—Pero es que no lo está.

—Mientras no se sepa que ha sido robado, sí.

Rodrigo sopesó las palabras de Alejandro y las consecuencias que podían traerle. Aquel chico tenía razón, pero no quería que pudiera caerle encima un consejo de guerra. Por un lado, él había cumplido con su trabajo, enfrentándose a los asaltantes y, a ojos de todo el mundo, matando a uno de ellos. Su compañero había caído, y él no se había amilanado. Y, por otro lado, él siempre podría decir que no había visto que los encapuchados se llevaran nada; bastante tenía con cubrirse de las balas que le llovían.

—Dos días —respondió por fin.

—No. —A Alejandro le supo mal ponerse tan firme con aquel chico que tanto le había ayudado—. Si alguien tiene que dar la voz, que sean los restauradores del Prado. Nosotros, callados.

—¿Por qué tanto empeño? —Rodrigo no comprendía que el joven arquitecto se implicara en aquello, en vez de lavarse las manos. Al fin y al cabo, no había sido su culpa.

—Porque sé quién lo ha robado. Y voy a recuperarlo.



El silencio del cementerio le daba una extraña paz. Empar y Elisa caminaban delante de ellos, a paso muy lento. No le venía mal aquel ritmo a César, quien estaba esforzándose más de lo aconsejable para su pierna, y la palma de la mano le dolía de apoyarse en el bastón. Padre e hijo, unos metros por detrás de las dos mujeres, iban en silencio, sabiendo que tenían una conversación pendiente desde la noche en que Alejandro llevó a Elisa a su casa.

—Te dije que ese tipo te iba a traer problemas —dijo César.

—No te equivocaste.

—¿Y ahora quieres ir a por más?

—Padre... —Alejandro no sabía qué responder.

—¿Qué más te da a ti ese cuadro? Lo denuncias y te olvidas. Que sea problema de otro.

—No es por el cuadro.

—¿Entonces?

—Es por fallar en la confianza que depositaron en mí.

—Lino. —No era una pregunta. Pero César comprendía el sentimiento al que se refería su hijo; un Santoro nunca deja nada a medias.

—Sí.

—Mira a esa chica. —Señaló a Elisa—. Acaba de perder a su padre, ¿quieres que te pierda a ti también? Por no hablar de tu madre.

—¿Y tú? ¿No me echarías de menos? —Alejandro no pudo evitar sonreír por aquella pequeña broma.

—Pues claro. —César pareció no haberle encontrado la gracia al comentario de su hijo—. Pero yo haría lo mismo que vas a hacer tú.

Tras el funeral, Alejandro acompañó a casa a sus padres y a Elisa, y volvió a la iglesia. Dos días, y Llopis, el jefe de restauración, no había echado de menos ninguno de los cuadros. Era difícil tenerlos todos controlados, y a las cámaras solo accedían Alejandro y Pere, el trabajador de su padre que le acompañaba desde el principio de toda aquella historia.

La jornada fue todo lo habitual que debía ser: toma de mediciones, sacar los cuadros que pedían los restauradores y volver a guardarlos al terminar el día. Todo en orden, todo en la libreta donde apuntaba las tareas efectuadas cada día.

Ya era de noche cuando Alejandro salió del Patriarca. Se subió el cuello del abrigo, metió las manos en los bolsillos y emprendió su paseo diario después del trabajo. A la altura de Santa Catalina, en vez de girar a la

izquierda por San Vicente, como hacía habitualmente para ir a casa, se fue hacia la derecha, en dirección a la Catedral. La rodeó hasta la puerta de los Apóstoles, y cruzó la plaza de la Virgen para internarse en el barrio del Carmen. Todavía paseaban algunas parejas por el casco antiguo de la ciudad, sin duda de vuelta a casa. Los taberneros recogían las mesas que sacaban a la calle, cansados después de un duro día de trabajo, y los comercios tenían ya las persianas bajadas. Un serial radiofónico se oía en una planta baja de la calle Caballeros, señal de que alguien duro de oído vivía tras aquella puerta. Eran los coletazos de la jornada, pero Alejandro respiró hondo como si fuera a enfrentar uno de los famosos trabajos de Hércules. Porque, en cierto modo, así era.

Bela preparaba la cena cuando oyó los golpes en la puerta. A esas horas, el hostel ya estaba cerrado, y quien llegara más tarde tenía que golpear con el aldabón para que le abrieran.

—¿Sí? —Se sorprendió al abrir la puerta; el muchacho que había llamado no era uno de sus huéspedes.

—Quiero ver a Mateo Aguirre.

—¿Le está esperando?

—No, vengo a verle por un tema de trabajo —respondió Alejandro.

—Un momento...

A Bela no le pareció que el chico fuera una amenaza como para volver a cerrar la puerta, y fue hacia el comedor, donde Mateo esperaba la cena.

—Mateo, alguien quiere verte.

—¿Quién es? —Levantó la vista del periódico que tenía abierto en la mesa, y tomó el pequeño puro que había dejado en el cenicero.

—No sé, un muchacho.

—Soy yo. —Bela se sobresaltó al oír la voz de Alejandro a sus espaldas.

—No te he invitado a entrar. —La dueña del hostel sacó las garras por la intromisión del chico.

—Está bien, Bela —la tranquilizó Mateo—. Trabajamos juntos.

Bela se apartó y, metiendo las manos en el delantal, se marchó hacia la cocina, girándose una vez más para lanzar una amenazadora mirada sobre Alejandro. Deformación profesional.

—¿Pasa algo, chico? —Mateo siguió sentado en la silla—. No son horas.

Alejandro cruzó despacio y en silencio el comedor. Apartó una de las sillas de la mesa donde estaba Mateo y tomó asiento sin soltar una palabra. Contemplaba la austera, pero típica valenciana, decoración de aquel salón, donde las cestas de mimbre y los azulejos con refranes hacían un perfecto

juego con las viejas mesas y las desgastadas sillas de enea. Un lugar humilde, pero cómodo, pensó.

—Deben de ser caros esos puros que fumas, ¿no? —dijo tras unos segundos.

—¿A qué viene eso ahora?

—En fin... —Alejandro sacó del bolsillo de su camisa el que Mateo le dio el día que se conocieron, a las puertas de las torres—. Cohiba. Cubano, eso hay que traerlo desde allí.

—Un amigo. —Mateo no dio importancia a sus palabras—. Se los traen y tiene algún detalle conmigo. Y, sí, son muy caros.

—¿Por qué me lo regalaste?

—Es una costumbre. —Mateo sonrió—. Quizá tú no lo aprecies, pero es un regalo costoso que hago a la gente que trabaja para mí. —Y Alejandro comprobó lo fácil que le resultaba a ese hombre ponerse por encima de los demás. Decidió ahorrarse el decirle que no trabajaba para él.

—¿Dónde está?

—¿De qué me hablas?

—Sé que lo tienes tú. —Trató de calmar sus nervios para que no le temblara la voz; el órdago estaba echado—. El otro día murió gente buena.

—Mira, chico... —Mateo dio una calada y lanzó el humo hacia donde estaba Alejandro—. No sé a qué te refieres. Y si el puro no te lo vas a fumar, te agradecería que me lo devolvieras.

—Veo que te da igual que mueran personas.

—No me da igual, pero si yo no he tenido nada que ver, lo olvido pronto.

—No lo he denunciado, quería venir aquí primero. Pero ya veo que no voy a sacar nada.

—Arquitecto... —dijo con retintín—, si tienes algún problema conmigo, denúnciame. Pero no me amenaces. O lo haces o no lo haces. Medias tintas, no, por favor.

Alejandro se levantó. Ya había hecho lo que quería, aunque en ese momento no sabía si había servido de mucho. Aquel tipo estaba curtido, no iba a venirse abajo. Pero, al menos, le había demostrado que lo sabía. Y que él tampoco se iba a echar atrás. Miró el puro que todavía tenía en la mano y se lo lanzó sobre la chaqueta de aviador, en un signo de desprecio. El portazo fue la única despedida que Alejandro pronunció.

Bela salió de la cocina con el cazo de sopa y el cucharón para servirla. Lo dejó sobre la mesa de Mateo y tomó plato hondo, servilleta y cuchara de la estantería que había en el salón. Ya sabía que los cuatro hombres de Mateo

llegaban a la hora de dormir, si es que llegaban. Y había uno de ellos, el más joven, que hacía varios días que ni aparecía. Pero ella no preguntaba, cuanta menos información, mejor. Agradecía no tener que ver al grandullón del parche; le daba miedo y repulsión a partes iguales. Dispuso la mesa para el único comensal de la noche y comenzó a servir la sopa.

—Qué pena —dijo mientras trataba de no derramarla.

—¿El qué?

—Casi me haces creer que eras diferente.

—¿No crees que lo sea? —Mateo se sorprendió de que Bela fuera tan directa con él.

—No lo crees ni tú. —No le miraba a los ojos. Acabó de servir y se giró de vuelta a la cocina.

—No sé lo que quería ese chico, qué es lo que tiene contra mí —protestó Mateo.

—Lo que tú digas. —Un nuevo desprecio.

—¿Ahora la culpa será mía? —quiso excusarse. Le había costado tanto llegar a un acercamiento con la dueña del hostel y, en un instante, aquel chico había hecho saltar todo por los aires.

—No sé qué habrás hecho, pero ese joven no mentía —dijo Bela desde la puerta de la cocina.

—¿Tú qué sabrás?

—Si algún día atiendes un hostel, aprenderás a mirar a los ojos de la gente. —Y se metió para dentro sin dar a Mateo oportunidad de réplica, a quien se le fue el hambre de golpe.

Solo el sereno paseaba a aquellas horas cuando Mateo salió del hostel. La noche, aunque fresca, era agradable para pasear. Estirar las piernas y respirar un poco le tranquilizaría del mal rato que había pasado por la visita de Alejandro. No por lo que le insinuó el joven arquitecto, no. Por el paso atrás que había dado con Bela. Era lista aquella mujer, lo había calado desde el primer momento en que lo vio. Y aunque él se comportara como un buen chico cuando estaba con ella, no la había engañado. Mierda de trabajo, pensó.

Caminó hacia las torres, pero, antes de llegar a ellas, se metió por la calle Roterós, un pequeño callejón que desembocaba en la plaza del Carmen. Era curioso aquel barrio, lleno de escondites y recodos donde cualquiera podría preparar una emboscada. Palpó la cintura de su pantalón y notó el peso de la pistola. Eso siempre le tranquilizaba.

A mitad de la calle, un pequeño pasadizo se abría hasta la plaza de la Santa Cruz, un lugar tan amplio como escondido a simple vista. Oculto en las sombras de la plaza, aunque la quietud reinaba en el barrio, hizo el silbido. Y oyó el rechinar de los goznes de una pequeña puerta que se abría, justo frente a él. No se expuso a cruzar la plaza por el centro, sino que siguió oculto, pegado a las paredes, hasta dar con la pequeña puerta.

—Lo sabe —dijo Mateo en cuanto se sentó. No se quiso quitar la chaqueta; en el pequeño almacén que había alquilado hacía frío.

—¿Quién? —respondió Sastre.

—El arquitecto.

—Vaya... —El gigantón del parche se quedó pensando—. ¿Lo quitamos del medio?

—No. —La orden de Mateo fue tajante—. Pondríamos el foco sobre esto. Además, no ha denunciado el robo.

—¿Por qué?

—No es tonto el chaval. —Mateo negó con la cabeza—. Debieron de encontrar el puro en el bolsillo de Menéndez y ha atado cabos.

—Pero ¿por qué no ha denunciado? —insistió.

—Porque cree que puede recuperarlo. Y porque él mató a Menéndez; aunque el soldado le haya cubierto, todavía puede salpicarle la mierda.

—Tuvo puntería el zagal.

—Un golpe de suerte. Unos centímetros, y me hubiera dado a mí —recordó Mateo—. Menéndez paró la bala.

—Joder, Mateo... —Sastre bajó su único ojo—. Sabes que nunca rechisto tus decisiones, pero creo que esto ha sido una cagada. No era el plan.

—Ya sé que no era el plan.

Días atrás, Mateo había compartido con Sastre la verdadera misión por la que estaban en Valencia. El verdadero trabajo que, aunque fuera de dudosa ética, iba a hacerles ricos.

—Tan fácil como esperar a que los cuadros se vayan de Valencia y meter los dos en el mismo camión. —Sastre recapitulaba lo que se les había mandado—. Murieron tres personas que no era necesario que murieran.

—No tenía por qué morir nadie.

—Y entonces, ¿por qué lo hicimos?

Mateo se levantó y quitó los bultos que había en una de las esquinas del pequeño almacén. Propiedad de un maestro albañil que ya se había retirado, era donde guardaba herramientas y materiales que todavía no había podido vender. Una vez apartados todos aquellos sacos y cajones de los de cargar

naranjas, cogió un hierro e hizo palanca sobre uno de los tablones del suelo. El tablón cedió, pudiendo levantarlo, y metió el brazo hasta que rozó el áspero tacto de la caja de madera. La pequeña caja era ligera, y utilizó la misma palanca para sacar las tachas que la sellaban.

Ahí estaba Durero, pintado por él mismo en su famoso autorretrato. Uno de los dos cuadros que tenían que desviar cuando el Gobierno se fuera de Valencia.

—Míralo bien, Sastre. —Giró el cuadro para que su compañero lo viera—. Y dime por qué lo hemos hecho cuando aún no era el momento.

—Sigo sin entenderlo.

—¿Te meterías en medio de una manada de lobos sin tener un arma?

—Claro que no.

—Pues ahí es donde estamos nosotros, en mitad de una manada de lobos. Que nos siguen con la mirada, nos miden y no nos muerden mientras les seamos útiles.

—Todavía no entiendo para qué queremos el cuadro. —El del parche no seguía a Mateo.

—Entre tanto lobo, ya no me fío de nadie.

—¿Ni de Santurce?

—De nadie —recalcó Mateo—. La última, amigo, tiene que salirnos bien. De esta podemos retirarnos; pero somos el eslabón más débil de la cadena.

—¿Crees que alguien podría querer quitarnos del medio? ¿O delatarnos?

—El funcionario, el chófer de Santurce, el general, el arquitecto, el propio Santurce... —Mateo le sonrió con cierto paternalismo—. Elije.

—Mal oficio el nuestro.

—Por eso llevamos armas.

—No sé si para esta partida nos valdrían.

—En esta partida, amigo... —y Mateo volvió a mirar a los ojos del pintor alemán—, esta es nuestra arma.

*Valencia, enero de 1981*

Años atrás, el Sindicato de Trabajadores de Justicia se vio salpicado por un turbio asunto de desvío de fondos. Había entrado en bancarrota porque cinco meses de las cuotas de los asociados, que debían estar en la cuenta bancaria donde se ingresaban, se habían esfumado. Más de dos millones de pesetas.

Todos los ojos, y una demanda, recayeron en la persona que debía controlar esos fondos: el tesorero del sindicato. Este alegó que no sabía nada y que, bien es cierto, había tenido una cierta dejadez en sus funciones al llevar tiempo sin ir al banco a comprobar el saldo de la cuenta y en repasar si todos los asociados ingresaban su cuota. Pero que, hasta donde él sabía, esa dejadez no significaba delito alguno.

El asunto llegó a los medios, y Fernando tomó personalmente la iniciativa de seguir ese tema y ver el alcance que iba teniendo. Se entrevistó con el tesorero y se encontró con un hombre hundido, cuya credibilidad y reputación habían sido tiradas por los suelos. Con una depresión de caballo, suspendido de empleo y sueldo, y a la espera de que le confirmaran una posible fecha de juicio, juraba y perjuraba que él no tenía nada que ver, que cómo iba a ser tan tonto de hacer algo así. Pero las pruebas eran claras: la firma de ese hombre estaba en un resguardo bancario que demostraba la retirada del dinero en efectivo por ventanilla, y el banco afirmaba que no habría entregado el dinero si no se hubiera asegurado de la identidad de quien lo solicitaba.

Aun así, Fernando creyó a aquel hombre, algo le decía que no mentía. Él mismo se asombraba de ver su firma en el resguardo bancario, pero insistía en que jamás haría eso. Ese hombre era Miguel Arce.

Con el olfato aguzado, Fernando puso en marcha la maquinaria de su cerebro y comenzó a investigar. La estafa resultó ser simple, pero muy ingeniosa. El secretario del sindicato, un compañero de Miguel, se había encaprichado de una joven prostituta a la que decidió sacar de la calle y poner un piso. Gracias a su puesto, no resultó sospechoso que comenzara a acudir a la oficina bancaria y se granjeara la confianza del cajero y el interventor. En un par de meses, tras varios almuerzos, con copa incluida, averiguó que ambos iban a tomarse unos días de vacaciones en Navidad, avisándoles de antemano que Miguel Arce iba a acudir a retirar dos millones de pesetas de la

cuenta del sindicato porque habían decidido hacer una donación importante aquellas fiestas. Un cajero venido de otra oficina para cubrir las vacaciones, un timador que tenía cierto aire a Miguel, unos días para que practicara la firma y un DNI falso fueron suficientes para que el dinero llegara a las manos del secretario.

Y las entradas y salidas del secretario del sindicato de un piso de la calle Tres Forques hicieron que Fernando tuviera al culpable. Con las pruebas, a Miguel Arce le fueron retirados los cargos, y se produjo su reincorporación a las oficinas del registro civil. El perro que tira del hilo.

A la vez que pedía su segundo botellín de agua con gas en aquella cafetería de Navarro Reverter, Miguel Arce entró por la puerta, cargado con una carpeta. Aquella no era la cafetería donde solían acudir los compañeros de Arce, precauciones del funcionario, a quien, aun así, se le apreciaba visiblemente nervioso.

—Rápido, no quiero que nadie pueda verme, ya sabes...

—Que sí, que es ilegal, que te puede costar el puesto... —Fernando hablaba con ironía, respirando hondo. Aquel hombre seguía siendo un agorero de libro—. ¿Quieres algo? —dijo, señalando a la barra.

—Que nos demos prisa, eso es lo que quiero.

—Así sea, ¿qué traes?

—Alejandro Santoro Soucase. —Miguel le tendió la carpeta.

—¿Es para mí? —dijo antes de abrirla.

—Son fotocopias. Negaré haberte entregado nada. —El funcionario quería protegerse.

—Joder, Miguel, que soy yo. —Fernando dejó patente su malestar—. Que te libré de la cárcel. O al menos de un buen juicio. —Le disculpó, sin embargo, porque sabía que la integridad era el rasgo diferencial de aquel tipo.

—Espero que te sea de utilidad. —Miguel se levantó de la mesa repasando la cafetería con su radar—. Me marchó.

—Gracias.

—¿Estamos en paz? —De pie, el funcionario miró a Fernando a los ojos.

—En paz, amigo —respondió asintiendo. Y Miguel Arce se fue con la misma discreción con la que había llegado.

Fernando dio un trago de su agua con gas antes de abrir la carpeta de cartulina. Pocos papeles había allí dentro.

Alejandro Santoro Soucase.

La partida de nacimiento indicaba que había nacido en Bunyol, en 1913, hijo de César y María de los Desamparados. Le extrañó que en el registro



civil de Valencia tuvieran una partida de nacimiento de Bunyol, pero la respuesta se la dio el segundo y último documento. Una partida de matrimonio. Para inscribir el matrimonio debió hacer falta la partida de nacimiento, por eso la tenían allí. Casado con Elisa Aparisi García, el 30 de octubre de 1937.

Elisa.

¿La Elisa de la foto? Era lo lógico. Esos dos jóvenes se habían casado. Además, cuando se hicieron la foto no estaban casados, porque los cuadros salieron de Valencia en octubre del treinta y siete, y ellos se habían casado el último día de aquel mes. Tenía casi ubicados a los cuatro protagonistas. Los jóvenes novios, Mateo, el amigo de Félix Santurce, y Bela. Aún no sabía quién era la tal Bela —«¿quizá una empleada del hostel?»— la que llevaba la camisa con el nombre del establecimiento en el pecho. Pero esperaba que la abuela Isa, como propietaria, se lo pudiera decir.

30 de octubre de 1937.

No acababa de acostumbrarse a esos sobresaltos, pero ya sabía que eso era lo que le indicaba que seguía mordiendo el hilo. Y nadie iba a quitárselo de la boca.

30 de octubre de 1937. Los dos jóvenes se habían casado en la misma fecha del documento de cese de actividad del hostel Milán. Que también había sido firmada por el tal Alejandro Santoro. El chico debió de tener un día ajetreado.

No dejaba de retumbarle con insistencia en el cerebro que todo aquello había ocurrido solo cinco días después de la muerte de Félix Santurce en Berlín. Quizá no tuviera nada que ver, quizá todo fuera una mera casualidad. Pero que dos hechos ocurridos cuarenta y cinco años atrás apenas estuvieran separados cinco días, y que existiera una conexión en los protagonistas le espoleaba a continuar. A seguir tirando del ovillo para tratar de desenmarañarlo.

Y ya está. Solo esos dos documentos. No había inscripción de nacimiento de ningún hijo; o Alejandro y Elisa no habían tenido descendencia o la habían tenido en otra ciudad. A saber. Pero tampoco había ningún parte de defunción. Nacido en 1913, Alejandro tendría sesenta y ocho años; no resultaba descabellado que siguiera vivo. En absoluto. Lo que había que averiguar era dónde.

Se acercó hasta el teléfono de monedas de la cafetería. El gastado listín de teléfonos descansaba en el mismo estante, y Alejandro empezó a pasar páginas hasta llegar a la «S». Nada, ningún abonado registrado como

Alejandro Santoro Soucase. Pensó que quizá la línea no iba a su nombre. Pero el nombre de Elisa tampoco aparecía. Callejón sin salida. Y a pensar de nuevo.

En esos momentos, un periodista entra a su palacio mental y rebusca en las esquinas, en los recodos, en esos rincones que siempre quedan sin limpiar, para tratar de encontrar el cabo del que seguir tirando, la conexión que le haga avanzar un paso más. Necesitaba un poco de aire para poder pensar.

La mañana de enero era soleada y, siendo todavía las once, decidió volver a la oficina. No estaría mal dejarse caer un poco por allí, que le vieran teclear en la máquina de escribir, y dejar unos cuantos papeles encima de la mesa. Además, tenía que avanzar con lo que ya le había pasado a Fonfría, no quería tener al jefe detrás de él. El tiempo que le habían dado para acabar el artículo se iba terminando, y necesitaba adecentarlo un poco. Ese artículo que estaba escribiendo solo era una cortina de humo, no era más que la forma de cumplir el expediente en su trabajo, y que siguieran pagándole todos los meses. Pero el verdadero artículo lo llevaba en su cabeza, unido a aquella foto en la que cuatro personas posaban delante de *Las meninas*. Cuatro personas a las que estaba sacando del anonimato y tratando de reconstruir su historia. Porque, para que posaran delante de *Las meninas*, debían tener una historia interesante. Que igual no interesaba a nadie. Pero a él sí.

Dejó la Puerta del Mar a su derecha y, por el Palacio de Justicia, llegó al jardín del Parterre. Aquella plaza, presidida por la majestuosa estatua del rey Jaume I, se había convertido, por las tardes, en un lugar de concentración de puestos ambulantes de bisutería, camisetas, mecheros y baratijas varias, conocido popularmente como *mercadillo de los hippies*. A esas horas ya eran varios propietarios de puestecillos quienes montaban y se preparaban para las ventas de la tarde. Rodeando el jardín, mientras sorteaba las furgonetas que descargaban género para vender en la acera, cayó en la cuenta de lo cerca que estaba del lugar que ocupaba la casi totalidad de sus pensamientos. Por qué no, se dijo. Se adentró en la calle de la Nave y, tras cruzar Comedias, dicha calle se convertía en ese callejón en el que apenas llegaba la luz del sol. Y allí estaba la iglesia del Patriarca, el lugar donde había sido tomada la foto. Robusto, el edificio era testigo del paso de los siglos, de la evolución de la ciudad de Valencia, del nacimiento y la muerte de generaciones enteras.

Generaciones enteras. Se paró a pensar sobre ese concepto. Gente que nace y gente que muere. Abuelos que ven nacer a nietos, y esos nietos los ven enterrar. Padres que dan la bienvenida al mundo a sus hijos, y despiden a sus propios padres. Sí, había un lugar donde quedaba registro de los movimientos

de las generaciones más recientes del país. Un lugar donde se sabía en qué lugares se había trabajado, con qué personas, durante cuánto tiempo. Y si esa persona había cobrado o estaba cobrando una pensión. Ese era el lugar en el que tenía que buscar.

Desistió de entrar en la iglesia, que era su idea inicial, porque su cerebro encajó una nueva pieza. El plan que se le acababa de ocurrir le apremiaba más.

Por Poeta Querol llegó a la plaza de los Patos, presidida por el hotel Astoria. En los últimos tiempos evitaba pasar por allí; era el lugar donde Marta y él habían celebrado su boda, y no necesitaba revivir muy de cerca aquellos recuerdos. La verdad era que toda la ciudad le recordaba a ella. Y a Leo. Por cualquier calle habían paseado, en cualquier parque habían jugado, a cualquier cine habían asistido. Quizá no sería mala idea perder de vista la ciudad durante un tiempo.

Pero no ahora. Por primera vez desde hacía mucho tiempo se sentía motivado por algo, percibía que tenía algo importante entre manos. Ya le daba igual su crédito profesional; lo que quería era volver a encontrarse consigo mismo. Y el Fernando que siempre había sido estaba empezando a asomar la cabeza.

—¿Qué tal lo llevas? —Salva no había tardado ni cinco minutos en acercarse a su mesa.

—Todo en orden. —Fernando dejó de teclear, poniendo su mejor sonrisa ante su amigo y jefe.

—Te veo contento, me gusta.

—Tenías razón —asintió—. Este artículo me está volviendo a hacer sentir periodista. No sabía cuánto lo necesitaba.

—Pues no sabes cuánto me alegro.

—Gracias por tu apoyo, Salva. —Vaselina. Un poquito más.

—Qué menos. —El jefe de redacción le palmeó un hombro—. Enséñamelo cuando lo tengas.

—Ya casi está. —Fernando hizo un gesto con las manos—. Solo me gustaría probar una última carta.

—¿A qué te refieres?

—¿Tu mujer sigue trabajando en la Seguridad Social? —La vaselina tenía que hacer que aquello entrara suave.

—Claro, ¿por qué?

—Quisiera poder entrevistar a alguno de los trabajadores que tuvo Santurce en su día. A alguno que todavía viva, claro.

—¿Lo crees necesario?

—Por completar un poco su perfil profesional. El familiar ya lo tengo gracias a su sobrino, y creo que estaría muy bien conocer el testimonio de alguien que trabajara para él. —Fernando procuró resultar lo más convincente posible—. Con eso cerraríamos un artículo fantástico.

—Pero tampoco te enredas mucho, Fernando. No lo veo imprescindible.

—¿Puedo llamarla?

—Espérate, deja que la llame yo primero y le pongo en antecedentes. —Salva puso cara de estar consintiendo un capricho a un hijo.

—Gracias, jefe. —Le guiñó un ojo a cambio—. En diez minutos la llamo yo.

Cristina se alegró de escucharle. Aunque los dos matrimonios habían sido muy cercanos, ella era más amiga de Marta, y había vivido todo el derrumbe de esa familia desde los ojos de la mujer de Fernando. Pero también se ponía en la piel de él, y no podía imaginarse lo mal que podría estar pasándolo; la pérdida de un hijo y el abandono de una pareja. El perro que había mordido el hilo y tiraba de él sabía que tenía que sacar provecho de todo aquello. Con mostrarle una voz un poco apesadumbrada —no demasiado—, unas ganas de tratar de salir adelante y el agradecimiento a su marido por todo lo que estaba haciendo por él fue suficiente para que Cristina quisiera ayudarle en todo lo que pudiera.

—Ya me ha contado Salva —dijo ella—. Y que estás haciendo un gran trabajo.

—Vaya, gracias —contestó él con una nota de alegría en su voz—. Conmigo no se muestra tan generoso.

—Ya sabes cómo es. —Oyó la risa de Cristina—. Pero te aseguro que está muy contento contigo.

—Gracias por decírmelo, me has alegrado la mañana.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

—Quiero rematar el artículo, y me gustaría conocer datos laborales sobre alguien relacionado. —No quería dar demasiada información a la mujer de su amigo. Por experiencia, sabía que todas aquellas cosas podían convertirse en un teléfono roto si no se iba con cuidado.

—¿De quién se trata?

—El nombre es Alejandro Santoro Soucase.

—¿Sabes año de nacimiento?

—1913.

—Vaya tela... —La voz de Cristina sonó como si hubiera chocado contra una piedra—. Va a ser difícil.

—¿Pero es posible?

—Algo se puede hacer, pero hay que bajar al archivo a rebuscar.

—Lo siento, no deseo molestarte ni hacerte perder el tiempo. —Sí lo deseaba, pero no iba a decírselo, claro.

—Tranquilo, es trabajo de becario —contestó Cristina—. Tengo a uno por aquí, y me vendrá bien darle un poco de faena.

—¿Cuándo crees que tendrás algo?

—Vente mañana, a última hora. A ver qué hemos encontrado.

—Cristina... —Hizo una pausa—. No sé cómo agradecerte... —El lobo con piel de cordero.

—Nada, hombre, por favor... —le quitó hierro ella—. Me alegra poder ayudarte.

Fernando colgó el teléfono y se recostó en su silla. Puso las manos detrás de la cabeza y estiró la espalda, sintiendo un par de crujidos en las vértebras. En menos de veinte minutos había mentido a su amigo Salva y utilizado a su esposa para sacar información. «Joder, es cierto que estoy volviendo a ser periodista».

No le apetecía ir a casa, no quería estar solo. Ahora que estaba investigando el asunto de Santurce, comenzaba a sentirse un poco más ligado a la realidad. Y esa sensación le hacía ver lo desconectado que había estado durante los meses anteriores. La vida le había golpeado duro; nadie debería sobrevivir a sus hijos. Era algo antinatural, fuera de toda lógica. Pero ocurría; todos los días, en todas las ciudades, a cientos de personas. Personas que, sin saberlo, estaban unidas por un dolor tan extremo que les rompía por dentro, que aniquilaba cualquier esperanza, cualquier deseo de vivir. Y él era uno de esos. Y Marta también. Pero ella había preferido tirar a la basura ese dolor tan profundo que les conectaba.

A ratos la entendía y a ratos la odiaba. Unos momentos deseaba abrazarla y estar a su lado, y a los pocos minutos quería llamarla para decirle lo traicionado que se sentía por ella.

Ya era de noche, pero se resistía a llegar. Era consciente de lo cerca que había estado del fondo del pozo, cómo había bordeado el acantilado. Depresión, aislamiento, alcohol y autocompasión. Mezcla explosiva que puede dar cualquier resultado. Salva le había tendido una mano en forma de artículo, y Santurce, Alejandro, Elisa, Mateo y Bela le habían vuelto a empujar hacia zona segura. Habían tirado de la cuerda para sacarlo del pozo. Con heridas y magulladuras, de las que seguro quedarían cicatrices, pero vivo, al fin y al cabo.

Caminando sin rumbo apareció en las Torres de Quart, la otra de las antiguas puertas de la Valencia amurallada que todavía se conservaban. Los agujeros y erosiones que se podían ver en las piedras eran resultado de los cañonazos que impactaron en ellas durante la guerra contra los franceses. Otra muestra del paso del tiempo, otro testigo silencioso. Y todos los problemas individuales, todas las alegrías y desgracias, todas las tristezas y celebraciones, quedaban engullidas por ese asesino implacable representado en forma de reloj. El tiempo. Al final, nada importaría. La historia de cada uno solo sería una gota en la vida que ya llevaba auestas aquella ciudad. Valencia. La amaba y la odiaba a partes iguales. Como a Marta.

A la mañana siguiente —«a última hora»—, Fernando accedió a la oficina de la Seguridad Social en la que trabajaba Cristina. Cruzó la sala de espera, llena de gente sentada esperando a ser atendida, y se adentró en el bosque de mesas y puestos de trabajo. El murmullo era continuo, confundiéndose por las distintas conversaciones que ocurrían entre funcionarios y la persona con la que cada uno estaba. Cristina estaba ocupada informando a una señora sobre los requisitos para solicitar una pensión de viudedad. Fernando esperó a unos metros, tratando de mostrar una actitud discreta y, cuando la mujer de Salva le vio, le dirigió una pequeña sonrisa y un gesto con la mano para que esperara un poco. La señora a la que estaba atendiendo, de edad avanzada, parecía no entender nada de lo que Cristina le decía, y esta, con infinita ternura, estaba rellenando los papeles por ella. Tan solo le pidió una firma, y se puso de pie para despedirla.

—Perdona, sé que debes estar a tope —dijo Fernando cuando se acercó a la mesa. Cristina, que todavía estaba de pie, le dio dos besos.

—Te veo bien —dijo mientras se sentaba.

—Ahí ando. —Fernando la imitó—. Es jodido.

—No puedo ni imaginarlo.

—Mejor, Cristina, créeme. Mejor.

—Aquí tengo lo tuyo. —Se giró hacia el mueble que tenía detrás de ella y tomó unos papeles—. Alejandro Santoro Soucase.

—¿Son para mí? —Fernando hizo un amago de tomar los papeles, pero Cristina los retiró.

—Bastante ilegal es esto, como para darte pruebas. —Sonrió—. Te los enseño porque eres tú.

—Comprendo. —Al menos era algo.

—Un caso curioso —leyó los papeles—. Este chico solo cotizó dos años a la Seguridad Social.

—¿Cómo puede ser?

—Del treinta y cinco al treinta y siete. Y ya nunca supimos de él.

—¿Estás queriendo decir que no volvió a trabajar? —A Fernando no le cuadraban los datos—. ¿Quizá falleció?

—No consta fallecimiento.

—¿Alguna solicitud de pensión de viudedad? —preguntó Fernando—. El chico estaba casado.

—Tampoco. Es como si se hubiera... volatilizado.

—Vaya... —El periodista sintió una decepción ante aquello—. ¿Se sabe, al menos, dónde trabajó esos dos años?

—Eso sí. —Cristina buscó con el dedo—. Sector de la construcción, y el empleador era... César Santoro Feliu.

—¿Su padre?

—O algún familiar directo.

—No, es su padre. Tengo la partida de nacimiento.

—Pues ya lo sabes, entonces —dijo Cristina—. Trabajó con el padre esos dos años.

—No tiene sentido. —Fernando se tapó la boca con una mano, tratando de pensar—. ¿Podemos saber si César Santoro continuó con su actividad después del treinta y siete?

—Podemos.

—¿Sería mucha molestia...? —dejó entrever.

—Has tenido suerte.

—¿Por qué?

—Porque mandé al becario espabilado. —Y Cristina le mostró otro papel—. César Santoro continuó trabajando hasta el año cincuenta y tres, en el que comenzó a cobrar una pensión.

—¿Y?

—Falleció en el cincuenta y cinco, y su esposa solicitó una pensión de viudedad. Que cobró hasta el sesenta y dos, año en que falleció.

—¿Y del hijo no se sabe nada?

—*Rien de rien.*

—Eso es imposible, Cristina.

—Fernando, a saber qué pasaría en esos años. Plena Guerra Civil —trató de explicar Cristina—. Hay cadáveres que aún no han aparecido.

—Ya.

—Siento no poder ayudarte más.

—Una última cosa... —Una nueva luz parecía haberse encendido en su cabeza—. ¿César Santoro tenía más trabajadores? ¿Alguno en la misma etapa en la que su hijo Alejandro trabajó para él?

—Mucho pides tú.

—¿No decías que era el becario espabilado?

—Pues sí, lo es. A este me lo quiero quedar. —Ella sonrió, mirando un nuevo folio—. Pedro Salguero Boscá.

—Pedro Salguero Boscá... —masculló Fernando—. ¿En qué años trabajó con César Santoro?

—Del treinta y tres al cincuenta y tres.

—¿Hasta que se jubiló Santoro?

—Eso parece.

—¿Fecha de nacimiento de Pedro? —Fernando quería calcular si podría estar vivo.

—Eso no lo tengo, y tendría que buscarlo.

—No te preocupes, tengo suficiente. —Sabía que, si pedía ese nuevo favor, llegaría a oídos de Salva, y aquello le olería a cuerno quemado. Ya estaba bien de apretar a Cristina—. No te molesto más.

—Vente un día a cenar a casa.

—Será un placer.

—Lo hablaré con Salva. —Y Cristina llamó a la siguiente persona que tenía en espera, retomando su trabajo y dando por bueno el haber podido ayudar a Fernando.

No era posible. Fernando se lamentaba de su mala suerte, como si el hilo que sujetaba se hubiera roto de golpe. Quería presentarse a ver a la abuela Isa bien cargado de información, habiendo hecho los deberes. Y la guinda hubiera sido averiguar algo sobre los dos jóvenes de la foto. Pero era todo demasiado



extraño; se casan en octubre del treinta y siete, y ese mismo año el chico deja de cotizar a la Seguridad Social y no vuelve a trabajar. Tampoco había certificado de defunción. Por lo que pintaba bastante mal lo que le hubiera podido suceder al chico. Quizá tenía razón Cristina, y yacía a varios metros bajo tierra en una fosa común. Alejandro Santoro. Era curioso, pero solo con una foto ya había cogido cierto cariño a esos cuatro personajes. Qué historias tan tristes debieron vivirse en los años de la guerra; quizá a aquellos jóvenes el matrimonio les durara apenas unos meses. O semanas.

Un último intento, pensó. Localizar a Pedro Salguero Boscá. O a algún familiar.

Volvió al despacho, casi vacío por ser la hora de comer. Cogió el listín de teléfonos de la mesa de la recepcionista y volvió a buscar en la letra «S», como el día anterior en la cafetería. Pero esta vez, la moneda salió cara; había un abonado que se llamaba así.

Marcó el número y a los pocos tonos contestó una voz de niño.

—¿Diga?

—Hola, ¿es casa de Pedro Salguero?

—¡Papá! —El niño se había separado el teléfono de la oreja—. ¡Preguntan por ti! —Y Fernando oyó el ruido del auricular dejado caer sobre una mesa.

«Preguntan por ti». No tenía sentido, pensó. Había contestado un niño, y el tal Pedro Salguero era su padre; imposible que fuera el trabajador de César Santoro.

—¿Sí? ¿Quién es? —dijo la voz masculina.

—Hola, buenas tardes. —Fernando quiso sonar relajado—. Pregunto por Pedro Salguero Boscá.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Fernando Poveda y soy periodista de *Tribuna Pública*.

—¿Y cuál es el motivo de su llamada?

—¿Es usted Pedro Salguero Boscá?

—No.

—Lo siento entonces, perdone las molestias. —Otro muro, se lamentó—. Aparecía ese nombre en su número de teléfono.

—¿Por qué pregunta por él?

—Estoy escribiendo un artículo para mi revista y varias pistas me han llevado a ese nombre.

—¿Un artículo?

—Si no es usted, no veo por qué pueda interesarle.

—Depende.

—¿De qué?

—De sobre qué sea el artículo.

—Vaya... —Quizá no estaba todo perdido, quizá ese muro tuviera una grieta—. Pedro Salguero Boscá fue trabajador de César Santoro. Estoy tratando de averiguar algo sobre Alejandro Santoro.

Silencio. El hombre del otro lado de la línea se había callado, pero sabía que estaba ahí, le oía respirar.

—Pedro Salguero Boscá es mi padre. Esta era su casa, y la línea aún va a su nombre. —Nueva pausa, más segundos en silencio—. Y acertó, vaya si acertó.

—¿En qué? —Fernando acababa de perderse, no sabía por dónde iban los tiros.

—En que llegaría el día en que alguien preguntaría por Alejandro.

—¿Conoció usted a Alejandro Santoro?

—No, qué va. —La voz del hombre había perdido intensidad, como si estuviera sumido en sus pensamientos—. Yo era apenas un niño.

—Apenas un niño, ¿cuando qué?

—Eso, casi mejor, que se lo cuente mi padre.

—Perdone, pero... ¿eso significa que sigue vivo? —La grieta del muro se había convertido en una pequeña puerta.

—Sí, pero está muy mayor. Y no recuerda las cosas con claridad.

—¿Cree que recordará a Alejandro y a César?

—De eso no me cabe duda.

—Me gustaría hablar con él... —Fernando tiraba del hilo de nuevo. Suave, para que no se rompiera—. ¿Sería posible?

—Vive en una residencia de ancianos. Tendría que acompañarle yo.

—¿Cuándo? —La impaciencia desbordaba a Fernando. Estar tan cerca de una pista y no querer que esta pudiera desvanecerse.

—¿Mañana? —propuso el hombre al otro lado del teléfono.

—Perfecto.

—Nuestra Señora del Carmen, en la Malvarrosa. A las doce.

—Allí estaré. —Otra vez el hilo bien cogido.

—Una cosa... —El hombre se detuvo unos segundos—. No sé cómo estará mi padre mañana, cada día es una incógnita. Pero le gusta que le llamen Pere.

## TERCERA PARTE

Aquel hombre no había vencido al imperio persa. Pero a Jerjes, el Gran Rey, Rey de Reyes, Rey de las Tierras, hijo de Darío el aqueménida, lo había derrotado.

Jerjes extendió su copa hacia el horizonte y brindó por su adversario.

—Yo te saludo, Temístocles el ateniense.

JAVIER NEGRETE, *Salamina*

# 1

*Valencia, abril de 1937*

Se lo habían dicho desde que llegó a la ciudad, aunque le sonaba a una de esas típicas cosas bobas de las que presumen los nacidos en cualquier sitio. Pero no, aquella era verdad: la primavera en Valencia es distinta a la de cualquier otro lugar en el mundo.

La luz cambia. El sol se refleja en los edificios, en el pavimento y en el agua de las fuentes, creando un destello cegador que obliga a mantener los ojos entornados. Pero cuando puedes abrirlos y miras hacia arriba, el azul tan puro del cielo, en esos días en los que no hay ni una sola nube, hace que todo lo que estés viviendo, por duro que sea, se olvide por momentos. Entonces respiras hondo y te llega el olor del azahar de los árboles en flor, mezclado con el frescor de los jardines recién regados.

Y eso que, consecuencias de la guerra, las Fallas se habían suspendido. Le habían contado que no había otra fiesta como aquella en toda España. En la que la gente tomaba la calle, y el olor a pólvora y la música de las bandas decían adiós al invierno. Y que, en un ritual purificador, la ciudad ardía el 19 de marzo, para quemar lo pasado y renacer de nuevo.

Mateo pensó que no le importaría quedarse a vivir allí. Sí, tenía su sueño, el de marcharse lejos, el de invertir sus ahorros. El de cultivar viñedos, quizá en Francia. No necesitaba mucho, solo unas pocas hectáreas. Pero podría acostumbrarse a esa ciudad, y más si Bela vivía en ella.

Se preguntaba cómo le había calado tan hondo aquella mujer, cómo era posible que la llevara tan clavada. Nunca había estado casado, nunca había tenido una pareja. Se convirtió en contrabandista muy joven, y esa vida no le daba pie a estar mucho tiempo en un mismo lugar. Pero había aprendido a conquistar mujeres, había tenido compañeras de noche en cada sitio donde recalaba, y no podía decir que sus sábanas hubieran pasado demasiado tiempo frías.

Pero Bela era diferente a todas las mujeres que había conocido. Distante, pero cercana a la vez. Fría y cortante, pero sensible también. El carácter endurecido por tener que llevar un hostel por el que pasaban cientos de hombres al año, pero a la que había visto temblar al escuchar las sirenas de los bombardeos.

Jamás había sentido algo así por una mujer. Se descubría a sí mismo siendo capaz de dejarlo todo o de adaptarse a una nueva vida, a una nueva realidad, con tal de estar con ella, de cuidar de ella. Dejar de lado sus sueños, para acompañarla en los suyos. Fueran los que fuesen.

Y cuando sentía que habían tenido un acercamiento, que generaban una cierta confianza, se presentó el arquitecto en el hostel y todo se vino abajo.

No culpaba al chico. Mateo pensaba que si a él le hubiera pasado lo mismo que a Alejandro —que hubieran arruinado su trabajo, le hubieran disparado, asesinado al padre de la mujer que amaba, y tuviera la más mínima sospecha de quién había podido ser—, se habría presentado en el lugar y, con dos tiros, habría zanjado el tema. Había tenido suerte de que solo fuera un chico, probablemente asustado, y que todavía no estaba demasiado maltratado por la vida como para solucionar sus problemas a golpe de revólver. Pero había tenido el cuajo de enfrentarse a ellos, de matar a uno de sus hombres y de sentarse cara a cara con él en el comedor del hostel. Si a ese chico le golpeaba lo suficiente la vida, y vivía para contarlo, podría dar miedo en unos años.

No tenía prisa en llegar al hostel. La tarde ya caía, y en las estrechas calles del centro se cruzaban los que volvían a casa y los que querían que la noche les pillara en la mesa de alguna taberna, con un vino o una cerveza. La gente que acudía a merendar a Santa Catalina apuraba sus churros con chocolate. La torre de la iglesia, de la que el establecimiento había tomado su nombre, daba paso a la calle de la Sombrerería, donde el gremio, pese a estar en guerra, tenía más trabajo que nunca. Y de ahí, a la plaza Lope de Vega, lugar de encuentro de quienes entraban y salían de la plaza Redonda, donde habían ido a rebuscar telas y paños para coser. Poco a poco iba conociendo bien aquella ciudad, y el callejeo hasta el hostel era agradable a esa hora del día.

No tenía que haber muerto nadie. Tres muertes que pesaban en su conciencia. La verdad era que, comparado con las que ya llevaba a sus espaldas, tres no era un número muy alto. Pero si toda la gente a la que había matado, o hecho matar, se lo merecían, ninguno de aquellos tres debía haberse encontrado con el destino esa noche. Sabía que robar el cuadro era necesario para él y sus hombres, no se arrepentía de ello. El asunto valía la pena por el dinero que había en juego y que, viniendo de Santurce, sabía que iba a cobrar. Pero tanta gente metida, de tan distinto signo y con intereses tan personales, era un nido de víboras. En asuntos así, lo sabía por experiencia, las tornas podían cambiar en cualquier momento, y cualquiera se convertía en un cabo

suelto. Por eso necesitaba el cuadro, porque era su seguro de vida. Y por eso lo había robado.

Se daba cuenta de que Alejandro no era tonto. Se habían vuelto a encontrar en la iglesia, midiéndose de nuevo con la mirada, sin mediar palabra. Cada uno haciendo su trabajo; uno supervisando las condiciones de las cámaras, y el otro asegurándose de que los cuadros siempre acabaran el día dispuestos para ser trasladados. La orden podía darse en cualquier momento, tenía que estar preparado para cuando se produjera. Pero otro le hubiera denunciado. Otro se habría dejado llevar por la ansiedad, o por la ira, y dado parte del robo al ministerio. Con lo que Mateo se habría encontrado con un problema. Que hubiera podido solucionar, en el peor de los casos, devolviendo de manera discreta el Durero a su lugar.

Pero el chico sabía que, si denunciaba, corría el riesgo de que las cosas se fueran de las manos y el cuadro jamás apareciese. Por eso a Mateo le sorprendió la frialdad de Alejandro. No es fácil asumir que te disparen, matar a un hombre y ver morir a dos más delante de tus narices. Y todo en unos escasos cinco minutos. Ese chico tenía valor. Lo dicho, en unos años, podría dar miedo. Mateo barajó la posibilidad de quitárselo del medio, ordenar a Sastre que se encargara de él. Pero no valía la pena: Alejandro era el designado por el ministerio como custodio de los cuadros y, si algo le pasara, demasiadas narices husmearían allí y se descubriría el robo del Durero. Adiós a su seguro de vida. De momento, aún se veía con fuerzas como para manejar a un muchacho de veintipocos años.

Por Zurradores salió a Correjería, y la calle Juristas le llevó hasta el palacio que ocupaba la Diputación, a solo un paso del hostel. Con suerte, mientras esperaba con un vino a que Bela sirviera la cena, podría intercambiar unas palabras con ella. Le iba a costar que ella volviera a tener un acercamiento, pero él no iba a rendirse tan fácil.

Le sorprendió encontrar cerrada la gruesa puerta de madera del hostel. Bela echaba la llave a la hora de cenar, no antes, y para eso faltaba todavía una hora. No tuvo más remedio que golpear el aldabón, y escuchó cómo retumbaba en el recibidor del hostel. Pasados unos segundos, oyó los pasos que se acercaban a la puerta y el sonido del cerrojo al descorrerse.

—¿Por qué está cerrado? —preguntó a Bela sin ni siquiera saludar.

—Tienes visita —respondió con cara de enfado.

—¿Y por eso cierras?

—Así me lo han... pedido. —La pausa indicó que había sido algo más que una petición.

—Vaya... —Mateo palpó la parte trasera de su cintura, notando el tacto frío del revólver—. Debe de ser una visita delicada.

—Tú sabrás —dijo Bela, bajando la voz mientras cerraba de nuevo la puerta—, pero empiezo a cansarme de que saldes tus cuentas aquí. —Y señaló al salón.

Aquellas palabras aún pusieron más en alerta a Mateo, quien sacó el revólver e hizo una señal a Bela para que esperara. Caminó despacio hacia el comedor, pegado a la pared del pasillo y, cuando asomó la cabeza, lo primero que vio fue el cañón que le apuntaba, esperándolo.

—Anda, Rico, baja el arma —dijo Félix Santurce—. Es Mateo.

—Mucho ha tardado desde que la mujer ha abierto la puerta.

—Porque es un hombre de precauciones, como tú. —Santurce, que fumaba un cigarrillo sentado a una de las desgastadas mesas del comedor, movió la silla que estaba junto a él—. Mateo, me alegro de verte.

—Señor Santurce... —El contrabandista volvió a guardar el arma en su cintura—. No esperaba verle aquí.

—Uno tiene que vigilar sus inversiones y preocuparse por sus hombres. —Sonrió—. Ya era hora de que viniera a darte las gracias y a saber si necesitas algo.

Bela entró en el comedor, sin mirar a los tres hombres, en dirección a la cocina.

—Disculpe, señora... —Santurce utilizó su habitual educación.

—Señorita —respondió Bela.

—Perdóneme... —Hizo un gesto con la cabeza como mostrando arrepentimiento—. Qué torpeza la mía. ¿Tiene un buen vino?

—De Requena, valenciano. Nada que envidiar a un Rioja.

—Probémoslo, pues. —El empresario sacó su sonrisa felina—. ¿Puede sacarnos una botella y tres vasos?

—Por supuesto —respondió ella, aunque su tono indicaba que preferiría ver a aquellos tres hombres fuera de su negocio.

Rico no se había sentado. Había guardado su arma también, pero continuaba detrás de Santurce, haciendo honor al trabajo que hacía para él. Mateo y Rico no se caían bien, pero porque ambos eran iguales. Duros, calculadores y de gatillo fácil cuando era necesario. El propio Santurce era conocedor de la ojeriza que ambos hombres se tenían, pero prefería no hacer nada para intentar reducirla. Necesitaba a los perros siempre preparados para morder.

—¿Estás cómodo aquí? —Con un brazo, Santurce abarcó la estancia.

—Ninguna queja.

—Ya veo... —dijo el empresario, mirando a Bela de arriba abajo mientras dejaba los vasos y el vino en la mesa—. Es usted muy guapa, señorita.

—¿Les sirvo? —respondió ella, haciendo caso omiso al comentario.

—No se moleste, por favor. —Santurce no borraba su brillante sonrisa—. Pero sí le pediría que nos dejara a solas.

Bela se volvió, camino a la cocina, secándose las manos en el delantal.

—Más a solas, si es tan amable. *Moltes gràcies*. —Y guiñó un ojo a la propietaria.

Bela miró a los tres hombres y detuvo sus ojos en los de Mateo. Este hizo un ligero asentimiento de cabeza y Bela, con un gesto de desconfianza con sus cejas, salió por la puerta del comedor y se fue escaleras arriba.

—¿Todo controlado? —preguntó Santurce cuando dejó de ver a la dueña del hostel.

—Todo.

—Los dos cuadros deberán salir juntos en el mismo camión.

—Señor Santurce... —Mateo lo dijo como una obviedad. Conocía su trabajo.

—Y tendrás que llevarlo a la estación de tren que me indique Gallardo.

—¿Muy lejos de aquí?

—No lo sé.

—Espero que no —respondió Mateo—. La cosa no está como para ir pegando muchas vueltas con dos cuadros del Prado en la parte de atrás.

—No te preocupes. Te conseguiré papeles.

—¿De los dos bandos?

—Mateo... —Y esta vez fue Santurce quien lo dijo como una obviedad—. Gallardo nos firmará los del bando nacional y Barroso, los del republicano. Podrías recorrer España con *Las meninas* sin que nadie te dijera nada.

—Aun así...

—El arquitecto —cambió de tercio Santurce.

—¿Qué pasa con él?

—Eso te pregunto.

—Un chico, nada más. No será problema.

—Le extrañará que en un camión solo vayan *Las meninas* y el Durero —constató Félix Santurce.

—De iglesia para fuera, los cuadros son míos —respondió Mateo con seguridad—. Ya me he encargado de que lo sepa.



—Aun así... —El empresario apagó su cigarrillo—. No le pierdas ojo. No es un funcionario que esté hastiado de su trabajo y se vaya a lavar las manos.

—Descuide.

Santurce se giró hacia Rico e hizo un gesto con su barbilla. El guardaespaldas fue hasta el rincón, donde había dejado la gabardina de su jefe, y de uno de los bolsillos sacó un paquete envuelto en papel de estraza, atado con un cordel, que entregó al empresario. Este lo puso encima de la mesa y lo arrastró hasta las manos de Mateo. El contrabandista abrió una de las esquinas y comprobó que era un grueso fajo de billetes.

—La colección de monedas. —Santurce le hacía el pago de la operación del Museo Arqueológico.

—Los hombres se alegrarán.

—¿Tú no?

—También. —Mateo sabía medir las palabras con el hombre que le contrataba—. Pero primero van ellos.

—Por eso te son fieles.

—De eso se trata, ¿no?

—De eso se trata, Mateo. De eso se trata. —Y Santurce le dedicó, ahora a él, una de sus sonrisas.

—Ya ha llegado la aviación alemana, ¿verdad? —preguntó Mateo.

—Verdad.

—Morirá gente.

—Es muy posible —afirmó Santurce.

—Y tendremos nuestra cuota de culpa. —No era un lamento, tan solo un hecho objetivo.

—Quien vende pistolas no tiene culpa de que muera gente. Es solo de quien las dispara.

—Nadie dispararía si no tuviera armas a mano —apostilló sin emoción; otro hecho objetivo más—. Y cuando entreguemos los cuadros, vamos a poner en las manos de esa gente el arma más poderosa del mundo.

—Vamos a poner en sus manos al ejército alemán. Van a tener algo que asusta mucho y, si el Gobierno republicano se rinde, nada ocurrirá.

—Señor Santurce, que somos españoles... —Mateo ya habló con convicción en su voz—. Aquí no se ha rendido nunca ni Dios.

—Mateo, tienes que verlo de la siguiente manera. —El empresario había detectado grietas en el transportista y quería poner el cemento cuanto antes—: Esta no es una cuestión de bandos, en esta operación están metidos unos y otros. Y todo por darle a España el cambio de rumbo que necesita. —Hizo

una pausa y se encendió otro cigarrillo—. Nosotros no vamos a matar a nadie, pero nuestra participación es vital para crear un eco que todavía retumbe dentro de diez generaciones.

—¿Un eco?

—Un eco incesable. —Santurce añadió el adjetivo que adornaba aquellas palabras que le dijo el general Gallardo. Aquellas que seguía sin creerse, que no le importaban, y que en ese momento utilizaba para espolear a su hombre. «Hay que joderse».

—Señor Santurce... —la reflexión de Santurce le importaba poco más que un rábano a Mateo—, usted me dice que vaya andando a Roma y vuelva, y lo hago. Si me paga, claro. —Ese inciso era importante—. Pero me gustaría que midiéramos bien lo que estamos haciendo.

—Salvar el país, acuérdate. Nuestros nombres no saldrán en los libros de historia, pero habremos sido los que hayamos luchado en primera línea.

—Así sea, entonces. —Mateo dio un trago a su vino.

—Tú sigue con tu trabajo, mantén controlados los dos cuadros. —Félix Santurce daba aquella conversación por amortizada.

—En su cámara de hormigón siguen. —Siempre se le había dado bien mentir.

—Y tenlos preparados para cuando haya que huir.

—Eso corre de mi cuenta.

—Y el vino de la mía. —Santurce dejó un billete de cinco pesetas sobre la mesa—. Dáselo a esa guapa mujer.

—Sí, señor.

—Te gusta, ¿verdad? —Santurce se puso de pie y Rico cogió la gabardina que descansaba en el rincón.

—Es una mujer muy hermosa, pero ya sabe, nuestro trabajo es el que es. —Mateo también se levantó.

—Esa es la mejor parte... —Ya en la puerta del comedor, Santurce se giró de nuevo—. Cuando acabe esto te vas, y no te llevas ninguna carga contigo. Todo son ventajas.

—Claro... —asintió Mateo—. Todo son ventajas.

—Te avisaremos sobre el tren. —Esta vez fue Rico quien le habló mientras Santurce ya llegaba a la puerta—. No falles, Aguirre. —El guardaespaldas le miró con desafío—. O sí. Que te tengo ganas.

Santurce y Rico caminaban por la plaza de la Virgen. Habían dejado el Hispano-Suiza aparcado junto al palacio del arzobispado, detrás de la catedral, donde por unos céntimos, un mozo cuidaba de varios coches oficiales.

—Está dudando —dijo el chófer.

—Es normal —no le dio importancia Santurce—. Esperar se hace largo y te da tiempo para pensar. Mateo es un hombre de acción.

—¿Y si falla?

—No lo va a hacer. —Santurce se subió el cuello de la gabardina.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque cuando Gallardo nos avise de que van a cortar por el Ebro, y Barroso nos diga que el Gobierno se va de Valencia, tú estarás aquí para asegurarte de que Mateo y sus hombres cumplen su parte.

—¿Con permiso para disparar?

—Cómo eres, Rico... —Santurce le permitía alguna licencia a su chico—. Eso no va a ser necesario.

—¿Y dónde piensa estar usted cuando robemos los cuadros?

—Amigo... —Santurce le miró a los ojos y sonrió—. Yo estaré en Berlín, esperándolos. Voy a pasar unas merecidas vacaciones a costa de aquella pandilla de maníacos.

Una vez Santurce y Rico salieron por la puerta del hostel, Mateo se quitó la pistola de la cintura, volvió a sentarse a la mesa y se sirvió otro vaso de vino. Sopesó con una mano el paquete de billetes que le habían entregado, y con el vaso del que había bebido Santurce, pisó con rabia el billete de cinco pesetas.

—Todo son ventajas, ¿verdad?

La voz de Bela se escuchó con claridad, pero Mateo, sorprendido, no sabía de dónde procedía.

—Cuando acabe todo esto, te vas sin ninguna carga —siguió diciendo ella.

Mateo miró hacia el altillo que había sobre el techo de la cocina, y el rostro de Bela emergió de la penumbra. Había subido las escaleras, sí. Pero no para marcharse, sino para ocultarse y escuchar toda la conversación que ocurría en el comedor de su hostel.

—Te hacía más discreta —dijo Mateo sin mirar hacia arriba—. No sabía que te gustara espiar.

—Ni a mí que te gustara robar —no se amilanó ella.

—No es nada personal, solo trabajo.

—Sí, ya... —ironizó Bela—. Los que matan son los que disparan las armas y todo eso.

—Después de esto me retiro. La última operación.

—¿La última? Menos mal —atacó ella sin miedo—. Vas a dejar el listón muy alto. Tengo en mi casa al hombre que ha traído a la aviación alemana y que va a hacer que miles de soldados nazis campen a sus anchas por España. Qué honor.

—Joder... —Si aún pretendía ese acercamiento a ella, había perdido ya toda posibilidad.

—Debería denunciarte —dijo Bela con odio.

—Sí, deberías... —Mateo se sirvió más vino—. Pero ya has oído a Santurce. Está todo el mundo metido en esto. No me iba a pasar nada.

—Pues lárgate de aquí. No os quiero ni a ti ni a tus hombres en mi casa.

—Tienes un contrato con el ministerio.

—El contrato me lo paso por...

—¡Bela! —Mateo se levantó y miró hacia arriba, dirigiéndose directamente a ella—. Haz lo que creas que debes hacer. Yo no puedo echarme atrás.

—¿Por qué?

—Porque sería hombre muerto.

—Bueno... —Bela asintió mientras hablaba con calma—. Igual así nos hacías un favor a todos.

## 2

*Toledo, abril de 1937*

Ya se veía la ciudad a lo lejos, coronada por el alcázar, cuando el coche se detuvo en el puesto de control del bando nacional. Un soldado, fusil al hombro, había dado el alto, mientras otros dos llevaban las armas en mano, atentos a cualquier movimiento sospechoso del vehículo.

—Buenos días —dijo el soldado cuando el chófer bajó la ventanilla—. ¿Adónde van?

—Buenos días —respondió el chófer—. Traigo a un funcionario del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, vamos a la iglesia de Santo Tomé.

—Me está usted tomando el pelo, ¿verdad?

—Jamás sería mi intención.

—Pues ya me dirá qué hace paseando a un funcionario de la República por zona nacional. —El soldado miró hacia atrás y vio que el funcionario le miraba fijamente—. Se están ganando un tiro.

—El general Hinojosa me ha hecho llamar. —El funcionario había bajado la ventanilla trasera y se dirigió al soldado—. Ha pedido una evaluación de *El entierro del conde de Orgaz*.

—Creo, señor, que me va a tener que convencer con una historia mejor. —El soldado sonrió con ironía.

Barroso, tratando de que no se notaran sus nervios, se subió las gafas, que le habían resbalado por el sudor, y metió la mano en el bolsillo interior de su americana. Sacó un sobre que le entregó al soldado. Este lo abrió y desplegó la hoja que contenía, leyendo mientras movía los labios.

—Disculpe, señor. —El rostro del soldado había cambiado; le devolvió la carta, haciendo a la vez el saludo militar—. ¿Necesitan indicaciones para llegar a Santo Tomé?

—No, gracias. —Y Barroso palmeó el respaldo del asiento del chófer, ordenándole que continuara.

Al subir de nuevo la ventanilla, sintió el latido desbocado de su corazón. Al final, la carta, aunque extraña, había resultado ser verdadera. La volvió a leer antes de guardarla.

EL ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ

Toledo, a 6 de abril de 1937

*A la atención del señor Roberto Barroso  
Dirección General de Bellas Artes*

*Estimado señor Barroso,*

*Desde la reconquistada ciudad de Toledo, de la que soy responsable tras la vuelta al orden, estamos haciendo balance de los desmanes incívicos de las milicias republicanas que dicen defender al Gobierno que usted representa.*

*Varios de esos comportamientos exaltados y radicales han ido dirigidos hacia valiosas obras de arte que esta ciudad posee, y me preocupa especialmente el estado del cuadro El entierro del conde de Orgaz, símbolo de Toledo, y que pudo sufrir daños tras un ataque a la iglesia que, afortunadamente, pudimos reducir.*

*Aun así, y en prueba de la buena voluntad del ejército nacional por el mantenimiento del patrimonio artístico de nuestro país, quisiera que viniera a visitar la obra para comprobar si procede realizar actuación alguna con ella.*

*Esta prueba de buena voluntad tiene como condición inexorable que sea usted personalmente quien venga a la ciudad a comprobar el estado del cuadro, sin ser acompañado de ningún otro funcionario.*

*Esta misma carta actuará de salvoconducto para los puestos de control instalados en los accesos a la ciudad de Toledo. Su visita será completamente segura para su integridad y será atendido como el experto en arte que usted es.*

*Atentamente,*

*General Leocadio Hinojosa  
Glorioso ejército nacional*

La carta había alarmado y extrañado a Barroso a partes iguales en cuanto la recibió en su despacho del ministerio; que el cuadro de El Greco pudiera haber sufrido daños era una catástrofe, pero ir a Toledo era suicida. La misma boca del lobo, el símbolo que había espoleado los ánimos de los partidarios del alzamiento cuando el ejército sublevado logró recuperar el alcázar.

Podía hacer caso omiso, sí. Pero ¿y si era verdad? ¿Y si la obra maestra de El Greco había sufrido daños? Hasta el enemigo estaría avisando de ello y, si él no reaccionaba, en el futuro se le podría acusar de haber incumplido con su

trabajo y su deber para con la conservación del arte en España. Aun así, le parecía muy extraño que el tal Hinojosa le requiriera expresamente a él. Pero es que eran tiempos extraños, pensó. Y decidió que, pese al miedo, debía acudir a Toledo y hacer gala del puesto que estaba ocupando en la Dirección General de Bellas Artes. Con Renau en Valencia, él era el funcionario de mayor rango, no tenía más remedio que cumplir con su trabajo. Bastante lo estaba incumpliendo ya por otro lado.

El coche traqueteaba por el adoquinado del barrio antiguo, en aquel laberinto cristiano, morisco y judío que era Toledo. Pese a ser una ciudad ocupada, y donde se había librado una de las más cruentas batallas en lo que se llevaba de guerra, el ambiente estaba tranquilo. Patrullas de soldados recorrían las calles, pero sus gentes salían a comprar el pan, o estaban sentadas a las puertas de sus casas, en un aparente clima de normalidad. El coche encaró el paseo de San Cristóbal, giró hacia la Bajada de los Descalzos y llegó a la plaza del Conde. Allí se erigía, vieja, pero robusta, la iglesia de Santo Tomé.

El chófer se detuvo en la puerta, custodiada por dos soldados que hacían guardia de pie. Barroso bajó del coche y, mientras se dirigía a ellos, sacó de su chaqueta la carta del general Hinojosa. Los dos soldados, al verlo llegar, se apartaron de la puerta sin mediar palabra, dejando paso libre al funcionario. Reconociendo aquello como una señal de que estaban avisados, Barroso se envalentonó y, también sin mediar palabra, con la autoridad que le otorgaba su puesto en el todavía legítimo Gobierno, entró en la iglesia.

La capilla que conservaba los restos del señor de Orgaz estaba presidida por la pintura. Barroso se subió las gafas y se acercó al cuadro para estudiarlo. Primero, una vista general, para continuar aproximándose y analizar las zonas que pudieran presentar deterioro.

—No va a encontrar nada, señor Barroso. —Una voz sonó a su espalda—. El cuadro está perfectamente. —El funcionario se giró y se encontró con un hombre vestido con el uniforme de general del ejército—. Una simple maniobra para hacerle venir aquí —continuó el general.

—¿General Hinojosa?

—Bueno, veo que, al menos, sigo haciendo bien parte de mi trabajo si no sabe quién soy —sonrió el militar—. Pero yo sí sé bien quién es usted. Y, créame, no le culpo. Ni le juzgo.

—¿De qué? —se extrañó el funcionario.

—Del asunto de los cuadros de Valencia, Barroso.

Barroso comenzó a sentir el sudor que corría por sus axilas. Miró a uno y otro lado, para asegurarse de que no había nadie más allí dentro, y quiso recomponerse, tomándose su tiempo.

—Vaya, general Gallardo... —Se subió las gafas para mirar a la cara al general—. Así que todo esto lo ha montado usted.

—Quería conocerle en persona y, como comprenderá, no podía hacerle una visita al ministerio.

—Ya... —Barroso no sabía de qué iba todo aquello, pero no quería parecer asustado—. El conde de Orgaz está en perfecto estado.

—Protegido por San Esteban y San Agustín, como siempre.

—Pues usted dirá qué hago aquí.

—Barroso... —El general se acercó hasta uno de los bancos y tomó asiento—. Conozco su papel en todo esto y quería darle las gracias.

—No veo por qué.

—Usted es un hombre que está... —Gallardo buscó la palabra adecuada y se acordó de Von Schimmer— redefiniendo su postura. No debe ser nada fácil; un hombre que, en plena contienda, es capaz de mirar al futuro y saber qué es lo mejor para España.

—No diría yo tanto, general.

—Bueno, las decisiones acompañadas de una importante cantidad de dinero siempre son más fáciles de tomar, ¿verdad?

—Es cierto. —Las cartas estaban sobre la mesa. Era inútil resistirse, pensó Barroso.

—Pero, como le digo, ni le culpo ni le juzgo. Está haciendo usted lo correcto, y por ello le doy las gracias.

—Pues, como le digo yo, me gustaría saber qué hago aquí. —El tono cordial de Gallardo hizo que Barroso se calmara y tratara de mantener su parte del mango de la sartén.

—¿Qué clase de general sería yo si no fuera capaz de estudiar todas las posibilidades de una batalla?

—No sería el mejor, desde luego.

—Eso mismo pienso yo. Por eso, busco adelantarme a los movimientos.

—¿No cree que esta es una conversación que debería tener con Santurce? —preguntó el funcionario.

—¿No cree que ya la he tenido? —respondió el otro con ironía.

—¿Entonces?

—Piezas de ajedrez. —Gallardo hizo una pausa. Podía sentirse intimidado con el general alemán, por ejemplo. Pero con aquel gris funcionario, él



manejaba los tiempos—. No se puede confiar toda la estrategia de la partida a una sola pieza.

—¿Qué pieza me ha tocado ser a mí?

—Sí, Santurce es la reina, he de reconocerlo. Pero usted es el caballo; puede saltar, tiene cierta libertad de movimientos y controla un cuadrante vital.

—No veo qué más puede hacer este caballo.

—Sus movimientos han sido muy inteligentes, según me cuenta Santurce. Las monedas del Arqueológico y la salida de los cuadros del Prado. Pero necesito más de usted.

—Si está en mi mano.

—Es algo muy sencillo, no tiene que preocuparse de nada. —Gallardo sacó su pitillera de plata para encenderse un cigarrillo, pero desistió en cuanto recordó que estaba en lugar sagrado—. Tiene la tapadera perfecta.

—¿Para qué?

—Quiero que esté en Valencia cuando los cuadros tengan que abandonar la ciudad.

—Pensaba que, en ese tema, mi parte estaba hecha.

—Necesito que sea mis ojos allí. Que se asegure de que *Las meninas* y el Durero suben al camión, y que se desvían de su ruta.

—Pero ese es el trabajo de los hombres de Santurce. Eso lo controlará su reina.

—Mi reina... —Gallardo guardó la pitillera— va a estar en Berlín, esperando los cuadros. Usted es quien va a informarme cuando los hombres de Santurce los hayan robado.

—Así que su reina va a ser la garantía de los alemanes. Se la deja en fianza a ellos.

—Algo así. Cuando confías todo a una pieza, hay que ponerla bajo cierta presión. Para que no se venga abajo.

—Coloca a Santurce como rehén de los alemanes. Así que más le vale a él que sus hombres cumplan.

—Eso es.

—Sigo sin entender para qué me necesita a mí.

—Sin Santurce en Valencia, usted, como miembro del ministerio, puede actuar sobre el terreno. Corregir alguna... —pausa— posible desavenencia que pueda ocurrir. E informarme, claro. En todo momento.

—General, yo he cumplido mi parte del trato, no me debo a nadie. —Barroso trató de dejar clara su posición—. Pero ¿esto lo sabe Santurce?

—Ese hombre no es tonto; él hace su trabajo y yo hago el mío. —Gallardo se levantó del banco y se dirigió hacia Barroso—. Además, él no cobra hasta que los cuadros estén en Berlín. Y si él no cobra, usted tampoco. Considere que lo que le propongo es para que usted cuide su inversión.

—Visto así...

—¿Lo hará? ¿Será mis ojos en Valencia? —le preguntó Gallardo cara a cara.

—No veo problema —reconoció Barroso, preocupado por la perspectiva de no cobrar si algo se torcía. Necesitaba el dinero pactado con Santurce como seguro, una vez finalizara la guerra. Quién sabía si tendría que abandonar España si las cosas se ponían feas para los funcionarios republicanos.

—Fantástico. Me alegra poder confiar en usted.

—Dígame, general. —Barroso se creció al saberse una pieza importante—. Este nuevo cometido que me ha dado, ¿lleva una cantidad extra?

—Barroso... —Gallardo, con una sonrisa, le puso la mano en el hombro—. ¿Usted hace esto por España o por dinero?

El funcionario dudó la respuesta unos segundos.

—Por las dos cosas, general.

—Pues yo me ocupo de darle las gracias por España, y de dejarle una puerta abierta si alguna vez desea abandonar el país. —Le dio una palmada en la espalda y comenzó a andar hacia la salida del templo—. Y que Santurce se lo agradezca con dinero.

### 3

*Valencia, abril de 1937*

¿Era posible estar rota de dolor y feliz al mismo tiempo? ¿Se podía sentir a la vez un desgarró que atravesaba el alma entera y una dicha reparadora? Pues parecía ser que sí.

Elisa transitaba entre una tristeza infinita por la muerte de su padre y una alegría desbordada cada tarde cuando oía el sonido de la puerta, señal de que Alejandro había llegado.

El joven intentaba reducir al máximo posible su jornada de trabajo en la iglesia y las torres, sabiendo que eran sus padres quienes estaban cuidando de Elisa. El largo y tranquilo paseo que acostumbraba a dar al acabar el día lo había sustituido por una caminata a paso ligero para llegar cuanto antes a casa, y animarla a ella a salir un poco a la calle. Elisa había decidido dejar sus estudios, al menos durante ese curso. No se sentía con fuerzas para acudir todos los días al lugar donde habían asesinado a su padre, ni a tratar de mantener el listón de capacidad ante profesores y compañeros.

Para Elisa, aquella mezcla de sentimientos extremos le hacía sentir culpable. Sabía que su papel en aquellos momentos era el de guardar luto, el de recogerse para exprimir el dolor y honrar la memoria de su padre. Y lo hacía, por supuesto. Con máxima devoción y recuerdo hacia Jaume, haciendo balance de cuánto de él había en ella. Gracias a los cuidados de Empar y César, y al respeto con el que la dejaban a solas con su pena, ella buscaba las fuerzas para seguir adelante desde que se levantaba por la mañana, habiendo dormido apenas unas horas cada noche. Esa alma deambulante, con los ojos hinchados de llorar y de no dormir, se transformaba con la llegada de la tarde y la aparición de Alejandro.

Y era como si nada hubiera ocurrido, como si se le olvidara todo. Cada día igual; las lágrimas quedaban ocultas por las ganas de recibir los besos y abrazos, como si el luto se permitiera el lujo de pedir una tregua y desaparecer durante un par de horas.

Se sentía avergonzada. Agradecida de ser acogida en casa de Alejandro, y que sus padres la trataran con aquella amabilidad, pero con la sensación de estar engañando a todo el mundo. Y, por momentos, deshonrando la memoria de su padre.

El paseo de la tarde era el mejor momento del día. Alejandro llegaba, se cambiaba de ropa y le decía que necesitaba salir a tomar el aire. Desde la plaza Rojas Clemente salían a la Gran Vía y, a ritmo muy lento, caminaban hasta el río. El cauce del Turia marcaba el límite de la ciudad; más allá, todo era huerta, salpicada de las casas que los campesinos habían construido para sus familias. Esa corriente de agua, que discurría tranquila hacia el mar, sin que le importaran los problemas de los hombres, era el punto medio de su paseo. Se sentaban en un banco a contemplarla y, cogidos de la mano y en silencio, disfrutaban de ese momento a solas. En algún momento del recorrido, a la ida o a la vuelta, se sentaban en algún discreto rincón o buscaban un lugar poco transitado y, si el sol ya estaba en su ocaso y había poca luz, poder tener un momento de cercanía. A un tímido beso en los labios, le seguía otro. Y otro. Hasta que, casi avergonzados, ambos sentían un frenesí que no sabían detener. Que no querían detener. Y sus bocas, sus manos y sus brazos se enredaban en un aquelarre de deseo que crecía a cada arremetida. Que hacía mezclar el aire que exhalaban, que hacía soltar un gemido más que el día anterior. Hasta que, sabiendo que no era el lugar adecuado y conteniendo sus instintos, ralentizaban el ritmo, las caricias volvían a ser tiernas y el último beso era tan tímido como lo había sido el primero.

Pero lo cierto era que, a Elisa, con esa visión tan idealizada de la vida que se tiene a los veinte años, la dualidad de sus pensamientos la estaba matando, le hacía sentir la peor persona del mundo. Y cuando esa sensación le estaba apretando tan fuerte que casi no le dejaba respirar, cuando ya no aguantó más aquel ahogo interior, decidió contárselo a Alejandro.

—El día que tu padre murió, había estado conmigo en la iglesia —le dijo Alejandro tras escucharla con atención—. Le llevé a ver *Las meninas*.

Los dos jóvenes habían tomado el tranvía hacia la Malvarrosa. Hacía una de esas tardes de primavera en Valencia, de esas que cultivan la fama de que el Mediterráneo es *la millor terreta del món*, y Alejandro pensó que el aire del mar sentaría bien a Elisa. Con los zapatos en la mano y él las perneras del pantalón arremangadas, paseaban por la orilla mientras se mojaban los pies. Los pescadores volvían con sus barcas, para entregar la captura del día en la lonja, y mujeres y niños, sin duda sus familias, acudían a recibirles para asegurarse de que aquel mar, por tranquilo que fuera, no se hubiera cobrado ninguna cuota por arrebatarse sus peces.

—Entonces, ¿pudo ver el cuadro de nuevo?

—Así es —asintió él.

—Vaya... —Ella perdió la vista en la corriente de agua—. Al menos, en su último día fue feliz.

—Lo fue, tendrías que haberlo visto allí, frente a Velázquez. —Alejandro, sintiendo un poco de frescor, se bajó las mangas de la camisa—. Y yo no dejo de sentir culpa.

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—Porque retrasé todas sus tareas. Por llevarle a ver el cuadro, se tuvo que quedar más tiempo aquella noche. —Miró a los ojos de Elisa—. En cierto modo, murió por mi culpa.

—No puedes decir eso, ¿cómo ibas a saber tú...?

—Pero es que, además —Alejandro le cortó—, tu padre se sintió culpable de ser feliz por volver a estar delante de aquel cuadro. Dijo que solo gracias a que estábamos en guerra, el cuadro estaba en Valencia y podía volver a verlo.

—Tampoco él tenía la culpa de eso.

—Incluso yo tengo algo que agradecerle a esta guerra.

—No hay nada que agradecerle a la guerra.

—Conocerte. —Alejandro agachó la cabeza—. ¿Te parece poco?

—Quizá estábamos destinados a conocernos. —Elisa sabía por dónde iba Alejandro, y quiso quitarle hierro.

—Quizá. Pero sin guerra, yo no habría permanecido en el Patriarca más tiempo del necesario. Sin cuadros, nunca nos habríamos chocado.

—¿En resumen?

—Elisa..., la vida es como es. —El joven le sonrió—. De algo bueno puede nacer algo malo, pero de lo malo también nacen cosas buenas. Tu padre se sentía culpable, yo me siento culpable, tú te sientes culpable..., pero no hemos hecho daño a nadie, hemos encontrado cosas que nos hacen felices sin robarlas, sin vender nuestra alma.

—¿Crees que no debería sentirme culpable?

—Creo que los sentimientos llevan su propio camino, no podemos controlarlos. —Alejandro acarició el rostro de Elisa con el dorso de la mano—. Siente lo que creas que debes sentir, lo que nazca de tu interior. Pero, Elisa..., tú no eres una mala persona. —Y le dedicó una de aquellas sonrisas que a ella le hacían sentir que estaba en el lugar correcto.

En el mismo momento en el que Alejandro acariciaba la mejilla de Elisa, Bela bajaba las escaleras de la pensión camino del comedor para preparar la cena, después de haber hecho las camas con sábanas limpias. Oyó el inconfundible

sonido de un vaso que cae al suelo y se rompe en mil pedazos y, asustada, aceleró el paso para ver qué había ocurrido.

Mateo, solo en aquel comedor, rebuscaba en la alacena y sacaba un nuevo vaso, con los cristales del anterior a sus pies. Trataba de llenarlo con anís, pero el pulso le temblaba, derramando el licor sobre la mesa. Incapaz de servirlo, llevó la botella a sus labios, dando un largo trago mientras trastabillaba para alcanzar una silla. A Bela le sorprendió que Mateo llevara, a aquellas horas tan tempranas, una borrachera considerable.

—¿Está todo bien? —preguntó ella.

—No... —El hablar pastoso de Mateo delataba su estado—. ¿Dónde está el alcohol de verdad en esta casa?

—¿Crees que necesitas más?

—Eh... —Mateo pareció reconsiderar su respuesta recostado en la silla—. Sí.

—Quizá lo mejor que puedas hacer sea acostarte.

Mateo se giró hacia Bela, con ojos vidriosos. Hacía esfuerzos para centrar la vista en ella y parecía tratar de mantener el equilibrio sentado en la silla del comedor.

—¿Acostarme?

—No me parece mala idea.

—¿Para qué? —A Mateo le costaba mantener una conversación coordinada.

—Pues para dormir esa borrachera. Y mañana disfrutar de una buena resaca.

—No podría dormir. —Mateo le volvió la mirada e hizo un intento de llevar la botella al vaso de nuevo—. Los muertos no me dejarían.

—¿Los muertos?

Mateo cogió un periódico doblado que había dejado en la silla de al lado y se lo tendió a Bela. La portada de *Las Provincias* sobrecogió a la dueña del hostel. «La Legión Cóndor alemana arrasa Guernica».

La tarde del 26 de abril, informaba el diario, bombarderos alemanes sobrevolaron Guernica, lanzando artefactos explosivos e incendiarios sobre la población. Aunque había una guarnición republicana y soldados refugiados de otros frentes cercanos, la población, de unos cinco mil habitantes, era mayoritariamente civil. Y, sobre todo, mujeres y niños, ya que a esas horas eran muchos los hombres que continuaban trabajando en el campo o las fábricas. Los aparatos alemanes sembraron el terror cuando sus bombas devastaron casas, calles, el colegio del pueblo o la iglesia. Y, en mitad de

aquel horror, con toda aquella gente corriendo despavorida sin rumbo, los cazas habían hecho vuelos rasantes para disparar a los que huían. El infierno se había desatado en aquella pequeña población vasca. Y había dejado, según *Las Provincias*, un balance provisional de casi trescientos muertos.

—Dios Santo... —Bela devolvió el periódico a la silla, llevándose la mano a la boca en un gesto de horror.

—Mi padre me llevaba de niño. —Mateo apoyó un codo sobre la mesa, para sujetar la cabeza, que no dejaba de darle vueltas—. Al mercado de los domingos.

—¿A Guernica?

—A ver las competiciones de deportes vascos —asintió—. Él tomaba un vino en la taberna, donde se hacían las apuestas, y yo me sentaba en el suelo, en primera fila, para ver cómo los *aizkolaris* partían troncos con aquellas hachas afiladas.

—Y ahora los alemanes lo han arrasado.

—¡Yo he matado a toda esa gente! —Mateo quiso ponerse de pie, pero su cuerpo le venció de nuevo hacia la silla—. ¿No lo entiendes? ¡Los he matado yo! —Los ojos brillantes del transportista derramaron una lágrima que rodó por su mejilla.

—La culpa nunca es de quien vende las armas, sino de quien las dispara. —Bela recordó las palabras de Félix Santurce en aquel mismo salón, apenas unos días atrás.

—Palabras vacías que solo sirven para aliviar conciencias.

—Pues claro... —Bela se situó delante de él—. ¿Qué te creías? Nuestros actos tienen consecuencias.

—Y aún falta el ejército de tierra.

—¿El ejército de tierra?

—Alemania mandará treinta mil, cincuenta mil soldados... ¿Quién sabe? Quemarán todo a su paso, acabarán con esta guerra de un plumazo. —Mateo lo dijo sin emoción, con su mirada de borracho perdida en la pared del comedor.

—¿Cuándo? —En la voz de Bela había miedo. Sabía que, si los nazis enviaban su ejército, sería una catástrofe allá por donde pasaran.

—Cuando entreguemos los cuadros.

—El arquitecto —dijo Bela en voz baja. Mateo se quedó mirándola, como si no supiera bien qué le estaba diciendo—. ¡El arquitecto, maldita sea! ¡El chico! Por eso vino la otra noche. —Pegó una palmada sobre la mesa que

asustó a Mateo, quien dio un brinco en su silla—. Te lo dije, ese chico no mentía.

—No mentía... —El transportista solo podía asentir.

—Le has robado un cuadro, ¿verdad?

—Uno de los que los alemanes quieren, de un tal Durero.

—Ah, ¿pero es que quieren más? —Bela le interrogaba de forma más violenta por momentos.

—*Las meninas*.

—No me jod... —Bela fue capaz de contenerse—. ¿Los alemanes quieren *Las meninas*? —Mateo asintió—. Cuando tengan los cuadros, será el momento en que mandarán a su ejército, ¿verdad? —Él siguió asintiendo—. Y tú vas a robarlos para ellos.

—Es mi trabajo —asintió de nuevo.

—Eso no es un trabajo. ¡Esto es un trabajo! —Y, con los brazos, Bela abarcó la estancia—. Llevar un hostel, servir vinos, limpiar... ¡Eso es un trabajo! —Le apuntó con un dedo—. Lo tuyo es una traición.

—Ya le dije a Santurce que, después de este trabajo, me retiraba.

—¿Así queda limpia tu conciencia? Ese hombre es el mismísimo diablo. Y tú, trabajando para los nacionales. —Bela escupía las palabras con su mayor desprecio.

—Nacionales, republicanos..., son los mismos perros. —Mateo se restregó los ojos con las manos, para ver si la habitación dejaba de moverse—. No hay buenos, Bela. No hay buenos.

—¿Incluido tú?

—Incluido yo.

—Los tres muertos de la otra noche fueron por el robo, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí. El padre de la novia del arquitecto fue uno de ellos.

—No entiendo cómo no te metió un tiro en la cabeza aquí mismo.

—Ni yo —coincidió Mateo—. Y Menéndez, el más joven de mis hombres, también murió la otra noche.

—Por eso llevaba días sin verlo —ató cabos Bela.

—Descansa a dos metros bajo tierra.

—¿Mataste a alguno de los tres?

—No.

—Pero los de Guernica sí que te los apuntas. —Ella le creyó. Iba demasiado borracho como para mentir.

—Esos sí.



—Joder, Mateo... —Bela aflojó un poco y se sentó a la mesa—. ¿Y quieres ser responsable de más muertes?

—No entiendes nada. —Trató de centrarse en los ojos de ella—. Solo soy un peón.

—Evítalo.

—¿El qué?

—Que los cuadros lleguen a los alemanes. Denúncialo.

—Ya te he dicho que está todo el mundo metido. Me apartarían, o me matarían. Y el plan seguiría adelante. —Negó con la cabeza—. No lo entiendes.

—Sí lo entiendo.

—¡No hay vuelta atrás! —Y ese fue el momento en que Mateo se rompió por dentro. Tapó sus ojos con las manos y comenzó a sollozar como un niño. Un llanto sordo, tratando de contenerlo, pero sin conseguirlo—. Es el fin...

Como en la noche de las sirenas que avisaban de los bombardeos, sentados de nuevo en la misma mesa, uno de los dos volvía a sentirse vulnerable, frágil. Esta vez fue ella quien puso su mano sobre la de él, intentando entender las cosas que estarían pasando por su cabeza. Aquel hombre se había metido en algo que solo en ese momento había podido comprender en toda su dimensión. Cuando la aviación alemana, que él había ayudado a traer, arrasaba poblaciones enteras y dejaba tras de sí cientos de cadáveres.

—Evítalo —repitió.

—No puedo...

—Sí puedes. —Bela buscaba un razonamiento lógico—. Esos cuadros dejarán Valencia algún día, seguirán su camino. Haz que los dos cuadros que quieren los alemanes jamás lleguen a sus manos.

—Sería hombre muerto.

—¿Prefieres ser un vivo que no pueda volver a dormir o un muerto que hizo lo que debía?

No había respuesta para aquello; nadie es capaz de firmar su propia sentencia de muerte. Pero Bela tenía razón: los muertos de Guernica se iban a aparecer en sus sueños durante el resto de su vida. Y los de los siguientes bombardeos, fueran donde fueran. Si a eso se sumaban los de la infantería alemana, acabaría pegándose un tiro cualquier noche, agarrado a una botella.

—Necesito al arquitecto. —Y se levantó, dispuesto a salir a la calle de nuevo—. Tengo que hablar con él.

—Ahora no es momento. —Bela se puso de pie también, cuidando de su tambaleo.

Mateo sintió cómo todo el alcohol le ponía, de golpe, la tripa del revés, subiendo por su tráquea. Tal y como pudo, apoyándose en mesas y sillas para no caer, llegó a la cocina, justo a tiempo para inclinarse sobre la pila de mármol y vomitar. Su cuerpo daba un espasmo con cada arcada, con cada esfuerzo. Con el estómago vacío y la vergüenza de que la mujer que amaba acabara de ver aquello, rompió a llorar de nuevo. Recuperó cierta claridad para saber que, desde el principio, aquel asunto no podía acabar bien. Acabara como acabara.

—Necesito al arquitecto —repitió.

—Mañana. —Bela entró en la cocina y pasó el brazo de él por sus hombros—. Ahora necesitas lavarte y dormir.

La culpa. Ese sentimiento tan traicionero: unas veces real, otras imaginado. Pero su peso lastra a cualquiera, es capaz de someter al más fuerte y de hundir en la miseria a quien sea un poco más frágil. Y la culpa emerge queriendo cobrar sus tributos, sin que nadie se libre. Ni los que la sienten sin haber hecho nada para ello, como Jaume, Elisa o Alejandro. Ni los que de verdad la tienen y son los responsables de los mayores daños posibles, como Mateo. O Gallardo. O Barroso. O Santurce.

Pero nadie, sea una culpa real o una imaginada, puede vivir en paz con ese peso. Y siente la necesidad, urgente, de librarse de él. Como una de esas enormes piedras que los *harrijasotzailles* de Guernica levantaban ante los ojos de Mateo cuando era niño. Un peso que puede hundirte bajo las aguas más negras y más profundas.

Bela subió las escaleras ayudando a que Mateo no cayera. Entre ella y la robusta barandilla de forja, consiguieron que el transportista, subiendo despacio aquellos escalones revestidos de baldosas marrones y listones de madera en el canto, alcanzara el primer piso y enfilara camino a su habitación. Bela lo detuvo y se quedó pensando unos segundos. Al fin, reaccionó y continuó hacia arriba, sosteniendo a Mateo, que no sabía adónde se dirigían. En el pasillo del segundo piso se pararon ante uno de los dormitorios. Bela se llevó la mano al bolsillo del delantal y sacó la llave que abrió la puerta.

Si esa noche los hombres de Mateo acudían a dormir al hostel, tendrían que buscarse la vida, porque ella no iba a bajar a abrirles. Seguro que no sería mayor problema para ellos.

Era la primera vez que un hombre entraba en su dormitorio.

*Valencia, enero de 1981*

Parecía mentira. Aquella playa tan ancha, que la vista no alcanzaba a ver dónde terminaba, con aquella arena tan fina y un mar calmado que, según la luz del sol, arrojaba brillos verdes y plateados, estaba en Valencia. Y Valencia, como desheredándola, vivía de espaldas a ella.

En otras ciudades, ese paisaje sería el centro urbano, el lugar que cualquier persona querría ver a diario. Pero Valencia parecía haberlo arrinconado. La playa de la Malvarrosa, junto con el barrio del Cabanyal, eran lugares lejanos y poco visitados por los valencianos. La avenida del Puerto, que finalizaba en el edificio del reloj, marcaba una frontera con los barrios marítimos. Barrios que, en otros tiempos, fueron el lugar de descanso de las familias de clase alta, donde Sorolla pintaba con las perneras remangadas, y Blasco Ibáñez escribía historias basadas en la vida de los pescadores que allí tenían sus casas. Donde el balneario, en pleno paseo marítimo, recibía huéspedes de toda España en los meses de verano. Y Valencia competía con San Sebastián, Santander o Biarritz como destino de vacaciones para banqueros, industriales y artistas.

Pero, en aquellos momentos, el Cabanyal era un barrio degradado, sacudido por la delincuencia y el tráfico de drogas. Donde los yonquis vagaban como espectros, y las putas se dejaban ver a plena luz del día buscando clientes. Y esa playa, que debería ser el epicentro de la ciudad, no era más que un suburbio, un arrabal apartado de la cosmopolita ciudad en que se estaba convirtiendo Valencia.

Fernando llegó con más de una hora de antelación. Estaba impaciente por conocer a Pere Salguero y no deseaba consumir el tiempo encerrado en la redacción. Un paseo viendo el mar sería una buena forma de calmar los nervios. Mientras caminaba por el borde de la arena, disfrutando de aquel sol de enero y mirando la piscina natural que era el mar aquel día, pensó que ese era uno de los pocos lugares de Valencia donde no tenía recuerdos de Marta y Leo. Ellos preferían coger el coche e ir al Saler, al Perelló o a Cullera, antes de ir a aquella playa donde las leyendas urbanas contaban que algunas personas se habían pinchado en el pie con jeringuillas abandonadas por los drogadictos que acudían a comprar su dosis de caballo.

En cierto modo agradeció que el lugar no le trajera recuerdos; se sentía centrado en aquella investigación, en la historia de los cuatro personajes frente a *Las meninas* y su conexión con Félix Santurce. No deseaba que el dolor y la nostalgia le hicieran soltar el hilo que tenía bien agarrado.

La residencia Nuestra Señora del Carmen era una especie de nota discordante en aquel contexto. Su arquitectura era mucho más moderna que las casas de planta baja que tenía al frente o que el contiguo hospital de la Malvarrosa, otra reliquia de tiempos pasados. La ausencia de tráfico en esa zona, y más durante el mes de enero, hacía que, a aquellas horas de la mañana, el silencio dominara las calles. Una tregua de la realidad, donde hasta el pensamiento era capaz de relajarse y dejar de atormentar al periodista.

—¿Poveda? —le saludó un hombre, más o menos de su misma edad, que fumaba un cigarrillo junto a la puerta de la residencia.

—Un placer, Pedro. Gracias por su puntualidad.

—Nos tuteamos, ¿verdad? —dijo, exhalando una bocanada de humo.

—Eso siempre lo hace todo más fácil.

—Veremos qué tal está mi padre hoy. —Pedro tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la suela—. ¿Traes algo que pueda ayudarlo?

—Creo que sí.

—Vamos entonces. —Y de una caja de pastillas Juanola, Pedro tomó un par y se las llevó a la boca.

Estaba claro que Pedro visitaba a menudo a su padre. Saludó por su nombre a la recepcionista y a todos los auxiliares con los que se cruzaron, sabiendo que, a aquellas horas, el anciano estaría en el jardín. Desde la cristalera que separaba la sala común de la parte exterior, Pedro señaló a un hombre que, en su silla de ruedas, les daba la espalda, mirando hacia el mar.

Cuando se acercaron, Pere dormitaba, oyéndose la respiración cavernosa por su boca abierta. Su hijo le acarició el hombro y el anciano despertó sobresaltado.

—*Ja estem a diumenge?* —preguntó, desorientado, cuando abrió los ojos y vio a su hijo.

—No, papá, no es domingo —le sonrió Pedro—. Pero me apetecía verte.

—*M'has dut tabaco?*

—No debería. —El hijo sacó dos paquetes de Sombra del bolsillo de su chaqueta.

—A estas alturas... —Pere dejaba claro que, llegados al punto en el que él se encontraba, podía permitirse el lujo de morir como le viniera en gana.

—He venido con un amigo.

—¿Un amigo? —se extrañó el anciano.

—Está investigando un tema y quiere preguntarte unas cosas —contestó Pedro mientras le pedía a Fernando que se acercara a su padre.

—No sé cómo voy a poder yo ayudar... *a vore*.

—Señor Salguero... Pere —se obligó a corregirse—, soy Fernando Poveda, y creo que sí me puede ayudar.

—Tenías razón, papá. Siempre la has tenido.

—No sé de qué me hablas, hijo. —El anciano, despreocupado, abrió uno de los paquetes de Sombra y se llevó un cigarrillo a la boca.

—En que, algún día, alguien preguntaría.

Mientras Pere se encendía el cigarrillo, acostumbrado a que su cabeza ya no entendiera la mayor parte de las cosas que ocurrían a su alrededor, Fernando abrió la carpeta que traía consigo y dejó un papel en las piernas del anciano. Este desvió su atención del horizonte para centrarla en sus piernas y, con manos temblorosas, cogió el papel que Fernando le había dado.

—Alejandro... *el xic*... —susurró el anciano, con cierta emoción en su voz. Alzó la fotografía para verla mejor.

—¿Lo recuerda? —preguntó Fernando, mientras Pedro traía dos sillas de terraza y ambos se sentaban junto al anciano.

—... Elisa, Mateo y Bela.

—¿Conoció a los cuatro? —Fernando se inclinó, acercándose a Pere.

—Lo injusto es que no los conozca todo el mundo —dijo mientras asentía.

—No sé a qué se refiere.

—Salvaron *Las meninas*... —Con una mano, Pere sujetaba la foto mientras que, con la otra, se tocaba la frente, tratando de contener los recuerdos que se agolpaban.

—¿Cómo que salvaron *Las meninas*? —Ahí había información nueva para Fernando.

—*Una llarga història*.

—Usted trabajaba para César Santoro, ¿verdad?

—Más de veinte años estuve con él —dijo el anciano, sin despegar la vista de la imagen—. *Un bon home*.

—¿Y Alejandro?

—También —asintió—. Era arquitecto, ¿lo sabía?

—No, no lo sabía. Muy joven, ¿no?

—Ese chico era un portento. Pasó de aprendiz a jefe en un día.

—Cuénteme eso, Pere. —Fernando sentía que el antiguo trabajador de César Santoro estaba divagando, pero quería darle tiempo. Esperaba poder

encauzar poco a poco la conversación.

—Estábamos haciendo un trabajo en los techos del Patriarca, y César se rompió la pierna en un accidente. —Pere hizo un gesto con la mano hacia su propia pierna, como golpeándola—. Alejandro pasó a dirigir las obras.

—¿Estaban trabajando en el Patriarca? ¿La iglesia?

—¿No me está escuchando usted? —dijo Pere tras una calada, con cierta indignación—. *Cap de suro...*

—Papá... —Su hijo, hablando con paciencia, le puso una mano en el hombro, para calmarle—. Mi amigo no sabe tanto de la historia como tú. Por eso te necesita.

—Pues claro, la iglesia..., ¿qué va a ser? —dijo el anciano a regañadientes, con un cerrado acento valenciano.

—Y coincidió la llegada de los cuadros en el treinta y siete con que ustedes estaban haciendo las obras —concluyó Fernando.

—No, las obras ya estaban terminadas cuando llegaron. Fue otro arquitecto, no recuerdo el nombre, quien eligió a Alejandro para cuidar los cuadros mientras estuvieran en Valencia. *Li va caure en gràcia.*

—¿Alejandro era el responsable de los cuadros?

—Ayudó a ese arquitecto a diseñar las reformas para almacenarlos. Hicieron buenas migas. —Pere buceaba entre la bruma de sus recuerdos, sin que estos fueran muy precisos.

—Muy joven para tanta responsabilidad, ¿no?

—Alejandro era especial, siempre lo fue. Un chico muy listo.

—Hasta que los cuadros dejaron Valencia en octubre del treinta y siete, camino de Barcelona, ¿no?

—Exacto.

—¿Y por qué dice que salvaron *Las meninas*? —Fernando quiso retomar la senda de la información que le interesaba.

Pere, con la fotografía en la mano, señaló a Mateo varias veces con el dedo, sin dejar de mirarlo.

—Mateo Aguirre, *un fill de puta...* —lo dijo sin alterarse, como un simple hecho objetivo—. Hasta que se reformó.

—¿Aguirre? —Fernando no pudo evitar sorprenderse; el primer apellido de Marisa. Otro vuelco del corazón, otro cabo que se ata, otro hilo a añadir a la estructura, aunque aquel no era el momento para sacarlo a la luz. Tiempo tendría para pensar en ello, pero la abuela Isa guardaba más secretos de los que aparentaba.

—Este tipo le hizo la vida imposible a Alejandro, era el que quería robar el cuadro.

—Pero en la foto parecen amigos. O, al menos, no tener cuentas pendientes.

—Mateo era el responsable del equipo de transportistas que trajeron los cuadros desde Madrid. —Pere levantó la vista para mirar a su hijo y a Fernando—. Y era quien tenía que sacar los cuadros de Valencia cuando recibiera la orden.

—¿Por qué iba a querer robar *Las meninas*?

—No lo sé. —Otro Sombra a los labios.

—Papá..., ¿otro? —protestó su hijo.

—*Deixa'm en pau, collons!* —Pere se enfadó por lo que consideraba una impertinencia de su hijo.

—¿Y por qué desistió de hacerlo? —retomó Fernando.

—Tampoco lo sé. —Levantó los hombros en un gesto de ignorar aquellos datos—. Lo que sí sé es que estas cuatro personas —alzó la foto— impidieron que el robo se llevara a cabo.

—No se me ocurre cómo se puede robar un cuadro tan grande —intervino Pedro, que estaba escuchando con atención la historia que su padre contaba, guiado por las preguntas de Fernando.

—Los cuadros se subirían a los camiones, camino de Barcelona. Allí es adonde se fue el Gobierno, después de estar en Valencia. —Pere hablaba con más condescendencia a su hijo—. *Las meninas* se suben a un camión y ese camión se desvía de su ruta; es fácil.

—O sea, que Mateo estaba metido en el asunto del robo y... ¿se arrepintió? —Fernando quería aclarar ese tema.

—Pasaron de odiarse a trabajar juntos.

Fernando sacó de la carpeta la foto donde Mateo, el del parche y Santurce posaban junto a un camión.

—¿Los conoce?

—Al del bigote y el traje, no —dijo Pere tras mirar la imagen durante unos segundos—. El del parche es Sastre.

—¿Sastre? —Pere no conocía a Santurce, pero Fernando le puso nombre al tercero en discordia.

—Era una especie de segundo de Mateo. *Este més fill de puta encara.* —El anciano hablaba sin dejar de mirar la foto—. Sé que tuvieron sus más y sus menos hacia el final. Vivía en la misma pensión que Mateo.

—¿Qué fue de él?



—No lo sé. Tras aquella noche, no volvimos a verlo.

—¿Qué me dice de las dos mujeres? —preguntó Fernando mientras tomaba nota de la conexión entre la dueña del hostel y el tal Sastre.

—Elisa... —dijo señalándola—, un ángel. Su padre era bedel en la universidad, frente a la iglesia, y, en aquellas fechas, fue asesinado en un atraco. Allí mismo, en su trabajo.

—¿Un atraco en la universidad?

—Un asunto extraño, nadie supo nunca qué había ocurrido realmente. Tras eso, la chica se fue a vivir a casa de los Santoro. Era inevitable que se hicieran novios. —Señaló a Alejandro.

—¿Y la otra?

—Bela, la dueña del hostel...

—Hostal Milán —puntualizó Fernando.

—Sí, eso, Milán. —Ese dato no pareció importarle al antiguo albañil.

—¿La dueña? ¿Se refiere a que es Isabel Silvero?

—No lo sé... —Por un momento, Pere pareció no entender nada de lo que le decía aquel amigo de su hijo—. Esta era solo Bela.

—Perdone, no quería interrumpirle. —El hilo de la memoria del anciano parecía muy frágil; Fernando sabía que desviarle del camino no era buena idea.

—Era una especie de novia de Mateo. —Más que una novia, pensó Fernando. Parecía que la abuela Isa le debía una buena historia a su hija.

—¿Qué fue de ellos?

—Pudieron parar el robo, pero ahí se fue todo a la mierda. —Calada al cigarrillo—. Que no le quepa duda de que, si ese cuadro sigue en el Museo del Prado, es gracias a estos cuatro.

—¿Qué pasó?

—La noche en que los cuadros salieron de Valencia, todo estaba preparado para robarlo. Consiguieron que el camión que llevaba *Las meninas* siguiera el rumbo del resto, evitando que se lo llevaran.

—¿Recuerda qué día fue?

—No recuerdo ni qué he desayunado esta mañana —rio el anciano, atragantándose con el humo. Pedro le dio unas pequeñas palmadas en la espalda y, tras unas violentas toses, Pere pareció recuperar la compostura—. Pero eso no se me olvida: 25 de octubre del treinta y siete.

Clic. Otro engranaje que encajaba. El mismo día que Santurce murió en Berlín. «Tira del hilo con suavidad, intenta que no se rompa».

—Y todo se fue a la mierda. —Fernando quería recuperar el argumento que Pere había dejado a medias.

—Mateo murió allí mismo, en la puerta de la iglesia.

—Joder..., ¿murió? —Eso sí que no lo esperaba el periodista.

—Asesinado, supongo que por los que querían robar el cuadro. Lo evitó con su vida.

—¿Usted estaba allí? ¿Lo vio?

—No, nos enteramos de todo al día siguiente. Ninguno sabíamos qué se llevaban entre manos.

—¿Qué ocurrió con los otros tres?

—El Gobierno ofreció a Alejandro y a Bela salir de España. Tarde o temprano, habrían seguido el camino de Mateo.

—¿Y Elisa?

—Por eso se casaron unos días después, para que le dejaran ir con Alejandro.

—El 30 de octubre —confirmó Fernando. Por eso se casaron, por eso Bela cerró el hostel. Por eso se perdía la pista de Alejandro en los archivos de la Seguridad Social, recapituló para sí mismo—. ¿Adónde fueron?

—Alejandro y Elisa, a México. Bela, a Francia.

—¿Los padres de Alejandro no los acompañaron?

—El Gobierno no les pagaba los billetes a ellos, no tuvieron más remedio que quedarse. El jefe no volvió a ser el mismo.

—¿Por qué México?

—No lo sé, parecía que era allí adonde huían los republicanos. No lo sé... —Pere daba síntomas de cansancio y su hijo miró a Fernando. «Suficiente por hoy».

—Una última cosa, Pere. —Fernando sacó otra foto de su carpeta; Félix Santurce en la imagen de estudio. La pierna apoyada en una silla, el elegante traje, fino bigote y sonrisa que todo lo podía—. ¿Conoce a este hombre? Es el mismo de la fotografía que le he enseñado antes, el del traje.

Pere tomó la foto y la acercó y alejó de su vista, para enfocarla.

—No lo conozco... —Pere entornó los ojos—. ¿Quién es?

—Félix Santurce, ¿le dice algo ese nombre? —Aunque le había enseñado ya la foto donde Santurce, Sastre y Mateo posaban junto a un camión, probó con aquella otra. Quería ver si la memoria del anciano se abría un hueco por algún sitio.

—Es el empresario que murió en Berlín, al que le van a hacer el homenaje —respondió el hijo, a quien el nombre le sonaba por haber salido en las

noticias durante las últimas semanas—. ¿Tiene algo que ver con esta historia?

—No creo —mintió Fernando—. Parece ser que Mateo y él eran amigos. Solo era por si le sonaba.

Una auxiliar vestida de blanco salió al jardín, diciendo que era la hora de los ejercicios de piernas de Pere; el fisioterapeuta le esperaba. Pere levantó una mano, pidiendo un momento a la enfermera que había venido a por él.

—Hágales justicia —dijo, devolviendo a Fernando la foto de los cuatro personajes.

—¿Cómo?

—Que se sepa lo que hicieron.

—Lo intentaré... —fue lo máximo que pudo decir Fernando.

—Ya sabe lo que pasó. Si no lo cuenta, es que no es un periodista de verdad. —Y Pere alzó un poco el cuello en dirección a su hijo, para que este le diera un beso en la mejilla. Con un gesto de la mano, indicó a la auxiliar que ya se podían marchar, y ambos desaparecieron por la puerta corredera que daba al salón donde dormitaban la mayoría de los ancianos.

De nuevo en la calle, Pedro se encendió un cigarrillo y ofreció otro a Fernando, que lo aceptó. Fumaron en silencio, tratando de recapitular todo lo que había pasado allí dentro.

—Nunca le había creído. —Pedro miró al cielo—. Y resulta que era cierto.

—Quién iba a querer robar *Las meninas*, ¿verdad?

—Sabía que mi padre estuvo cuidando los cuadros, yo llegué a conocer a César Santoro, y ambos me contaron historias sobre Alejandro. Pero pensé que exageraban, que el tiempo hacía cada vez más grandes las leyendas.

—Las hace —asintió Fernando.

—Pero esta, con merecimiento.

—Eso parece.

—¿Vas a contar la verdad en tu artículo? —Pedro disparó con bala.

—Mi artículo no va sobre esto —confesó Fernando—. Yo solo tenía que elevar a los cielos a Félix Santurce, y esto me lo he encontrado por el camino.

—Entonces, ¿para qué hemos venido?

—Porque soy periodista.

—¿Y de qué sirve si no cuentas la verdad? —Pedro pisó la colilla—. Aunque te la hayas encontrado.

—Pues también tienes razón —reconoció con cierta pesadumbre.

Se había hecho tarde, no iba a volver a la redacción. Se quitó los zapatos y los calcetines, se arremangó un poco los pantalones y se adentró en la arena, camino de la orilla. El agua estaba fría, sintiendo alfileres que se clavaban en sus tobillos. Pero necesitaba ese choque para volver a la realidad, para poner en orden sus pensamientos.

No sabía adónde le llevaba todo aquello. Estaba destapando una historia desconocida, la de personajes anónimos que habían hecho algo extraordinario. Y la figura de Santurce, a la que él tenía que poner una aureola de santidad, se deshacía entre sus manos, desenredando el ovillo que escondía un secreto oculto todo aquel tiempo. Cuarenta y cinco años de silencio, de historias oficiales e historias oficiosas. Y él, descorriendo cortinas que dejaban entrar la luz, aunque fuera cegadora.

Robar *Las meninas*. Sonaba absurdo, a argumento de película, algo irreal. Pero Pere había dicho que era Mateo quien estaba detrás del robo, y que luego se arrepintió. La abuela Isa era Bela, la dueña del hostel. Y su hija se apellidaba Aguirre. No iba a abrir ese melón, los trapos sucios familiares no eran parte de su trabajo. Bastante tenía con lavar los suyos.

Mateo había muerto la noche que los cuadros salieron de Valencia, camino de Barcelona. Evitó el robo con su vida, había dicho el anciano. Y todo el mismo día en que Félix Santurce muere en Berlín. No tenía nada que uniera a Santurce con *Las meninas*, ninguna prueba de ello.

Pero Santurce estaba implicado en todo aquello.

Y a Santurce se le pretendía hacer un homenaje. «Así funciona el mundo».

Fernando había encontrado un nudo en el ovillo, sintiendo que solo era cuestión de tiempo el poder deshacerlo.

Ya estaba preparado. Era hora de escuchar todos los secretos que escondía la abuela Isa.

*Valencia, mayo de 1937*

La noche era cerrada, sin luna, y los pocos faroles encendidos, por temor a los bombardeos, eran los que iban señalándole el camino. Había tenido que inventar una excusa para salir de casa después de cenar —unos papeles del ministerio—, y que sus padres y Elisa no sospecharan.

Solo los serenos, y algún guardia, transitaban por la calle. Y a una pareja de milicianos con escopeta al hombro tuvo que enseñarles su identificación de la Dirección General de Bellas Artes. No quería problemas, y ese documento hacía magia.

Las mismas calles que durante el día tenían vida y, pese a todo, respiraban cierta alegría, estaban solitarias y silenciosas a aquellas horas. La primavera, cálida, hacía posible que pudiera ir en mangas de camisa y sentir un frescor reconfortante.

La puerta de los Hierros de la catedral y la fachada que protegía reflejaban espectrales sombras de la farola que tenían al frente, y el Miguelete, la torre que los maestros campaneros custodiaban desde hacía siglos, se tornaba casi invisible ante la ausencia de luz.

Al llegar a su destino, Alejandro no quiso golpear el aldabón, para evitar el retumbe y la posible alerta de algún vecino. Prefirió tocar con los nudillos, dudando de si le oirían a través del grosor de la puerta. Pero sí, le oyeron, y pudo escuchar unos pasos que, al otro lado, caminaban hacia la puerta.

—Pasa —le dijo Bela en cuanto abrió y vio que era a quien esperaban.

Alejandro, por costumbre, arrastró varias veces los pies por la alfombra de esparto que había en la entrada de la pensión para limpiar sus suelas, y Bela asomó la cabeza a la calle, mirando a ambos lados, para asegurarse de que nadie había seguido al muchacho. En ese momento pudo ver que la dueña del hostel llevaba en la mano una escopeta; los cañones recortados le ayudaban a ocultarla en los pliegues de su falda.

—Voy desarmado —dijo el joven.

—Al salón —dijo Bela, señalando hacia dentro—. No es por ti.

—¿Por quién entonces?

—Al salón. —La dueña hizo caso omiso de la pregunta.

Mateo estaba sentado sobre una mesa, reposando los pies en una silla de enea. A su lado, en otra silla, apoyado en el respaldo y sobre su caja de madera, Durero miraba a Alejandro en un escorzo de medio lado. El joven pintor, con un cierto aspecto presuntuoso, presumía de ropajes, cabello largo y casa de buena familia. Era un cuadro maravilloso y, en su pequeño tamaño, encerraba la maestría del artista alemán.

Alejandro guardó silencio a unos metros de distancia, mirando al transportista. No se le escapó que Bela volvía a guardar la escopeta detrás de la barra que separaba el comedor de la cocina, lo que le ayudó a tranquilizarse. Sabía que no era momento de reproches, sino de responsabilidades.

—Por el cuadro no te voy a denunciar —dijo por fin el arquitecto—. Doy por bueno recuperarlo. Pero tienes que pagar por el asesinato del padre de Elisa.

—No debía haber muerto nadie —fue la tosca forma de excusarse que encontró Mateo.

—Pues volaron tres la otra noche.

—Así son las cosas de vez en cuando —dijo el vasco, apesadumbrado.

—Tengo que denunciarte por la muerte de don Jaume.

—Lo comprendo. Pero no va a ser necesario.

—Eso lo dices tú. —Alejandro aparentaba mantenerse sereno, y a Mateo volvió a sorprenderle la frialdad del chico. Lo dicho; en unos años, podría dar miedo.

—Me entregaré yo mismo.

—También me vale. —El joven hizo un gesto mordiendo su labio inferior y asintiendo con la cabeza—. Aunque permíteme que lo dude.

—Te estoy devolviendo el cuadro. Confía en mí. —Mateo, sentado sobre la mesa, se inclinó, apoyando los antebrazos sobre los muslos—. Pero no me voy a entregar hasta que acabe todo esto.

—¿Qué quieres decir con «todo esto»?

—Si te lo cuento, estarás metido hasta el cuello. —Aunque necesitaba al joven, Mateo supo que tenía que brindarle la oportunidad de negarse a conocer todo el asunto.

Alejandro se giró y miró a Bela, quien guardaba silencio tras la barra. Volvió de nuevo la mirada a Mateo e hizo un gesto con la cabeza, señalando a la dueña del hostel.

—Ella lo sabe todo —confirmó el transportista.

—¿Y?

—Está dentro.

—Cuéntame entonces.

—Pues siéntate. —Y Mateo le señaló otra de las mesas, para que tomara asiento y escuchara todo lo que tenía que contarle—. ¿Alguna vez has estado rodeado de lobos?

Durero, con aquella camisa abierta, la capa de medio lado y el cuello descubierto en gesto de cierta arrogancia, descansaba ya en su caja. Y esta, en los brazos de Alejandro, recorría el camino de vuelta a la que, de manera temporal, estaba siendo su casa. No dejaba de parecerle paradójico que una de las obras maestras de la pintura universal paseara a aquellas horas por las solitarias calles de Valencia, y que las pocas personas con las que se cruzaba ni siquiera pudieran imaginar el incalculable tesoro que pasaba a su lado.

La historia de Mateo le parecía increíble. Es más, no la habría creído de no ser porque tres hombres habían muerto ante sus ojos la noche del robo. Hitler, el ejército nazi, Franco, el general Gallardo, Félix Santurce o Roberto Barroso. Nombres que, o jamás había escuchado o le parecían tan lejanos que pertenecían a otro mundo. Pero esos nombres componían la manada de lobos de la que Mateo hablaba, y él, un humilde arquitecto de veintitrés años, había aceptado meterse de manera voluntaria dentro de aquella jauría. La primera vez, aceptando el encargo de Lino. La segunda, aquella misma noche.

«No hay bandos. No hay buenos. Solo hay malos, en uno y otro lado». Desde su punto de vista, desde la información que circulaba entre la población, desde lo que se vivía en las calles de Valencia, una parte del ejército se había sublevado. Un golpe de Estado que había arrinconado al legítimo Gobierno y había hecho que huyera a Valencia; ya se vería hasta cuándo. Y sí, eso es lo que había pasado, los hechos objetivos. Pero Mateo le acababa de mostrar que detrás de esos hechos se ocultaban ambiciones personales, ansias de poder y avaricia. Y los que ansiaban acceder a aquellos pecados capitales estaban dispuestos a sacrificar muchas vidas para conseguir sus propósitos. En uno y otro bando. Al menos, los lobos de verdad solo cazaban para comer.

Mateo le había contado el plan del robo de los cuadros, y su cambio de opinión para que aquello no se produjera. Y, para eso, le necesitaba a él. Era tan sencillo, le contó, como que *Las meninas* y el Durero abandonaran Valencia con el resto de los cuadros y siguieran el rumbo que el Gobierno marcara. Pero proteger esos dos cuadros no iba a ser fácil; solo habría una

oportunidad para robarlos, y mucha gente iba a estar dispuesta a ello. Solo estaban ellos dos para evitarlo. Bueno, si Alejandro accedía a entrar en la partida. E iba a ser un juego muy peligroso, le advirtió.

Alejandro solo puso dos condiciones: llevarse el Durero en ese mismo momento de vuelta a la cámara, y que Mateo cumpliera su palabra de entregarse. Y la prueba de que habían llegado a un acuerdo era que Alejandro hizo el santo y seña acordado cuando golpeó la puerta de la iglesia del Patriarca con la caja del Durero bajo el brazo.

—Joder... —Rodrigo, el soldado que asumió la muerte del asaltante, librando de un problema a Alejandro, se quedó de piedra al abrir la puerta—. Tienes huevos, ¿eh?

—Te dije que no hacía falta denunciarlo —dijo Alejandro mientras entraba a la iglesia y el soldado cerraba la puerta tras él.

—¿Dónde estaba?

—Eso me lo guardo.

—¿No confías en mí?

—Claro que confío, te debo una. —El joven sonrió al soldado—. Y te la estoy devolviendo.

—No veo cómo.

—Evitando que te metas en esto, amigo. —Y le guiñó un ojo mientras abría la puerta de la cámara para devolver el Durero al lugar que le correspondía.

Pasaban de las doce de la noche cuando sonó el aldabón del hostel. Tras unos minutos, Bela abrió la puerta sujetando un candil y vestida con ropa de dormir, cubriéndose con una manta.

—¿Dormías? —preguntó Sastre, que iba acompañado de sus otros dos compañeros.

—¿Tú qué crees?

—Pues ya puedes seguir. —El del parche parecía de mal humor—. ¿Mateo?

—En el salón lo tienes. Parece que quiere acabar con todo el vino que tengo en la despensa.

—Le va a hacer falta...

Bela volvió a cerrar la puerta y subió de nuevo las escaleras, desentendiéndose de los tres hombres que entraban al comedor, donde Mateo se servía un vaso de vino.



—¿Para qué murió Menéndez? —preguntó Sastre, a la vez que se sentaba en la mesa de Mateo. Los otros dos se quedaron de pie, respetando los galones del jefe y su segundo.

—Ya sabes que esas cosas pasan.

—Sí, lo sé. Pero murió por tu plan.

—Y por no subir al coche cuando tuvo oportunidad y querer cargarse al chico.

—Eso es lo que tú dices. Yo no estaba allí.

—Un encapuchado con un parche... —Mateo hizo un gesto, indicando que era evidente por qué Sastre no había participado aquella noche—. ¿Fue como digo, Campos? —Miró a uno de los dos que se habían quedado de pie.

—Sí, jefe —respondió aquel.

—El caso es que murió —continuó Sastre— porque el cuadro era nuestro seguro de vida. O eso decías.

—Así es. —Mateo seguía el razonamiento de su amigo, marcando un poco las distancias.

—¿Pues me quieres decir... —Sastre, hablando con inusual pausa, le miró con su único ojo— dónde cojones está el maldito cuadro?

Una de las labores que Mateo había encargado a Sastre era la vigilancia del bajo que tenían alquilado en la plaza de la Santa Cruz. Sabía que su segundo no iba a volver al hostel sin pasar por allí y asegurarse de que la caja de madera que habían robado seguía en buenas condiciones. Por eso se quedó esperando a que sus hombres volvieran; tenía que darles alguna explicación. Y por eso, oculta en el altillo desde el que había espiado la visita de Félix Santurce días atrás, Bela apuntaba al del parche con la escopeta de cañones recortados. Mateo sabía que tenía que prever todas las situaciones posibles, y cualquier ayuda era poca.

—He devuelto el cuadro.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que los muertos del ejército nazi pesen sobre nosotros —respondió Mateo con sinceridad.

—Vaya... —Sastre, sujetando su ira, asintió a las palabras de su jefe—. Así que ahora también te preocupas de las cosas que deberían pesar en mi conciencia.

—Bueno, si a mí no me dejan dormir, supongo que a vosotros tampoco.

—Mateo, ¡que ya tenemos el culo pelado! —La calma se perdió por segundos—. Tú no eres mejor persona que yo.

—Lo sé.

—Si existe un infierno, vamos a ir de cabeza. Tú y yo. Y si les das tiempo —señaló a los otros dos hombres—, estos también.

—Pues si hay que ir, iremos. —Mateo también hablaba con calma. Quería convencer, no imponer—. Pero tenemos la oportunidad de hacer algo bueno.

—Sí, es cierto —afirmó el del parche—. Y también tenemos la oportunidad de ganar el dinero que nos solucione la vida, y al día siguiente hacer todas las cosas buenas que quieras.

—Joder, Sastre...

—¡No! Joder, Mateo... —le cortó su segundo—. Esto tenías que habérmelo consultado.

—No hubieses querido.

—Claro que no. Pero me haces sentir importante cuando preguntas mi opinión.

—Te pido disculpas, entonces.

—Mateo, yo te sigo al fin del mundo si hace falta. Pero aquí somos cinco. Bueno, cuatro; Menéndez fue así de gilipollas. Y no puedes jugar con nuestro pan.

—Esto es más que pan.

—Vamos a hacer una cosa... —dijo Sastre con una calma que Mateo no conocía—. Sé que estás jodido: Guernica, la dueña del hostel, la gente que murió la otra noche... —Sastre tomó el vaso de Mateo y dio un trago, una muestra de hermandad.

—Te escucho.

—Hemos dado un paso atrás con el tema del cuadro; ha muerto uno de nuestros hombres. Pero no hay nada perdido, el plan puede seguir en marcha. —Llenó de nuevo el vaso y se lo acercó a su jefe, para que fuera él quien bebiera—. Tómame un descanso, relájate. Llevas mucha presión encima. Reordena tu cabeza y volvemos al plan inicial. Los cuadros no se van a mover de ahí.

Mateo tomó el vaso y bebió el vino que le había puesto su compañero de tantas aventuras. Guardaba alguna esperanza de que Sastre le apoyara en su decisión, pero ya había visto que no sería así. Aquello no tenía pinta de que fuera a acabar bien, pero sabía que, en aquel momento, era inútil seguir hablando.

—Gracias, amigo. —Mateo puso la mano en el brazo de su segundo—. Estás en lo cierto, demasiada presión.

Sastre se levantó e hizo una seña a los dos hombres. «Hora de dormir, dejemos que el jefe mate sus miedos armado con una jarra de vino».

Las escaleras crujieron bajo el peso de los tres hombres que se retiraron a dormir. Mateo los vio desaparecer hacia el primer piso y apuró el vino que quedaba en el vaso. Miró hacia el altillo, donde la silueta de Bela, con la escopeta en las manos, se hizo visible.

Solo pudo mirarla y, con un gesto entre pena y frustración, negar con la cabeza.

*Valencia, mayo de 1937*

La esquina de la calle Quart con la Gran Vía hacía un recodo donde a media mañana daba un buen sol. Pero una vez pasaban las doce, y como aviso previo a los duros veranos de la ciudad, el calor se hacía notar en ese punto y ya no resultaba tan agradable. Por ello, César aprovechaba la primera hora de la mañana, en la que el único banco de ese lugar solía estar libre, para dar un paseo y recibir los rayos del sol en aquel recodo. Su pierna mejoraba, apenas necesitaba ya apoyarse en el bastón, pero era consciente de que aún le quedaba tiempo para volver a trabajar.

Era domingo, y Empar le había avisado de que quería llegar a misa de doce, así que le pidió que no se retrasara. Pero, por primera vez en su pequeño paseo, Alejandro había querido acompañarle. Quería seguir hablando con él sobre la bomba de relojería que tenía entre manos.

Tras escucharle, ya sentados en el banco, César guardó silencio durante unos minutos mientras miraba la cola que se formaba en la puerta del horno para comprar el pan.

—Es normal que esté enfadada contigo, la has traicionado.

—¡No! —Fue la primera reacción de Alejandro, mientras apoyaba la espalda en el duro respaldo de madera—. O sí. No lo sé.

—Ya sospechabas, desde aquella misma noche, que Mateo estaba implicado en el asesinato de su padre, y decidiste no decirle nada.

—Porque quería recuperar el cuadro.

—Ese es el problema... —César se giró a mirar a su hijo—. Preferiste el cuadro a hacer justicia a su padre.

—Sabes que si hubiera denunciado, no lo habríamos recuperado jamás.

—¿Y ella qué habría preferido?

—Ya... —Alejandro se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en las rodillas. Se daba cuenta de que había metido la pata hasta el fondo.

—Mira, hijo... —César no estaba enfadado con él, incluso le comprendía—. Cuando se ama a alguien, esa persona está por delante de todo.

—Tendría que haberlo denunciado —afirmó el joven.

—Yo no estoy diciendo eso.

—¿Entonces?

—Tendrías que haberle contado todo. Ella merecía saber la verdad. —Le puso una mano en el hombro—. Y, entonces, explicarle tu plan. Que hubiera sido decisión de los dos.

—¿Y si ella no hubiese aceptado?

—Chaval... —César miró de nuevo a la cola del horno—, bienvenido a lo que significa tener una mujer.

Dos días atrás, su conciencia ya no pudo aguantar todo aquel peso y, en el paseo de todas las tardes hasta el cauce del río, se lo contó. A Elisa le costó reaccionar, fue como una revelación, un choque emocional. Pero cuando asumió y gestionó todo lo que el hombre al que amaba le estaba contando, montó en cólera, a la vez que la pena se abría paso a través de un agujero en su pecho. No solo era una puñalada, es que era él quien se la estaba dando. Toda la confianza, toda la protección que sentía con Alejandro, de golpe cayó a una fosa y se fue por el desagüe.

No lo entendía, no lo comprendía por más que el chico al que amaba le contara una historia sobre un cuadro robado. Por más que le dijera que el transportista pagaría por la muerte de su padre. No le entraba en la cabeza todo aquello, no podía creer que le estuviera pasando a ella. Se había agarrado a Alejandro como un náufrago a un tronco que flota en mitad de la tempestad, y ese tronco, de golpe, se había hundido. Y ella quedaba de nuevo a merced de las aguas, sola en mitad de aquellas olas gigantes.

Elisa salió corriendo, no podía escuchar más. A punto estuvo de atropellarla un coche por cruzar la calle sin mirar, porque trataba de borrar las lágrimas con sus manos. Alejandro la siguió unos metros, pero se dio cuenta de que era inútil; lo mejor sería esperar a que se calmaran las aguas. Sabiendo que aquellas aguas eran tan profundas que no iba a ser fácil que se apaciguaran.

Cuando Alejandro llegó a casa, sus padres estaban confundidos. Elisa, llorando, había entrado en la habitación sin decir nada. César y Empar estaban perplejos, no sabían qué había podido ocurrir, y fue Alejandro quien tuvo que contárselo. Era lo justo.

Dos días habían pasado desde entonces y, sentados en aquel banco, Alejandro ya era consciente de cómo sus actos habían calado en la chica de la que estaba enamorado hasta las trancas. Era cierto que no sentía haber actuado mal respecto a denunciar el robo del cuadro; la prueba era que había

conseguido recuperarlo. Pero las palabras de su padre le habían golpeado con fuerza, porque tenía razón. Había puesto por delante el Durero.

¿Y por qué demonios lo había hecho?, se preguntaba.

Ser sincero consigo mismo fue lo que más le dolió. Todo lo que había hecho no fue por recuperar un patrimonio artístico, por defender el arte como el tesoro que era o porque era su obligación. No. Lo había hecho por orgullo, porque le habían robado un cuadro delante de sus narices y le daba la sensación de que quienes lo habían hecho pensaban que era como quitarle un caramelo a un niño. Y él quería revancha.

Y esa revancha le había llevado a hacer todo lo que había hecho, y se sentía saciado de ella al haber devuelto el Durero a su cámara. Ya tenía vía libre para denunciar a Mateo. Incluso, si fuera necesario o las cosas se torcían, para matarlo él mismo. Había abierto la veda con el asaltante al que disparó y, estuviera bien o mal, no tenía ningún pesar o remordimiento. A veces, durante el trabajo o mientras estaba a solas, le venía a la memoria el destello del impacto de la bala en el rostro del ladrón, desgarrando el pasamontañas y salpicando de sangre la ventanilla del coche en el que pretendía huir. No, no sentía culpa. Tuvo suerte de que Rodrigo estuviera con él en ese momento, y mantuviera la calma; si no, se habría visto en un buen lío.

Cuando, tras recuperar el Durero, creyó tener la libertad para denunciar a Mateo, este le contó la trama del robo de los dos cuadros, la entrega a los alemanes y la llegada de las tropas nazis. Y se subió a ese tren. Pero ese billete que había comprado para aquel viaje hacia lo desconocido ya no era por ese orgullo personal que le hizo pensar en cómo recuperar el cuadro. No. A ese tren se había subido porque nadie iba a parar aquel robo que acabaría convertido en una carnicería cuando llegara el ejército de Hitler.

Llevaba dos días queriendo hablar con ella, pero había sido imposible; se negaba a salir de la habitación mientras él estuviera en casa. Por ello, y para que la situación no fuera más incómoda para sus padres, Alejandro había decidido pasar el menor tiempo posible allí. Incluso sopesó marcharse unos días a una pensión, para darle a ella el espacio que necesitara. Pero es que tampoco sabía lo que pasaba por la cabeza de Elisa, y le daba miedo hacer algo que les llevara a un punto sin retorno. Al fin y al cabo, ella tenía la casa que había compartido con su padre y, en cualquier momento, podía decidir salir de su vida.

Aquel mismo domingo, tras pasar la tarde caminando por la ciudad, Alejandro llegó a casa a la hora de cenar. A la mesa solo estaban sus padres, y Empar le señaló la habitación cuando su hijo la interrogó con la mirada.

—¿Ha cenado? —preguntó. Su madre negó con la cabeza.

Mientras estaba lavándose un poco la cara para sentarse a la mesa, la puerta de la habitación se abrió. Asomó la cabeza por el pequeño pasillo y la vio salir. Los ojos de Elisa mostraban que la pena y el llanto habían sido sus compañeros todo el día.

—Elisa, yo... —acertó a balbucear Alejandro.

—¡Ni me hables, traidor! —Aquellos ojos enrojecidos descargaron toda la ira contenida sobre él.

Alejandro agachó la mirada, sabiéndose derrotado.

—César, Empar... —se dirigió a sus anfitriones, tratando de recomponerse—. Me voy a dar un paseo, necesito aire.

—¿A estas horas, hija? —contestó la mujer—. Ya es casi de noche. —Pero César puso una mano en el brazo de su esposa, pidiéndole que no presionara a la chica.

—Elisa... —dijo César—, coge la llave que hay en la mesilla de la entrada, por favor.

Alejandro admiró la mano izquierda de su padre; pese a estar preocupado, dejaba hacer a la chica lo que deseara. Pero asegurándose de que iba a volver. Elisa asintió y abrió la puerta tras meter aquella llave en el bolsillo de su falda.

Respiró hondo al bajar a la calle. Ya casi había anochecido, y el frescor de aquellas horas le dio la energía y claridad que había necesitado durante todo el día. No soportaba aquel desorden emocional que la revolvía por dentro; claro que le quería, le amaba, pero sentía que le había dado una puñalada por la espalda. No había querido hablar con él, tampoco le había dado la oportunidad de explicarse. O de disculparse. Pero es que temía que, si hablaba con él, la ira la dominara y mandara todo al traste.

Caminar. Necesitaba caminar. Respirar, despejarse.

Tenía dos opciones en mente, pero todavía no se había decidido por ninguna de ellas. Confiaba en que el movimiento le ayudara a elegir. No eran horas para que una chica caminara a solas por la ciudad, y más cuando cayó la noche y las farolas no se encendieron para evitar marcar objetivos si la aviación del bando nacional decidía hacer una visita.

Por Guillem de Castro siguió hasta la Beneficencia, donde giró a la derecha para adentrarse en el barrio. El frescor de la noche hacía que la gente estuviera en los balcones e incluso los más despreocupados sacaban sillas a la calle para fumar a la fresca el cigarrillo de después de cenar. Sus pasos le

llevaron, casi sin darse cuenta, hacia la que pensaba era la mejor opción de las dos que llevaba en mente.

—¿Está bien, señorita? —le preguntó el policía que hacía guardia en la puerta de la comisaría de la calle Baja.

Ese era su destino. Entrar ahí dentro y soltarlo todo; los datos que tenía sobre la muerte de su padre y lo que Alejandro le había contado. Sin importar qué era verdad y qué podía ser mentira. Si el tal Mateo estaba implicado en asuntos tan graves, la policía ya le buscaría las cosquillas.

La oscuridad de la calle se rompía por el resplandor de la luz que salía por la puerta de la comisaría, creando un portal luminoso en aquella negrura. Al acercarse, Elisa pudo ver al agente, más mayor que su padre, que tenía el turno de noche de aquel día, sentado frente al escritorio para recibir a los detenidos y tomar las declaraciones. Sin esconderse, sacó una botella de vino y se llenó un vaso.

—¿Señorita? ¿Está bien? —volvió a preguntar el que hacía guardia en la puerta.

—Eh... —Ella reaccionó aquella segunda vez que le preguntó—. Sí, perdone. Estoy buscando a mi padre, por si lo habían detenido.

—Hoy parece que no es noche de maleantes —sonrió el policía—. Aquí dentro no hay nadie. Solo mi compañero.

—Pues seguiré buscando.

—Vaya a las tabernas del final de la calle. Seguro que lo tiene allí, jugando a las cartas —dijo el agente de manera amable, para tranquilizarla.

—Seguro... —sonrió—. Voy a seguir su consejo.

—Buenas noches. Sí, hubiera sido el lugar adecuado. La comisaría. Abrir la puerta de todos aquellos secretos, y dejar que el aire fresco arrastrara todo lo que debiera arrastrar. Que lo que hubiera que destapar quedara a la luz y que alguien pagara por la muerte de su padre. Incluso si aquella corriente se llevaba a Alejandro por delante. Un posible daño que estaba dispuesta a asumir en aquellos momentos.

Pero el haz de luz que rompía la oscuridad de la noche, desde el que había podido ver cómo el hombre que debía tomarle declaración sacaba una botella de vino sin la más mínima preocupación, le hizo ver que la policía no le iba a creer. Pensarían que, tras la muerte de su padre, ella estaba viendo fantasmas donde no los había. Y que la historia del robo de unos cuadros era tan fantasiosa que no sería más que un desvarío de una joven rota de dolor, deseosa de que alguien pagara por ello.

Así que, de golpe, eligió la segunda opción.



Bela fue hacia la puerta al oír los golpes. Las diez de la noche, hora extraña para los hombres de Mateo. Pero, al abrir, se sorprendió al encontrar a una joven a la que no había visto en su vida.

—Buenas noches —dijo la dueña del hostel.

—Vengo a ver al asesino de mi padre.

—Vaya... —Bela ató cabos; la hija del bedel de la universidad. Si ella estuviera en su misma situación, no sabía qué habría hecho. Pero aquella chica le estaba echando valor, y el hombre que estaba en el comedor merecía encontrarse con sus pecados cara a cara. Por muy enamorada que estuviera de él—. Anda, pasa.

Bela cerró de nuevo, asegurando los cerrojos, y señaló a Elisa dónde estaba el salón. Muy joven, muy guapa y muy decidida, pensó. Le gustaban las mujeres con personalidad, y aquella chica, sin duda, se convertiría en una de esas. Se merecía enfrentarse a lo que deseara, aunque saliera dolorida o corneada. De todo se aprende.

—Lo siento mucho —dijo Mateo con pesar al encontrarse a Elisa plantada frente a él.

—¿Fuiste tú? —La calma con la que habló no ocultaba su ira.

—No, no fui yo. Pero sí fue a causa de mi plan. —Si había que ser sinceros, pensó, lo sería con todas las consecuencias—. No debía haber muerto nadie.

—¿Qué os hizo mi padre? —dijo Elisa, más en un ruego que en una pregunta.

—Tu padre fue un valiente. Podría haberse quedado quieto, y no le habría pasado nada. Pero decidió cumplir con su obligación.

—Y le mataste.

—Uno de mis hombres. Al que, minutos después, tu chico metió una bala en la cabeza.

—¿Alejandro mató a un hombre? —Un paréntesis se abrió en todas sus dudas.

—En legítima defensa —recalcó Mateo—. El hombre de mi equipo que mató a tu padre.

—Esto es de locos... —Se apoyó en una silla, el exceso de adrenalina la estaba ahogando—. Y tú, tan tranquilo, ahí sentado.

—Le dije a Alejandro que, en cuanto todo acabe, yo mismo me entregaré.

—¿Todo esto? —Elisa miró a Bela, que permanecía a su espalda, sin querer intervenir—. ¿Tú lo sabías?

—Desde la semana pasada, cuando vino tu novio —contestó la propietaria de la pensión.

—¿Mi novio? —A Elisa se le amontonaban los frentes—. Si me quisiera, le habría denunciado. —Señaló a Mateo mientras se desahogaba con Bela.

—Y a eso vino.

—¡Pero no lo hizo!

—No, cariño, no lo hizo... —Bela se puso en la piel de la joven, percibiendo la terrible batalla que se libraba en su interior—. Porque hay un asunto más grave.

—¿Más grave? ¿Más grave que entregar al asesino de mi padre?

—Sí —asintió Bela.

—Sois todos unos indeseables. —Incluyó a la dueña de la pensión—. Quiero que te entregues, que te pudras en una cárcel. Que te maten allí en una pelea por un plato de sopa. —Girándose de nuevo, escupió a Mateo todo el odio que llevaba dentro.

Mateo, sin levantarse de la silla, se incorporó del respaldo y echó su mano derecha a la cintura del pantalón. Sacó su pistola, la puso encima de la mesa y la arrastró hacia Elisa.

—Nadie te lo va a echar en cara —dijo Mateo—. Estás en todo tu derecho y es lo que merezco.

Elisa se acercó a la mesa y cogió la pistola. Pesaba más de lo que imaginaba y, tomándola con las dos manos, la levantó apuntando hacia el transportista.

—Tienes que quitarle el seguro. Es el resorte que tienes junto al pulgar de tu mano derecha. —Mateo y Bela pudieron escuchar el sonido que indicaba que aquella pistola ya podía disparar.

—Elisa... —Bela habló en voz baja, no quería asustarla—, piensa bien lo que vas a hacer.

—Lo que debería haber hecho ese que dice que me quiere —dijo ella con las manos temblorosas, sin dejar de apuntar a Mateo.

—Claro que te quiere. —Bela se acercó por el lado hacia la joven—. Y claro que deseaba matarle, está tan dolido como tú. Pero hay algo muy grave en juego, y solo Mateo puede pararlo.

Una lágrima corrió por la mejilla de Elisa, a quien una vena se le marcaba en la frente por la tensión de sujetar la pistola, y los pensamientos que se iban agolpando en su cabeza.

—Se va a entregar, pero no es el momento. —Bela, ya junto a Elisa, seguía hablando de manera suave, y pudo poner su mano sobre las muñecas

de la joven—. Pagaré por lo que ha hecho, pero antes debe salvar miles de vidas. Si hoy lo matas, habrás vengado a tu padre. Pero estarás condenando a todo un país.

Elisa, mientras encañonaba al responsable de la muerte de su padre, se dejó llevar por la suave voz de la dueña del hostel. Y cayó en la cuenta de que, estando enamorada de aquel asesino, no trataba de detenerla a toda costa, solo le hablaba de mujer a mujer. Esa vez fue ella quien se puso en la piel de Bela; qué jodido es el amor. Si ella, con aquel dolor por haber perdido al hombre que más quería en el mundo, no era capaz de apretar el gatillo, ¿cómo lo iba a ser Alejandro?

Tratando de hacer el menor ruido posible, abrió la puerta del piso con la llave que César le había pedido que cogiera. El silencio y la oscuridad ya lo dominaban todo, pero, al entrar al salón, los ojos abiertos de Alejandro brillaron con la poca luz que entraba desde la calle. El joven, despierto, estaba tumbado en el sofá, esperando a que ella volviera.

Elisa se acercó hasta él, se quitó los zapatos y, sin decir ni una sola palabra, se tumbó a su lado. Dándole la espalda, pero cogiendo su brazo y poniéndolo alrededor de su cintura.

*Valencia, mayo de 1937*

El pequeño puro humeaba en el cenicero mientras Mateo servía el vino. Le había ofrecido uno al chico, pero este lo había rechazado; cualquier situación era buena para dejarle claro que no eran amigos. Tan solo unos ocasionales cómplices.

—¿Bien con la chica? —preguntó el vasco, volviendo a coger el cigarro.

—Eso parece.

—Me alegro.

—Pero ella no olvida que has prometido entregarte.

—Hace bien.

—Ni yo —recalcó el joven.

Mateo levantó el vaso con un gesto hacia Alejandro y bebió. Tras varias noches sin bombardeos, las tabernas volvían a cobrar vida tras la caída del sol. Sabiendo, eso sí, que en algún momento acabaría aquella buena racha. Sentados a una mesa del bar Pilar, conocido popularmente como La Pilareta, en honor a su dueña, los dos hombres habían acabado con una ración doble de *clòtxines al vapor*, que era la especialidad de la casa. Gente de toda la ciudad acudía a probar aquel manjar de temporada, que no tenía nada que ver, como decía la propietaria, con los mejillones. Aunque por fuera pudieran confundirse, el tamaño más pequeño de *les clòtxines*, así como su color blanzuzco, hacía diferente a aquel molusco valenciano.

—¿Y tú? —le dijo Alejandro, tras un pequeño rato en silencio.

—¿Yo qué?

—Bela.

—Bueno... —Otro trago—. Para una vez que me gusta una mujer de verdad, no hay ningún futuro por delante.

—No es justo para ella.

—Ya lo sé.

—Pero no lo evitas —le echó en cara el arquitecto.

—Ella tampoco.

—No entiendo por qué está dispuesta a sufrir.

—Tendrás que esperar a tener cuarenta años para saberlo —sonrió Mateo—. Llega un momento en la vida donde unos pocos instantes de cierta

felicidad compensan todo sufrimiento.

—Estáis locos —negó Alejandro con la cabeza.

—Y tú lo estarás —dijo el transportista con seguridad.

Las turbulentas aguas por las que había navegado el corazón de Elisa se habían apaciguado. Aquella noche, tumbada en el sofá, le contó que había estado en el hostel Milán, que había encañonado al responsable de la muerte de su padre y no había tenido el valor de apretar el gatillo. No habló inquieta, ni apesadumbrada. Contaba, sin ninguna emoción, que no había sido capaz de matar al hombre que más daño le había hecho en toda su vida. Y añadió que sabía que él sí lo había hecho; segar una vida, de un disparo en la cabeza.

Alejandro le argumentó que no era lo mismo. Lo suyo fue un matar o morir, con el corazón desbocado como un caballo y la mente nublada por la rabia. No se sentía orgulloso, pero tampoco arrepentido.

—¿Cuándo crees que será? —preguntó Alejandro.

—Hasta septiembre, como mínimo, nada. —Mateo estaba bien informado—. El ejército nacional va a cortar la vía de escape hacia Barcelona, lo más seguro que por el Ebro. Pero la persona que está detrás de todo esto ya se encargará de darle al Gobierno una oportunidad de huir.

—¿De quién hablas?

—El general Gallardo. Es quien ha prometido los cuadros a Hitler.

—No me explico cómo, de todas las cosas que España podría ofrecerle, el Führer se ha empeñado en esos dos cuadros.

—El Durero es porque cree que les pertenece a ellos. Tiene cierta lógica.

—¿Y *Las meninas*?

—Debe de pensar que es una forma de someter a España, de pegar un puñetazo encima de la mesa —sonrió Mateo—. Ese tipo de hombres tienen formas muy extrañas de demostrar su poder.

—Quiero saber quién más está metido. —Alejandro se mantuvo en su lugar, de igual a igual con Mateo.

—¿Estás seguro?

—Quiero saber con quién me juego los cuartos.

—Suenan razonables. —*Quid pro quo*, pensó el transportista—. La persona que ha dado forma a todo el plan es Félix Santurce, un hombre de negocios a quien le da igual con quién hacerlos. Es quien me ha contratado para las labores de transporte.

—¿Tanto poder tiene como para montar una operación así?

—Tiene en nómina a un topo en el Ministerio de Bellas Artes, Roberto Barroso, un alto funcionario.

—Sé quien es. Firmó la carta de mi nombramiento para custodiar los cuadros.

—Pues él es quien consiguió convencer al Gobierno de sacarlos del Prado y traerlos aquí. Nombró a Lino para las reformas, y por eso te has visto metido en este lío tan maravilloso —ironizó Mateo.

—¿Lino está metido? —El nombre del veterano arquitecto alarmó a Alejandro.

—Que yo sepa, no. —La respuesta de Mateo tranquilizó al joven.

—Me hablas de empresarios y funcionarios, pero hacen falta hombres sobre el terreno para robar los cuadros.

—Ya te he dicho que estamos nosotros. Y está Llopis.

—¿Llopis? ¿El jefe de los restauradores?

—¿Te sorprende? —sonrió Mateo—. Ya te dije que esto no era cuestión de bandos. Cada uno de los que están metidos tiene sus propias ambiciones.

—Tú las tenías. —No era una pregunta.

—Sí. —Mirando a la nada, apuró el vaso de vino—. Mucho dinero.

Siguiendo su propia forma de pensar, la que sus padres le habían enseñado desde pequeño, y el idealismo propio de su juventud, a Alejandro le parecía detestable que, a cambio de dinero, un hombre estuviera dispuesto a casi cualquier cosa. A Mateo, ese idealismo le parecía ingenuo, algo que solo era cuestión de tiempo que cambiara. Pero, en aquellas circunstancias, era más que bienvenida aquella forma en la que los ojos de Alejandro miraban el mundo. Sabía que lo necesitaba, él solo no iba a ser capaz de parar todo aquello.

—Mira, chico... —Mateo se inclinó hacia él, como para hacerle una confidencia—. El plan era muy sencillo. Los camiones abandonarían Valencia con los cuadros, y uno de mis hombres y yo iríamos en uno que solo carga el Durero y *Las meninas*. En un determinado momento del trayecto, nos desviaríamos con el camión a una estación, donde nos estaría esperando un tren con destino Berlín.

—¿Qué estación?

—Aún no lo sé. Tienen que informarme.

—¿Cuál sería el nuevo plan?

—El mismo. Solo que ese camión jamás se desviará.

—Iríamos tú y yo en él. —El joven siguió el razonamiento que Mateo había comenzado.

—Tú, yo..., ¿qué más da? Ya se verá.

—Bueno, no parece difícil.

—La teoría siempre funciona.

—¿Y en la práctica? —Alejandro seguía tirando del hilo para sacar las palabras a aquel hombre poco hablador.

—¿En la práctica? —Mateo volvió a bajar la voz—. A la hora de la verdad, nos lo van a poner muy jodido.

—Quiero saber quién.

—Los primeros, mis hombres.

—Si son tus hombres, ¿qué problema hay?

—Son mis hombres porque quieren su tajada. Sin cuadros, no hay dinero. Y sin dinero, dejan de ser mis hombres.

—¿Has hablado con ellos?

—Traté de convencerles. Nada. —Mateo negó con la cabeza—. Piensan que tengo una especie de crisis, por la inactividad. Demasiado tiempo para pensar.

—Aún no es tarde.

—Es inútil. —Mateo llenó el vaso del joven. Tenía que reconocer que le gustaba hablar con él—. He dado un paso atrás; les he dado la razón y les he dicho que todo sigue adelante.

—¿Por qué?

—Si sospechan de mí, no dudarán en informar a Santurce. Y si informan, me sacarán de la operación. Ahí sí que estaría todo perdido.

—Bastaría con detener a tus hombres.

—No te has enterado de nada, ¿verdad? —Mateo no sabía si envidiar o detestar aquella inocencia—. Todo dios está metido, todo el mundo. Nadie va a parar esto.

—Pues habrá que quitárselos de encima.

—Ya pensaremos cómo. —Mateo miró a la gente que había en las mesas de alrededor, contentos pese a todo—. Sastre no tiene escrúpulos, no dudará en disparar a cualquiera que se le ponga por delante.

—¿El del parche?

—Ese.

—¿Alguien más de quien nos tengamos que preocupar?

—Santurce estará en Berlín, esperando los cuadros. Gallardo lo envía de rehén, como un seguro de que los cuadros llegarán.

—¿Y si no llegan?

—Es hombre muerto —asintió Mateo.

—Moriría por nuestra culpa.

—No, chaval. Moriría por la suya. —El vasco sabía que, en situaciones como aquella, todo el mundo conocía sus beneficios, pero también sus riesgos. Y a nadie le habían puesto una pistola en la cabeza para meterse en ese robo—. Él estará en Berlín, pero me juego el brazo a que Rico andará por aquí.

—¿Quién?

—El guardaespaldas de Santurce. Ese es el peor de todos, un chacal. —Mateo se encendió otro de sus pequeños puros.

—Quizá viaje a Berlín con su jefe.

—Ni en sueños. —Mateo conocía bien a toda la manada—. Si Santurce es el seguro de Gallardo, Rico es el seguro de Santurce. Andará por aquí, ya lo verás.

Mateo apuró la jarra entre los dos vasos. De vez en cuando venía bien beber con alguien a quien no hubiera que demostrarle en todo momento que era él quien marcaba la raya. Una buena conversación con un mal vino por medio. Dudó si pedir otra, pero poco más quedaba por hablar y tenía ganas de ver a Bela. Aun así, supo que era el momento de dar otra oportunidad al chico.

—Alejandro... —se dio cuenta de que casi nunca le llamaba por su nombre—, ¿por qué no te retiras de esto, coges a tu chica, y tienes una vida tranquila y feliz con ella?

—Ahora ya no puedo.

—¿Y si mueres?

—¿Y si mueren miles de personas? —contestó con firmeza el arquitecto. Mateo envidió aquella franqueza, aquella pureza que guiaba al chico por el camino correcto. No se engañaba; él había necesitado que murieran cientos de personas y que un lugar de su infancia quedara arrasado por las bombas alemanas para darse cuenta de qué estaba haciendo. Al chico solo hubo que contárselo una vez.

—Tú decides. —Mateo estaba tranquilo, había vuelto a abrir la puerta para que el chico se fuera, y era él quien se negaba.

—Además... —Alejandro cayó en la cuenta de que en aquella conversación había tenido más acercamiento a Mateo del que deseaba, y trató de recuperar la compostura—, tengo que asegurarme de que te entregas.

—Chico, parece mentira... —Mateo se recostó en la silla y apuró el vaso—. Todavía no te has enterado de que yo no voy a salir vivo de esta.



*Valencia, febrero de 1981*

Fernando colgó después de más de veinte tonos de llamada. Le extrañó que nadie hubiera cogido el teléfono, y su cabeza comenzó a crear horribles hipótesis sobre si habría ocurrido algo. Después de todo lo nadado, no quería morir en la orilla; pero, siendo periodista, sabía que, cuando los informantes eran personas mayores, cualquier cosa era posible. No hubiera sido la primera vez.

Con calma, tomó la decisión más fácil y rápida: volver a llamar pasados unos minutos. Y, esa vez, solo hicieron falta cinco tonos para oír un apagado «Dígame» al otro lado.

—Marisa, soy Fernando.

—Ah, hola... —dijo con una voz cansada—. ¿Eras tú quien ha llamado antes?

—Sí, he pensado que quizá habíais salido a pasear —mintió.

—Pasear, dice... —Unos segundos de silencio—. Mi madre se ahogaba. Me ha dado un susto de muerte.

—¿Sigue en cama?

—Y no creo que ya se levante, Fernando.

—Vaya, lo siento... —«Morir en la orilla, no, por favor», pensó.

—Nos han traído una botella de oxígeno del hospital. Pero, aun así, hay momentos en que no puede respirar.

—¿Crees que podría acercarme a hablar con ella?

—Tú no me estás escuchando, ¿verdad? —El tono de voz cambió de cansado a molesto—. Si apenas puede hablar conmigo.

—No es mi intención molestaros, Marisa. Pero he averiguado cosas sobre la fotografía que encontramos en su álbum, y quería compartirlas con ella. — Otra mentira. Lo que deseaba era interrogarla.

—Pues es imposible, Fernando. Tengo que mirar por ella, y no creo que emociones y recuerdos pasados sean lo mejor. —Marisa se mantuvo firme.

—Lo comprendo, pero quizá sean cosas que a ella le gustaría conocer antes de... —Fernando cortó la frase; las alusiones a la muerte no eran bien recibidas por las fuentes de información—. Quizá podrías preguntarle a ella.

Marisa pareció pensarlo durante unos instantes, a juzgar por el silencio que se hizo a través de la línea telefónica. Fernando llegó incluso a dudar si la llamada se habría cortado.

—Espera un momento —dijo Marisa al fin.

Fernando oyó cómo la hija de la abuela Isa dejaba el auricular y sus pasos se alejaban, hasta volver a hacerse el silencio. Parecía que Marisa había pensado bien aquello, y no se veía con el derecho de privar a su madre de algo que podría interesarle. O de darle algo con lo que aguantar un poco más, quién sabía. Los pasos volvieron a escucharse, esta vez acercándose al auricular.

—Es increíble esta mujer... —masculló ella, como hablando para sí misma—. Fernando, ¿sigues ahí?

—Aquí estoy.

—Dice que me digas algo que le sorprenda.

—¿Cómo?

—No lo sé, vosotros sabréis —dijo, sin saber de qué iba todo aquello—. Me dice que, si de verdad tienes información, que me digas algo que pueda sorprenderle.

Son esos momentos definitivos, en los que algo continúa adelante o se corta para siempre. Donde solo las palabras adecuadas pueden hacer la magia de abrir una puerta, una mente o un corazón. Fernando había pasado por muchos momentos de aquellos; era algo habitual cuando se husmea en busca de información, y el interlocutor no las tiene todas consigo. Ante esa pregunta, algunas veces habían salido bien las cosas. Pero muy pocas veces; en la mayoría de las ocasiones, la puerta se había cerrado. Porque Fernando siempre iba en busca de información, y el hilo del que tiraba, el que tenía agarrado con los dientes, no resultaba bastante para su confidente.

Sabía que todo aquello dependía de lo que contestara, así que, en ese momento, fue él quien se tomó unos segundos en forma de silencio. Rebuscó, entre la maraña de datos que tenía en la cabeza, cuál de todos ellos podría demostrar a la abuela Isa que él había hecho su parte. Que aquella historia merecía ser desenterrada y contada, y él era digno de conocerla en boca de una de las protagonistas.

—Dile... —No había vuelta atrás, solo disponía de un disparo—. Dile que podemos hablar de Sastre, el del parche.

—¿El del parche?

—Díselo así, por favor.

Otra vez el golpe del auricular sobre la mesa y los pasos que se alejan. Era el mejor dato que había podido encontrar para darle; el de una persona que, participando en la historia, no aparecía en la foto con la que todo había comenzado.

—Fernando... —el tono de voz de Marisa había recuperado cierta vitalidad—, vente mañana a las doce.

Verla así le afectó más de lo que había pensado. La ira con la que reaccionó el día de la comida de Navidad le había hecho parecer una mujer poderosa, llena de fuerza. Pero, en ese momento, el delgado cuerpo de la abuela Isa parecía ser tragado por el colchón, las mantas y la almohada. No había duda de que querían llevársela al más allá, y que solo aquella mascarilla, conectada a la bombona de oxígeno que había junto a la cama, conseguía retenerla en este mundo.

La habitación de la abuela Isa desentonaba con el interiorismo moderno de aquel chalé urbano. La cama, alta, estaba rematada por un gran cabezal en madera oscura, con los bordes ribeteados en volutas y floridas guirnaldas. Los dos postes que delimitaban aquel cabezal eran una espiral que terminaba en una flor de lis, signo distintivo de fabricantes de muebles de otros tiempos. La mesita de noche, donde descansaban pastillas, aerosoles y un vaso de agua, era de mármol. Y un sillón tapizado en terciopelo azul claro, del que colgaba un batín, cuidaba del lado izquierdo de la cama. Aquella habitación daba toda la impresión de que iba a ser visitada en breve por la parca y que el funesto personaje tenía preparado su sillón para sentarse a esperar. Unas pocas fotos familiares, en marcos de plata, y un crucifijo sobre el cabezal eran toda la decoración de la estancia.

Aquel escenario sacado de otros tiempos solo rompía su anacronismo con la alta y estrecha bombona de oxígeno, ya descascarillada por tantos usos y domicilios donde había estado.

Marisa acercó una silla junto a la cama para que Fernando se sentara. Él tomó asiento, dejando encima de la cama la carpeta que traía consigo, y cogió de la mano a la anciana, a modo de saludo. Su ligero apretón quiso transmitir gratitud, un gesto cómplice que pretendía hacer ver que él sabía quién era ella. O quién había sido en otra vida.

La abuela Isa se bajó la empañada máscara que le insuflaba oxígeno e hizo un amago de sonrisa al periodista.

—Hija... —la anciana se movió un poco bajo las mantas, para incorporarse unos centímetros—. ¿Puedes dejarnos a solas?

—Mamá, no sé si es lo mejor.

—Fernando te avisará si necesito algo. Anda, déjame hablar con él. —No era una orden, era una petición.

Petición lógica, por otra parte. Marisa no sabía la verdad sobre su padre, y no parecía adecuado que se enterara delante de un extraño. Esas dos mujeres tenían una charla pendiente y, con el cariño que la abuela Isa habló a su hija, Fernando supo que no iban a tardar mucho en tenerla.

Marisa sonrió a su madre. Lejos de resultar perjudicial para ella, la visita de Fernando alegraba a la anciana e incluso le había dado otro color de cara. Salió de la habitación cerrando la puerta y dejando que su madre y el periodista hablaran en privado.

—¿Cuándo se lo va a contar? —Fernando hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta, refiriéndose a Marisa.

—Llevo años queriendo hacerlo.

—No deseo saberlo, Isabel. —Fernando le sonrió, haciéndole ver que aquella no era la parte de la historia que le interesaba—. Todos tenemos nuestros pesares, podría escribir un libro con los míos.

—Me queda poco, ya ves. —Con una mano se dio unas ligeras palmadas en el pecho—. Pero no quiero que me odie.

—¿De dónde viene lo de Bela?

—Mi padre, un tipo único... —Hizo un amago de sonrisa melancólica—. Su comida era lo que hacía que el hostel se llenara. Era italiano, ¿sabes? —La abuela Isa no miraba a Fernando, hablaba a la nada—. Y preparaba la pasta de mil maneras: carbonara, pesto, boloñesa...

—¿Él la llamaba Bela?

—Isabella. Aunque mi nombre es Isabel, él le daba ese toque italiano. A mí no me gustaba nada, así que le dije que no me llamara así. Yo era solo una niña —el relato de la anciana era deshilvanado, pero Fernando lo seguía—, y empezó a llamarme Bela. Por Isabella y por la palabra *guapa*, en italiano. Tampoco creas que me gustaba mucho, pero él era capaz de convencerme de cualquier cosa.

—De ahí el nombre del hostel, Milán.

—Era la ciudad de mi padre. Trabajaba en un barco mercante que atracó en el puerto de Valencia durante varios días. Conoció a mi madre y ya no se movió de aquí. Decía que nada le ataba a su patria, que su única bandera era la sábana que cubría el cuerpo de su mujer.

—Menudo tipo, ¿no?

—No te lo imaginas, un vendaval. —La abuela Isa se volvió a poner la máscara e hizo varias inspiraciones—. Mi madre se fue muy joven y allí nos quedamos los dos.

—¿Y su padre?

—Murió en el treinta y cuatro. Quise vender el hostel, pero entre unas cosas y otras no lo hice. Tampoco es que la oferta que tenía fuera muy buena, y me sentía traicionando la memoria de mi padre.

—Entonces, cuando ocurrió todo, ¿usted llevaba sola el hostel?

—Ya no fue lo mismo, yo no tenía la mano para la cocina que él tenía y bajó mucho la clientela. Pero, en el peor momento, estalló la guerra, el Gobierno se desplazó a Valencia y el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes me alquiló el hostel completo para unos trabajadores. Era pequeño, me apañaba bien.

—Mateo y sus hombres... —enlazó Fernando.

—Eso es.

—¿Así es como se conocieron?

—Habían traído a Valencia los cuadros del Prado y tenían que sacarlos cuando el Gobierno se marchara.

—Pero su misión era otra. —Fernando iba hilvanando la información que le daba Isabel con la que él ya sabía, y la historia se completaba paso a paso en su cabeza.

—¡Vaya si era otra! —La anciana encontró fuerzas para sorprenderse y esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Por qué querían robar *Las meninas*?

Ella hizo un gesto con la mano, pidiendo una pausa a Fernando. Volvió a ponerse la mascarilla, para inhalar profundamente, y señaló la mesita de noche. Fernando vio un vaso con una pajita de plástico y se lo acercó a la anciana, que dio un pequeño trago.

—No solo *Las meninas*.

—No entiendo. —Ese nuevo dato desconcertó a Fernando.

—También el *Autorretrato* de Durero.

—¿Durero? ¿Qué pinta en todo esto?

—Todo llegará, Fernando. No seas impaciente.

—Bueno, entonces... —Fernando reformuló su pregunta—: ¿Por qué querían robar los cuadros?

—Ellos no querían robar los cuadros. —Y esta vez sí que se giró a mirarle—. Tan solo era la misión que les había encargado Félix Santurce.

—El mismísimo diablo... —recordó Fernando. Las palabras que la abuela Isa pronunció en la comida de Navidad comenzaban a cobrar sentido.

—Ese hombre no merece ningún homenaje. Si se llega a salir con la suya, habría cambiado la historia.

—No le sigo. —Fernando trataba de recapitular toda aquella información—. ¿Qué tenía que ver Santurce con los cuadros?

—Me tienes que prometer que vas a sacar esto a la luz. No te contaré nada más hasta que lo prometas.

Aquella anciana, que parecía estar en los últimos días de su vida, todavía mantenía la dignidad para llevar las riendas de la situación. Fernando se dio cuenta de que era lo mismo que le había pedido Pere, el antiguo trabajador de César Santoro. Historias que permanecían enterradas y que sus últimos testigos vivos querían asegurarse de que fueran transmitidas, de que no quedaran en el olvido. Y esos testigos no parecían estar dispuestos a gastar una gota de saliva contándola a alguien que no fuera digno de conocer aquella historia. «Te estoy revelando mis mayores secretos, haz que corran como la pólvora».

Gracias a esos últimos testigos vivos, la historia aún vivía. Y él era periodista, había jurado transparencia, contar verdades por dolorosas que fueran, e informar de manera fidedigna y objetiva. Pero, con el tiempo, esas promesas juveniles se van perdiendo y los intereses, el partidismo, los vaivenes de la vida o el propio hastío hacen que uno se deje llevar por la inercia y escoja las opciones más sencillas. Era momento de romper con aquello, él no había nacido para escribir publrreportajes.

—Se lo prometo —dijo al fin.

—Yo no podré verlo. Pero en tu conciencia quedará si me fallas. —Aquella mujer todavía era capaz de amenazar.

—Demasiadas cosas pesan ya en mi conciencia —asintió Fernando—. No pienso añadir ni una más.

—Me basta con oír eso.

—¿Por qué Félix Santurce quería robar los cuadros?

A golpes, costándole un mundo, y teniendo que detenerse cada pocos minutos a tomar aire, la abuela Isa le contó la historia más increíble que Fernando había oído jamás.

Le habló del general Gallardo, quien, enfermo de ambición por ser la mano derecha de Franco, fue capaz de traicionar a España con tal de que

Alemania entrara en la guerra apoyando al bando nacional. De cómo Félix Santurce, a quien solo le atraía el dinero y gozando de la confianza del Gobierno republicano, orquestó un plan para satisfacer a Gallardo y hacerse más rico todavía. De Mateo y Sastre, contratados por Santurce, robando la colección de monedas del Museo Arqueológico Nacional para entregársela a los nazis. Todo, para que estos pusieran a disposición de Franco su temible aviación, dando origen al famoso «misterio del tesoro del *Vita*» cuando la colección de monedas jamás apareció después de que el Gobierno republicano pensara que la había mandado a México. De Roberto Barroso, el corrupto funcionario que, siguiendo las órdenes de Santurce, fue capaz de minar la moral del director general de Bellas Artes e infundirle el suficiente miedo como para que tomara la decisión de que los cuadros del Prado viajaran a Valencia. Del capricho de Hitler de tener el *Autorretrato* de Durero y *Las meninas* a cambio de mandar miles de soldados a España y acabar la guerra de un plumazo. Del miedo de Gallardo a que Franco descubriera su plan y acabara fusilado. De que no hubo bandos en aquel asunto, no había buenos o malos. Todos eran malos.

Mateo y sus hombres esperando que llegara el momento en que los cuadros abandonaran Valencia para hacerse con las dos pinturas que quería el dictador alemán, y de cómo Mateo, queriendo tener un seguro de vida para él y sus hombres, decidió que tenían que hacerse con el Durero mientras todavía permanecía en la iglesia del Patriarca.

De la muerte del padre de Elisa por culpa de aquel robo, y de cómo Alejandro, tan joven, se presentó en el hostel sabiendo que Mateo estaba implicado en el robo, gracias a sus pequeños puros, teniendo el valor de enfrentarse cara a cara y acusar a un hombre que tenía muertes a sus espaldas por toda España.

De la visita de Félix Santurce al hostel Milán acompañado de Rico, donde Mateo ya dio síntomas de que su conciencia no le dejaba dormir por las consecuencias que podrían tener sus actos. Un eco incesable, le dijo el empresario. Un eco que escucharían las siguientes diez generaciones, y darían las gracias por lo que ese grupo de hombres hizo por la patria.

Del bombardeo de Guernica por la aviación alemana, del que Mateo se sintió responsable y le hizo ver cuánta gente iba a morir si entregaba los dos cuadros y las tropas terrestres alemanas llegaban a España. De cómo devolvió el Durero a Alejandro, para que lo guardara de nuevo en la iglesia, y cómo llegaron los dos hombres a un acuerdo para trabajar juntos e intentar que las pinturas jamás llegaran al Reich.

De Elisa encañonando a Mateo en el hostel, con las manos temblorosas por el peso del arma que el propio transportista le había entregado para que le matara si eso era lo que la joven deseaba. De cómo la propia Isabel se enamoró de Mateo pese a saber la clase de tipo que era. O, precisamente, por la clase de tipo que era; alguien que es capaz de dar marcha atrás porque ha vislumbrado las consecuencias que van a tener sus actos.

—Entonces, es cierto. —Fernando sacó la foto que había tomado del álbum de la abuela Isa y se la devolvió—. *Las meninas* siguen en el Prado gracias a ustedes.

—Todo aquello fue más que *Las meninas*. —La anciana pegó la fotografía a su pecho—. Estos dos hombres salvaron a España. Quién sabe si al mundo.

—¿Al mundo? —A Fernando le parecía un poco exagerada aquella afirmación.

—Eres inteligente, mira un poco más allá. —La abuela Isa le pedía un poco de imaginación—. Comienzan a llegar soldados alemanes, a miles, y el bando nacional gana la guerra de una forma casi instantánea. Los alemanes no se van y, con su equipamiento y poder económico comienza a asentarse en España hasta que se hacen con el país. Cuando Hitler invade Polonia y comienza su expansión, nos tiene a nosotros como sucursal en el sur de Europa. Y hace una pinza sobre Francia, Bélgica, Holanda...

—La línea Maginot habría saltado por los aires desde el principio... —Fernando continuó el razonamiento que le brindaba la abuela Isa.

—Incluso el traslado de tropas a África hubiera sido muy sencillo. La Segunda Guerra Mundial podría haber tomado otro curso.

—Joder... —El periodista imaginó cómo podría haber sido la historia de ese modo.

—Pero eso es especular —reconoció la anciana—. Lo que sí está claro es que Mateo y Alejandro evitaron que llegaran las tropas nazis, ahorrando muchas muertes a este país. Pero el homenaje es para Santurce.

—La historia dice que murió en Berlín, intercediendo para que Alemania no apoyara al bando nacional.

—Sí, eso dice... —La abuela le miró de nuevo—. Pero tú ya sabes que eso es mentira.

—¿Qué hacía allí entonces?



—Si quieres saberlo, te espero aquí mañana. A la misma hora. —Se colocó la mascarilla de nuevo y se acomodó para estar más tumbada—. Creo que por hoy tengo bastante.

—Sí, claro..., lógico. —La decepción asomó a la voz de Fernando.

—Aún queda mucho por contar.

—Isabel... —Fernando agachó la mirada, intentando buscar las palabras adecuadas—. Mañana vendré, pero usted...

—Tranquilo —le cortó la anciana—. No tengo intención de morirme hoy. Pero supongo que es un riesgo que deberás asumir. —Y, riendo con su propia broma, la abuela Isa tuvo un ataque de tos que quiso remediar respirando hondo a través de la mascarilla.

*Valencia, agosto de 1937*

De pie, en la puerta de la iglesia, Roberto Barroso estiraba la espalda. El viaje en coche desde Madrid, el día anterior, había dejado secuelas en sus riñones, y el no haber dormido bien, junto con el calor que hacía en aquella maldita ciudad, le hacía no sentirse muy lúcido aquella mañana.

Había comprobado que dentro estuviera todo en orden. Las cámaras de hormigón, abiertas, dejaban ver que el almacenamiento de los cuadros era riguroso y cumplía con todas las normas de seguridad. Había pedido un refuerzo de soldados, para que la iglesia pareciera una fortaleza, y el chico que Lino había destinado como custodio de las pinturas medía las condiciones ambientales para entregarle un exhaustivo informe.

Las gafas le resbalaban una y otra vez debido al sudor, y sentía el cuello oprimido por la corbata, necesitando una respiración profunda cada pocos minutos.

—Se retrasan, ¿no? —le dijo Mateo.

—La puntualidad británica parece que está sobrevalorada —contestó Barroso.

Meses atrás, en febrero, el periódico londinense *The Times* había publicado una carta firmada por sir Frederic Kenyon, exdirector del Museo Británico, criticando la decisión del Gobierno republicano de sacar los cuadros del Museo del Prado. En su opinión, aquel era el lugar donde más seguro se encontraba ese patrimonio de la humanidad; por la protección del propio edificio, y para evitar desplazamientos de las obras por todos los peligros que conllevaba. Aquella carta terminaba con una pregunta: «¿Tiene alguna razón el Gobierno republicano de España para no explicar al mundo las medidas que ha tomado respecto a la seguridad de los tesoros de los que es responsable?».

Y no era solo Kenyon quien opinaba aquello. La Asociación de Directores de Museos Europeos se hizo eco de las mismas dudas, dejando patente su preocupación por el estado de las pinturas del Prado tras su evacuación.

Al Gobierno de Largo Caballero le sentó aquello como una bofetada, ya que, haciendo caso a Renau, había accedido a que las pinturas salieran del Prado, entre otras cosas, para hacer un llamamiento a la comunidad

internacional sobre la delicada situación que se vivía en España. Y esa carta publicada en *The Times* poco menos que tachaba de irresponsable al presidente del Gobierno.

Los hilos se movieron a través del embajador de España en el Reino Unido, extendiendo una invitación a Kenyon para que visitara las obras y comprobara personalmente el estado en el que se encontraban. Desde que aquella carta fuera publicada, muchas cosas habían cambiado: la guerra avanzaba, y el Gobierno se veía incapaz de imponerse a los sublevados, quienes ya contaban con la ayuda de la aviación alemana. Largo Caballero, exhausto, había cedido su cargo a Juan Negrín, quien era nuevo presidente del Gobierno. Pero ese cambio en la presidencia no apaciguó la necesidad de tapar la vía de agua que había supuesto el artículo de Kenyon.

Y allí estaba Barroso, sudando como un pollo, esperando a que el antiguo director del Museo Británico, que había llegado un par de días atrás a Valencia, se dejara caer por la iglesia y, ojalá, diera su visto bueno a los trabajos que allí se estaban realizando.

El general Gallardo le había pedido que estuviera en Valencia cuando los cuadros fueran a abandonar la ciudad, para asegurarse de que el Durero y *Las meninas* se desviaban de su rumbo y tomaban camino del tren que los llevaría a Berlín. En su última carta, Gallardo le explicaba que el ejército nacional ya tomaba posiciones para una ofensiva sobre el Ebro en cuanto fuera posible, por lo que el Gobierno se iba a ver asfixiado en Valencia y no tardaría en tomar la decisión de salir hacia el norte. Barroso, que había viajado a Valencia por la visita de la expedición inglesa, sabía que ya no se iba a mover de allí, dispuesto a supervisar que todo saliera según lo previsto. De ello dependía su parte del pastel, y ya que iba a traicionar a España y al Gobierno, al menos que su conciencia se viera relajada con el hecho de tener dinero de sobra para el resto de su vida.

Sabía que Kenyon aprobaría la conservación de los cuadros, pero el punto débil se encontraba en las labores de evacuación cuando tuvieran que dejar Valencia. Por eso ordenó a Mateo Aguirre, el hombre de Santurce, que estuviera presente en la visita, para responder a las preguntas sobre el transporte y la logística. Le había visto actuar ante María Teresa León cuando los cuadros iban a abandonar el Prado, y le pareció un hombre más que solvente. Eso sí, le pidió que no trajera consigo a aquel gigantón del parche en el ojo; no le gustaba, y sentía que iba a dar una mala impresión a los visitantes.

La pequeña compañía de soldados que el Gobierno había mandado a la iglesia para la ocasión tomó posiciones a la orden de su sargento. Cortaron el paso a los viandantes por la calle de la Nave desde la plaza del Patriarca, y formaron delante de la puerta de la iglesia.

Los dos vehículos accedieron desde Poeta Querol, y pararon en la fuente adosada al edificio de la universidad. Del primero de ellos se bajó Renau, ejerciendo de anfitrión de los ilustres visitantes, junto con el traductor que le acompañaba. Tras él, dos caballeros ingleses, y del otro coche descendieron tres periodistas y un fotógrafo. *The Times* había mandado su artillería para amortizar el revuelo que Kenyon había formado con su artículo.

A sir Frederic Kenyon le acompañaba James Mann, director de la Colección Wallace, otro importante museo londinense. Kenyon debía de querer tener otro testigo de aquello que el Gobierno español les iba a mostrar.

Y cuando accedieron al vestíbulo de la iglesia, aquel que separaba la zona de culto del claustro interior, donde la luz se colaba a través de las cristaleras y el frescor contrastaba con el calor de la calle, ese prodigio les estaba esperando, magnífico en toda su presencia.

Colocado en el bastidor que lo sujetaba en pie, Velázquez hacía el escorzo para mirar a los reyes, que posaban para él. Y la infanta Margarita, rodeada de sus meninas y sus acompañantes, miraba de frente a sus padres. Pero en realidad miraba al espectador del cuadro, escondiendo secretos que tenían más de cuatrocientos años. El cuadro de Velázquez, a aquella luz del vestíbulo, lucía radiante, como si el hombre de la cruz de Santiago en el pecho acabara de darle las últimas pinceladas.

Todos los presentes se hicieron pequeños ante aquel gigante, ante aquella obra que no solo pertenecía a España, sino que era patrimonio del mundo. Kenyon se detuvo ante aquella maravilla, observando el juego de espejos, el punto de fuga de la puerta abierta al fondo a través de la cual penetra la luz, la profundidad de la sala del alcázar real, y la genialidad de Velázquez al darse cuenta de que el verdadero cuadro no eran los reyes que se reflejaban en el espejo del fondo, sino la comitiva que posaba para el espectador, de la cual el propio pintor formaba parte.

Tras dejar que los dos ingleses disfrutaran del cuadro, Renau, acompañado del traductor, les hizo pasar a la iglesia, donde había una actividad frenética. Los conservadores, dirigidos por Llopis, comprobaban que algunas de las cajas se mantenían estancas. Alejandro apuntaba las lecturas de los medidores de humedad de las cámaras de hormigón, y Mateo tomaba medidas de la caja en la que trabajaban los conservadores,

organizando el transporte para cuando llegara el momento de sacar los cuadros de allí.

Por su cara, Kenyon estaba impresionado, y comentaba con Mann algunas confidencias, en inglés, que el traductor no llegaba a escuchar bien. Por supuesto, preguntaron por el transporte, dando Barroso paso a Mateo, que explicó con detenimiento la colocación de los cuadros en los camiones, y las medidas que se adoptarían para evitar vibraciones y golpes. El traductor trataba de seguir el ritmo del transportista, pero le hacía repetir algunos detalles, para transmitir de manera adecuada las explicaciones que el vasco estaba dando.

Fue Renau quien tuvo que responder a la pregunta de qué ocurriría si los cuadros, finalmente, debían abandonar España si el ejército nacional ganaba la guerra. El director general explicó que estaban muy avanzadas las negociaciones con la Sociedad de Naciones para que, si se daba el caso, las pinturas cruzaran Francia a bordo de un tren para ser custodiadas en Ginebra.

En aquel momento, Barroso fue consciente de muchos de los daños que iba a tener su participación en el robo del Durero y *Las meninas*. Empezando por el propio Renau, a quien iba a dejar a los pies de los caballos por no haber sabido proteger las pinturas, y acabando por el Gobierno, que iba a dar la razón a todos aquellos, como Kenyon, que les tachaban de incompetentes. Pasando, claro está, por las consecuencias que iba a tener para la población civil la llegada de la Wehrmacht. Por primera vez, Barroso cayó en la cuenta de la cadena de acontecimientos que iba a provocar su traición y, allí mismo, todo el peso de las decisiones que había tomado se vino encima de él. Pero se obligó a decirse que ya no había marcha atrás; si no cumplía, se convertiría en una presa para Gallardo y, sin posibilidades de abandonar el país e iniciar una nueva vida, acabaría siendo un cadáver más en una cuneta.

Poco le importaba el destino que, si las cosas se torcían, pudieran correr Santurce, Llopis, Mateo Aguirre o el propio Gallardo. Riesgos y beneficios. Todos ellos sabían a qué estaban jugando. Que cada palo sostuviera su vela. Al menos, si iba a ser un traidor, que fuera un traidor al que le sobrara el dinero.

Renau estaba contento, había salvado un momento crítico y podría informar de manera positiva al ministro. Con el mayor de los tactos, pidió a Kenyon que, también a través de *The Times*, diera cuenta de lo que en la iglesia del Patriarca había visto, y que la opinión pública supiera de la rigurosidad del Gobierno español. El director general de Bellas Artes no tenía ni idea de que aquellos que tenían que cumplir lo que había expuesto ante los

ingleses eran los lobos que iban a acabar comiéndoselo. O peor, pensó Barroso; Renau era como las ovejas que se pasan la vida temiendo a los lobos para que al final acabe comiéndoselas el pastor. Aquel en quien más confían.

A la salida, el fotógrafo que acompañaba a la expedición pidió que todos se pusieran junto a *Las meninas*. Barroso y Mateo se excusaron, alegando que ellos no eran los protagonistas de aquel día. Pero los ingleses no hicieron ascos en posar ante la obra maestra de Velázquez, y demostrar al mundo entero que habían sido tan valientes como para entrar en un país en guerra debido a su preocupación por el arte. Buena publicidad, debió pensar Kenyon. Otro lobo más, pensó Mateo.

Esa foto, días después, daría la vuelta al mundo cuando la publicara el diario londinense. Kenyon quedaría como un héroe, y el Gobierno republicano se habría anotado un tanto.

El fotógrafo pidió permiso para quedarse un poco más de tiempo en la iglesia y documentar todos los trabajos que allí se estaban haciendo. Renau no vio ningún inconveniente en ello, y acompañó a sus visitantes de vuelta al hotel Metropol, donde se alojaban.

—Que no se mueva el fotógrafo de aquí —le dijo Alejandro a Mateo.

—¿Adónde vas?

—Dame un rato, pero que no se vaya.

—Joder... —Mateo, a quien no le gustaban nada aquellos actos protocolarios y solo quería marcharse de allí, renegó por la petición del joven arquitecto. Pero cuando quiso decirle algo, aquel ya había salido por la puerta de la iglesia.

Media hora más tarde, con la iglesia mucho más tranquila, y los restauradores impacientes por guardar el cuadro, Alejandro, Elisa, Mateo y Bela posaban frente a *Las meninas*, esperando a que el fotógrafo inglés inmortalizara aquel momento.

*Octubre de 1937*

El Hispano-Suiza estaba aparcado frente a la estación de Francia. En el par de días que llevaba allí, Félix Santurce había comprobado que los ánimos ya se habían calmado tras los disturbios de antes del verano, que habían acabado con la caída de Largo Caballero y el nombramiento de Negrín como presidente del Gobierno.

Barcelona era una ciudad de izquierdas, dispuesta a recibir al Gobierno en su periplo fuera de Madrid, pero un polvorín por la multitud de facciones representadas en el Gobierno autónomo y las instituciones. Una ciudad alejada del frente, que no había soportado todavía los horrores de la guerra, sede de un poderoso movimiento anarquista, los comunistas controlando la UGT y un partido marxista, el POUM, enemistado a muerte con estos últimos. Poner orden en todo aquello no había sido fácil y, aunque había rodado la cabeza del jefe del Gobierno, parecía que la calma había vuelto, a la espera de recibir a Negrín y a sus ministros.

Rico se acercó al coche y, a través de la ventanilla, entregó el billete a Santurce: Barcelona-Marsella. Santurce ya tenía el Marsella-Berlín, que había gestionado su hermana desde Valencia.

—Sube —ordenó el empresario.

Rico, que se había quedado fuera pensando que su jefe iba a salir, se sorprendió con su petición. Abrió la puerta del conductor y se sentó, dándole la espalda a Santurce.

—Jefe... —Rico miró por el espejo—. ¿Está seguro de esto?

—No queda otra.

—Sí, podría haber mandado a Barroso.

—Rico, sabes igual que yo que Barroso es un inútil —dijo, mirando por la ventanilla bajada, por donde escapaba el humo de su cigarrillo—, pero en Valencia puede hacer su trabajo.

—¿Ha mandado la carta?

—Me ha dicho que sí.

Santurce sabía que él era el rehén que Gallardo enviaba a Berlín. Todo el riesgo, si las cosas no salían bien, lo asumiría él. Por ello, quiso tomar sus precauciones; necesitaba su coartada. Hizo que Barroso escribiera una carta a

Renau en la que dijera que, aprovechando un viaje de negocios, el empresario valenciano iba a reunirse con el general Von Schimmer para trasladarle la petición de que el ejército alemán se retirara de la guerra en España. Le explicaría que Alemania estaba apoyando a unos golpistas, y que el Gobierno español quería apurar todas las posibilidades antes de iniciar un conflicto diplomático. Si la cosa se ponía fea, habría una explicación oficial a la presencia de Santurce en Berlín, y el Gobierno podría interceder por él. Poca cosa era, pero mejor que nada.

Desesperados por el curso de la guerra, y agarrándose a un clavo ardiendo, la iniciativa de Santurce fue recibida con agrado por el Consejo de Ministros que, aun siendo pesimista, decidió que nada se perdía con probar. De ese modo, Santurce consiguió dar un cierto carácter oficial a su viaje, y sentir una ligera percepción de protección.

—Quiero que estés en Valencia esta misma noche —le dijo a su chófer—. No te alojes en el hostel de Mateo.

—¿No quiere que le presione?

—Con saber que estás, ya sentirá la presión. Pero no conviene que hagáis estallar la caldera, estamos muy cerca.

—Así será, jefe.

—Tú eres mis ojos y mis manos en Valencia. Ya no me fío de nadie.

—Estese tranquilo, yo me ocupo de los cuadros —afirmó Rico.

—Quiero que vayas en el camión.

—Ese es el trabajo de Mateo.

—Sí. Y tú te aseguras de que lo haga. —Santurce había esperado a última hora para darle esa información—. Estación de Castellón.

—¿Allí estará el tren de Gallardo?

—Eso es. Con un destacamento de soldados.

—¿Tengo que subir a ese tren? —preguntó el chófer.

—No, pero alguien te tiene que firmar la entrega. El que mande allí. —Esta vez, Santurce sí miró al espejo—. En cuanto los cuadros estén subidos a ese tren, me llamas al hotel.

—Todo va a ir como la seda.

—Bueno, más me vale. —El empresario tiró el cigarrillo por la ventanilla y se incorporó sobre el respaldo de Rico—. Pero, en estas cosas, siempre surgen problemas a última hora. Dejo mi vida en tus manos.

De pie junto al Hispano-Suiza, Rico vio cómo Santurce se alejaba caminando, con una pequeña maleta y una funda para sus trajes, hasta perderse por las grandes puertas de la estación de Francia. Conducir desde



Barcelona a Valencia le iba a costar unas seis horas; esa misma noche estaría cenando en Casa Balanzá. Si Santurce y Rico hubieran sabido que aquella era la última vez que se verían en sus vidas, quizá se habrían despedido de otra forma.

A lo largo de la calle de la Paz, territorio de ministerios y funcionarios, pero sobre todo en las mesas del salón del hotel Palace, no se hablaba de otra cosa: el Gobierno abandonaba Valencia. No había fecha definitiva, pero sería en una o dos semanas. El ejército nacional ya presionaba Teruel y se acercaba al Ebro; la pinza estaba preparada y aquella era la única salida. Se había dado la orden a todos los ministerios para que empezaran a empaquetar y prepararse para la reubicación en Barcelona. Pero *reubicación* era un eufemismo; se trataba de una huida en toda regla.

—En una semana sacamos los cuadros —dijo Barroso.

—¿Antes de que se vaya el Gobierno? —se extrañó Renau.

—No podemos arriesgarnos a que los acontecimientos se precipiten, hay mucho que organizar para que todo salga perfecto.

—¿Está todo preparado en destino?

—Ya tengo gente en el castillo de Perelada, listos para recibirlos.

—¿Y aquí?

—Camiones y transportistas avisados. Mañana curso la orden.

—Crucemos los dedos —dijo el director general.

Los días del traslado de los cuadros desde Madrid a Valencia habían sido terribles para Renau. Se jugaba el puesto, y su reputación, al haber propuesto y defendido la medida del traslado pese a las voces que había en contra. Su mayor apoyo había sido Barroso quien, gracias a las informaciones de Félix Santurce, le había dado pruebas que afirmaban que aquello era lo mejor. Con las pinturas a salvo en Valencia, Renau se había podido relajar y disfrutar de su ciudad, sabiendo que su trabajo era intachable. Solo le había alterado la visita de aquellos expertos ingleses, desconfiados del estado de las obras de arte. Pero hasta eso había salido bien. Y ahora, aquel nuevo traslado le quitaba el sueño. Era como darle un jarrón de porcelana china de mil años a un niño y que paseara por la calle con él; cualquier cosa podría ocurrir.

Barroso detectaba ese sufrimiento en su jefe, esa losa que no le dejaba moverse con facilidad. Era un buen tipo, pero no era un político. Y de eso se había aprovechado él. Con su anterior jefe no habría podido maniobrar así; Orueta se habría olido algo a las primeras de cambio. Pero Renau era un

artista, un idealista, un militante. No un político. En una semana estaría defenestrado, y sería señalado como el responsable de la pérdida del cuadro más importante de España, una de las joyas del patrimonio artístico. Los libros de historia no serían benévolos con él, pero son los riesgos de estar en primera fila política. Si no los conocía, era su problema, pensó Barroso. No había vuelta atrás.

—¿Cuáles son las posibilidades de éxito de Santurce? —preguntó Renau.

—Lo veo difícil, pero he aprendido a no subestimar la capacidad de ese hombre. —Barroso trató de dar una respuesta positiva. Le daba pena su jefe; era tan inocente que tenía ciertas esperanzas en el cuento aquel de Santurce.

—Es curioso..., ¿por qué cree que se ha ofrecido voluntario a intermediar?

—A ver... —Barroso buscó en su imaginación un argumento que contentara a aquel hombre—. Santurce es un verdadero republicano, un defensor del Gobierno. Pero no es tonto. Debe de tener algún negocio en Alemania y cree que puede intentarlo.

—Aun así, es un valiente. Brindo por él. —Renau levantó su vaso de ginebra en honor del empresario.

—Por el éxito de Santurce —dijo el funcionario, levantando el suyo.

Ya paseando a solas por la Glorieta, perdiéndose por las calles en aquella preciosa noche, Barroso pensaba en la llamada que había recibido aquel día. El general Gallardo estaba más que informado de la situación, sabía que el Gobierno tenía las horas contadas en Valencia. Se acercaba el momento clave para la operación, y el general solo le ordenó una cosa: que le llamara a su despacho de Oviedo en cuanto los cuadros, transportados en el mismo camión, abandonaran la iglesia con el conductor adecuado.

Las jarras de vino corrían de mesa en mesa por la taberna del Turco. Escondida en un semisótano de la calle Portal de Valldigna, la taberna del Turco era, a la vez, un antro de juego donde los borrachos se dejaban sus últimas pesetas a las cartas, y un burdel encubierto, donde las putas pagaban una comisión al dueño a cambio de que les dejara ejercer allí. Y de ambas cosas hacían la vista gorda los alguaciles cuando recibían el sobre semanal, que ayudaba a completar su pequeña paga.

Aquella noche había bullicio; una *vedette*, que ya pasaba los sesenta, entonaba con escasa fortuna una canción de Imperio Argentina mientras era acompañada por un mal pianista. Pero a los asistentes parecía gustarles el

número, y aplaudieron —medio en serio, medio en broma— tras el estribillo de *Échale guindas al pavo*.

Una prostituta, que en aquel momento estaba libre, se acercó al cliente que acababa de entrar. Demasiado joven para la media de edad de aquel lugar y vestido todo de negro, desentonaba por completo del ambiente de la taberna. Pero decidió que no tenía nada que perder.

—¿Quieres pasar un buen rato, guapo? —le dijo cuando se interpuso ante él.

El tipo guardó silencio unos segundos, miró de arriba a abajo a la mujer, y se sintió molesto por el bullicio que había allí dentro.

—¿Me ves con cara de querer coger la sífilis? —respondió Rico, que, con una sonrisa de suficiencia, apartó a la puta con el brazo.

Echó un vistazo a la taberna, hasta que encontró a quienes buscaba. Cada uno con una chica sentada en sus piernas, los tres hombres brindaban derramando el vino de las copas y cantando de forma desentonada la coplilla de la *vedette*.

Rico tomó una silla de la mesa de al lado y dio un golpe en el suelo mientras la colocaba a la mesa de los tres hombres, quienes se sobresaltaron por aquel ruido.

—Vaya... —dijo Sastre—, no sé si queda alguna puta libre.

—Fuera. —Rico no necesitó levantar la voz para que Sastre, contrariado, diera una palmada a la chica que estaba en sus piernas, indicándole que se marchara. Las otras dos siguieron el mismo camino, buscando otra mesa donde se las reclamara.

—Bueno, ya que nos has jodido la noche, espero que sea por algo importante.

—¿Cómo os llamáis vosotros? —preguntó Rico de manera despectiva a los otros dos.

—Estos dos son...

—¿Te he preguntado a ti? —cortó a Sastre el guardaespaldas de Santurce—. Parecen mayorcitos para hablar, ¿no?

—Campos —dijo uno.

—Cortázar —añadió el otro.

—Falta uno —dijo Rico—. Eráis cinco.

—Menéndez decidió abandonar —mintió Sastre—. Se ve que esto le venía grande.

—Bien, como sea... —Rico se sirvió vino en un vaso, y dio un pequeño trago que alargó de manera teatral—. Sastre, Campos, Cortázar... —Miró a

los tres a los ojos—. Aquí mando yo.

—Hasta donde sé, aquí manda Mateo —dijo el del parche, apurando la jarra.

—Ya no.

—O tu jefe —añadió Sastre.

—¿Quién crees que me ha mandado aquí?

En cuanto Santurce le mandó a Valencia a asegurarse de que todo salía bien, Rico supo que era el momento para dar rienda suelta a toda la inquina que le tenía al vasco. No se fiaba de él y no lo quería en la operación.

A Sastre, aunque no era muy largo de entendederas, le daba lo suficiente el cerebro como para analizar una situación como aquella. No tenía toda la información, por lo que no quería meter la pata. Había visto a Mateo flaquear, dudar en seguir adelante, aunque luego se le pasara. Pero no sabía si Mateo había llegado a expresar aquellas dudas a Santurce, y este había empezado a desconfiar de él. Tan solo conocía a un tipo tan peligroso como Mateo: el propio Rico. La diferencia era que el chófer de Santurce tenía muchos menos escrúpulos.

—Quizá deba hablarlo con Mateo —propuso Sastre.

—¿Tú quieres cobrar?

—La duda ofende.

—Pues no hay nada que hablar —zanjó Rico.

—Tú mandas, jefe —dijo el grandullón del parche. Y, mirando con su único ojo a los otros dos hombres, soltó un somero «¿Estamos?», que fue respondido con un asentimiento de cabeza por ambos.

—Los cuadros se van en una semana —informó Rico.

—¿Estás seguro?

—El funcionario que tenemos con nosotros va a informar mañana. No quiero que Mateo lo sepa.

—No le diremos nada. Nosotros, como si no lo supiéramos.

—Vosotros dos —señaló a Campos y Cortázar— vais a vigilar a Mateo. La noche del 25 no quiero que salga del hostal. Tú y yo nos llevaremos el camión —dijo a Sastre.

—¿Cómo haremos para retenerlo en el hostal? —preguntó Cortázar.

—Le encañonáis, lo atáis..., hacéis lo que queráis. Pero que no salga.

—La hostia... —Campos sabía que era como tratar de meter en una jaula a un león, algo jodidamente peligroso.

—Y si la cosa se pone mal, lo matáis. A mí, lo mismo me da —dijo Rico, levantando los hombros—. ¿Habéis entendido el plan?

—Cristalino —dijo Sastre.

—25 de octubre. Una semana. —Rico se levantó, ya había pasado más tiempo del que le hubiese gustado en aquel tugurio.

—Una última cosa... —Sastre hizo que Rico se girara—. ¿Por qué no lo matas tú?

—Sastre... —Rico rio como si fuera una broma que solo comprendía él—. De manera incomprensible, el señor Santurce le tiene un extraño aprecio a Mateo. No quiero manchar mis manos con la sangre de alguien a quien el jefe estima. —Y con la risa en su boca, abandonó la taberna del Turco.

Ya en la calle, caminó con las manos en los bolsillos en dirección a su hotel. El viaje en coche desde Barcelona le había cansado y tenía ganas de pillar la cama. Pero esa última pregunta del tuerto le había enfurecido. No por la pregunta en sí, sino por lo que significaba para él si pensaba en cuál era la verdadera respuesta: puestos a matar, solo había una persona que podía ser mejor que él. Y ese era el propio Mateo.

El reflejo de la luna entraba por la ventana del dormitorio de Bela y dibujaba extrañas formas en la pared. Los gatos en celo maullaban desde los tejados, pareciendo llantos de bebé. Con los ojos abiertos, Mateo procuraba encontrar el sueño que le permitiera descansar al menos unas horas. Bela dormía con la cabeza apoyada en su pecho, y él podía sentir su respiración sosegada. Estiró el brazo para alcanzar el vaso de agua que había en la mesilla de noche, y el movimiento despertó a la dueña de la pensión.

—Te oigo pensar —dijo ella—. Tienes que callar a tu cabeza.

—No puedo evitarlo.

—Puedes remediar lo empezado, concéntrate en eso —le pidió Bela.

—Aunque lo remedie, el daño ya está hecho.

—Pues tendrás que aprender a vivir con eso.

—O no —dijo él, mirando al techo.

—O no... —repitió ella, que detectó el significado de la respuesta de Mateo y se incorporó para mirarle a los ojos—. Piensas que no vas a salir vivo, ¿verdad?

—Es una posibilidad. Hay que contemplarla.

—Es cierto, es una posibilidad. —Bela se sentó en la cama y asintió con la cabeza, como si Mateo hubiera dicho una verdad inmutable—. La muerte siempre ronda, ¿no? En forma de hambre, bombas, partos que se complican, pulmonías mal curadas... —Bela recordaba a sus padres con aquellas

palabras—. La muerte está en cualquier sitio y, si tiene que llegar, llegará. Pero si le abrimos la puerta antes de que llegue, ya ha ganado la partida.

—Pensaba que mirarle a los ojos era una prueba de valor —dijo, molesto, el vasco.

—Valor es mirarle a los ojos a la vida. —Ella se puso seria—. Saber que te va a putear y, aun así, querer seguir viviéndola.

—Yo voy directo al infierno, Bela. —No lo dijo con pesar, lo creía de veras.

—Pues que el propio Lucifer te reciba si tiene que ser así. Pero mientras estés aquí, haz algo que merezca la pena. —Y, tras esas palabras, Bela se quitó su camisón, quedando desnuda ante Mateo.

—No sé qué has visto en mí.

—Un hombre bueno no conoce el mal. Un arrepentido ha decidido darle la espalda después de conocerlo. Eso tiene más mérito.

Y tras pronunciar aquellas palabras, Bela tapó con su mano la boca de Mateo para que no dijera nada más, y se puso a horcajadas sobre él, para hacerle el amor bajo aquel reflejo de luna que entraba por su ventana.

*La primera vez  
no te conocí.  
La segunda, sí.  
Dime  
si el aire te lo dice.  
Mañanita fría  
yo me puse triste,  
y luego me entraron  
ganas de reírme.  
No te conocí.  
Sí me conociste.  
Sí te conocí.  
No me conociste.*

Alejandro, sentado en la cama, apoyaba su espalda contra el cabezal. Elisa, recostada, apoyaba a su vez la cabeza contra el pecho de él. Y los brazos de Alejandro, rodeándola, sostenían el librito desde el que Federico García Lorca, con su flequillo ensortijado, miraba fijamente en la foto de portada. *Canciones 1921-1924.*

El libro de su madre. El libro que contenía aquellos versos que Lorca parecía dedicarle a él, aquellos con los que descubrió qué era de verdad el amor. Lorca, el poeta de Granada, el alma sensible a la que la guerra había alcanzado, y que la noticia de su muerte estremeció a aquel joven hasta el punto de hacerle caer en la cuenta de que los tiempos oscuros se cernían sobre todos. Y quien había escrito esos poemas que parecían estar compuestos para Elisa, a quien no dejaba de leérselos noche tras noche, desde que ella se tumbó a su lado en el sofá, todavía sintiendo el peso del arma con la que había apuntado a Mateo.

—Alejandro —dijo ella cuando el joven acabó de leer en voz alta—, me siento la persona más horrible del mundo.

—No digas eso —se sorprendió Alejandro—. Sabes que no es así.

—Será o no será. Pero es como me siento.

—Cuéntamelo, anda...

—No quiero que participes en el asunto de los cuadros. No soporto la idea de que pueda pasarte algo.

—Saldrá todo bien, Elisa. Ya lo verás.

—Pero, a la vez, quiero que estés allí para asegurarte de que Mateo se entrega. Soy una egoísta. —La joven lo dijo sin dramatismo, como si fuera la conclusión más objetiva a la que había llegado en su vida.

—Yo he matado a un hombre, y no tengo el más mínimo remordimiento. —Alejandro la apretó contra su pecho—. Me siento horrible por no sentirme la persona más horrible del mundo —dijo en una especie de trabalenguas.

—Quizá todos tenemos nuestras contradicciones.

—Seguro.

—Prométeme que te asegurarás de que Mateo se entrega. No podría vivir sabiendo que le he dejado no pagar por la muerte de mi padre.

—Te lo prometo.

—¿Qué harás si quiere huir mientras vais en el camión? ¿O cuando lleguéis a Barcelona? —Ella giró su cabeza para interrogarle mientras le miraba a los ojos.

—Si eso ocurre..., yo mismo le mataré —dijo Alejandro, sabiendo que el vasco daba por hecho que no iba a salir vivo de todo aquello.

—Tú mismo le matarás... —repitió ella en un susurro mientras se incorporaba—. Yo misma soy quien te pide que cometas el más ruin de los pecados. —Elisa se puso de rodillas en la cama, cara a él, y le levantó la camisa de dormir, quitándosela por el cuello—. Tú mismo le matarás... —volvió a susurrar—. Y soy yo quien quiere que hagas algo que pudriría tu

alma en el infierno. —Y se acercó a su cuello para comenzar a besarlo. Mientras los labios de ella recorrían el cuello, las mejillas y la barbilla de Alejandro, no dejaba de repetir que eso era lo que le hacía sentir la peor persona del mundo. Condenarle a él para sentirse tranquila, para cumplir su venganza—. Espero que puedas perdonarme algún día —dijo Elisa mientras sus besos descendían al pecho de él y una lenta lágrima surcaba su rostro.

—Yo soy tuyo —acertó a decir Alejandro con respiración entrecortada, preso de la pasión que ella desbordaba—. Pero si no considerara que lo que pides es justo, no lo haría. Cuando el fuego que te quema por dentro se apague, lograré sofocar el mío también.

Sin responderle, Elisa se arremangó el camisón hasta la cintura y, ante la sorpresa de Alejandro, se colocó encima de él. Y aquella noche, traspasados por el silencio del manto negro que caía sobre la ciudad, y en furtivos susurros para no despertar a César y Empar, los fuegos de ambos se unieron en uno solo mientras las lágrimas de Elisa seguían anegando sus ojos verdes.



Octubre de 1937

—¿Está todo de su gusto? —dijo Von Schimmer en un incorrecto castellano.

—La *suite* es magnífica, general —respondió Santurce.

—Es usted mi invitado. Cualquier cosa, solo tiene que pedirla. —El general sonrió, mostrando sus blancos dientes—. Y cuando digo «cualquier cosa», ya sabe a qué me refiero.

—Me hago a la idea, general. Por el momento, estoy bien.

Cuando el tren, procedente de Marsella, llegó a Berlín, un soldado alemán sujetaba un cartel con su nombre al final del andén. El soldado no hablaba castellano, pero las pequeñas nociones de alemán que tenía Santurce bastaron para entenderse. En un coche oficial fue trasladado al hotel Esplanade, el más lujoso de la ciudad, donde Von Schimmer había reservado esa *suite* para que se alojara durante su estancia en Berlín. El general alemán, marcando los tiempos, tardó cuatro días en ir a visitar a su rehén, al que tenía al menos el buen gusto de llamar «invitado».

Tras una pequeña propina, un empleado del hotel sacó su ropa de la maleta y de la funda portatrajes, mientras él se daba un baño para darle descanso a sus huesos tras tantas horas en tren. Aunque no conocía la ciudad, quiso salir a dar un paseo aquella primera noche y estirar un poco las piernas. Y en el vestíbulo del hotel le esperaba un agente de las SS, a quien Von Schimmer había ordenado que ejerciera de guía. Otro eufemismo, igual que «invitado»; aquel agente era su perro guardián durante su estancia en Berlín.

Tras cuatro días, Von Schimmer se había presentado por fin, haciendo que les sirvieran la cena en la *suite* de Santurce, y así poder charlar un rato a solas.

—¿Ha podido conocer algo de nuestra acogedora ciudad?

—Me ha impresionado el fervor que su patria siente por su gran líder.

—Adolf Hitler... —Von Schimmer pronunció aquel nombre con orgullo—. Él nos ilumina, nos enseña el camino.

Santurce, seguido a pocos pasos por su «guía», había podido comprobar que grandes banderas con la esvástica adornaban monumentos y avenidas principales. Un desfile militar junto a la Puerta de Brandenburgo era alabado por una multitud de público que, brazo en alto, saludaba el paso de sus

soldados. La imagen de Hitler acaparaba las portadas de los periódicos por haber estado presente en un acto u otro. Los niños portaban brazaletes rojos, el mismo que llevaba Von Schimmer, con la cruz gamada o con el águila, que se habían convertido en los símbolos del país. Los cabarés nocturnos, lugar de escape para las clases privilegiadas, detenían sus actuaciones cuando un general o un alto cargo del partido hacían acto de presencia, aplaudiendo durante unos minutos y haciendo ver el honor que suponía una de aquellas visitas. Y la inquina hacia los judíos era patente en algunos barrios, con pintadas insultantes en comercios o en las puertas de las casas. Alemania, un país culto, moderno e industrializado, había sido subyugada por el influjo de un solo hombre, que había puesto en marcha una perfecta campaña de propaganda para inocular un absurdo orgullo nacionalista. Si eso era lo que esperaba a España una vez acabada la guerra, pensó Santurce, bien haría en coger a su familia y su dinero, y largarse bien lejos.

—Permítame que le dé las gracias por su ayuda para que la colección de monedas del Museo Arqueológico descansa en manos de Herr Himmler. — Von Schimmer sacó a colación el tema que les unía.

—Me honra, general. Pero fue el general Gallardo el artífice de aquel éxito. —Santurce sabía ser cauto cuando la ocasión lo requería. Berlín no era lugar para avasallar con sus encantos de buenas a primeras.

—Vamos, Santurce... —Von Schimmer le daba un especial énfasis a la erre cuando pronunciaba el apellido del empresario—. Ambos sabemos que Gallardo es un idiota que promete cosas que no puede cumplir. Todo se lo debe a usted.

—Yo solo sirvo a mi país, general. Al igual que usted. —Y, en ese momento, Santurce sacó a relucir aquella sonrisa que hacía sentirse especial a quien se la dedicaba.

—Servir a la patria, no hay mayor honor —dijo Von Schimmer, otra vez arrastrando la erre—. Pero no a cambio de nada, ¿verdad?

—Todo servidor merece su reconocimiento. —Santurce se aseguraba de que el alemán supiera que hablaban el mismo idioma—. Espero que a usted se le reconozca como merece.

—Eso lo dejo en manos de Herr Himmler.

—No merece menos que una silla al lado de esos dos grandes hombres. — Aquellas palabras hicieron sonreír satisfecho al alemán.

—¿Y usted? ¿Qué merece?

—Yo solo soy un pequeño empresario. Mis honorarios son suficiente recompensa.

—Serán altos.

—Bueno, me parecen justos, teniendo en cuenta el riesgo que asumo.

—¿Conoce los riesgos de estar aquí? —Von Schimmer lanzó el órdago en el momento adecuado.

—General... —Santurce sacó un cigarrillo y se lo encendió. La primera calada, lenta, pretendía demostrar que estaba tranquilo—. ¿Cree que habría venido hasta aquí si no los conociera?

—Me gusta usted, Santurce. —Von Schimmer también sacó su pitillera e insertó un cigarrillo en una boquilla metálica—. Lamentaría mucho que los cuadros no llegaran.

—Estamos en igualdad de condiciones. Esa situación no sería buena para ninguno de los dos. —Llegados a ese punto, Santurce no se iba a dejar amilanar, y dejaba claro que él conocía sus riesgos, pero también los del general alemán.

—Le dejo descansar. —Von Schimmer se levantó, tomando su gorra de plato del sillón donde la había dejado—. Dentro de dos días cenaremos aquí de nuevo, esperando la llamada de Gallardo. Ponga *champagne* a enfriar.

—¿Dom Perignon le parece bien?

—Excelente elección. Usted y yo nos entendemos.

Y mientras estrechaban sus manos, ofreciendo ambos sus irónicas sonrisas, ninguno de los dos podía imaginar que esas botellas jamás se descorcharían. En apenas un par de días, las vidas de aquellos dos hombres iban a cambiar para siempre.

—Jefe, descuida, esto está controlado —dijo Sastre pasándole un listado.

—Es la distribución de los cuadros en los camiones —constató Mateo mientras la leía.

—La ha hecho Llopis y firmado Barroso. El último camión es el nuestro.

—Está todo en orden —afirmó el vasco.

—Ya te lo había dicho.

—Mañana vendrá un destacamento de soldados —le contó Mateo—. Lo ha organizado el funcionario. Los soldados cargarán los cuadros y, por parejas, se subirán a los camiones para llevarlos a Barcelona.

—¿Llevaremos escolta?

—Barroso ya se ha asegurado de que solo por delante, abriendo la marcha.

—Pan comido, jefe —sonrió Sastre.

—Estación de Castellón. A la altura de Sagunto nos desviaremos. — Mateo repasaba esos pequeños detalles con su segundo.

Sentados en un banco de la iglesia, ninguno de los dos sabía que el otro escondía sus cartas, y actuaban para seguir mostrando la normalidad habitual. Ambos tenían que quitar al otro de la ecuación, y ambos lo lamentaban en silencio. Tantos años y aventuras que acababan allí, separando sus caminos. Y, en aquel silencio, ambos se deseaban suerte para lo que estuviera por venir. Sastre ya sabía que Campos y Cortázar iban a retener en el hostel a Mateo y, una vez Rico se marchó de la taberna del Turco, avisó a ambos hombres de que, en contra de lo que había dicho el chófer de Santurce, ni se les ocurriera darle matarile a Mateo; «Antes le disparáis en una pierna». En cambio, Mateo, sin imaginar que Sastre ya estaba en el otro lado, acababa de perfilar el plan para neutralizar a sus tres hombres. Sobre todo al gigantón, quien, en teoría, tenía que acompañarle en el camión.

—¿Por qué no vuelves al hostel con tu chica? —le propuso Sastre—. Yo me encargo de todo aquí.

—¿Estás seguro? —Mateo no quería desaprovechar la oportunidad de estar con Bela todo el tiempo que pudiera.

—Claro.

—Asegúrate de que las cajas están bien selladas, y comienza a disponerlas por camiones. Cuando mañana vengan los soldados, que puedan ponerse al tajo desde el primer momento.

—¿Dónde está el arquitecto? —preguntó Sastre.

—Me lo he quitado de encima —dijo Mateo—. Su trabajo ha terminado, ahora comienza el nuestro. Ya no pinta nada aquí.

—Me alegro de que digas eso. —Sastre le miró con su único ojo—. Me daba mala espina el chaval, prefiero que no esté rondando por la iglesia.

—El chico tiene huevos. No me gustaría que sospechara algo a última hora. —Mateo, de forma fingida, sacaba de circulación a Alejandro, para que Sastre no lo tuviera en cuenta—. Una última cosa...

—Tú dirás.

—Quiero que mañana comamos juntos en el hostel. El equipo completo, los cuatro. —El vasco puso la mano en el hombro de su segundo, en un gesto de confianza—. Repasamos el plan y hacemos un poco de camaradería.

—Eso siempre viene bien —asintió Sastre, sabiendo que esa comida no se produciría—. Dile a Bela que haga un *all i pebre* de anguila, para despedirnos de esta ciudad.

—Así sea, amigo.

—Esto tumba a un caballo —le dijo el boticario—. Es un opiáceo preparado por mí.

—Justo lo que necesito —afirmó Mateo—. Hay que dormir bien al animal antes de operarlo.

—Mire... —El boticario metió la botella en una caja—. Yo no sé a qué, o a quién, quiere dormir. Ni operar. Pero vaya con cuidado.

—Agradezco sus consejos, señor —le sonrió el vasco—. Pero ¿por qué no toma mi dinero y olvida que he estado aquí? —Y metió en el bolsillo de la bata del hombre un pequeño fajo de billetes.

Mientras las campanillas de la puerta de la botica aún tintineaban tras haberse marchado aquel hombre, el farmacéutico constató con una sonrisa que era el medicamento más caro que había vendido en su vida.

—Sabes que estás a tiempo de volverte atrás, ¿verdad? —le dijo César mientras paseaban por la solitaria calle—. Nadie te echaría nada en cara.

—Me lo echaría yo, papá —contestó Alejandro.

—Espero que algún día seas padre y puedas saber de verdad lo que se sufre.

—¿Lo que se sufre?

—Lo que se sufre al no saber si será el último día que veas a tu hijo.

—Lo siento... —Alejandro agachó la cabeza, apesadumbrado—. ¿Mamá sabe algo?

—Si llega a saber algo, te encierra bajo llave.

César no aguantaba en casa. Desde que había sabido que la salida de los cuadros sería al día siguiente, se sentía inquieto. Puso la excusa de que quería mover un poco la pierna para bajar a caminar después de la cena. Y pidió a su hijo que le acompañara, para que las mujeres hablaran de sus cosas.

Alejandro no había dicho nada aún a Elisa. Solo la sumergiría en un estado de nervios, y le pondría más nervioso a él. Pese a todo, bastante tranquilo se sentía estando tan cerca el momento. Mateo le había avisado, «Alguien querrá jodernos», y no esperaba que aquello fuera un paseo en barca. Pero los dados ya estaban rodando y no se podían detener.

—Déjame que lo haga yo —dijo César, de pronto.

—¿El qué?

—Ir mañana a la iglesia, subir a ese camión.

—Esto es cosa mía, papá.

—Yo ya he vivido bastante. Jamás pensé que vería a mi hijo con veintitrés años y convertido en arquitecto.

—No. Esto es cosa mía. Yo entré y yo saldré.

—Sí, saldrás. —César caminaba a paso lento—. Lo que no sabemos es cómo. *Mientras no siga en una caixa de fusta.*

—¿Cómo me sentiría el resto de mi vida si no lo hiciera? ¿O si te dejara ir a ti? —Alejandro se detuvo y César tuvo que girarse para seguir mirándole—. ¿Crees que podría vivir con algo así?

—¿Y crees que yo voy a poder vivir si no vuelves?

—Sí, vas a poder vivir —asintió el chico—. Jodido, lo reconozco. Pero podrás.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque tendrás la tranquilidad de haber criado a un hombre que hizo lo que tenía que hacer.

—Eso... —dijo César mientras arrancaba de nuevo— no es mucho consuelo. Pero, al menos, es verdad.

Elisa ya dormía cuando Alejandro entró en la habitación. Trató de acostarse a su lado sin hacer mucho ruido, para que no se despertara. Pero al dejarse caer sobre el colchón, la chica salió del ligero sueño en el que estaba sumida.

—Habéis tardado —dijo.

—Elisa... —Alejandro la miró, temeroso de lo que iba a decirle—. Es mañana.

Ella cerró los ojos y resopló. Era la noticia que más esperaba y la que más temía. Solo quería ver a Mateo entre rejas, pero eso suponía que había llegado la hora de que el hombre que amaba arriesgara su vida. La persona más horrible del mundo.

Solo pudo recostarse sobre su pecho y sollozar en silencio.

Mateo se despertó pronto, apenas había podido dormir. Había llegado el día, y el plan, sus consecuencias, lo que podía ganar y, sobre todo, lo que podía perder, se amontonaban en su cabeza. Bela dormía junto al hueco que había dejado él en el colchón. Se lavó la cara en la jofaina, se vistió en silencio y salió de la habitación. Necesitaba comer algo, así que fue directo al comedor, a ver qué podía encontrar en la pequeña cocina.

Y allí estaban los tres. Sastre, sentado a la mesa, apuraba un café que debía ser del día anterior. Campos y Cortázar, de pie, sostenían sus revólveres, apuntándole. Mateo, en un gesto casual, puso sus manos en la cintura, pero no sintió el peso de su pistola en la parte de atrás del pantalón; se la había dejado junto a la cama.

—Me temo que lo del *all i pebre* no va a ser posible —dijo el del parche.

—Ya veo.

—Así que vais a pasar el día aquí, tranquilitos. Tu chica y tú. —Sastre lo explicó como para un niño, con cierta superioridad—. Campos y Cortázar os harán compañía.

—¿Y tú?

—Yo me llevo el camión.

—¿Órdenes de Santurce? —Mateo, aparentando calma, se sentó a otra de las mesas del comedor mientras hablaba con su segundo.

—Rico. Santurce ya está en Berlín.

—Ese hijo de puta me deja fuera y tú se lo permites.

—Jefe... —pese a la situación, Sastre no sabía llamar de otra forma a su compañero de tantas batallas—, los dos sabemos que flaqueabas. No lo hagamos difícil; esto sale adelante y tú te quedas con la chica.

—Joder, Sastre... —Mateo sabía que era el momento de tratar al tuerto como lo que era: un segundón—. Todavía no te has enterado de que esto no va sobre los cuadros; va de salvar gente. Gente que va a morir.

—Eso ya se sabía, Mateo, no jodas. Desde que robamos las monedas, lo sabías. Desde que trajimos aquí los cuadros, lo sabías. —Para Sastre era evidente—. Pero te has encoñado y te has vuelto blando.

—Visto así, es posible. Pero bienvenido sea si me ha hecho darme cuenta de la barbaridad que íbamos a hacer.

—Que vamos a hacer, esto no se para.

—Estamos a tiempo, Sastre.

—Jefe... —la sonrisa del tuerto tenía cierto pesar—, a estas alturas, yo no me quedo sin mi dinero. Ni estos tampoco —dijo, señalando a Campos y Cortázar.

—Rico te va a traicionar —vaticinó Mateo—. Cuantos menos a repartir, más parte para Santurce.

—Tampoco me fío de ese hijo de perra. Pero prefiero la posibilidad de llevarme mi tajada a retirarme ahora. Y que pase lo que tenga que pasar.

—Bueno... —Mateo se recostó en la silla—. Que pase lo que tenga que pasar.

En ese momento, Bela apareció por la puerta del comedor y se quedó paralizada ante la escena.

—Buenos días, princesa —sonrió Sastre—. Pasa, tu príncipe te contará la jugada.

—¿Mateo? —Bela se dirigió a su amante.

—Ven, siéntate, tranquila —le respondió—. Las cosas han cambiado un poco.

Sastre se levantó, y esta vez fue él quien puso la mano en el hombro de su amigo.

—No es nada personal —le dijo.

—Lo sé.

—Anda, deja que pase el día. Y mañana empiezas una nueva vida.

—Será lo mejor.

—Vosotros —se dirigió a Campos y Cortázar—. Mañana, cuando amanezca, os marcháis. Nos veremos en unos días para daros vuestra parte.

—Y señalando a Bela, añadió—: Ah..., no comáis nada de lo que os dé esta.

—¿Me seguiste? —preguntó Mateo.

—He tenido al mejor maestro. —Y el grandullón desapareció, camino de la iglesia del Patriarca.

Alejandro pasó primero por las Torres de Serranos. Sabía que allí no iba a estar el peligro, y seguía siendo el responsable de los cuadros; quería comprobar cómo iban los trabajos para sacarlos. Roberto Barroso daba órdenes al pelotón de soldados, que habían cortado un carril para aparcar los doce camiones. Un vehículo se detenía en la puerta de las torres, era cargado y avanzaba unos metros para dejar espacio al siguiente. Alejandro se dio cuenta de que esa operación podía durar todo el día, pero estaba siendo hecha con esmero, siguiendo un estricto protocolo. Vale que Barroso estuviera metido en el ajo, pero seguía siendo funcionario del ministerio y aquella era responsabilidad suya.

—¿Qué haces aquí, chico? —le preguntó Barroso mientras se subía las gafas.

—He venido a ayudar en lo que pueda, señor.

—Tu trabajo ha terminado, Santoro —le sonrió el funcionario con tranquilidad—. Lino no se equivocaba contigo.

—¿Quién está en la iglesia? —preguntó Alejandro.



—Estarán Mateo y sus hombres —supuso Barroso—. Ahora voy para allá, esto está encarrilado.

—Vaya tranquilo, entonces. —Alejandro le devolvió la sonrisa—. Yo me quedo aquí, por si surge cualquier cosa.

—Chico, haz lo que quieras. No creo que volvamos a vernos. —Barroso le tendió la mano—. Suerte.

Y, mientras veía al funcionario montar en el coche en el que su chófer le estaba esperando, Alejandro se preguntó cómo habría llegado a meterse aquel hombre apocado en un asunto tan oscuro. Cuál sería la ambición que habría llevado a Roberto Barroso a traicionar a su país. No a su bando o a su Gobierno, que ya era algo reprochable, sino a todo un país, que caería bajo el yugo de las tropas alemanas si los cuadros llegaban a Berlín.

Alejandro sabía que tenía que dejar pasar las horas. Hasta la noche no partiría el convoy de camiones, en dirección a Barcelona. Prefería estar en las torres, viendo cómo aquellos cuadros empezaban a despedirse de Valencia, que estar en su casa esperando que fuera la hora. La relativa calma que había sentido los días anteriores se había esfumado, desbocando su corazón y sintiendo, dentro del pecho, una caldera a punto de explotar. Respiró hondo, para serenarse. Aún quedaba mucho día por delante.

En la iglesia del Patriarca había el mismo movimiento. Los soldados sacaban los cuadros de la iglesia para cargarlos, bajo la supervisión de Sastre y Rico. Barroso se sorprendió al ver al chófer de Santurce allí, pero no hizo ningún comentario. Con Santurce en Berlín, la presencia de Rico era para asegurarse de que todo rodara bien. Barroso supo, en aquel momento, que Santurce no se fiaba de él, y le había mandado a su perro. El gris funcionario se reconoció dolido en su amor propio; Santurce lo había utilizado por su puesto en el ministerio. Había sido solo un peón que, en aquel momento, ya no era necesario. Pero trató de no pensar en ello, todavía le quedaba una última tarea en aquella función. Una vez hiciera la llamada al general Gallardo, podría lavarse las manos. Y que el destino se apiadara de España.

Caída la tarde, el estómago estaba matando al general Gallardo. Recluido en su despacho, esperaba que el teléfono sonara en cualquier momento para que el funcionario le dijera que los cuadros habían salido. Y, con la confirmación, llamar al hotel Esplanade, donde Santurce y Von Schimmer podrían brindar por el éxito de la operación. Que brindaran por lo que les viniera en gana; él

tendría que celebrar que iba a ser la mano derecha del Generalísimo, Dios quisiera que por muchos años. Amén.

Las sombras de la noche permitieron a Alejandro ocultarse tras un recodo de la plaza del Patriarca. Quedaban cuatro camiones por cargar, el último era el que le interesaba. Pero se sobresaltó al ver a Sastre al mando de las operaciones, junto con un tipo bastante joven, vestido completamente de negro, que no tenía ni idea de quién era. Llopis, el jefe de los conservadores, conversaba con Barroso en la puerta de la iglesia. Los lobos estaban reunidos. Y ni rastro de Mateo; el plan de drogar a sus hombres a la hora de la comida no había funcionado. Era la peor noticia posible, todo se iba al traste. Alejandro valoró las opciones, pero él no podía hacer nada sin el vasco. Lo único que se le ocurrió fue salir corriendo en dirección al hostel.

Mateo cerró los ojos en señal de alivio cuando escuchó los golpes en el aldabón. Encerrados allí durante todo el día, necesitaba un hecho inesperado que moviera un poco la situación, y solo se le ocurría que pudiera ser uno; que el chico, una vez llegara al Patriarca y no le viera allí, fuera directo al hostel, a ver qué había podido ocurrir. Habría que improvisar, no quedaba otra. Pero, al menos, se sacudía el avispero.

—Tengo que abrir —dijo Bela.

—Ni se te ocurra. —Le apuntó Campos con el arma—. Ya se cansarán.

—Es de la frutería, viene a hacerme la entrega cuando cierra —se inventó la dueña del hostel—. Si no abro, llamaré a los alguaciles.

—Joder... —Las dudas afloraron en la cabeza de Campos—. Está bien, vamos. —Y le hizo un gesto para que se levantara—. No hagas ninguna tontería, voy a estar apuntándote.

Campos se escondió tras la gran puerta de madera del hostel, apuntando a Bela, mientras esta abría la portezuela más pequeña.

—Alejandro... —dijo ella.

—¿Dónde está Mateo? —preguntó el chico, jadeante por el esfuerzo.

Campos leyó la situación lo más rápido que pudo. Si el chico sospechaba algo, iría corriendo a los alguaciles y, en unos minutos, habría una buena montada en el hostel. Alejandro vio cómo una pistola se acercaba a la cabeza de Bela y, tras ella, uno de los hombres de Mateo, el tal Campos. Rodeando con el brazo el cuello de Bela, Campos apuntó a Alejandro.

—Vamos, para dentro tú también —le dijo.

Con los brazos en alto, Alejandro entró al recibidor del hostel junto a Bela, y Campos les ordenó a los dos que caminaran hacia el comedor. Un golpe, acompañado del inconfundible sonido de cristales que se rompían, les alarmó. Cuando entraron al comedor, vieron que Mateo había conseguido abalanzarse sobre Cortázar, y ambos forcejeaban, tratando el vasco de alejar de su cuerpo el arma que llevaba Cortázar.

Campos, sin saber muy bien qué hacer, empujó a Bela y a Alejandro detrás de la barra y, al estilo de lo que había visto hacer tantas veces al que había sido su jefe, disparó al aire. El estruendo sobresaltó a Alejandro y a Bela, e hizo que Cortázar y Mateo detuvieran su trifulca. El susto de que ese disparo lo hubiera recibido Bela se le pasó cuando vio caer el polvo de escayola del techo, fruto del impacto. Mateo levantó las manos y se giró, quedándose cara a cara con Campos, que le encañonaba. Cortázar, una vez el vasco se dio la vuelta, le dio un culatazo en la nuca, que hizo caer a Mateo.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? —preguntó Campos.

—Se me ha tirado encima, no he podido reaccionar —se excusó su compañero—. ¿El arquitecto? —preguntó Cortázar al ver a Alejandro.

—Otro que se une a la fiesta.

—Dispárale a la pierna, Campos —dijo Cortázar a su compañero mientras señalaba a Mateo—. Haz lo que dijo Sastre.

Campos, que llevaba más tiempo en el equipo, sentía que era quien tenía que tomar las decisiones. Gotas de sudor caían por su frente, mientras buscaba dilucidar lo que debía hacer. Si aquello se le iba de las manos, Sastre le mataría.

—¡Dispárale, joder!

Ante el grito de su compañero, Campos apuntó a Mateo, quien todavía estaba en el suelo doliéndose del golpe en la cabeza.

*Inter tempora*

—Campos nos empujó a Alejandro y a mí detrás de la barra —siguió contando la abuela Isa—, y apuntó a Mateo, que estaba en el suelo tras el golpe de Cortázar. Los dos hombres estaban muy nerviosos.

—Demasiada tensión, imagino —apuntó Fernando.

—Mateo era su jefe, o lo había sido hasta hacía unos días. Le tenían miedo. —La anciana hablaba mirando al frente, como si de vez en cuando olvidara que Fernando estaba sentado en aquella silla junto a su cama—. Sabían que Sastre les mataría si lo dejaban escapar. O, al menos, que jamás recibirían su parte. Campos apuntó a su pierna, era un blanco fácil.

—Joder... —Fernando retorció su paciencia ante el lento ritmo de la abuela Isa, pero no era momento de apresurarla ni ponerla nerviosa.

—Ahí acababa todo...

—Pero, evidentemente, no acabó.

—El estruendo me sobresaltó, y vi a Campos volar dos metros mientras su pecho estallaba. Cayó muerto en el suelo, fue todo muy rápido.

—Dios... —Aquel giro no lo esperaba Fernando.

—Alejandro encontró mi escopeta de cañones recortados, me había visto guardarla tras la barra la noche que vino a recuperar el Durero. Por suerte, estaba cargada y destrozó el pecho de aquel hombre.

—¿Y Mateo?

—A él no le sobresaltaban esas cosas. Cortázar aún se preguntaba qué había ocurrido, y ya tenía a Mateo agarrado a su cuello. Se levantó del suelo como una serpiente, se revolvió esquivando el arma de Cortázar y, dándole la vuelta, le hizo presión en la garganta con su brazo. —La abuela hizo un gesto con las manos—. Alejandro y yo tuvimos que agacharnos, porque aquel disparó dos veces a la nada. Mateo lo tenía bien cogido y, en unos segundos, lo dejó sin aire.

—¿Lo mató?

—¿Tú qué crees? —Esta vez, la antigua dueña del hostel sí se giró a mirarle—. Los dos cuerpos quedaron en el suelo de mi comedor.

—Vía libre, entonces —dedujo el periodista.

—Mateo cogió los revólveres de los dos hombres y comprobó que estuvieran cargados. Le dio uno a Alejandro y se guardó el otro en la cintura del pantalón. También cogió un cuchillo que Campos llevaba en el cinturón.

—Y se fueron hacia la iglesia.

—Salieron corriendo del hostel... —La abuela se cansaba y se puso la mascarilla de oxígeno.

—¿No pudieron ustedes despedirse?

—Eso, periodista, me lo guardo para mí. —Hay cosas que no es necesario contar, debió de pensar la anciana.

—¿Qué hizo usted?

—No iba a quedarme allí con dos muertos. Salí corriendo detrás de ellos.

—Fue usted muy valiente.

—Y muy ignorante... —Por primera vez, la mujer rio un poco—. A los pocos metros me faltaba el aire y ya no podía más. Los perdí de vista.

Alejandro y Mateo corrían por las solitarias calles. Pasaron por la puerta de la catedral, y atravesaron por el medio la plaza de la Reina. Rompieron el silencio de la calle de la Paz con sus pisadas, y se metieron por Poeta Querol. Mateo sentía que los pulmones iban a estallarle, y sus piernas apenas respondían.

Los camiones iniciaron su marcha. Un total de doce camiones habían sido cargados, y su primera parada eran las Torres de Serranos, para colocarse detrás del convoy que salía desde allí. Barroso, Llopis y Rodrigo, el soldado que libró a Alejandro la noche del robo del Durero, veían cómo los once primeros vehículos avanzaban por la calle de la Nave, buscando salir al Parterre y tomar dirección al cauce del río. Rico asintió con la cabeza a Barroso —«Haz la llamada, esto está hecho»—, e hizo un gesto a Sastre para que se pusiera al volante del camión número doce.

Rodrigo fue el primero en escuchar los gritos, que rebotaban en los edificios generando un eco que resonó en sus oídos.

—¡Alto a ese camión! ¡Es un robo!

Y vio a Alejandro entrar corriendo a la plaza del Patriarca y, tras él, el transportista vasco le seguía a unos metros. Alejandro disparó al aire, y Barroso y Llopis dieron un respingo, poco habituados a esa clase de detonaciones. El funcionario y el jefe de los restauradores se miraron; aquello no estaba saliendo según lo planeado. Pero tenían que ser Rico y Sastre quienes lidiaran con los obstáculos.

—¡Quietos! —ordenó Rodrigo a los dos hombres que iban a subirse al camión—. ¡No deis un paso más!

Rico se llevó una mano a la cara mientras comprobaba que Mateo se había liberado. Ya no se podía confiar en nadie para hacer un buen trabajo.

—Rápido, sube —le dijo a Sastre—. Olvídate de ellos.

Rico subió al asiento del acompañante, y cuando Sastre se dirigía a la puerta del conductor, un disparo impactó en la cabina.

—Ni se te ocurra subir. —Rodrigo amartillaba su fusil de nuevo y, apuntándole, caminaba despacio hacia la posición de Sastre—. Esperamos a que vengan esos dos. —Señaló con la cabeza hacia atrás.

Sastre, con su único ojo, vio cómo Alejandro y Mateo ya atravesaban la plaza y estaban a pocos metros de llegar a la puerta de la iglesia. O subía al camión o estaba todo perdido. Así que pensó que no quedaba otra: sacó su arma y comenzó a caminar, encañonando a Rodrigo, quien no se esperaba aquella reacción. Antes de que Rodrigo pudiera apuntar, Sastre ya había disparado, y el soldado cayó al suelo.

El tuerto se detuvo y sonrió al comprobar que todavía había que tener muchos huevos para acojonarle a él. Girándose para subir al camión, vio cómo Rodrigo hacía amago de levantarse y volvía a apuntarle con el fusil.

Alejandro, sin poder fijar bien la vista a causa de las violentas zancadas, vio cómo el soldado, en vez de quedarse en el suelo, buscaba incorporarse y, de manera torpe, apuntaba de nuevo a Sastre. El del parche dio dos pasos para rematar el trabajo, y alineó el cañón de su pistola con la cabeza de Rodrigo.

—¡No! —gritó Alejandro, quien se detuvo para apuntar a Sastre con la pistola que llevaba en la mano.

Cerró un ojo para fijar el punto de mira en el grandullón. Pero su acelerada respiración hacía oscilar el arma, y no conseguía tener un tiro limpio. Tomó aire profundamente y lo soltó despacio, consiguiendo la relajación suficiente como para quedarse estático. Sastre estiró el brazo hacia Rodrigo, quien, pálido en el suelo, esperaba su muerte sin pestañear.

Alejandro acarició el gatillo de su pistola y, cuando iba a apretarlo, su visión periférica detectó cómo una sombra pasaba por su lado a toda velocidad. Mateo se lanzó contra el que era su segundo, y pudo desviarle el brazo cuando apretó el gatillo. La bala impactó contra el muro de la iglesia, dejando en el aire el sonido agudo del metal contra la roca. Con un fuerte golpe en el brazo, consiguió que el arma cayera de la mano de Sastre y, esquivando el puñetazo del tuerto, se colocó a su espalda, rodeando su cuello

con el brazo. De varias patadas en tobillos y pantorrillas, hizo que el grandullón se arrodillara, para que quedara más a su altura.

—Ya, Sastre... —le dijo mientras ambos forcejeaban—. Déjalo.

—No, Mateo... —Pese a que el aire apenas le llegaba para hablar, el del parche quiso levantarse, alzando a Mateo con su esfuerzo—. Esto es mío...

Sastre rebuscó en su cintura, y pudo sacar otra pistola que llevaba. Mateo no podía con él, pero trataba de llevarlo de nuevo al suelo.

—¡Sastre, no! —le dijo en un ruego.

—Vas a tener que matarme para que no me lleve ese camión. —Y su mano derecha, con el arma, buscó su hombro izquierdo, para poder disparar a la cabeza de Mateo, quien, a duras penas, podía detener el fuerte brazo de su segundo.

—Sastre..., por favor...

Alejandro vio como el grandullón ganaba la partida poco a poco, y la pistola se acercaba al rostro del vasco, quien ya no podía sujetar más a aquel tipo tan grande. Con la mano izquierda, Mateo consiguió sujetar el brazo de Sastre, para que la pistola no avanzara más, y le soltó el cuello. Alejandro supo que el vasco estaba perdido.

Pero, al soltarle, Mateo dejó libre su mano derecha, que se llevó a la cintura para sacar el cuchillo que le había quitado al cadáver de Campos en el hostal. La hoja entró hasta el mango en la garganta de Sastre, quien todavía se revolvió durante unos segundos, buscando una posición en la que disparar a Mateo. Hasta que se detuvo, dejó de hacer fuerza, y de su boca cayó un reguero de sangre que empapó el brazo de Mateo. En su caída, el del parche arrastró al vasco hasta el suelo y ambos cayeron a plomo. Sastre ya estaba muerto. Junto a la puerta de la iglesia. Junto al camión que cargaba el Durero y *Las meninas*. Junto a la única persona a la que había considerado un amigo, y que, paradojas de la vida, era quien había acabado con él.

Al intentar incorporarse, la mano de Mateo resbaló con la sangre de su amigo. El transportista vio a Alejandro, que ayudaba a Rodrigo taponando su herida, y a Barroso y a Llopis, que no reaccionaban ante lo que acababan de presenciar. Y sintió cómo el frío hierro se apoyaba sobre su cabeza mientras todavía estaba de rodillas en el suelo.

—La virgen, Mateo... —dijo Rico—, tienes que tocar los huevos hasta el último momento. Pero el plan no lo vas a joder. Levanta. —El vasco se incorporó, con las manos en alto, y sintió el brazo de Rico en el cuello, mientras seguía presionando el cañón de la pistola contra su cabeza—. Y

ahora, tú y yo nos vamos —siguió el guardaespaldas de Félix Santurce—. Tú vas a conducir hasta la estación de Castellón, como un buen chico.

Caminando de espaldas, sin perder de vista a Alejandro, Rodrigo, Barroso y Llopis, alcanzaron el camión y se dirigieron a la puerta del acompañante. Alejandro se levantó y les apuntó con la pistola, pero Rico se cubría con el cuerpo de Mateo.

—Dispara, Alejandro —dijo con tranquilidad el transportista.

—Creo que no tiene tantos cojones —le dijo Rico al oído.

Alejandro no tenía un tiro limpio y no hizo caso a la orden del transportista. Rico obligó a Mateo a subir al camión por la puerta del acompañante sin dejar de encañonarle, tratando de cubrirse lo mejor posible con él. Empujó a Mateo hasta el asiento del conductor y él se colocó a su lado, todavía con la puerta abierta.

—Arranca. Tú y yo nos vamos con los cuadros.

Y Mateo giró la llave en el contacto, soltando el camión un humo negro y espeso por el tubo de escape.

—Yo no podía más, tenía que parar cada pocos pasos a tomar aire. —La propia dificultad para respirar de la abuela Isa parecía imitar el momento que estaba contando—. Pero ya estaba muy cerca.

—¿Oyó los disparos? —preguntó Fernando.

—Yo no oía nada, solo el latido de mi corazón. Parecía que lo tenía en el cuello.

—Pero pudo llegar a la iglesia —supuso el periodista.

—Ya en la plaza, apoyada en un portal, no pude creer lo que vi.

—¿Aquella escena tan dantesca?

—No, ¡qué va!, todavía no sabía ni lo que había ocurrido en la puerta de la iglesia.

—¿Entonces? —se extrañó Fernando.

—Era Elisa, que cruzaba la plaza desde la calle En Sala. Se quedó igual de sorprendida cuando me vio a mí.

—¿Qué hacía allí?

—Pues lo mismo que yo, no había podido aguantar esperando —respondió la abuela Isa—. Esperar a saber si la persona que amas vive o muere es muy difícil. Pase lo que pase, prefieres verlo en directo.

—¿Y qué pasaba cuando llegaron?



El disparo de Sastre estaba desangrando a Rodrigo. A Alejandro no le parecía mortal, pero el soldado iba a necesitar un médico cuanto antes para detener aquella hemorragia. El camión arrancó a la vez que Elisa y Bela llegaban a la puerta de la iglesia. Alejandro no podía creer que estuvieran allí.

—¿Y Mateo?! —preguntó Bela exaltada.

—En el camión. Con un tal Rico.

—El hijo de puta del chófer de Santurce... —dijo Bela entre dientes, mientras se detuvo a mirar la escena que había en la plaza.

El soldado se desangraba, y Elisa se arrodilló para ayudar a Alejandro con la herida. Sastre yacía en el suelo, rodeado de un gran charco de sangre, y dos hombres asustados, Barroso y Llopis, veían al camión alejarse poco a poco.

—No lo hemos conseguido —dijo Alejandro a Elisa, mientras taponaba la herida del soldado.

—Mateo no se va a entregar, ¿verdad? —preguntó la joven, decepcionada.

—Elisa... —Alejandro bajó la voz, para que Bela no le oyera—, Mateo es hombre muerto en cuanto llegue a Castellón. Y los cuadros van a viajar a Alemania.

—Tenía que salir así —se resignó ella, mirando a la puerta de la universidad y recordando que, meses atrás, su propio padre había muerto en esa misma calle.

El camión cabeceó un par de veces, tras varias frenadas. Sus movimientos eran muy extraños y, de repente, aceleró.

Mateo, en un pequeño descuido, había logrado coger el brazo de Rico y desviar el arma que le apuntaba. El frenazo los empujó a los dos hacia adelante, y el vasco pudo apartarse de la trayectoria del revólver. En ese momento, aceleró y se lanzó contra el asiento del copiloto, sin aflojar la fuerza sobre el pedal del acelerador. El forcejeo le hizo soltar el volante, y ambos hombres luchaban con el camión en marcha que, viejo como era, no tenía la dirección en las mejores condiciones.

Alejandro, Elisa y Bela vieron como el vehículo aceleraba, pero se desviaba de la trayectoria y fue directo contra la pared de una de las fincas de la calle de la Nave. El impacto fue brutal, llegando incluso a levantarse unos milímetros las ruedas traseras del camión, sacudiendo las dos cajas que portaba. Mateo y Rico, aturdidos por el golpe, no se soltaban, y seguían peleando dentro de la cabina. Vecinos de toda la calle se asomaron a los balcones al oír el estruendo, pero muchos de ellos volvieron dentro, temerosos de que, fuera lo que fuera aquello, aún les salpicara.

Desde la puerta de la iglesia se podía apreciar el traqueteo de la cabina, y como esta no dejaba de oscilar. Alejandro salió corriendo para ver qué había ocurrido y a averiguar si todavía había alguna posibilidad de recuperar el camión. Pero su carrera fue detenida por el fogonazo del disparo dentro de la cabina. El oscilante movimiento, producto del forcejeo entre los dos hombres, se detuvo de golpe. Elisa y Bela se quedaron en silencio.

Y Barroso y Llopis, asustados como conejos, presenciaban la escena desde la puerta de la iglesia, sin tener muy claro todavía cuál era su papel en todo aquello. Hacía ya varios minutos que los once camiones habían abandonado el Patriarca y, si el doceavo no salía de inmediato, alguien volvería para ver qué había ocurrido.

La puerta del conductor se abrió y Mateo bajó tambaleante. Alejandro vio cómo el vasco se llevaba una mano al estómago, y la sacaba envuelta en sangre. Apenas un par de pasos después, Mateo caía al suelo desplomado.

—¡Mateo! —Alejandro llegó corriendo donde había caído, apuntando con su pistola hacia la cabina; no sabía qué podía ser de Rico.

Dejando un reguero de sangre, arrastró al vasco hasta el recodo que hacía un portal, para protegerse un poco si Rico bajaba a rematar lo que había empezado.

—Él ya lo sabía... —dijo la abuela Isa con voz trémula—. No saldría vivo de aquella.

—Quizá mejor eso a una vida en la cárcel. —Fernando vio cómo el dolor volvía a la anciana al recordar todo aquello.

—O fusilado a los pocos días, quién podía saberlo. Mateo era un cadáver andante desde el día del bombardeo de Guernica.

—Le echó valor —reconoció el periodista.

—Demasiado peso en su conciencia, no lo habría aguantado. Aceptó su destino.

—¿Qué hizo usted?

—Me quedé helada, paralizada. Alejandro le arrastró hacia un portal, para alejarlo del camión. Un rastro de sangre indicaba el camino que habían seguido.

—¿Y Rico? —Fernando no quería que la abuela Isa se detuviera.

Rico estaba aturdido por el choque contra la pared. En un momento del forcejeo en la cabina, estuvo a punto de perder el arma. Pero se rehízo, y disparó sin saber muy bien hacia dónde apuntaba el cañón. Mateo dejó de hacer fuerza en aquel momento, y miró a los ojos del guardaespaldas de Santurce, quien comenzó a ver cómo una mancha roja se extendía en la camisa del vasco.

Mateo abrió la puerta del conductor y bajó a duras penas. Rico vio, a través del espejo retrovisor, cómo caía al suelo. Pasó del asiento del acompañante al del conductor; tendría que ser él solo quien llevara aquel camión a la estación de Castellón. Accionó varias veces la llave en el contacto, hasta que consiguió arrancarlo.

—El... camión... —Mateo apenas sacaba un hilo de voz—. Los... cuadros...

Alejandro, con las manos ya manchadas por la sangre de Rodrigo, trataba también de tapar la hemorragia de la herida en el estómago de Mateo. Pero era imposible; la sangre brotaba a golpes entre sus dedos, fluyendo por sus manos y brazos.

—Saca a Bela... de esto...

—Lo haré, tranquilo. —Otro hombre al que veía mientras la vida se le escapaba. Como a Jaume—. Yo me ocupo de ella. Tú... —no se vio con fuerzas de dar falsas esperanzas—, ve en paz, amigo...

Rico comenzó a hacer maniobras para volver a poner el camión en dirección al Parterre. La calle de la Nave era tan estrecha que, al dar marcha atrás, tocó con la fachada del edificio de enfrente. Adelante, atrás, adelante, atrás. Girando cada vez el volante en sentido contrario para enderezar el vehículo.

Alejandro, arrodillado en el suelo junto a Mateo, solo podía ver cómo el camión, poco a poco, se disponía a seguir su camino con Rico al volante. Cuando, por su lado, pasaron al vuelo unos pliegues de tela.

—Yo no me moví del sitio. No quería ver a Mateo morir. —La abuela Isa negó con la cabeza—. Prefería recordarlo con aquella energía, con aquel arrepentimiento que le dio las fuerzas suficientes para saber que no estaba bien lo que iba a hacer.

—Es muy duro ver morir a quien más quieres. Lo sé. —Fernando era capaz de ponerse en la piel de la anciana.

—Lo siento mucho. Unos padres jamás deberían enterrar a un hijo. —La anciana cayó en la cuenta de a qué se refería el periodista.

—¿Y Elisa? —Fernando recondujo el tema, no era momento para hundirse en sus propios recuerdos.

—Elisa... —La abuela sonrió, como si estuviera viendo a la joven frente a ella—. Esa chica era más valiente que todos nosotros juntos.

—¿Por qué?

—Cogió la pistola que llevaba el soldado al que estábamos atendiendo, se puso de pie y comenzó a caminar hacia el camión.

La vida de Mateo se apagó en las manos de Alejandro. El camión hacía las últimas maniobras cuando la visión del chico, que estaba arrodillado junto al cadáver, quedó tapada por esas telas que habían pasado junto al portal donde había intentado ocultarse, sin poder reaccionar y sin saber de qué se trataba. Pero cuando pudo enfocar la vista, comprobó que esos pliegues que habían pasado frente a él mientras estaba agachado eran la falda de Elisa, quien caminaba hacia el camión.

—¡Elisa! —gritó el joven.

Ella, a punto de alcanzar la cabina, se giró al oír su nombre, y vio a Alejandro arrodillado junto al cadáver de Mateo, con el alma quebrada al verla a ella dirigirse al asesino del vasco.

—Si no vuelvo... —apenas podía oír su voz—, te espero junto a mi padre.

—¡No! —Alejandro se levantó y salió corriendo para tratar de alcanzarla.

Rico metió primera, con el camión ya encarado en el centro de la calle, pero se detuvo al sentir cómo la cabina basculaba ligeramente hacia la izquierda. Cuando vio a qué se debía, comenzó a reír en voz alta.

—Pero tú, niña..., ¿qué crees que estás haciendo? —Y siguió riendo—. Tienes suerte de que no tenga tiempo para matarte.

Alejandro, en su carrera, vio que Elisa había llegado al camión y que subía al estribo de la cabina, agarrándose con una mano al marco de la ventanilla, que estaba bajada. Y con la otra mano, que esta vez no le temblaba, sostenía la pistola de Rodrigo, apuntando a Rico en la cara. El guardaespaldas de Félix Santurce, el único que quedaba en pie para robar los cuadros, supo que nada había salido según lo planeado.

—Vamos, no me jod... —dijo Rico, girando su brazo derecho hacia la joven, mientras sostenía el revólver con el que había matado a Mateo.

Y la frase del chófer de Santurce fue cortada por el disparo de Elisa, que hizo saltar sus sesos por toda la cabina. Rico cayó desplomado sobre el volante, accionando el claxon en un pitido continuo. Elisa bajó del estribo, abrió la puerta y tiró del cadáver de Rico, que se desplomó al suelo con un ruido sordo.

Alejandro se quedó sin palabras, viendo a su novia vengar la muerte de su padre. O, al menos, aliviar el peso de su conciencia.

—¿Elisa mató a Rico? —Fernando se sobresaltó con aquel giro.

—A sangre fría, como a un perro.

—Joder...

—Fue su forma de liberar todo el dolor que arrastraba —dijo la abuela Isa.

—Menuda forma...

—Menudos tiempos —replicó la anciana.

—¿Y los cuadros?

—Alejandro y Elisa. Ellos subieron al camión y se unieron al convoy, hasta Barcelona.

—Fueron ellos quienes llevaron el Durero y *Las meninas*...

—No quedaba nadie más allí que pudiera hacerlo —corroboró la abuela.

—¿Y Mateo? —preguntó Fernando, conociendo la respuesta.

—Cuando me acerqué al portal donde Alejandro lo había querido poner a salvo, su rostro ya había perdido el color —se lamentó la anciana.

—Tenía razón usted. —Fernando se restregó los ojos con las manos. Era una historia increíble—. No solo salvaron los cuadros. Salvaron a España.

—Y quizá al mundo —recordó la abuela Isa.

—Y quizá al mundo...

Viendo alejarse el camión que llevaba el Durero y *Las meninas*, Roberto Barroso supo que ya no había nada que hacer allí. Había que tapar todo aquello; solo faltaba que, además de fracasar, la mierda le salpicara a él. Los curiosos que se asomaban tímidamente a los balcones habían visto, sin saber muy bien qué ocurría, todo lo que allí había pasado. Barroso fue consciente de que no le quedaba otra más que huir; Gallardo removería cielo y tierra para encontrarle y, si no se daba prisa, pronto no sería más que otro cadáver en una cuneta. Ordenó a Llopis que avisara a la policía y al ejército, y le explicó paso

a paso la versión que tenía que dar. Un intento de robo por parte del tuerto y Rico, que Mateo había logrado salvar, entregando su vida. El joven arquitecto también había sido vital para evitar el robo del cuadro más importante de la historia de España. Y de allí se fue derecho a su despacho.

El general Gallardo respiró hondo al oír el timbre del teléfono. Soltó el aire lentamente, tratando de controlarse, y descolgó. No dijo ni una palabra mientras escuchaba y, a los pocos segundos, colgó. Adiós a su sueño, adiós a convertirse en la mano derecha del Generalísimo. Los méritos porque la aviación alemana bombardeara posiciones republicanas ya estaban amortizados; necesitaba el golpe de efecto de las tropas terrestres de Hitler. Pero esas ya no llegarían. Había fallado.

Su grito y el ruido de la cristalera al romperse, cuando lanzó el cenicero contra ella, pudieron escucharse en todo el cuartel.

El general Von Schimmer sonrió al oír los timbrazos que provenían del aparato telefónico. Félix Santurce se limpió la boca con la servilleta de una manera muy elegante, e hizo un gesto con la mano a su anfitrión. «Adelante».

Tras un «Ja» muy gutural, Von Schimmer prestó atención al auricular. Santurce percibía un ligero murmullo metálico, proveniente del otro lado de la línea. Su corazón dio un vuelco al ver cómo el rostro del general alemán mudaba, pasando de la tranquilidad a la ira. Y acabando por el miedo. A gritos, Von Schimmer pronunció una retahíla de palabras ininteligibles en alemán. Félix Santurce supo, en aquel momento, que las cosas no habían salido bien.

El general alemán colgó con un golpe, y rugió para sacar la rabia que llevaba dentro. Santurce optó por guardar silencio; jamás se había visto más amenazado en toda su vida.

—Ha fracasado. —Von Schimmer, como era costumbre, arrastró mucho la erre—. Los cuadros no van a venir a Alemania. Y Herr Himmler va a sentirse muy decepcionado.

Félix Santurce abrió su pitillera y sacó un cigarrillo. Tomó el encendedor, que estaba encima de la mesa, y aspiró hondo para sentir el humo en sus pulmones.

—Mi carrera está acabada... —Von Schimmer estaba desorientado—. Estoy muerto.

El alemán estaba muerto, pero Félix Santurce sabía que él también. No tenía sentido tratar de huir ni intentar convencer al alemán. Conocía los riesgos de todo aquello, y lo que había pasado, fuera lo que fuera, era una de las posibilidades.

Von Schimmer sacó su Luger de la cartuchera que llevaba al cinto. La amatilló y apuntó al empresario, que ni siquiera había cambiado su postura desde que el general se había levantado a coger el teléfono.

Félix Santurce dio otra calada a su cigarrillo, mientras miraba fijamente al general, regalándole una de aquellas sonrisas suyas tan especiales. Después de todo, no había sido una mala vida. Aunque le hubiera gustado que fuera un poco más larga.

La sangre de Félix Santurce salpicó las cortinas de la *suite* del hotel Esplanade, y su cadáver, desmadejado y con un agujero en la frente, no se movió de la silla en la que había cenado.

—Y allí murió Santurce —recapituló la abuela Isa—. Esperando unos cuadros que jamás llegaron.

—El mismísimo diablo...

—¿Sigue pensando que ese hombre merece un homenaje? —La abuela sacó fuerzas para lanzarle aquella recriminación.

—¿Qué fue de ustedes?

—Josep Renau se encargó de todo.

—¿El director general de Bellas Artes?

—El mismo —confirmó la anciana—. Su funcionario le había traicionado, pero supo que nosotros arreglamos el entuerto. Cuando Alejandro y Elisa volvieron de Barcelona se casaron y tomaron un vuelo a México.

—¿Y usted?

—Yo ya estaba camino de Francia. París. También me dieron a elegir México, pero pensé que, si me quedaba en Europa, podría visitar Milán y probar a buscar a alguien de la familia de mi padre.

—Por eso Alejandro firmó el acta de cierre del hostal.

—Eso es.

—¿Lo hizo?

—¿El qué? —preguntó la abuela.

—Buscar a sus familiares.

—No me dio tiempo. —La anciana daba signos de estar exhausta—. Di a luz en París, y apenas tres años después, Adolf Hitler volvió a aparecer en mi

vida, cuando el ejército alemán invadió Francia. Maletas y de vuelta a España.

—Qué historia tiene usted. —Fernando pensó en todo lo que había vivido aquella mujer que se apagaba—. Una superviviente...

—Una desgraciada, hijo. Pero ahora me siento en paz.

—¿Cuándo va a tener la conversación con su hija? —Fernando sabía que la abuela Isa se había vaciado con él. Ya conocía toda la historia, y tenía que pensar en cómo iba a contarla.

—En cuanto tú salgas por esa puerta.



*Valencia, febrero de 1981*

Los siguientes días fueron frenéticos para Fernando. Apenas le quedaba ya tiempo para entregar el artículo, y trataba de definir la historia para que se conociera y que el papel jugado por todos los personajes no cayera en el olvido.

Fueron largas jornadas en la redacción, aporreando la máquina de escribir mientras Salva, satisfecho, procuraba que nada interrumpiera a su mejor periodista. Quería que Fonfría también viera que él, como jefe de redacción, tenía bajo control todo lo que ocurría en aquel entresuelo.

Lo único que desvió a Fernando aquellos días fue seguir la pista de algún destacado republicano que, durante la guerra, también emigrara a México. Los republicanos exiliados allí, y divididos por culpa de las facciones que ya les separaban en España, montaron dos organizaciones de ayuda para los que llegaban: el SERE y la JARE. A Fernando todo aquello le traía al paio, no era importante. Pero quería encontrar a alguien que todavía viviera, o a algún descendiente, que hubiera formado parte de la junta directiva de alguna de las dos asociaciones.

Era difícil tirar de la información a tantos miles de kilómetros de distancia y con aquel desfase horario. La embajada española le puso sobre alguna pista y él iba, poco a poco, intentando descubrir la aguja en todo aquel pajar de datos. Sus pesquisas acabaron, una semana después, con el envío de varias cartas a algunos descendientes de republicanos que se exiliaron en México.

Repasó la historia del «tesoro del *Vita*», el barco que cargó todos los bienes incautados en el Museo Arqueológico Nacional en 1936, y cómo, tras llegar a Sudamérica, jamás se supo de las monedas más valiosas que el museo albergaba. Nunca habían aparecido, pero es que nadie buscó nunca en el lugar correcto. Esa colección de monedas jamás atravesó el charco, sino que se quedó en Europa. Y a saber qué destino correría en manos de Heinrich Himmler. Al menos, parte del misterio estaba resuelto. Y todo había sido obra de la ambición de un general franquista, que ansiaba ser la mano derecha del Generalísimo.

Sabía que a Salva le iba a dar un disgusto aquel giro en el artículo: pasaba de ser un ejercicio de vaselina para el ayuntamiento, dando lustre a la figura

de Santurce, a destapar la verdadera cara del hombre al que se le iba a dar un homenaje. Y la de muchos otros que, casi todos ya enterrados, participaron en dar forma a aquel golpe. Fernando iba a demostrar que todas las guerras se deciden en unos pocos despachos, y miles de personas mueren por las decisiones que en ellos se toman. La ambición jamás entenderá de filiaciones políticas ni de bandos.

Por tanto, no podía esperar que su amigo Salva aprobara el artículo y se lo entregara a Fonfría. Si hacía eso, su trabajo jamás llegaría al director de la revista. Así que, el día en que lo terminó, hizo dos copias y dejó cada una de ellas en la mesa del jefe de redacción y en la del director, quedándose él con el original. «Los hombres y las mujeres que salvaron el mundo», rezaba la portada.

Estaba siendo un mes de febrero frío en cuanto a temperatura, pero caldeado en lo político. Adolfo Suárez arrojaba la toalla, y decidía que era hora de un cambio en la presidencia del Gobierno. Aunque se marchaba con un mal sabor de boca, su trabajo estaba hecho: había facilitado la transición democrática, incluyendo a todos los partidos políticos en el Congreso de los Diputados. Muchas voces nostálgicas del régimen se manifestaban en contra de aquel giro que la vida política española había dado, pero era el paso natural que la historia de España necesitaba; al día siguiente sería la sesión de investidura de Calvo-Sotelo como nuevo presidente del Gobierno. Suárez se echaba a un lado. Fernando, en su rol de periodista, sabía que se estaban escribiendo páginas importantes para el futuro del país.

Aunque todavía eran las seis y media de la tarde, la noche ya se había apoderado de la ciudad mientras Fernando regresaba a su piso. Sí, el piso de una anciana muerta, en el que se sentía fuera de lugar. Pero donde había aprendido a encontrarse, donde había aprendido a retirarse a descansar tras las batallas que había librado en aquella investigación. Aquel hilo que había surgido el día de Navidad, cuando la abuela Isa dijo con odio que Félix Santurce había sido el diablo reencarnado. Ese hilo que había mordido y ya no había soltado; sus dientes lo apretaron tras cada pista, tras cada nueva información. El hilo que le había llevado a la historia más grande que había conocido desde que era periodista.

Sánchez-Puebla, su profesor de historia en la facultad, hablaba de cómo habría cambiado el mundo si determinados hechos históricos hubieran tenido un resultado distinto. Y ponía las Termópilas como ejemplo: «¿Cómo sería hoy el mundo si Leónidas no hubiera aguantado varios días al potente ejército persa, y así darle una oportunidad a Temístocles en Salamina? Jamás lo

sabremos». Pero, decía su profesor, no era descabellado pensar que Europa, desde aquella puerta que era Grecia, se hubiera islamizado. Y quizá, hoy en día, por las calles de toda España, las mujeres llevarían hiyab y celebraríamos el Ramadán.

¿Qué habría ocurrido si las tropas terrestres del Tercer Reich llegan a poner un pie en España? Jamás lo sabríamos, pero a Fernando le daba el pálpito de que el mundo habría cambiado. A peor. A muchísimo peor. Y solo aquellas cuatro personas habían sido capaces de verlo y actuar en consecuencia. Quién le iba a decir a Fernando la historia que escondía aquella foto desgastada que había encontrado en el álbum de la abuela Isa, donde Alejandro, Elisa, Mateo y Bela posaban delante de *Las meninas*. Aquel cuadro ante el que desfilaban miles de personas cada día para contemplar la gran maestría del pintor sevillano, sin imaginar lo cerca que había estado ese lienzo de cambiar la historia del mundo.

Pero él ya lo había contado. Iba a mostrar quiénes habían sido aquellos héroes, verdaderos merecedores del homenaje que se pretendía rendir a Santurce. Esa historia ya descansaba en las mesas de Salva y de Fonfría. No les iba a gustar, no era lo que le habían pedido, pero era la verdad. Para algo se hace uno periodista.

Y si como periodista había cambiado, también lo había hecho como persona. Apenas unas semanas atrás, Fernando no le encontraba sentido a vivir, nada podía ofrecerle este mundo después de todo lo que había pasado. A veces la vida es tan hija de puta como para reírse en la cara de uno de aquella cruel manera. Y, con todo perdido, la misma vida que se había reído de él le puso delante su salvación. Todo pasa por algo. Aquel reportaje sobre Santurce le había mantenido en pie, le había abierto los ojos a que el tiempo acaba poniendo todo en su sitio, a que siempre hay esperanza para ser rescatado. Él había sido rescatado; los hombres y las mujeres que salvaron el mundo también le habían salvado a él.

Entró en la copistería que hacía esquina con la calle Jesús y unos minutos después, con una carpeta bajo el brazo, siguió su camino hacia casa.

Y el destino, en una de aquellas jugadas a las que se estaba acostumbrando, hizo que la persona a la que iba a entregar aquella carpeta le estuviera esperando en el portal de su casa.

—¡Pablo! —Fernando sonrió al ver a su hermano.

—Hermanito, te veo bien. —Pablo miró a su hermano de arriba abajo, y no pudo evitar compararlo con el Fernando al que casi tuvo que obligar a acompañarlos en la comida de Navidad—. Tenemos que hablar.

—¿Paseamos? —Y, mientras lo preguntaba, se cogió del brazo de su hermano pequeño para continuar bordeando el Mercado de Abastos.

—Ha muerto la abuela Isa. Esta mañana. —Pablo sabía que su hermano había estado con ella un par de veces durante la última semana.

—Vaya... —Fernando se quedó en silencio unos segundos—. Dale mi pésame a Marisa. Una gran mujer.

—Marisa está en *shock* —le contó Pablo—. No es solo que haya fallecido su madre. Es lo que le contó después de tu última visita.

—Debió de ser un momento duro para ella —reconoció Fernando.

—Pues bastante jodido, sí. —Pablo le dio la razón.

—¿Hasta dónde le contó?

—Parece ser que todo.

—¿Lo del robo de los cuadros también?

—También —confirmó Pablo. Y Fernando no pudo hacer otra cosa que sonreír. Si hay que ir, se va con todo.

Fernando trató de ponerse en la piel de la cuñada de su hermano: enterarte, pasados los cuarenta, de quién es tu verdadero padre, saber que era alguien que bailaba con el mal, hasta que una mujer, y cientos de muertos a sus espaldas, le hicieron girar la mirada y dejar de caminar con el diablo. Alguien que sabía que apuraba sus últimos días en aquel hostel, sin ni siquiera imaginar que aquella mujer engendraba a una hija que jamás conocería. Un hombre que se redimió y pagó con su vida, pero que se fue de este mundo de una forma digna. Ojalá, si existía, se le abrieran a Mateo las puertas del cielo. Y ojalá Bela, en aquel mismo momento, ya estuviera haciendo el amor con él.

Debe de ser muy jodido enterarse de algo así. Fernando no podía imaginarlo. Quizá Marisa sintió alivio por conocer la verdad, quizá odio por no haberla conocido durante todos sus años de vida. Pero era su batalla, y ella tendría que lucharla. Cada uno se enfrenta a sus propios fantasmas, pensó Fernando. De lo que estaba convencido, y la historia de Félix Santurce se lo había recordado, era de que la verdad siempre es el mejor de los comienzos.

—Pablo... —Fernando le tendió la carpeta que llevaba—. Tienes que coger esto.

—¿Qué es?

—Aquí está todo. Puedes leerlo si quieres. —Fernando se detuvo y abrió la carpeta—. Son cinco copias de mi artículo, cada una en un sobre con una dirección.

—¿El artículo de Félix Santurce?

—Ya no es el artículo de Félix Santurce.

—¿*El País*? —Pablo miró a su hermano mientras leía la dirección de uno de los sobres.

—*El País*, *Diario16*, *Interviú*, *Ya* y *ABC*.

—No jodas, Fernando. Me estás acojonando.

—Si mañana a las nueve de la noche no te he llamado, quiero que eches estos sobres a un buzón.

—¿Pero el artículo no era para tu revista? —preguntó Pablo, extrañado.

—Era. Pero cuando lo leas, verás que no deja en buen lugar a Santurce.

—¿Y vale la pena correr ese riesgo? —Pablo sabía que, si su hermano le estaba pidiendo aquello, era porque temía que algo pudiera pasar.

—Léelo. Y pregúntate si le valió la pena a la abuela Isa.

—Joder...

—Pablo... —Fernando sonrió a su hermano pequeño—. La verdad, aunque duela, siempre es un buen comienzo.

Por primera vez en mucho tiempo, fue el zumbido del despertador lo que le hizo abrir los ojos. Sabiendo que iba a ser un día duro, y que Salva y Fonfría se encontrarían con su artículo al llegar a sus despachos, Fernando prefirió no aparecer por la redacción aquella mañana. Iba a tener que dar la cara, por supuesto, pero decidió que era mejor esperar a que los ánimos se apaciguaran, y que la tarde dictara sentencia. Desayunó en su piso; el día anterior había comprado fruta, pan para tostar y un buen café. Se tomó su tiempo en ducharse, afeitarse y planchar una camisa. Y como no quería quedarse encerrado, salió a dar un paseo para despejarse, en dirección a la zona de la estación del Norte, y encontrar mesa en una de las cantinas de la calle Pelayo. Los bocadillos de calamares de los bares de aquella calle eran una de sus aficiones desde su juventud. Hacía demasiado tiempo que no se pringaba los dedos con aquella mezcla chorreante de mayonesa y aceite.

Eran casi las cinco cuando subió a la redacción. El bocadillo, cerveza incluida, le había sentado de maravilla, y prefirió no estropear aquel momento acudiendo a su puesto de trabajo justo después de comer. Así que, para bajar la comida, fue paseando por la calle Alicante hasta salir al barrio de Ruzafa. Las comisiones falleras ya trabajaban en el famoso alumbrado de aquellas calles, que a tanta gente atraía durante las fiestas de fallas. Apenas quedaban tres semanas para que comenzaran y Cuba, Denia, Sueca, Literato Azorín y el resto de las calles de aquel barrio se engalanaban con las miles de bombillas que las harían brillar durante las noches de Fallas. Apenas un par de años

atrás, Leo, subido a sus hombros, se había quedado boquiabierto ante aquel espectáculo de luces que hacía resplandecer la noche.

Salva y Fonfría discutían en el despacho del director. Bueno, «discutían» era un eufemismo; el director de *Tribuna Pública*, fuera de sí, gesticulaba de manera vehemente mientras fundía a gritos a su jefe de redacción. Salva aguantaba estoico aquella tormenta, asintiendo de vez en cuando a lo que le decía el viejo. Todo el mundo estaba sorprendido, pero el personal procuraba no pasar por delante de la cristalera del despacho de Fonfría. En momentos como aquel, Guillermo Fonfría perdía los estribos y los daños colaterales podían ser múltiples. Fernando se sentó en su sitio, a esperar, sabiendo que él iba a ser el próximo en pasar por el confesionario.

Salva se levantó en cuanto el viejo decidió que ya se había desahogado. Salió del despacho de Fonfría y entró en el suyo propio, saliendo pocos segundos después con el abrigo puesto y el maletín en la mano. Antes de irse, tuvo tiempo de detenerse en la entrada de la sala de redacción y mirar fijamente a Fernando, negando con la cabeza en un gesto de infinita decepción. «Me dijiste que no la ibas a joder, ¿cómo has podido?», decían los ojos de su amigo. Fernando lamentaba la posición en la que había puesto a la única persona que había confiado en él, que todavía creía que era un buen periodista y que le ofreció la oportunidad de redimirse con el artículo de Santurce. Sabía que había traicionado a Salva, que no le había contado en qué estaba trabajando, que había sido egoísta con aquel asunto. Pero estaba tranquilo porque había seguido su instinto de periodista en todo momento y solo había cumplido con su obligación: sacar la verdad a la luz.

Se sorprendió de que Fonfría no le llamara de inmediato. El viejo bajó la cortinilla de la cristalera de su despacho y se aisló en él. A Fernando no le quedaba otra que esperar, y se entretuvo leyendo ejemplares atrasados de *Tribuna Pública*, sintiendo que estaba más nervioso de lo que habría deseado.

—¡Callaos todos! —dijo Conchi, la secretaria de redacción, alzando la voz, mientras subía el volumen de la radio. La voz del locutor de Radio Valencia sonó a través de los altavoces.

Las máquinas de escribir dejaron de teclear y el silencio se hizo en aquella gran sala. Fernando levantó la mirada de la revista que estaba leyendo, curioso por saber qué era aquello que había parado la actividad en aquel momento.

—... ticias confusas desde el Congreso de los Diputados —decía el locutor—. *Repetimos: la información que nos llega es que un grupo de guardias civiles han entrado en el Congreso y lo han tomado a la fuerza. Se trataría de un golpe de Estado.*

La noticia conmocionó a toda la redacción. Aquella tarde era la votación de investidura de Calvo-Sotelo como nuevo presidente del Gobierno, terminaba la era Suárez. Y, por lo que contaban en la radio, el Congreso había sido asaltado sin que ese relevo se hubiera producido.

—*Nos confirman que se han oído disparos en el interior del hemiciclo, del que nadie puede entrar ni salir* —seguía la voz metálica que sonaba por los altavoces—. *Estamos a la espera de algún tipo de comunicado por parte de los golpistas que, repetimos, son miembros de la Guardia Civil.*

De inmediato, varios redactores descolgaron sus teléfonos, para tratar de averiguar algo más sobre lo que estaba ocurriendo. Alguien intentó localizar a los dos corresponsales de *Tribuna Pública* en Madrid, y otros llamaban a colegas que pudieran tener un poco más información. Se han atrevido, pensó Fernando. Los nostálgicos se han atrevido. Los que no perdonaban que los comunistas hubieran vuelto del exilio, que los partidos de izquierdas subieran como la espuma y fueran a tener posibilidades de gobernar en las siguientes elecciones. Si aquel golpe tenía éxito, era una vuelta atrás, una continuidad de aquello que, seis años antes, había terminado tras la muerte de Franco. Papá Dictador ya no estaba, pero parecía que los discípulos querían seguir con su obra. Un desastre de dimensiones épicas.

—*Nos llega un comunicado del capitán general de la Tercera Región Militar, el teniente general Jaime Milans del Bosch.*

Conchi volvió a pedir silencio a todo el mundo. Incluso tuvo que cortar la llamada de uno de los redactores que continuaba su conversación telefónica. La Tercera Región Militar era la Capitanía General de Valencia, con lo que, fuera lo que fuera aquel comunicado, afectaba directamente a todos los que allí estaban. A toda la ciudad.

—*Les reproducimos el comunicado que nos acaba de llegar.* —El locutor se tomó unos segundos, que Fernando interpretó como un mal presagio ante lo que estaba a punto de leer—. *Leo textualmente* —aclaró.

*Ante los acontecimientos que se están desarrollando en estos momentos en la capital de España y el consiguiente vacío de poder, es mi deber garantizar el orden en la región de mi mando hasta tanto se reciban las correspondientes instrucciones que dicte su majestad el rey.*

*En consecuencia,*

*DISPONGO*

*Artículo 1.º. Todo personal afecto a los servicios públicos de interés civil queda militarizado, con los deberes y atribuciones que marca la ley.*

*Artículo 2.º. Se prohíbe el contacto con las unidades armadas por parte de la población civil. Dichas unidades repelerán sin intimidación ni previo aviso todas las agresiones que puedan sufrir con la máxima energía.*

*Igualmente repelerán agresiones contra edificios, establecimientos, vías de comunicación y transporte, servicios de agua, luz y electricidad, así como dependencias y almacenes de primera necesidad.*

*Artículo 3.º. Quedarán sometidos a la jurisdicción militar y tramitados por procedimientos sumarísimos todos los hechos comprendidos en el artículo anterior, así como los delitos de rebelión, sedición y de atentado o resistencia a los agentes de la autoridad. Los de desacato, injuria, amenaza o menosprecio a todo el personal militar o militarizado que lleve distintivo de tal, cualquiera que lo realice, propague, incite o induzca. Igualmente, los de tenencia ilícita de armas o cualquier otro objeto de agresión.*

El locutor continuó hablando durante un rato, enunciando artículos de aquel comunicado, pero a Fernando no le hacía falta escuchar más. El golpe seguía adelante, y Jaime Milans del Bosch también se rebelaba, tomando militarmente la ciudad de Valencia. Aquello iba muy en serio.

—¡Los tanques están saliendo de los cuarteles de la Alameda! —gritó uno de los redactores, que todavía tenía el teléfono en la oreja, sujetándolo con el hombro—. Parece que se dirigen al ayuntamiento y al Palau de la Generalitat.

En aquellos momentos debía haber mucha gente asustada en la ciudad. El propio ayuntamiento, con alcalde del PSOE, podía ser tomado como lo había sido el Congreso. Quizá, pensó Fernando con ironía, su artículo y el homenaje a Santurce no iban a ser los asuntos más importantes de aquel día.

La secretaria de redacción cogió el teléfono al primer tono. Fernando detectó enseguida que era la línea interna, y era Fonfría quien estaba al otro lado.

—Sí, jefe —decía la secretaria—. En cuanto cuelgue lo digo. —Pausa de unos segundos—. De acuerdo.



Conchi colgó y, alzando la voz de nuevo, volvió a pedir silencio. Todo el mundo calló en la sala, sabiendo que el mensaje que iban a recibir venía desde el despacho del viejo.

—Recoged, y todos a casa. No somos un periódico, no tenemos que informar mañana, así que el jefe no quiere tonterías por parte de nadie. Encerraditos a esperar que pase la tormenta.

Pues nada, otro día recibiría el veredicto de Fonfría. Fernando no sintió alivio, estaba preparado para lo que el director de la revista quisiera decirle, y aceptaría cualquier consecuencia que tuviera su artículo. Es más, habría preferido que todo se resolviera aquella misma tarde, pero el hombre propone y la vida dispone. Y la vida había dispuesto, para aquel 23 de febrero, un bonito golpe de Estado por parte de aquellos que habían perdido su cuota de poder con la muerte del Generalísimo.

—Poveda... —la secretaria se había acercado hasta su mesa—, el jefe dice que te quedes. —Y Fernando dejó de recoger sus cosas y volvió a sentarse en su silla mientras veía cómo el resto de sus compañeros abandonaban la redacción. En apenas unos minutos, se hizo el silencio en aquel lugar en el que siempre se hablaba a voces. No, no parecía que Fonfría quisiera dejar el tema para otro día. Maldita su suerte.

Fernando ni siquiera encendió las luces de la redacción. Visto lo visto, tras el comunicado de Milans del Bosch, mejor no levantar mucho la cabeza. Allí, a oscuras y solo, oía cómo de vez en cuando sonaba el teléfono de la redacción, sin que nadie lo cogiera. Fonfría seguía en su despacho, con la persiana bajada, pero el resplandor de su lámpara iluminaba en sombras aquel entresuelo. Fernando sabía que al viejo no se le había olvidado que él todavía estaba allí, esperando, y si se le ocurría irse, las consecuencias serían peores. No quedaba otra que esperar.

Hacia las nueve de la noche, Fernando sintió hambre. Con la radio apagada, no se estaba enterando de nada de lo que estaba ocurriendo allá fuera. No sabía cómo irían las cosas en Madrid, ni cómo estaban transcurriendo en Valencia. Pero todo aquello no pintaba nada bien.

En ese momento, Fonfría abrió la puerta de su despacho. «Ya me toca». Pero no; en mangas de camisa, fue hacia la puerta del entresuelo. Y, tras unos minutos, volvió. Pero ya no estaba solo. Un hombre con uniforme militar e insignias en el pecho —Fernando no era muy bueno para distinguir el escalafón militar por el uniforme— caminaba junto a Fonfría. Dos soldados,

con su fusil en las manos, les seguían. Aquello se estaba poniendo peor de lo que jamás habría imaginado Fernando. Podría ser que los militares estuvieran tomando los medios de comunicación, para así controlar las noticias que se fueran a publicar sobre el golpe. Una técnica de primero de represión, pensó. Si a una revista como aquella habían llegado militares, no se imaginaba cómo debían estar en *Las Provincias* o *Levante*. Fonfría y el mando militar se encerraron en su despacho, mientras los dos soldados hacían guardia junto a la puerta. Miraron a Fernando, pero no le dieron la más mínima indicación. El periodista sabía que era momento de quedarse quietecito.

Guillermo Fonfría encendió las luces de la redacción. A Fernando, que llevaba un buen rato en penumbra, le deslumbraron los tubos fluorescentes que iluminaron la estancia. Se levantó al ver que los dos soldados, con las armas preparadas, echaban un vistazo a la gran sala y, tras Fonfría, el militar de alto rango se hizo visible. Los soldados tomaron dos sillas y las pusieron frente a la mesa de Fernando.

—Siéntese, Poveda. —Fonfría hasta parecía amable—. Y permítame que le presente a un amigo.

El militar era un poco más joven que el propio Fonfría, rondaría los sesenta. Con cara de pocos amigos, se sentó a una de las sillas que habían dispuesto sus hombres.

—Le presento al coronel Rafael Gallardo —continuó el director, mientras tomaba asiento en la otra silla.

—Vaya... —El cerebro de Fernando ató cabos a gran velocidad, a la vez que volvía a sentarse—. Un placer conocerle, coronel. No sabía que el general Gallardo tuviera un hijo, y que también fuera militar.

—Quinta generación, muchacho —replicó el coronel—. Desde hace doscientos años, un Gallardo ha estado presente en los momentos más importantes de este país.

—Amigos de toda la vida —continuó Fonfría, mientras Fernando esperaba acontecimientos—. Segovia es una ciudad pequeña, y el general Gallardo fue un gran amigo de mi familia.

—El mundo es un pañuelo —dijo Fernando con ironía—. Que a veces no está muy limpio.

—Poveda... —Fonfría puso una mano en la pierna del coronel, a quien la última frase de Fernando no había agradado—. Es usted un periodista de cojones. Ha destapado una historia realmente buena.

—Es mi trabajo. Para eso me paga usted.

—Es cierto... —asintió el director—. Pero no vamos a publicar su artículo.

—Entiendo... —Fernando, procurando dominar sus nervios, se recostó en la silla—. A su padre no le salió bien la jugada.

—Mi padre lo dio todo por España. —El coronel, también de forma contenida, saltó a las palabras de Fernando.

—Al menos ya sabemos qué fue del «tesoro del *Vita*».

—Le guste o no, ese puñado de monedas hicieron que la guerra fuera más corta de lo que podría haber sido. —Para Rafael Gallardo hijo, aquello era toda una obviedad.

—Claro, y más corta podría haber sido con los cuadros, ¿verdad?

—Usted nunca ha tenido que tomar decisiones, nunca ha vivido situaciones en las que haga falta echar cojones de verdad.

—Coronel, con todos los respetos. Usted no me conoce de nada, y no sabe qué situaciones o decisiones he tenido que tomar en mi vida. —Fernando sabía que habían ido a intimidarle. No tenía buenas cartas, pero no iba a amilanarse—. Yo tampoco lo conozco de nada a usted, pero he podido hacerme una idea de quién era su padre.

—Ha dicho que se llama Poveda, ¿verdad? —El coronel Gallardo habló con cierta suficiencia—. Verá, Poveda, en una noche como la de hoy puede pasar cualquier cosa. No sería de extrañar que un periodista se saltara el comunicado del capitán general y, en la confusión, acabara muerto. Nadie haría muchas preguntas.

—Eso no va a ser necesario, Gallardo. —Fonfría sonó conciliador—. Basta con que me entregue el original del artículo que ha escrito. Jamás verá la luz.

—No basta con eso —replicó Gallardo—. Este hombre ya conoce la historia, y no voy a permitir que se ensucie el nombre de mi padre.

—Tampoco vamos a ensuciar el tuyo matando a un periodista, Rafael. —Fonfría hablaba con cierta autoridad al militar—. Que, en este país, al final, todo se sabe.

—Lo que parece claro —dijo Fernando— es que Félix Santurce no merece ningún homenaje.

—Por eso no se preocupe, hijo —sonrió Gallardo—. Tengo un tanque apuntando a la puerta del ayuntamiento, y un montón de rojos acojonados allí dentro. Puede estar seguro de que ese homenaje jamás se hará.

—Buena noticia —añadió Fernando.

—Esta noche, el ejército se va a hacer con el país. Va a volver la autoridad militar y nos vamos a dejar de elecciones y mariconadas de ese estilo. Y usted va a estar con la boquita cerrada —amenazó el coronel.

—¿Comprendes lo que está diciendo el coronel, Poveda? —Fonfría quería asegurarse de que Fernando entendía qué estaba ocurriendo.

—Si hablo, me matan.

—Me alegra ver que usted no es tonto. —El coronel asintió a la respuesta de Fernando—. Como se le ocurra decir una palabra sobre mi padre, o sobre los cuadros, le encontrarán en una carretera. Con un agujero en la cabeza.

Fernando abrió el cajón de su mesa y sacó unos folios. Era el original de su artículo, que el coronel cogió, echando un vistazo a la portada y mirando a Fernando por encima de aquellos pocos folios.

—«Los hombres y las mujeres que salvaron el mundo» —dijo el militar—. Un poquito exagerado, ¿no?

—Ojalá pudiera preguntárselo a su padre —dijo Fernando, con más tono de desafío del que hubiera deseado.

—Vuelva a decir algo de mi padre y el tiro se lo pego yo mismo. Ahora, en este despacho.

—Poveda... —Fonfría trató de encauzar aquello—, está despedido. Recoja sus cosas y no vuelva a aparecer por aquí.

—Me decepciona usted, jefe.

—Así son las cosas. No se llega a dirigir una revista como esta sin tener ciertas lealtades.

Fernando se levantó y cogió su abrigo. No había nada de aquella mesa que quisiera llevarse con él. No había nada de su vida que quisiera conservar; si empezaba de nuevo, lo haría vacío de todo lo que le había anclado al mundo.

Los lobos. Que te miden con la mirada, sabiendo que pueden atacarte en cualquier momento. Que te rodean, te merodean, teniéndote a su merced en el momento que deseen. Esos lobos que saben que acabarán ganando, que las cosas siempre suceden como tienen que suceder. O casi siempre, porque *Las meninas* seguían colgadas en el Museo del Prado. Pero, cuando las cosas no sucedían como habían planeado, siempre encontraban la forma de salir indemnes. Estos hijos de puta sabían que podían salir limpios de cualquier asunto, por oscuro que fuera. Y en esa seguridad se basaban sus relaciones, su confianza. El ciclo de la vida.

—Fernando... —Fonfría lo tuteó por primera vez en su vida—, si te sirve de consuelo, eres un periodista de la hostia. Pero has abierto un melón que era mejor dejar cerrado.

—Pensaba que aquí quería periodistas de verdad —le lanzó el dardo al viejo—. Así que tiene razón, este no es mi sitio. —Y comenzó a andar hacia la puerta.

—Calladito, ¿estamos? —fue la última amenaza del coronel Gallardo, su frase de despedida. Fernando asintió y salió por la puerta.

La noche era cerrada, y el toque de queda impuesto por Milans del Bosch hacía que no hubiera nadie por la calle. Al salir a la plaza de España, desde la calle San Vicente, tuvo que ocultarse en la oscuridad de un portal cuando oyó el sonido de los tanques circulando por el asfalto. Impresionaba ver aquellas moles de hierro, con el cañón oscilando, y las cadenas que lo traccionaban pisando las calles por las que la gente de a pie circulaba a diario.

No sabía cómo iba a acabar todo aquello. De lo único que estaba seguro era de que las cinco copias de su artículo ya estarían en el buzón, echadas ahí por su hermano Pablo en cuanto dieron las nueve y él no había dado signos de vida.

## EPÍLOGO

*Estado de Veracruz (México), abril de 1981*

El todoterreno traqueteaba por aquellos caminos de tierra y piedras. A ambos lados de la carretera, si se podía llamar así, se abrían enormes extensiones de plataneros, de los que colgaban preciosos racimos, todavía verdes.

Tras llevar más tiempo conduciendo del que había estimado, se detuvo a mirar el mapa. El funcionario del consulado le había trazado el camino, pero le había avisado que las entradas a las fincas eran difíciles de encontrar entre tanto árbol. En un determinado momento, dejó atrás los plátanos y el paisaje cambió a altos maizales. Ahí es cuando supo que estaba cerca.

Efectivamente, se pasó la entrada, ya que estaba sin señalizar. Dio marcha atrás, procurando que el enorme vehículo no se saliera del camino, y giró el volante para meterse al acceso. Si la carretera ya había sido mala, ese sendero, lleno de socavones y de marcas de neumáticos endurecidas una vez el barro se secaba, se le hizo infernal. Había puntos en los que pensaba que los bajos del todoterreno golpearían con alguna piedra. La verdad era que nunca había conducido un coche así, y no sabía que estaban más que preparados para sendas como aquella, y para lugares peores.

Escuchaba el roce de las hojas de las plantas de maíz contra la carrocería y quitó el brazo, que lo tenía apoyado en la ventanilla, por si una de aquellas hojas le pudiera provocar un corte. Tuvo que aminorar aún más la velocidad en un tramo especialmente complicado; no se imaginaba que aquel camino pudiera llevar a una casa.

Pero sí llevaba. Y menuda casa. Alrededor de aquel gigantesco maizal se abría un claro, y en él, una hacienda que no sabía si sería la típica de aquellos lares, pero era preciosa. De dos plantas, la segunda retranqueada, hacía un juego de tejados y vertientes de aguas que era un pequeño prodigio de arquitectura. Blanca, con las tejas de color tierra, y un marco verde aguamarina en cada una de las ventanas. Un porche recorría toda la fachada principal, con unas cortas, pero amplias, escaleras para alcanzarlo.

Se veía una gran actividad en los alrededores de la casa. Un grupo de hombres trasladaba a hombros cajones con mazorcas que acababan de cosechar y, en varios camiones, otros tantos trabajadores apilaban esas cajas para transportarlas. Todavía quedaban un par de horas de sol, pero los jornaleros se afanaban para dejar la tarea hecha.

El todoterreno se detuvo frente a la casa. Volvió a mirar el mapa, como queriendo estar seguro, sin estarlo, de que estaba en el lugar correcto, y lo lanzó al asiento del acompañante. El que debía ser el capataz de aquella plantación, mientras dirigía las labores de carga, se quedó mirando al visitante.

Un hombre, de unos setenta años, con camisa y pantalones blancos, tocado con un sombrero de paja, seguía las labores de los trabajadores desde una mecedora en el porche de la casa mientras bebía de un vaso con hielo.

Fernando bajó del todoterreno con una pequeña carpeta y saludó con la cabeza al capataz, que le siguió con la mirada. Se dirigió hacia el porche, donde el hombre del sombrero tampoco le había quitado el ojo de encima desde que el coche había aparecido por el camino.

—Buenas tardes —saludó Fernando, secando con su antebrazo el sudor de su frente.

—Vaya, es usted español —dijo el del sombrero de manera tranquila—. Hacía tiempo que no oía ese acento. —Fernando vio que, en una pequeña mesa a su lado, descansaba una jarra de limonada—. ¿Qué se le ofrece?

Abrió la carpeta y, acercándose al hombre del sombrero, le tendió una fotografía. El hombre la tomó y se quedó en silencio durante unos instantes mientras la contemplaba.

—Bueno, era cuestión de tiempo. —Le sonrió el señor—. ¿Es usted de los buenos o de los malos?

—Soy de los que piensan que ustedes salvaron el mundo —contestó—. Me llamo Fernando Poveda, soy periodista.

—¿Todo bien, jefe? —oyó Fernando a su espalda. Al girarse, vio que era el capataz, que no había dejado de mirarle.

—Todo bien, Andrés. Gracias —respondió el del sombrero y, ante aquellas palabras, el capataz miró de nuevo a Fernando de arriba a abajo con desconfianza y volvió a su trabajo.

—Tarde o temprano iba a averiguarlo alguien. Pero no estoy con fuerzas de recordar ni de contar aquella historia. Lo siento.

—No necesito que me cuente nada, lo sé todo. —Fernando sonrió—. Si no, no habría llegado hasta aquí.

—Entonces, ¿a qué ha venido?

—Buena pregunta... —Fernando, a mitad de la escalera que subía al porche, se encogió de hombros como si no supiera la respuesta—. Podría decir que a buscar, a saber si vivía alguien de aquella historia, a contrastar. Pero, la verdad... —Eché un vistazo a la casa, era preciosa—. Creo que he venido a buscarme a mí mismo, a empezar de cero.

—Espero que lo consiga, entonces. Es una decisión valiente. —El hombre dio otro pequeño sorbo y se acomodó el sombrero—. Ha dicho que es periodista, ¿ya se conoce la historia en España?

—La revista para la que trabajaba no la quiso publicar. Incluso me amenazaron de muerte. —Aquellos momentos todavía le traían un cierto escalofrío—. La envié a otros periódicos y revistas, pero tampoco la publicaron.

—Demasiado incómoda todavía.

—Quizá.

—¿Y qué planes tiene ahora? —preguntó el señor.

—Mañana tengo una cita con un periódico de Veracruz. Quizá me den trabajo y me establezca.

—A eso se le llama comenzar de cero, sí señor —sonrió el del sombrero—. ¿Y con la historia?

—No quiero que muera con ustedes.

—Las historias mueren.

—No si alguien las cuenta. Voy a escribir un libro.

—Vaya, un libro. —La idea pareció gustarle al señor—. Le deseo suerte. ¿Ya tiene título?

—Estoy entre varias opciones —confesó Fernando—. Mi preferida es *Los guardianes del Prado*.

—*Los guardianes del Prado* —repitió el hombre—. Suena bien, pero nada hicimos en ese museo. Ni siquiera lo he visitado en toda mi vida.

—El Prado no es solo un edificio. Es todo lo que contiene, el patrimonio de la humanidad que custodia —Fernando asentía despacio—. ¿Qué sería el Prado sin los cuadros que ustedes salvaron?

—Visto así... —La mirada perdida y el sorbo al vaso que sostenía en la mano indicaron la aprobación del hombre.

—¿Alejandro? —Fernando se giró al oír la voz. En la puerta de la casa había una mujer que también rondaría los setenta, pero que conservaba una admirable belleza madura. Su cabello todavía tenía vetas rubias y la piel, muy blanca, apenas dejaba ver unas cuantas arrugas—. ¿Quién es este señor?



—Ah, Elisa... —El hombre le sonrió con ternura—. ¿Por qué no sacas un vaso con hielo para el joven? Estará sediento.

—Claro —sonrió Elisa—. ¿Se va a quedar a cenar, señor...?

—Poveda, Fernando Poveda —contestó devolviendo la sonrisa—. Y, sí..., será un placer cenar con ustedes.

—Elisa —Alejandro sonrió a su esposa—, parece que aún resuena nuestro eco.

## AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, deseo que sea porque la novela te haya gustado lo suficiente como para leer hasta su última línea. El único sentido de escribir es intentar proporcionar buenos ratos de lectura y entretenimiento. Y si así ha sido, el objetivo que me marqué al imaginar esta historia está más que cumplido.

La que tienes en las manos es la novela que más me ha costado escribir de todas las que llevo escritas hasta ahora. La más profunda en documentación, la más compleja en cuanto a estructura y la más delicada en lo referente a las tramas. Ficcionalizar la historia es un difícil ejercicio de hilar hechos reales con hechos ficticios, para que todo pueda cuadrar y las conclusiones sean verosímiles. Pero es un precioso telar, con el que he disfrutado muchísimo a lo largo de todo el proceso de creación.

Aunque de nada sirve trabajar la documentación, la estructura y las tramas si no dotas a la historia de unos personajes con alma. Todos los personajes ficticios han sido creados desde cero, con el máximo cariño, y con la intención de que cuando tú leyeras esta novela, sintieras que necesitabas saber qué iba a ser de cada uno de ellos. Una historia son sus personajes, que llegan a convertirse en parte de nuestra familia imaginaria y queremos recorrer con ellos la senda de su destino.

Gracias a Darío Lanza, mi primo, por ponerme sobre la pista de la increíble historia de los viajes de los cuadros del Museo del Prado durante la Guerra Civil española. Aquella noche de cena y charla prendió una mecha que ha dado de sí esta novela.

A Maite Aznar Donderis y Begoña Vidal Ferreres, quienes, con cariño y con toda la paciencia del mundo, han sido las lectoras de los capítulos a medida que los iba escribiendo, dándome sus acertados puntos de vista, y cayendo en la cuenta de todos los detalles que a mí se me escapaban. Ha sido un honor compartir este viaje con vosotras.

Gracias a Pablo Álvarez, mi agente literario, por lanzarme el guante de escribir una novela como esta. Por recibir con entusiasmo los capítulos que le

iba mandando y animarme a continuar, dándome fuerzas y aliento, y asegurándome que estaba construyendo una novela que merecía la pena.

A Miryam Galaz, mi editora en Espasa, por confiar en esta historia y apostar por ella. Y porque ella, y todo su increíble equipo, han mejorado esta novela hasta límites a los que yo jamás habría llegado solo.

A todas las personas que trabajan por y para los libros. A los comerciales que recorren cada uno de los puntos de venta, a las librerías y libreros que tienen ese estrecho contacto con las personas lectoras, a quienes se dedican a escribir críticas y reseñas, a los clubes de lectura. A toda aquella persona para quien un libro sigue siendo un bien preciado. Gracias. El mundo necesita historias y gente que las haga viajar.

A todos los historiadores, escritores, personajes de la época y protagonistas de la verdadera historia de la evacuación de las pinturas del Prado, por dejar escrito, registrado y documentado todo aquel episodio. Gracias al trabajo y al esfuerzo de todos ellos he podido documentarme para dotar de ambientación, realismo y verosimilitud la novela que acabas de leer.

Y, por último, dejando lo más importante para el final, a ti. A ti, que has invertido tu tiempo en leer esta novela. A ti, que haces que mi sueño de seguir escribiendo historias permanezca más vivo que nunca. A ti, por tu constante apoyo. Soy muy afortunado. Gracias de corazón.

Nos vemos en la próxima novela.

Y, mientras tanto, ¡leamos!

Javier Alandes



JAVIER ALANDES (Valencia, 1974) es Licenciado en Economía y desarrolla su carrera profesional, además de cómo escritor, como formador y conferenciante en emprendimiento, Storytelling y competencias transversales. Es autor de las novelas *Partido de vuelta* (2018), *La balada de David Crowe* (2019), *Las tres vidas del pintor de la luz* (2019) y *Los guardianes del Prado* (2022).

## Índice de contenido

Prólogo

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Segunda parte

1

2

3

4

5

- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19

Tercera parte

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13

Epílogo

Agradecimientos